



Luces en la tiniebla ©
by Themma

Crecí a su lado en medio de aquel infierno, en ese sitio que se hacía llamar "casa hogar", donde niños sin familia suelen terminar.

Él, ahí, fue mi hermano, mi cómplice, mi mejor amigo, pese a todas las carencias y dolor yo no podía pedir más... Pero la adolescencia llegó, y de pronto ya no éramos los de antes. Sin desearlo las cosas comenzaron a cambiar de una manera sutil y arrasadora; Yerik me atraía tanto que me daba terror aceptarlo por lo que podría provocar. Desde que recuerdo ha sido lo más importante, lo que más quiero, mi eje, no lo podía arriesgar, menos en un mundo donde no se tiene ninguna seguridad.

Ese chico difícil, cerrado, silencioso, temerario, peligroso si se lo propone, inflexible, era de armas tomar y eso en nuestro entorno no tenía buena forma de acabar, sin embargo, justo su personalidad era lo que me lograba atrapar, porque cuando se acercaba todo giraba diferente, cuando me miraba no lograba pensar, porque cuando hablaba me hacía soñar.

Ninguno imaginamos que nuestro destino ya estaba escrito y enamorarnos no sería lo más difícil de afrontar.

Yo soy Zinnia, y esta nuestra realidad.

«BORRADOR»



- Luces en la tiniebla -

En tu mirada vivo,
Por tu corazón sonrío,
Pese a no tener motivos.

Ámbar nuestra unión,
Luces cargadas de redención.

Tú mi fortaleza,
Yo tu mundo cuerdo,
Juntos un solo elemento.

Ana Coello ©

» Amarla siempre ha sido sencillo, pero protegerla es mi prioridad. -Yek

» Él me mostró lo que es amar, yo le mostré que se puede pertenecer. -Zinn

Les recuerdo que pueden encontrarme en:

Grupo Facebook: Ana Coello (grupo)

Página Facebook: Ana Coello

Twitter: AnaCoello_

Instagram: anacoello_

Página Web: www.anacoello.com.mx

|PARTE II|

Video realizado por Daniela Abello. Promo.

*Se actualiza los viernes.

- ZINNIA -



Ana Coello (grupo) Facebook



—¿Y lograron vivir felices por siempre? ¿Eso se puede? —quiso saber Mateo, el más pequeño.

Dejé salir un suspiro lastimero al escuchar su vocecilla haciendo semejante pregunta. Sonreí con tristeza ante su ingenuidad; yo no lo creía.

—Esos no existen, es solo un cuento —declaró Manuel con suficiencia, conocedor de esa verdad.

—Shh...

Supe que era él, los chicos se emocionaban al escucharlo y subían el tono de su voz. El hecho de saberlo ahí, con ellos, me relajaba.

Después de eso ya solo oí sus susurros. Seguía narrando aquel cuento como cada noche. Sonreí. A pesar de todo, esos momentos eran agradables. Su voz, ya un tanto masculina pese a tener diecisiete, me hacía sentir tranquila, como siempre desde que había llegado a aquel lugar del que no deseaba atesorar ningún recuerdo de ellas, de esas mujeres, porque de él mi memoria estaba llena.

Cerré mis ojos haciéndome ovillo. Tenía frío; una frazada no era suficiente, pero peor era nada. Sol, una chica de 11 años, dormía plácida a mi lado, mientras Rocío, que contaba con 17, seguramente tardaría un poco más pues solía quedarse con la mirada fija en la oscuridad por horas. No éramos muy cercanas como para saber lo que cavilaba, pero solía ser extrovertida y con una lengua bastante aguda.

La voz del otro lado del pasillo se esfumó, dejé salir un suspiro cargado de desilusión. Seguramente ya no tardarían en dormir, y él, en escaparse como cada noche junto con Clemente, otro de los chicos de casi 18 años que vivía ahí desde que tenía nueve años.

—Apuesto lo que quieras a que no llegarán hasta el amanecer —dijo Rocío sin el menor afán. Abrí los ojos. Las demás dormían.

—No entiendo cómo no los descubren —musité casi en un susurro.

—Les conviene, seguro saben a dónde y qué hacen. Deben reportar ganancias. No me gustó nada su tono.

—¿Ganancias?, crees que salgan a trabajar, a estas horas... Lo dudo —solté un tanto molesta, girándome hacia el otro lado. Apresé aquel cuero con un ámbar de colgante que me dio once años atrás, cuando llegué a ese repugnante y desesperanzador lugar.

Jamás olvidaría cómo se acercó a mí; traía conmigo solo lo que llevaba puesto y el león de peluche que no tenía idea de dónde saqué y que hacía años ellas lo habían destrozado. Lo miré asustada. Sabía por qué me dejarían ahí, pero ya estaba tan cansada de preguntar, de llorar, tenía apenas 6 años y ya había estado en más casas comunitarias de las que podía recodar.

Al parecer mis padres habían muerto; no logro recordarlos, tenía 3 años cuando eso ocurrió, pero por mucho que me esmero, nunca llega a mí una imagen nítida de ellos. Es tan frustrante, tan doloroso, con dificultad sabía mi nombre e ignoro si tenía hermanos. En fin, mi familia, la que debía acogerme cuando quedé huérfana, no lo hizo y... se desentendió de mí, eso era lo que sabía.

Aquella tarde, Yerik, mi mejor amigo, mi cómplice y lo más importante de mi mundo, casi de mi edad, tomó mi mano al ver que salía corriendo para esconderme tras una puerta como un animalillo asustado. No quería salir de ahí jamás. Él, sonriendo de esa manera que aún me hace sentir tan segura, tan bien, acarició mis dedos, y me guiñó un ojo proporcionándome toda esa seguridad que tanto necesitaba. Existió algo desde ese instante que lo cambió todo.

—No te asustes, pequeñito colibrí, ponte esto y verás que nunca te pasará nada malo. No estarás sola, lo prometo —declaró. Con manitas dudosas me mostró ese colgante. Sonreí un poco más animada, algo en su mirada de tan solo 7 años, me hizo sentir que podía creerle, que ese amuleto, como lo nombré en aquel entonces, tendría alguna especie de poder protector y permití que me lo pusiera.

Nunca me lo he quitado, salvo cuando el cuero se rompió, pero él rápidamente lo reemplazó ya que me alteré mucho al no sentirlo torno a mi cuello.

—Seguro hacen negocios, o algo que a "esas" les conviene —arrugué la frente sentándome en la cama de un movimiento. Sus palabras me habían sacado de mis recuerdos.

—¿Negocios? —repetí. La escuché bufar, tapándose el rostro.

—De verdad que eres ingenua, te ha protegido demasiado. Pregúntale a ver si se atreve a negarlo, a ti te cuenta todo, ya ves que contigo es otro —refunfuñó. Me froté los brazos debido al escalofrío que generaron sus palabras.

Él no haría nada que lo pusiera en peligro, siempre me lo había prometido.

Estuve tentada a bajar de aquel lugar al que llamaba cama y que en realidad era un catre viejo, e ir a preguntarle. No lo hice. Primero, por miedo a que una de esas mujeres me encontrara fuera de mi lugar y descargaran en contra de mí aquel cinturón que solía usar para mantenernos a raya. Y dos, porque si de verdad no sabían que salían, podía con mi intrusión alertarlas.

Me dejé caer en las sábanas percutidas rogando que no estuviera haciendo nada de lo que después tuviera que arrepentirse. Cada vez quedaba menos tiempo para cumplir la mayoría de edad y entonces nos iríamos de ahí, como sea.

No dormí nada bien, miedo, gritos y mucha soledad me embargaban, no era que viviera diferente, pero su presencia me hacía la vida mucho más sencilla.

—¡Anden, holgazanas, es hora de hacer el desayuno! —gritaron las dueñas de la casa. Desperté con mucho esfuerzo, me coloqué aquella ropa desgastada que nos habían regalado debido a donativos, o que en el taller me daban, en tiempo record. Ayudé a Camy, que con tan solo 6 años era muy lenta, a ponerse su uniforme, y me fui directo a la cocina junto con Rocío, ella y yo éramos las mayores.

Al salir me lo topé. Mi corazón sufrió una pequeña arritmia, como siempre. Lucía agotado, su cabello castaño despeinado, leves ojeras enmarcaban su piel apiñonada y sus ojos oscuros se veían casi negros. Adoraba sus labios, así que me detuve ahí un poco más sin vergüenza. Ladeé el rostro olvidándome de todo como cada vez que lo tenía cerca. Me sonrió con ternura, esa que solo aparecía cuando yo estaba en su campo de visión.

—Hola, Colibrí —me saludó con su voz rasposa. Alcé la mano y acaricié su mejilla, soltó ese suspiro al que ya estaba acostumbrada cuando lo tocaba. Él significaba tanto, o quizá todo en mi vida.

—No traes buena cara, Yek —dije. Abrió los párpados, tomó mi mano y la besó despacio.

—Tú tampoco, ¿pasó algo? —quiso saber entornando los ojos, sonreí negando. Escuchamos voces en el corredor. Nos separamos de inmediato. Los cuervos, como les llamábamos entre nosotros a las responsables de ese lugar, no nos daban tregua.

—No, pero... me gustaría hablar contigo —le pedí bajito. Asintió intrigado.

—¡Te estoy esperando, Zinnia! ¡Yerik, a lo tuyo! —gruñó por lo bajo mirando de reojo a esa mujer que detestábamos y ya estaba a unos metros.

—Te veo en la esquina, te acompaño a clases —pasó del lado rozando apenas mi mano. Bajé casi corriendo.

Entre Rocío y yo preparamos los huevos de ellas, y los frijoles de los demás con tortilla, no había más para nosotros. En la mesa todos esperaban serios, con cara de hastío, como cada mañana. No se podía hablar, no se podía decir nada, solo comer sin hacer ruido y jamás desperdiciar.

Al acercarme a Nora, uno de los cuervos responsables de nosotros, esta manoteó y la comida salió disparada hacia la ventana. Ahogué un grito aterrada. Se puso de pie furiosa, estiró la mano para buscar su cinturón, Yerik apareció de pronto entre nosotras, mirándola desafiante mientras ella lo observaba con furia en cada una de sus horrendas facciones. Mi

corazón estaba desbocado, sabía lo que ocurriría y eso me dejaba con ganas de llorar.

—Zinnia, sirve más, yo levanto —ordenó él sin moverse. ¡No, Yek! Pensé asustada de que esa mujer descargara su cólera en él, no lo soportaba. Intenté acercarme, me detuvo con su mano.

—¡Quítate! ¡No estamos para desperdiciar! —Vociferó nuestra cuidadora, amenazante. Él sacó un billete de su bolso y se lo tendió con desdén.

—Con eso puede comprar un kilo más de huevo y hasta tocino, pero no la toque —exigió. Mis ojos se rasaron. La mujer lo estudió con fiereza. No tenía idea de qué ocurriría, pero rogaba que no saliera lastimado. Alzó una de sus cejas asintiendo y bajando ese objeto al que tanto temía. Casi suelto el aire, aunque mi corazón seguía desenfrenado.

—Bien, pero quiero dos kilos, dame más —Yerik se lo dio sin chistar, mientras que con su otro brazo me pedía que saliera de ahí. Todos los chicos estaban en silencio, esperando.

¡Malditas! ¡Ese dinero era de él, de su trabajo! Y así, por nada, le había quitado días de sueldo. Iba a decir algo cuando Yek giró y con gesto duro señaló la cocina con su barbilla. Asentí alejándome, no le temía, jamás podría pese a saber que era un chico demasiado imponente, pero en esa ocasión, no tuve opción, algo podría salir peor y me arrepentiría de abrir la bocota, como ya me había sucedido en otras ocasiones.

Odiar las injusticias en un mundo que se maneja bajo ese precepto, era tan difícil.

Cuando regresé parecía no haber ocurrido nada. Me senté en la esquina y comí sin mucho afán, al acabar Sol y Camy levantaron los platos, mientras Clemente y Yerik lavaban. En ese momento éramos 10 en total en aquel sitio, pero por las edades cada uno tenía tareas específicas, además de varias extras. En mi caso, trabajar en un taller de costura a diez minutos de esa casa. La paga era pésima, pero yo siendo menor de edad no podía pedir más. Por otro lado, el 60% de ella debía dársela a Nora, uno de los cuervos, cada quincena. No tenía manera mentirle, mi jefa y ellas se conocían, lo que sobraba era para transportarme y subsistir, por lo menos me daban ropa para mí y los chicos, eso ayudaba bastante.

Salí unos minutos después rumbo a la escuela. Al doblar la esquina lo sentí a mi lado. Sonreí sujetando con mayor fuerza el aza de mi vieja mochila. Me acomodé un rizo suelto tras la oreja, no duraría ni medio segundo ahí, aun así, lo hice.

Me dio un pequeño empujón, juguetón. Se lo devolví y así anduvimos un trecho.

—¿Qué querías preguntarme, Colibrí? —indagó. Torcí la boca, comenzado a jugar con mi cabello que salía de la descuidada coleta—. No hay secretos entre nosotros, te responderé la verdad —prometió.

Me detuve en plena acera, contaba con poco tiempo. Lo observé, indecisa, contemplando cada facción de ese rostro que en algún momento había dejado de ser infantil para tornarse casi masculino. Me sacaba ya una cabeza de altura, el último año había crecido demasiado, sus músculos se habían tonificado y su tórax ensanchado, ya no era como antes, no físicamente, pero sus ojos seguían encerrando todo mi mundo, mi razón.

—¿A... a dónde vas por las noches? —Lo interrogué nerviosa de su respuesta.

Ladeó la cabeza, sin apartar la mirada. Acercó su mano áspera a mi barbilla y la acarició con su dedo pulgar.

—¿Qué te inquieta? —quiso saber. Me conocía tan bien. Suspiré como siempre ante esa forma que tenía de hablarme cargada de ternura.

—Temo que te estés metiendo en problemas, que hagas algo... estúpido. Yek, no podría sin ti —se acercó lentamente, sus ojos me observaban con fiereza, con decisión, con... algo que no supe descifrar. Su aliento acarició mi rostro, lo sentía demasiado cerca y no era que nunca sucediera, pero encontré algo diferente. Sin saber por qué humedecí mi boca, él observó mi gesto, con las pupilas dilatadas dejó salir un bufido y besó mi frente con aprensión.

—Tú eres mi motivo, Zinnia, yo tampoco podría sin ti. No cometeré una idiotez, pero hay cosas que debo hacer para que tú salgas de este maldito pantano en el que estamos sumergidos, para protegerte, eso debes entenderlo —se separó y tomó mi rostro por los lados, sus ojos estaban llenos de certeza—. Saldrás de aquí, tendrás una vida como la que mereces, este sitio será un mal recuerdo y sonreirás todo el tiempo, eso te lo juro. —Declaró con seguridad. Lo abracé de inmediato. Cuando hablaba así no me gustaba, nada más quería tenerlo a mi lado, eso me bastaba.

—Yo solo quiero que estés conmigo, son nuestros planes... Yerik, quiero que salgamos juntos, nada me interesa si tú no estás —y esa era mi única verdad. Me apretó aún más. Sus músculos fuertes me daban esa seguridad que solo en él encontraba, su corazón latiendo bajo mi oreja iba rápido, más que en otras ocasiones, pero era definitivamente suyo, lo podría reconocer entre millones.

—Colibrí, siempre estaré en ti, lo sabes —alcé el rostro esperando encontrar su mirada, veía el cielo que comenzaba a aclararse.

—Bien, eso es lo único que deseo... —sonrió bajando la vista.

—¿Dime ahora mismo dónde me encuentro? —me preguntó en tono ligero. Rodé los ojos haciéndolo a un lado, ya jugaba de nuevo conmigo. De pronto recordé el motivo de aquella conversación. Coloqué mi dedo índice sobre su pecho, poniéndome seria.

—No respondiste mi pregunta. Y sabes que ya no tengo tiempo, me la debes. —No tenía idea de qué hora era, pero seguro debía correr para llegar.

—Paso por ti cuando salgas del trabajo, ¿bien? —propuso. Entorné los ojos ante su evasiva.

—¿Es una chica? —quise saber, percatándome de que eso era altamente posible. Era demasiado guapo, más últimamente, además, inteligente, hábil y...

Negó poniéndose serio de repente, demasiado. El estómago bajó hasta mis pies y mi garganta ardió. ¿Qué significa esa actitud? Se aferró el cabello girando un poco para no verme de frente.

—Hay que darnos prisa, Zinnia, no llegarás y odio que te regañen por mi culpa. Paso por ti en la noche. —sentenció. Sin más comenzó a caminar a paso veloz, me costaba seguirle el ritmo.

—¡Ey! ¿Por qué te enfadas? Era una pregunta —rezongué. Tomó mi mano para cruzar una calle y luego me soltó. Odiaba que hiciera eso, me cuidaba más que a su vida, pero había ocasiones, más últimamente, que se alejaba y se tornaba frío, como en ese momento.

—Una muy estúpida, por cierto —soltó con ira. Me detuve rabiosa. Se dio cuenta unos metros

adelante—. No mencionaste que planeabas hacerte la pinta. Porque parece que no tienes intenciones de llegar hoy a clases, Colibrí —habló en tono neutral. Me acerqué demasiado molesta. En cuanto lo tuve en frente lo empujé.

—No me digas estúpida cuando es más que evidente que tienes una fila tras de ti esperando a que las mires, a que las toques, a que estés con ellas y eres bien consciente de eso... Y no me digas estúpida cuando te vas toda la noche y no apareces hasta el día siguiente con esas ojeras enormes. No me digas estúpida cuando —me tomó por las muñecas acercándose a su cuerpo, con una chispa extraña en sus ojos, no solía gritarle, no solía enfadarme con él, no así, pero tampoco solía decirme cosas como aquella.

—¿Cuándo qué? —me desafió interesado en mis palabras. Me zafé rápidamente, nerviosa ante su tono.

—Cuando no me dices nada, solo cosas a medias y sabes qué, ya no quiero saber, por mí revuélcate con medio barrio, me da igual —y salí corriendo sin detenerme. Sentía mis ojos húmedos, las mejillas también. Llegué justo cuando estaban por cerrar. Agitada entré deseando regresar y olvidar mi rabieta, su extraño comportamiento. Me sequé el rostro y fui rumbo a mi aula sin detenerme, con una sensación horrible clavada en mi pecho.

Olga, una chica que solía hablarme, me sonrió al verme entrar. No pude responder el gesto, temblaba. Un chico que había entrado ese año escolar y que en tan corto tiempo se había convertido en popular, me miró con insistencia. No sabía descifrar su mirada, pero tampoco me interesaba, yo iba a lo que iba, y en ese momento mi pecho dolía demasiado como para ponerme a reflexionar sobre él o cualquiera.

Todo lo referente a Yerik tenía un poder absoluto sobre mí. Y de qué otra manera podría ser cuando alguien es el eje de tu existencia, la razón por la que sonríes, te levantas cada mañana, por la que sientes que has vivido cada momento de esa espantosa vida. Sacudí mi cabeza y me senté alejada de todos.

—¿Estás bien? —preguntó Olga, saqué mi cuaderno y negué.

—¿Cómo estás, Zinnia? —alcé la mirada al toparme con esa voz que no conocía. Era Carlo, el chico popular. Casi ruede los ojos. Bajé la vista hasta mis cosas.

—Bien, gracias —Era alto, desgarbado y nada feo, la verdad, pero en primera, odiaba las miradas de todas las demás sobre mí, no lo soportaba. Y segunda, no me atraía en lo absoluto. Para rematar, quién sabe qué diablos quería de mí, pero lo que fuera, me importaba un maldito rábano.

—¿Podría invitarte algo en el receso? —Lo miré por un segundo buscando doble intención en sus ojos, no la encontré, aun así, no me fiaba, ese no era mi sitio, esos chicos no eran como yo pese a que la escuela fuera pública. Negué decidida, no quería problemas, no gratuitos—. ¿Quizá después? —deseó saber, arrugué la frente sin comprender.

Tiempo atrás, cuando cursaba secundaria, me había sucedido que un chico se ofreció a acompañarme a mi trabajo, nos llevábamos bien, no vi el problema. Por idiota me subí al auto de su primo. Esa ha sido una de las situaciones más traumáticas que me han pasado. Mi uniforme acabó roto por varios lados cuando él intentó propasarse en la parte de atrás, el coche no se detenía. Me tocó sin detenerse, pero Yek, desde muy pequeña, me había enseñado a defenderme, no lo dudé y lo golpeé como pude midiendo mis opciones, no era muy grande.

Encontré una llave de cruz en la parte baja del asiento y amenacé al chico que conducía con el artefacto para que se detuviera o lo golpearía. Me vio tan fuera de mí, que lo hizo. Llegué al taller hecha un manojo de nervios, las mujeres me remendaron el uniforme mientras yo me desmoronaba en ropa interior dentro del baño llorando sin cesar.

La rabia que circula por el cuerpo ante una situación semejante es como si ácido lo inyectaran directo al torrente sanguíneo, y peor después cuando la culpa llega, los autoreclamos y el miedo te come.

Yek pasó por mí aquella noche, y yo moría de vergüenza, mi mejilla tenía un cardenal, y mi cuello un par de marcas de ese asqueroso. Intenté fingir que nada pasaba, pero lo intuyó, y en la esquina me abrió la blusa levemente pues la tenía cerrada hasta el último botón, eso no era normal en mí, uno o dos siempre dejaba sueltos. Sus ojos se oscurecieron, me colocó bajo la luz de una farola y estudió mi rostro.

—Lo mataré —dijo en voz baja, con asesina furia. Agotada emocionalmente, aún asustada, no pude más, lo abracé y rompí en llanto mientras le narraba todo.

Me cuidó, me arropó en su cuerpo, tuvo solo palabras de confianza, de cariño para mí.

Al día siguiente me acompañó hasta la secundaria, en cuanto lo vio se acercó a él con paso ligero, como quien la vida le importa una mierda y por lo mismo se percibe peligro en cada uno de sus movimientos. Lo observé a los lejos con el rostro en alto, atenta. Nunca supe qué le dijo, lo cierto es que palideció, y jamás volvió ni a mirarme.

Gracias por votar y comentar, es la única razón por la que publico aquí

¡Una aventura más! Aquí veremos muchas cosas duras, no es sencilla la situación de los chicos, menos en una realidad semejante, así que espero no dañar sus susceptibilidades y de ser así, se abstengan de leer puesto que el rosa no es lo que pondera en estas líneas. Amo escribir para salvar realidades que pudiesen, por lo menos en mi cabeza, mejorar, pero para que eso suceda deben pasar muchas cosas. Zinnia y Yerik nos llevarán de la mano por su andar, y seremos espectadores de su situación, de lo que sienten. Espero que les guste. Recuerden que tenemos grupo de descarga en Facebook, y página de la historia donde estaré dando noticias, ambas se llaman como el libro.

Esta historia, como todas las que comparto aquí, es borrador, obvio las corrijo pero no suelo ser tan minuciosa, además, seguro se me irán detalles. ¡Bienvenidos!



De vuelta al presente...

—No sé por qué quieras invitarme algo, pero preferiría que no lo hicieras, gracias —señalé y abrí mis apuntes.

Casi suelto una lágrima cuando veo en mi libreta la caligrafía de Yek. El día anterior en la mañana me había intentado explicar unas ecuaciones que yo no lograba entender. Apreté los puños, frustrada.

—Te dije que no habla con nadie —escuché decir en medio de barullos a uno de mis compañeros. No me molesté en averiguar quién era. Me froté el cuello concentrándome en no mostrar mi real estado de ánimo. Pasé un dedo por su letra, sonreí con nostalgia, ¿qué estaría haciendo?

—Déjala —ordenó Carlo con firmeza. Lo observé sin poder evitarlo, me sonrió guiñando un ojo—. Seguro será en otro momento, ¿verdad?

Asentí sin saber qué más decir. El que me defendiera me había dejado perpleja por unos segundos, eso no era lo común.

Pasé las clases sin ser muy consciente de nada. Cada dos minutos veía por la ventana, ansiosa. Hacía mucho tiempo que no me molestaba con él.

Sonreí al recordar la última vez.

Casi dos años atrás, era Navidad, yo había ahorrado por meses para darle una

cadena de plata con un colibrí muy pequeño de colgante. La había visto casi al iniciar el año y desde ese momento no me detuve hasta tenerlo.

Cuando al fin lo había conseguido, lo guardé muy bien en mi habitación.

Días antes de Noche Buena, que en realidad para nosotros no representaba nada salvo un momento cualquiera y que gracias a él podían llegar a ser divertido. En silencio, sin decir nada, iba por mí, tomaba mi mano y me llevaba a la parte trasera de aquella casona. Pronto nos encontrábamos en un cuarto destinado para cosas inservibles, no era grande, pero suficiente para colocar una vela, y que él sacara algo de comida que le regalaban, que pedía, que compraba o... posiblemente robara. Qué más daba, eran instantes tan preciados que no los empañaba con miedos. Luego, entre murmullos, hablábamos sobre tonterías. Llevaba algún cuento clásico y lo íbamos leyendo entre ambos, para acabar criticando a los personajes sin poder evitarlo, o simplemente tomarnos de la mano, acostarnos ahí, sin fijarnos en nada, en silencio, permitiendo que algo de paz se nos regalara en una noche que a muchos más les daba todo y que a nosotros nos brindaba lo único seguro; nuestras compañías.

En aquella víspera de las fiestas, ya le había dicho que le tenía algo especial y como un niño impaciente me preguntaba cada dos segundos qué sería. Una noche, iba llegando del trabajo, cuando Lilian, una chica que desde siempre me había caído mal, apareció en mi campo de visión. Clemente y él estaban a unos metros, en la esquina a tres cuerdas de la casa, junto con otros que pululan por ahí. Pasé como suelo; sin decir nada. La araña esa me obstaculizó el paso, se colocó frente a mí y me mostró el colgante que yo le iba a dar a Yek rodeando su garganta.

—Mira lo que me acaba de dar —presumió con arrogancia. La rabia me hizo su presa, le di una bofetada que incluso lastimó mi mano y se lo arranqué. Todos se acercaron a ver qué sucedía. Cuando lo tuve frente a mí lo empujé con todas mis fuerzas. La ira corroía mi sistema.

—¡Cómo te atreves! ¿Cómo? —Y salí corriendo de ahí. Por supuesto me siguió sin comprender nada. Cuando me alcanzó me inmovilizó, yo no paraba en mis intentos de querer golpearlo. Suelo ser muy tranquila, pero sé defenderme, o por lo menos trato, así que eso era lo que pretendía.

—¡Qué te pasa! ¡Tranquilízate! ¡Pareces luchadora, Zinnia! —Pocas veces me llamaba por mi nombre, por lo que peor me puse. Le grité todo de una, dejándolo pálido cuando le aventé el colgante sobre el rostro y me fui, llorando.

No pudimos hablar durante la cena y los cuervos no me dieron tregua; me pusieron a lavarles a mano un alterón enorme de ropa. Sin más él apareció cuando no llevaba ni la mitad, tomó una prenda, me hizo a un lado con la cadera y comenzó a restregarla en el lavadero. Iba a chistar, pero me pidió silencio con su dedo sobre sus labios. Entre los dos acabamos casi a medianoche. Cuando íbamos a salir me detuvo.

—Camy encontró el colgante, se lo dio a Clemente y el muy imbécil se lo regaló a Lilian para sacar... provecho. No tenía idea de que era mío, que tú lo compraste para mí. Colibrí, ya no estés enfadada —Me suplicó abriendo mi mano fría y depositando la cadena y el dije ahí—. De verdad lamento mucho todo esto, no debiste gastar para algo como eso, tu presencia para mí ya es suficiente.

Observé el objeto, azorada. Sin pensarlo, lo abracé con lágrimas en los ojos.
—Discúlpame, no debí ponerme así. —Acarició mi cabello con sumo cuidado.
—Yo en tu lugar me hubiese puesto peor, tranquila —abrió su mano y se lo di.
—Quería dártelo esa noche, pero la sorpresa está rota y ya nada salió como lo planeé —admití con tristeza. Acomodó uno de mis rizos, observándome como siempre, cariñoso.
—Hazlo como lo tenías planeado, yo fingiré sorprenderme y tú olvidarás este mal trago.

—Le daré la comida a Clemente asquerosa el resto del mes —musité sonriendo con picardía, porque claro que lo haría y lo hice, de hecho.

—Me parece justo, yo ya le troné las pelotas por idiota —ambos reímos por aquello.

Cada año a su lado había logrado que no deseara desaparecer, que no buscara huir, que no cometiera alguna tontería y él decía que, sin mí, hacía mucho tiempo que habría perdido por propio pie la cordura.

No era fácil lo que vivíamos, lo que sufríamos. Curarle las heridas que le dejaba ese cinturón cuando las desafiaba por defenderme, o él a mí cuando no lograba esquivarlas.

Acompañarnos con murmullos tiernos cuando nos castigaban en ese pequeño cuarto oscuro por horas. Lamernos nuestro dolor, buscar sonreír pese a que los motivos parecían tan escasos, y en esos momentos comprender que lo vital de mi vida, lo que me ata al planeta, a seguir, es ese ser que me ha acompañado, que me ha dado fuerza, que le ha dado un sentido a mi existencia.

Verlo pelear cuando hacía un año ese chico quiso besarme a la fuerza en plena acera, pese a no estar tan grande como ahora, me dejó helada. Lo tumbó sin dificultad, le rompió la nariz y le advirtió a él y a todos los presentes que a mí jamás se acercaran. Para todos era bien sabido que Yerik y yo éramos inseparables, pero no quedó claro hasta ese momento a lo que estaba dispuesto a llegar por mí.

Escondí mi rostro entre mis brazos, quería que las clases acabaran, aunque no me servía de nada. Él entraba en el turno vespertino, por lo que no era probable que me lo topara si no quería.

Yo poco hablaba con los demás, no era sociable, pero, además, era tan difícil ese horario. Los chicos de mejores recursos y criados de una forma que envidiaba eran la mayoría, y a mí no me quedaba nada salvo contemplar sus rostros que por mucho que deseaban expresar diferentes emociones, solo me mostraban que al llegar a sus casas tendrían probablemente a alguien que les importaba, que los querían.

Un par de chicas solían hablarme, además de Olga, pero no era mis amigas. En el turno de la tarde había más variedad, sin embargo, tenía prohibido pedir mi cambio, ya esas mujeres me lo habían advertido, mi trabajo iba de por medio y nos querían separados a Yek y a mí.

Cuando me lo informaron lloré tanto que él ya no sabía qué hacer para contentarme. Aquel día, al salir de clases, pasó por mí, me dio una flor que nunca había visto. Sonreí con tristeza, la soledad en ese sitio se acentuaba de forma espantosa.

—¿Qué flor es? Jamás la había visto... —susurré cuando él se colgaba mi mochila al hombro.

—Es tu nombre, Colibrí, esa es una zinnia. —Lo miré arrugando la frente, sin comprender.

—¿Mi nombre? ¿Es una flor? —asintió con suficiencia.

—Sí. A qué es muy bonita y es muy preciada porque se conserva casi un mes después de ser cortada, es fuerte. —Sonreí llevándomela a la nariz, encantada.

—Me gustan sus colores —admití pegándome a su pecho, repentinamente alegre. Sonrió como solo él sabe. Rodeó mis hombros apretándome un poco.

—Así me gusta verte, alegre. Aguanta, queda poco y luego será tu vida, ¿sí? Yo también prefiero que estés en este horario —admitió. Me detuve negando con la cabeza, no entendía. Se acercó aún más y acomodó mis rizos tras la oreja mientras acariciaba mis mejillas—. Me conoces, sabes que no puedo estar sin ti, pero que tu seguridad y bienestar son lo primero. El turno de la tarde está infestado de personas que no te convienen. Sé que no has hecho amigos, que te está costando trabajo, pero créeme, es lo mejor, me hace la tarea de cuidarte mucho más sencilla... No podría estudiar si te supiera por ahí, acosada por uno de esos idiotas, o al lado de una de esas chicas que se ponen en peligro sin percatarse. Anda, entiéndeme. —Miré a los lados, un tanto molesta.

—Necesito que dejes de protegerme, debo aprender a defenderme, Yek. —Sonrió negando, al tiempo que se rascaba la nuca y su cabello castaño se mecía.

—Eres toda una leona, es solo que no quiero verte sacar las garras cada dos por tres, ya bastante tienes en casa, con lo que vivimos, con lo que pasaste con el idiota ese. —Me encogí de hombros resoplando.

—Me tratas como cuando tenía diez, y ya tengo casi 16... —sus ojos se oscurecieron.

—Es precisamente por eso que lo hago, confía en mí, soy muy consciente de tu edad y tú debes de ser consciente de lo que devuelve la imagen en el espejo cada vez que te miras. —Me tomó de la mano aprovechando mi desconcierto, y siguió avanzando.

—¿Me estás diciendo que estoy bonita? —Se carcajeó mirando el cielo oscuro como buscando paciencia.

—Más que eso, confía en mí... —musitó sin verme a los ojos. Lo observé atenta, su perfil, sus gestos, su cabello desgarrado, sus ojos oscuros.

—Tú también has cambiado y... estás más guapo. —rio abiertamente, me tomó por los hombros y besó mi cabello.

—Hace poco me decías que era un enano con cara de hobbit —me recordó. Le di un empujón.

—Eso parecías —me quejé.

—Y tú eras... —me miró con atención, serio—, tu siempre has sido hermosa, Zinn —me sonrojé, no supe qué hacer. De pronto le di un toque y corrí, ese era un juego muy común entre nosotros.

—A ver quien llega primero. —grité. Lo escuché salir a toda velocidad.

—Quien pierda lava los calcetines del otro una semana —reí a carcajadas sin detenerme. Sonreír a su lado siempre fue ridículamente sencillo.

Al terminar las clases salí desanimada. Era casi mediodía, me sentía tan ansiosa, y a la vez como si una luz dentro de mí estuviese muy tenue. Anduve rumbo a la parada de autobús cuando una mano rodeó la mía, libre. De inmediato supe quién era. Bajé la mirada con el corazón retumbando como si hubiese presenciado juegos pirotécnicos a menos de un metro de distancia.

—Esta mañana fue un jodido infierno, Colibrí —murmuró con voz pausada. Sin más me detuve y lo rodeé con mis brazos escondiendo mi cabeza en su pecho, buscando con mi oído los latidos de su pecho. Soltó un suspiro lleno de ansiedad y cubrió mi cuerpo de un movimiento.

—La mía también —admití con voz queda.

—Estaba cansado, dormí poco, no debí hablarte de ese modo —se disculpó. Me separé para verle directamente, esas ojeras que llevaban un tiempo instaladas bajo sus ojos ahí seguían, sin embargo, lucía limpio, listo para el resto del día. Si las chicas se fijaban en él no había nada de lo que pudiera culparlas, Yerik era demasiado varonil pese a no pasar de los 17.

—Y yo no debí ponerme histérica como lo hice, es tu vida y no debo meterme en ella... Además, no te di las gracias por lo que hiciste en el desayuno —sonrió negando, besó mi frente y enroscó mi mano con la suya para dirigirnos a la parada del autobús.

—De nada, y de lo otro, estás equivocada, todo lo mío es tuyo y mi vida, con mayor razón. —Me guiñó un ojo cuando giré un tanto desconcertada por sus palabras. Últimamente hablaba más de esa forma que de cualquier otra. Sonreí con timidez.

—No me gusta que discutamos, siento algo incómodo aquí —y señalé mi esófago con desagrado —. Es horrible, Yek —me jaló hacia un puesto de chucherías que solía estar afuera de la preparatoria.

—Anda, toma lo que quieras, yo invito, Colibrí —propuso juguetón. Le di un empujón sonriendo, lo peor ya había pasado.

—No llegarás a clases, anda vete, yo estaré bien —lo insté. Tomó distraído unas galletas y me las tendió, el relleno era de vainilla, tal como me gustaban—. Yek... —arrugó la frente observando la comida chatarra y agarró un par dulces más que sabía eran de mis favoritos, también me los dio. Reí.

—¿Con eso perdonarás mi manera de hablarte por la mañana? —quiso saber con fingida inocencia. Entorné los ojos al verlo pagar. Siempre tenía dinero, digo, no mucho, pero podía hacer ese tipo de cosas, o salvarme el trasero como en la mañana, lo que me llevaba a la misma pregunta de hacía horas. Lo observé en silencio—. No me gusta esa mirada, me eriza la piel. Suéltalo —abrí el paquete de galletas y le tendí una, la agarró y se la comió de un bocado, siempre hacía eso.

—No te preguntaré qué haces por la noche, solo... quiero que me digas de dónde sacas dinero... Quiero la verdad —su rostro se tornó serio, aproveché su aturdimiento y besé su mejilla, mi autobús ya llegaba—. Te veo al salir, gracias por los dulces —y me subí notando su expresión tensa. No me gustaba nada esa actitud, por otro lado, sabía que no me mentiría y eso no sabía si era bueno o malo.

Cuando llegué al taller, después de haberme comido todo, me sentía más tranquila.

Sin hablar mucho fui directo hasta mi lugar de trabajo. Observé la ropa que tenía por delante, dejé salir un suspiro de fatiga y me senté para comenzar.

Las otras 3 mujeres eran mayores, me agradaba escucharlas hablar, a veces incluso hacían amenas las horas ahí encerradas. Por ellas sabía ya bastante de costura e incluso cuando se podía, me enseñaban de confección. Gracias a ello ya le había podido hacer con retazos una blusa a Camy, y podía arreglar mucha de la poca ropa que teníamos los chicos y yo.

Trabajaba ahí desde los 11 años, esas mujeres me obligaron en aquel entonces, mientras a los demás los mandaba a diferentes sitios y los más pequeños se dedicaban a limpiar la casa.

Era abuso tras abuso, pero si decíamos algo, como en su momento intenté; pasar hambre, encerrarme en aquel apestoso cuarto oscuro por horas, duchas heladas en la madrugada y dormir en la cocina era lo que conseguía, eso sin contar que, en mi caso, me alejaría de Yerik. Así que decidí quedarme callada cuando él me lo suplicó. Me dijo que en otros sitios las cosas podían ser peores para mí, que ese lugar por lo menos era seguro, nos daba un techo y la posibilidad de estudiar, que no lo desperdiciara.

En aquella época la desesperación de poder tener una mejor vida me invadió, pero logré, con el paso de los meses, alejándome de las chicas de mi escuela con las que me comenzaba a juntar y que venían de familias que deseaba para mí, volver a mi realidad, comprendiendo que nunca tendría aquello y que más valía no estar tan cerca de las personas que sí, pues sufría mucho menos al mantener esa línea que nos separaba.

A las ocho al fin la jornada se acabó, frotándome el cuello al tiempo que colocaba un suéter viejísimo que abrigaba poco, pero que de algo servía me dirigí al baño. Ya iba a salir cuando la imagen del espejo captó mi atención.

Me acerqué un poco, el artefacto ya no se encontraba en sus mejores tiempos y estaba corroído por toda la orilla, eso sin contar la suciedad, aun así, me observé. Mis ojos eran grandes, de aquel color grisáceo oscuro que los hacía tan atípicos, mi tez demasiado blanca los realzaba, mis labios anchos, carnosos y mi cabello con aquellos grandes rizos que llegaba hasta la parte baja de mi espalda, se hallaba sujeto por una coleta mal hecha que no alejaba todos los mechones negros por mucho que me empeñaba. Mis pestañas parecían haber crecido y mi nariz ahora era más delicada. Sonreí complacida por lo que ahí veía, que, pese a no derrochar felicidad, me hacía sentir bien, extrañamente complacida conmigo.

Alcé una mano y toqué mi reflejo. "Él creía que era hermosa" No supe por qué de repente esas palabras aparecieron. Me ruboricé de inmediato, mis mejillas estaban tan sonrojadas que pese a la pésima luz lo noté. Yek era mi mejor amigo, mi hermano, mi compañero, mi cómplice y aunque jamás había buscado su aceptación, me agradaba saber que, para un chico como él, yo era alguien físicamente atractiva pese a mi desgarbo y las horrendas ropas que a diario portaba.

Cuando llegué a la calle, me llamó la atención verlo junto a Clemente y Lilo, un chico que vivía por donde nosotros y que tenía su fama en los alrededores. Arrugué la frente.

—Hola... —saludé desconcertada, creí que iría solo él. Yerik se acercó, me dio un beso en la frente y me hizo andar. Los otros dos me saludaron alzando la mano.

—¿Qué hay, Zinni? —saludó Clemente. Él era un chico delgado, un poco más

pequeño que Yek, de piel tostada y mirada peligrosa, pero que había decidido por alguna extraña razón no irse de la casa, hasta que a él le conviniera. Eran raros, tenían su manera de pensar y por mucho que me esforzaba no los comprendía. Lilo, ese era otra cosa, tenía casi 19, además contaba con una reputación de miedo con las mujeres y era sabido que estaba en cosas chuecas, aunque ahí eso era lo común.

—Hola, Clem... —saludé y luego hice lo mismo con el otro que le dio una calada a su cigarro y comenzó a charlar con Clemente.

—¿Cómo te fue, Colibrí? ¿Muchos arreglos? —Lo observé intrigada, ya caminábamos rumbo a la parada. No quedaba muy lejos del sitio donde vivíamos, pero debíamos tomar transporte.

—Pensé que hablaríamos... —musité desanimada. Me dio un leve empujón, buscando aligerar mi incomodidad.

—Ya habrá momento, lo prometo —rodé los ojos, no quería de nuevo molestarte, pero me parecía un plan para no hacerlo.

Llegamos a la casa minutos después, caminé frente a él, me sentía arriba de una montaña rusa ese día. Me detuvo con aquella delicadeza.

—¡Ey! No quiero que vuelvas a enojarte, Colibrí. —Lo miré un tanto herida, los chicos habían quedado en la esquina y ni cuenta me había dado.

—Entonces dime, por qué tanto misterio, entre tú y yo no hay secretos, ¿no es cierto? —negó serio.

—A veces... hay que hacer cosas, no siempre es lo mejor pero sí lo necesario —me zafé asustada.

—No te comprendo, Yek, no me gusta como hablas —se acercó nuevamente y acarició mi rostro con suma atención.

—Necesito que confíes en mí, como siempre lo has hecho, solo hazlo, pronto saldremos de aquí. Encontré un sitio, lo estoy arreglando para que nunca más debas soportar una humillación o un golpe más. Estoy cansado de eso, Zinnia, no lo soporto, solo déjame hacer las cosas a mi manera, te prometo que todo irá bien, estaré bien —mis ojos lo estudiaron entre sorprendida y preocupada.

Yerik era capaz de todo por mí, eso era una de las cosas que más claras tenía y a veces temía por ello. Podía ponerse en peligro con tal de lograr que yo estuviera bien y no se daba cuenta de que sin él mi vida no tendría ningún sentido, que si algo le sucedía ya no desearía seguir.

—Necesito saber que no te ocurrirá nada, eres lo único que tengo, yo estaré bien si tú estás bien, debes comprenderlo —Me tomó por la espalda y me abrazó con fuerza.

—Yo estoy bien, pero debo hacer esto, necesito darte la posibilidad de otra vida —aferré su sudadera negra, esa que solía traer consigo y que con la capucha tapaba su cabellera, olía a él, solo a él.

—Y yo necesito que me jures que no harás una estupidez —se tensó, lo percibí.

—Ya estoy sacando cosas de aquí, Colibrí, encontré el sitio donde guardan nuestros papeles, en cuanto los tenga, nada podrá detenernos. Si las cosas son como he visto,

no nos buscarán mucho, ya somos mayores y somos más una carga que otra cosa, les pagarán más por tener niños que un par de adolescentes.

—Pero no les gustará quedarse sin el dinero que les damos —le recordé sin soltarlo. Sentía su aliento en mi oreja, era tan agradable que hubiera podido perderme en ese instante toda mi vida sin que nada más importara.

—No te preocupes, ya encontrarán otra manera de sacar dinero, y no nos regresarán solo por esa razón, créeme —aseguró. Respiré su aroma asintiendo. Pronto nos iríamos, la idea ya era más una realidad que un sueño. Me separé recordando algo. Me observó con cautela.

—Tengo un poco ahorrado, no es mucho, ya sabes, casi no me sobra nada, pero te lo daré y así será más sencillo —propuse. Soltó la carcajada negando con desenfado.

—No, olvídalo, guarda eso, es tuyo, si lo necesito te diré, ¿de acuerdo? —hice un mohín con mis labios, admirándolo sin poder evitarlo.

—Pero yo también quiero ayudar en esto, no puedes hacerte cargo solo —me quejé. Agachó su rostro y lo pegó al mío, solo nuestros alientos los separaban, sentí la boca seca de inmediato.

—Puedo hacerlo, y lo haré, este mundo no es para ti, Zinn, no lo es, yo sé moverme. He trazado esto durante años, permite que lleve mis planes como los tengo pensados, no me quites mis sueños —sonreí ante sus palabras.

—Te quiero, Yek —admití sin tapujos. Sus ojos se oscurecieron de una forma irreal, ladeó su cabeza, observándome.

—Lo sé, Colibrí, eres el motivo de mis horas —me guiñó un ojo y volvió a abrazarme.

Los días pasaron, Yek seguía saliendo por las noches, lo escuchaba irse, con el corazón en vilo, y regresar en la madrugada. Por la mañana comenzó a acompañarme hasta la preparatoria, para después irse a su trabajo en una abarrotera donde debido a su habilidad, ya era el responsable en su turno. El dueño era un buen tipo, se llevaban bien, por lo que en ese sentido no tenía preocupaciones.

Una mañana me pidió tener todas mis pertenencias en una mochila escondida bajo mi lugar de dormir. No sabía cuándo nos iríamos, pero deseaba que tuviera todo listo, podía ser en cualquier momento. No objeté, era algo que ansiaba, así que lo hice.

En la escuela, Carlo solo me miraba, mientras Olga hacía de todo para que yo bajara la guardia, pero mi mente estaba tan lejana a esos asuntos de adolescente que no le hacía mucho caso. Imaginaba, casi todo el tiempo, cómo sería vivir junto a Yek sin tener que estar midiendo los segundos, simplemente pasar el día a día a su lado, sin más.

Éramos demasiado jóvenes, y no pensaba que entre nosotros pudiese surgir algo más que eso tan intenso que teníamos pues para mí era suficiente y, por otro lado, sabía que para él era como su hermana, su familia, y para mí, también, sin embargo, desde siempre había existido esa extraña conexión que nos unió y que sentía que con los años se había solidificado hasta un punto que sería imposible algún día romperla.

Hay mucha historia aún, el panorama es triste, quizá desolador, pero son fuertes,

bastante. Ella está sumergida en una marea de preocupaciones que no le permite aún ponerle nombre a lo que siente, su realidad, pese a ser la misma a la de él, es otra. Ya conoceremos más a cada uno, por lo pronto hay planes, Carlo parece que le gusta, los recuerdos... Zinn sabe defenderse y tiene su carácter, él también pero su colibrí lo doblega, qué se le puede hacer :D ¡Gracias por los votos y comentarios! Me alucina porque es por eso que sigo publicando aquí.
Lindo día



Advertencia: Este capítulo trata un tema delicado sin ahondar ya que no se trata de hacer polémica, solo sucedió porque es parte de la historia. Respetemos

El frío de enero aumentaba, no podía dormir bien debido eso, mis pies no hallaban manera de calentarse y mi nariz se sentía helada. Me hice bolita esperando que el sueño me venciera.

Era lo mismo cada año, solo esperaba no enfermarse. La última vez fue horrible. El virus se propagó por la casa, a los cuervos les importábamos un rábano, por lo que entre Clemente, Yek y yo, juntamos nuestros ahorros y llevamos a los niños a un médico de una farmacia rogando porque nos alcanzara. El hombre, gracias a Dios, se compadeció y por ello todos logramos salir de ese cuadro que cada día se complicaba sobre todo para Camy que no dejaba de tener fiebre, o Yek, que lucía demasiado ojeroso y pálido, por lo que yo intentaba partirme en mil pedazos para que todos estuvieran bien, logrando así también enfermarse. Todo por no tener la alimentación y calor suficiente.

Me dolía dejar a los niños tanto como a él, sin embargo, ya lo habíamos hablado, no podíamos hacernos cargo de ellos, en ese momento iba de por medio la posibilidad de salir de una vez, y de todas maneras cuando lo echaran por cumplir la mayoría yo no soportaría la separación, así que pese a que me costaba un mundo, tuve que mantener la cabeza fría y seguir lo trazado.

Rocío se levantó de golpe y salió corriendo de la habitación, casi amanecía. Yek y

Clemente no tardarían en llegar y yo necesitaba con urgencia un fogón bajo mi cuerpo. La observé regresar con cautela.

-¿Estás enferma? -Le pregunté bajito para no despertar a las niñas, ni a nadie. Por la poca luz que se filtraba de aquellas ventanas que solo las cubría una cortina corroída, con varios agujeros, negó sentándose en el borde del catre, agarrándose el vientre, quejándose. Me levanté y me acerqué a ella, me coloqué en cuclillas-. ¿Qué pasa, Rocío?

Alzó la mirada, pálida. No era mi mejor amiga, pero la estimaba mucho, su carácter era difícil, sin embargo, quién podía ser fácil en una situación como aquella. Acaricié su rodilla, preocupada.

-¿Quieres que te traiga agua?, ¿algo? No te ves bien.

-Regresa a la cama, ya pronto amanecerá, Zinnia.

De pronto volvió a quejarse. Arrugué la frente. Me levanté y fui por agua a la cocina, si despertaba a los cuervos no me importaba, Rocío lucía muy mal. Cuando iba a subir los desgastados escalones, Yek me sorprendió besándome la cabeza. Lo fulminé con la mirada, tras él venía Clemente con su sonrisa de artista, como solía.

-Me asustas -susurré tirando medio líquido.

-¿Qué haces despierta, Colibrí? -quiso saber, Clemente pasó a nuestro lado, bostezando.

-Nos vemos en un rato, pajaritos.

Así solía decirnos, le saqué el dedo medio, como siempre por lo que él me aventó un beso. Yek solo rodó los ojos.

-Rocío no se ve bien y le llevaba agua, lo haré cuando termine de limpiar esto - respondí quejosa, y ansiosa por subir. Acomodó mi cabello suelto tras mi oreja.

-Ve a dárselo, yo limpio, si necesitas algo me dices -besó mi frente y se fue rumbo a la cocina.

Subí de inmediato, ella ya se encontraba recostada sobre la cama, doblada debido al dolor. Me miró apenas. Me arrodillé y le tendí el vaso.

-¿Qué sucede? Me estás asustando -musité notando que el cabello se le adhería al rostro.

-Estoy... estoy perdiendo al bebé. -Retrocedí asombrada, anonadada, muda. Abrí mis ojos de par en par. ¡Un bebé! ¿De qué hablaba? Negué aterrada con la mano en la boca. Rocío lucía muy mal-. Él me dijo que estaría a mi lado, que me sacaría de aquí, el hijo de puta me engañó -Me acerqué en shock, nuevamente.

-¿De qué hablas? No puedes estar embarazada. ¿Rocío, qué hiciste? -Me tomó con debilidad por la muñeca, molesta, con rabia y rencor profundo en sus negros ojos.

-¿Qué parece, pajarito? No todos tenemos un Yerik que nos cuide como tú. La vida apesta, Zinnia, grábatelo en la cabeza, nuestra existencia es algo que no debió ocurrir y no traeré un niño al mundo para que pase lo que yo, olvídalo -rugió despacio, muy bajito. En mis ojos se agolparon lágrimas y una pequeña arritmia apareció.

-Lo... lo estás perdiendo a propósito -comprendí azorada.

-Por supuesto, y si me juzgarás es mejor que te des la media vuelta, nadie sabe lo

que estoy sintiendo, lo que estoy viviendo, nadie. -Y se giró dejando salir un gemido de dolor. Con mi mano temblorosa la toqué en el hombro, lloraba, lo sabía.

Nuestra vida era un infierno bajo el océano de máscaras que se veía a diario y se llamaba sociedad. Nadie deseaba ver la pobreza, las cosas realmente bajas del mundo de frente. Preferían fingir, señalar, criticar y pasar de largo. Pero estar enterrado en aquella realidad escalofriante te hace pensar diferente, sentir diferente y te marca para siempre.

-No estás bien -solo dije. Me miró por el rabillo, negando.

-Estoy sangrando demasiado y se supone que eso no debía ocurrir. -Me senté a su lado, esperando, pero cada minuto era peor que el anterior, hasta que llegó un punto que empecé a temer que no durara viva más tiempo. Pensando bien lo que debía hacer, decidí pedir ayuda, Rocío parecía estar inconsciente.

Crucé el lúgubre pasillo abrí con sigilo la puerta de su habitación. No se escuchaba ni un ruido. Sabía de memoria el camino hasta su improvisada cama, en cuanto lo tuve cerca se sentó frotándose los ojos, despeinado.

-Rocío está muy mal, Yek, debemos llevarla al hospital. -Clemente se irguió al escucharme. Ambos se sentían responsables de lo que vivíamos en aquella casa y de alguna manera habíamos logrado hacer un equipo.

-Tranquila, ¿qué tiene? -quiso saber poniendo los pies el suelo.

-Está perdiendo a su bebé -solté sin tapujos. Ambos chicos se levantaron de golpe. Yek se frotó el rostro, mientras Clemente parecía estar en shock.

-Le dije que ese hijo de perra solo se la quería coger, ¡mierda! -soltó Clemente negando con enfado.

En menos de un segundo ya estaban en mi habitación, por supuesto las otras niñas se dieron cuenta del barullo. Rocío estaba inconsciente. Su abandono me dejó estática.

-¿Está... bien? -quise saber cuándo Clemente tocó su cabeza.

-Está viva, pero no sabemos qué carajos se metió y todas las cobijas están manchadas de sangre. -expresó. No fue hasta ese momento que lo noté. Abrí mis ojos realmente consternada-. Tenemos que sacarla de aquí, sino puede morir, estas cosas no suelen acabar bien, Yek -le recordó. Este asintió serio, igual de pasmado que yo, pero cavilando, lo conocía perfectamente como para saber que esa expresión encerraba ya una idea.

-¡Qué carajos pasa aquí! -gritó uno de los cuervos desde el pasillo. Mi corazón se desbocó y sentí que ya no me sería fácil respirar.

¿Por qué teníamos que vivir todo aquello?

Yerik rodeó mi mano, buscando que me tranquilizara. No tardó ni dos segundos en entrar ahí Irma, la otra mujer que más odiábamos en el mundo. Prendió la luz, llevaba en la mano aquel objeto que ya había dejado algunas cicatrices en mi cuerpo, lista para descargarse

-¡Con qué rompiendo las normas! ¡Ahora sí, escuincles hijos de perra!

-Rocío necesita un hospital -soltó Yerik poniéndose frente a mí. Cerré los ojos, no quería saber lo que ocurriría. La mujer se detuvo un segundo, lo hizo a un lado de un empujón y con ojos agudos, la observó

-Donde sea un jodido truco para salvarse de lavar la ropa, escuincla -la amenazó. Al

notar las sábanas llenas de sangre dejó de hablar. Clemente aprovechó su aturdimiento y elevó en brazos a Rocío. No se movía, era peso muerto, sentí la piel erizarse y ácido cubrir mi esófago.

-Está perdiendo mucha sangre, deben atenderla -dijo angustiado, rogando porque esa mujer de piedra se apiadara. Negó con desdén.

-Si tanto te agobia llévala tú -se acercó a Rocío, sujeto su rostro y luego lo soltó como si le diera asco-. ¿Quién sabe qué mierdas hizo para estar así? No es mi problema -zanjó. Yerik se tensó de inmediato.

-Si muere será su responsabilidad... Irma. -La mujer se detuvo apretando los puños. Las niñas se hallaban ya despiertas en sus camas, sin desear moverse ni un poco para que la atención de ese monstruo no les fuera concedida. Lo desafió con la mirada lo que parecieron horas en las cuales mi amigo no se amedrentó.

-Está muy mal, por favor -le supliqué con lágrimas en los ojos al notar que Rocío no daba señales de despertar.

-Maldita mocosa, súbela al carro. ¡Pero esta me la paga! -Y salió rabiando de ahí. Apreté la mano de Yerik, besó mi frente con aprensión.

-Apaga la luz y méntense a la cama de nuevo, no hagan que Nora venga, por favor -y salió de ahí casi corriendo. Las otras niñas de inmediato me miraron, Camy fue la primera que se acercó para que la abrazara.

-¿Se va a morir? -negué una y otra vez meciéndola, no tenía idea de qué sucedería solo rogaba que eso no, que Rocío viviera.

Media hora después apareció Nora, con esa cara de amargada que no podía con ella.

-¡A trabajar, holgazanas! Y tú, Zinnia, limpia el desastre de esa mocosa -soltó señalando la cama manchada. Asentí apresurándome, aún muy impactada por lo acontecido.

Mientras le servía el desayuno al cuervo, Irma llegó echando lumbre por la boca, por los ojos. Se acercó a mí y sin detenerse me tomó del cabello con fuerza. Gemí sujetando sus manos, me arrancarían el pelo. Ya estaba acostumbrada a esto, aun así, creaba heridas.

-¡Nada más que tú seas igual de zorra que ella y te largas de aquí! ¿Entendiste? - Me soltó logrando que cayera en el piso.

-¿Está... viva? -Necesitaba saberlo. Me fulminó con la mirada, carente de algún sentimiento noble. ¿Por qué nos alojaban ahí si era evidente que no soportaba hacer su trabajo?

-Es una estúpida, claro que lo está, pero en cuanto salga de ahí se larga de aquí. Ya hablé con el comité, no quiero una cualquiera dando mal ejemplo. Así que más te vale que no salgas con una sorpresita, porque, aunque te quede poco tiempo aquí, te acordarás siempre de ese error. Esta estupidez saldrá caro y antes de eso, sacan sus sucios traseros de aquí, no me dejarán sin este negocio -y se fue rumbo a su cuarto en la planta alta.

Nora siguió comiendo como si nada hubiese ocurrido. Me levanté aliviada de que hubiese sobrevivido, preocupada por su cabeza, por lo que su futuro sería, aún podía escuchar sus palabras, sentir su odio. No me gustaba pensar en esa realidad que me tocó, pero a veces era inevitable no desear que las cosas hubiesen sido diferentes.

Me fui a la preparatoria, desanimada, Yek y Clem no habían regresado, seguro se

habían quedado allá, con ella, y eso me tranquilizaba de alguna manera. No me atrevía a juzgarla, quién era yo para hacerlo, la única razón por la que sonreía era él, mi motivo, pero de no tenerlo, no tenía idea de qué hubiera sido de mí en medio de ese infierno.

Pasé la mañana ensimismada, haciendo en los recesos las tareas como suelo pues en la tarde no me daba tiempo de nada, además, no contaba con el material para realizarlas. Sentada en una banca, junto a la biblioteca, intentaba resolver un problema de Física, tomé el libro que había sacado y volví a revisarlo, no me era muy claro pese a que el maestro lo había explicado ya varias veces. Resoplé frustrada.

-¿Quieres ayuda? -Alcé la mirada, Carlo se acercaba con un par de chicos más. Sandra, una de mis compañeras y una arpía peleonera, nos miraba y con su dedo me indicó que dijera que no. Arrugué la frente rodando los ojos. No quería más problemas de los que tenía, ella no me hacía en su mundo, yo menos en el mío, pero era bien sabido cómo era.

-No... -musité bajando la cabeza de nuevo. No se movió, podía ver sus pies.

-¿Te he hecho algo? Parece que te caigo mal... No entiendo, solo quiero ser cortés.

-Elevé el rostro, estudiándolo, sus amigos ya no estaban a su lado.

-Nadie me cae mal... Tampoco bien... No sé qué buscas, pero en mí no encontrarás nada, no soy nada y mucho menos tengo algo que dar -dije. Me levanté y tomé mis cosas con la intención de irme. ¿Por qué insistía? Me detuvo por el brazo, serio, intrigado.

-Seamos amigos, nada más, Zinnia, permite que yo decida si vales o no la pena - sonreí con sarcasmo.

-Ni mi familia quiso hacerse cargo de mí -y me zafé-. No valgo la pena, no pierdas el tiempo.

-Me tienes miedo -soltó dejándome perpleja. Las víboras aquellas seguían atentas a mis reacciones, era evidente que se derretían por él. Me concentré en Carlo. Me acerqué a su rostro, sonriendo con sarcasmo.

-Si tú hubieras visto la mitad de lo que yo, niñito bueno, créeme, sabrías que existen muy pocas cosas a las que temo, y tú, definitivamente no eres una de ellas. -Fuera de quedarse con cara de poker, sonrió.

-Me agradas más de lo que imaginé, Zinnia, mucho más -declaró. Me guiñó un ojo, metió sus manos en los bolsillos del pantalón y se fue. Pestañeeé desconcertada.

-No te quiero cerca de él, entiendes, ratita -me amenazó la engreída víbora. Sonreí girando hacia ella, se hallaba a un metro. No estaba para sus amenazas.

-No tengo mamá, sino lo recuerdas, nadie me dice qué hacer o no... Pero no te preocupes, es todo tuyo.

-Cierto, eres huérfana, y sucia -se tapó la nariz con asco. Rodé los ojos, ya estaba acostumbrada a esas cosas.

-Lo mío con un baño se quita, pero tu putrefacción... Dios, creo que viene desde adentro del estómago -me burlé. Rugió lista para irse encima de mí, di un paso adelante, sus amigas la detuvieron.

-No vale la pena, Sandra -le aconsejaron. La miré con odio profundo, como Yek me enseñó.

-Tócame un solo cabello y jamás olvidarás haberlo hecho, yo no te tengo miedo, y

lávate la boca, hazle un favor a la humanidad -dicho esto me di la media vuelta decidida a desaparecer de ahí. Era varios centímetros más alta que yo, eso sin contar que su complexión era más ancha. Esperaba que con eso hubiera sido suficiente, si no, tendría que defenderme y más problemas no era precisamente lo que necesitaba.

-No se quedará así -La escuché decir. Solté un suspiro, lo que temía. Sentía mi piel temblar, giré en la esquina de uno de los edificios y me recargué en el muro mirando el cielo. ¿Cuándo las cosas podrían ser diferentes si es que existía la esperanza de que alguna vez lo fueran? Aferré mi mochila ya rota por varios lados, pegándola a mi pecho.

-¿Estás bien? -preguntó Olga, ella era de perfil bajo, agradable, y de pocas palabras. Asentí sonriendo apenas.

-Debo acabar las tareas.

-Ya van a llamar a clases -solté un bufido.

-¡Maldición!, solo eso me faltaba.

Llegué al trabajo sin noticias, albergaba la esperanza de que Yek apareciera, pero no, ni él ni Clemente. La tarde pasó tan condenadamente lenta, en un descanso que nos dieron, acabé con los deberes e ingerí algo. Desanimada esperaba el autobús. Cómo estaría Rocío.

-Colibrí.-Mi sangre se detuvo, mi mundo volvía a girar. Lo abracé de inmediato. Me pegó a su cuerpo frotando mi espalda de esa manera única-. Lamento buscarte hasta ahorita -negué separándome.

-¿Cómo está? -dejó vagar la mirada en la oscuridad de la calle, reflexivo.

-Perdió al bebé, casi pierde la vida, tenía una hemorragia. En un par de días estará fuera, lo que me preocupa es que... no quiere seguir adelante. -Asentí acongojada.

-¿Crees que haga algo? Nora no la querrá más ahí -musité agobiada. Tomó mi barbilla observándome con atención, acariciando con su pulgar mi piel.

-No, ya averiguamos de una casa para mujeres, puede ser que ahí la acepten en lo que termina la escuela, eso si ella quiere. No sé en qué estaba pensando... -susurró con tristeza.

-En que estamos solos, Yek, en que él podía quererla, que podía pertenecer -sonrió arrugando levemente las cejas, intrigado.

-¿Eso sientes, Colibrí? -Sus fuertes manos viajaron hasta mis hombros.

-Siento que si tú no estuvieras en mi vida quizá hubiese acabado igual que ella, o peor. Das luz a mi tiniebla, Yek, para mí todo es diferente debido a ti -me abrazó de nuevo.

-Entonces seamos nuestras luces en la tiniebla, Colibrí.

El sábado no me permitieron salir de casa hasta que todas mis "responsabilidades" como las llamaban, estuviesen listas, que consistía en limpiar, barrer, sacudir y demás, ahora sin Rocío era más la tarea. Como a las 5 salí corriendo, quería verla.

El hospital era un lugar tan deprimente como la casa donde habitábamos. En medio de muchas camas, ella estaba ahí, pálida, con la vista perdida. Sentí una pena infinita, dolor de lo que en su mente pasaba, de los pensamientos que deambulaban.

-Rocío -giró levemente, solo tenía unos minutos, no se aceptaba muchas visitas en aquel sitio. Lucía realmente perdida. Alzó su mano temblorosa hasta la mía. La sujeté con un enorme nudo en la garganta, nuestros ojos se tornaron vidriosos.

-No eres como yo, como los demás, Zinnia, sal de esta realidad, cueste lo que cueste -susurró con voz quebrada. Me agaché y acaricié su cabello, su llanto se desbordó-. Jamás me perdonaré lo que hice -sollozó-, no puedo vivir con esto, pero... tampoco quería que pasara lo que yo... No merezco nada, no quiero seguir, no debo -pegué mi frente a la suya.

-No digas eso, Rocío, estarás bien, ya verás -negó en pleno llanto, alejándose un poco para verme. La intensidad de sus ojos logró que hipeara. Se veían... vacíos.

-Los motivos son el motor para existir... -musitó seria. Ya parecía de nuevo distante-. Sal de este apestoso lugar -aferró mi mano con fuerza-. Yerik te cuidará, creo saber lo que hace, tiene una idea fija y puede que sea acertada, solo toma lo que la vida te da y jamás mires atrás. Júramelo, Zinnia -asentí sin comprenderla, con resquemor. Apretó más mi mano-. Dilo -me apremió con voz ronca.

-Te lo juro, pero...

-Sh, ahora vete, este es mi infierno y yo sabré qué hacer con él, vete -intenté acercarme, me lo impidió.

-Rocío... -la nombré con la voz rota. Negó volteándose.

-Quiero estar sola... Adiós, Zinnia -sus palabras penetraron en mi mente de una forma brutal, sentía que se despedía, que no volvería a saber de ella.

-No hagas una estupidez -le pedí seria. Sonrió sin verme.

-Nunca más -me alejé negando, asustada, profundamente desconcertada.

Al salir, Yerik, Clemente y Lilo, me estaban esperando. Les narré todo, entre ellos se miraron, circunspectos.

Yerik me tomó de la mano y caminamos sin decir nada. El silencio era doloroso, sabíamos que en su cabeza el desorden gobernaba, no era la primera compañera que perdíamos, aun así, el pecho sangraba.

Esa noche no pude dormir, entre el frío, lo difícil que estaba siendo la situación en casa pues las cosas estaban demasiado tensas y yo siendo la mayor que quedaba, parecían desear desquitarse conmigo.

A hurtadillas, sintiendo que mi cuerpo no podía más y sabiendo que Yek ese día no se iría como me lo prometió al verme tan agobiada y ayudarme a los exagerados labores de la casa, entré a su habitación. Pocas veces lo había hecho, solo cuando sabía que un regaño sería menos fuerte que lo que en mi interior sentía. Me acerqué con sigilo, muriendo por entrar en calor.

-Ven -lo escuché hablar casi como al viento. Llevaba mi lamentable cobija enrollada en los hombros, me recosté a su lado mientras él elevaba su colcha, no más gruesa que la mía. Me abrazó de inmediato soltando un suspiro, me pegué a su cuerpo buscando calor. Escondí mi cabeza en su pecho y pronto el sonido de su corazón, un poco más acelerado, me envolvió, la somnolencia comenzó a absorberme. Su aliento sobre mi cabello, su tórax adherido a mío, sus manos rodeando mi espalda. El frío desapareció y esa anhelada calma me sobrecogió-. Duerme, nos vemos al amanecer, todo irá bien -asentí agradecida, creyéndole por completo. Él era mi razón, el motor de mi existencia, comprendí cediéndole mi último pensamiento a ella.

Desperté sintiendo caricias en mis mejillas, llevaba días sin dormir tan bien. Al ser consciente del olor que se colaba en mi sistema respiratorio, sonreí.

-Debes irte, no quiero darles motivos -asentí disfrutando del momento, no quería

salir de ese maravilloso sitio, no deseaba dejar su calor, la sensación de tenerlo tan cerca.

Sacudió mi barbilla con suavidad. Abrí los ojos a regañadientes. Su mirada marrón me atrapó pese a la oscuridad. Ambos nos miramos de esa manera intensa, diluyendo los momentos, las emociones e intercambiando los pensamientos. Mi corazón comenzó una marcha desbocada, mis labios pronto se sintieron extraños, como si estuviesen esperando algo porque puedo jurar que en cada terminación nerviosa de ellos, algo ocurría, algo que incitaba, que me motivaba. Un calor diferente subió hasta mis mejillas y fui consciente, como nunca, de sus rasgos masculinos, de su ceño tosco, de sus labios carnosos, de su nariz recta, de lo cuadrado de su quijada, pero sobre todo de lo que en su interior dominaba: yo.

-Si llegan, la lastimarán, a ti te echarán -habló Clemente desde su lugar con voz adormilada. Yek reaccionó antes que yo, se irguió dándome la mano, la tomé sin remedio y, aún aturdida por lo que ocurría entre ambos, al igual que él, que parecía evitar mis ojos, me fui casi corriendo.

Al llegar a mi habitación me enrollé en la frazada con la mirada perdida. ¿Qué había ocurrido? Sentía que las cosas entre ambos estaban cambiando y no podía adecuarme a esta nueva manera y a la vez, me invitaba a seguir, a avanzar.

Es tan difícil lo que va pasando, lo que estos chicos van viviendo, presenciando y en medio de todo esto ese sentimiento puro que los une, que al parecer lo está salvando. ¡Gracias por votar y comentar, por seguir la historia de Zinnia y Yerik - Zinnik!



El domingo poco estuvo en casa, lo suficiente para hacer lo que le correspondía, o para regalarme miradas de soslayo que yo lograba atrapar y que me dejaban un tanto perdida. Rocío fue trasladada a aquella casa de mujeres, supimos más tarde por Clemente. Pronto llegaría otra pequeña para ocupar su lugar. Eso me entristecía. ¿Qué futuro tendría en esas paredes?, pero, además, mi situación ahí el tiempo que me quedaba, sería aún más complicada, agotadora.

La noche del martes Clemente apareció en la cocina mientras preparaba la merienda, Sol me ayudaba en las obligaciones, hablaba lo necesario y la felicidad hacía mucho tiempo que se había ido de su lado. Lo observé de reojo mientras picaba un poco de tocino para la comida de los cuervos. No se movía, no movía sus labios para nada.

—¿Has visto a Yerik? —negué sin dejar de hacer mi labor, ahí no había descanso. Se le escuchaba nervioso, preocupado, lo miré de frente y me asombró notar sus ojos rojos y los puños heridos, parecía haber corrido sin detenerse. Se limpió una lágrima con la manga de su sudadera desgastada. Jamás, en todo el tiempo que habíamos vivido juntos, derramó ni un poco de ese líquido. Su mirada estaba extraviada en algún punto de su mente.

—¿Qué... qué te pasa? —quise saber limpiándome las manos con un trapo que tenía cerca. Sin más me abrazó con fuerza, negando.

—Se suicidó, ella... se mató. —Enseguida supe a quién se refería, sentí un escalofrío recorrer mi piel, desde los brazos hasta llegar justo en medio de mi pecho. Dolió demasiado darle

sentido a aquellas palabras que hacía unos días me había dicho pálida, en aquel horrendo lugar. Dejé salir un sollozo por la impresión, por el dolor, y lo aferré con mayor ahínco.

—No puede ser, Clem, ¿por qué? —musité, escuchando el llanto pausado de Sol en el fondo de aquel lugar.

—Porque esto es un puto infierno, porque la mierda que nos come cada día nos marcó para siempre, Zinni, por eso. —Estaba tan tenso, tan asombrado como yo. Mal o bien, habíamos crecido juntos y los lazos de lealtad que se forman al ser parte de una realidad como la que nosotros vivíamos generaba hilos invisibles que nos unían los unos a los otros sin poder evitarlo—. Mataré a ese gran hijo de puta, lo juro. —Su rabia me consumi6, alertándome de inmediato. Me alejé negando, tomé su rostro entre mis manos para que me viera, pero los de ambos estaban completamente empañados.

—No, no hagas una estupidez, no lo hagas, Clemente. —Yek apareció en la puerta de la cocina, con su ceño fruncido, como solía, siempre entraba a la defensiva, como si estuviese listo para atacar. Nos observó achicando los ojos—. Rocío, Yek, ella...

—Se suicidó hoy y mataré a ese imbécil, no tengo nada que perder —negué asustada al ver su determinación. Yerik abrió los ojos ante la noticia, pero en cuanto Clemente pretendió pasar a su lado, lo detuvo con fuerza. Ambos se miraron.

—No permitiré que acabes tus días en un jodido agujero por causa de ese cobarde... —Lo amenazó con voz fría, tragándose el dolor que la noticia recién recibida le generaba. Sentía el llanto brotar desde mi garganta, pero la preocupación por Clemente me tenía aun peor. Lo conocía y sabía de qué era capaz; era temerario y siempre decía que no había nada que lo detuviera. Ambos chicos criados de la peor manera, sabía cómo peleaban, conocía que nada los paraba, tanto que muchos por ahí les temían y en esta ocasión, dudaba que pudiese controlarse a tiempo.

—Si tú pretendes fingir que no ocurrió nada, yo no —e intentó soltarse.

—Rocío ya decidió. —Clemente se pegó aún más a su rostro, rebasado de cólera. Yerik no se inmutó y con esos ojos que ya le conocía, lo había visto en más de una ocasión pues no reflejaban ni un ápice de lo que en su interior ocurría, lo desafió—. No somos vengadores de nadie, no somos los responsables de las decisiones de nadie, no harás una puta estupidez, no lo permitiré —zanjó tomando su hombro, penetrándolo con la mirada. Clemente se giró y le propinó un golpe a la pared tan fuerte que pudo haberse roto un hueso. Yek lo observó con los ojos también empañados. Sol lloraba en una esquina, tapándose solo la boca para no gritar.

—Clem...

Al ver que se derrumbaba en el piso, con la cabeza escondida en sus rodillas me acerqué. Su mano sangraba, no tenía idea de si se había lastimado más, pero todo lo que estaba pasando ya dolía demasiado.

Rocío no debió quitarse la vida, no debió creer aquellas palabras dulces, no debió haber terminado de esa manera, no merecía haber vivido esa cruda realidad. Lo rodeé como pude con temor a que me rechazara, no lo hizo y comenzó a sollozar.

—¿Por qué la gente buena debe vivir cosas como estas? —musitó. Recargué mi mejilla en su espalda, sintiendo que las lágrimas se atascaban en medio de mi garganta. Yek

permanecía de pie, obstaculizando la entrada, notoriamente atormentado. Lo miré a los ojos, acongojada, su mirada me atrapó infundiéndome algo de calor en ese invierno del que era presa mi corazón.

—¡Ah, no me digan que esto es una reunión familiar! —Nora apareció al lado de Yek, de inmediato me levanté. Clemente se tensó, mi mejor amigo lo agarró de un movimiento por el brazo.

—Vámonos... —ordenó señalando mi labor con los ojos.

—¿No seguirán? ¡Qué pena! —chilló la mujer con burla, fulminándonos con esos pequeños y espeluznantes ojos. Clemente se encrespó, pero antes de que pudiese abrir la boca Yerik logró sacarlo—. Supongo que ya supieron lo que la estúpida esa hizo. —Clemente rugió, rabioso. Todo fue en segundos, la mujer giró un tanto asustada, pero mi mejor amigo logró tomarlo por el cuello con toda su fuerza para someterlo y sacarlo de ahí. Mis lágrimas resbalaron silenciosas por mis mejillas. Podía odiarnos, pero no era posible que hasta el grado de disfrutar la muerte de alguien—. Tienen diez minutos para acabar eso, de lo contrario, dormirán afuera —Eran capaces, asentimos sin chistar.

La cena fue tan aplastante como siempre, solo que sin ellos dos y soportando bromas pesadas de esas mujeres sobre la partida de Rocío, fue peor, no podía pasar bocado, pero sabía que, si dejaba mi plato a medio comer, la consecuencia sería peor.

Por la noche, cuando al fin lo escuché llegar, me colé hasta su colchoneta, mi frío ya no venía del exterior, sino del interior. Me abrazó con fuerza y comenzó a frotar mi espalda con dulzura, por fin pude derramar algunas lágrimas, ahí, en el único lugar seguro que conocía, al que pertenecía.

—Tu realidad será otra, Colibrí, te lo juro —musitó cerca de mi oreja. Aferré su camiseta con mayor fuerza, negando.

—Nada sin ti, Yek, nada.

Lo escuché suspirar, pero no dijo más, cada vez que hablaba de ese modo me hacía sentir una lejanía que comía mi interior como pirañas hambrientas, no me agradaba.

Los días siguientes fueron peor, esas mujeres no me quitaban el ojo de encima, eso sin contar la carga ridícula de tareas. No entendía por qué a mí, por qué parecían desear dejarme sin aliento. Yerik se mostraba rabioso, lo conocía, y cuando podía, sin ponerme en riesgo, me ayudaba en un silencio cargado de pensamientos lamentables, dolientes.

Ninguno aún habíamos logrado superar lo ocurrido, todo era silencio, ese aplastante, que cala, que entumece y no permite vislumbrar nada salvo la crueldad de nuestra propia realidad.

La mañana del viernes me sentía exhausta, mi cuerpo dolía, cada músculo engarrotado por haber tenido que lavar el piso de la cocina con un estropajo y jabón. Al parecer el guisado de la cena me había quedado salado y encontraron eso para castigarme por mi falta de atención. Yerik se reusó, y se ofreció a hacerlo, ambas rieron con sarcasmo, y, o lo hacía sola o él se tendría que ir de ahí. Lastimosamente habían encontrado nuestro talón de Aquiles y tan solo quedaban unas semanas, pues en cuanto tuviera nuestros papeles en sus manos, ya nada nos detendría. Cuando se aseguró de que dormían, entró a la cocina. Lo vi de reojo.

—¿No debes salir? —pregunté bajito. La espalda y las rodillas me ardían, mis hombros escocían y mis dedos ya los sentía entumecidos.

—Hasta que acabemos esta idiotez —se hincó a mi lado, detuvo mis manos con la suya, enorme. Lo miré a los ojos, lagrimosa—. No estás sola, Colibrí, solo dame unos días —me quitó el estropajo y comenzó a hacerlo él. Lo observé sin poder moverme, primero por el dolor en las articulaciones que ya estaban engarrotadas debido a la posición, y luego porque... su cabello resbalaba por su rostro, mientras su quijada se tensaba al hacer la labor y sus cejas ensombrecían sus bellos ojos haciéndolo ver asombrosamente masculino pese a su edad. Al sentirse observado giró, sonriendo con intriga—. ¿Pasa algo? —negué sonrojada. Sonreí desviando la vista y buscando sentarme en mi trasero aunque fuera por unos minutos, de ninguna manera permitiría que lo hiciera solo.

—¿Sabes cuál es mi sueño? —solté rodeando mis rodillas, recargando mi barbilla en ellas, perdida en mi mente. Se detuvo por un segundo y me vio, intrigado.

—Me gustaría saberlo —admitió, serio. Lo miré dejando salir un suspiro.

—Pasear tú y yo en un parque, tomados de la mano, adultos, y... —se sentó demasiado atento— sonriendo porque toda esta vida fue algo que solo sirvió para que nos conociéramos. —Pestañeó moviendo las cejas de forma discorde—. Ya sé que es algo estúpido. —Me disculpé alzando los hombros, sonriendo con timidez.

—Es... perfecto, Colibrí —admitió ladeando la cabeza. Elevó su mano libre hasta la mía, alcé mis dedos y los enrollé en los suyos observando el gesto.

—Parece demasiado ingenuo, demasiado... cursi —acepté torciendo los labios.

—Parece algo que, si pudiera, sucedería —su tono se agrió de pronto. Lo encaré arrugando las cejas, no me veía, parecía demasiado perdido en lo que su cabeza maquinaba—. Solo espero lograr que tú salgas de esto y vivas sonriendo, Zinn, es lo que más quiero, mi motivo. —Quitó mi mano, molesta.

—Por qué últimamente hablas de esa manera, no me gusta, ¿sabes? Me irrita, me pone nerviosa —Me acerqué, lo tomé de los brazos y lo aproximé a mi rostro—. Júrame que harás todo para que eso suceda, vivo por ese momento, Yerik, no quiero nada si no es así, de esa manera. —Dejó de respirar, perdió su mirada que de pronto se dulcificó de una forma que desconocía, en mis labios.

—Zinnia... No me pidas eso... —apreté con más fuerza sus anchos brazos, con la quijada tensa.

—Júralo; Yerik, ahora —se deshizo de mi agarre y siguió lavando el piso.

—Aún queda mucho, debemos seguir —y me pasó un pedazo de su estropajo y colocó entre ambos el jabón. Deseé gritarle, zarandearlo, pero de pronto comprendí que quizá él deseaba otra cosa, y no precisamente conmigo. Sentí un enorme nudo en la garganta crecer, atorarse ahí de tal tamaño era que no logré hablar el resto de la noche.

Durante las primeras dos horas de clases, mis ojos se cerraban casi sin poder evitarlo, eso sin contar el dolor corporal.

—¿Te sientes bien, Zinnia? —Alcé el rostro, el timbre acababa de sonar y yo

simplemente no pude ponerme en pie. Con el alma contraída, y doliendo aún más que mi cuerpo sin entender muy bien por qué, negué ya sin resistirme. Carlo se sentó en una banca contigua, observándome con atención—. Parece que no dormiste, estás pálida y con ojeras —bajé la mirada hasta mis manos. Sus dedos en mi barbilla se sintieron cálidos. Me topé con sus ojos sin poder evitarlo—. Solo permite que te conozca, que te ayude —mis ojos se llenaron de lágrimas, no necesitaba ayuda, necesitaba que Yek quisiera lo mismo que yo, que ambos lucháramos por ello, pero... él no lo deseaba.

Al notar que lloraría se acercó y me abrazó con fuerza. Sin contenerme más enredé mis brazos en su cuello, perdí el rostro en su pecho y comencé a sollozar sin detenerme, como hacía años no me permitía hacerlo. Cuando el alma está más cansada que el cuerpo, dejar salir los sentimientos de alguna manera era la única forma de no desear desaparecer.

El timbre sonó de nuevo, pronto todos entrarían. Me tomó de la mano y con la otra, se colgó nuestras mochilas. Salimos de ahí, no deseaba preguntar nada, ni siquiera me importaba, caminaba a trompicones por los pasillos debido al llanto que no dejaba de fluir.

Llegamos a la parte trasera de la escuela. Era un pasillo poco transitado, con motas de tierra y pasto en un equilibrio curioso y, a varios metros, una reja que daba al estacionamiento. Dejó nuestras cosas sobre el piso y volvió a abrazarme. Su olor a limpio me agradó y la sensación de que a alguien más le importase sin saber nada de mí, me conmovió. Varios minutos después me separé.

—Lo... lamento —hipeé. Sonrió negando, acomodándome un mechón tras la oreja.

—Me alegra que al fin bajas las defensas... —negué sorbiendo el llanto, necesitaba limpiarme el rostro. Notó mi ansiedad—. Hay unos baños, derecho por el pasillo y a la izquierda. Anda, te traeré un jugo, ¿quieres? —asentí aún llorosa. Al regresar, ya estaba ahí, recargado con desgarbo en el muro. Me tendió un envase de vidrio. Lo tomé y le di un trago largo.

—Eres como un acertijo, te veo y no comprendo cómo una chica de 17 años puede intrigarme tanto —suspiré observando con atención la botella entre mis manos.

—No hay nada que esconda, Carlo, te desilusionarás antes de siquiera pensarlo.

—¿Por qué llorabas? —recargué mi cabeza en el muro cerrando los ojos, lo único que acudió a mi cabeza fue él, con su aspecto oscuro, con su mirada clavada en mí, con ese gesto peligroso, con su andar lleno de seguridad, con aquella sudadera negra que escondía el tatuaje de un colibrí justo en su brazo. ¿Por qué de todo lo que estaba ocurriendo solo podía pensar siempre en él, solo en él?

—Es una tontería —lo escuché reír. Se acercó y me dio un pequeño empujón.

—Anda, solo quiero ser tu amigo. —lo miré alzando una ceja, eso lo dudaba. Sonrió con ingenuidad, y sacudió la cabeza—. Por ahora. Juro que no repetiré lo que digas —torcí los labios sintiéndome de pronto un poco más ligera. Me dejé caer sobre el piso y le di otro trago.

—Si lo haces quedarás sin descendencia, lo sabes, ¿verdad? —Asintió soltando una carcajada. Algo en él me daba confianza y, por otro lado, necesitaba hablar con alguien ajeno a toda esa espantosa realidad, a eso que estaba creciendo en mi pecho—. Vivo en una especie de Casa hogar... —comencé. Se acomodó a mi lado, atento. La siguiente hora le narré a grosso modo lo ocurrido el día anterior y las últimas semanas —abrió los ojos conmovido, se rascó la cabeza y perdió la mirada en el vacío.

—Esas son suficientes razones para llorar como hace un momento —ahora yo le di un empujón.

—Gracias por el jugo y... consolarme —admití con timidez. Me miró sonriendo.

—Cuando quieras, Zinnia, creo que eres alguien que merece la pena conocer —rodé los ojos, negando.

—No lo creo, la verdad, pero como quieras —musité tomando el último trago.

—¿Crees que alguna vez podría invitarte a... —algo en mi interior se activó y eso no me pareció de repente buena idea, notó mi alteración—. Olvídalo, olvídalo, ¿sí? Ya me concediste más de lo que imaginé y podemos ir a tu paso.

—Carlo... no hay paso... no hay nada que pueda darte, solo amistad... —sus ojos me observaron con insistencia.

—Tienes novio —afirmó con seriedad. Arrugué la frente.

—¡Claro que no! Te estoy contando mi vida, cómo se te ocurre —le di otro empujón. Rio nuevamente. Algo en él me relajaba, era como sentirme tan solo una chica de 17, sin presiones, tranquila, con eso que caracterizaba a los adolescentes; intensidad, ganas de comerse el mundo de un solo bocado.

—Parece que sí, no sé, hay algo cuando hablas que además de hacerte parecer mayor, me hace pensar que... hay alguien —Yerik apareció en mi mente sin más, como siempre, solo que en esos minutos no lo había tenido en primer plano, aunque ausente, nunca.

—Eso ha de ser porque tú pareces de trece —lo bromeé.

—Eres aguda —me encogí de hombros.

—No soy una chiquilla que no se sepa defender, puedo hacerlo y sin ayuda y sin problemas —anuncié con orgullo.

—Es bueno saberlo... ¿dónde aprendiste? —Quiso saber, intrigado. ¿Por qué todos los recovecos de esa conversación me llevaban a él? ¿Por qué nada parecía existir sin su rostro al lado?—. ¡Ey! Despierta —chasqueó los dedos frente a mi rostro. Le quité la mano despejándome.

—Son cosas que tienes que aprender... —musité sin desear ahondar en el tema, no quería hablar de él, no estaba de humor para explicarle nuestra relación y traerlo a ese espacio de mi vida que por un segundo estaba siendo diferente—. Mejor hálame de ti. ¿Cómo es tener una mamá? —Carlo me observó serio, incluso palideció. Luego miró sus tenis por un segundo.

—No sé qué haría sin ella —admitió. Comenzó a contarme cómo era, cómo era su familia y sin poder evitarlo me encontré imaginando cada cosa que decía en mi mente, sonriendo con ternura ante cada palabra, ante cada descripción, imaginando que yo hubiera podido estar así, que... quizá algún día pertencí a una.

Las clases transcurrieron diferentes, Carlo estuvo a mi lado y de alguna manera se las arreglaba para hacerme sonreír y que la miseria en la que me encontraba sumergida no se sintiera tan profunda. No me atraía, pero había algo en su frescura, en esa ingenuidad que proporciona el tener la vida resuelta que me gustaba, que me hacía sentir a gusto. Logré, con mucho esfuerzo, no estarle dando vueltas a lo que me ocurría con Yek, a lo mucho que me dolió su actitud la noche anterior.

A mediodía, pasé a los sanitarios antes de irme, solía hacerlo pues en el trabajo

apenas si tenía tiempo de nada. Me eché agua en el rostro, me pasé un papel para secarme y dejé salir un suspiro.

—Te dije que no te acercaras a él, sucia huérfana —giré sin ánimos, varias chicas que se hallaban ahí salieron de inmediato. Sandra me perforó con la mirada, su odio incluso podía sentirlo. Nunca le había hecho nada, y tal parecía que la antipatía de las personas no era difícil de obtener, eso estaba más que comprobado en mi vida. Me colgué la mochila fingiendo no escucharla. De pronto tres de sus amigas, porque obviamente no era de esas que amenaza sola, los cobardes no son así, se acercaron y me sujetaron con fuerza. Rabiosa intenté zafarme, golpearlas, no pude, se posicionaron por detrás y me arrastraron a uno de los sanitarios—. Ahora sí me conocerás, estúpida, nadie toca lo que es mío —sabía lo que harían y no pensaba permitirlo.

—¡Suéltenme! —grité con todas mis fuerzas. Ella rio.

—Es la peor hora para hacer eso, nadie te escuchará —se carcajeó. Me resistí como pude e ignorándola seguí gritando. Esas chicas estaban enfermas, llenas de crueldad.

—¡Ayuda!, ¡ayuda! —No cesé, sin embargo, ya mi cabeza estaba muy cerca del inodoro. Sudé frío, mi corazón lo sentía latir como un desquiciado y la impotencia corría por mis venas. Estaba asqueroso, más lo que implicaba. No, no podía permitirlo—. ¡Estás loca! ¡Suéltenme! —pedí llena de cólera, no tenía ganas de llorar, solo de empujarlas y gritarles hasta quedarme sin aire, hasta que mis cuerdas vocales reventaran.

—Con esto tengo suficiente... Ahora, suéltenla y vayan con el director, en este instante —De inmediato sentí como aflojaban su agarre, por lo mismo casi caigo de lleno en el escusado, como pude me erguí. Mis brazos dolían, los hombros también por la forma en la que me tenían sujeta, eso sin contar el cuello, que era de donde una de ellas me aferró con fuerza, pero la suficiente como para no asfixiarme—. Esto costará su expulsión, se los aseguro —giré respirando agitada.

—No, solo estábamos jugando, maestra, ¿verdad, Zinnia? —La profesora estaba furiosa, con un móvil en la mano, negando, reprobando la actitud.

—Eres una cobarde —me erguí ya por completo, llena de rabia—. ¡Una maldita cobarde! —Le grité apretando los puños, lista para dejarle una marca de mi mano en su asqueroso rostro.

—No lo hagas —la voz de la mujer, llena de advertencia y autoridad me detuvo por un segundo. Apreté los dientes, abrí mis manos una y otra vez, no pude y sin más le di una bofetada que la hizo trastabillar.

—Eres una miserable —la maestra me tomó de la cintura pensando que lo haría de nuevo. Alcé el rostro lleno de odio, amedrentando a esa repugnante chica que ahora me veía con temor, sobándose el golpe.

—Vete a casa, yo me haré cargo de ellas —ordenó. No me moví. La mujer me sacudió, tomó mi rostro e hizo que la mirase—. Ahora, Zinnia —salí de ese trance y asentí. Afuera varios chicos se arremolinaban, y un par de profesores más. Carlo apareció en mi campo de visión, se acercó a mí de inmediato.

Yo temblaba, sujeté mi mano y me alejé casi corriendo. A unos metros de la puerta se detuvo, me recargó en un muro y me abrazó sin que lo viera venir. Yo respiraba agitada,

sintiendo como la sangre corría por mis venas, buscando desquitarse con fuerza. Su cálido cuerpo sobre el mío me fue relajando. No hablaba, no decía nada, solo estaba ahí, conteniéndome. Sin más elevé mis manos y rodeé su cintura tranquilizándome con cada segundo ahí.

—¿Estás mejor? —preguntó sin soltarme. No asentí hasta que de verdad lo estuve. Me separé lentamente.

—Debo irme... —musité completamente desorientada. Tomó mi barbilla con una mano. Era atractivo, da cabello oscuro, tez apiñonada, ojos chispeantes, siempre sonriendo.

—No permitas que empañen más tu día —sonreí con ironía.

—Si pudiera las ahogaba en ese asqueroso inodoro y en toda la mierda del jodido planeta... —acepté elevando los hombros. Me quité de su agarré, él rio negando—. Debo irme... Gracias por todo —alcé una mano a modo de despedida y caminé hacia afuera aún con los pensamientos revueltos.

Mis sentidos se agudizaron sin preverlo y... lo vi. Dejé de respirar. Me miraba de una manera que no reconocía, con el rostro ensombrecido, tenso, las manos a los costados, con los puños apretados, sus cejas peligrosamente juntas, respirando con dificultad.

Por instinto volteé hacia adentro de la escuela. Carlo ya se alejaba con la cabeza gacha, en dirección contraria. Sentí un extraño alivio. Algo en la postura de Yerik me alertaba. Aferré mi mochila, acercándome. Aún no me recuperaba de lo ocurrido, sin embargo, en cuanto lo vi todo volvió de una manera absurda a su sitio, tanto que incluso logré sonreír levemente. No se movía, y su gesto no cambiaba. Mis labios, secos, los humedecí ya a un paso de su cuerpo tenso.

—Hola... —susurré. Su mirada me perforaba como nunca, era como si de pronto fuese un ser al que odiaba, que... lo ponía en riesgo. Alcé un brazo para tocarlo. Se apartó, molesto.

—Nos vemos después —y sin más entró a la escuela. En ese momento sentí que ya no podría más, que mis piernas no resistirían y caería de lleno sobre el suelo.

—Zinn... Debes abrir los ojos —susurró de pronto Clemente, besando mi frente y siguiéndolo.

Permanecí muda en aquel sitio por un par de minutos, con las lágrimas nuevamente pujando por salir, con la mirada de varios de sus amigos sobre mí. De nuevo la rabia apareció, la arrolladora necesidad de acabar de una maldita vez con todo. Me limpié con el suéter las lágrimas que salieron y corrí, corrí desesperada por sacar todo eso que me ahogaba, buscando que saliera de una maldita vez todo aquello que me consumía.

Ay, pasaron muchas cosas... Rocío tomó su decisión :(Sandra demostró de qué está hecha y una realidad tan común para indignación de muchos, cobardía, eso es hacer esas cosas. Clemente no está enamorado de Rocío, es lealtad, lazos sólidos, una pérdida más para todos. Y Zinnia en medio de todo esto, aunado sus sentimientos por Yek, el no darle nombre está lastimando y justo ahí entra Carlo para hacerla sentir menos mal. ¡Gracias por votar, por sus inigualables comentarios llenos de palabras pensadas y que me ayudan un montón!



La tarde pasó en medio de costuras y telas que unir. A las ocho y treinta ya llegaba a la casa, él estaba en aquella esquina, serio, mientras los demás reían, fumaban y la resbalosa de Lilian se pegaba a su costado sin que él pareciera notarlo.

Lo observé con tristeza. Clemente le dio un codazo, giró a mi dirección. Sus ojos me atraparon, por varios segundos solo fuimos nosotros, esa conexión profunda que no lograba descifrar pero que existía sin poder combatirla. Sin embargo, de repente, Yerik rompió el contacto, bajó la vista, tenso y ya no me miró. Mi corazón que no podía encogerse más se sintió demasiado pesado.

Después de cenar, ellos se hicieron cargo de la cocina, las mujeres ya se hallaban en su estudio, donde sí había televisión, computadora, teléfono, obviamente todo bajo llave, solo ellas tenían acceso a ese lugar, mientras Sol y yo doblamos la ropa limpia. Deseaba dormir, solo eso.

—¡Zinnia! —Al escuchar sus gritos, rodé los ojos, gimiendo porque sabía que no me darían de nuevo tregua. Sol me observó con tristeza.

—Acaba esto, ya regreso —le pedí en voz baja. Al salir me crucé con Clemente, Yerik y Manuel, que pronto cumpliría diez. Mi mejor amigo parecía alerta, pero no me habló, el otro par solo lucían agotados.

Llegué con los cuervos, Nora me esperaba de pie junto a la puerta.

—Los muebles del comedor están asquerosos, lava las sillas, sacude todo y

acéitalos –ordenó. Asentí exhausta.

—¿Puedo hacerlo mañana? –pregunté conociendo la respuesta. Ella rio negando. Si verlo venir, su mano salió proyectada de lleno sobre mi mejilla. Me tomó por sorpresa, trastabillé quedando un par de pasos más lejos de donde esa repugnante mujer se hallaba. Se carcajeó—. O lo haces ahorita, o lo corro –Y señaló tras de mí. Supe de inmediato a quién se refería.

—No tiene que amenazarla, menos golpearla, Nora –gruñó Yerik, contenido, sin mirarme.

—Ahora lo hago –acepté sin remedio pasando en medio de ambos.

—¡Cállate! Últimamente tus salidas en la noche no se están justificando, así que ya sabes. –Y cerró la puerta con fuerza. Lo miré de reajo, sintiéndome por primera vez desde que lo conocía, que no debía acercarme, que no soportaría un nuevo rechazo.

Pasó frente a mí, sin mirarme.

—Vamos, tenemos trabajo –dijo con tono serio. No me moví, él se percató. Se detuvo dándome la espalda. Podía resistirlo todo menos ese comportamiento.

—¿Por qué te estás portando así conmigo? –pregunté bajito. Alzó el rostro, colocando sus manos entrelazadas tras su cuello. Sabía que sus ojos estaban cerrados, lo conocía demasiado.

—Si quieres terminar hoy, debemos comenzar, Zinnia –advirtió caminando de nuevo. El hecho de que no me dijera Colibrí partió en dos mi endeble mundo. Mis pulmones, contraídos, dolieron, eso sin contar el agujero ya inmenso en mi pecho. Con él jamás necesitaba actuar, ni pensar en lo que debía decir, menos preocuparme por mi comportamiento o reacciones, pero hacía semanas que ya nada era como solía y eso me tenía además de aterrada pues se trataba de él, muy cansada. Pasé a su lado, molesta.

—Es mi tarea, tú ve a "justificar" tus salidas, Yerik. –Y no me detuve. Ya en la cocina agarré lo que necesitaría, al voltear, me topé con él. Si no me aferra por los brazos caigo hacia atrás.

—No lo harás sola –ordenó quitándome el aceite. Mi pulso estaba disparado, un rubor cubrió mis mejillas al sentirlo de nuevo tan cerca. Su mirada parecía distante, aunque concentrada en cada una de mis facciones—. Yo lavo, tú aceita –y tomó lo que necesitaría.

—Si vas a estar así, no quiero que me ayudes –expresé cuando se alejó. Giró desde la puerta de la cocina, estudiándome con atención, entornando los ojos.

—No puedo estar de otra forma, y esta no es solo tu tarea –sentenció, serio.

—No quiero que me ayudes, ya te lo dije –repetí irritada. Se acercó hasta quedar a unos centímetros de mi rostro, clavando sus bellos ojos avellana en los míos. Pasé saliva con dificultad, sosteniendo su mirada.

—No seas infantil, Zinnia, y no hagas rabietas, conmigo no funcionarán, ¿comprendes?

—Quiero que me dejes sola –solté enojada por sus palabras, con el corazón acelerado.

—No hasta que estés donde debes, así que te recomiendo que comiences a aceitar si deseas dormir –y salió sin más.

Bufando fui tras él. Deseaba críparlo, que me dijera de una maldita vez qué ocurría.

—¿Estás enojado por algo? ¿Te hice algo? ¡Dime! —Le grité a su lado, importándome un rábano que salieran las mujeres esas a callarnos, pero él ya estaba arrodillado tallando el asiento. Rio con sarcasmo.

—Comienza con la mesa, anda —musitó. Odiaba que no me respondiera.

—Es la última vez que te preguntaré, Yerik, y si no respondes, puedes irte al infierno... ¿Por qué carajos estás así? —exigí saber. No se detuvo, ya no llevaba la sudadera puesta, por lo que sus bíceps se marcaban en su brazo con cada movimiento bajo esa camiseta desgastada y su cabello ondeaba con ese vaivén que daba al tallar. Mi estómago sufrió una embestida de búfalos frenéticos de tan solo observarlo.

—Ya vivimos en el infierno, Zinnia —soltó con voz críptica. Di un golpe en el suelo con mi pie, harta.

—¡Púdrete! —Y me fui al otro extremo para comenzar. Tenía ganas de estrangularlo, de gritarle hasta caer rendida, de sacudirlo, de llorar, de hundirme en un sitio al que nadie me pudiera alcanzar. No lo hice, solo me dediqué a limpiar como posesa hasta que ese maldito lugar quedara limpio, tal como ellas querían. Por muy enojada que estuviese con él, no podía permitir que lo echaran de ahí, eso simplemente era impensable.

Durante casi tres horas no nos dirigimos la palabra, ni siquiera nos miramos. Era tan extraño estar así después de tantos momentos compartidos, de pensar que nuestra relación jamás cambiaría. Dolía, dolía demasiado. Ese día no podía ir peor.

El sábado no fue diferente, su silencio ya estaba logrando hacerme sentir deprimida, angustiada, perdida. Mi corazón se hallaba hundido en mi pecho todo el tiempo y me agobiaba pensar que las cosas de ahora en adelante serían así entre ambos, podía soportar esa miserable vida, pero no sin él.

Pasaba a mi lado y ni siquiera me veía, parecía que me había borrado de su mapa mental. No me hablaba, e iba y venía un poco más serio de lo normal, pero en general con los demás como solía.

El domingo por la mañana salió solo, así que ya harta de la situación busqué a Clemente, él debía saber lo que estaba pasando. Lo encontré en el patio de atrás barriendo unas hojas, riendo con Mateo el más pequeño de los niños y Lucio, otro chico de 8 años, que le ayudaban abriendo la bolsa para que este echara la basura en ella.

—Clem, ¿podemos hablar?

Me miró intrigado.

—Luces cansada. No sé qué ocurre con los cuervos, pero planean consumirte —señaló con resentimiento. Me crucé de brazos indiferente a lo que decía.

—¿Sabes qué le ocurre a Yerik? —pregunté. Se rascó la cabeza, asombrado.

—Si no lo sabes tú, por qué lo sabría yo —respondió con simpleza.

—No te hagas el tonto, el otro día me dijiste que debía abrir los ojos —dejó la escoba en manos de Mateo, la bolsa a Lucio y se acercó.

—Y lo sostengo —admitió imitando mi postura. Rodé los ojos, si se lo proponía era

odioso, lo cierto es que solo él podía ayudarme, la relación entre ellos era estrecha, complicidad, camarería, hermandad, lealtad.

—¿A qué te refieres con eso? —Se encogió de hombros.

—Descúbrelo, Zinnia, estas son cosas entre ustedes, no me meteré —y se dio la media vuelta. Lo detuve aferrando su brazo.

—Por favor, no sé qué le ocurre, no es el de siempre y ya no sé qué hacer...

—musité afligida. Ladeó su rostro, contemplándome con ternura, como si fuese una pequeña no mayor a los chiquitines que nos observaban.

—Todo irá bien, Zinn, tranquila, hablaré con él, ¿de acuerdo? —propuso. Asentí a punto del llanto, pero me contuve. Mi amigo dejó salir un bufido, negando apenas perceptiblemente.

—No sé cómo manejar esto —admití con voz quebrada. Me dio un rápido abrazo.

—Él vive por ti, no lo dudes, y creo que ambos no saben manejarlo, no te preocupes —me tranquilizó. De pronto uno de los cuervos me llamó. Gemí frotándome el rostro—. Anda, ve, no me gustaría que te dieran otra bofetada —acarició mi mejilla ya solo amarillenta. Resignada asentí.

La tarde la pasé sumergida en la lavandería, creí, por estúpida, que siendo domingo ellas saldrían y podría descansar, no fue así, permanecieron en casa, los chicos jugando afuera, yendo y viniendo y yo lavando. Yerik en todo el día no apareció, ni siquiera fue a comer, para la noche además de sentir que mi cabeza y mi cuerpo no podían más, estaba sumamente angustiada.

Llegó a la hora de la cena, fue directo a la habitación de una de ellas y, sin más, volvió a irse no sin antes intercambiar unas palabras con Clemente quien asintió serio.

No podía más, mi cuerpo exigía un descanso o colapsaría. Recosté a Camy y Lina, tenía tanto frío y sueño que no lograba dormir.

Lo escuché llegar en la madrugada. Suspiré perdiéndome en mis pensamientos. Qué triste era todo aquello. Mis dientes castañeaban, mis manos estaban llenas de pequeñas heridas debido a las tareas hechas, por si fuera poco, mi cabeza estallaría, pero qué más daba, sin él nada me importaba.

Cerré los ojos fantaseando, como a veces hacía, para olvidar lo que me rodeaba. Una casa llena de risas, pequeña, alegre, decorada con cosas sin sentido, pero que armonizaban el lugar, afuera el sol está en su esplendor, tanto que se filtraba por las ventanas. Todo era calidez, el olor a panqueques cubiertos de miel casi lograba sentirlo en mis pulmones, tanto que humedecí mis labios. Yo, él, música de fondo, bromeamos, reímos y sabemos que así serán cada uno de nuestros días. Ahí había paz, seguridad y amor, tanto que podía sentirlo.

El lunes en la escuela cuando íbamos a cambiar de clases, mis piernas no me respondieron. Me recargué en un muro buscando aire, este no llegaba y una pequeña capa de sudor permeó mi frente.

—Zinnia, ¿estás bien? —Era Olga. Asentí cerrando los ojos.

—¿Qué tiene? —Carlo se escuchaba preocupado, no lo había sentido acercarse.

—Me mareé... —admití intentado sonreír para quitarle importancia. Lo cierto es que la sensación

no se iba, el negro estaba ganando terreno. Él me tomó por la cintura mientras le pedía a Olga que fuese por algo dulce. Me sentó en el piso, donde no estorbáramos.

—No te ves nada bien, Zinnia, estás pálida, ojerosa —sonreí abriendo con esfuerzos los párpados.

—No he dormido bien —admití. Mi amiga apareció con un enorme vaso de zumo de naranja. Le di tragos lentos al inicio, sin embargo, conforme iba adentrándose en mi sistema, se fueron haciendo más voraces. Ambos sonreían.

—¿Quieres otro? —preguntó Olga notoriamente más tranquila. Me sentía un poco mejor.

—¿Has comido bien? —quiso saber Carlo, lo miré de reojo, no respondí. Le pidió a Olga que se quedara ahí y desapareció.

—Le gustas mucho —reí negando. Mi cabeza iba aclarándose.

—Es un buen chico, pero... no sucederá nada entre nosotros.

—No creo que piense igual. —Me encogí de hombros, recargando mi cabeza en las rodillas flexionadas. Qué sueño tenía.

—No soy dueña de sus sentimientos, solo de los míos y fui clara con él. —Asintió mirando el edificio que se hallaba en frente.

—Expulsaron a Sandra y las otras 3 —soltó con burla—. Ojalá la expulsaran también del país, del mundo —reí negando, con los ojos cerrados.

—Ojalá —admití importándome ya poco eso que sucedió.

Carlo apareció unos minutos después con varios recipientes en sus manos. Me los tendió, no sin antes también ofrecerle a mi amiga. Me erguí negando. Asombrada.

—¿Qué es esto? —pregunté descompuesta, incrédula. Se encogió de hombros al tiempo que pinchaba un trozo de sandía del plato con el tenedor y me lo acercaba, sonriendo.

—Come —reí alzando una ceja. ¿Era en serio?

—¿Te crees mi padre o algo similar? —bromeé. Entornó los ojos siguiéndome el juego, pero sin bajar el cubierto. Lo agarré y me lo metí a la boca, jamás había disfrutado tanto algo. Sin más acerqué el plato y comencé a ingerirlo. Mis amigos conversaban entre ellos mientras yo atacaba la fruta y tres quesadillas que estaban recién hechas, sabían a gloria.

—¿Mejor? —preguntó él al notar que había terminado. Asentí mirándolo fijamente. Era tremendamente tierno.

—Gracias —les dije a ambos, realmente conmovida.

—Para eso estamos los amigos, Zinnia —Se levantaron y me tendieron la mano para que los siguiera, tenía un montón de sueño, pero por lo menos el dolor de cabeza ya había disminuido y sentía un poco de fuerza.

Los tres íbamos caminando rumbo a la salida, tranquilos, con esa amistad que surgía y era tan agradable. Carlo tenía un auto destartalado que sus padres le dieron para poder ir a la escuela y al pequeño restaurante, que en realidad era una fonda, donde sus padres eran los dueños.

En pocos días ya sabía bastante de su vida, era un chico feliz, que sus problemas radicaban en las travesuras que le hacía su hermana menor, o en no tener buenas calificaciones

y tener que estar castigado en algunas ocasiones, a veces no poder comprar algún capricho, cosas así. Su frescura me hacía sentir optimista.

De alguna manera debía lograr que el rumbo de mi vida cambiara, con Yerik o sin él.

Se había ofrecido a llevarme, me negué, él tenía sus cosas que hacer y no me gustaba pedir favores, ya bastante había hecho en la mañana, además, después de la última vez que acepté subirme al auto de un chico todo salió fatal y aunque no imaginaba a Carlo encima de mí buscando besarme, no deseaba atraer esos recuerdos. Nos estábamos haciendo amigos, así estaba todo bien.

Alcé la vista, riendo por algo que Olga había dicho. Yerik estaba ahí, de nuevo, de pie al lado de las enormes rejas abiertas, mirándome con insistencia. Carlo notó mi cambio de expresión.

—¿Lo conoces? —quiso saber intrigado. Asentí sin soltarle la mirada al dueño de mis desvelos. Sus ojos, tras esas cejas, lo hacían ver tan peligroso, pero su postura, pese a ser amenazante, me generaba unas ganas terribles de abrazarlo, de rodearlo y jamás soltarlo. El nudo en la garganta ya me ahogaba.

—Yo ya lo había visto, viene en la tarde, es tu amigo, ¿no, Zinnia? —intervino Olga. Avancé sin responderles hasta él. Me ubiqué a menos de cincuenta centímetros de su rostro, elevando el mío, cada día estaba más alto. Clemente y un par de chicos más estaban a un par de metros, pero el primero nos observaba con atención, como en guardia.

—No te atrevas a seguir mirándome de esa manera si no piensas hablar conmigo, Yerik, te lo advierto, estoy ya harta de esto, de tu comportamiento... Luego no digas que la infantil soy yo, porque tú pareces un maldito bebé —y pasé a su lado rozándole el hombro.

No se movió, no me siguió, no nada.

En el autobús permití que de nuevo un par de lágrimas escaparan, en unos meses más cumpliría 18 y me largaría de ese maldito lugar. Ya no podía más, menos con él así, de ese modo.

Llegué por la noche a la hora de siempre, no lo vi en la esquina que solía. Cociné junto con Sol. No apareció para la cena, los cuervos parecían estar de acuerdo con eso, seguramente ya había justificado de más sus ausencias. Algo estaba haciendo para sacar más dinero y la sola idea de pensar que se estuviera poniendo en peligro me hacía temblar de una manera ridícula.

—¿Crees que Yerik tiene novia? —preguntó de pronto Sol. Doblábamos entre las dos la ropa que lavé el fin de semana, mientras Camy la iba separando y Lina, de 8, se comía una paleta que le di. Sentí que me ahogaba al escucharla. Alcé la vista hasta su rostro trigüeño, con aquellos ojos negros que eran tan tristes. Respiré con dificultad, mis manos se acalambraron y mi piel la sentí irritada.

—Yerik es novio de Zinni, no puede tener otra novia —soltó Lina con simpleza. La miré con el llanto atascado en la garganta. Eso podría estar ocurriendo y quizá era la razón de su alejamiento. Pestañeeé agobiada, sintiendo como mi cabeza se inundaba de imágenes que no deseaba jamás imaginar.

—¡Camila! ¡Ven acá! —Las tres nos erguimos. Nora gritaba furiosa. Olvidé de

inmediato lo que hablábamos. La niña me miró muerta de miedo. La tomé de la mano negando, buscando calmarla.

—Tranquila, yo te acompaño. Sol, termina con eso —pedí con tono maternal. Ella asintió asustada, mientras Lina se pegaba a su regazo, temblando.

Llegamos al estudio, Irma agarró del cabello a la pequeña con rabia desorbitada en cada una de sus facciones. Di un grito de horror.

—Tú robaste el teléfono, ¿verdad? —Camila comenzó a llorar negando, haciendo de todo de para que la soltaran.

—Tiene 6 años, ¡por qué lo haría! —grité buscando defenderla. Eso era una brutalidad. No lo permitiría.

—No te metas, Zinnia. —Me advirtió Irma, pero al comprender que Nora la golpearía con aquel cinturón, me puse en medio rodeando el pequeño cuerpo de la niña. Nora gritó aferrándose el cabello con todas sus fuerzas, aun así, no la solté, no dejaría que le hicieran daño, no más—. ¿A caso fuiste tú? —Me preguntó Irma con rabia.

—No fue ella, solo permitan que se vaya —les rogué con lágrimas en los ojos mientras Camila me aferraba con fuerza a mi cintura con aquellas manitas. Un golpe sobre mi espalda casi hace que la suelte, logré mantenerme firme pese al dolor.

—Claro que lo fue, siempre agarra lo que no debe, lo había dejado en el comedor y ya no está —soltó iracunda.

—Pero no tiene pruebas de que lo haya agarrado —le hice ver con voz rota. Otro golpe. Grité aferrando a Camy. Mi piel escocía, pero no la soltaría.

—Bien, alguien pagará por eso y si quieres ser tú, no hay problema. —Entre ambas lograron que soltara a la niña, esta intentó acercarse de nuevo, negué con firmeza. Giré a la puerta, Lina, Sol, Mateo, Lucio y Manuel se hallaban ahí, llorando, asustados—. ¡Dejen de estar ahí de metiches, vayan a buscarlo y hasta que no lo encuentren no dejaré de golpearla! —Los niños se quedaron petrificados.

—Tranquilos —musité buscando parecer fuerte—. Tranquilos. Camila, sal de aquí —ordené. Manuel la agarró del bracito, alejándola pues era un mar de llanto. De nuevo sentí el golpe sobre mi cadera. Cerré los labios con fuerza, doblándome del dolor.

—¿¿Qué esperan?! —llorando todos salieron corriendo.

No supe cuánto tiempo pasó, pero con cada golpe sentía que mi alma iba diluyéndose, perdiendo peso, tonicidad. Mis piernas fallaron al quinto golpe. Me dejé caer sobre el piso, no gritaría, eso los pondría más nerviosos. Solo rogaba que lo encontraran rápido sino acabarían conmigo. Otro más, y otro. Sentía la sangre escurrir a los costados, la piel arder, jamás me habían golpeado tanto. Estaba furiosa Nora, y no paraba.

—Creo que es suficiente —dijo de pronto Irma, con voz tensa.

—No, no dejaré de hacerlo hasta que esas ratitas miserables no lo traigan. ¡Fueron ellos, lo sé! —Otro más. Cerré mis ojos, los puños y me hice ovillo en el piso, gimiendo ante el dolor que experimentaba. Conforme pasaban los segundos fui perdiendo la esperanza de que parara, me comencé a perder en mi sueño, ese que a veces me acompañaba, era la única manera de no seguir sintiendo que caía al vacío. Más golpes siguieron, tantos que perdí la cuenta.

—¡Para! —ordenó Irma—. Si la hieres más tendremos que llevarla al hospital, nos quitarán la licencia y... todo. ¡Detente ahora mismo! —Nora me dio un último golpe. Enseguida me levantó tomándome del cabello. No lograba enfocarla, no lograba hilar nada...

—Dormirás afuera, perra —Me arrastró hasta uno de los patios, me aventó como si fuese un bulto mientras Irma la intentaba hacer entrar en razón, no la escuchó, caí sobre el piso y cerró.

El dolor era ardiente, como si mi piel se estuviera quemando, eso, aunado al frío del exterior, a que mi ropa estaba rota, a la sangre que corría, lograron que perdiera mi mente al fin. Sonreí al ver su risa, su mano tomando la mía, si eso era el cielo, me agradaba, prefería vivir ahí para siempre.

No tengo por ahora ni un comentario digno de esto que pasó, y que créanme cuando les digo que lo que estos chicos viven es dulce a comparación de otros, pero no deseo ir tan hondo, no puedo, solo decirles que el siguiente la tristeza desaparece, un poco. ¡Gracias por estar aquí, espero que la nueva portada les gustara tanto como a mí, amo sus comentarios, y gracias por votar!



—¡Zinnia!, ¡Zinnia!

Quién me llamaba, por qué no me dejaban en paz. No quería abrir los ojos, no lo haría, no.

—Colibrí, por favor, te lo suplico, mírame. —escuché en mi inconsciencia. Su voz caló en mi interior haciendo un eco doliente. Una onda cálida me atormentó, pues en cuanto fui consciente de mí el ardor en mi piel me hizo gemir—. Colibrí, anda, mírame —sollozaba, lo sabía. Con mucho esfuerzo apretando los dientes, abrí los párpados. Yerik estaba hincado frente a mí, se limpiaba las lágrimas con ansiedad.

—Ya despertó —era Clemente. Manuel estaba a su lado, asustado, conmocionado. El frío que hacía ahí se adentró de golpe en mi sistema.

—¡Las mataré, las mataré! —rugió Yerik rabioso. Mi angustia se disparó.

—La sacarás de aquí de una jodida vez y no harás una estupidez. Chantajéalas, con esto ya tienes lo que necesitas, llévatela, ahora. —Mi mejor amigo lloraba al tiempo que acariciaba mi mejilla. Yo no lograba hablar, menos moverme, solo verlo, perdiéndome en su expresión cargada de aflicción.

—Debe tener bajo su cama una mochila, yo le dije que la pusiera ahí, ve por ella, Manuel, y no hagas ruido. Clemente, trae una cobija, le hablaré a Lilo, necesito que venga ahora —se acercó a mi rostro, besó mi frente y luego pegó su nariz a la mía, mirándome fijamente

prácticamente recostado en el suelo, a mi lado.

—Todo cambiará, te juro, mi Colibrí, tus alas estarán sanas de nuevo... —prometió con vehemencia.

Una lágrima resbaló por mi mejilla. No lograba hacer contacto con mi cuerpo, o no quería. Lo escuché hablar en murmullos, nervioso, como nunca lo había visto. Cerré mis ojos, exhausta. Creía en sus palabras y pese a que ya había tocado el infierno, deseaba creer que de alguna forma conocería el paraíso, por eso valía la pena vivir.

—Colibrí... —Lo escuché en mi oreja—. Te moveré, dolerá, pero debo sacarte de aquí. —Asentí con los ojos. Me retorcí, gemí, pero no grité pues mantuve la boca bien apretada cuando él me elevó, pese a hacerlo con sumo cuidado me estaba matando con cada movimiento.

—Son unos jodidos monstruos —musitó Clemente.

—¿Qué hacen? —Era Irma. De inmediato me tensé. Cerré los ojos sollozando.

—Nos vamos de aquí —soltó Yerik con seguridad.

—No pueden... —Se acercó a ella conmigo en brazos. Sin saber cómo aferré más su sudadera.

—No, Yek. —Le rogué hablando al fin. Bajó el rostro hasta le mío, desfigurado de ira. Cuando la tuvo en frente se detuvo.

—Sí, sí lo haré, mañana vendré por nuestros papeles y, o me los da, o las denunciaré, me importa una mierda absolutamente todo. Decida —la amenazó.

—Si nos denuncias, los mandarán a otra casa hogar, son menores de edad, eso sin contar que tú muy probablemente terminarás en un tutelar, muchacho —apuntó. ¿Por qué decía eso? Mi respiración iba cada vez más rápida.

—Y a ustedes les convenía, ambos perderemos, Irma. Les dije que no la tocan. —Ella me evaluó por un segundo, seria.

—Ven mañana a mediodía por sus papeles y toma esto, que un médico la revise —del bolsillo del pantalón sacó dinero y se lo dio—. No hospitales y cuidado con hablar de aquí, los niños lo pagarán.

—No podemos dejarlos —loriqueé ahogada en la angustia, en el dolor. El corazón podía arder más aún que la piel profundamente lacerada, ahora lo sabía.

—Yo me quedaré aquí —Clemente miraba desafiantemente a Irma. Esta se encogió de hombros.

—Para lo que te queda... Ahora, largo... —me empecé a remover al ver que avanzaba rumbo a la puerta.

—Zinn, debemos salir de aquí —negué llorando.

—Solo... bájame —negó serio.

—No te soltaré nunca más, olvídalo —me removí pese a que me hacía daño. Ellos, solos, no lo toleraba.

—Quiero despedirme de los niños —rompí en llanto. Cerró los ojos, un par de lágrimas resbalaron de los suyos. Me bajó con sumo cuidado, como pude e ignorando a Irma, subí hasta la habitación. Las niñas permanecían despiertas, las tres en un catre, abrazándose. No me importaban las heridas, me acerqué y las rodeé llorando de forma desbordada. ¿Por qué?

¿Por qué tuvimos que ser parte de todo aquello?

—Regresaré por ustedes, obedezcan, por favor —Las sentí asentir. Besé sus cabezas. Una mano envolvió mi cintura.

—Debemos irnos, estás sangrando, Colibrí, por favor —en cuanto me erguí mis piernas flaquearon. Permití que me tomara en brazos y me despedí con la mano de ellas. Mi cuerpo no importaba, mi alma estaba tan hondamente lastimada, mi destino era tan incierto y sus ojos tan clavados en mi ser que los golpes que abrieron mi piel, no era tan importantes.

El enorme auto de Lilo nos esperaba. En cuanto me senté sobre el respaldo gemí apretando los dientes.

—¡Esas viejas son unas salvajes! —musitó el chico que nos llevaba, molesto—. Pero un jodido día les incendiaremos la casa, no pueden seguir así, algo debemos hacer... La gente de por aquí debe darse cuenta de cómo son en realidad —eso sería complicado, las tenían en un alto concepto y todos por ahí las miraban con respeto por su loable labor. Ninguno dijo nada.

Yerik me ayudó a buscar una posición cómoda, lo cierto era que no la había. Mis lágrimas resbalaban sin contenerlas, sentía la ropa adherida a mi piel, cada herida lacerante abrirse con cada movimiento, mis manos estaban heladas y yo solo podía pensar en que lo tenía demasiado cerca, que besaba una y otra vez mi cabeza.

El chico condujo unos cinco minutos. Llegamos a otra colonia vieja que colindaba con la que crecí. Un portón blanco, algo oxidado que no permitía ver al interior estaba justo frente a nosotros cuando nos bajamos.

—Es lo mejor que pude conseguir, Colibrí, los abuelos de uno de los chicos viven abajo, les dije que éramos hermanos —se disculpó cuando abría la puerta. Lilo sacaba de la cajuela nuestras cosas. Con su ayuda pude andar, tenía heridas en toda la parte trasera de mi cuerpo. El sitio era como una casa dúplex, limpio, viejo, pero cuidado. Un pasillo con piso de concreto, paredes de ladrillos pintados de blanco y macetas colgadas era lo que alcancé a apreciar. Una escalera de metal se extendió frente a nosotros.

—¿Puedes subir, o te ayudo? —Su voz se rompía pese a que trataba de proporcionarme seguridad.

—Solo... dame la mano —con su tacto cálido fuimos subiendo escalón por escalón. Una puerta de metal y una ventana lateral con herrería blanca, era nuestro destino. Con dedos temblorosos abrió. Prendió la luz. Por un segundo me quedé de pie sin moverme. Apreté su mano con fuerza con el corazón completamente en pausa.

—Sé que es pequeño, pero servirá, aquí habrá paz, además, es solo transitorio y...

—Es perfecto —musité con los ojos razados. Era un lugar minúsculo. Una cama de matrimonio, con burós de madera vieja a los costados, del lado izquierdo, junto a la ventana, una pequeña mesa con dos sillas de plástico, frente a la cama un pequeño ropero, a un costado un mini refrigerador y una hornilla, con un mueblecito también de madera viejo sobre ellos, con apenas un par de platos, vasos y cubiertos. En seguida una puerta que daba a un baño diminuto. Las paredes olían a recién pintadas, todo estaba limpio y aunque no había más, para mí eso era un palacio—. Tú lo... amueblaste —giré hasta su rostro que me miraba con expectación y preocupación.

—Sí... —admitió. Alcé mi mano, con esfuerzo y acaricié su rostro, no se quitó, al contrario, cerró los ojos soltando el aire. Ahí estaba de nuevo el chico con el que crecí. Eso me relajó pese a todo el maremoto que era mi mente.

—Gracias, Yek... —Besó mi frente con ansiedad.

—Esto no es nada comparado con lo que soy capaz de hacer por ti, Colibrí —me tomó de la mano y me acercó a la cama.

—Por favor recuéstate, iré a buscar ayuda, te dejaré un poco de agua aquí —asentí gimiendo por lo que provocaba cada movimiento. Me arropó con un manta que sacó del armario. Dejé salir un suspiro al recostarme sobre ese mullido lugar, el colchón evidentemente no era nuevo, pero a comparación del catre, se sentía como estar en una nube.

—¿No tardarás? —pregunté temerosa. Negó con seguridad. Se alejó y al mirar mi cuerpo, cerró los ojos con el gesto contraído.

—Descansa, aquí nada pasará, es un sitio completamente seguro —y salió de ahí.

No pude concentrarme más en el lugar, en cuanto cerré mis ojos me dejé llevar por el sueño. Desperté al sentir su mano cálida sobre mi mejilla. Afuera ya amanecía.

—Zinn, te revisarán, ¿bien? —musitó. Acepté adormilada, deseando dormir nuevamente. En cuanto me moví el dolor regresó. Me quejé. Yerik se sentó a mi lado en el colchón, mientras una mujer de unos 30 años me sonreía, venía vestida de enfermera.

—Hola, Zinnia. Para revisarte debo quitarte la blusa, el pantalón. ¿Está bien? —mi amigo se levantó de inmediato. Se rascó la nuca, avergonzado.

—Esperaré afuera. —Dijo. La mujer le sonrió con dulzura al verlo salir, me mantuve imperturbable, no lograba sentirme distinta.

Me ayudó a deshacerme de la ropa con delicadeza, gemí varias veces apretando los puños.

—Esas mujeres están locas, en exceso —la miré asombrada. ¿Yerik le habría contado todo?, éramos menores de edad, no nos convenía por ahora darnos a notar. Sonrió al ver mi expresión. Además, quienes las había intentado denunciar a lo largo de ese tiempo se toparon con más golpes, humillaciones por lo que al poco tiempo desaparecían. No era sencillo salir de ahí, lo sabíamos muy bien.

—Tranquila, soy prima de Jazz, no diré nada —asentí más serena, conocía a ese chico—. Eres muy bonita, ¿te lo habían dicho? Tus ojos son llamativos —me ruboricé sin saber qué decir. Nuevamente sonrió—. Soy Lulú, por cierto.

—Mucho gusto —susurré tendiéndome de nuevo sobre la cama boca abajo.

—Esto dolerá, debo limpiarlas, luego las cubriremos para que no se infecten. No tienes todas abiertas, pero sí bastantes, te quedarán cicatrices.

—Lo sé —y sentí su mano sobre la primera. Cerré los ojos ante el dolor, pese a que lo hacía con cuidado, ardía como los mil demonios. Mordí la tela de la almohada, apretándola con fuerza. Casi una hora después terminó.

—Creo que ya... Te pondré un ungüento que ayudará a que los cardenales no duelan tanto y desaparezcan lo más rápido posible. No te estés moviendo mucho hoy y mañana, cicatrizarán rápido, si puedes darte una ducha más tarde y... que Yerik te limpie —dijo bajito.

—Gracias... —me vendó y acarició mi rostro.

—Tienes un poco de fiebre... —introdujo en mi boca un termómetro. Mientras lo dejaba actuar buscó algo con la mirada—. Habrá alguna blusa o algo que te puedas poner encima —me encogí de hombros sin saber dónde estaban mis cosas. Hizo un gesto con su mano restándole importancia y abrió la puerta, las pesadas cortinas no permitían ver desde el exterior, pero ya el sol estaba sobre nosotros. Entró un segundo después. Me quitó el aparato de la boca—. 38 y medio... —Se acercó a su maletín y sacó unas pastillas. Me tendió una, y me acercó un vaso con agua. Se movía con tanta seguridad y naturalidad que no podía dejar de verla—. Tómatela, te ayudará a descansar y que la fiebre baje. —La obedecí mientras abría un cajón y sacaba una camiseta grande, era de Yerik. En cuanto me la tomé me ayudó a incorporarme y me la pasó por encima con sumo cuidado.

—Esto servirá —me guiñó un ojo. Me recostó de nuevo—. Duerme, come bien y descansa... Lamento mucho que estén pasando por algo semejante, nadie merece algo así —acarició mi cabello con dulzura—. Lo que necesiten solo tienen que buscarme, estaré al pendiente, y cuando se animen a denunciar, cuentan conmigo —y salió de ahí sin que pudiese siquiera agradecerle.

Con la vista perdida, esperé a que el medicamento surtiera efecto. Yek entró, lucía cansado, agobiado. Le sonreí desde mi posición. Me observaba con demasiado dolor, con... culpa.

—Estaré bien —musité intentado cambiar su semblante. Su gesto se relajó. Se acercó hasta quedar a la orilla del colchón su rostro, muy cerca del mío.

—Esa es la prioridad —declaró con dulzura.

—No vuelvas a alejarte —le pedí con la voz quebrada, evocando los últimos días. Clavó sus ojos en los míos, atormentado. Negó con seguridad.

—No lo haré —moví la mano para que acercara la suya. Enroscó sus dedos en los míos. Ambos observamos el gesto.

—Temo por ellos —admití llorosa. Suspiró dolorosamente.

—Yo también, Colibrí, pero... Clemente los cuidará, no podía dejarte un minuto más ahí, estas semanas han sido demasiado... Y mira lo que ocurrió. —Al recordar el evento sacudí la cabeza, nerviosa. De pronto me encontré narrándole todo. Su quijada se tensaba con cada palabra, sufría de solo pensarme pasando por aquello, pero no podía callarme, menos con él. Al final cerró los ojos aspirando con fuerza.

—Eres... muy valiente, demasiado para tu propio bien —y besó mi mano con ternura.

—Tú hubieras hecho lo mismo, lo has hecho, ¿recuerdas? —asintió evocando aquellas veces donde por defenderme terminaba mal, y yo, llorando por no haberlo podido evitar. Gracias por sacarme de ahí... —alcancé a decir adormilada.

—Después hablamos, duerme, ¿sí? —asentí cerrando los ojos.

Desperté atemorizada, me moví asustada y el dolor me hizo gritar.

—¡Ey!... Colibrí, ¡Ey! —giré desorientada, sentada en la cama debido al espantoso sueño que me envolvió. Sin pensarlo lo abracé logrando que callera sobre las almohadas de nuevo. Se hallaba vestido, con los ojos hinchados por dormir. Me recibió sin saber dónde posar las manos debido a mis heridas, así que apresó mi cabeza y comenzó a regar caricias ahí—.

Estás conmigo, cierra los ojos, nada pasará –asentí aferrada a su camisa, sintiendo como las lágrimas de nuevo salían.

—¿Qué haremos? –besó mi coronilla.

—No te preocupes por eso ahora, vamos paso a paso.

—Los niños, Yek –le recordé atormentada.

—Lo sé, Zinn, lo sé, pero comprende que no podía dejarte ahí más tiempo, Clemente por ahora los protegerá, la situación respecto a ti después de lo de Rocío, ya era insostenible –su voz era tan relajante, encontrarme ahí, solo con él, me hacía sentir de alguna manera bien.

—Denunciaré –manifesté decidida.

—No hasta que cumplas la mayoría de edad, haremos todo lo necesario para que les cierren la casa, pero una vez que tú no corras riesgos.

—Pero en este tiempo podrá dañarlos –eso no lo toleraba.

—No lo harán, déjame eso a mí, ¿sí? Debes por ahora estar tranquila, Zinn, acabas de pasar por algo espantoso, tu cuerpo está mal –dejé salir un suspiro.

—¿Por qué dijo Irma que podías terminar en un tutelar, qué le diste para que no me tocara, por qué dijo Nora que no justificabas tus salidas? –Si creía que todas esas afirmaciones habían quedado perdidas en mi memoria debido a lo vivido, estaba completamente equivocado. Su cuerpo se tensó—. No me responderás, ¿cierto? –No hablé—. Has cambiado, ¿lo sabes? Ya no eres el que solías.

—Colibrí, deja esto ya, obviamente he cambiado, tú también, ya no somos unos niños y con todo esto que hemos vivido, tampoco somos adolescentes normales. Madurar y actuar es la única forma de subsistir, lo sabes –alcé el rostro. Miraba el techo, atento, notó mis ojos y clavó los suyos en mí.

—No me refiero a eso, es otra cosa... –arrugó la frente sin seguirme—. Te alejas, te acercas, hablas a medias, no sé, ya no puedo saber cómo reaccionarás, qué sucederá al minuto siguiente, de qué forma responderás a algo que te pregunte, que diga... No me gusta, no me hace sentir cómoda. Contigo todo siempre ha sido... fácil, y eso era porque nos conocíamos demasiado bien.

—Me conoces demasiado bien, más que nadie, te lo aseguro –sostuvo. Torcí la boca, dudosa. Su pecho subía y bajaba en forma discordante, estaba nervioso.

—Ya no –aseveré. Me observó con cautela.

—A lo mejor la que ha cambiado eres tú, la que tiene ahora otros intereses eres tú –parecía ahora un tanto irritado, sus cejas oscurecieron sus ojos y su quijada se tensó.

—Sabes que no es verdad, sigo siendo la de siempre, no salgo de casa, ni siquiera puedo hacerlo, y...

—Ya tienes al fin amigos en la escuela, o... un posible nuevo pretendiente –entorné los ojos al tiempo que arrugaba la frente. Reí.

—¿Pretendiente?, ¿es en serio? –asintió sin dudar. Intenté moverme, pero dolió, así que guardé silencio unos segundos en los que él parecía contenerse.

—Ese chico, te he visto a su lado... –tomé un mechón de su cabello y comencé a

enroscarlo en mi dedo.

—Es mi amigo, y sí, le gusto, pero él a mí no, se lo he dicho... Así que decidí mantenerse en ese plano —volteó su rostro para verme por completo, su aliento lo sentía acariciar mi mejilla, estaba a tan solo unos centímetros. Mis labios se secaron y de inmediato mi corazón dio tal brinco que no estaba segura de que él no lo hubiese sentido.

—No te gusta... —afirmó bajito. Negué envuelta en una especie de trance. Alzó una de sus grandes manos y acarició mi barbilla, luego pasó un dedo por mi nariz.

—Yo solo... quiero que sea como antes, Yek... —musité atolondrada por sus caricias. Mis palabras hicieron que cerrara los párpados con fuerza. Besó mi frente con suavidad.

—Será como tú quieras, Colibrí, ahora descansa, estás pálida —volvió a colocar su cabeza sobre las almohadas, con su brazo en la nuca, mirando el techo.

—¿No saldrás hoy? —negó cerrando los ojos, otra vez.

—Avisé en la tienda, ya mañana veré, no quiero dejarte sola.

—Te... quiero, Yek —solté con el pecho lleno de ese sentimiento. Abrió sus párpados de inmediato, volteó hacia mí, sonriendo como hacía mucho no hacía, pasó un dedo pícaro por mi nariz.

—Te quiero, Colibrí —me guiñó un ojo y sentí como la calma y seguridad lo inundaba todo. Ya habría tiempo para hablar de lo demás, por ahora me sentía bien ahí, a su lado, pegada su pecho, escuchando ese ritmo de su corazón que tanto adoraba y que en ese momento parecía estar a toda marcha.

Muchas cosas aún no son claras pero por lo pronto están fuera... ¿Qué ocurrirá? Ya se verá, lo cierto es que esto era necesario, en eso andaba Yek los últimos días pese a sus sentimientos encontrados. Recuerden esto, Zinnia estará siempre por encima de lo que siente por ella. Fue corto, lo sé, sin embargo, así la tengo ideada :D Ambos envueltos en esa espiral de sensaciones que parece no querer manifestarse, pero de la que son conscientes. recordemos que cada persona tiene su tiempo, es de valientes a veces saber esperar. ¡Gracias por votar, comentar y seguir aquí, con #Zinnik, por recomendarme tanto!



El hambre provocó que abriera los ojos, no recordaba la última vez que había dormido así de bien. Me froté el rostro, el olor a limpio llenó mis pulmones. Apoyé mis codos sobre el colchón, quejándome un poco por el dolor. De pronto Yerik salió del baño con el pantalón puesto, sin camisa y frotándose el cabello con una toalla azul desgastada.

Pestañeeé sin saber qué hacer. En aquella casa tenían prohibido andar sin camisa y aunque ya lo había visto en un par de ocasiones pues a veces se le olvidaba meter esa prenda al baño, por lo que salía corriendo hasta la habitación que compartía con los demás, nunca lo había visto con detenimiento, por otro lado, ya no era un niño, en definitiva.

—Creí que dormías.

Me observó algo avergonzado, agachando la mirada, pero yo solo pude observar su abdomen plano, incluso marcado, sus brazos gruesos y su piel tensa. Un calor extraño se apoderó de mi cuerpo tanto que sentí que subía hasta mis mejillas.

—A... acabo de despertar —admití con la voz pastosa. Asintió tomando de la orilla de la cama una camiseta que no había visto, gris. Se la colocó de inmediato, luego me miró con disculpa.

—Si te incómoda no lo haré nuevamente, lo lamento —musitó.

Sonreí negando.

—No pasa nada, es solo... una camiseta —refuté descolocada, dejé caer mi cabeza sobre las almohadas apretando los puños. ¿Por qué sentía mi piel más alerta, mi estómago

revolcarse y mi cabeza desorbitada?

—Iré por algo para comer, debes tener hambre y compraré cosas que hagan falta. De todas maneras, ya hay algunas. —Se alborotó el cabello con las manos, para un segundo después sentarse sobre la cama y ponerse los tenis ya gastados.

—¿Desde cuándo tenías este sitio? —quise saber contemplándolo. Era realmente hermoso.

—Desde hace tres semanas. Fue difícil conseguirlo, solo contaba con la cama y el ropero, poco a poco logré traer cosas, conseguir lo que se necesitaba. Es diminuto, austero, pero...

—Ya te dije que es perfecto, y me gusta así, como está, no le cambiaría nada —admití sonriendo ampliamente. Me observó alegre, guiñándome un ojo.

—¿Cómo te sientes? —quise saber poniéndose de pie a mi lado.

—Duelen, aunque creo que mejor. Pero debo darme una ducha. Necesitaré... que me ayudes a limpiar las heridas. —Mis mejillas las sentía hervir de tan solo pensarme medio desnuda ante él. Sonrió asintiendo. Comprendía mi actitud.

—Cuando regresé nos ocupamos de eso, ¿te parece? —asentí cubriéndome el rostro con una mano.

—Me da pena —admití riendo nerviosa. Me quitó la mano, la entrelazó con la suya, riendo de la misma forma que yo.

—No tienes nada de qué avergonzarte, solo curaremos esas heridas —declaró con ternura. Besó mis dedos riendo y se alejó—. No te muevas de aquí, no tardo. —Me advirtió con su dedo, nervioso. Reí asintiendo.

—Corre que necesito comer algo —ordené juguetona. Hizo un ademán de haber recibido la orden un general y salió.

Lo ocurrido la noche anterior merodeaba mi cabeza, era difícil sacar esas imágenes de lo vivido en aquel lugar, más las de hacía unas horas, pero definitivamente había hecho lo correcto, Camy no habría soportado algo como lo que me hicieron.

La impotencia estaba aún circulando en mi torrente, así como la tristeza y las ganas de que ese par de mujeres desaparecieran de la faz de la tierra. Sin embargo, Yek tenía razón; una vez teniendo 18 las cosas podrían esclarecerse. Clemente era sumamente protector, aguerrido como mi mejor amigo. Debían estar bien, intenté convencerme.

Me limpié de nuevo una lágrima que salió sin poder evitarlo. Tanto habíamos vivido uno al lado del otro y tenía la certeza de que aún el camino era demasiado largo como para sentir que estaba en un momento seguro de mi existencia. Lo cierto era que, a su lado, podía ver un poco más de color en el mundo, me sentía lista para enfrentar lo que fuera. Yek era mi familia, donde yo pertenecía y temía demasiado a las respuestas de aquellas preguntas que no dejaban mi mente en paz.

Llegó con un par de bolsas con comida y una más grande negra, las depositó sobre la mesa de plástico que se hallaba al lado de la puerta.

—¿Cómo sigues? —quise saber sentándose a mi lado. Mi cuerpo aún lo sentía doliente, era como si un auto lo hubiese arrollado una y otra vez pues además de las heridas, los

músculos de la espalda y hombros estaban tiesos, engarrotados. Tocó mi frente. Lucía agitado, lleno de vitalidad—. Creo que tienes de nuevo algo de fiebre, hagamos algo; come, date el baño, te tomas el medicamento y mientras hace su efecto te curo, ¿te parece? —asentí acurrucada, no deseaba moverme, pero su sugerencia era la ideal y lo sabía. Me ayudó a incorporarme al tiempo que me acercaba mi mochila. De pronto giré recordando algo. Él ya sacaba los víveres a un lado del ropero.

—¿Fuiste por los papeles? —quise saber irguiéndome, agotada. Asintió ocupado en su labor—. ¿Viste a los niños?

—Están bien, les dije que tú estás bien... En la bolsa negra Clemente metió todo lo que encontró nuestro —anunció sin verme, parecía rehuir a mis ojos. Arrugué la frente.

—Yek, voltea. —Le pedí. Lo hizo, sus mejillas se hallaban sonrojadas—. ¿Pasó algo allá? —deseé saber preocupada por su actitud. Negó sonriendo de una forma extraña, observándome fijamente, como congelado.

—Deberías darte primero la ducha y... ponerte algo más cómodo —sugirió. De inmediato siguió su labor.

Observé lo que llevaba puesto; una camiseta de él que me llegaba un poco arriba de las rodillas, de manga corta y cuello redondo. Enseguida me sentí expuesta. Rápidamente busqué algo que ponerme, lo saqué y caminé hasta el baño lo más veloz que mi cuerpo me lo permitía. Una vez dentro, saqué solo el rostro por la puerta.

—¿Hay una toalla para mí? —asintió abriendo uno de los cajones del ropero, me tendió una color melocotón.

—Solo hay dos, esa es la tuya, el agua caliente es del lado izquierdo —me explicó. Abrí los ojos de par en par, sonrió con orgullo—. Es pequeño, pero aquí sí podremos darnos un baño tibio. Anda, disfruta —me alentó. La excitación, por ese sencillo hecho, hizo que diera un pequeño aplauso cuando había cerrado la puerta.

Medir la temperatura me costó trabajo, pero lo logré después de un rato. Pese a que dolía bastante el agua en mi mallugada piel, la gocé como pocas cosas en mi vida. Había un champú común en una pequeña repisa y un jabón con dos esponjas, la clara supe que era la mía. Sonreí de nuevo, había pensado en todo. Me froté el cuerpo tardándome un poco más de lo habitual. En aquella casa el agua era helada, hasta en invierno y tan solo teníamos 5 minutos para ducharnos, así que en un acto de rebeldía permanecí bajo el chorro, con los ojos cerrados, importándome un comino lo que ardía, poco más de diez minutos.

Secarme sí que fue espantoso, tomaba bocanadas de aire, apenas si me tocaba, pero mi piel escocía. Mis ojos se empañaron, aun así, logré colocarme la blusa y un pantalón muy desgastado pero cómodo de algodón que no hacía mucho tiempo la dueña de la costurera me regaló. Salí moviéndome con dificultad, de inmediato me dio mucho frío. Mis pies se encogieron y mis dientes castañearon. La cama ya estaba tendida y la comida servida sobre aquella mesa.

—¿Qué tal el baño? —preguntó mi amigo mientras acababa de poner un vaso.

—Tengo frío, Yek —musité bajito, abrazándome con fuerza. Se acercó preocupado, se quitó la sudadera que llevaba puesta y me la colocó de inmediato, casi con urgencia. Me tomó de las manos acercándome a la mesa, movió una silla y me invitó a sentarme. Buscó un par de

calcetines, me los puso para que entrara en calor. Le agradecí en susurros. Unos emparedados, una manzana y agua natural estaban pulcramente servidos en aquel austero comedor. Sonreí pese a no sentirme de nuevo bien. Moría de hambre—. ¿Tú los hiciste? —quise saber señalando los sándwiches.

—Sí —se acomodó frente a mí—. Hubiese querido traer algo más sustancioso, pero debemos ser cautelosos con el dinero, organizarnos —declaró sereno. Tomé la manzana y le di una gran mordida. Lo dulce de su interior me hizo cerrar los ojos mientras la masticaba.

—Es mucho mejor que frijoles y arroz o avena —admití sonriendo.

—Lo sé... —musitó devorando su comida. Minutos después ambos habíamos acabado, él se había preparado otro más, pero yo ya me sentía satisfecha, tranquila dentro de lo que cabía.

—No creo que pueda seguir en ese trabajo, Yek —afirmé torciendo la boca. Me miró negando.

—Lo sé, y siendo menor de edad, será complicado eso.

—No permitiré que tú te hagas cargo de todo, olvídalo —sentencié. Sonrió volcando los ojos.

—Eso ya lo sabía, así que pensaremos en algo, ¿bien? —asentí pensativa, evaluándolo. Un tanto nervioso me tendió la pastilla—. Debes tomarla, debo curarte... no podemos correr riesgos y que una de esas heridas se infecte, Colibrí. —Tenía razón, no era el momento.

—Tengo preguntas, ¿lo recuerdas? —mascullé tomándome el medicamento, al tiempo que me levantaba de la silla.

—Sí, pero no es el momento —musitó decidido. Entre los dos llevamos los platos sucios a un lavadero que se encontraba afuera, a la vuelta del cuarto. Ya atardecía, todo lucía calmado, demasiado, el silencio era tan agradable, la paz que me brindaba el saber que nada pasaría al segundo siguiente, no se comparaba con nada—. Ahí podemos lavar los trastes y la ropa, la tenderemos aquí. ¿Bien? —señaló unas pequeñas cuerdas que estaban en la herrería de metal. Abajo era un patio lleno de plantas, al parecer los dueños de ese lugar adoraban lo verde, me agradaba.

Lo observé lavar de pie a un lado. No se tardó más de dos minutos, luego me tomó de la mano guiándome de nuevo adentro.

—Recuéstate, revisaré las heridas como Lulú me indicó —me ordenó con voz suave. Le hice caso, me subí con pudor la blusa, la parte trasera del viejo sostén quedó expuesta, así como mi cadera, enroscó mi pantalón por mis piernas hasta donde pudo y comenzó—. Quiero matarlas, jamás habían llegado a tanto —bramó mientras las limpiaba, gemí aferrada a la almohada—. Lo lamento. —Parecía tan abatido.

—No pasa nada, duelen menos que ayer —admití girando un poco el rostro para verlo, cuando acabó con las abiertas, siguió con los cardenales para ponerles unguento. Cerré mis ojos más relajada porque lo peor había pasado. Al terminar me ayudó a meterme bajo las cobijas.

—Quiero seguir en la escuela. —Acarició mi cabello mientras me adormilaba.

—Lamento no haber estado ahí cuando esto ocurrió, Colibrí, lamento tanto todo lo que ha pasado —murmuró afligido. Sonreí con los ojos cerrados.

—Yo no, no soportaría que esto te hubiese pasado a ti por mí... —sentí sus labios sobre mi mejilla, su olor que adoraba, su suave piel rozando la mía.

—Imagina lo que siento ahora —susurró—. Y claro que no dejarás los estudios.

—Ni tú —zanjé con decisión.

—Ni yo... Solo date un respiro, descansa, ¿sí? Aquí estaré, también me siento cansado.

—Duerme bajo las mantas —solté recordando la noche anterior que lo había hecho encima.

—¿No te incómoda? Puedo...

—Sh, duerme en la cama y bajo las mantas, y ya no me hables porque tengo mucho sueño y... buenas noches, Yek. —Lo escuché reír en mi oreja cuando me daba otro beso en la mejilla.

—Buenas noches, Colibrí.

El miércoles nos despertó el sonido de un timbre. Ni siquiera sabía que el sitio contaba con uno. Atolondrada abrí los ojos, mientras Yek se desperezaba. Era tan extraño despertar a su lado sin miedo, así, en paz con su cuerpo cálido, fuerte, tan cerca del mío haciéndome sentir tan protegida.

—¿Quién podrá ser? —quise saber tallándome los ojos. Sacudió mi cabellera guiñándome un ojo.

—Solo Clemente o Lilo tienen la dirección, iré a ver. —Se levantó frotándose el rostro, se peinó con las manos, tomó su jeans pues llevaba puesto un pantaloncillo de lana gastado y entró al baño, unos minutos después salió.

Me senté sobre el colchón sintiéndome definitivamente mejor. Observé el sitio suspirando, me puse algo para salir y bajé, deseaba ver quién era.

Abrí la puerta del exterior con sigilo, estaba emparejada. Ambos conversaban ahí. Al verme, Clemente se acercó, me tomó de los hombros y besó mi mejilla agitando mi barbilla con su mano.

—Me alegra demasiado verte mejor, Zinnia —sonreí sacándole la lengua, juguetona.

—¿Cómo están los chicos? ¿Pasó algo? —Yek se posicionó a mi lado, y entrelazó mi mano, me pegué a su hombro, serena al sentirlo así, tan él. Clemente sacudió la cabeza.

—Están bien, pero... Le contaba a Yerik que... —y lo miró buscando su aprobación, este asintió perdiendo la vista en la calle desierta—. Los cuervos fingirán que huyeron, aunque en realidad no sea así —me erguí asustada. Mi mejor amigo apretó mi mano—. Será solo una semana, a lo mucho, es parte del papeleo, pero me dijo Irma que les avisara. Si los pescan, tendrán que volver ahí o a otro sitio, para el lunes o martes ya estará resuelto y listo.

—¿Por qué? —quise saber.

—Porque no pueden decir que ellas nos dejaron salir y menos el porqué, para sus intereses eso pegaría mal. Esta semana andaremos con cuidado, la escuela tendrá que esperar, unos días, para ambos —expresó Yek, serio, pero ecuánime.

—Es lo mejor, dicen que no revocarán sus permisos en el trabajo, intentarán que

todo se mantenga igual siempre y cuando no hagan nada contra ellas. Tienen miedo –admitió Clemente.

—No ahora, pero lo haremos, no podemos permitir que más niños pasen por lo que nosotros –replicó mi mejor amigo. Avalé sus palabras. La mirada de Clemente se oscureció.

—Lo haremos, pero en este momento no, así que ya les dije... Y, Zinnia, si continúas yendo al taller, jura que seguirás ganando lo que recibías por el trabajo, ellas se quedarán con su parte –apuntó. Asentí nerviosa.

—Ya encontraré otra cosa. –Ambos asintieron. De pronto sacó un trozo de papel viejo de un bolsillo de su jeans, me lo tendió.

—Camy me pidió que te lo diera... —Lo agarré con las manos temblorosas, un corazón que seguramente había hecho Sol, y una flor dentro que definitivamente era suya. Mis ojos se enrojecieron—. Dice que está bien, te extrañan, pero esas mujeres por ahora entraron en una etapa de tregua, Sol me informará lo que sea, no están desprotegidos.

—Sí, lo sé –y guardé ese pequeño tesoro en mi pantalón.

—Me voy, nos vemos mañana, Yerik –este asintió chocando de forma estruendosa su mano con la de él—. Pórtense bien, pajaritos –le saqué el dedo medio al ver que se alejaba, rio negando y regresándome el gesto, mientras mi amigo lo ignoraba, como solía. Era de pocas palabras, serio, sus expresiones solían ser carentes de ninguna emoción, frías y distantes, pero yo lo conocía más que eso y, sobre todo, sabía bien a qué se debían, aún podría recordar aquel día en el que su corazón se transformó en hielo y que su mente se convirtió en lo que ahora era.

Hay mucha historia tras ellos, el siguiente se sabrá, es una más de las razones por las que la complicidad de ambos va más allá. Es bien cruel esta parte, digo, ya hay varias, pero también lo es, pero me encanta la bravura de los dos. ¡Gracias por votar y comentar lo que les va pareciendo la historia! Pregunta... ¿Quién creen que dé el primer paso entre este parecito?

Mike Perry - Inside the Lines ft. Casso



Llevaba días, misterioso, teníamos 11 años, yo para ese entonces, comencé una etapa difícil, estaba harta de estar ahí, del maltrato, constantemente me sentía desanimada y las esperanzas en mi mundo no existían. Empecé a odiar a todas aquellas niñas que tenían lo que ansiaba, así que me encerré en mí y poco me comunicaba. Salvo él, nadie lograba entrar en mi burbuja, sin embargo, me daba cuenta de que algo se traía entre manos. Para tener esa edad, él siempre fue demasiado perspicaz, agudo y muy hábil.

Un día, al salir del colegio, me tomó de la mano y me dijo que lo acompañara a un sitio. El brillo en su mirada me contagió, cosas extraña en esa época, mi cuerpo cambiaba y yo no lograba encontrar el sentido de seguir en este mundo.

-¿A dónde vamos, Yek? -Le pregunté al verlo tan excitado, removiéndose con ansiedad en el autobús, mirando la calle con expectación. Esa sonrisa jamás la olvidaría, así como lo que ocurrió después. Sacudió mi cabellera, no me lo diría aún.

Llegamos a una zona cara de la ciudad, nos bajamos y casi me hizo correr por aquellas calles. Había grandes casas, así como edificios altísimos que debían valer una fortuna. Jamás había estado ahí, y desentonábamos debido a nuestra vestimenta descuidada, nuestro desgarbo propio de alguien que vive una situación como la nuestra.

-Yek, para, a dónde vamos, ya me cansé. -Me quejé después de haber corrido por más de veinte minutos.

-Ya verás, no tienes idea de lo que hice. -Y era cierto, por mucho que me esforzaba no lograba saber qué lo tenía en tal estado. Llegamos a una calle, en la esquina había un supermercado de los caros, junto con más locales. Anduvimos hasta la parte trasera, donde los camiones descargan los productos. Cada minuto sentía más intriga.

De pronto una mujer joven, rondando los 30 años, alta, atractiva, arreglada, con su cabello avellana alisado hasta la cintura, pulcramente vestida, nos miró mientras hablaba por el móvil. Colgó, lo guardó en su bolso y no se movió.

Yek se pasó las manos por el cabello, intentó limpiarse el sudor debido a la carrera que emprendimos y anduvo hasta ella, con una enorme sonrisa y temor también, jamás lo había visto más nervioso, tan expuesto. Lo seguí sin decir nada, notando la frialdad de esa mujer al vernos.

-¿Quién es? -musité ubicándome a su lado.

-Mi mamá -confesó con orgullo.

Abrí los ojos de par en par. ¡Dios! Sonreí temblorosa. No lo podía creer.

-Llegas tarde -soltó aquella voz indiferente. Me detuve al lado mi amigo, aguardando, teniendo ese presentimiento que pone en alerta cada vello. Esperé. Yek sonrió a manera de disculpa, la ternura que me generaba su gesto, su actitud, me atravesaba-. Te dije que vinieras solo -expresó molesta, quitándose las gafas. Sus ojos... No pude evitar contemplarla, era asombroso su parecido.

-Yo... Ella es mi mejor amiga, como mi hermana. -Se justificó. La mujer se encogió de hombros. Sacó algo de su bolso con decisión y se lo dio, era un pequeño sobre. Mi amigo lo tomó-. Deseaba ya conocerte, no puedo creer que estés aquí, creí que no tenía mamá y que...

-No tienes mamá -sentenció aquella voz agría. Pestañeé asombrada, no había un gramo de dolor, de arrepentimiento. La sangre de mi cuerpo bajó hasta mis pies, cosquilleando-. Escucha, te tuve cuando estaba en la pubertad, yo misma te dejé ahí. -El rostro de mi amigo pasó por cualquier cantidad de emociones, pero su palidez fue la última en llegar. Aferré su mano apretándola. No podía estar ocurriendo esto-. Sería absurdo negar que tú eres ese ser que parí hace once años, mírate.

-Yo... solo quiero conocerte, no tienes que hacer nada, solo quiero... -cerré los ojos abatida sintiendo sin poder evitarlo la herida profunda que esa mujer le estaba provocando al ser que más he querido en mi existencia.

-No, no, no. Yo tengo mi vida y no la arruinarás de nuevo. Te dejé ahí para jamás volver a verte, pagué para que esto no ocurriera, pero te advierto, niño, estoy casada, tengo una familia y no lo arruinarás, así que toma ese dinero y desaparece, no bromeo.

-Me llamo Yerik -soltó ya rabioso, aunque yo pude notar como lentamente con cada palabra su alma se fue suspendiendo y entumiendo.

-Da igual, toma el dinero y desaparece, no quiero que vuelvas a buscarme, ¿soy clara? -Mis labios temblaban.

-Podemos vernos a escondidas, yo no diré nada, lo juro. -Ella rio negando.

-Basta, Yek, vámonos -le rogué jalando de su mano.

-Tu amiguita es lista, ya váyanse, ese dinero te ayudará en algo... pero eso sí -y se

acercó a él quedando a solo pocos centímetros. Mi amigo le sostuvo la mirada, no retrocedió-. No habrá más, sé cómo son lo de tu tipo y no me extorsionarás.

-Ya, vámonos, por favor -le pedí al verlo tan fuera de sí, con lágrimas resbalando por sus ojos, con la rabia y desilusión matizando cada una de sus bellas facciones.

-Soy tu hijo, después de todo... Si lo hago, no será raro -la mujer le dio una bofetada que no me esperé. Por instinto la empujé con fuerza, saliendo al fin de mi letargo, necesitaba defenderlo.

-¡Es asqueroso lo que está haciendo! -Le grité llena de ira. Yerik elevó el rostro enrojecido.

-Olvidaré este día, señora, así como también la maldita suerte de tener una madre como usted.

-Haces bien -rugió la mujer, rabiosa-. Yo no pedí tenerte, quise abortarte, pero mis padres con sus estupideces no me lo permitieron, y tuve que cargarte 9 asquerosos meses, ni siquiera sé el maldito nombre de tu padre, estaba demasiado ebria como para recordarlo, pero ya pagué mi parte, así que no me sentiré mal por tu futuro, ese no es mi problema.

-¿Cómo puede ser tan cruel si tiene familia? -Le pregunté azorada.

-No soy cruel, soy realista... Espero que no hubieras pensado que correría a abrazarte -Yerik la observaba con los puños apretados y la quijada tensa. Era un niño de 11 años y de pronto ya no lo parecía, algo en él en ese instante murió, lo supe al verlo.

-Vámonos... -dejó caer el sobre en el piso, tomó mi mano y dio la vuelta.

-Si no lo tomas no me sentiré culpable -advirtió esa aberrante mujer. Se detuvo, me dejó ahí y regresó hasta ponerse frente a su esbelto cuerpo, ella retrocedió un paso, pero su pose altanera carente de sentimientos ahí seguía.

-Solo espero jamás parecerme a usted, qué tenga una buena vida, señora -y regresó hasta mí.

-Anda, muchacho, tómalo, es dinero -masculló. Sin más fue hasta ella, agarró el sobre y lo alzó sonriendo cínicamente.

-Tiene razón, solo es eso y me la debe -regresó a mí y no volteó ni una sola vez.

Un par de horas después seguíamos sentados en la banca de un parque que jamás había visto. No sabía qué decir, Yerik parecía tan ausente, con la vista perdida, aferrado a mi mano, respirando pesadamente.

-Siempre estaré a tu lado, te lo prometo, para mí eres lo más importante -giró saliendo al fin de su ensimismamiento. Me miró serio, ya no era el niño de unas horas atrás, algo había cambiado.

-Eres mi familia, Colibrí, siempre será así -besé su mejilla dejando ahí mi frente y lo abracé llena de tristeza.

-Llora, Yerik, grita, algo -le pedí bajito. Me rodeó con más fuerza y por un largo rato dejó que el líquido salado humedeciera mi blusa. Al separarse limpié su rostro con mis dedos.

-No quiero volver a hablar de esto jamás -sentenció dolido. Asentí conmovida y demasiado triste.

-Solo dime cómo es que la encontraste -le pedí intrigada, sabiendo que, si no lo

preguntaba en ese momento, nunca me lo diría, era reservado, aunque conmigo no, pero tampoco era un tema que en el futuro pretendía remover.

-En el periódico, hace unas semanas vi su cara y... ya lo notaste, nos parecemos mucho, era algo de sociales, no sé qué, al parecer es gente conocida. Apunté su nombre y le pedí a la chica del ciber café que buscara todo lo que pudiera de ella. Un día dio con una de sus redes sociales, me creé una cuenta con su ayuda y la busqué, no me respondió en días, luego pidió una foto, nada más. Me tomó una y la mandó, después me hizo varias preguntas, al final, quedamos de vernos ahí, me citó ella. Creí que... Fui un idiota -se regañó dándole un golpe a la banca-. Creí que ilusamente me habría estado buscando que algo había ocurrido y que... no sé, me hice muchas historias en mi cabeza.

-Lamento mucho esto, que pasara así -asintió mirándome con tristeza.

-Siempre creí que no tenía padres.

-Y... ¿no crees que tu papá? -De pronto pensé. Negó con firmeza.

-Ya la escuchaste, no sabe ni quién es.

-Puede estar mintiendo -negó nuevamente, serio.

-Esta es mi realidad, tú eres lo que más me importa, lo demás me da igual -bajé el rostro-. Te quiero pedir algo -su voz ahora sonaba urgida, lo miré intrigada, ansiosa, deprimida.

-¿Qué?

-Quiero que luches, quiero que levantes tu cabeza y pienses que lo que vivimos puede ser peor... Tenemos comida, un techo, podemos estudiar, hagamos que valga, pero sobre todo nos tenemos a nosotros... Nunca olvides que, si te hundes, me hundiré contigo -mis ojos se llenaron de lágrimas.

-No digas eso... -le pedí sorbiendo el llanto.

-Sí, lo tengo que hacer. Te lo dije cuando llegaste a la casa, y te lo diré nuevo, no estás sola, siempre estaré contigo, pero para eso necesito que dejes de estar así, no hablas, no ríes, no nada...

-Siento que no tengo nada adentro -admití. Acercó su mano a mi cuello y alzó el ámbra, frotándolo con el pulgar.

-Me tienes a mí, así como yo te tengo aquí -y colocó su puño sobre su corazón, mirándome fijamente.

-Quisiera que las cosas fueran diferentes -admití con rabia.

-Pero no lo son, y estamos juntos, puedo salir adelante después de lo que acaba de pasar, pero no si tú te pierdes, si... dejas de ser mi colibrí -lo rodeé con fuerza, él apretó mi cuerpo.

-Saldremos juntos de todo esto -hablé junto a su mejilla. Asintió sin dudar-. Y cuando crezcamos tendremos otra vida -me separó y tomó mi rostro entre sus manos.

-Esa será mi meta

-Te quiero, Yerik, y para mí tú lo eres todo -sonrió con nostalgia.

-No sé qué hubiera hecho si no me acompañas...

-Debí darle un golpe en su elegante cara a esa alzada -admití riendo entre llanto.

-Eso habría sido gracioso -aceptó torciendo los labios.

-¿Qué harás con el dinero?

-Lo guardaré... Sé que servirá y no lo usaré mientras no sea necesario -decidió.
Tenía 11 años y ya pensaba de aquella forma.

-Podríamos ir a comprar un helado... o... una pizza -expresé mostrando los dientes.
Se levantó entornando los ojos, sopesando mis palabras. De pronto tocó mi hombro y corrió.

-Quien llegue primero a la parada de autobús, escoge -niños al fin, con las ganas de olvidar, de sonreír por lo menos un instante, de vivir una aventura en medio de ese camino lleno de amargura y soledad que nos tocó andar

Después de ese día, él no volvió a ser un... niño, nunca más, y yo, al verlo salir de aquella doliente y humillante situación, decidí hacer lo mismo. Después de todo no estaba sola, nos teníamos, esa era nuestra diferencia, eso era la único bueno que me había dado esa vida, así que ambos nos levantamos y seguimos, uno al lado del otro.

Este es uno de los motivos, uno de los más importantes para Yerik, y que marcó aún más la relación entre ambos. Doloroso, mucho, lo cierto es que lo fortaleció y cambió, lo cierto es que con Zinn a su lado pudo encontrar la manera de salir adelante. ¡Gracias por votar y comentar! Los amo, bye :D

Illenium - Crawl Outta Love (feat. Annika Wells)



-Ya me dirás de dónde estás sacando el dinero -le pregunté sin tapujos cuando terminamos de desayunar, después de la visita de Clemente. Alzó sus oscuros ojos y los clavó en los míos.

-De mi trabajo -soltó serio. No le creía.

-Nunca me mientes -le recordé con nostalgia. Se levantó y comenzó a dar vueltas por la habitación, con las manos en la nuca.

-No te miento. -Al fin habló.

Coloqué la frente sobre la mesa, negando.

-Ya no es como antes -musité dolida.

-¡Ey! -Y movió mi pierna, de cuclillas a mi lado. Lo miré abatida.

-Sé que estás en algo que puede afectarte, lo siento aquí -y pegué mi mano a mi pecho.

-No le debo nada a nadie. Tengo lo que me dio esa mujer hace unos años -confesó turbado. Abrí los ojos asombrada.

-¿Aún lo guardas? -Aceptó con firmeza-. ¿Lo usaste en esto?

-No, no lo he tocado, salvo ese día que comimos pizza y helado, nunca más.

-¿Es mucho? -quise saber intrigada.

-No, pero solo lo usaré en una emergencia, para algo importante.

-¿Entonces? -insistí preocupada.

-Colibrí, entiende que la vida afuera no es tan sencilla. -Torcí los labios pasándome la mano por la frente.

-No soy una niña, sé lo que es la vida en general, aunque has intentado esconderme de ella, créeme, sé cómo son las cosas... -susurré recordando los golpes, la humillación a la que estuve expuesta en la escuela por esas arpías, las críticas constantes, todo.

-¿Por qué hablas así? -quiso saber. Ladeé el rostro y acaricié su cabellera.

-Porque al igual que tú, me doy bien cuenta de que defenderse y luchar es la única opción que tenemos, Yek -expresé. Bajó la mirada, serio.

-Yo... entrego cosas -soltó al fin con gesto contraído, culpable. Mi pecho se comprimió y pesó en un segundo, demasiado.

-Cosas... que no deberías repartir -intuí en balbuceos. Sus ojos no me enfocaban, parecía desear posarlos en cualquier sitio menos en mí, su quijada estaba tensa, su gesto un poco tieso, lo conocía tanto. Estaba avergonzado. Resoplé sopesando mis palabras.

-Prefiero que no sepas más, así es mejor -su voz sonaba tan dura, tan seca. Tomé su barbilla e hice que me mirara directamente.

-¿No tenías otra opción? -quise saber, intentando mantenerme serena.

-No si deseaba sacarte de ahí, protegerlos -expresó sin titubear. Cerré los ojos, poniéndome de pie.

-¿Es droga? -pregunté a su lado, asustada.

-Zinn, solo debes saber que todo irá bien. -Ya estaba a mi lado, acariciando mis brazos cruzados, preocupado por mi reacción. Mis ojos se empañaron, no podía creer que estuviera haciendo eso.

-¿Te estás drogando? -Lo cuestioné molesta. Negó de inmediato.

-Desde aquella vez, nunca lo volví a hacer, te lo juré, no he roto mi promesa -bajé el rostro evocando ese horrible día, tres años atrás...

Yek tenía 14, un sábado salió toda la tarde sin permiso, me pareció extraño, pero llevaba unos días que se estaba juntado con un par de chicos de la secundaria que en lo particular no me caían nada bien, sin embargo, no era de las que me inmiscuía en eso.

Ese día llegó a casa después de cenar. Yo ya estaba preocupada por su tardanza, así que sentada en la entrada, afuera, lo esperé. Sabía que los cuervos lo regañarían, eso si todo estaba bien. Apareció de pronto, me tomó de las manos como si nada pasase, me levantó y me hizo girar. Algo en sus ojos me alertó, me zafé molesta, alerta. En cuanto estuve en el piso le di un fuerte empujón.

-¡Dónde estabas! -Le grité. Él rio de manera extraña, no pude reconocerlo. Se acercó a mí, con la mirada desorbitada y esa sonrisa estúpida.

-¿Me extrañaste? Anda, solo dilo -me tomó por la cintura pegándome a su delgado cuerpo. Lo intenté quitar.

-¿Qué te pasa? ¡Suéltame! -negó tropezando con sus pies, por no soltarme ambos caímos en el suelo. Me lo quité rabiosa, no lo reconocía.

-Dios, esta mierda sí que pega -musitó desde el piso, buscando levantarse, riendo,

hablando tonterías. Tomé su rostro entre mis manos, hice que fijara la vista en mí, no lo lograba.

-¿Por qué lo hiciste? Te drogaste... No... tú no... -chillé asustada. En ese instante mi mundo se tambaleó peligrosamente. Intentó levantar una mano para acariciar mi rostro.

-Relájate... esto se siente... -y tropezó pegándose en la pared, su frente sangró, aún tiene la cicatriz escondida casi donde crece el cuero cabelludo. Con mi mano intenté revisarlo, pero se movía y reía. La desesperación me invadió.

-Escuincla, entra de una vez. Cuando llegue tu amiguito así le va ir -advirtió una de esas mujeres desde adentro. Mi respiración se agitó. La voz de Irma me paralizó.

-¡Aquí estoy, cuervo! -gritó Yerik. Cerré los ojos con lágrimas. Negando espantada. No tardó ni un segundo en salir. Las mujeres se pusieron furiosas al verlo así.

-¿Tomaste o te drogaste? -lo cuestionó una. Yo me alejé, pero Nora me aferró del brazo. Yerik se irguió, mostrando una risa irónica.

-Me drogué, demonios, ¿algo con eso? -La maliciosa mirada de esa mujer erizó mi piel. Ladeó la cabeza estudiándolo. Luego me observó a mí.

-No le haga nada, no lo hará de nuevo, lo juro -intenté defenderlo. Si lo echaban de ahí todo estaría mal para siempre.

-No son mis madres, haré lo que me dé la gana -habló Yerik agravándolo todo.

-¡Cállate! ¡Cállate! -Le ordené, me miró con ternura haciendo un puchero.

-No me hables feo, Colibrí -Nora nos metió a la casa, una vez dentro me tomó por el cabello con fuerza. Grité del dolor.

-¡Ey! ¿Qué haces, maldito monstruo? Suéltala -rugió él al ver que me arrastraban hasta su estudio. Me intenté zafar, de pronto una bofetada hizo que callera de lleno al suelo-. ¡No, déjenla! -intentó acercarse, pero Irma me tomó de nuevo del cabello mientras Nora levantaba el cinturón, lista para pegarme, mi labio sangraba y Yerik mostraba horror, un miedo infinito.

-Repite lo que dijiste afuera, anda, dilo y por cada cosa que digas, ella lo pagará -cerré mis ojos, no sabía qué pasaría, Yerik seguía drogado.

-No son mis madres -soltó rabioso-, no son nada, ¡suéltanla o les pesará! -rugió y sentí mi piel arder justo en mi brazo. Lloré aferrándomelo por el dolor.

-¡No!, ¡no! -iba a acercarse, pero no me soltaban, él dudó pues evidentemente me darían otro golpe si seguía así.

-Si quieres demostrar la porquería que eres, hazlo, drógate, pero fuera de esta casa... ¡Entendido! -Y me volvieron a pegar con la hebilla. Gemí vencida, arrodillada, con mi cabello en su mano, mirándolo con dolor, decepción. En cuanto me soltaron él se acercó, lo alejé dándole un empujón.

-No quiero verte, no quiero verte -bramé dolida y me fui corriendo hasta mi cuarto.

A la mañana siguiente desperté adolorida, la sangre de ambas heridas se adhería a mi piel, así como la tela. Me di un baño sintiendo que llorar más era imposible, no después de cómo lo hice por la noche. Preparé el desayuno junto con Rocío y otra chica mayor que a los pocos días se escapó. Al salir todos estaban sentados sobre la mesa. Yerik lucía pálido, desaliñado, me miró con ruego, lleno de preocupación.

Al ir rumbo a la escuela, llegó a mi lado, intentó rodear mi mano. La rabia que sentía

por lo que hizo emergió como un huracán, sin más le di una fuerte bofetada. Se detuvo abruptamente, pasando saliva.

-¡Vete a la mierda, o mejor aún piérdete en las drogas! A mí me importa un carajo -y salí corriendo, llorando de nuevo. Tenía pavor de que volviera a hacerlo, no por recibir un golpe más, sino porque sabía que era un mundo del que difícilmente se regresa y lo último que quería era perderlo, no a él.

Por la tarde, al salir, Clemente apareció, sin decir nada rodeó mi cuerpo abrazándome. Yerik no estaba ahí.

-Lamento mucho lo que pasó, Rocío ya nos dijo -asentí aferrándolo con fuerza sin hablar.

-¿Tú también lo has hecho? -asintió con culpabilidad. Lloré con más fuerza. Me tomó de los hombros, sacudiéndome levemente.

-Yerik está muy mal, no recordaba todo y ahora que lo supo... Hablen, te aseguro que nunca más lo hará -parecía ansioso.

-¿Y tú? -bajó la vista, negando.

-Preocúpate por él, yo no soy como ustedes, lo sabes -arrugué la frente, rabiosa, tomé su barbilla con dureza e hice que me mirara.

-Si sé que te vuelves a meter una cosa de esas en el cuerpo, Clemente, lo haré yo también, dile eso a Yerik, están advertidos, una sola vez más y les juro que lo haré -me di la vuelta, temblorosa y me alejé.

Al salir de la costurera, esperaba el autobús. Era asombroso poder sentir más tristeza de la que ya sentía. Pero algo sí sabía, sin Yerik mi vida se hundiría.

-Si no quieres volver a dirigirme la palabra lo entenderé -lo escuché tras de mí. Cerré los ojos apretando los puños, cruzándome de brazos para no derrumbarme ahí-. Solo quiero decirte que fui un idiota, el más grande... No debí aceptar aquello, no... debí...

-Quiero estar sola -hablé viendo que el transporte ya llegaba, una mujer lo esperaba también, así como un par de chicos que no se paraban de besar.

-Solo... dame una oportunidad, nunca sucederá de nuevo -rogó con voz cortada. Lo miré de reojo, jamás lo vi más dolido, ni siquiera cuando su madre lo rechazó, estaba despeinado, sus ojos ensombrecidos por el dolor.

-Ese es tu problema, yo no estaré ahí para verlo -musité. Se colocó frente a mí. Lucía pálido, demasiado triste.

-¿Qué debo hacer para que me perdones? -suplicó saber. Levanté mi manga y le mostré las dos heridas.

-Estas te pertenecen, tú debiste salir castigado a noche, no yo -lloriqueé. La gente alrededor nos miraba con atención. El autobús llegó, hice amago de subirme. Me detuvo tomándome por la cintura. Abrazándome con firmeza.

-Sabían que eso sería mi peor castigo... Perdóname, por favor, perdóname -seguí llorando, dolida.

-Tu mirada era otra, no te reconocí, yo... no puedo verte de nuevo de esa forma... Si te hundes, yo también -le recordé con la voz rota, pegó su frente a la mía, aún no era tan alto

como ahora.

-Te juro, por nosotros -y aferró mi mano con fuerza-, que nunca más me meteré esas porquerías y mucho menos que tú sufrirás por mis actos. -Lo rodeé ya sin poder evitarlo.

-Tuve miedo... no puedo perderte, no quiero -sollocé. Negó una y otra vez, humedeciendo mi blusa con las lágrimas que también le salían.

-No sucederá, te lo juro, nunca más pasará algo siquiera parecido -asentí perdida en su seguridad-. Perdóname, Colibrí, perdóname.

-Si lo vuelves a hacer, desapareceré -le advertí. Se separó ansioso.

-No volverá a pasar, nunca.

Busqué con mis dedos las cicatrices de aquella vez, por encima de las mangas de mi blusa. Aún seguían ahí, ya muy delgadas, pero ahí. Yerik notó mi gesto, las conocía demasiado bien, fue después de eso que se tatuó el colibrí en el mismo brazo donde yo tenía esas marcas, como un recordatorio de esa ocasión.

-Pero igual te estás poniendo en peligro, sabes que esas cosas terminan mal... -le hice ver. Pegó su frente a la mía.

-Me sé cuidar, tengo más que muchos como para cometer una estupidez, te tengo a ti -murmuró. Lo abracé sin poder evitarlo.

-No sigas en eso, por favor -le rogué. Acarició mi cabeza, agachándose para hundir su aliento en la cuna de mi cuello, sentía sus labios cálidos ahí. De inmediato mi piel se erizó.

-Solo confía, es por un tiempo, unos meses.

-¿Qué cambiará después? -quise saber cerrando los ojos, absorta y perdida en esa deliciosa sensación que generaba su cercanía, su boca en mi piel.

-Espero que muchas cosas, solo... ten paciencia... -me separé a regañadientes, mis mejillas las sentía arder, pero debía acabar con eso.

-¿Ellas lo saben? ¿Por eso te dijeron eso? -asintió mirándome de forma febril, algo en el ambiente se sentía cargado, diferente, humedecí mis labios, absorta en sus ojos dilatados.

-Necesito dinero, lo que gano no es mucho, pero por ahora nos permite vivir aquí, pagar lo que se necesite y...si no deseas buscar trabajo por un tiempo, está bien... No hay lujos, lo sabes, pero lo suficiente -sugirió. Negué alejándome.

-No, yo pondré mi parte, no me gusta saber de dónde sacas el dinero -sonrió con dulzura.

-Ve a la escuela, descansa unas semanas... -me propuso. Di un par de pasos más hacia atrás.

-No, no quiero eso, menos conociendo esto. Lo que deseo es que no trabajes en algo así, sabes mejor que nadie que no acaban bien. -Le intenté hacer ver.

-Tú eres mi única prioridad, y a ti no te pasará nada -soltó con firmeza, mirándome fijamente.

-¿Por qué hablas así?! No lo soporto -y me tapé las orejas, girándome. Un segundo después ya estaba frente a mí y quitaba mis manos de ahí.

-Dame unos meses, solo eso, que cumplas la mayoría, yo también y la escuela, ¿sí? Solo eso, después lo dejaré de hacer -me perdí en su color avellana, no mentía.

-Lo juras -musité buscando más allá de lo que deseaba mostrarme, pero algo me impedía avanzar, entrar como solía en sus pensamientos.

-Sí -declaró con resolución.

-¿Qué es exactamente lo que haces? -recargó la nuca en la pared más cercana.

-Me dan mercancía y la llevo a donde me dicen, regularmente un par de antros conocidos, ahí me buscan, se las doy y listo, regreso el dinero y me dan mi parte.

-Y si llega un policía... -lo cuestioné entornando los ojos.

-No llegan, Zinn, eso ya está de antemano arreglado... En serio, no corro peligro -no estaba segura de ello, pero era tan obstinado.

-¿Qué harías si te digo que me iré si no lo dejas de hacer? -bajó su cabeza hasta encararme con una mirada trastornada.

-¿Lo harás? -quiso saber. Su voz sonaba cada vez más gruesa.

-Tengo miedo, Yek, entiéndeme, eres todo para mí, lo sabes... -besó mi frente de nuevo.

-Confía en mí, Colibrí, por favor. Sé que estamos juntos en esto, por eso lo hago, todo irá bien -me pidió afligido. Rodeé su ancha estructura recargando mi oído en su pecho perdiéndome en sus latidos que tan bien conocía. Soltó un suspiro hondo, no sabía dónde poner las manos para no lastimarme, así que las colocó sobre el hueso de mi cadera, aferrándolo con fuerza.

-Mañana buscaré un trabajo, quizá con eso y lo de la tienda, podamos vivir y ya no necesites hacer eso.

-No regresarás ahí, Zinnia, eso te lo aseguro -declaró contenido. Lo abracé con más ganas.

-Yo estaré donde estés tú -aseguré. Bajó su cabeza hasta mí, alcé la mía, nuestras miradas se encontraron por un segundo. Mis labios se entreabrieron, los suyos parecían desear reclamar algo, mi respiración se agitó, mi pulso se disparó sin control ante ese simple gesto, cerró los ojos y besó mi mejilla con suavidad.

-Eres el motivo de mis horas, nunca lo olvides -dicho esto me soltó y fue a recoger lo que usamos para comer. Tardé unos segundos más en reaccionar, en que mi cuerpo entrara en un estado de normalidad. ¿Qué me estaba ocurriendo? Sentía mis mejillas arder e incluso vergüenza de voltear.

No den por sentado nada, recuerden que todo tiene aquí motivos, razones. Por otro lado, sus pasados traen consigo cosas fuertes. Ambos muy rotos, luchando juntos con lo que tienen; el uno al otro. Es difícil, sin embargo, su unión los ha salvado hasta ahora de varias cosas, por eso es que lo cambia todo, lo que sienten los protege sin que lo noten. Son cosas fuertes lo que sucede, lo dije, pero deseo que noten cómo es que se ha construido lo que ahora es.
¡Gracias por sus votos y comentarios!



Por la tarde el ambiente se diluyó, no hablamos más del tema, así como tampoco nos acercamos demasiado, solo lo suficiente.

Definitivamente algo iba cambiando.

Fuimos a un mercado cercano, me compró un pantalón, un par de blusas más y un suéter grueso. Paseamos por ahí cuidándonos de no ser vistos demasiado y a las ocho ya estábamos de nuevo en lo que para mí en tan solo esas horas ya era mi casa.

Me pidió que al día siguiente no fuera al colegio, sin embargo, ahí estábamos seguros de que no nos buscarían, pues era en realidad más una pantomima que una realidad. Aun así, alegó que mis heridas todavía estaban recientes y me veía cansada. No estuve de acuerdo... pero al final me convenció.

El jueves se fue a trabajar como solía. Parte de la mañana hice ovillos, la verdad es que no tenía más opción, ahí no tenía nada que hacer y era tan extraño. A mediodía decidí ponerme a repasar algunos de mis apuntes, limpiar aquel lugar, ingerir algo.

Yek pasó justo antes de irse a la preparatoria, sería cuidadoso, prometió. Después de convencerlo de que todo estaba bien, quejándome de mi aburrimiento, se fue.

Las horas sin él eran difíciles, largas. Así que en la tarde decidí salir a conocer un poco más, me coloqué el gorro del suéter que adquirí el día anterior y anduve por las calles. En más de un comercio pregunté si buscaban ayuda, nada. Cuando llegué a la casa, alrededor de las 6, una mujer mayor, con el cabello completamente encanecido, barría la acera.

-Buenas tardes -saludé. Me observó con curiosidad, dejando de hacer lo que hacía.

-Eres la hermana de Yerik, ¿verdad? -indagó. Asentí mintiendo, un poco nerviosa.

Rio negando.

-Soy Lolita, la dueña de la casa -dijo y me extendió la mano, se la di de inmediato.

-Soy Zinnia -musité. Me observó de arriba abajo.

-Esa flor es linda, bonito nombre. -Sonreí con sinceridad-. ¿Vas a la escuela? -

asentí con las manos en los bolsillos de mi suéter.

-Sí, solo que enfermé y... -Con la mano le restó importancia.

-No soy tu madre, tranquila, muchacha. -Sonreí con timidez al ver que ya se ponía de nuevo a barrer. Cuando iba a abrir la puerta me detuve.

-Disculpe, señora... -sacudió la cabeza.

-Lolita -masculló.

-Lolita... Estoy buscando algún trabajo, sé coser a máquina y a mano, algo de confección, remendar. Si sabe de algo... -Abrió los ojos asombrada, gratamente si era sincera.

Recargó la barbilla en el palo de la escoba, interesada.

-Sabes todo eso -parecía reflexiva-. ¿Y qué horario podrías? -quiso saber. Me acerqué intrigada.

-Por las tardes, voy a estudiar en las mañanas -expliqué. Torció sus arrugados labios.

-Yo puedo darte trabajo... -propuso. Abrí los ojos de par en par-. Pero no te puedo pagar mucho, aunque te puedo enseñar bastante. Yo últimamente no puedo estar mucho sentada, mi vista no me da lo suficiente, sobre todo en las tardes que la luz ya no es la misma. Jamás he tenido ayuda, pero podríamos intentar, el trabajo sigue llegando, bendito sea Dios y si tu hermano es amigo de mi nieto y, además, ya están viviendo aquí, no perdemos nada... -movió su mano para restarle importancia, parecía ser un gesto común en ella-. ¿Qué te parece? De 4 a 8, dime, ¿qué sabes hacer? -preguntó.

Comenzamos una charla ahí en la acera, cuando acabó de barrer me pidió que la ayudase a regar sus plantas y me mostró un cuartito al lado de la casa, tenía un par de máquinas y todo lo que se necesitaba. Además de un montón de ropa sobre una silla. Ciertamente no me pagaría mucho, pero percibiría el doble gracias a que no se lo quedaría nadie, lo tendría integro. Acepté alegre, optimista. Al día siguiente empezaría. Su esposo trabajaba como chofer particular, por lo que salía temprano y llegaba por la noche.

Cuando Yek llegó, le conté todo dando brinquitos, entusiasmada. Sonrió con franqueza, sintiéndose feliz por mí. Cenamos unos tacos que llevó, afuera del cuarto, teníamos que ser cuidadosos con los olores.

-Espero que esto sean señales de que todo irá bien -fantaseé dándole una mordida a mi comida.

-Sé que será así -avaló con ternura.

Bromeamos, reímos y por un momento olvidamos todo lo que nos rodeaba, volviendo a ser los chiquillos de antes. Cuando dieron las 10, yo ya me había dado un baño y estaba en pijama, se acercó a mí y tomó una de mis manos.

-Saldré... regreso más tarde, ¿sí? -Mi felicidad disminuyó hasta casi desaparecer. Agitó mi barbilla-. Duerme, Colibrí, estaré aquí antes de lo que piensas -bajé la vista asintiendo desganada. Lo escuché soltar un suspiro cargado de frustración-. Estoy orgulloso de ti, de tu fuerza... Eres asombrosa -expresó serio. Lo miré sin entender. Acarició mi rostro con cuidado-. Desde que te traje no has hecho más que intentar ver el lado positivo de lo que pasa, pese a tener el cuerpo... lastimado -me encogí de hombros, perdida en sus pozos almendra.

-Si estamos juntos, no me hundiré, ¿lo recuerdas? -asintió con ternura. Tomó una de mis manos y la besó.

-Descansa, no tardaré. -Y lo vi salir de ahí. No me gustaba nada, me hacía sentir nerviosa, ansiosa, preocupada, debía lograr que lo dejara, que no continuara, pero para eso necesitaba yo ganar más dinero. Suspirando me recosté. Algo se me ocurriría.

Por la mañana me acompañó hasta la puerta de la escuela.

-Ten cuidado con tu espalda... -musitó bajito, cerca de mí. Asentí de nuevo con la respiración entorpecida. Pasó el dorso de su mano por mi mejilla, sin soltar mis ojos-. Hoy te ves particularmente linda -pestañeé como una boba, ruborizándome. No supe qué decir. Llevaba puesto aquel pantalón que acababa de adquirir, que era de mi talla, y ese suéter encima, solo que el cabello por algún motivo decidí que no lo sujetaría, no desde que nos fuimos de ese lugar. Sonrió torciendo la boca, negando. Besó mi frente y se alejó alzando una mano, hice lo mismo-. Te veo al rato -y se fue.

Al cruzar la entrada me topé con Carlo, me estudiaba de forma extraña.

-Hola... -lo saludé aun con ese raro calor corriendo por mi cuerpo.

-Pensé que te habías puesto mal, después del lunes... -parecía molesto.

-No, bueno, tuve unos problemas, pero...

-Dijiste que no tenías novio -soltó antes de llegar al salón. Giré enarcando una ceja.

-Y no tengo. -Le recordé con simpleza.

-Y ese chico, el de la otra vez, ahorita lo parecía -resoplé observándolo. Él lucía demasiado niño a su lado, infantil.

-Él es Yerik, no es mi novio -zanjé. Entré a clases, me siguió por las bancas, Olga ya estaba ahí.

-¿Qué te pasó? Creímos que... -le sonreí negando.

-Estoy bien, lo prometo. -Me senté con cuidado de no recargar la espalda demasiado, mis heridas no se notaban gracias a la ropa y si ponía atención, nadie se percataría de mi estado.

-Pues lo parecen -masculló Carlo a mi lado, sentado.

-Eres solo mi amigo, ¿te acuerdas? -Su semblante cambió, se rascó la nuca asintiendo con pesar.

-Lo siento -saqué mi cuaderno, ya sin verlo-. Me gusta tu cabello... se ve bien suelto -habló unos segundos después. Seguía coqueteando.

-Gracias... ¿Me podrías pasar los apuntes de ayer? -sonrió al ver que no estaba enojada.

En el receso ambos me acorralaron con miles de preguntas. Las esquivé. No les

tenía la confianza como para decirles todo lo que ocurría y menos que me mirasen con lástima por lo sucedió aquella noche, ya tenía bastante con que, al parecer, la mitad de la escuela supiera lo que pasó con Sandra hacía una semana.

-Es guapo -musitó Olga tomando un gran trago de su bote con agua. Enarqué una ceja mientras le daba una mordida a mi emparedado. Carlo estaba ahí, comiendo como si nunca lo hubiera hecho.

-¿Quién? -La cuestioné al ver su gesto soñador.

-Ese chico que dices que no es tu novio, ya lo he visto varias veces, pero...

-¿Yerik? -pregunté sintiendo ácido entrar por mis venas, una posesividad fiera me atacó y de pronto quise darle un empujón. Me contuve, odiaba, desde siempre, que cualquier mujer hablara de él, pero en ese momento hubo algo más, no logré identificarlo.

-¿Así se llama? Es un nombre diferente, me gusta... ¿Cuántos años tiene? -apreté la quijada, no quería seguir escuchándola. Desvié la mirada.

-17 -mascullé irritada.

-Se ve mayor. ¿Podrías presentármelo? -La encaré arrugando la frente. Carlo se irguió, atento.

-Si no son novios, podrías hacerlo -intervino con tono retador.

-Ella tiene boca, que ella lo haga -zanjé sintiéndome llena de rabia. No quería seguir ahí-. Iré a ponerme al corriente con lo de ayer, nos vemos al rato. -Olga entornó los ojos, sonriendo al tiempo que asentía, mientras Carlo se rascaba la nuca, negando.

El resto del día no les hice mucho caso, mi cabeza era una olla de presión, no tenía idea de por qué me molestaba tanto, pero la realidad era que el enojo no se me había pasado y no soportaba la sola idea de verlo conversar con ella, sonriendo, mostrándose.

Al terminar las clases, casi corro hasta la salida, lo busqué con la mirada, no estaba. Una mano en mi cintura hizo que me girara, dolió un poco y, además, sabía que no era él. Carlo sonrió avergonzado.

-No quiero que lo avanzado, retroceda -murmuró. Lo estudié por unos segundos sin saber qué decir-. Le conté a mi madre de ti, dice que te invite a comer al restaurante, ya sabe que entre semana no puedes, pero quizá el sábado...

-¿Tú mamá? -Eso me desconcertó. Tenía las manos metidas en los bolsillos del jeans, mostrándome los dientes. No, no era mi tipo por muy guapo que estuviera.

-Te caerá bien, le conté lo que pasó en los baños, quiere conocerte. -No supe qué decir.

-¿Qué pasó en los baños, Colibrí? -Su voz gruesa y sus dedos enredándose en los míos con esa familiaridad que adoraba, me hizo girar. Él estaba ahí, a mi lado, serio, escrutando de arriba abajo a Carlo. Pasé saliva. Ambos se observaban de forma desafiante, como midiendo su poder, aunque definitivamente Yek le llevaba demasiada ventaja en eso.

-Yo... luego te cuento. Yerik, él es Carlo. -Lo saludó con un gesto de cabeza, Carlo hizo lo mismo mirando nuestras manos. La situación era por demás tensa.

-Hola, pajarita. -Al escuchar a Clemente, volteé sonriendo. De inmediato me alejé y le di un abrazo que él respondió tomándome por ambos lados de la cabeza y dándome un beso

en la frente.

-¿Cómo estás?, ¿cómo están todos? -despeinó mi cabello, le mostré el dedo medio. No creí jamás decir esto, porque era un chico que, si no estaba molestando, tenía una palabra aguda que aventar, pero lo había extrañado mucho esos días.

-Nos vemos luego, Zinnia -escuché a Carlo por detrás. No podía dejar que se fuera así, pese a que sabía que no podía darle nada salvo mi amistad. Me acerqué a él, ignorando las miradas de los otros dos.

-Carlo, me encantaría un día conocer a tu familia, pero... debes entender que no pasará nada entre nosotros, yo...

-No te preocupes, lo entiendo mejor que tú, al parecer... ¿Amigos? -asentí sonriendo con cierta culpa. Me dio la mano, yo tomé la suya.

-Gracias. -Era un buen chico y odiaba saber que lo lastimaba.

-Los sentimientos son responsabilidad de cada uno, así que tranquila -y se alejó.

-¿Ya me dirás qué pasó en los baños? -me cuestionó Yek. Ambos ya estaban a mi lado fingiendo que no había hablado con nadie. Les conté sin ahondar mucho lo ocurrido.

-¿Cuándo fue eso? -indagó serio, apretando los labios. Estaba furioso, lo conocía bien, además de dolido, impotente.

-El viernes -musité. Clemente cerró los ojos.

-¡Mierda, Zinnia, esos días estuvieron del carajo, peor de lo que pensamos! -apuntó mi amigo, afligido. Me encogí de hombros restándole importancia.

-Pero ya fue. Mejor dime cómo están -quise saber. Yek se ubicó a mi lado, ya no habló más, solo nos escuchaba interactuar, tenso. Cuando llegó la hora de marcharme me acompañaron a la parada del autobús.

Mi trabajo con Lolita fue entretenido, estuvo lleno de charlas, risas y un poco de música de su época. Era agradable estar ahí. La mujer se mostró asombrada cuando me vio en acción, parecía entusiasmada.

Por la noche Yek llegó, lucía cansado, dormía poco, y no paraba en todo el día. Yo iba saliendo cuando abrió la reja. Su rostro se iluminó, sonreí complacida.

-¿Qué tal tu primer día? -quiso saber alegre besando mi cabeza, yo lo abracé en respuesta, pegando mi oreja a esos latidos que tan bien conocía. Durante la cena le relaté todos los detalles, él los escuchó atento. Adoraba esa nueva atmósfera de paz que nos rodeaba, sin presiones, sin miedo, sin sentirnos alerta todo el tiempo; solo él y yo, nuestro espacio, nuestras palabras, nuestra conexión-. Lamento mucho lo que pasó esos días, todo -musité arrepentido. Bajé la vista al escucharlo, jugando con mi cuchara, a mediodía había preparado una sopa, así que eso cenamos.

-Tú crees que no conozco lo que es el mundo, Yek -y lo encaré-. Sí que lo sé. -pasó una mano sobre la superficie de plástico y buscó mis dedos, se los di.

-¿Carlo qué tiene que ver en todo eso? -preguntó con suspicacia. Le narré lo ocurrido esos días. Su gesto no parecía poder moverse, lucía irritado-. Quieres decir que te ha tratado con respeto, que... te ha defendido, cuidado -dedujo con los ojos entornados. Asentí sin soltar su mirada-. Y estás segura de que no sientes nada por él. -Su voz sonaba ácida.

-Estoy muy segura, no me gusta -declaré con firmeza.

-¿Cómo lo sabes? -enarqué una ceja, divertida.

-Porque no...porque esas cosas se sienten o no -declaré. Abrió los ojos, intrigado.

-Y eso cómo lo sabes, Colibrí -rodé los ojos, intentado zafarme de su agarre, lo impidió aferrándose un poco más fuerte.

-Te estás burlando de mí. -Lo acusé.

-No, sabes que no, pero me intriga saber a qué te refieres con que "se siente" si nunca lo has experimentado. -Me recordó con suspicacia. Mis mejillas se tornaron escarlata. Me logré quitar de su agarre y me incorporé.

-Y tú qué sabes -agarré unos platos para lavarlos. Se levantó de pronto, me tomó por la muñeca para que girara.

-¿Sientes algo por alguien? -Lo miré fijamente.

-¿Y tú? ¿Sientes algo por alguien? -quise saber recordando la mirada tonta de Olga al solo evocarlo.

-Sí... -admitió decidido.

Los tiempos en ambos caminan de forma distinta, Zinnia está a penas siendo consciente de sí, antes no tenía tiempo para ello. Ya tiene trabajo, se está curando, creando nuevos amigos, sintiéndose libre, en paz, quizá ahora sí pueda comenzar a comprender lo que en realidad está ocurriendo, quizá Yek se atreva... ¡Gracias por comentar, por votar, por estar aquí, en el grupo de lecturas, gracias por todo!

Me atrevo a proponer algo, evidentemente es cosa de cada uno. Ahora que estas fechas se acercan y que podemos estar un poco sensibilizados con las circunstancias, se me ocurrió que podemos ser las -luces en la tiniebla- de alguien. Por ahí dice Paul Young "Cada vez que te esfuerzas y tocas un corazón o una vida, el mundo cambia; con una bondad y favor, visto o no, mis propósitos se cumplen y nada volverá a ser lo mismo". Una buena acción no se exhibe porque pierde la esencia, una buena acción sirve para cobijar el alma, para acercarse a la paz. Así que propongo esto. Hacerlo depende de que cada uno. Por las festividades muchos niños veremos en las calles pidiendo algo... Bueno, reúnan los dulces que salgan de los festejos, pocos o muchos, no importa, hagan pequeñas bolsitas, amarrénelas con un listón, y regálenlas a estos chiquitos que sabemos no recibirán mucho o nada. Una sonrisa arrancarán y con tan solo eso, el mundo empieza a cambiar. ¿Qué dicen?



¿Sí?

Quedé helada, mi respiración perdió el ritmo y de pronto mi corazón bajó rápidamente sus pulsaciones, unas náuseas horribles se instalaron en mi garganta. Bajé la vista, pestañeando con incredulidad, desconcertada por mis reacciones. Tomé otro plato y salí de ahí antes de que me ahogara. Minutos después apareció a mi lado, con otros trastes.

—No te pongas así —me pidió bajito—. Yo...

—Cambiamos de tema, ¿bien? —ordené sin permitir replica. Resopló asintiendo con desgano, notoriamente cansado. No quería que me hablara de ella, de esa chica que lo hacía sentir "algo", no en ese momento, no... nunca. E inmersa en esas horribles sensaciones no me detuve a pensar las razones, solo lo que sentía, estaba frente a mí y no logré ir más allá—. ¿Me podrías ayudar en algebra? —Le pedí con fingida frescura, nerviosa.

Asintió dejando salir un suspiro. Mi mente era una maraña enrevesada, complicada, tantas cosas, tantos momentos, pero, sobre todo, miedo, miedo a lo evidente, a eso que estaba burlándose de mí y que en aquel instante no conseguía interpretar.

La semana pasó así; envuelta en una extraña tranquilidad, con una rutina que parecía no ser nueva, al contrario, todo se daba tan natural. Carlo entendió la línea entre ambos, así que no la pasaba. Y Olga, bueno, ella comenzaba a espiar a Yerik cuando era la hora de

irnos, cosa que no me daba ni tantita gracia, pero que fingí no ver.

Mi trabajo era ameno, las horas pasaban rápidas, en medio de conversaciones geniales con aquella agradable mujer que no paraba de hablar. Siempre a las 6 llegaba con dos tazas de café y unas galletas, lo tomábamos para descansar y luego ella hacía otras cosas de su casa al tiempo que yo seguía trabajando.

El viernes me dio mi primer pago. Su sonrisa era ancha.

—Lo que haces en un día, yo lo hago ya en tres, además las clientas quedaron felices. —explicó. Me sentí orgullosa al ver el dinero en mi mano.

Cuando Yek llegó, se cambió de inmediato, tenía que irse. Lo observé desde la cama, con el ceño recto.

—¿A dónde vas? —quise saber, ya entraba al baño. No se detuvo.

—A trabajar, me pidieron que hoy fuera más temprano. —Y salió con el cabello húmedo, secándose el rostro. Asentí girando mi atención hacia otro lugar.

—Antes no sucedía —le recordé con frialdad.

—Antes vivíamos allá, ahora puedo ser el dueño de mi tiempo —declaró a la pasada, en tono distraído. Lo cierto es que no me gustaron sus palabras.

—Bien —y abrí mi mochila para sacar mis apuntes. Me tomó por la cadera para que girara. Su rostro lucía agobiado, pero a la vez divertido.

—No te enojas, ya no iré los domingos, ni los lunes como me pediste, quizá los martes tampoco, pero hay cosas que pagar —intentó convencerme. Saqué del pantalón el dinero que recién había recibido y se lo di haciéndolo a un lado. Lo observó como si no entendiera qué era.

—Es el pago de mi semana.

—¿Y por qué me lo das? —quiso saber desconcertado.

—Porque no viviré aquí gratis —zanjé. Lo dejó sobre la mesa, negando.

—No lo necesitamos ahorita, cómprate lo que te haga falta, quizá más ropa, tienes muy poca —propuso conciliador. Estudié mi atuendo; ambos teníamos poca variedad. Me crucé de brazos, más enojada aún.

—No me mantendrás, yo me ocuparé de la comida —aseguré. Se pasó las manos por la cabellera.

—Colibrí, debo irme, mañana lo hablamos, ¿sí? —Me encogí de hombros pasando a su lado. Me tomó por el brazo, parecía no entenderme.

—¿Cómo en menos de cinco minutos logré ponerte furiosa? —quiso saber dolido. Me zafé ignorándolo—. ¡Agh, Zinnia! Sabes que si no lo arreglamos ahorita harás de mi noche un infierno. —Lo decía en serio.

—No quiero que te sigas arriesgando, no me gusta lo que haces —repetí. Tomó mi rostro entre sus manos, agachándose para quedar a mi altura.

—Creí que ya lo habíamos hablado. Es por un tiempo más, entiende que si sucede una emergencia, que si enfermas, que si algo pasa, no tendremos para enfrentarlo. Debemos estar preparados para lo que sea. El dinero que gano de eso lo uso para nosotros, pero... también para los chicos de la casa, no puedo desprotegerlos —murmuró ansioso. Abrí los ojos azorada.

—¿Das dinero? ¿Aún? —asintió preocupado.

—Ahora que nos fuimos, los cuervos le exigen a Clemente una cuota aún más alta para no lastimarlos. No me perdonaría saber que pude evitarlo... Comprende, Zinn, todo es tiempo, aguarda, te lo suplico —rogó. Mis ojos se empañaron al enterarme de aquello, dolió conocer la realidad. Lo abracé sin poder evitarlo.

—Eres demasiado, Yek —negó rodeándome con fuerza.

—No lo soy, créeme y no me enorgullece esto, pero por ahora es así. —Me dio un beso en la mejilla y se alejó. Ya se iba, pero regresó—. Solo regálame una sonrisa, anda —me pidió en tono juguetón, pero no bromeaba, realmente la necesitaba. Hice mi mejor intento, me guiñó un ojo y se fue.

La mañana del sábado él aún dormía cuando salí de ahí. Había llegado casi al amanecer. Gimió al sentir que me levantaba, pero no abrió los ojos. Le dejé una nota sobre la mesa para que no se preocupara.

Compré en el mercado lo que necesitaríamos para la semana. Además, encontré al pasar, un sitio donde vendían tela, ideé que a lo mejor podía hacer unos suéteres más abrigadores con algo no tan costoso a los chicos. Aparté dinero para el transporte, algún pequeño imprevisto, me quedaba poco, busqué lo más económico, hilo y agujas. Llegué a casa emocionada. Yek se encontraba en el baño, el lugar estaba aseado y todo en su sitio. Sonreí acomodando las compras, dejé el lienzo sobre la cama observándolo entusiasmada. Bajé con Lolita, me recibió con aquella sonrisa dulce. Le conté mis planes, me dijo que en un par de horas fuera y me ayudaría.

Al abrir la puerta lo primero que vi fue a Yek estudiaba la tela, con el ceño fruncido.

—¡Hola! —dije. Me sonrió intrigado.

—¿Y esto? —señaló lo que había dejado ahí. De inmediato le conté mi plan, me escuchó atento, sentado a un lado del lienzo—. Muéstrame lo que te quedó —me pidió. Lo ignoré tomando las cosas, emocionada.

—Espero que sea suficiente... —musité contemplando mi adquisición.

—Muéstrame cuánto te quedó —insistió. Rodé los ojos y le di lo que tenía en el bolsillo.

—Con eso me las arreglaré en la semana —admití tomando una manzana, me miró pensativo.

—Ya vi que compraste comida —comentó. Asentí dándole una gran mordida para luego dársela a él para ver si quería, la tomó sin soltar mis ojos y la mordió también.

—Te dije que me haría cargo de eso. —Le recordé. Me regresó la fruta al tiempo que se levantaba. Abrió el ropero, sacó uno de los cajones, luego me indicó que me acercara.

—¿Ves esa madera? —negué fijándome bien. Metió su mano y movió una lámina del mismo material, detrás había dos sobres. Los sacó. Uno lo reconocí, el otro era más nuevo—. Ese es el dinero que tenemos, si lo necesitas, úsalo —expresó. Abrí los ojos de par en par cuando me los tendió. Con las manos negué, dando un paso hacia atrás. Sonrió torciendo los labios. Guardó el que aquella mujer le había dado años atrás y el otro lo abrió frente a mí. No era mucho, pero nos sacaría de apuros.

—Es tuyo —afirmé. Arrugó la frente.

—Creí que estábamos juntos en esto.

—Y lo estamos, pero...

—Yo como lo que trajiste, tú debes saber que lo que necesites puedes agarrarlo, no necesitas decirme nada, ¿bien?

—No podría, Yek. —Se acercó a mí y tomó mi barbilla.

—Hazlo, todo lo que hago es por ti... —declaró. Sin que pudiera decir nada, agarró un par de billetes y los metió en el bolsillo de mi cadera—. Dejaré más en ese cajón, y me mostró su buró, el resto lo guardaré ahí. ¿Okay? —asentí con la boca seca—. Debo irme a la abarrotera, pero ya vi que no tendrás problemas para distraerte —sonrió negando, su olor, sus palabras me tenía atontada. Besó mi frente sonriendo—. Y la próxima semana me gustaría que fuéramos juntos a comprar lo que se necesite, así no cargas todo... Prometo levantarme temprano.

—Sí, me gustaría... —logré decir con las palmas sudorosas.

Por la noche cenamos juntos, riendo. Quedó asombrado por mi trabajo; había logrado hacer dos suéteres sencillos, uno para Camy, otro para Mateo, aún me faltaba el de Sol, Manuel, Lucio y Lina, aunque ya sabía que había ingresado otros más, pequeños. Eso lo lamentaba, pero Yek me dijo que la situación estaba tranquila, al igual que Clemente. Rogaba porque no me estuviesen mintiendo.

La mañana siguiente nos despertamos al mismo tiempo, se duchó de prisa y me presionó para que yo lo hiciera también, cuando me vio lista, me tomó de la mano y salimos de ahí. Por mucho que le pregunté a dónde me llevaba, no soltó palabra.

Al llegar a ese parque me detuve, Camy fue la primera que apareció, corrió hasta mí gritando mi nombre. Clemente estaba ahí, con ellos. Lloré al verlos, poder abrazarlos y corroborar que estaban bien.

Pasamos ese día en los juegos de aquel lugar. Todos divirtiéndonos, incluso los responsables del encuentro. Cuando fue hora de que se marcharan, intenté mostrarme fuerte. Sol fue la que con más fuerza me abrazó, demasiado raro en ella. Le prometí que la siguiente vez que nos encontráramos les llevaría algo, ilusionados se alejaron.

Cuando ya no los vi me giré y comencé a llorar con el dolor contenido. Yo lo tenía a él, pero ¿y ellos?, ¿podríamos sacarlos de ahí? Yerik me abrazó durante un buen rato, frotando mi espalda, ya casi restablecida, una y otra vez.

—Te dije que estaban bien. Dentro de poco cumplo la mayoría, tú un poco después, ya queda menos. Denunciaremos, algo haremos, ¿sí? —buscaba que me tranquilizara. Asentí sobre su pecho, importándome poco humedecer su sudadera, aferrada a su cintura. Ya sin lágrimas en mis ojos, me di cuenta de que no quería alejarme, que me sentía demasiado bien ahí... tan cerca de su pecho, sintiendo su pulso, inundando mis sentidos de su olor. Algo estaba cambiando, y no estaba segura de que fuese él, ya no.

El viernes, al salir de clases, sonreí al verle, como siempre, casi dos semanas de aquel evento y no podía creer que las cosas fueran tan bien, incluso me asustaba, si era sincera.

Cuando iba a llegar hasta él, unos brazos delgados se enroscaron en su cuello y de pronto un rostro femenino apareció sobre su hombro. Me detuve de forma abrupta, como si

hubiese chocado con un muro. Pestañeé desconcertada. Ese ácido que todo lo quema apareció llegando hasta mi garganta. Yek se giró hacia ella, tomando sus brazos para que lo soltara. La saludó con un beso en la mejilla. Enseguida volteó a mi dirección.

Apreté los puños sintiendo que mi respiración se aceleraba como si hubiese corrido varios kilómetros. La chica, insistente, tomó su barbilla e hizo que la mirara. Clemente observó lo ocurrido, pero no pudo prestarme mucha atención porque otra mujer, igual de provocativa que la otra, le coqueteaba abiertamente. No eran solo ellas, eran varias más, ahí, rodeando no solo a ellos dos, sino a los demás también.

—¡Ey! Esas chicas están como quieren, ¿de dónde salieron? —Era Carlo, a mi lado, lo miré furiosa.

—Porque no vas y lo averiguas —rugí reactivando la marcha. ¡Estúpido! Mi desgano, la ropa desgastada, mi falta de maquillaje, mi cabello sin ningún arreglo, de pronto me hizo sentir peor. Ellas lucían demasiado atractivas, femeninas y yo...

—Colibrí —me llamó Yerik cuando pasé a su lado. Me detuve aferrando mi mochila.

—Yerik, vamos, no seas aguafiestas —le rogó la trigueña, con ojos dormilones. No tenía ni idea de en dónde, pero quería rasguñarla hasta que esa ira que corroía mi ser desapareciera.

—Ve, nos vemos después —lo alenté fingiendo indiferencia cuando por dentro lo que en realidad quería era gritar. Me tomó de la mano buscando mi mirada. La chica lo siguió, evaluándome con interés, pero a la vez burlándose por mi aspecto. Apreté la quijada.

—No, espera. ¿Qué tienes?... Aún no debes irte —habló Yek, nervioso. La intrusa se puso de puntillas colgándose de su hombro, parecía una maldita garrapata. Yerik se hizo a un lado. Ella se encogió de hombros, divertida.

—Te espero acá... —musitó seductora. Bufé rodando los ojos.

—Colibrí... Yo... Ella es amiga de Clemente y... —intentaba explicarme. Me encogí de hombros recordando sus palabras hacía unos días, quizá era la chica de la que me habló. La estudié por un momento; era desenvuelta, de lindo cuerpo, aunque demasiado escandalosa. ¿En qué mundo yo podría ser así? Quizá si mis circunstancias hubieran sido diferentes, si nada me preocupara tanto como divertirme, o pasarla bien pues mi vida de alguna manera estaba resuelta y tenía el tiempo para revelarme, quejarme—. En serio —declaró. Lo observé seria, con atención. Parecía ansioso, preocupado.

—Diviértete, después de todo ahora no le tenemos que dar cuentas a nadie y... eres libre de hacer lo que te plazca —hervía de rabia, y deseaba herirlo de alguna manera, por eso dije aquella estupidez. Arrugó la frente, confundido.

—¿No estás enojada? —Me cuestionó con un dejo de desesperación, de... ¿desilusión? Alcé la barbilla negando, yo solo podía ver en mi mente a esa tipa abrazada a él, pegada a él, tocándolo a él.

—No tengo motivos, vivimos juntos, pero... ya sabes... cada uno su vida —y me giré, mi pecho pesaba como nunca, ardía en realidad. ¿Qué carajos estaba pasando? Lo escuché resoplar.

—Cada uno su vida —repitió con desgano. Alcé la mano alejándome.

—Nos vemos luego —y para mi suerte el autobús había llegado. Me subí sin dudarlo,

él no se movió de ahí hasta que arrancó, cuando dejé de verlo permití que las lágrimas salieran. ¿Qué pasaba conmigo?

Llegué a ese sitio que compartíamos con la nariz roja, y los ojos arenosos de tanto llorar. Comí sin muchas ganas, a las 4 bajé. Lolita me preguntó de inmediato qué me ocurría. No me atreví a contarle. Se sentó a mi lado, tomó mi mano con cariño y la acarició como una madre lo haría, la miré fijamente.

—Cuéntame de tu vida, llevas aquí casi dos semanas y no logro, por mucho que hable, que salga algo de tus labios... Sé que escondes cosas, que... no la has pasado bien —bajé el rostro, dudando, no quería que se molestara si conocía la realidad. Acarició mi barbilla para que la viera—. Cuando estés lista, puedes confiar en mí, prometo que no le diré a nadie, solo quiero ayudarte. En estos días me has devuelto mucho de lo que creí haber perdido... —salió un momento y regresó con varias telas de algodón, sencillas, de colores vivos—. Hoy haremos unas blusas, anda ponte de pie, debo medirte —ordenó. Pestañeé confusa—. Haz lo que te digo, anda —obedecí. Después de anotarlo en su libreta comenzamos a trabajar, yo ya había terminado los suéteres de los chicos pese a la carga de trabajo que asombrosamente subió esa semana.

Por la noche, al acabar, 3 de ellas me las dio.

—Ve al baño y pruébatelas, anda.

—¿Por qué? No está bien —no me pertenecían, no podía hacerlo. Torció la boca, seria.

—Zinnia, ahora —hice lo que me pidió, me quedaban perfectas, los colores realzaban mi cabello negro y mi piel blanca, además se adherían de manera coqueta a mi delegada figura. Salí y se las di.

—Quedaron muy bien.

—¿Son de tu talla? ¿Las telas te gustaron? —asentí recogiendo el material—.

Perfecto, son tuyas —me erguí con los ojos bien abiertos.

—¿Mías? —asintió sacando un dinero del bolso de su mandil, me lo dio.

—Es el pago de la semana, te di unos centavos más porque fue mucho trabajo, lo mereces.

—No puedo aceptar las blusas, se las pago —me ofrecí apenada. Cerró mis dedos al ver que le acercaba los billetes.

—Esos suéteres no eran para ti, niña. Desconozco tu situación, la del otro chico, pero... quiero ayudarlos. No es mucho, pero te enseñaré un oficio y te ayudaré a confeccionarte tu ropa. Llevas esas blusas tan grandes; eres hermosa, estás en la edad de florecer, sé que te verás linda con ellas... Así que... anda, ve a descansar y la próxima vez haremos alguna falda, o un vestido, ¿quieres? —asentí sin palabras.

—Gracias.

—En la vida siempre hay dos caras de la moneda, creo que tú solo has conocido una, pero estamos los del otro lado... —y me guiñó un ojo.

Ya en la habitación, me senté sobre el colchón, observando la puerta, eran más de las ocho y no llegaba. Una ira ardiente comenzó a recorrer mis brazos, luego mis hombros hasta llegar a mi cabeza e instalarse en mi corazón.

Cerré los puños de solo imaginarlo con esa chica, abrazados, riendo, besándola... Yo no era como ellas, pero estaba harta de ser siempre la linda Zinnia, la que se porta bien, la que no se atreve. Me puse una de esas blusas que Lolita me dio, de color rosa, entallada. Me miré en el espejo por un momento, no tenía mucho que hacer con mi aspecto, pero me importaba un cuerno, no me quedaría ahí a esperar.

Cuando me bajé del autobús ya eran más de las nueve de la noche. Con las manos dentro de los bolsos de mi suéter, caminé hasta la casa de ese chico que conocía desde hacía mucho tiempo. No tenía idea de si estaría a esa hora, pero debía intentarlo, daría con él.

Toqué un par de veces, abrió agitado, colocándose una cazadora, su cabello oscuro sujeto en una coleta, más su altura, lo hacían ver intimidante, pero lo conocía bien y en mí no provocaba temor. Abrió los ojos de par en par, parecía que esperaba a alguien más.

—¿Qué haces aquí, Zinnia? —Me crucé de brazos.

—Llévame al lugar donde trabaja Yerik —ordené. Arrugó la frente negando, sin dejar de sujetar la puerta.

—Claro que no, me mata —aseguró. Di un paso más, rabiosa, debía dejar de protegerme, no era una niña, algo en mí estaba más activo que nunca, cargado de una osadía desconocida.

—O me llevas tú, o iré con todos los chicos y te aseguro que uno lo hará, y cuando lo haga, le diré a Yerik que tú no me quisiste ayudar... ¿Eso suena arriesgado? —lo desafié. Contrajo la quijada, molesto, confuso también pues no entendía mi actitud.

—Jamás te dejarían entrar, olvídalo, además, si te llevo ahí, igual me descuartiza. Mejor regresa a tu casa, ahí estás segura —me hizo girar, tomó mis hombros y avanzó. Me zafé rabiosa.

—¡Llévame! Lo que suceda ahí no es tu problema, solo llévame, no diré que lo hiciste —grité. Se frotó el rostro una y otra vez, mirando a cada lado de la calle.

—¡Ay! ¿Por qué son tan estúpidos? —La hermana de Lilo, dos años mayor, y con la cual nunca había hablado, aunque conocía, estaba de pie con los brazos cruzados en el umbral—. Anda, Zinnia, ven, te arreglaré y te dejarán entrar sin problemas, irás conmigo —aseguró. Lilo negó furioso.

—¡Es una niña!, además, Yerik, ya lo conoces, me matará —la pelinegra rio con burla.

—Ni es una niña, ni te matará. Zinnia tiene todo el derecho de divertirse, de conocer gente nueva, por Dios, la protege demasiado, ¿no te parece? —Su hermano se llevó las manos a la cabeza.

—¡No la protege, la cuida! No tienes una jodida idea de lo que han vivido. Lucero, escucha, ese antro no es un sitio para ella, mírala, parecerán buitres —expresó desesperado. La joven me tendió la mano, sonriendo con picardía.

—La veo, siempre la he visto, ya es hora de que se divierta un poco, no le hace mal a nadie... Yo me haré cargo, si Yerik enfurece, dile que soy la responsable —le guiñó un ojo, tomó mi muñeca y me adentró a su casa.

Los padres de ambos trabajaban todo el día, el lugar era pequeño, viejo y algo

deteriorado, pero definitivamente un sitio donde vivía una familia. Ninguno de los dos tenía la mejor fama en el barrio, pero ahí eso era difícil, sobrevivir a todo era lo vital. Me llevó hasta el fondo, a su pequeña habitación. Pese a la precaria situación, todo era femenino, como ella, y estaba lleno de detalles que dejaban ver su personalidad extrovertida. Me sentó sobre su cama, me examinó un segundo y luego giró a su closet.

—Sé que sabes cuidarte, así que recuerda que quien se quiera proparar, no lo dudes, defiéndete. ¿Bien? —asentí con los ojos bien abiertos. Mi resolución no había bajado ni un ápice, aunque me sentía nerviosa.

Casi una hora después ambas salimos de su recámara. Lilo daba vueltas en la pequeña sala, otro chico más estaba ahí, alcé la mano al reconocerlo. Ambos pestañearon atónitos. Lucero soltó la carcajada.

—Sí, creo que me matará —aseguró sin vergüenza Lilo.

Mi pelo estaba alisado, me había maquillado tan solo un poco, pero lo suficiente para que me sintiera extraña, logrando algo increíble con mis ojos que se veían más grises de lo normal, me prestó unos pantalones negros brillosos que me quedaban bien entallados, al parecer aún no los estrenaba pues dijo algo sobre bajar de peso, junto con una blusa clara que dejaba mis hombros descubiertos, los zapatos fue un ligero detalle, ella era un tanto más bajita que yo, por lo tanto nuestra medida de pie difería sin embargo, salió unos minutos de ahí sin decirme nada y al regresar ya tenía unos zapatos de mi talla y continuó arreglándose.

—¡Mierda, Zinnia! Yo no te llevaré, no lo haré —zanjó su hermano, haciendo un gran aspaviento con las manos. El otro chico se colocó a su lado, observándome admirado, con las cejas arriba.

—Se ve asombrosa, la verdad —musitó. Me sentía extraña, pero a la vez, bien, me gustaba, me hacía sentir... mujer, diferente, atractiva.

—Ya te dije que yo me hacía cargo. Conozco al de la entrada, no habrá problemas —garantizó la chica. Lilo rugió molesto.

—¡Lucero! ¡Carajo! —Ella lo ignoró, reí mirándolo con burla. Me había salido con la mía.

—Te dije que iría —lo desafié. Entornó los ojos, agarró sus cosas, apresuró a su amigo y salió tras nosotras.

—Vamos, solo que te advierto que te haré cien por ciento responsable —me amenazó con su dedo cerca de mi pecho. Lo hice a un lado de un manotazo.

—Él hace lo que quiere, ¿por qué yo no? —Y me metí en la parte trasera del auto. Lucero soltó la carcajada.

—Ya decía yo que no eras tan dulce —dijo mi cómplice, riendo. Le sonreí agradecida.

Ay, jajajajaja Los celos, el amor... Esto se pondrá bueno, Zinn ya está despertando y los siguientes capítulos amé escribirlos. Son tan dulces... pero tan ellos, decididos, inmersos en tanto que no se percatan. Cosas peligrosas, cosas tristes, cosas fuertes, pero sobre todo, con ese sentimiento que lo cambia todo. ¡Gracias por votar, comentar (quienes lo hacen lo valoro mucho porque son el motivo de seguir acá, sin eso no le veo sentido a Wattpad, ni yo, y creo que ningún

escritor), por seguir acá!



Quince minutos después estacionaba el auto sobre una callejuela oscura, descuidada, donde los olores del asfalto y drenaje se unían creando una atmósfera poco agraciada. No le di importancia, después de todo esa era mi realidad, lo común. Nos bajamos y los seguí mientras Lucero le daba empujones a Lilo. De inmediato me recordó a la manera en la que Yek y yo solíamos llevarnos, pero desde hacía un tiempo todo marchaba de otra forma, una que no lograba descifrar.

—Seguro ahí estarán Carmina y Luisa —declaró mi cómplice con tono ligero a su hermano menor—. Tú ve hacer tus tonterías que yo la cuido.

Lilo me miró de reojo, negando.

—Se ve demasiado bien —susurró como para que no lo escuchara, pero lo hice. Sonreí satisfecha, aunque fingiendo demencia.

—No te recomiendo ir por esa dirección, ahí sí te llevan en trozos dentro de un costal a la casa. Lo conoces muy bien.

Un par de cuadras más adelante apareció un letrero luminoso y, por debajo, muchos chicos aglomerados deseando entrar a esa moderna estructura. La música retumbaba hasta donde nos hallábamos, era palpable la efervescencia de los adolescentes y jóvenes. Sonreí alegre. La adrenalina circulaba por mis venas de forma inquieta, repleta de antelación mezclada con intriga y temor.

—Tú haz lo que te digo; solo sígueme, no tendrás problemas, al contrario —me ordenó Lucero, afable, y nos sumergimos ente entre la gente.

Mis palmas sudaban, no podía creer que estuviera ahí. Nunca me había llamado la atención ir a esos lugares, tampoco es como que tuviese el permiso o tiempo de pensar en ello, sin embargo, el ambiente me hacía sentir una extraña agitación que no permitía detenerme. Por otro lado, deseaba saber cuál sería la actitud de Yerik al verme así, ahí.

Cerré mis manos en puños al evocar la razón de mi presencia ahí.

No podía alejar la imagen de mi mente de aquellos brazos enredados en su cuello, o el hecho de que no llegó a casa hacía unas horas. En cuanto mis pensamientos viajaban a esa dirección, una marea embravecida me sometía, arrinconándome para no soltarme.

No entendía qué ocurría dentro de mí, pero quería que me viera, no solo como solía hacerlo, sino como los chicos las veían a ellas, de una forma diferente. Había una urgencia cruel de que sus ojos solo tuvieran pensamientos en mi dirección, que... no estuviera con nadie más salvo conmigo.

Sacudí la cabeza al darme cuenta de por dónde iban mis inexcusables divagues. Acaso yo...

De pronto Lucero rodeó mi muñeca y me jaló hacia adentro de aquella enorme galera logrando con ello, que mis pensamientos no llegaran a ningún sitio.

Revisaron su bolso; yo solo llevaba dinero y mis llaves, así que pasé sin problemas pues sin saber por qué, no me habían solicitado sacar mi identificación, era menor de edad, estar ahí era ilegal. La verdad me dio igual e ingresé excitada, sonriendo.

El lugar era oscuro, con luces tenues, mi vista se adaptó de inmediato; mesas por todos lados llenas de chicos y chicas conversando, bailado, riendo. Observé todo sin perder detalle mientras ella me guiaba a no sé dónde.

Llegamos a una mesa donde se encontraban reunidas tres chicas más y un par de chicos. Lucero los saludó efusiva y me presentó con ellos. Sonreí correspondiendo. Sin pretenderlo mi cuerpo comenzó a moverse; la música entraba por mis poros de una manera enigmática, y se adueñaba de mis latidos que se acompañaban a su sonido provocando una oleada de nuevas sensaciones que me hizo sentir extrañamente vital, era tan excitante.

Sin embargo, no logré apartar mi objetivo de la mente. Busqué por unos minutos a Yerik, fue inútil, era como desear en encontrar una aguja en un pajar. La frustración apareció en forma de mohín y nerviosismo.

Una de las amigas de Lucero me ofreció un vaso, eso me sacó de mi estado. Lo tomé asintiendo, intrigada. No tenía idea de qué contenía, pero ya estaba ahí, lo probaría. Lucero me guiñó un ojo mientras escudriñaba a su alrededor con atención, gritando y contoneándose con ritmo. Le di un trago sin fijarme demasiado, las luces, las personas, el ruido, todo me mantenía alerta, distraída, sin embargo, el sabor no era agradable en lo absoluto, aun así, le di otro trago, esa noche no me importaba nada, esa noche quería sentir que las cosas podían ser distintas, que yo podía dejarme fluir.

Mi cuerpo comenzó a moverse acoplándose a los sonidos de aquellas potentes bocinas que envolvían el lugar. Le di más tragos mientras me dejaba llevar, riendo por algo que

decían, observando todo con interés. Una mano en mi cintura me hizo girar, asustada encaré al responsable de ese tacto que, pese a estar terminándome el segundo vaso y que mi cabeza comenzaba dar vueltas, no reconocí ni me agradó. Sin alcanzar a poner las manos entre ambos, ese chico mayor que yo, me pegó a su cuerpo. Arrugué la frente irritada. Le di un empujón sin importarme nada. Lucero se acercó amenazante.

—Baila conmigo, preciosa, anda —insistió riendo tontamente. Ya lucía un poco descompuesto. Negué retrocediendo. Su puro tacto me produjo repulsión. Sin más unos dedos que reconocería aún en medio de millones, se entrelazaron con los míos. Casi escupo el corazón por la garganta. Volteé de inmediato, sabía que era él.

Yerik miraba al responsable de mi malestar, sonriendo conciliador, pero con clara advertencia en su mirada oscura; su pupila se dilataba, su entrecejo se juntaba, su mandíbula se tensaba y algo en su iris decía mucho más de lo que unas simples palabras podrían llegar a expresar. Pasé saliva con dificultad.

—Viene conmigo, busca otra por allá —soltó alerta, listo para recibir una respuesta negativa. El chico pestañeó decepcionado, estudiándolo, alzó las manos y se alejó sin decir nada. Lucero rio sacudiendo la cabeza.

—Hola, Yerik, veo que tardaron en darte el reporte —se burló con coquetería. De pronto estar ahí no lo sentía tan buena idea, de pronto, por alguna extraña razón me sentía culpable. Bajé el rostro, hirviendo de vergüenza. Era extraño.

—¿Qué está tomando? —preguntó a mi cómplice, no logré encontrar nada raro en su voz.

—Tequila, tranquilo, he estado vigilando.

Su dedo se posó bajo mi barbilla e hizo que lo mirara. Su ceño se suavizó, sus ojos parecían brillar pese a la oscuridad y lentamente las comisuras de sus labios se fueron levantando. Mi pecho se infló de una manera imposible, generando descargas que se sentían como pura electricidad.

—Te ves impresionante, Colibrí —afirmó contemplándome sin parpadear. Mis piernas se sintieron como gelatina, mi piel húmeda. Esperaba que estuviera furioso, pero no, al contrario, lucía intrigado.

—Yo... quería... —no sabía qué decir. Sonrió al fin, apretando mi mano.

—¿Te está gustando eso que estás tomando? —preguntó en tono ligero. Presté atención a mi vaso, desorientada. Me encogí de hombros.

—No sabe bien, tampoco mal... Pero quiero... —y lo miré fijamente— saber lo que se siente. Necesitaba salir de ahí y... ser una chica de 17 años, no una anciana que parece una ermitaña —declaré justificando mi presencia ahí, porque por alguna razón necesitaba hacerlo ante él. Alzó las cejas asintiendo.

—Bien, entonces adelante, solo que no me despegaré de ti. Has lo que viniste a hacer, creo que es justo —avaló con franqueza. Sonreí sin comprender su actitud.

—Creí que te enojarías —confesé. Se separó un poco de mí, me observó de arriba abajo con deliberada parsimonia paseando su mirada oscura por mis pies, luego mis piernas, mi cadera, la cintura, mis brazos hasta llegar mi cuello, mi boca, mis ojos.

Jamás había hecho algo así. Me sentí más expuesta que nunca, pero a la vez, eufórica, orgullosa, la única razón por la que estaba ahí era él, del único que deseaba sentir aquello, era de su ser, aunque no era consciente de ello, no del todo. Pese a eso, mis mejillas se sonrojaron, estaba segura pues las sentía arder como dos llamas sin control.

—Imposible, no viéndote así... En serio luces impresionante, Colibrí —sonreí con timidez y... alegría, satisfacción también. Me gustaba que me mirase de esa manera—. Ven, vamos a divertirnos, Zinn —y me arrastró entre la gente.

Llegamos a otra mesa donde se encontraban las chicas con las que los vi por la tarde, Clemente, y otros más. Una botella y varios refrescos descansaban ahí. Mi rostro hirvió de coraje al saberlas en ese lugar. Mi teoría no había fallado, había pasado las horas con ellas.

La chica que se le pegó como garrapata horas atrás, me fulminó con la mirada. No me intimidaba y le regresé el gesto con pedantería. Yerik tomó un vaso, lo sirvió con atención y me lo tendió, sereno.

Le di un trago, luego otro. Clemente me observaba intrigado, entre beso y beso de aquella otra que parecía sanguijuela. ¿Eso hacían todas las noches? Lo extraño era que nunca él había olido a alcohol, ni a un perfume femenino. Yerik no quitaba su atención de mí, de cada movimiento, de cada palabra que decía, deleitado. A los minutos acarició mi brazo, sonriendo, y me llevó a la pista.

—Anda, bailemos, Colibrí, quiero verte —me alentó con actitud jovial, era extraño verlo de esa manera, aunque lucía alerta a la vez. Me importó poco. Le saqué la lengua ya sintiéndome un poco aletargada, por lo mismo más osada. Perdida en sus ojos comencé a moverme primero con un poco de timidez, luego, lentamente, me fui dejando llevar. Era agradable, me hacía sentir ajena a todo, lejos de las preocupaciones, o de las cosas que han pasado en mi vida, de la soledad y el abandono. La música se arremolinaba en mi mente, en mi torrente y mi cuerpo no oponía resistencia, no con casi tres tragos encima, no con el ambiente del lugar, no con él mirándome y moviéndose de esa forma tan masculina como lo hacía.

Abrí los ojos con dificultad, mis párpados pesaban como dos losas, horrible. Me llevé una mano a la cabeza, gimiendo. La luz del exterior me hizo esconder el rostro en las almohadas. Nunca me había sentido así, era espantoso. Mi aliento lo sentía espeso y la tráquea ardía. Era como estar bajo el agua, deseando salir.

—¿Qué tal te sientes? —Era la voz de Yek, se escuchaba demasiado fresco, incluso burlesco. Elevé mi rostro, me froté los párpados e intenté enfocarlo. Dios, la luz del exterior torturaba mi globo coular. Él estaba ya duchado, comiendo algo en un tazón, riendo. Bufé al percibir el dolor en mi sien.

—Me duele la cabeza —me quejé con voz rasposa. Enfocándolo. Se encogió de hombros divertido. No entendía qué le hacía tanta gracia, así como tampoco lograba evocar todo lo de la noche anterior, no lo del final, porque no recuerdo cómo llegué a casa, o bueno, no del todo.

—Es una consecuencia —musitó con simpleza. Me intenté erguir, aturdida.

—Es horrendo, Yerik, duele como el carajo —admití cerrando los ojos con fuerza.

—Sí, se llama resaca, así que... es parte de la diversión —su tono era extraño, lo

miré arrugando la frente, pero leía, para variar, algo que estaba sobre la mesa.

—Esto no es divertido —murmuré dejándome caer sobre las cobijas, de pronto me di cuenta de que llevaba puesta mi pijama. Me levanté como resorte y la observé con los ojos bien abiertos—. ¿Tú me cambiaste? —No despegó la vista de lo que hacía.

—Imposible que durmieras con eso que vomitaste, tuve que hacerlo —musitó como si fuese cualquier cosa. La sangre galopó tan fuerte por todo mi cuerpo que de inmediato la sentí atascada en mis mejillas. Dios.

—¿Vomitó? —Eso sí que no lo recordaba. Asintió.

—Bastante, dejé tu ropa y la mía afuera. —Me informó. Su voz no daba señales de lo que en realidad pensaba.

—Lo... lamento —me disculpé afligida, y sin poder evitarlo, agobiada porque me hubiese visto desnuda. La verdad ya no sabía qué me ponía peor, pero supongo que la situación en general. Al fin me miró, sus ojos me estudiaban de una forma que no comprendí, que... me erizaba la piel.

—Colibrí, debo irme a trabajar. —Su tono era suave y... cauteloso. Asentí enrollando mis brazos alrededor de mis rodillas. Salió un segundo y luego regresó, tomó sus cosas, me dio un beso en la frente y se fue, así, sin más. Era extraño verlo actuar de esa forma, siempre tan protector, cuidando de mí, pero en esta ocasión parecía haber querido salir huyendo, tal cual.

Pasé la mañana dormida, me duché como a las 12, comí algo y salí a ver la ropa que había dejado ahí, en el lavadero. La tomé con cuidado, con las yemas del dedo índice y pulgar. ¡Puf!, el olor era asqueroso. Cerré mis ojos, ni modo, debía entregarla limpia y además no iba a permitir que Yerik lavara lo que yo ensucié.

Intenté, mientras hacía mi labor, poner en orden la secuencia de imágenes en mi cabeza, había huecos. Recordaba que bailábamos, sonreí al pensar en esa parte de la noche. No me tocaba prácticamente, pero reía como pocas veces, así, abierto, genuinamente feliz. Nos movíamos alegres, bromeando, carcajeándonos sin parar. Después regresamos un poco más a la mesa y tomé sin detenerme dos vasos más. Clemente, molesto, me detuvo, pero Yerik negó con decisión.

—Yo me haré cargo, déjala —y le mostré el dedo medio, empujando de nuevo toda la bebida a mi estómago. Ya no sabía rara, tampoco buena, pero tenía tanta sed que me importó poco.

—Se pondrá borracha —musitó rabioso. Yerik se encogió de hombros.

—Debe probar, estamos aquí. —Eso lo tranquilizó y se alejó.

—Creí que montarías una escena porque no estoy en casa... —admití. Le dio un trago a su botella con agua, negando.

—¿Te gustaría que montara una? —Mis manos ya las sentía entumidas, y un cosquilleo extraño viajaba de ida y vuelta por todo mi cuerpo sin detenerse. Mi mente pensaba algo, pero mi cuerpo hacía otras cosas.

—Siempre me cuidas demasiado —murmuré haciendo un mohín. Alzó sus cejas, intrigado.

—Si te has visto esta noche, ¿verdad, Zinnia? —El uso de mi nombre completo logró que lo observara, desconcertada. Había algo que no sabía identificar. De pronto su mano viajó

por mi cintura acercándome un poco, su toque no tenía nada que ver con lo que solía haber entre ambos, sus dedos se sentían distintos sobre mi cuerpo, la forma en la que me sujetaba. Mi saliva se tornó espesa, y respirar fue casi un triunfo—. Quiero que vivas, no que te pongas en riesgo –habló en mi oreja. Me alejé pestañeando como una boba y de repente, unas pequeñas manos envolvieron su cuello. Giré rabiosa, mientras él se la quitaba de encima. Era la garrapata que parecía no tener intenciones de rendirse. Entorné los ojos, iracunda. Entrelacé nuestros dedos, tomé otro de los vasos y lo llevé de nuevo a la pista.

Después de eso... No recordaba mucho. Me esforcé, pero solo lograba evocar que bailábamos, que yo ya tropezaba y que él me sostenía, sereno, paciente. Hubo un momento que incluso terminé pegada a su cuerpo, acurrucada en su pecho, envuelta en su abrazo, deliciosamente perdida en sus latidos, en su cálido ser. La sensación aún hormigueaba en mi piel, sentir su tórax tenso bajo mi anatomía, era delirante, ansiado.

Tendí la ropa, un tanto abochornada por lo que mis recuerdos arrojaban. Mi cabeza dolía decididamente menos. Tomé uno de los libros que saqué de la biblioteca; lo debía leer para literatura, sin embargo, no logré concentrarme. Me había acercado más a él que nunca, me había sentido inigualablemente bien cuando me rodeó con sus brazos, cuando me miró de aquella manera.

La imagen de él manchado de lo que mi estómago arrojó, no me gustó, al contrario, me hizo sentir mal, muy mal, eso aunado a el hecho de que tuvo que desnudarme. Me llevé las manos al rostro. Me había visto en ropa interior, él, Yerik, todo por mi terquedad de ir y hacer algo que jamás había llamado mi atención.

Lo pasé bien, no lo puedo negar, pero... odiaba no saber qué más había ocurrido.

Escuché los ruidos provenientes de unos pasos, era él, lo supe enseguida. La puerta se abrió, era poco más de las 5. Mi corazón casi sale por la garganta, otra vez. Apareció en mi campo de visión de inmediato. Con timidez lo saludé.

—¿Qué tal la resaca? —quiso saber abandonando su mochila en el piso, acercándose para sentarse casi frente a mí. Observé su rostro, su quijada cuadrada, con ángulos que no había notado antes, sus labios delineados, carnosos, su nariz recta, y sus ojos adornados por esas cejas que simplemente lo hacía lucir peligroso y... atractivo, demasiado. Bajé el rostro al percatarme de por dónde iban mis pensamientos. Dios, esa no era yo, no respecto a él. Me sentí avergonzada—. ¿Estás bien? —preguntó con cautela.

Asentí poniéndome de pie, algo estaba ocurriendo en mí, algo dulce y violento a la vez, algo que no me dejaba estar a su alrededor como solía, algo que... me estaba quemando.

—Sí, supongo, el dolor de cabeza aún sigue... —admití bajito, ubicándome junto al ropero. Arrugó la frente, torciendo los labios esos que de pronto eclipsaban toda mi atención, que se apoderaban de mis pensamientos. Cerré los puños con fuerza. ¿Qué me ocurría?

—Toma mucha agua... —aconsejó intrigado por mi actitud.

—No recuerdo algunas cosas de ayer por la noche —admití turbada, con la voz temblorosa. Bajó la vista hasta sus pies, asintiendo. Me perdí en su perfil, en sus rasgos duros, ya no era un niño, definitivamente no. Me era tan complicado en ese momento pensarlo corriendo a mi lado despreocupado, molestándome sin cesar, gritando sin parar.

—¿Por qué fuiste a ese lugar anoche, Colibrí? —preguntó al fin, girando hacia mí. Me mordí la parte interior de mis labios. No lucía molesto, pero su tono era serio. Era cuestión de tiempo para que esa pregunta llegara, lo sabía, lo conocía muy bien, sin embargo, me tomó por sorpresa.

—Yo... quería conocer —reconocí. Resopló al tiempo que se sujetaba el cabello con un dedo de ansiedad. Ese gesto solía emplearlo cuando algo se salía de sus manos, cuando algo lo agobiaba.

—Sé que quizá te he protegido demasiado, que... es normal la curiosidad, pero —y me miró juntado tanto sus cejas que parecían ser una sola línea, no me intimidaba, pero sí podía interpretar su gesto—. ¿Tienes idea de lo mucho que arriesgaste?

—O sea que tú puedes ir y venir sin más y yo debo estar aquí estacionada mirando cómo lo haces... ¿Me puedes decir por qué? ¿De qué trata esto? —argumenté sin rodeos. De pronto me sentí molesta, irritada con él, pero no por lo que decía, sino por lo que estaba sucediendo en mi interior, por las reacciones de mi cuerpo al saberlo tan cerca, al observarlo de esa forma, al ansiar sus brazos torno a mi cintura.

—Trata de tu seguridad, de aprender a decidir, a cuidarte —habló levantándose, un segundo después se recargó en la ventana, estudiándome.

—Sé cuidarme... tanto como tú —zanjé. Rio negando.

—Claro... —soltó con sarcasmo. Arrugué la frente, respirando con irregularidad.

—¿Qué diablos significa eso? —Lo enfrenté con rabia en mi voz, esa que deseaba notara. Obviamente no se inmutó, pocas veces lo hacía.

—Significa que te fuiste con unas chicas que no conocías, a un sitio del que no tenías la menor idea y, por si fuera poco, tomaste de un vaso que ignorabas lo que contenía.

—Es Lucero, la hermana de Lilo, y solo tenía o tequila o una de esas tonteras —rodó los ojos con hastío, me estaba tratando como una niña.

—¿Si eres consciente de que, si no hubiera estado yo, quien sabe dónde hubieses amanecido?, ¿cómo, y... con quién? —ahora sí parecía molesto, la cólera que había escondido afloró. Sus palabras me dieron escalofríos, parpadeé algo asustada.

—Sabía que estabas ahí —me defendí sin mucha convicción.

—¿Ah sí? Y si hubiese salido, si hubiese cambiado de lugar a última hora, dime, ¿qué habrías hecho? Porque cuando te encontré ya llevabas algunos tragos encima, Zinnia —mi nombre en su boca, enojado, me puso peor, sin embargo, no supe qué decir—. Te arriesgaste, de una manera demasiado estúpida, y tienes razón, no puedo estarte protegiendo de todo, pero ¡maldición! No tienes por qué correr. Nuestra vida no ha sido fácil, has tenido que aprender a defenderte, has visto cosas que otros no, pero en este ámbito aún no eres tan fuerte, es peligroso.

—Solo quería divertirme, ¿es eso tan malo? ¿Dime? —Lo desafié exaltada, sabía que tenía razón, pero no deseaba dársela. Se acercó a mí hasta quedar a un par de pasos.

—Bebiste sin control, tanto que como me acabas de decir no recuerdas gran parte... ¿Qué te hace sentir eso? ¿Te gusta no tener ni la más jodida de tus actos, de tus palabras? —Ya no se portaba dulce, ya solo quería hacerme ver que no medí lo que hacía.

—¡No, no me gusta! Se siente jodidamente mal, pero... necesitaba saber lo que se sentía... Quería... —bajé la voz.

—Escucha, Colibrí —y alzó mi barbilla con ternura—, si deseas ir a un lugar como esos de nuevo, solo dime, no tiene nada de malo, al contrario, pero no de la manera en la que lo hiciste. Ayer te veías ridículamente hermosa, era difícil que te quitaran los ojos de encima. Comprende que, si algo no hubiera salido como pensante, no la hubieses pasado bien. Sabes qué es estar expuesta, que es sentirte vulnerable, con alcohol encima no te hubieses podido defender. Acabaste muy mal, inconsciente prácticamente.

—¿Por qué no me detuviste? —Lo cuestioné con un nudo en la garganta. Me miró con fuerza, apretando la quijada.

—Porque debías saber lo que se sentía llevar a tu cuerpo hasta ese punto, porque no quiero esconderte, quiero que sepas cuidarte. Ahora ya aprendiste la lección —era evidente que no le gustaba en lo absoluto que las cosas se hubieran dado así.

—¿Qué más hice? —deseé saber con culpabilidad. Arrugó la comisura de uno de sus ojos, mostrando un poco de sus dientes.

—¿Quieres saberlo? —asentí con resolución.

—Golpeaste a una chica, creo que hoy ya ha de tener un gran cardenal en la nariz, si no se la rompiste —abrí los ojos, azorada.

—¡¿Qué?! ¿En serio, por qué? —me tapé los labios, impresionada. Bajó el rostro al tiempo que metía las manos en los bolsos del jeans. No era de las que iba por el mundo regalando golpes.

—Quería... quería que bailáramos —pestañeeé atónita.

—Era... era esa chica de la tarde —sonríó asintiendo. Me sentí desconcertada, dejé volar mi vista por la habitación, intentaba recordar y algunas imágenes aparecieron, una sobre todo me irritaba solo de evocarla; ella lo tomó de la barbilla cuando habíamos ido a tomar otro trago e intentó besarlo, Yerik se quitó truncando su plan. De repente lo recordé. Abrí aún más los ojos. Dios, cerré mi puño y le di un golpe de lleno en el rostro logrando que cayera sobre su trasero. Enseguida lo encaré, asombrada—. Dios... —chillé. Torció la boca, negando.

—¿Ya lo recuerdas? —No quise decirle que sí, no podía.

—¿Qué más hice? —En cambio pregunté.

—Bailaste hasta que tus pies ya no dieron más.

—¿Eso es todo? ¿Qué pasó con Lucero? Lilo no quería llevarme, dijo que te enojarías —recordé. Mi corazón sin saber por qué, iba a toda máquina, mis palmas sudaban y solo deseaba acercarme a él y rodearlo, pero... no podía hacerlo, no entendía qué ocurría.

—Lucero mandó hoy tu ropa que dejaste ayer en su casa, la traigo en la mochila. Lilo me la debe, créeme, y tú, no debiste ir a un sitio donde trabajo, Zinnia —se alejó acomodándose de nuevo sobre el colchón.

—No regresaste, no tengo idea de dónde o cómo encontrarte y... —hablaba de forma atropellada. Alzó sus ojos avellana para clavarlos en los míos.

—¿Y? —enrosqué mis dedos, nerviosa.

—Y... ya te dije, quería saber lo que era ir a un lugar así —asintió derrotado, tenso—.

Además, ¿es así tu trabajo? Tomar y estar con chicas en un antro, ¿es eso? —expresé apretando las manos a mis costados, una braza viajaba por mi cuerpo quemándolo todo de una manera que no podía eludir, ardía, dolía incluso.

—Sabes muy bien lo que hago, te lo he dicho —dejé salir un suspiro molesto.

—¿Entonces?

—No sé qué diablos te ocurre, parece estar a la defensiva —y se puso de pie—. Yo trabajo en cualquier lugar donde me digan que debo estar, no tomo ahí y no me divierto, en cuanto termino, me voy. Ayer ese fue el que me asignaron, casi cada viernes lo es, los demás aparecieron con ellas, no llegamos juntos —me informó. Reí sin creerle.

—¿Entonces por qué no llegaste aquí como sueles? —Le reclamé. Su mirada se endureció, y su respiración se aceleró, podía percibirlo.

—Porque no pude, listo —zanjó sin más, dándose la vuelta para irse—. No seguiré discutiendo contigo si estás así.

—Si te vas, no te extrañe que yo haga lo que se me pega la gana. Si yo hubiera sido la que no llegó, tú también me lo hubieras cuestionado, también estarías molesto... Pero no, soy yo, la tonta de Zinnia que hay que cuidarla de todo... ¿Para qué, para qué me cuidas si de todas maneras esta vida es una mierda? Si no seré nadie, si terminaré como todos —y corrí hasta el baño dando un portazo.

Me acerqué rabiosa hasta el espejo, mis mejillas estaban sonrojadas, temblaba de pies a cabeza y mis ojos tenían una expresión a la que no estaba acostumbrada.

Respiré agitada varias veces, esperando que la puerta de afuera se escuchara. Nada. Algo me estaba ocurriendo, algo respecto a él. Las manos de esa chica enroscadas en su cuello, él riendo, él tomándome por la cintura, él bailando de una manera que enloquecía todas mis neuronas, él observándome, él cuidándome, él abrazándome cuando no pude más y afuera de aquel lugar le vomité encima, ese recuerdo llegó de repente, obviamente no se enojó, arrugó su ceño, como suele, me limpió el rostro con su sudadera y me cargó sin quejarse, sin hacerme sentir ridícula, culpable.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, todo estaba inundado de él, solo de Yerik, de ese chico adusto que desde el primer día que me vio, se convirtió en mi motivo.

Mi cuerpo rugió con posesividad primitiva ante aquel reconocimiento. Me miré con atención, asombrada y sumamente asustada con aquello que comprendí en ese instante. Como un torrente que cae sobre el alma sin aviso, como si millones de dardos dieran certeramente; yo, de alguna manera, no tenía idea desde cuándo... Me había enamorado de él.

Estuvo un poco más largo pero era imposible que fuese menos, era todo una escena hilada y ¡OPD! Cuántas cosas... Pero la más importante y la que a Zinnia definitivamente la deja noqueada es esto último. Imagino a Yek ya, además de desesperadamente enamorado de ella, agotado. La necesita, y al fin Colibrí comprendió su sentir, o lo nombró en realidad. Su discusión me encantó, cada uno tiene su punto, pero no se amedrentan, no buscan agradarse, no se desdibujan para seguir uno al lado del otro. A ver qué hace Zinn con esto. El siguiente capítulo... más cosas sabremos sobre esa noche, créanme ;) ¡Gracias por los comentarios tan especiales que dejaron en el capítulo anterior, me hacen sentir feliz, por los votos, por todo! Lindo

día

Troye Sivan - Talk me down



Dedicado a:

Pam Gise Ríos, Alondra Batista, Eulalia Meza y Olga Pavón.

Ponerle nombre a lo que en mi interior se encerraba, fue liberador al mismo tiempo que aterrador.

Gemí tapándome la boca, negando mientras el líquido salado fluía por mi rostro.

No, no podía ser, no debía. Era como mi hermano, era mi única familia, era... él, solo él desde siempre y esa conexión que con cada hora a su lado se solidificaba de una manera abrumadora.

No se suponía que debía sentir eso, no hacia alguien con quien crecí, que me ha cuidado toda mi vida.

Pronto las lágrimas se tornaron en llanto. Me mordí la parte interior del labio para no hacer ruido; sabía que continuaba ahí, afuera, esperándome.

Hubiese dejado que se marchara, me regañé dolida, atemorizada, confundida.

Varios minutos pasaron después de haber descubierto eso que mi corazón reclamaba como el sentimiento más fuerte en mi sistema. No, no podía decirle nada, no podía echar por la borda lo que teníamos, nuestra relación. Quizá se asustaba, quizá me rechazaba, quizá... yo no era su tipo y solo pensaba en mí como su hermana.

Me sentía tan insegura, tan absurda y a la vez tan desleal, culpable con aquel ser que sabía daría su vida por la mía sin dudar.

Me lavé el rostro buscando deshacerme de la huella que el llanto solía dejar. Cuando me sentí lista, respiré varias veces para tomar valor y giré la perilla. No tenía idea de cómo lo enfrentaría o vería a los ojos después de este descubrimiento que me envolvía de una manera ensordecedora, que lo cambiaba todo para mí.

Él estaba de pie, al lado de la ventana, mirando al exterior atento, meditabundo. Había corrido levemente la cortina con una de sus grandes manos. Las luces del atardecer hacían que su piel luciera más apiñonada y sus facciones más masculinas.

Lo observé por unos segundos; era endemoniadamente guapo. Aunque no era lo que más me atraía, sino lo que sabía existía en su interior; su aplomo, su decisión, su fuerza, esa manera implacable de enfrentar la vida, la forma en la que encaraba cada una de las situaciones que se nos habían presentado, la capacidad para no derrumbarse ni perderse pese a que el mundo a nuestro alrededor era una porquería llena de podredumbre.

—Gracias por traerme la ropa que dejé en casa de Lucero —agradecí bajito al ver mis cosas dobladas sobre la cama. Giró sonriendo con cautela. Sus ojos férreos y dulces a la vez, sobre los míos, casi logran hacerme trastabillar.

—Tienes razón, Colibrí, solo nos tenemos a nosotros... Debí decirte dónde estaba. Lamento que eso te agobiara —se disculpó, conciliador. Tragué duro, cerrando las palmas con fuerza. Era tan extraño escucharlo ahora que comprendía lo que dentro de mí ocurría. ¿Cómo no me di cuenta antes, cómo no quise verlo? De solo pensarlo deseaba llorar de nuevo.

—Está bien —siseé con un hilo de voz, mirándolo con timidez. Recargó su espalda en el muro contiguo y perdió la mirada en el techo, resoplando.

—No te cuido porque crea que eres tonta, ¿cómo puedes siquiera pensarlo? Al contrario... —comenzó a hablar con un dejo de nostalgia, de ansiedad—. Eres mucho más inteligente que las chicas que he conocido, y fuerte —bajó su rostro, nuestros ojos se atraparon sin poder evitarlo y una corriente helada, al mismo tiempo que cálida, recorrió mi piel tornándola sensible. ¡Dios! ¿Qué era todo eso?—. Tú saldrás de esto, tendrás una vida y entonces sabré que todo el esfuerzo valió la pena...

—No debí decir eso, tampoco tomar como lo hice ayer, ni aparecerme sin más en ese sitio... Fui incosciente —admití con disculpa.

—Eres libre de tu actuar, Zinn, no quiero que me veas como alguien que desea controlarte —y se acercó, no pude evitarlo, por reflejo di un paso hacia atrás, asustada por la fuerza de lo que sentía, y es que me dominaba por completo, era absolutamente fuerte, potente. En todo ese tiempo no lo había comprendido, pero ahora me abrumaba, no me permitía pensar con claridad. Su gesto se tornó triste, algo descompuesto, jamás había hecho eso.

—No te veo de esa manera, Yek —admití desviando la vista, culpable.

—Estás extraña... —declaró sin moverse de su lugar.

—Solo... me duele aún la cabeza y... debo acabar eso —señalé el libro sobre la cama. Asintió desganado.

—Podemos leer juntos —propuso. En muchas ocasiones lo habíamos hechos; él era

un amante de la literatura, de los cuentos, de todo aquello que pudiera narrarse. Negué retrocediendo otro poco.

—Prefiero leerlo yo —susurré sintiéndome ansiosa. Yek arrugó levemente la frente, sacudiendo la cabeza apenas perceptiblemente.

—Solo dime qué ocurre. Sé que a lo mejor te asfixio un poco y que desearías que las cosas fuesen diferentes, si es eso dímelo, algo haremos. Ayer me la pasé muy bien a tu lado, incluso después de que me vomitaras todo, reías sin parar y parecías una niña caprichosa. Podríamos repetirlo cuando quieras, solo hay que organizarnos, te mostraré cómo debes hacer para tomar sin embriagarte —arrugué la nariz negando, sonrió con preocupación y una chispa de diversión—. Bueno, no te enseñe eso, pero solo te pido que dejes esta actitud, siento que me estás alejando... No lo soporto —y extendió su mano lentamente para que yo la tomara como solía. La observé por unos segundos, no quería que se sintiera así, pero mi pecho era un torbellino, un huracán, una hecatombe en realidad.

—No me asfixias, no quiero que las cosas sean distintas. Por primera vez en muchos años me siento en paz. —Eso era relativamente cierto, salvo la parte en la que su sola presencia me ponía patas para arriba.

Seguía esperando con su mano alzada. Con temor, la tomé apenas de las puntas, sin poder mirarlo, enredó sus dedos entre los míos y me jaló hasta él. Mi corazón casi da un salto triple en caída libre. Al sentir su pecho pegado a mi oreja, sus manos arropándome, la última barrera cayó. Lo rodeé con ansiedad, perdiéndome en su olor, buscando sus latidos, reconociendo su respiración mientras lo escuchaba soltar un suspiro y dejar su aliento sobre mi cabello.

—No quiero que te sientas en desventaja respecto a mí, ya hemos pasado por bastante... Solo quiero que estés bien, eso es todo... —asentí perdida en su aroma, ese que reconocería hasta con los ojos cerrados, extraviado entre muchos más—. Las cosas se dieron así; yo salía, tú en ese jodido lugar. Aprendimos cosas distintas, cada uno es fuerte en su campo.

—Lo sé...

—Estuve en la biblioteca pública... en la tarde... Leyendo —confesó. Me quedé estática. No quería separarme, temía que si lo hacía se diera cuenta de lo que en mi interior pasaba, me conocía demasiado.

—¿Leyendo? —repetí casi sin voz. Sabía que a veces lo hacía, aunque no era lo común, en realidad solía sacar los libros de aquel lugar, devorarlos y luego regresarlos, pero cuando se sentía sobrepasado, podía desaparecer horas ahí. Se encogió de hombros.

—Necesitaba hacerlo... ya me conoces —asentí cerrando de nuevo mis ojos. No sé cuánto tiempo duramos así, pero mi vida entera hubiese estado bien.

Lo que quedó de la tarde me dispuse a leer, o en realidad a intentar hacerlo mientras él cocinaba con los escasos utensilios que teníamos.

—¿Mañana vamos a comprar lo que necesitaremos en la semana? —preguntó mientras movía algo en esa pequeña cacerola que se estaba calentado con la estufa eléctrica.

—Sí... —cuchicheé con el libro en mis manos, viendo las letras ir y venir sin mucho sentido.

—Creo que los niños estarán de nuevo en el parque, Clemente tratará de llevarlos —alcé mi rostro, emocionada.

—Ya terminé los suéteres, se los podré dar... —asintió sin verme, concentrado en su labor—. ¿Yek? Ayer, yo... ¿No ocurrió nada más? —Esa duda me estaba aniquilando. Puedo jurar que su cuerpo se tensó al escucharme—. Quiero decir, no vomité a otras personas, no peleé con otra chica. Dios, no vuelvo a tomar, lo juro —soltó la carcajada, girando.

—Eso dicen todos, nunca es real —se burló. Arrugué la frente.

—A ti nunca te he visto así, tampoco quejarte la mañana siguiente —reflexioné en voz alta. Se acercó a mí, rascándose la nuca, sentándose cerca.

—Lo hice, algunas veces ya hace tiempo, pero... No, no es lo mío. Estar alerta es una ventaja que no puedo perder. El alcohol embrutece, estupidiza. La verdad no le veo mucho sentido... —admitió torciendo la boca. Lo miré asomando una leve sonrisa. Él jalaba un hilo, distraído, del cobertor.

—Creo que tienes razón, lo único que siento ahora mismo es que sí, hice puras estupideces —alzó sus ojos avellana, la comisura de sus labios estaba levemente elevada, como una sonrisa sensual que a él le quedaba perfecta.

—No tantas, bailas bien, la verdad... —admitió con voz ronca. Bajé la mirada, sonriendo, sonrojada, podía sentir la sangre instalada en mis mejillas.

—¿Qué estabas cocinando? —cambié el tema poniéndome de pie, su cercanía activaba una ansiedad ridícula de pegarme a él, de abrazarlo como hacía un rato y perderme en su aroma.

Por la noche, ya sola, di vueltas en la cama por varias horas. La oscuridad de la habitación, los pensamientos discordes. De repente recordé algo. Me incorporé agobiada abriendo de par en par los ojos.

Yo... yo intenté besarlo en el antro.

Me froté el rostro una y otra vez, temblando.

Bailábamos, me tomó por la cintura y sin más, yo busqué sus labios... Una ráfaga helada se colocó en mi corazón, él, él me había rechazado, se había girado deliberadamente para que no lograra lo que me proponía.

—No... no —y pegué mi frente a las colchas negando una y otra vez envuelta en vergüenza, en su rechazo. Me acurruqué haciéndome ovillo. Por eso se había tensado horas atrás. El descubrimiento me abrumó, pero no tanto como el hecho de que no quiso corresponderme.

¿Y qué esperaba? Era su mejor amiga, alguien a quien cuidar, a quien proteger. Por Dios, dormíamos en la misma cama y jamás había intentado absolutamente nada. Mis ojos se llenaron de lágrimas que me negué a derramar.

Lo escuché llegar en la madrugada. Mi sueño no era parejo, por lo que en cuanto entró todo mi cuerpo se activó. Deseaba hacerme tan pequeñita que no pudiese ni notarme. Como siempre, con paso cauteloso, se metió en el baño para ducharse; esa era su costumbre y la verdad yo solía ni percatarme, salvo algunas veces, pero enseguida caía de nuevo rendida. Esta vez no pude. Mis terminaciones nerviosas estaban en medio de un serio ataque de ansiedad y el recuerdo de mi tontería no ayudaba en nada.

Salió unos minutos después. Su olor viajó hasta mi nariz, sentí como se hundía el colchón de su lado, y lo escuché soltar un suspiro. No quería ni moverme, ni siquiera respirar. Aferré con más fuerza la frazada, apretando los dientes, cerrando con fuerza los ojos. Yek se movió después de un rato y, un momento más tarde, su respiración se hizo lenta, pausada. Se había quedado dormido.

Al día siguiente fuimos a hacer las compras. Por mucho que me buscaba conversación, yo no podía seguirle, simplemente no lograba hacerlo. Escogí lo que necesitaríamos, pagué yo porque cuando él pretendió hacerlo, le aventé la mano a un lado, molesta. Al notar mi semblante, decidió dejarme a mí eso. Se lo agradecí, no podía tener un enfrentamiento más.

Lo acomodamos todo más tarde y, cuando íbamos a ir para ver a los chicos, me detuvo enroscando sus dedos en los míos. Giré contrariada, enseguida el rubor me invadió y quité mi mano. La tormenta que leí en sus ojos me hizo sentir miserable, pero no lograba acomodar lo que en mi pecho rugía y la ansiedad que me generaba tenerlo cerca, pero sobre todo el vacío de no poder hacer nada al respecto. Agachó la cabeza ante mi rechazo.

—No sigas con esto... Sabes que no puedo con ello. —Sus ojos oscuros parecían demasiado perdidos, afligidos. Tragué saliva deseando que esa expresión de su rostro desapareciera, pero no me sentía lista para actuar como solía, no cuando miraba sus labios de una manera tan distinta. Me crucé de brazos, sonriendo apenas.

—No sé de qué hablas, Yek. —mentí. Se pasó las manos por el cabello, manteniéndolas ahí sin quitarme la atención.

—Desde ayer estás diferente.

—Tú también has cambiado, no ahora, sino desde hace meses... Supongo que es normal a nuestra edad, ¿no? —Me defendí sin convicción. Sonrió negando, vencido.

—Antes hubiera podido interpretar lo que tus ojos me decían. —Sin poder evitarlo, desvié la mirada—. Colibrí, pasó algo que deba saber —indagó. "Te intenté besar, me rechazaste, estoy idiotamente perdida por ti. No, nada pasa" Me hubiese gustado decirle, en cambio negué sin verlo. Lo escuché resoplar, molesto.

—Ya deben estar por llegar. —Le recordé cambiando de tema. Fue hasta su mesilla de noche y sacó algo de ahí. Sin más se acercó para dármelo. Al ver lo que me tendía, pestañeé sin comprender.

—Es tuyo, así podremos comunicarnos... No es novedoso, ni nada de ese estilo, pero servirá para emergencias o... lo que quieras —zanjó contenido, y pasó a mi lado una vez que lo agarré. Permanecí de pie ahí, en el umbral, perdida en el celular que tenía en mi mano. Unos segundos después reaccioné, lo dejé en la mesa y lo seguí. Me esperaba, serio, en la puerta que daba a la calle.

—No era necesario —le dije mientras caminábamos.

—Yo creo que sí, te enseñaré a usarlo después, o cuando tú quieras —asentí cabizbaja.

—Gracias, te lo pagaré —musité a su lado. Se detuvo tomándome por el brazo, ahora lucía descompuesto.

—No sé qué carajos te pase, odio no tener idea de lo que en tu cabeza hay, pero eso no cambia en nada las cosas... Eso te lo estoy regalando yo, y aunque por alguna extraña razón ahora no soportas que te toque ni me acerque, el aceptarlo no te hará daño —gruñó, y avanzó sin esperarme. Un gran nudo se instaló justo en la garganta, el llanto quería regresar y yo solo podía pensar que nada era como solía, como debía, que estaba perdiendo algo que quizá nunca tuve y que me estaba doliendo como el infierno sentir que traicionaba nuestra hermandad con este sentimiento que cada vez que lo tenía cerca, crecía aún más como si eso fuera posible.

Caminamos sin decir nada más. Cada uno perdido en sus pensamientos, yo en mis sentimientos. Cuando llegamos pude olvidar por un rato la lápida que machacaba mi pecho. Clemente fue el último en acercarse, mientras Yerik salía volado para jugar con ellos; parecía tener urgencia por alejarse de mí, no lo culpaba, estaba siendo difícil lidiar conmigo ese día, y el anterior también.

—¿A mí no me hiciste un suéter como a ellos? —Se quejó estudiándome. Su desgarmo me relajó, sentirme segura en algo ayudó.

—Te haré uno esta semana, solo debo conseguir la tela... —declaré bajito.

—Mejor prométeme que nunca más te pondrás como el viernes, Zinnia, solo eso —arrugué la frente, bajando la vista hasta mis pies.

—Algún día debía hacerlo... —me defendí.

—Sí, supongo que sí... Pero acabaste noqueada —me recordó como si fuera mi padre. Lo miré frunciendo el ceño—. Además, te luciste, en serio —se burló con las cejas alzadas, metiendo las manos en los bolsos de su viejo jeans.

—Sí, ya sé que golpeé a esa chica —rio negando.

—No, le rompiste la nariz y empujaste a otra que en un descuido invitó a bailar a Yerik, parecías una fiera —abrí los ojos, recordando eso también. Me froté la frente, perdiendo la vista en los niños que jugaban con ayuda del que era mi mejor amigo, mientras este me miraba de vez en vez, intrigado por lo que hablaba con Clemente.

—¿Intenté... besarlo? —Le pregunté directamente. Necesitaba que me lo corroborara. Su gesto se descolocó, enarcó las cejas mostrando los dientes.

—¿No lo recuerdas? —asentí seria.

—Entonces, ¿por qué la pregunta? —quería que la tierra me tragara.

—Porque pensé que pude haberlo imaginado.

—Oh, no, créeme, no lo hiciste, por lo menos yo vi una de ellas... Lucías demasiado graciosa, si me lo preguntas —rio. Lo fulminé con la mirada.

—Púdrete, no es nada gracioso...

—No te preocupes, no pasó nada, ya sabes cómo es Yerik; un abuelo cuando se trata de ti... —y me guiñó un ojo restándole importancia.

—Lo sé, por lo menos me salvé de convertirme en la devoradora que tenías en las rodillas ese día. Casi te la tragas de un bocado —refunfuñé con repulsión. Soltó una sonora carcajada.

—¡Qué amargada, Zinnia!

—¿No te da asco besar labios por doquier? —Torció la boca como pensando, luego

me miró burlesco.

—Nah, nada de nada, al contrario –aseguró, e hizo ademán de acercarse parando la trompa. Lo aventé con fuerza.

—No seas cerdo, Clemente, yo no quiero tus babas, qué asco –y me fui a donde estaban los demás.

—Mueres por probarlas –le saqué el dedo medio, como era mi costumbre.

—Ojalá te peguen algo algún día por andar de caliente –refuté irritada. Se encogió de hombros.

—Ojalá que ya alguien te dé para que dejes ese carácter agrio –y pasó a mi lado jalándome el cabello. Rugí molesta, de inmediato lo correteé por el parque.

Un par de horas después fue hora de despedirnos. Entre risas y bromas ligeras, persecuciones y malabares, lo pasamos muy bien. La tensión se diluyó, logrando que me sintiera tranquila, alegre en realidad. La despedida siempre es lo más complicado, sabía por Sol, cuando estuvimos colgadas del pasamanos, que las cosas iban relativamente tranquilas y que los nuevos integrantes se iban adaptando, aunque seguía sin ser un lugar adecuado para crecer.

Cuando Yek terminó de contarles un cuento, después de haberles comprado unas paletas de caramelo a todos, tuvieron que irse. Al quedarme de nuevo sola con él, no supe cómo actuar.

—Vamos a casa, Colibrí –propuso con suavidad. Mis ojos estaban acuosos, pero no hizo amago de acercarse, de buscar consolarme, supongo que los rechazos ya habían sido demasiados para él.

Mi mente, durante todo el trayecto, no paraba de torturarme con lo ocurrido y la razón del porqué no me lo dijo. Al llegar, comimos en silencio, era demasiado aplastante toda esa atmósfera que estaba generando.

—¿Por qué no me dijiste que intenté besarte? –pregunté sin poder contenerme, Detuvo la cuchara a medio camino, la colocó de nuevo en el plato, serio, lentamente fue levantando la mirada, hasta chocar con la mía—. Sí, lo recuerdo, pero me gustaría saber por qué no me lo dijiste.

—Colibrí... no quería incomodarte –murmuró pálido. Asentí reflexiva.

—Sobre todo porque... no lo esperabas de mí, porque... me rechazaste –arrugó la frente, parecía no entender.

—Estabas borracha, muy borracha por si no lo recuerdas.

—Claro que lo recuerdo –y me levanté—. Y al paso que voy no lo olvidaré jamás —Me recargué en un muro, cruzándome de brazos.

—¿Entonces? –No comprendía mi actitud y lo cierto es que ni yo lo hacía.

—Nada, entonces nada, me porté como una tonta, asunto resuelto.

—Escúchame muy bien, Zinnia –y se levantó molesto por todo lo que ocurría—.

Cuando estés realmente preparada para las consecuencias de tus acciones, y lo que estas pueden provocar en los demás, entonces lo hablamos.

—No hay nada qué hablar, quise besarte, lógicamente me rechazaste –rio con sarcasmo.

—Lógicamente... —repitió con un dejo de rabia e impotencia.

—Ya no quiero hablar de eso —zanjé un tanto bipolar, bueno, bastante en realidad. Se frotó el rostro con desespero.

—En serio que me estás llevando al límite —me senté como si nada y volví a comer. Mi pulso galopaba como un maldito demente y los rinocerontes en mi estómago parecían chapotear desesperados.

—Lo lamento, mejor hablemos de los niños. —Me observó por un largo rato fijamente, hasta que notó que no diría más.

Más tarde me dijo que saldría un rato, que deseaba caminar. Asentí fingiendo leer. En cuanto se fue, las lágrimas regresaron. No podía con eso, no con la situación, con mi corazón reclamándolo.

Cuando regresó yo ya estaba adentro de las cobijas. Me observó afligido, dudoso. No soportaba verlo así por mi causa.

—Lamento estarme portando de esta manera —admití con la intención de acabar con lo que pasaba. Dejó salir un suspiro, asintiendo.

—No te preocupes... —tomó su ropa de dormir y se metió al baño. Al salir, minutos después, se acercó a la cama y se recostó a mi lado, mirando el techo.

—¿Yek? —giró lentamente, el lugar estaba envuelto en una semi penumbra que dibujaba sus rasgos de una manera sombría, atractiva, casi irreal—. Si yo... —y me acerqué un poco, perdida en sus labios, en su barbilla, en sus ojos viriles. Me sentía ridículamente exhausta de luchar con esto, de tratar de someterlo. No se movió ni un centímetro. No me detuve, no hasta que sentí su aliento demasiado cerca de mi rostro. Alcé la mirada, con timidez, me observaba con atención, expectante, pero puedo jurar que con su respiración tan disparada como la mía.

—Si tú... ¿Qué? —susurró dejando una estela cálida cerca de mí. Lentamente, sin detenerme, perdida en la absurda necesidad de su boca contra la mía y muerta de miedo por el rechazo, avancé. Despacio, midiendo cada movimiento.

El ambiente se tornó pesado, las emociones se hacían moño en medio de mi estómago y, aun así, no hubiese parado. Su quietud me ponía todavía más nerviosa, parecía temer moverse, incrédulo en demasía.

—Te... beso —y como un dulce aleteo, rocé sus labios cálidos, suaves, de una forma inocente, sutil.

:o ¡Lo besó! ¡Zinn lo besó! :o Y ahora ¿qué? Los amo, su manera, el cómo se ven a sí mismos, cómo se viven. ¿Cambiarán las cosas de ahora en adelante? ¡Son intensos! Estoy super feliz por la cantidad de votos y comentarios, sobre todo lo segundo, del capítulo anterior, gracias de verdad! Como varios vieron, sí los leo e incluso varios respondo.

Por otro lado, quiero compartirles unos acrósticos que realizaron el grupo de lectura de Ana Coello, donde vamos siguiendo la historia, suben imágenes, jugamos y comentamos lo que va ocurriendo, y ahí elegí a los que más me gustaron aunque hubo varios divinos. Y por eso este capítulo se los dedicaré a ellas. Aquí están:

Pam Gise Ríos (Acróstico de Rocio)

Rota en el alma

Olvidaste protegerte

Cada acción te hizo perderte

Instantes fríos te han apagado

Obscuridad que te ha abrazado.

Alondra Batista (Acróstico Colibrí)

Colores arcoiris

Olor a un nuevo día

Luz en mi tiniebla

Idilio de dos corazones

Brisa del mar toca mi

Rostro y sonroja mis mejillas

Ilusión del primer amor.

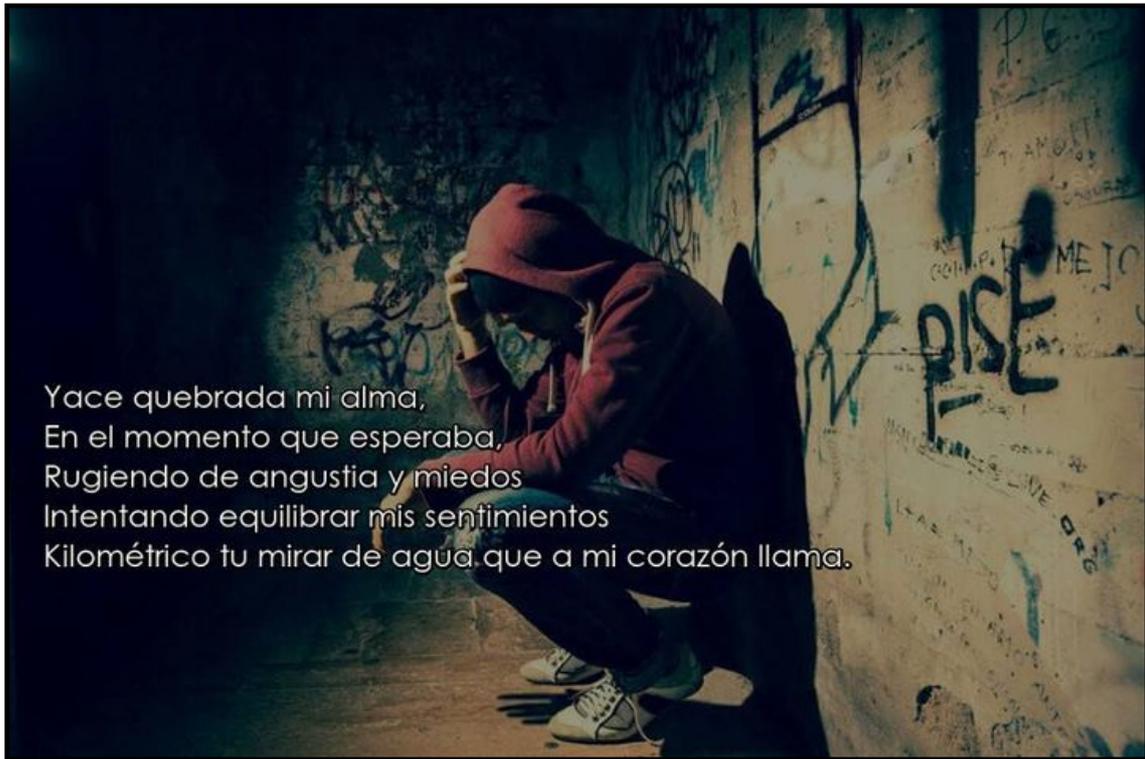
Eulalia Meza (Acróstico Yerik)

Olgan Pavón (Acróstico Yerik)



Y caminando por mis tinieblas
Encontré tú
Rostro sonriente
Iluminando el
Karma, de mi alma doliente





Yace quebrada mi alma,
En el momento que esperaba,
Rugiendo de angustia y miedos
Intentando equilibrar mis sentimientos
Kilométrico tu mirar de agua que a mi corazón llama.

¡Felices fiestas, espero que el amor los rodee y los proteja a ustedes y sus familias!

Besos :D



El simple roce logró que mi piel se sintiera irritada, que mis terminaciones nerviosas se desataran, que mi mente se tiñera solo de esa asombrosa sensación. Lo escuché suspirar, apenas si estábamos tocándonos y no puedo recordar un momento más intenso, dulce y cargado de tensión, de deseo. La tierra se pudo haber abierto, me pudo haber llevado hasta su centro y no me hubiese importado. Mi necesidad de él crecía cada segundo, el roce suave, ingenuo me aturdió hasta el punto en el que pensar parecía un lujo.

Abrí mis ojos, esperando ver molestia en los suyos, decepción tal vez, pero Yerik los mantenía cerrados; se estaba dejando llevar por mí, por lo que estaba haciendo.

Me quité despacio de aquel lugar anhelado. Tardó unos segundos más en abrir los párpados, pero cuando lo hizo, la intensidad de su mirada, pese a la oscuridad, me dejó seriamente perturbada.

—¿Qué... fue eso? —preguntó abrumado, desconfiado.

—Yo...

Levantó su torso de pronto tomándome por sorpresa, pegó su pecho amplio al mío,

logrando así que, al retroceder, terminara con mi espalda sobre el colchón.

—¿Estás jugando conmigo? —Me cuestionó muy cerca de mí. Me humedecí los labios, nerviosa. Sus brazos estaban a los lados de mi rostro, lucía decidido, pero a la vez dudoso—. Si te beso, Colibrí, no habrá retorno... No seremos más los de antes, ¿comprendes? He esperado demasiado esto como para retroceder —advirtió. Buscaba con ansiedad mi respuesta.

—Solo sé... que necesito besarte, lo necesito —admití con la voz entrecortada. Sonríó abiertamente, mostrando su hermosa dentadura, arrugando las comisuras de sus ojos. Hacía mucho tiempo no lo veía sonreír con genuina alegría.

—Al fin coincidimos de nuevo en algo —murmuró con suavidad. Sus palabras me llenaron de un alivio que nunca creí experimentar, no me había dado cuenta de la tensión acumulada hasta ese instante.

Acarició mi rostro con el dorso de su mano, después pasó su dedo pulgar por mi labio inferior, inspeccionándolo con minuciosidad. Se acercó a mí muy lentamente. Dejé de respirar cuando sentí su nariz cerca de mi oreja, sus labios en mi quijada, apenas presionándolos lo suficiente.

Pasé saliva, ansiosa.

Alcé mis manos para posarlas sobre su espalda, temblaba. La intimidad que estaba surgiendo ni en mil años creí que ocurriera entre él y yo, y, sin embargo, algo encajó al fin, algo que siempre estuvo ahí pero que no me atrevía a ver, a nombrar.

Suavemente fue dejando su estela de aliento en mi piel, con una parsimonia inaudita, incesante. Besó de forma delicada la línea entre mi oreja y mis labios, absorbiendo mi aroma, suspirando ahí sobre mí, mientras yo aferraba su camiseta, respirando entrecortada.

—Creí que este momento nunca llegaría, Colibrí.

Lo miré con intensidad pues él ya estaba a menos de un centímetro de mis labios. Sonreí con nerviosísimo. Sin poder esperar más terminé con la distancia que nos separaba. De inmediato ahuecó mi rostro. Sus labios contra los míos era algo que por mucho que me esforzara, no tendría manera de calificarlo. Su aliento penetró en mi esencia, su roce delicado pero urgente me hizo flotar, despegar los pies de la tierra y comprender que ahí estaba todo lo que necesitaba, que en su ser se concentraba el mío.

Atrapó uno de mis labios, gemí pidiendo más, no lo dudó y me lo dio, su voracidad llena de ternura me tenía sometida y de pronto su lengua llegó hasta mí. Le di la bienvenida sin dudarle. Soltó un gruñido cargado de tensión, de asombro. Una de sus manos viajó hasta mi cintura, apretó con cuidado, lentamente, como si de un baile fugaz se tratara fue ascendiendo, lo sentí en mis costillas, su aliento uniéndose al mío, mi palma en la curva de su espalda.

Dios enloquecería.

Cuando llegó justo bajo mi pecho, se detuvo abruptamente. Acalorado, agitado. Nos miramos como nunca, dejando fluir lo que entre ambos existía. Elevé una de mis manos con un dejo de timidez y pasé un dedo por esos labios que apenas hacía unos segundos había sentido sobre mí.

—Quiero... quiero que tú y yo... dejemos de ser solo amigos. —Me atreví a decir, con un hilo de voz, repasando con cuidado su piel. Sonrió de forma torcida, bajó su rostro y rozó mi

nariz con la suya.

—No podría regresar hasta ese punto después de esto, aunque me lo pidieras, Zinn. —Y rozó mis labios suspirando.

—Temía que no sintieras lo mismo —admití bajito, perdiendo mi mano en su cabello alborotado. Pegó su frente a la mía.

—No estabas lista, nunca te presionaría, pero... desde hace mucho tiempo sé lo que siento por ti —formuló. Abrí los ojos de golpe y me topé con los suyos potentes, reales.

Con mis palmas lo alejé para que se irguiera, se separó sentándose frente a mí al tiempo que yo lo hacía. Me observó intrigado.

—¿Desde hace mucho tiempo? —repetí con incredulidad. Acomodó uno de mis mechones tras mi oreja, asintiendo.

—Sí, y no ha sido sencillo. —Pestañeé atónita ante esa confesión.

—¿Por qué... no me lo dijiste? —negó entornando los ojos, sonriendo.

—Porque no sabía si sentías lo mismo, si... —pude ser consciente de su miedo y sin más me acerqué a él, rodeé su cuello con mi mano y lo besé. Gimió con asombro, pero de inmediato colocó sus manos alrededor de mi cintura, pegándose a su pecho. Despeiné su cabello con urgencia, invadiéndolo como nunca pensé hacer con alguien. Yerik me aferraba con fuerza, sometido por la ansiedad.

—Lo descubrí ayer, Yek —admití despegándome un poco y deposité otro beso sobre sus labios dulces—. Me asusté como el infierno, sentí que nos traicionaba.

—Lo sé, sentí lo mismo. —Su voz era tan ronca, su postura tan diferente a la de siempre y a la vez tan él. Me gustaba, definitivamente me encantaba. Sonreí abrazándolo. Perdió su cabeza en la cuna de mi cuello.

—Lamento portarme así, sé que no te lo puse sencillo... —me disculpé perdida en su aroma mientras él acariciaba mi espalda de arriba abajo, relajándose.

—Tranquila, solo tú puedes portarte como una patada en el trasero y, aun así, jamás dejaría de quererte, Colibrí —reí alejándome.

—No soy una patada en el trasero. —Me quejé haciendo un mohín.

—Oh, sí, claro que lo eres, pero es una de las cosas que siempre me han gustado de ti —y apachurró mi nariz levemente como su fuese una chiquilla.

—Tú no te quedas atrás —me defendí.

—Lo sé —se encogió de hombros, alegre.

—No me gustó ver a esa chica colgada de ti —alzó las cejas. Cruzó sus piernas sobre la cama y me sentó sobre ellas con una facilidad delirante, se sentía tan bien esta nueva intimidad entre ambos.

—Ni a mí verte abrazada de ese tal Carlo. —gruñó. Le di un codazo entornando los ojos.

—Te estabas vengando —lo acusé. Negó con firmeza.

—No, ¿de qué? Si no sabía que sintieras algo más que amistad por mí.

—Eres mi familia, eso ya te lo he dicho, no es solo amistad.

—Y tú la mía... Solo pensé que te daba igual —argumentó con simpleza. Sujeté su

rostro con fuerza para que me viera.

—No quiero que nadie más te bese, ¿comprendes? Nadie —y pegué mis labios a los suyos.

—¿Esta es una versión de ti muy posesiva? —Se burló sobre mi boca. Hice amago de levantarme, pero me detuvo.

—Si a ti te da igual que yo también lo haga, bien. —Lo desafié enarcando una ceja. Arrugó la frente con fuerza, serio.

—Esta también será mi versión posesiva. Definitivamente no quiero que beses a nadie más, ya tuve bastante con ese papanatas que te merodea y la manera en la que te veían todos la otra noche. —se quejó. Reí divertida.

—Eres celoso, Yerik Cepeda —me burlé. Me tomó de la cintura y comenzó a hacerme cosquillas, lloriqueé riendo. Pronto me zafé y me correteó por el cuarto hasta pegarme a una de las paredes. Sujetó mis manos a los lados, aprisionándome con su cuerpo. Lo miré con indolencia y ansiedad al sentirlo así, sobre mí, de esa manera. Dios, me tenía loca.

—Tú no te quedas atrás, Zinnia Brea, le rompiste la nariz a esa chica —reí asintiendo con suficiencia.

—Y aventé a otra, ya lo recordé. —Le hice ver. Rio negando.

—Entonces estamos igual —determinó. Me puse de puntillas para verlo más cerca.

—No, no estamos igual, ahora eres mi novio —le informé con seguridad. Abrió los ojos divertido al tiempo que me soltaba. Enrosqué mis manos en su cuello.

—¿Tu novio? —repitió sin dar crédito.

—Si quieres que volvamos a besarnos, sí, mi novio —torció la boca como pensándolo. Lo fulminé con la mirada. Al ver que no respondía le di un empujón, desconcertada. Me tomó por la cintura cuando avanzaba, volvió a pegarme al muro, y me besó con renovada ansiedad, con una dulzura irreal.

—Soy lo que tú quieras, Zinnia, hoy y siempre. Me importa una mierda, solo si eso implica que estás a mi lado... —ahora yo fui la que lo besé.

—Mi novio —musité sin dudar—, y mi amigo, y mi familia, y mi compañero, y todo, Yerik, eres todo —acaricié mis mejillas perdido en mis ojos para después volver a besarme.

Por horas estuvimos así, probándonos, jugando y volviendo a besarnos, descubriendo juntos miles de sensaciones acumuladas, dándole fuga a eso que nos había sumergido en una extraña relación los últimos meses sin que nos percatáramos. Parecía tan natural, era como si una válvula que se hubiese abierto de pronto, por lo que se sentía tan abrumadoramente normal.

Desperté sintiendo su respiración en mi cuello. Sonreí al notar uno de sus brazos enroscado en mi cintura y su rostro cerca del mío. Se sentía condenadamente bien, más que eso, estar enamorada y ser correspondida es como danzar presa de un trance que solo te hace ser consciente del lado bueno de la vida.

Debía levantarme, pero no quería, deseaba permanecer ahí a su lado, así. Acaricié su mano con suavidad bajo las sábanas. Qué sencillo había sido decirlo, demostrarnos lo que sentíamos y aún mejor descubrir que él sentía lo mismo. Evoqué momentos en los últimos meses, las señales

estuvieron ahí, pero por alguna razón no las noté, o no estaba lista para hacerlo. Dejé salir un suspiro. Tanta vida a su lado y lo cierto es que nunca tuvo más sentido que en ese momento.

—Debes ducharte —habló adormilado. Me giré con cuidado, se movió quejoso. Besé su mejilla, llenando mis pulmones de él. Sonrió sin abrir los ojos. Pasó uno de sus brazos bajo mi cintura y acarició mi piel bajo la blusa. Dejé salir un suspiro.

—Te quiero —y me bajé de la cama de un brinco, tomé mis cosas y me metí al baño. Salí peleándome con un nudo de mi cabello. Sentí unas manos enroscarse en mi cintura, sonreí recargando mi cabeza en su pecho.

—Eres parte de mí —y besó mi cabello.

—Lo sé —susurré dándome la vuelta para abrazarlo con fuerza mientras él hacía lo mismo y lo besé con brío.

Me acompañó a la escuela, tomados de la mano, riendo por alguna tontería, de vez en vez nos deteníamos y sin poder evitarlo, rozábamos nuestros labios. Cuando estuvimos a punto de llegar nos miramos después de besarnos por enésima vez. Reímos de nuevo.

—Quien llegue al final, limpia el baño hoy —solté juguetona. Arqueó las cejas, divertido. Enseguida ambos corrimos sin detenernos, grité al ver que me alcanzaba pues por tramposa había salido primero. Me pasó casi al llegar, grité soltando la carcajada. Cuando me tuvo cerca, se pasó las manos por el cabello, parecíamos dos niños.

—Eres tramposa —soltó pegándose a su cuerpo de un movimiento, le quité mi mochila del hombro, agitada, además de deleitada por su forma de tocarme.

—Ya se me ocurrirá otra cosa en la que no tenga que tomar ventaja y, aun así, pierda —musité seducida por su cercanía.

—Se me ocurren varias. —Lo perverso de su voz me tomó por sorpresa, le di un empujón rodando los ojos.

—Hombre tenías que ser. —Soltó la carcajada y me atrajo de nuevo.

—Yo no dije nada, y no deseo ni imaginar lo que tu cabeza pensó —se defendió con fingida inocencia.

—Sí, claro —ironicé, crecí a su lado, lo conocía. Me besó despacio.

—Debes entrar —asentí desganada, sonriendo abiertamente. En un arrebato lo besé de nuevo con intensidad para un instante después, salir corriendo. Me observó ingresar y luego se marchó. Flotaba, nada era comparado con lo que en mi interior bullía.

Entré al salón riendo como una boba. Me senté donde solía, perdida en su olor aún.

—¿Al fin se dijeron lo que sienten? —salí de mi ensoñación al escuchar la voz de mi amigo. Estaba a mi lado, sacando un libro de su mochila. Fruncí el ceño.

—¿De qué hablas? —sonrió negando.

—De tu amigo y tú; los vi besándose afuera. —expresó. Por mucho que intentó esconder la amargura de su voz, no lo logró, sin embargo, lo dejé pasar.

—Sí, ya lo hablamos...

—Y ¿ya están juntos? —asentí un tanto agobiada por lo que eso lo hacía sentir.

—Bien, te ves feliz, supongo que eso es muy bueno.

—Yo creo que sí...

—¿Te alejarás? —enarqué una ceja sin comprender—. Sí, supongo que ahora que son novios no le gustará que sigamos con... nuestra amistad.

—Él no decide eso, Carlo. —Me miró, serio.

—¿Y tú que has decidido? —sonreí nerviosa.

—Somos amigos, eso no cambiará por él, sino por ti. —Su gesto demostró su confusión.

—No entiendo.

—Si no cruzas la línea, me gustaría que las cosas siguieran como hasta ahora. Hace mucho tiempo que no tengo a alguien con quien desee conversar, o que me haga sentir normal —susurré en un arranque de franqueza. Acercó su mano a la mía, sereno, comprendiendo.

—No seré yo quien termine con tu sonrisa, sé lo duro que ha sido para ti tenerla —me guiñó un ojo y me soltó.

Impaciente esperé que las clases acabaran, cuando al fin ocurrió, salí casi corriendo para encontrarlo. Estaba sentado al lado de Clemente y otros chicos, riéndose con su típico desgarbo por algo que uno de ellos dijo. Los rinocerontes retornaron, no pude eludirlos.

Me acerqué midiendo mis pasos, nerviosa. Nuestro amigo le dio un codazo para que volteara al mismo tiempo que elevaba la mano para saludarme.

Yerik giró, en cuanto me vio, dejó de reír, sin más y como si hilos invisibles lo hicieran moverse, se acercó sin soltar mi mirada. Cuando al fin me tuvo en frente, acarició mi mejilla con ternura acercando sus labios a los míos, hambrientos.

Me dejé llevar a pesar de los chillidos y risas que se escuchaban a sus espaldas. Sabía quiénes eran y me importaba un rábano, yo solo podía pensar en su sabor, en lo bien que se sentía tenerlo de nuevo tan cerca de mí. Se alejó con los ojos cerrados, absorbiendo mi aroma.

—Iba ya a buscarte —rocé sus labios de nuevo, los alaridos continuaban. Avergonzada di un paso hacia un lado para verlos, hacían gestos y fingían estarse besando entre ellos, burlándose, mientras Clemente nos observaba asintiendo con alegría.

—Creo que perdieron la cabeza —musité de nuevo encarándolo, ruborizada. Rio mirándolos de reojo.

—Creo que esperaban esto desde hacía un tiempo. —Los defendió. Lo besé de nuevo con fiereza tomándolo de improviso.

—Eso es para que vean que valió la pena la espera —musité con picardía. Un segundo después entrelazamos nuestros dedos y me acerqué a ellos. Ya iba a decir algo mordaz cuando Clemente se acercó y me cargó tomándome de la cintura. Grité pataleando.

—Creí que nunca darías tu brazo a torcer, este pajarito ya era inaguantable —y me hizo girar. Yerik sonreía rascándose la nuca.

—¡Bájame, tarado! —y lo hizo carcajeándose, luego apretó mi nariz, divertido. Le di un manotazo—. ¿Qué te pasa?

—No sé qué te ve, pero me alegra que al fin le dijeras que sí —y despeinó mi cabello. Le di un empujón.

—¡Yerik! —Me quejé como cuando tenía 10 años y él no paraba de fastidiar. Mi novio rodó los ojos ubicándose entre Clemente y yo.

—¡Ay, Dios! Ahora la defenderás. Es la verdad, te ha hecho ver tu suerte.

—Lo hizo —admitió imperturbable. Me pegué a su cuerpo ansiosa de él, alzando las cejas con burla. Clemente arrugó la frente y me señaló.

—Mírala, es una arpía, está gozando. —Mi novio rodeó mi cintura, sentí sus labios en mi cabellera.

—Y tú eres un metiche —musité.

—Todos creímos que nunca le dirías que sí —soltó otro de los chicos, más tranquilo, sentado en aquella barda donde solían.

—Se equivocaron —respondí sonriendo. Me guiñó un ojo.

Unos minutos después ya era hora de que él entrara, así que me acompañó a la parada del autobús. Aún en una nube lo contemplé al alejarme. Una vida de recuerdos y de situaciones torcidas resumidas en ese instante cúspide; ese momento que lo cambia todo para siempre, que da sentido a la existencia.

Para los que imaginaron que él se apartaría, ahí está, si solo estaba esperando el momento, SU momento, en realidad. Lo que hay entre ambos está dicho, las piezas se alinean, y la historia continúa, la primera parte de 6 concluye y seguiremos, porque al vida de Zinnik está marcada en más de una manera. ¡Gracias por sus comentarios, por sus votos, por estar ayudando a Luces en la tiniebla a crecer!

|PARTE II|

- ZINNIA -



Ana Coello (grupo) Facebook



Los días siguientes fueron inigualables, inmejorables en realidad. Nos ansiábamos, nos besábamos en cada oportunidad, hablábamos por horas de lo que fuera y era evidente que eso que a últimas fechas no nos permitía fluir, ya no estaba, y de nuevo me sentía feliz, serena a su lado.

Una tarde, mientras trabajaba, una semana después de ese increíble beso que tiñó mi vida de colores cálidos, Lolita me quitó la tela que estaba remendando. Teníamos mucho trabajo, a veces ya nos pedían confeccionar prendas, sencillas pero que me encantaba hacer. La miré frunciendo la frente, las arrugas de su boca se acrecentaron.

—No son hermanos... —atajó. Supe de inmediato a qué se refería. Habíamos intentado ser cuidadosos respecto a eso; no deseábamos que nos echaran de ahí, no con lo tranquilos que nos encontrábamos. Parpadeé nerviosa, juntando mis manos sudorosas. Mis mejillas me delataban. ¡Dios!—. No te asustes, no estoy molesta —sonrió de una manera que logró relajarme—. Desde la primera vez que los vi, lo adiviné. ¡Si no se parecen en nada! —expresó divertida. Mostré los dientes, avergonzada. Acercó su mano a las mías, escudriñando mis ojos.

—Lo lamento, no debimos mentir, pero...

—Pero su vida parece que ha sido complicada, ¿me equivoco? —conjeturó. Negué con tristeza—. Él te quiere, demasiado para la edad que tienen, ¿lo sabías? —fruncí el ceño,

intrigada por el hecho de que lo mencionara así, con tanta seguridad.

—¿Por qué lo dice? —quise saber. Ella se acomodó en su silla, suspirando.

—Se ve un chico duro, difícil, con poca amabilidad, y frío, muy frío, pero cuando te ve, niña, su mundo cambia de dirección. Lo he notado más de una vez y no deja de asombrarme, es imposible no notarlo.

—Yo también lo quiero, es muy importante para mí —avalé sin dudarlo. Sonrió asintiendo.

—También lo sé, pero tu personalidad, pese a ser reservada, permite ver lo que hay dentro de ti. Con él no, solo cuando tú estás cerca, eres como su puerta al exterior —explicó. Abrí los ojos, atónita, sin entenderla del todo.

—No quisimos mentir, pero creímos que si decíamos la verdad no nos permitiría quedarnos.

—Ustedes pagan puntuales, no son ruidosos, son prudentes, respetan. Sería una tonta si por eso los mandara fuera. Pero quiero pedirte, aunque sé que no tengo ningún derecho pues no conozco su historia, que sean prudentes. A la edad que tienen la vida parece ser un juego mecánico; te sube, te baja y no se detiene, solo actúen con inteligencia, cautela.

Sabía perfectamente a qué se refería, mis mejillas ahora sí debían ser de un color escarlata muy intenso, incluso ardían.

Al día siguiente de aquellas confesiones, llegó al mismo tiempo que yo salía de ahí. Subimos sonriendo con complicidad, una vez que estuvimos dentro de ese sitio al que llamábamos casa, me tomó por la cintura, mientras yo aferraba su rostro y nos besamos con intensidad, intercambiando nuestros sabores y mucho más de lo que se puede explicar.

Mis sentidos los tenía tan despiertos, mis terminaciones nerviosas asombrosamente ansiosas por tocarlo, por tenerlo solo para mí. Nuestros labios se probaron con vehemencia, sin detenerse, mientras nuestras lenguas se fundían alegres, sin mostrar ni un poco de pudor. Yek es parte de mí.

Mi espalda quedó de repente sobre el colchón, nos separamos, agitados. Sentía mis labios hinchados, deliciosamente entumidos por sus deliciosos roces. Sonreí al notar su gesto ligero, sus pupilas se hallaban dilatadas y su cabello despeinado, eso sin contar la manera en la que me miraba.

—Me gustas demasiado —musité pasando un dedo por su boca, acariciándola con lentitud.

—Colibrí, imagina lo que me gustas si al verte, veo mi mundo —declaró con voz ronca, pero cargada de veneración. Lo acerqué de nuevo a mí. Nos besamos por un rato y es que podría haber pasado la vida entera con él sobre mis labios. Mis manos viajaban por toda su ancha espalda. Cuando encontré su piel bajo esa camiseta no dudé y lo toqué. Se erizó en el acto, pude sentirlo, así que incrementé el ritmo. De pronto quitó mis manos y las elevó por encima de mi cabeza, recargándose en sus codos, respirando con dificultad.

—¿Qué? —quise saber sintiendo mis pulmones quemarse. Necesitaba tocarlo, sentirlo.

—Zinn, te deseo como un jodido idiota, llevo esperando poder tenerte así mucho

tiempo.

—Pero... No quieres que estemos juntos aún —completé sin molestarme, simplemente diciendo en voz alta lo que sabía que su cabeza pensaba. Negó agitado.

—Dime, ¿tú que quieres? —parecía un ruego, su mirada estaba cargada de temor y examinaba con atención cada una de mis facciones.

—A ti, como sea, cuando sea, solo a ti —era tan sencillo como eso. Sonrió de esa manera que iluminaba hasta mi recoveco más oscuro.

—¿Deseas esperar, deseas ir rápido? No quiero decidir esto, quiero que lo hagamos juntos. —Me solté de su agarre y acaricié con mi dedo índice la línea de su nariz, hasta dejarlo sobre sus labios delineados, carnosos.

—Quiero conocerte de esta manera también, pero quiero irte descubriendo sin prisa, ¿puede ser así? —admití sin tapujos. Con él no tenía la necesidad de agradarlo, de quedar bien, sino de ser lo que soy, como soy. Tomó mi mano y la besó por la parte interna, con el gesto sereno, anhelante.

—Yo también deseo descubrirte.

—Nunca he estado con nadie —le recordé torciendo un poco los labios—. Quiero aprender a tu lado, Yek.

—No soy el más experto, Colibrí, desde el momento en que descubrí lo que sentía por ti no pude pensar en nadie más, menos de esa manera. —Adoraba su peso sobre mi cuerpo, lo hacía sentir tan cálido, tan protegido. Tomé uno de sus mechones ondulados.

—¿A qué edad fue, con quién? —pregunté sin mirarlo a los ojos. Resopló al tiempo que se rodaba en la cama y quedaba viendo el techo, pensativo.

—A los catorce —confesó. Lo observé con asombro. Me giré para verlo, no parecía que fuese un recuerdo grato.

—¿La conozco? —negó. Y buscó mi mano, enredé mis dedos en la suya, apretándolo.

—Eran... prostitutas, Clemente y yo fuimos por aventurarnos, fue desagradable.

—Y después —volteó para verme. Arrugó la comisura de la boca, no deseaba hablar de ello, lo conocía lo suficiente para saberlo—. Dime, no pasa nada... Tengo curiosidad, no celos. Ahora ya solo estarás conmigo —sonrió sacudiendo la cabeza. Se rodó para quedar frente a mí y rozó mis labios.

—Algunas chicas que no tuvieron importancia.

—¿Cuándo supiste que... sentías algo por mí? —indagué. Alzó las cejas, sonriendo con una timidez que no le conocía.

—Cuando... una de esas chicas quiso estar conmigo más tiempo y yo... solo podía pensar en ti, no como mi hermana, sino... ya sabes, diferente. Tenía poco más de quince años —me senté de pronto.

—Hace tanto tiempo que lo sabes... ¿En serio? —No se movió, solo me observó fijamente.

—Lo tuve claro hace como un año, pero desde aquella época ya no quise estar con nadie. Tú, sin saberlo, me detenías. —Me dejé caer abruptamente.

—¡Vaya! —exclamé atontada. Pinchó mi costilla, logrando que riera.

—Así que iremos poco a poco... —Lo miré sonriendo—. Me gusta, deseo descubrir lo mismo que tú. —Sin más me rodé para quedar sobre él, tomé sus brazos y los coloqué a los lados de su cabeza. Acerqué mi rostro al suyo, despacio, permitiendo que mi cabello nos cubriera a ambos. Parecía hipnotizado.

—Iremos juntos, Yek, siempre juntos —prometí. Y lo besé con languidez, deliberadamente despacio.

Cuando terminé de trabajar en medio de una charla amena con Lolita, subí alegre. Yek llegó minutos después. Nos dimos un dulce beso, colocó todo sobre la mesa y preparamos la merienda, riendo. Al terminar de cenar, enredó sus manos entre las mías, sonriendo. Me levanté sin poder evitarlo y me senté sobre sus piernas, eso parecía comenzar a hacerse costumbre.

—¿Por qué me miras de esa manera? —quiso saber mientras jugaba con uno de mis dedos. Rocé sus labios de forma fugaz.

—Lolita ya sabe que no somos hermanos, creo que siempre lo supo. —Le hice ver torciendo los labios. Abrió los ojos de par en par, contrariado, aunque no asombrado—. No está molesta, solo... me pidió que nos cuidáramos. —Mis mejillas se enrojecieron, pude sentirlo. Las acarició con atención, para luego esconder su rostro en la curva de mi cuello.

—Siempre lo he hecho, Colibrí, en eso no será diferente —confesó dejando besos pringados que revolvían todas mis terminaciones nerviosas hasta un punto desquiciante.

—¿Sabes? He escuchado mucho eso de "te amo" —acaricié su barbilla con atención arrugando la nariz con hastío; odiaba que esa palabra la usaran y más sin esfuerzo, como si experimentar algo semejante fuese tan sencillo, tan común. Pero con Yerik, conocía muy bien su significado. Él acariciaba mi cintura, atento—. Y muchos no comprenden lo que en realidad significa, pero yo... sé que te amo demasiado, a pesar de tener diecisiete, y ser una adolescente imprudente que... —No pude seguir porque sus labios ya se hallaban sobre los míos tomando todo lo que le podía dar. Se separó un segundo después dejando descansar su frente en la mía, con los ojos abiertos.

—Sé que te amo también, lo sé muy bien —sonreí deleitada, abrazándolo con fuerza.

Desde ese día, los besos iban y venían, a veces más intensos, en otras ocasiones ingenuos, castos. No teníamos mucho tiempo para pasarlo juntos, así que cuando se podía intentábamos disfrutarlo de todas las formas posibles, y tocarnos era una de ellas, pero no la única; las charlas, las risas, los detalles, lo que fuera, todo era especial y nuevo, único.

Yerik estaba por cumplir la mayoría de edad. Con esmero estuve pensando en su regalo. Conseguí una pequeña colección de libros clásicos que sabía serían su fascinación. Me sentía ansiosa por mostrárselos, por ver sus ojos al abrir el paquete que con cuidado guardé por varios días. Él no mostraba interés por la fecha, sin embargo, para mí era una manera de devolverle tanto y me sentía ilusionada.

El gran día llegó, no iría por la noche a trabajar en eso que detestaba. Me confeccioné, con ayuda de Lolita, un vestido nuevo, nada asombroso, pero sí coqueto, sencillo. Ya había adquirido un

rímel y rubor, pero no lo había usado, deseaba sorprenderlo.

Por la mañana lo sorprendí cantándole las mañanitas con un diminuto pastelillo que tenía una vela encima. Sonrió abriendo los ojos, asombrado. Me escuchó atento, mientras yo permanecía de pie a su lado de la cama, con su pequeño pastel. Cuando acabé se lo acerqué para que soplara.

—Pide un deseo, no sé si funcione, pero igual hazlo. —Lo alenté acercándoselo. Se rascó la cabeza riendo, cada vez que cumplía años hacía exactamente los mismo, aunque no cuando despertaba pues no me era permitido, pero lograba encontrar un momento en el día para sorprenderlo.

—Solía pedir lo mismo cada año... —confesó contemplándome intensamente, me ruboricé de inmediato, aun no me acostumbraba a lo que provocaba en mí. Alzó una mano y rodeó mi cintura. Me acerqué hasta que su rostro quedó pegado a mi estómago.

—Ahora puedes pedir algo más —le hice ver enamorada. Movié sus dedos bajo mi blusa, mi piel se erizó, pero él parecía atento a lo que yo sostenía en mi mano, frente a sus ojos. De pronto respiró hondo y sopló. Sonreí. Ya iba a tomar el pastelillo entre mis manos para acercárselo hasta su boca cuando me lo quitó de las manos, lo colocó en el buró y me tumbó sobre la cama.

—Todo lo que deseo en la vida está aquí, frente a mí. —Lo besé con ansiedad, aferrándome a su cuello.

—Feliz cumpleaños, Yek —musité sobre su boca, perdida en su mirada potente.

—Ya lo es, Colibrí. —Y comenzó a hacerme cosquillas, en respuesta yo hice lo mismo, por lo que aquella pequeñísima habitación se llenó de risas por varios minutos.

Cuando logré separarme, me senté agitada, despeinada, ruborizada. Ambos éramos un desastre.

—Por la noche tendré tu regalo y te prepararé una sorpresa, así que no llegues tarde —ordené decidida. Asintió con la mano en la frente como saludando a un sargento, le di un empujón—. Eres odioso.

—Y me amas —rio despeinándome más. Me acerqué y alboroté también su cabellera, jugando.

—Mucho, pero eres odioso. —Le saqué la lengua y me metí al baño, debía apresurarme para llegar a clases.

El día pasó lento, deseaba que las horas avanzaran más rápido, pero para mi mala suerte eso no ocurría. Carlo parlotaba a mi lado sobre no sé qué cosa, Olga intentaba comprender lo que se explicaba y yo no podía dejar de mover la pierna con ansiedad.

—Ya, cálmate, es solo un festejo, ¿o qué tienes planeado que te pone tan nerviosa? —Se burló con doble intención en sus palabras. Encaré a mi amigo, entornando los ojos. Con el paso de los días ya se había acostumbrado a lo que entre Yek y yo existía, y no solo él, incluso los niños pues cuando nos vieron darnos un beso, abrieron sus ojos de par en par. Camy brincó de un lado a otro sin parar, era como si un canguro se hubiese apoderado de ella, mientras los demás se sentaron a nuestro lado y comenzaron a hacer preguntas.

Reímos bastante, mientras yo me sonrojaba. Yerik, a manera de cuento, les confesó haber estado enamorado de mí desde hacía mucho tiempo, todos lo escuchaban atentos,

mientras Clemente rodaba los ojos fingiendo fastidio, o haciendo alguna burla.

Al final para todos no fue una sorpresa, comprendí, pero sí una linda noticia que ya esperaban.

—¡Qué te importa! —solté dándole un empujón a mi amigo, ya rumbo a la salida del colegio.

—Ah, con que esas tenemos, Zinni hará algo rebelde hoy —bromeó. Giré y comencé a perseguirlo como loca.

—¡Cállate! —Unas manos me aferraron por la cintura, deteniéndome. Supe que era él de inmediato. Respiré agitada, pero sin moverme ya.

—¿Qué hace mi colibrí revoloteando lejos de mí? —sonreí resoplando. Carlo alzó las manos, en símbolo de rendición.

—¡Nos vemos luego! —No se hablaban, salvo lo necesario, pero ya no se sentía tensión. Caminamos hasta una barda así; él tras de mí y yo dejándome guiar.

—Ya quería verte —admití acariciando sus manos.

—¿Y por eso persigues a otro? —Me giré para rodear su cuello.

—No persigo a nadie, nunca lo hago, pero es un idiota que dice puras estupideces y... —No pude seguir porque ya me besaba sin detenerse. Su aliento mezclándose con el mío era delicioso, adoraba sentir sus labios exigentes, pero suaves sobre los míos, mostrándome que nunca me cansaría de tenerlo así, pegado a mi piel. Aferró como solía mi cintura ejerciendo presión y me alejó un poco pegando su frente a la mía.

—Solo pienso en tocarte cuando estás lejos, en escucharte cuando no te siento, Colibrí. —expresó con la voz ahogada, ronca. Lo besé de nuevo, pero de una manera más sutil.

—Esta noche no llegues tarde, Yek —musité cerca de su boca, perdida en su calidez.

—No lo haré, lo prometo.

Enseguida se acercaron los demás y nuestra burbuja se rompió, aun así, nuestros cuerpos no se separaban, eso ya no era posible cuando nos hallábamos en el mismo espacio.

Me peiné con atención, mi cabello era un desastre, un tanto rizado, largo, y poco maleable, pero con esfuerzo conseguí acomodarlo de forma que se viera ordenado. Me puse un poco de mascara, con la asesoría de Lolita, y rubor. Me sentía extraña, pero bien. Al terminar me enfundé en el vestido blanco que confeccionamos. Sonreí dando una vuelta tomando los pliegues de la falda.

Todo estaba listo, la mesa, las velas, su regalo, la comida y ese pequeño reproductor que conseguí gracias a Carlo, que cargó con música para lograr que la noche fuera como planeaba.

Quince minutos después de las ocho, él no había llegado. Torcí la boca un tanto ansiosa, reacomodé un poco todo, me revisé por milésima vez en el espejo. A las ocho treinta marqué a su móvil, tenía su número en la memoria de aquel aparato que gracias a su ayuda y la de mi amigo, ya comprendía y manejaba de forma decente.

Nada, no respondía.

A las nueve ya estaba molesta, otro tanto preocupada. Yek no era así. Me senté a

la orilla de la cama, desanimada y triste. Jugué con mis manos, torciendo los dedos. De pronto escuché ruidos. Me erguí alisando la tela. Debía ser él.

Con la respiración agitada, esperé, enojada. Parecía no venir solo, varios pasos se escuchaban en las escaleras.

Abrí ya sin poder contenerme, estaba lista para una letanía de esas que no me costaban trabajo, cuando lo vi. Mi mente entró en un limbo desconocido.

Di un paso hacia atrás. Jazzo y Lilo lo llevaban cargando, uno de cada lado. Su rostro no se podía definir gracias a la sangre que lo cubría y lo hinchado que se encontraba, no lograba sostenerse.

Negué de forma frenética, tapándome la boca, aterrorizada. No podía estar sucediendo eso, ¡no podía estar pasándonos!

Este es otro de los momentos en los que huyo... Pero podemos rescatar, pese a esto que no sabemos, lo hermoso que está su noviazgo, sus confesiones, sus decisiones, son bellos. Lolita ya supo que no son hermanos, obvio. Carlo los apoya. Son sinceros, se cuidan, se aman... Esperemos que eso los siga salvando. ¡Gracias por sus votos, comentarios divinos y estar aquí, con ZInnik y conmigo!



Dedicado a esas personas que vienen siguiendo lo que hago desde hace muchos años, y a las que se van agregando, son la gasolina de mi motor

—¡Yek! ¡¿Qué pasó?! —gimoteé histérica. Parecía medio inconsciente. No me respondieron, avanzaron con él a cuestas, era peso muerto. Mi frente se perló de un sudor frío, mis manos se humedecieron. Lo escuché quejarse quedamente. Me acerqué en cuanto lo pusieron boca arriba. Se quejaba. Mis dedos temblaban, aun así, los acerqué hasta su rostro. Su labio estaba roto, su nariz sangraba y uno de sus ojos hinchados. Le hice a un lado el cabello sucio. Giré hacia los chicos, llorosa. Que me hicieran daño a mí era horrible, que se lo hicieran a él, apenas podía tolerarlo—. ¿Quién le hizo esto? ¡Quién! —grité levantándome.

—Co... Colibrí —tartamudeó. Volteé de inmediato, trataba de incorporarse. Lo recosté de nuevo, llena de angustia, con los ácidos de mi estómago quemando mi tubo gástrico.

—No, no te muevas, Yek, traeré ayuda... —anuncié con voz quebrada, llena de inseguridad, de dolor, de miedo.

—Ya viene mi prima... —intervino Jazzo, que no se movía, solo nos observaba, serio. Recordé la enfermera que me atendió cuando logramos salir de aquel sitio, ya hacía varias semanas; Lulú.

—¿Qué pasó? —exigí saber al tiempo que entraba al baño y humedecía una de las toallas; debía limpiarlo. Lilo miraba todo con una expresión dolida, mientras yo me quitaba las

lágrimas que salían de mis ojos sin contención.

—Lo encontramos así, a una cuadra de la tienda, no sabemos —admitió Jazzzo. Me coloqué al lado de mi novio, besé con cuidado sus labios, respiraba pausadamente. ¡Dios, cómo dolía su dolor!

—Aquí estás, conmigo, limpiaré tu cara —le hice ver, rota por dentro. Elevó una mano lentamente, sus nudillos estaban hinchados; había peleado, comprendí. La aferré pegándola a mi mejilla, esparciendo besos.

—Lo... lamento —y se quejó torciendo la boca.

—Ya te revisarán, tranquilo, Yek, tranquilo. —Abrió el ojo que no estaba lastimado y me enfocó.

—Eres lo único bueno... de mi vida —dejé salir un sollozo cargado de frustración, impotencia y todo mi amor.

—Y tú de la mía... —lo besé con cuidado y luego con delicadeza comencé mi labor. El timbre sonó. Lilo y Jazzzo salieron a abrir, yo no me movería de su lado.

Unos minutos después entró Clemente, alterado, al verlo, se detuvo a mi lado.

—¡Qué mierdas! —bramó rabioso. Lo observé de reojo.

—¿Qué... qué hiciste? —Le preguntó Yerik, abriendo de nuevo su ojo, contrayendo el rostro, algo le dolía.

—¡Nada! Son unos cabrones, no sé de dónde carajos sacaron eso... Yo no hice nada —se defendió. Me levanté de inmediato, colérica, él sabía lo que había ocurrido, comprendí.

El timbre sonó de nuevo.

—Yo voy... —anunció Jazzzo, negando, evidentemente molesto con Clemente.

Me ubiqué frente a él, cerrando los puños, apretando el mentón.

—¡Qué carajos pasó! Y lo quiero saber ahora, ¿estamos? —exigí. Mi amigo de toda la vida lucía nervioso, profundamente desconcertado. Sacudió la cabeza mirándome a mí y a mi novio de vez en vez, confundido.

—¡No sé! No tengo una puta idea...

—Coli... brí... Acércate —me rogó Yek, su voz estaba tan lastimada, de inmediato acudí. Sujetó mi mano con poca fuerza, con tan solo ese gesto comprendí que lo que deseaba era que me sentara a su lado—. Sí tienes puta idea... —habló escrutando a Clemente. No se movía, parecía no poder hacerlo, la sangre que manchaba su rostro ya se había detenido, pero lo cubría aún pues no había podido acabar de limpiarlo. Mi corazón latía como un idiota. No entendía nada.

—Quiero saber qué pasa, ahora —sentencié contenida, intentando ignorar el dolor que manifestaba Yerik en cada movimiento por muy mínimo que fuera.

—¿Lo hiciste? —quiso saber mi novio. Clemente negó, rabioso. Ninguno me respondió y yo ya era una olla de presión.

—¡Me conoces, claro que no! ¡No tengo idea de dónde mierdas saca eso! Pero sería muy imbécil si me metiera en algo así —argumentó con vehemencia.

La enfermera apareció en el marco de la puerta, serena. Al parecer su primo ya le había explicado lo ocurrido.

—Lo revisaré, ¿saldrían un momento? —pidió. Iba a levantarme, pero él me detuvo.

—No, quiero verte —susurró Yek, contemplándome con su poca visión.

Los demás obedecieron. Estaba muy nerviosa, no sabía qué decir, ni qué hacer.

Pero además no entendía un carajo. Qué estaba pasando. Observé todo a nuestro alrededor; las velas estaban consumidas, la comida debía estar helada y mi regalo descansaba sobre la mesa que ya no ocuparíamos. Todo lo que preparé se había arruinado.

Un nudo grande se alojaba en mi garganta, no por todo aquello, sino porque sentía que nunca tendríamos una vida como los demás, una vida donde las risas y los buenos momentos fueran lo común. Porque cuando parecía ser posible, cosas como esta ocurrían logrando hacerme ver que mi vida, la suya, estaban inmersas en un mundo paralelo donde la inmundicia y el peligro era lo que gobernaba, que bajar la guardia solo traía más heridas, mucho más dolor y desazón.

Me limpié una lágrima. Yek se quejaba mientras la enfermera lo examinaba con manos hábiles.

—Son unos animales, te quitaré la camiseta, ¿te duele algo más? —negó serio, mirándome de hito en hito. Entre las dos lo elevábamos y yo se la retiré como pude mientras él aguantaba el dolor por mis movimientos torpes.

—Lo siento —me disculpé afligida. Buscó mi mejilla, con movimientos débiles y la acarició.

—Al contrario, lo arruiné todo... Mírate —contemplaba mi vestido ahora ya arrugado, con manchas de sangre en algunos sitios. Sorbí el llanto.

—Yo solo quiero que estés bien, no entiendo qué pasa... —musité. Lulú carraspeó con dulzura.

—Debo revisarte. Puedes tener alguna costilla rota, o contusiones internas de cuidado. —Me hice a un lado, profundamente agobiada.

Después de un rato acabó.

—Estás muy lastimado, puede que te dé fiebre, no detecto huesos rotos y hasta ahora no parece que dañaran algún órgano, pero debes estar pendiente, sobre todo debes reposar por lo menos tres días, Yerik, no hagas que se complique esto —le advirtió. Él se quejó asintiendo—. Te dejaré desinflamatorio y analgésico, cada ocho horas por 4 días, ¿bien? —y dejó unas cajitas sobre el buró.

—¿Cuánto te debo? —preguntó mi novio, quejándose adolorido. La enfermera se levantó negando, observando mi semblante, a él.

—Nada, tranquilo, solo cuídate y por favor, no quisiera volver a verlos para algo así, son jóvenes, busquen la manera de salir adelante. —Sorbí el llanto asintiendo. Cómo si eso fuese tan sencillo, pero tal parecía que no sería posible, no en ese presente que nos absorbía una y otra vez donde la felicidad estaba condicionada a tantas situaciones que ya no teníamos ni idea de cómo aferrarnos a ella, si de verdad existía, aunque dentro de mí necesitaba creer que sí.

En cuanto abrió la puerta, los demás entraron. Clemente se acercó enseguida. Yo ya fuera de mí, me levanté de un brinco obstaculizándole el paso.

—Quiero saber de una maldita vez qué ocurrió. No pueden traerlo de esa manera y

no hablar sobre ello, ¡no pueden! —Me sentía tan frustrada, tan molesta, tan dolida y, además, preocupada por Yerik, verlo así.

—Creen que los traicionó —siseó mi novio, desde la cama. Giré en redondo.

—¿A quién? ¡De qué hablas! —Desvió la vista, de alguna manera por ese simple detalle lo comprendí—. Para los que... trabajan —susurré azorada, terriblemente asustada. Había crecido en un barrio, sabía cómo podía acabar todo aquello.

—Pero no lo hice, te lo juro. No sé por qué inventaron eso, qué ganaban, de cualquier manera, por qué no me golpearon a mí... —reflexionó Clem desconcertado.

Me senté en la orilla de la cama, con los ojos abiertos de par en par. Si eso le había hecho por una simple sospecha, los matarían si era real. Me levanté de un brinco y le di una sonora bofetada a Clemente buscando sacar de mi sistema todo lo que bullía. Jazz y Lilo retrocedieron, mientras este me sostenía la mirada, incrédulo, también culpable.

—No puede ser que además de la maldita miseria que nos tocó de vida, ustedes la estén complicando más. ¿No te das cuenta de que si no arreglas esto podrían matarte, o matarnos o yo que carajos sé? ¡Acaso soy la única que ve lo que sucederá! ¡Los quiero fuera de eso! ¿Entienden? ¡A ambos! —y salí hecha una furia.

—Zinnia —escuché la voz estrangulada de Yerik. Bajé sin detenerme, hasta llegar a la calle, una vez ahí, me recargué en el portón y comencé a llorar tapándome el rostro.

Vivir de aquella forma de alguna manera siempre había sido lo peor que podría pasarnos; los golpes, el maltrato, la falta de comida, la presión, pero esto... esto era otra cosa y temblaba de solo pensar que podía perder a uno de ellos, recordar el rostro hinchado de Yerik, así, malherido, sangrando después de una estúpida golpiza que le dieron sin aparente razón.

—Entra, Yerik ya quiere levantarse y salir a buscarte. —Era Clemente. Lo miré de reojo, al tiempo que me limpiaba las mejillas.

—Quiero que terminen con eso —declaré con firmeza, sin verlo.

—Haré todo lo posible, lo prometo. —Ahora sí giré, intentado encontrar mentira en lo que me decía, no la vi.

—Debemos sacar a los niños de ahí, debemos hacer algo de provecho en esta vida, debemos lograr tener un futuro diferente al de Rocío, al de toda esa putrefacción, Clem, por favor —supliqué. Se acercó y me rodeó con fuerza. Dejé que mis lágrimas humedecieran su camiseta—. No soporto verlo así, es su cumpleaños —lloriqueé sin contenerme mientras él acariciaba mi cabello una y otra vez.

—Lamento tanto esto, te lo juro, discúlpame —y me alejó un poco, con sus ojos oscuros profundamente tristes—. Te ves tan linda... —sacudió la cabeza con aflicción—. Sé que tú lograrás hacer grandes cosas, te miro y sé que esto ha valido la pena, pero júrame algo... —Me limpié las lágrimas con mi antebrazo.

—¿Qué?

—Que no te detendrás un nunca y que, sobre todo, no soltarás su mano, pase lo que pase y diga lo que diga, no lo hagas. Él vive por ti, Zinni, no sé si lo puedes comprender con esa claridad, pero sé que desde que te vio hace tantos años todo cambió en su interior, y puso todo su empeño en ti. Te ama, eres su eje, siempre te necesitará porque si no estás a su lado, no

tendrá brújula.

—Yo también lo amo, no podría vivir sin él —acarició mi mejilla, negando.

—Lo sé, ahora yo resolveré esto y tú debes regresar al cuarto, no tarda en bajar, lo sabes —asentí sorbiendo las lágrimas. Lo abracé de nuevo.

—Te lo juro, Clem, no lo soltaré nunca —y besé su mejilla.

Al entrar, él ya se hallaba sentado, haciendo a un lado a Jazzo y Lilo que le pedían que no se levantara.

—Clemente ya se iba, dice que los espera abajo —los interrumpí. Yerik alzó el rostro, tenso. El otro par asintieron.

—Ya sabes dónde marcar si algo sucede —me recordó Jazzo, mirándonos a ambos de vez en vez. Sería, asentí.

—Gracias. —Cuando al fin nos quedamos solos, ninguno de los dos se movió.

—Terminaré con ese trabajo, solo dame unas semanas, debo hacerlo bien, sin arriesgar nada —prometió con gesto débil. No me moví, me sentía tan irritada, tan desesperada—. Te ves... hermosa, Zinnia, demasiado —sin poder evitarlo me ruboricé pues su voz se tornó ronca, diferente.

—Quería darte una sorpresa —admití cabizbaja.

—Lamento que esto ocurriera —se disculpó. Me encogí de hombros estudiando mi atuendo que, por ser blanco, estaba completamente dañado, a lo mejor podría pintarlo, pero eso daba igual.

—Sé que estás ahí para ayudar a los chicos, pero encontraremos otra manera, no esta, no así... —observé cómo se ponía de pie con mucho esfuerzo. Sabía que debía estar en reposo, pero no me sentía lista para dar más en ese momento. Se acercó con sigilo, intentado mantener el gesto rígido para que yo no notara el dolor que le provocaba. Se detuvo al quedar a unos centímetros de mi rostro. Lo observé fijamente, sin moverme.

—Puedo con todo, con... lo que sea, menos con tus lágrimas, con esa mirada. —Suspiré entrecortadamente. Alzó una de sus manos hasta mi mejilla y la acarició ladeando la cabeza. Su ojo golpeado, ya estaba un poco más abierto, aunque no del todo—. Lo único que sé es que haría cualquier cosa por ti, Colibrí.

—Solo quiero que dejes ese trabajo... —no me movería de esa idea. Asintió mostrando un poco los dientes, algo de dolía.

—Lo haré, solo que no será sencillo, debes saberlo...

—¿Por qué? —quise saber. De pronto sentí sus dedos rodear los míos, lo aferré con ansiedad.

—Porque si lo hago ahora pensarán que, en efecto, o Clemente o yo estamos jugando sucio, vendiendo información o trabajando para ambos, debo esperar. —Asentí desganada. No me agradaba en lo absoluto el panorama, pero tenía sentido.

—Odio que te metieras en eso, en serio no lo comprendo —me quejé molesta.

—Debía hacerlo, no tenemos muchas opciones, lo sabes, en ese momento era necesario para que esas mujeres nos dejaran en paz, por lo menos un poco... Esa fue su condición.

—Por su dinero... —torcí la boca.

—No, Zinn, así no son las cosas, te he intentado proteger, pero al hacerlo a veces te he lastimado más. Debes saber algo para que entiendas lo que en realidad ocurre, no tolero que tengas esa imagen de mí.

—¿Qué?

—Zinnia, era trabajar en esto o... venderlas a ustedes —confesó con ira, con impotencia. Me alejé negando, abriendo los ojos de par en par. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Mi mente en ese momento entró en una bruma roja que cubría todo a su alrededor. ¿Qué estaba diciendo?

—Creí que era porque así no se metían con nosotros. Lo que dices no es posible, no puede ser —chillé azorada. Se quejó recargándose en el muro donde hacía unos instantes yo había estado apoyada, transpiraba.

—Yo, hace casi un año las escuché hablar con un tipo, estaban cerrando un trato, Camila sería la primera en irse... Pero por ti pagarían bien. Cuando las confronté, me dijeron que o me iba de la casa, o trabajaba para estos tipos. No tuve remedio, Colibrí, lo lamento, no podía dejarte sola y mucho menos permitir algo semejante. —Mis piernas comenzaron a temblar, me sentía verdaderamente horrorizada.

—Si... si dejas esto... ¿qué pasará? —cerró los ojos negando.

—No lo sé. —Un sollozo ahogado escapó de mi mente, cubrí mi boca con la mano, negando.

—¡Dios! —giré sobre mi misma, aferrándome el cabello —¡Dios! Esto es un infierno, una locura...

Caer sin saber cuándo se tocará al fin el suelo, es una sensación aterradora, plagada de oscuridad y desosiego, envenena sin poder impedirlo.

Yerik ya respiraba agitado, con los ojos cerrados.

Pestañeeé comprendiendo que ese no era el momento, amándolo aún más si eso era posible y sintiéndome una niña a su lado. Con cuidado lo ayudé a llegar a la cama. Ahí limpié su rostro perlado de sudor con una toalla húmeda.

—Creo que necesito... dormir —logró decir con voz entrecortada.

—Te ayudaré a desvestirte —sonaba tan nerviosa, llorosa. Con una de sus manos me tomó del cuello y me besó sin poder adivinarlo. Le respondí con cautela, no deseaba lastimarlo más.

—Gracias por lo que tenías... planeado, Colibrí, por ser el motivo de mis horas.

Minutos después había logrado ducharse y colocarse un pantaloncillo de algodón, insistió que no podría descansar de otra manera, con un poco de mi ayuda, comió muy poco de lo que había llevado, se lavó los dientes y cayó profundo.

Yo también me di un baño, despinté mis ojos derramando lágrimas. Cuando estuve lista me metí bajo las cobijas, observando su perfil en la penumbra. El nudo en la garganta continuaba ahí, ahogándome, quemándome, pero no sabía cómo deshacerme de él, de la sensación de ira, de desamparo, de dolor, de rencor.

Yerik era una caja de sorpresas pese a lo mucho que lo conocía, no dejaba de asombrarme todo lo que era, lo que hacía, las decisiones que tomaba, su manera de conducirse. Acaricié su mejilla, dolida por saberlo en aquella horrible disyuntiva, agradecida por su decisión y

siendo consciente de lo que podría llegar a costar.

—Hubiera deseado que tuvieras tu feliz cumpleaños, Yek, lo siento —musité besando la comisura de sus labios.

—Lo tuve... —habló sin abrir los ojos—, tenerte, es mi mejor... festejo —sonreí recargando mi cabeza sobre su hombro.

—Te amo, mucho.

—Ese es mi regalo —musitó besando con suavidad mi frente. Un sollozo escapó de mis labios, me acurruqué a su lado, dejando que las lágrimas silenciosas hicieran su trabajo. ¿Cómo acabaríamos con todo eso, cómo?

Es tan difícil lo que viven, lo que han tenido que hacer él y Clemente para poner a salvo a estos niños, poniéndose en peligro ellos a su vez. Es muy doloroso lo que pasan, las decisiones, pero en medio de todo esto, tener almas nobles que eligen a los demás sobre sí. ¡Gracias por esa cantidad de comentarios, me hacen super feliz porque me motivan como ni tienen idea, por sus votos, por recomendarme, por seguir la historia. ¡2018, aquí vamos!

Alan Walker ft. Gavin James - Tired



Despertó molesto en varias ocasiones durante la noche, le daba un poco de agua, o su medicamento y volvía a perderse en la inconsciencia. Al amanecer desperté gracias a aquella alarma que estaba activada en el celular que me dio. La apagué refunfuñando. No iría a clases, no con él así. Me volví a acurrucar a su lado, su cabello cubría su frente y su rostro lucía mejor. Sonreí.

—La escuela, Colibrí —habló cuando ya cerraba de nuevo mis ojos.

—No te dejaré solo —expresé con tranquilidad.

—Ya has faltado lo suficiente, ve, por mí. —Alcé la mirada, me veía, serio. Acaricié su mejilla amoratada.

—No podría concentrarme contigo solo, así. No iré —determiné. Dejó salir un suspiro al mismo tiempo que recargaba por completo de nuevo la cabeza en su almohada.

—¿Discutir servirá? —negué con seguridad—. Bien —pasó una de sus manos por debajo de mi cintura y me alentó para que me acercara a él, lo hice enseguida—. Durmamos, entonces —murmuró adormilado. Sonreí cerrando mis ojos.

Cuando el sol ya estaba sobre nosotros, desperté de nuevo. Yerik tenía la mirada perdida en el techo, circunspecto, con uno de sus brazos tras su cabeza.

—¿Estás bien? —deseé saber. Giró al escucharme, su gesto se relajó, pero no

hablaba, algo maquinaba, lo conocía lo suficiente—. Cocinaré algo para que desayunemos —iba a quitarme las cobijas de encima cuando me detuvo con su mano torno a mi muñeca.

—Mereces algo mejor, Zinn —farfulló, severo. Arrugué la frente, desconcertada. Sus pupilas dilatadas, su mentón tenso, devolviendo su atención al techo—. Esta no es la vida que mereces, lo que debes vivir. —Me levanté sacudiendo la cabeza.

—Esta es la única vida que tengo, y salvo eso que haces, para mí es perfecta porque estás tú en ella —refuté agobiada. Negó sin prestarme atención, parecía contenido.

—Yo no soy el chico que te conviene... —aseveró. Un sudor frío recorrió mi columna.

—Si repites eso una vez más, tan solo una, Yerik, juro que dejaré de hablarte el resto de mis días —y me dirigí al baño tomando antes una muda limpia, nerviosa, descompuesta.

Me duché llorosa. ¿A qué venía eso? No podía decirme algo así después de todo lo que habíamos pasado. El temor de que se estuviera arrepintiendo, de que no sintiera la mismo, o de que simplemente quisiera retroceder, me consumió con una velocidad estrepitosa, indulgente.

Salí aún apesadumbrada. Él se hallaba sentado en la orilla del colchón, enseguida me observó con una mezcla de aflicción y devoción que me confundió aún más. Apreté mis puños y avancé.

—Si... si tú ya no quieres... —Sacudió la cabeza, molesto, su melena oscura se agitaba de manera discordante. Adoraba su cabello; recio y fuerte como él.

—No se trata de eso, Colibrí, sabes que doy la vida por ti sin dudar, pero en medio de todo esto lo he dejado del lado, ya no.

—No te entiendo, hablas de nuevo como hacía unos meses y no logro seguirte el paso —me senté a su lado, entrelazó sus dedos con los míos, ambos mirábamos esa unión con atención.

—Eres todo, y te lo demostraré.

—No es necesario, yo solo quiero seguir así, como hasta hoy. No tengo idea de si eres el chico que me conviene, si yo lo soy para ti, pero eres el que elijo y elegiré por encima de cualquier otro. —Sonrió con tristeza.

—Ayer te veías hermosa —cambió el tema. Lo noté de inmediato y preferí que así fuera, no me gustaba que se pusiera de esa manera, menos aún porque no lo entendía. Me encogí de hombros quitándole importancia.

—Te compré un regalo. —Alzó sus gruesas cejas. Fui por él, lo había puesto en uno de mis cajones. Al ver que llevaba algo entre las manos, no pudo esconder la ilusión. Sonreí—. Toma, sé que es ideal para ti. —Lo agarró con una sonrisa incrédula. Lo abrió con sumo cuidado, cuando al fin el contenido se develó, abrió los ojos de par en par.

—No puedo creerlo, es... —Y sacó un ejemplar de Los hermanos Grimm, lo hojeó de inmediato, disfrutando de la textura del papel entre sus dedos—. Es increíble —musitó absorto. Tomó otro de los ejemplares, ese era de Andersen, alzó las cejas, riendo al tiempo que sacudía la cabeza—. Simplemente, ¡guau! ¡Gracias, muchas gracias! —Había dos más, uno de Perrault y otro de su favorito, Allan Poe. Este último me había costado un poco más conseguirlo, era un pequeño compendio, pero el chico de la librería que gracias al cielo Carlo conocía, hizo todo lo

posible y hasta descuento conseguí. Sí, mi amigo me había ayudado en varios detalles de esa noche fallida.

Con el paso de los días había comprendido que entre él y yo no podría surgir nada salvo esa amistad que se iba solidificando. Disfrutaba a su lado, reíamos y nos divertíamos, nos ayudábamos en las tareas, y en cualquier cosa. Carlo era alegre, sin una tormentosa historia sobre sí, por lo que me era sencillo olvidar un poco la mía cuando estábamos juntos. Sin embargo, lo que siempre he sentido por el chico que en ese momento tenía a mi lado, era intocable e incomparable.

Yerik era mi mundo, una parte vital de mi alma, sin él nada me anclaría y aunque sonaba algo quizá no sano, no me importaba, era la cordura que necesitaba, la dulzura, mi lugar seguro, un complemento perfecto, éramos uno, lo sé.

—Sabía que te gustaría, Yek. —Dejó los libros del lado, tomó mi rostro entre sus manos y me besó con ansiedad. Yo no sabía dónde colocar las manos, estaba herido aún, sus labios también, pero a él no parecía importarle. Respondí con ferocidad y es que lo deseaba, siempre era así. Enredé las manos en su cabello, de pronto se removió, gimiendo. Nos soltamos. Se llevó una mano a su costado derecho, tenía un enorme hematoma debido a los golpes.

—Lo lamento, Colibrí. —Negué poniéndome de pie.

—Haz lo que tengas que hacer y recuéstate, haré algo para almorzar, por favor, necesito verte bien —le rogué. Sonrió afligido.

—Lo estaré, mañana será otro día y esto habrá pasado —prometió. Agarré sus libros y los coloqué sobre su mesilla de noche.

—Mañana no irás a ninguna parte —aseguré. Arrugó la frente, frotándose aún el golpe.

—No perderé el trabajo, ni otro día de clases, no puedo, no estamos para eso, Zinn —y se dirigió al baño, lento.

—Pero mira cómo te encuentras —me quejé acercándome, sin tocarlo, lo conocía, deseaba sentirse fuerte, que lo ayudara no era lo que buscaba, sino que lo apoyara.

—Hoy seré prisionero de esa cama y de todo lo que quieras, pero nada más. —Ya estaba en la puerta del baño.

—No estoy de acuerdo, si fuese al revés... —colocó un dedo sobre mis labios.

—Nadie volverá a tocarte un solo cabello, Zinnia, jamás —declaró serio, como evocando los golpes ya recibidos, sus ojos se oscurecieron y sus cejas casi se juntaron.

—No quiero que nadie te lastime a ti tampoco, no lo soporto, y mira —me acerqué para abrazarlo con suavidad, me recibió dejando salir un suspiro al tiempo que acariciaba mi cabello. Perdí mi nariz en su pecho; su aroma me fascinaba, no era lo que usaba para perfumarse, que debía ser cualquier cosa, sino él, su esencia. Aspiré con fuerza.

—Esto pasará. —Rodeé su cintura y comencé, por un rato, a recorrer su fuerte espalda con las yemas de mis dedos. Él recargó su mejilla en mi frente. Ambos disfrutábamos de ese momento—. Todo cambiará, lo prometo. —Me dio beso suave en los labios y luego otro en la nariz, enseguida entró al baño.

Al salir yo ya tenía todo listo, cuando acabó de comer, se recostó, tomó sus

medicamentos y comenzó a leer uno de los tomos. Aproveché para lavar algo de mi ropa y asear el lugar. Siempre lo hacíamos juntos, pero evidentemente esa semana no sería así.

Más de una vez me rogó que lo dejara, que cuando se sintiera mejor ambos nos haríamos cargo, me negué sonriendo. A ratos nos envolvíamos en una charla amena, otras, solo me observaba, serio. Me alteraba saberlo así, algo maquinaba y no me lo diría, lo conocía bien.

Por la tarde bajé con Lolita.

—Cualquier cosa me llamas, ¿sí? —afirmó con la cabeza, apresando mi barbilla para que lo besara.

—No soy un niño, tranquila, Colibrí, te veo al rato. Leeré y quiero dormir un poco.

—Te amo, Yek —volvió a besarme.

—Eres mi mundo, Colibrí.

Estuve taciturna en mi trabajo, Lolita solo me miraba, mientras corregía algo que no hacía como solía. Mi cabeza brincaba de idea a idea, de momento a momento y ya era un enredo. Algo en su actitud me alertaba.

Yerik era un chico de pocas palabras, de asombrosa cabeza, estaba segura de que, si su destino hubiese sido otro, las cosas para él habrían sido diferentes. Su mente funcionaba con habilidad, era asombrosamente inteligente, en la escuela siempre era de los primeros en su clase y sin ningún esfuerzo de su parte, nada de estar estudiando horas, al contrario, escuchaba, captaba y listo, así en todo. Su cabeza era una caja interminable de ideas.

No tenía idea de a qué se podría dedicar con la vida que teníamos, pero sentía la certeza de que lo que decidiera lo haría más que bien, eso sin contar su propia actitud; miedo y respeto despertaba en las personas que estaban a su alrededor. Siempre bien plantado, fiero, atento, ecuánime, y carente de emocionalidad, cosa que lo hacía lucir peligroso, demasiado frío.

Yek amaba la literatura. Años atrás me confesó que lo hacía sentir fuera de la realidad, que introducirse en esas palabras lo evadían, lo hacía imaginar, fantasear y que eso era lo que más apreciaba de los libros; vivir otras realidades, sentir que todo era posible. Pero también tenía una afición anormal a las matemáticas, digo anormal porque sin más podía encontrarlo haciendo ecuaciones complejas sin ninguna razón, solo por diversión, por pasar el rato, para distraerse.

Yo a su lado, a veces me sentía insulsa. Me gustaba coser, jugar con los niños, pero no era realmente buena en nada salvo en la confección. Leer me agradaba bastante, gracias a él, pero no de esa manera enloquecedora. Los deportes me atraían, era buena, sin embargo, jamás me había podido quedar a las clases extracurriculares de atletismo, donde decía mi profesor que era buena. Todo lo que tuviera que ver con la naturaleza también me atraía, gracias a ello, ya tenía varias plantas que Lolita me había donado, en la parte exterior del cuarto, y otro par dentro. Las mimaba y hablaba incluso, cosa que Yerik le provocaba risa, por lo que en más de una ocasión acabó empapado pues al regarlas, me molestaba.

—¿Cómo sigue él? —Alcé la vista, cuidando esconder lo que en realidad dentro de mí pasaba. No me sorprendió, era evidente que lo sabría. Desvié la mirada, dejando lo que cosía caer laxo sobre mis piernas.

—Mejor... —musité con aquel enorme nudo en la garganta.

—Lamento mucho que las cosas salieran así, te veías tan bonita. —Sonreí con tristeza, encogiéndome de hombros—. Hablar sobre lo que duele a veces hace bien, ¿lo sabías? —Dejé salir un suspiro, cabizbaja. Cómo decirle que estaba involucrado con gente peligrosa por salvarme a mí, a los niños. De solo pensarlo quería salir gritando, jalarme el cabello hasta despegarlo del cuero.

—Quisiera haber tenido una vida común, como la de cualquier otro chico —admití por primera vez en voz alta, aferrando el colgante que rodeaba mi cuello—, pero si eso hubiera ocurrido, no lo habría conocido y eso... no es lo que deseo —argumenté agotada interiormente. Se acercó a mí, alzó mi barbilla con su mano arrugada, tierna.

—Cada vida tiene su razón, Zinnia, la tuya quizá es ese chico que te necesita desesperadamente.

—Yo soy la que lo necesito... —admití atormentada. Negó en descuerdo.

—No lo conozco, solo lo que percibo cuando viene por ti, o lo veo al pasar de lejos, pero te diré algo, Zinnia, eres su norte, su motivo. A su edad es incomprensible, son unos niños en realidad, pero sospecho que su propia historia encierra esa razón.

—A veces parece que quiere despedirse, que desea dejarme. —La mujer torció la boca, pensativa.

—Se ve que es calculador, quizá le duela la vida que llevan y es que a los diecisiete años no es justo que deban hacerse cargo de ustedes mismos... Es lamentable —asentí nostálgica.

—Hemos pasado por mucho, demasiado... pero a veces creo que falta aún tanto, como si nuestro camino estuviese justo en la mitad de todo lo que vendrá. Tengo miedo. Él dice que yo podría tener otro rumbo.

—Podrías —arrugué la frente por el tono en el que lo dijo.

—No, no tengo opciones, Lolita.

—Sí, las tienes. He hablado con mi esposo, incluso con mis hijos, podrías quedarte aquí, vivir aquí. —Abrí los ojos de par en par, un calambre recorrió mi espalda—. No, no digas nada, piénsalo. Estás muy pequeña, podemos ayudarte a tus estudios, tendrías una vida lo más similar a algo normal, un techo seguro, comida nutritiva, vestido. Si deseas podríamos seguir trabajando juntas y quizá con el tiempo tú sola llevar el taller. Hay posibilidades, Zinnia.

—Yerik... Yerik sabe esto —necesitaba saberlo. Negó con firmeza. Por un momento creí que sí y que por lo mismo me decía aquello. Solté el aire. Tomé su mano, no era muy afectiva, pero no pude evitarlo, su propuesta era lo más dulce que jamás hubiese escuchado en un adulto. Sonreí afligida.

—Gracias, esto significa mucho para mí... —La mujer apretó mis dedos con dulzura—. No puedo dejarlo, no quiero... Nuestra vida es juntos, no la puedo concebir de otra manera... No me veo sin él.

—Lo sé, Zinnia, pero son demasiado jóvenes, merecen cosas diferentes. Veríamos la manera de ayudarlo a él también. Solo piénsalo, por favor. —La respuesta para mí era muy clara, sin embargo, asentí agradecida. Jamás pensé que alguien quisiera ayudarme así, sin interés alguno, simplemente por cariño. Últimamente tanto estaba cambiando que de alguna manera me sentía aturdida.

Cuando subí, Yerik leía recostado en la cama. Su rostro estaba menos hinchado y lentamente iba desvelándose la cara de ese chico que amaba. Apreté los puños al sentir su mirada clavada en mí, como siempre, de forma urgente, fuerte, infranqueable.

—¿Cómo fue todo? —quiso saber ladeando su rostro, me estudiaba, lo sabía. Cerré tras de mí, sonriendo por escucharlo. Su voz tenía ese poder absorbente sobre mi sistema. Me acerqué sin más y lo besé con arrebató. Enseguida tomó mi cuello profundizando el contacto sin contenerse.

No planeaba soltarlo, no podía. Sintió mi necesidad, enrolló su brazo torno a mi cintura para que cayera sobre la cama. El beso fue subiendo de intensidad, sus manos viajaban con mayor frenesí por mi delgada anatomía. Sentí sus dedos bajo mi blusa, en mi costilla, apretándola con seguridad. De pronto se quejó. Me aparté acalorada. Colocó su frente sobre la mía, respirando agitado.

—¡Mierda! Lo lamento, Colibrí —agarré su rostro por ambos lados y lo aparté un poco. Abrió sus ojos.

—No me alejarás de ti, y te quiero por completo... ¿Entiendes? Así que mejórate pronto —y volví a besarlo con deseo, para un momento después levantarme y pudiese acostarse de nuevo.

Me observó atento, frotándose el costado. Veía su pecho acelerado, y mis mejillas estaban imposiblemente calientes, al igual que el resto de mis extremidades.

—Me mejoraré pronto —soltó con voz ronca, sonriendo de esa forma torcida que tan bien conocía. Reí.

—Bien... Ahora, cenemos. —Se incorporó sin que me percatara, rodeó mi cintura con suavidad e hizo que girara. Alcé el rostro hasta sus ojos.

—Ayer, cuando venía para acá, esos tipos aparecieron y me golpearon, hice lo posible para defenderme, te juro que sí. Saberte aquí, esperándome, me encendió como pocas cosas. Lamento muchísimo que todo lo que preparaste con tanto esmero quedara arruinado. Lucías impresionante. Cuando te vi, creí que eras un ángel, o algo similar. Eres hermosa, Zinnia, cada parte de ti lo es. Esta realidad que intenta consumirnos una y otra vez quedará atrás en algún momento, te lo juro y verás la otra cara del mundo. Tú debes salir de esto, no mereces este maldito fango. —Me aferré a sus hombros, mis dedos jugaban con su piel desnuda. Adoraba su tacto cálido y sobre todo cuando hablaba sobre mi rostro, con esa suavidad y rudeza tan suya. Sin embargo, sus palabras me mantenían en vilo.

—Lo que ayer sucedió, no fue tu culpa. Me dolió mucho que ocurriera justo en tu día, pero no porque arruinara lo que preparé, sino porque no soporto y me duele mucho verte mal. No tienes idea de las ganas que tengo de golpear a quienes te lastimaron. Y ahora que tengo más claro los motivos por lo que estás dentro de todo aquello, no podría reprocharte nada. Debemos hacer algo, debes salir de eso —acarició mi mejilla con ternura.

—Algo haré, te lo aseguro, no debes preocuparte. No deseaba que supieras la verdad, pero no pude cuando vi la rabia y desilusión en tus ojos ayer. No resisto que me veas así.

—Lo lamento... —murmuré acariciando su hombro.

—Yo mucho más, créeme, Colibrí —y me besó con una ternura inaudita en él.

Las sensaciones se dispararon, su suavidad, la lentitud me envolvía. Succionó con

delicadeza mi labio superior, humedeciéndolo con su lengua, luego hizo lo mismo con el otro. No parecía tener prisa, sin embargo, no se detenía. Mis piernas se comenzaron a sentir ligeras, como si quisieran dejar de sostenerme, dejé salir un gemido ante lo que despertaba en mí. De pronto abandonó mi boca y comenzó a descender hasta mi mentón, luego mi cuello. Mi piel estaba erizada, pasaba saliva con dificultad, el aire no circulaba como solía. No me solté de sus hombros, pero ahora encajando las yemas de mis dedos en ellos. Me tenía bien sujeta, mientras sus labios me sometían como nunca.

—Yek... —logré decir con voz estrangulada cuando llegó a mi clavícula.

—No será hoy, no podría —susurró deteniéndose junto a mi oído—, pero yo también te quiero completa, solo quería que lo supieras —y me besó de nuevo. Un segundo después rodeé su cuello y escondí mi rostro en su pecho, con mis pulmones casi colapsados.

Cenamos en medio de miradas llenas de significado, acariciando nuestras manos, jugando con nuestros dedos, sonriendo con complicidad. Se veía decididamente mejor, pero, aunque fuera de otra manera, él de todas formas haría su vida normal el día siguiente.

Recostada sobre su pecho, continuando el juego con nuestras manos, me sentía en paz, sin embargo, temía lo que vendría.

—¿Sabes cómo puedes salirte de eso sin que esas mujeres cumplan su parte de vender a las niñas? —quise saber con un nudo enorme en la garganta. Su respiración se detuvo, pero enseguida la relajó. Enredó con fuerza mis dedos con los suyos.

—No aún, Colibrí, pero lo averiguaré. Hablaré con Clemente y veremos qué se puede hacer. —De nuevo las ganas de llorar regresaban. Asentí sin poder pronunciar palabra. Lo escuché resoplar—. No podemos jugar con ellos, ni con ellas, ya te diste cuenta, las cosas son complicadas, pero tú estás antes que cualquier cosa... —decretó sin titubear.

—Yo no corro peligro. Las niñas, sí, tú, Clemente... —sollocé sin poder evitarlo. Alzó mi barbilla. Nos miramos por unos segundos sin decir nada. No podía refutar lo que acababa de decirle, lo noté en su fiera mirada, plagada de oscuridad.

—Debí haber buscado otra forma antes, lo lamento... —lo rodeé con fuerza, negando.

—De alguna manera estaremos bien, ¿verdad? —asintió acariciando mi espalda. Sin embargo, los dos sabíamos que no era posible, estaba en un callejón donde las salidas, si existían, no serían la felicidad, no de todos los implicados.

Al día siguiente no quise que me acompañara a la escuela, pero insistió. Aun lucía golpeado, pálido, aunque decía que no le dolía tanto como se veía. No le creí.

Carlo, al verme, comenzó su interrogatorio. Le narré solo un poco de lo acontecido, necesitaba descargarme con alguien, y él ya se había ganado mi confianza, incluso le narré lo de Lolita. Abrió los ojos de par en par.

—Aceptarás, ¿cierto? —negué garabateando en mi cuaderno, Olga no había asistido a la escuela por lo que me era más sencillo hablar con mi amigo. En ella confiaba, pero no como en él—. Zinnia, es una gran oportunidad, algo que mereces, no te hagas esto —expresó incrédulo. Lo encaré apretando la boca—. Sé que quieres a Yerik, que es todo para ti, eso es más que evidente, pero te aseguro que hasta él estaría de acuerdo en esa propuesta que puede cambiar

tu futuro. Mereces tener lo que cualquier chica, vivir una vida como los demás.

—Así estoy bien, no lo dejaré —sentencié sin dudar.

—No tengo idea de qué haga tu novio, pero llegó golpeado, ¿comprendes? Esas cosas no pasan porque sí.

—¡Ah no! ¿Y cómo explicas lo que Sandra iba a hacerme? Yo no le había hecho nada. Carlo, no te ofendas, pero no sabes nada de la vida, allá afuera las cosas son diferentes, las personas sí lastiman por el simple hecho de desear hacerlo y nada las detiene... —Su gesto, que solía ser dulce y apacible, se tornó serio.

—¿Tanto así has sufrido? —bajé la vista sin responder. Su palma rodeó mi antebrazo.

—Nos une mucho más de lo que imaginas, no es tan simple como lo piensas, nuestras vidas están unidas de una forma que ni yo misma comprendo, pero no lo dejaré, nunca lo haré —declaré con ira contenida.

—Tranquila, date un respiro. Voltea —y lo hice.

—Entiendo lo que me dices, y lo respeto. Si tú así lo quieres, entonces así es... después de todo en poco más de un mes cumples 18, qué más da... —asentí comprendiendo que eso no cambiaba ya nada—. Hagamos algo, no sé, uno de estos días...

—Trabajo, Carlo, además, ¿solos? No creo que sea bueno.

—Te invito a comer a la fonda de mis padres, luego vas a tu trabajo, llevamos a Olga para que no se malinterprete... Zinnia, debes salir de esto un poco. Dile a Yerik, si lo planteas así, sé que no se opondrá.

—No se trata de eso, sino de lo que puede sentir.

—Entonces sé clara. Somos amigos, no hay, ni habrá nada entre nosotros, eso ya lo sé —y me guiñó un ojo—. Anda, pide permiso en tu trabajo y quizá también podemos ir al cine, yo que sé. —La idea me tentaba, así que asentí despacio.

—Bien, hoy lo hablo con Yek y con Lolita. —Él sonrió sacudiendo mi brazo.

—Todo se arreglará. Ya lo verás —me alentó. Eso esperaba, realmente eso esperaba.

Por la noche lo hablé con Yerik, sonreía mientras yo, nerviosa, le explicaba.

—¿De qué te ríes? —pregunté al fin, intrigada, con las palmas sudorosas.

—Colibrí —y se acercó a mí para que me levantara, me rodeó con sus brazos, masajeando mi cintura de esa forma que me fascinaba—. Primero, no debes darme explicaciones de lo que haces, me gusta saberlo, pero no soy tu padre, no deseo que me veas así. —Negué perdida en sus ojos oscuros—. Segundo, sé perfectamente lo que sientes por mí, sería muy difícil que dudara de eso. Por último, creo que es una buena idea, hazlo, distráete un poco... Todo lo ocurrido, lo que vivimos, no tiene por qué limitarte tanto.

—Me gustaría ir a un cine por primera vez contigo —admití acariciando su nuca. Besó mis labios. Nunca habíamos ido a uno, son caros en realidad, más aún cuando se debe cuidar cada céntimo de lo que entra. Los niños, nuestros propios gastos, la idea de tener por cualquier eventualidad, el futuro que, aunque era absolutamente incierto, debíamos pensarlo, sin contar lo que él daba de su trabajo a esas mujeres.

—Podemos planearlo, agarrar un poco del dinero que me dio esa mujer, ¿te

parece? –asentí alegre.

—No quiero parecer mimada, Yek, te juro que como estamos está bien... Tú nunca sales tampoco, salvo conmigo a un parque, a tomar una nieve...

—Hemos tenido que asumir cosas que muchos hacen cuando son mayores, no me afecta, no cuando se trata de ti. –Besó mis labios nuevamente, ahora un poco más despacio, con mayor profundidad. Sonreí con timidez, sin embargo, lo pegué más a mí intensificando el encuentro—. Vamos ahora –me invitó alejándose, alzando las cejas.

—¿A dónde? –aún me sentía atolondrada por lo que compartíamos hacía unos segundos, sentía mis labios ansiosos.

—Hagamos de esta noche, una noche diferente. A la mierda que mañana tengas escuela, yo trabaje, a la mierda todo. Hoy seremos Zinnia y Yerik, nada más, sin pasado ni futuro, solo lo que somos ahora –me extendió la mano. Jamás lo había visto presa de un arrebató semejante. Sonriendo como una boba se la di.

—Aún no estás bien. ¿Seguro? –dudé nerviosa. Me pegó a él, tomó mi rostro entre sus manos e inhaló mi aroma cerrando los ojos.

—Como nunca, quiero que esta sea nuestra noche mágica... ¿Qué dices? Yo estoy fuerte para esto, lo prometo –ya me miraba con esa intensidad que solo empleaba cuando se trataba de mí. Sonreí atontada.

—Digo que sí, que lo hagamos. ¡A la mierda todo! –soltó la carcajada.

—¡A la mierda todo!

Y... ¡un respiro! Han pasado tanto, la propuesta de Lolita es buena, ya veremos qué sucede esta noche y con ello. Gracias por comentar, es de las cosas más valiosas para mí de publicar aquí, por sus votos, por estar a mi lado.

| Capítulo 18|

ZAYN - Dusk Till Dawn ft. Sia

Video Daniela Abello



Llegamos al cine después de habernos tomado el atrevimiento de ir en taxi. Se sentía tan irreal, tan bien. Aferrada de su mano, riendo sin parar, elegimos una cinta de comedia. No teníamos idea de las películas del momento, lo cierto es que a mí me daba igual. No pude evitar abrir la boca al saber cuánto era. Sin embargo, él pareció no inmutarse, con gesto amable pagó las entradas.

Entramos a la última función, no sin antes haber comprado un enorme bote de

palomitas y una soda, incluyendo el taxi, ya llevábamos gastado lo que yo ganaba en una semana, no obstante, al verlo tan alegre, como pocas veces pese a que aún tenía amoratada partes de su rostro, me relajé. Entusiasmada me senté donde indicaba el boleto, justo donde ambos habíamos elegido en aquella pantallita que mostraba los asientos. No había mucha gente, todo estaba en penumbras.

—Estoy emocionada —admití removiendo en mi asiento. Me dio unas rosetas, guiñándome el ojo.

—No pienses en nada, ¿recuerdas? Solo disfruta —y eso hice. Reí fascinada por los sonidos, por lo enorme de la pantalla, ambos nos mirábamos de vez en vez divertidos, aunque él rodó los ojos más veces de lo que rio, pero sé que también lo gozaba, lo conocía bien.

Al salir, no pude dejar de parlotear sobre lo asombroso que había sido.

—Sí, la verdad se escucha genial —admitió él—. Pero el protagonista era un idiota, la mitad de las cosas que hacía no tenían sentido —se quejó. Me carcajeé.

—¿Y su amigo? Era uno de marca mundial, pero reí mucho, fue como desconectarse de la realidad y ver otra, ¿no? —Me detuvo acorralándome en una pared. Nadie reparó en nosotros. Sonreí al ver su mirada, intensa, fija, clavada en mí.

—La realidad que tengo frente a mí, es lo único que necesito, Colibrí —su voz ronca erizó mi piel, más aún la manera en la acariciaba mi mejilla.

—Entonces nunca tendrás otra... —y lo tomé por la nuca para besarlo.

Al salir fuimos a cenar a uno de esos restaurantes 24 horas, nunca había ido a uno, y de económico no tenía nada, sin embargo, la hamburguesa que pedí me supo a gloria.

—Si pudieras elegir tu futuro, ¿a qué te gustaría dedicarte? —quise saber al tiempo que agarraba una papa frita. Torció los labios, pensando, masticando lo que había pedido, sin soltar mi mirada. El ambiente entre ambos era eléctrico, se podía sentir la ansiedad, las chispas que iban y venían entre ambos, eso que solo te puede hacer sentir el anhelo, la necesidad, los sentimientos reales, una vida compartida.

—Ingeniero, médico, o algo de economía, creo. Algo así es lo que me gustaría estudiar, si pudiera también entraría a algo relacionado con la literatura, pero como un hobby... —abrí los ojos, después de todo no era tan difícil imaginarlo en ello—. ¿Y tú? —quiso saber, relajado.

—No sé, no lo tengo muy claro, creo que no resalto en algo particular —admití con simpleza. Arrugó la frente, en desacuerdo.

—¿Bromeas?

—No, para nada. Sé mucho de remendar, coser, zurcir...

—Diseño de modas, corte y confección, aunque también te veo como bióloga, algo relacionado con el medio ambiente, con animales, plantas, eso sin contar tu manera de defender lo que crees, abogada sería bueno para ti. —murmuró convencido. Asentí sopesando lo que me decía.

—Tengo varias opciones al parecer... —admití animada.

—Tantas como deseos y las llevarás a cabo, lo prometo, Colibrí —cruce la mesa y le di un beso fugaz.

—Lo que deseo está aquí —devolvió mi gesto, sacudiendo levemente la cabeza.

—Me alegra, porque esta vez no escaparás, pajarillo.

Llegamos al sitio que denominábamos hogar, tomados de la mano, parloteando sin parar. Él, todo el tiempo, se había mostrado receptivo, ligero, como si eso que le cargaba sobre sus hombros no existiera, como si fuese de verdad tan solo un chico de 18 años; inconsciente y con el mundo a sus pies.

Jugamos, nos perseguimos, gritamos en medio las calles transitadas, aún a esas horas. Incluso, afuera de un restaurante donde tocaba un grupo alguna balada que desconocía, me detuvo, hizo una reverencia y me invitó a bailar. La gente que tomaba y cenaba en el interior, que sus mesas daban a la calle, reían por nuestra burbujeante energía, me sonrojé, pero acepté.

Sin explicación alguna logré moverme a su compás, y fue tan delicioso, tan inigualable. Flotaba a tal grado que me olvidé de absolutamente todo. El mundo podía girar, retorcerse, ir en sentido contrario y para mí solo era vital sentirlo como en ese instante donde esa energía insólita viajaba por todo mi ser como si fuese parte de mí. Al terminar la pieza los comensales aplaudieron, Yerik, como nunca me mostró una faceta diferente, hizo una caravana agradeciendo, divertido, me tomó de la mano y seguimos.

En cuanto cruzamos el umbral, pegó mi espalda a su pecho, rodeando mi cintura, perdiendo su nariz en mi cuello. Mis palmas sudaban, sin embargo, cerré los ojos, lo deseaba, y no lo detendría no después de lo compartido las últimas horas. Hizo a un lado mi cabellera, sentí sus labios suaves probar mi piel. Dejé salir un gemido.

—Te amo, Zinnia —musitó con firmeza. Mis piernas, como si de tallarines se trataran, estaban a punto de flaquear.

Con suavidad tomó mi mentón, elevándolo hasta que conectáramos. Me observó con las pupilas dilatadas, mientras mis labios se entreabrían, desesperados por sentirlo. Sonrió de esa manera tan suya y me besó con esmero. Enseguida me giré para enredar mis manos en su cabellera espesa.

Lentamente avanzamos hasta la cama, cuando sentí la orilla del colchón tras mis piernas bajé mis manos hasta su cintura y sin perder tiempo tomé los extremos de su camiseta. La sudadera que solía llevar, en esa ocasión no la traía puesta, raro pues parecían inseparables. Alzó sus brazos para que no detuviera mi intensión, sonriendo. Sonrojada, no cesé. Cuando lo tuve expuesto ante mí, pasé un dedo por su torso.

—Siempre me has gustado tanto... —musité absorta en su tensa piel. Apresó mi mano en el camino.

—En el momento que quieras, si algo no te agrada, dímelo. Llegaremos hasta donde desees y para mí será de todas maneras la noche mágica que está siendo. —Me zafé con cuidado de su tacto y subí mi blusa sin soltar su mirada.

—No hay dudas, no cuando se trata de ti —y me la quitó sin titubear. Me observó ladeando levemente la cabeza, mordiéndose el labio. Su mirada paseó por mi anatomía, despacio, deleitado. Me ericé gracias a esa manera que tenía de admirarme. Mis dedos cosquilleaban, pero no me cubrí, no cuando se trataba de él.

—Eres el cielo, Colibrí —y me besó con decisión. Le respondí con urgencia. Sus manos comenzaron a viajar por mi piel expuesta, su tacto me encendía como nunca. El niño que

solía ser, con el que crecí y aprendí, ya no estaba, en su lugar un hombre que me hacía vibrar, que me hacía sentir mujer por primera vez.

Jadeé al sentir la intensidad del momento, aferrada a la cuerda tensa que ambos estábamos estirando por primera vez.

La adrenalina que circulaba era intangible, sin embargo, ideal. No daría un paso atrás, ya no. Me tocaba con esmero, pero de forma cuidadosa, era evidente que deseaba ir con suavidad. Mi sostén desapareció casi sin que me percatara, no me importó, sus manos explorándome era como si millones de linternas se encendieran a la vez iluminando todo aquello que siempre había estado en tiniebla, que no había experimentado la luz. Quejidos, jadeos eran mis respuestas y es que mi cuerpo parecía reconocerlo, aceptarlo con ansiedad.

En medio de besos, me recostó sobre el colchón. Me probaba, me reconocía mientras yo gemía absorta, perdida en las sensaciones placenteras que me regalaba acariciando su espalda, perdiendo mis dedos en su cabello. Nuestras respiraciones agitadas eran testigo de lo que ahí sucedía.

Busqué, de forma insegura, inexperta, el botón de su pantalón. De un movimiento este salió de sus piernas, para después, con deliberada parsimonia, irme despojando del mío. Me sentía fuera de mí, con una timidez y avidez jamás experimentada. Sin comprender la razón, cuando se acercó de nuevo, enredé mis piernas torno a su cadera, gimió sonriendo.

Su boca invadió la mía de nuevo, rodando por la cama. Su aliento iba dejando un camino chispeante y ardiente viajando por mi cuerpo como si lo conociera de siempre. Arqueada, más de una vez, sentí que perdería el conocimiento ya que él no cedía pese al tacto y sutileza que empleaba.

El placer era intempestivo, abrazador, me envolvía en un espiral que no lograba culminar, que me mantenía al borde de un sinfín de sensaciones que no podía ponerles nombre. Sus dedos fueron delicados, cautelosos al fundirse en mí, tanto como su aliento sobre mi pecho, o la suavidad de sus labios en mis zonas jamás expuestas.

Cuando al fin la ropa desapareció del todo, estaba ya fuera de mí, aferrada a las sábanas, sudorosa, más deseosa que nunca y los nervios, debido a su cariñosa manera, habían desaparecido. Lo observé con atención, agitada, cuando se protegió con maestría. En cuanto lo tuve sobre mí, lo rodeé sin titubear. Lo quería para mí, solo para mí. Me miró serio, jadeante también, con sus ojos imponentes atravesando los míos, buscando algún vestigio de duda que obviamente no existía.

Su invasión fue cautelosa, aun así, certera, me doblé sin poder evitarlo, gimiendo al sentirlo unido a mí.

—Respira, Colibrí, permite que me haga cargo —me rogó con voz contenida, preocupado. Abrí mis ojos, lánguidos, sonriendo.

—Solo bésame, Yek —le pedí con un hilo de voz. Recibí su rostro perdiendo mis manos en su cabeza, despeinando de nuevo su cabello castaño. Ardiente momento cargado de destellos mágicos que sabía me acompañaría por siempre—. Eres mío —musité cuando comenzó a moverse de nuevo, despacio, con mucho cuidado.

—Desde que te vi, fue así —perdió su rostro en mi cuello, mientras yo gemía aturdida por lo que experimentaba, maravillada y más confiada que nunca. Magia era la palabra

que lo describía, y lo haría por siempre.

Agitada, adormilada, enredada en él, me perdí en su aroma, en el silencio de lo que acababa de explotar, logrando arrancar de su pecho un sonido gutural que me hizo despegar sin desear mirar atrás. Sus dedos acariciaban mi cintura, mientras nuestros pechos subían y bajaban cada vez más serenos.

—Esta será eternamente mi noche mágica, Yek —besó mi frente, quedándose ahí más de la cuenta.

—Nuestra, Colibrí... —tomó mi mentón y lo elevó, sus ojos, pese a la oscuridad me absorbían—. Abriste mi corazón, eres la responsable de que sienta, de que desee estar vivo, pero ahora, toqué el paraíso, sé que existe más, mucho más gracias a ti —lo besé con desespero.

—Te amo mucho —musité deleitada.

—Y yo a ti, Zinn.

Despertamos cuando su móvil sonó. Apenas habíamos dormido tres horas. Gemí acurrucándome aún más. No quería moverme, menos con él tan pegado a mí. Sentí su respiración sobre mi cabeza, su pecho desnudo pegado al mío en igualdad de condiciones.

—Anda... —y pinchó mi cadera. Negué perdida en ese lugar que era mi paraíso—. Colibrí, ya faltaste el miércoles, mañana es sábado y no te despertaré, lo prometo —gemí rezongando. Acarició mi cintura con esa intimidad recién descubierta, su cuerpo estaba asombrosamente adherido al mío. Se sentía demasiado bien, como si fuese lo más natural del mundo.

Minutos después se levantó al ver que yo no lo hacía y sin separarse de mi cuerpo anduvo hasta el baño, casi cargándome. Caprichosamente me dejó llevar.

—¿Te ducharás conmigo? —alzó las cejas, mientras abría el grifo.

—¿Tú que crees? —Me recargué de nuevo sobre su pecho expuesto, rodeándolo con mayor fuerza.

—Que no tienes opción.

Salimos justo a tiempo. Contenernos no era parte de la naturaleza que habíamos despertado. Sentirlo unido a mí era delirante, una sensación inexplicable, irreal. Sin embargo, entre risas y besos, logramos salir de ahí.

Al llegar a la escuela me probó con brío, yo respondí alucinada. La compenetración que surgió por ese encuentro la noche anterior había subido varios niveles que creí ya no podría subir.

Yek era ahora mi centro.

—¡Vaya! Se ve que está todo mejor —susurró Carlo a mi lado, en clases. Sonreí con timidez, evocando sin poder evitarlo aquello que me tenía presa de un trance plagado de felicidad alucinante. Me encogí de hombros.

—Solo hoy me siento bien —admití realmente alegre en mi interior. Después de lo ocurrido con Yek hacía unos días, creí que no sería sencillo albergar de nuevo sentimientos llenos de efervescencia cálida, pero me equivoqué, a su lado, ya nada era imposible experimentar.

Por la noche, cuando nos encontramos antes de que tuviera que irse, la ansiedad

nos sometió y le dimos rienda suelta sin pensarlo. Entre risas, palabras dulces, caricias pringadas, nos compenetramos hasta un punto sin retorno.

El fin de semana transcurrió en medio aquella bruma deliciosa, consumiendo con cada encuentro nuestro deseo para que a las horas este regresara y todo volviera a comenzar. Era tan sencillo sentir, tan fácil ser, tan único compartir, que todo lo demás se borró con los segundos a su lado, con su piel contra la mía, con su aliento adentrándose en mi interior.

—Quisiera que no terminara nunca este fin de semana, que esto fuera así, siempre —musité encima de él. Su pecho desnudo subía y bajaba, mientras jugaba con uno de mis mechones. Yo trazaba círculos en su abdomen tenso, con una mano bajo mi barbilla. Llevábamos así unas cuantas horas, sumidos en nuestro sentir, robándole horas de felicidad a la vida que se empeñaba en cobrarlas demasiado caras y pese a ello, hacerlo porque sin eso no podríamos sobrevivir nunca más. Detuvo mi mano con delicadeza. Alcé el rostro, sonriendo.

—Yo solo sé que eres lo único por lo que lucharé cada instante de mi existencia, Colibrí —me acerqué para besar sus labios, de nuevo. Apresó mi cintura con firmeza.

—A veces pienso en ti, en mí, un futuro, el nuestro. Cuando más dolor he sentido, cuando más miedo he vivido, cerraba mis ojos y me aferraba a ese momento. Solo eso. —La tristeza se reflejó en sus rasgos. Sus manos iban de arriba a abajo por mi espalda desnuda.

—Cuando creí que nada tenía sentido, que... mi vida no valía, y aferraste mi mano aquel día en que conocí a esa mujer, supe, más que nunca, que por ti valía la pena vivir en este mundo, Zinn, que cada instante por muy cruel que fuera, lo valía si te podía ver sonreír. Pero de todo, nunca pensé que te podría tener así. Te pertenezco, ¿comprendes? —La seguridad con la que habló erizó mi piel—. Y pase lo que pase, siempre será así. Necesito que lo sepas, que nunca lo olvides.

—Cuando hablas así, no puedo evitar asustarme. Dices cosas que me envuelven, pero a la vez me llenan de miedo.

—Necesito que lo sepas, que tengas esa certeza. No eres algo que sucedió, eres mi realidad, y lo serás hasta que deje este mundo, eso es todo.

—Tú eres la mía. Lo has sido desde ese día que te acercaste a mí —sonrió recordando.

—Te veías tan pequeña, tan frágil. Cuando te vi, simplemente creí que Dios me había mandado esa señal que tanto pedí, ese motivo.

—¿Se lo pediste a... Dios? —sonrió asintiendo. No era un tema que tocásemos, jamás, simplemente no había tiempo para deparar en ello.

—Y a la vida, y a quien pudiese escucharme. Y llegaste ahí, creí que era como una señal, luego me miraste con esos ojos asombrosos que tienes, nada volvió a ser como solía dentro de mí. —Era hipnotizador escucharlo hablar—. En ese momento no tenía idea de lo que pudiese ocurrir, pero ya conocía bastante del lado cruel de la vida, y decidí que intentaría por todos los medios que la tuya no fuera así. Fallé un montón de veces —y acarició la cicatriz en mi brazo, las otras en mis costados, en mi espalda—. Pero te prometo que lo intentaré hasta el último momento.

—Sin ti no hubiera conocido lo que era sonreír, lo que era pertenecer.

Ayyyyyyyyyy, espero les gustara, intenté hacerlo muy cuidado, ellos me inspiran, siempre lo harán, y esta experiencia debía ser hermosa, como es lo que sienten, eso que los hace desear ser mejores, que los hace luchar, sonreír. Zinnik dio el paso, pero falta aún mucho para ellos. ¡Espero saber lo que les pareció, por favooooor! Y también que lo disfrutaran #lospajaritos dieron otro paso ¡Gracias por votar, por comentar, por hacerme feliz con sus palabras!



La semana transcurrió así; besos, caricias, entrega, suavidad y ansiedad. Todo esparcido en diferentes momentos cargados de esa peculiaridad tan nuestra que sabíamos se llamaba amor.

El jueves bajé del autobús sonriendo, Yerik había aparecido en la escuela con una zinnia asombrosa y yo flotaba de solo pensarlo. El día siguiente iría al fin a comer al restaurante de los padres de Carlo, Olga también. Después veríamos una película en el cine. Ellos ya tenían organizado todo el plan.

Mi novio se mostraba relajado, incluso me sorprendió un par de días atrás que saludara a Carlo, este por supuesto respondió el gesto. Intercambiaron un par de comentarios sobre tonterías de la escuela, me agradó verlos interactuar. Ambos eran importantes para mí, aunque de formas muy distintas. Incluso el día anterior, mi amigo le había dado su número telefónico por cualquier cosa, dijo. Rodé los ojos, riendo.

—No es mi papá —me quejé pegada al pecho de Yerik. Este besó mi cabeza.

—Tú sabes a quienes llamar si no estamos juntos, por seguridad, ¿no es cierto?

—Asentí, tenía todos los números de sus amigos en la memoria de aquel móvil que poco usaba.

—Conuerdo con él, están solos, Zinnia, las precauciones siempre son mejor

—intervino Carlo, restándole importancia.

—Bien, ya que serán niños, tú también dale tu número —me burlé provocando a Yerik. Este le marcó de inmediato. Torcí la boca cuando el teléfono de Carlo sonó—. ¡Ay, no! Son odiosos, ahora intercámbiense mensajes. Yo voy a comprar algo para el camino. —Carlo se carcajeó acostumbrado ya a mis maneras y se fue. Yerik me aferró por la cintura, pegándose a su cuerpo.

—Entiende que no es control, es mejor siempre saber dónde y con quién estamos, solo nos tenemos a nosotros. —Me giré arqueando una ceja.

—Ya parece tu amigo —musité bajando su cuello.

—Es el tuyo —me recordó acercándose.

—Y eso ya no te incomoda —negó casi sobre mis labios.

—Sé muy bien a quien le entregué mi alma, Colibrí, sería absurdo dudar ahora.

—Sonreí atontada.

—Eso es mucha seguridad. —Ya casi nos besábamos.

—Eso es incondicionalidad, nada hará que dude de lo que tenemos, te lo aseguro —y me besó con desquicio, sellando la promesa de lo que por la noche ocurriría.

Caminé observando mi flor, enamorada, flotando. Las cosas con respecto a lo ocurrido el día de su cumpleaños aún no se esclarecían, eso lograba robar mucha de mi tranquilidad, pero al parecer sabía que ya estaban en ello. Clemente se acostó con una chica que era familiar de un líder de otra organización que se dedicaba a lo mismo, el rumor se corrió por lo que pensaron que estaba traicionándolos pasando información.

Dejé salir un suspiro con un dejo de frustración.

Mi estómago rugió, tenía hambre, pero antes deseaba ir a comprar unas telas, cerca de casa para hacerles unas camisetas a los niños. El frío ya iba pasando, pronto el calor llegaría, marzo era un mes fluctuante en cuanto su clima, pero se adivinaba el calor que se avecinaba.

Tarareando una de esas canciones que Carlo solía poner en su teléfono y que escuchábamos en los recesos gracias a sus audífonos. Iba sonriendo como una boba cuando alguien rodeó mi cabeza por detrás con fuerza, sin comprender, de inmediato en alerta, pretendí luchar, pero sobre mi nariz apretaban algo. No pude evitar olerlo pese a que intenté quitármelo de encima.

—Anda, métela ya.

—¡Cállate! —fue lo único que escuché porque de inmediato empecé a sentir mis extremidades entumidas y la cabeza flotando. De un jalón me introdujeron en aquel auto que ni quisiera pude ver el color.

La inconsciencia me invadió en segundos, el horror me atenazó, quise gritar asustada. Pero una voz, tras esas máscaras negras que portaban, pude reconocerla; era Sandra, la loca de la escuela. No conseguí decir nada, ni siquiera moverme porque todo se tiñó de ese negro espeso que se cuela hasta en los recuerdos.

Mi cabeza, gemí. El simple movimiento casi me hace gritar. Mi estómago ardía.

Hacía mucho frío. Escuché un auto pasar. Intenté incorporarme, pero el dolor que atravesó mi cuerpo me noqueó de nuevo.

Abrí los párpados lentamente esta vez. Era de noche. Mi cuerpo dolía mucho. Respiré con cuidado. Lo primero que registré fue un olor asqueroso. Detuve las arcadas. Lo segundo, un dolor agudo en mis costillas. Poco a poco, y pese al malestar, fui moviendo los brazos. Estaba sobre hierba seca, insectos pasaban por encima de mí. Gemí llorosa.

¿Qué había pasado?

Los músculos de mis brazos dolían y un sabor horrible detectó mi lengua. Sin más, comencé a devolver el estómago. Coloqué mi peso en mis rodillas y manos, devolviendo todo. Asustada, cada parte de mi cuerpo me punzaba y no lograba ver bien debido a la oscuridad, pero mi ropa se adhería a mí, no llevaba zapatos.

Alcé el rostro, ahogando un sollozo. No podía recordar nada salvo a él. Yerik. Me limpié la boca con el antebrazo. De nuevo ese asqueroso olor. Vomité otra vez. Miré a alrededor. No reconocía el lugar.

Mi mochila estaba casi a mi lado. La tomé llorando debido a cada movimiento que hacía. Se hallaba vacía. Noté que alrededor de mí todos mis cuadernos estaban rotos con las hojas esparcidas por doquier. Sin pensarlo, y presa del pánico, de la desesperación, aun con el dolor que producía moverme, agarré algunos. Luego los metí temblorosa dentro de la mochila, busqué mi cartera, mi dinero, ni el móvil, ni nada.

Hincada, comprendí que estaba a la orilla de una carretera, en medio de algún lugar que no conocía. Sollocé horrorizada. Llevándome una mano a los labios, dejando salir el llanto que me ahogaba.

¿Qué había ocurrido?

Revisé mi cuerpo en medio de sollozos. Pero no veía nada, aunque estaba vestida, la blusa ya no contaba con dos botones de la parte superior. La aferré apretándola a mi pecho.

Debía saber dónde estaba, irme de ahí, necesitaba regresar a casa.

La voz de ella llegó golpeando de pronto en mi memoria. Había sido Sandra. Cerré los ojos comprendiendo todo. Me levanté quejándome. Me habían golpeado, eso era seguro, lo percibía en cada parte de mí.

Caminar así, en medio de la oscuridad, me costó demasiado, más con el cuerpo magullado, con el miedo atorado en mi garganta y con la desesperación por querer salir de ahí lo antes posible.

Tropecé tres veces antes de llegar a la orilla de la carretera. Me limpié las lágrimas soportando el asqueroso olor. Mis pies ya se habían topado con algunas piedras en el camino, sangraban, lo sabía, pero no me quedaría ahí. La idea fija de llegar a él me sostuvo pese a la desilusión, pese a comprender que la vida era eso, una y otra vez, que la felicidad no era para mí, que las personas dañan porque sí, por placer, porque eso les da el poder que necesitan para ocultar su cobardía.

No tenía idea de la hora, pero sentía el sereno de la madrugada. Un auto pasó, intenté pedir ayuda, me esquivó.

Miré ambos lados del camino. No tenía idea de a dónde ir. Mi garganta ardía debido al llanto, debido al hedor. Decidí que daba igual, debía llegar a algún sitio, al que fuera, y

moverme porque estar en medio de la nada, donde solo se escucha el canto de grillos, los roedores cercanos, el viento soplar, era de lo más escalofriante.

Me abracé buscando entrar en calor, pero la ropa estaba húmeda, pegajosa. Me llevé una mano a mi cabello, estaba igual. Gemí de nuevo llorando. Quería llegar a casa, quería estar al lado de él. Mi cuerpo temblaba, mis pies escocían debido a las piedras, y no tengo idea de qué más.

No supe si fueron horas, pero para mí fue una eternidad donde ya cada paso era más débil que el anterior, que mis fuerzas se esfumaban al igual que la esperanza. En todo ese lapso, ninguno auto ni siquiera se inmutó, me daba pánico parar a cualquiera, pero no tenía opción, lo cierto es que, al pasar las horas, ya no me importaba.

Vi solo un par de letreros luminosos, ya en mal estado. No ubicaba esas poblaciones, ni nada. Mucho tiempo después, cuando mis extremidades no podían más, cuando mis pies ardían, noté que ya comenzaba a amanecer. Muerta de sed, de hambre, perdida en la desolación. Jadeé llorando.

Escuché de nuevo un auto, debía intentarlo, me dije, notando mi ropa realmente sucia debido a que clareaba. Eso, más el olor, comprendí lo que era. Quise gritar, gritar como nunca, pero debía intentar que de nuevo se parasen. Ya desquiciada, importándome poco, manoteé casi en medio de la calle. Las luces, acercándose, disminuyeron la velocidad.

—¿Quieres matarte? —era la voz de un hombre. Gemí negando, sin poder hablar debido al esfuerzo, eso sin contar con el fétido sabor en mi lengua.

—Es una joven, viejo, espera —intervino una mujer.

—Pos que se quite. —Negué llorosa.

—No, por favor, ayúdeme —y me dejé caer sobre el pavimento, de rodillas, cubriéndome el rostro, llorando ya sin control. El desamparo, la desazón, el odio, todo se arremolinaba dentro de mí, con ira, con desesperación.

—Tranquila —era la señora—. Anda, acércate —le ordeno al señor.

—Te advierto que vengo armado, si es una treta no la cuentas, escuincla —negué de nuevo, encarándolo.

—Necesito llegar a casa... por favor, vivo en la Ciudad de México, por favor —rogué con la voz quebrada.

—Se ve inofensiva, súbela a la batea —ordenó su esposa, supuse—. Vamos para allá. Anda te llevamos.

—Mujer —respingó el hombre.

—Ya dije, anda —y cerró la puerta de su lado. Ya podía distinguir mejor todo gracias a que el sol iba saliendo. El hombre, bien abrigado, enorme, se ubicó frente a mí.

—Parece que te caíste en medio de abono, niña, apestas. —Me incorporé como pude, sabía que algo así sería—. Dime dónde vives, te llevamos —y sacó un paliacate de su pantalón, me lo tendió—. ¿Estás herida? Porque no queremos problemas.

—No, no —mentí deliberadamente. Le di como pude la dirección, tartamudeando a ratos. Este se la gritó a la mujer, supongo que la anotó, y me escoltó a la parte trasera. Fingí, tanto como pude, que estaba bien, solo los temblores no lograba esconderlos. Lo cierto es que mis pies estaban

destrozados, costaba respirar por la costilla que dolían mucho, sentía hervir la cabeza y podía detectar cada golpe que me dieron.

—¿Llamamos a alguien? —preguntó la mujer desde atrás. Negué frustrada, no tenía idea de los números de ninguno.

—¿Quién te pudo dejar así en medio de la nada? —preguntó el hombre cuando cerró la batea, estudiándome. Intenté sonreír infructuosamente. Un instante después ya íbamos rumbo a la ciudad.

Las lágrimas no dejaban de brotar, mi piel, mi cabello, todo estaba manchado de marrón y verde. El olor ya estaba tan dentro de mi sistema que pude ignorarlo un poco, aunque de pronto las arcadas regresaban. El frío, y más con el movimiento, aunado a la ropa húmeda era espantoso. Mis dientes titiritaban, por mucho que me abrazaba, no lograba entrar en calor.

Cuando al fin vi los letreros de la Ciudad de México, no había pasado mucho tiempo, comprendí que había estado tan lejos, pero caminando no hubiese llegado, menos sin zapatos. Observé mis pies, sangraban, ahora con la luz se veía sin problema, además ya lucían hinchados, no tenía idea de cuantas heridas podían tener por la planta.

Observando los autos que pasábamos, consciente de que mi cuerpo estaba el límite y de que dejarme vencer no era una opción, apreté los puños con ira. Cómo alguien podía ser tan cruel, a un extremo como ese. La respuesta llegó sin buscarla, esta era mi vida, debía asumirlo de una vez por mucho que doliera.

Casi inconsciente, escuché como tocaban el vidrio que daba a la parte trasera, giré soportando el dolor que eso producía. La mujer abrió la pequeña ventana.

—Ya estamos llegando, ¿no quieres que te dejemos en un hospital? —Negué adormilada. Necesitaba llegar a él, era lo único que ya podía pensar. La mujer asintió cerrando de nuevo, sería.

Cuando reconocí las calles me erguí, le di señas al conductor por la ventana que abrió cuando le toqué. La debilidad ya estaba consumiendo mi cuerpo, pero conseguí, no tengo idea de cómo, hablar y explicarle.

Al llegar, unos metros antes, pude distinguir a Clemente, estaba en la acera hablando por su móvil, moviéndose ansioso. En cuanto la camioneta se detuvo, giró. Frunció el ceño desconcertado, pero de inmediato me vio.

—¡Zinnia! ¡Dios, gracias! —intenté moverme, pero ya no podía. Sin esperar a que el hombre abriera, se brincó y sujetó mi rostro con ambas manos, preso de la preocupación, sonreí atontada—. Dios, Dios —lo escuché quebrarse.

—Nosotros no tuvimos nada que ver, solo la trajimos. —Clemente asintió, ansioso. Me arrastró con cuidado y me bajó. En cuanto estuve en el piso, mis piernas se doblaron. Me sostuvo en el acto.

—Te tengo —musitó con la mirada desorbitada—. ¿Qué pasó?, ¡maldita sea! —No pude responderle porque justo cuando escuché que la camioneta se alejaba perdí la consciencia.

—Zinn, por favor, Zinn —era él, gemí negando con la cabeza. El dolor retornó golpeando. Me erguí de golpe, asustada, creyendo que aún estaba sola, ahí, en medio de la nada—. Tranquila, Colibrí —giré a su voz, estaba en el cuarto, lo reconocí de inmediato. Yerik

estaba a mi lado, pálido, expectante, lloroso. Las náuseas regresaron, intenté bajarme.

—Debo vomitar —anuncié, más personas estaban ahí, pero no las distinguí. Casi volando me llevó hasta el baño. Puro ácido salía de mi estómago. Pronto las fuerzas me abandonaron, comencé a desvanecerme.

—¡Ey!, No, no —y me tomó por la barbilla sacudiendo mi rostro. El llanto regresó.

—Límpiame, por... favor, limpia... me —le rogué sin dejar de lagrimear. Asintió sin dudar. Me desvistió con sumo cuidado, pero pese a eso, yo lloraba, me dolía todo, cada parte de mí y no podía apoyarme en mis pies porque era como caminar sobre agujas. Se metió conmigo a la ducha sosteniendo mi peso una vez que ambos estuvimos desnudos.

Lloré y lloré evocando la angustia, el miedo y por el alivio de sentirlo ahí pegado a mi piel. Me lavó como pudo con suma delicadeza, esa que siempre solía emplear en mí, el olor poco a poco iba desapareciendo. Temblaba, gemía, me quejaba.

—Ya, estás aquí, conmigo, ya pasó, ya pasó, hermosa, ya pasó. —Seguí llorando, casi laxa pues no lograba tener fuerzas. Cuando terminó me sentó en el piso de la regadera, con la llave abierta—. Ahora regreso, no te muevas, por favor. —Asentí frotándome la piel con ansiedad, perdida en su mirada llena de consternación, de horror evocando cada momento en aquel sitio, la angustia, los miles de pensamientos plagados de miedo, de dolor, de impotencia.

La suciedad, pero no los sentimientos de vulnerabilidad, se iban por el drenaje. Estaba en medio de una crisis de nervios, podía sentirlo. Busqué serenarme de alguna manera, respiré una y otra vez lento, muy lento, dejando salir el aire. Yerik apareció unos minutos después. Cerró el grifo y me levantó con cuidado.

—Me duele —admití intentado ayudar. Besó mi cabello, húmedo que había tenido que lavar dos veces con champú.

—Todo estará bien, todo, te lo juro —asentí rodeando su cuello, no aguantaba los pies.

—No puedo... caminar —lloré pegada a su camiseta seca. Me enrolló en la toalla sin perder tiempo y me alzó. El alivio llegó, pero otros dolores regresaron. Me depositó en la cama lentamente. Me vistió con mi ropa de dormir, limpia.

—Mi boca, Yek, quiero... —antes de que dijera nada, ya regresaba con mi cepillo de dientes y pasta, se la puso y me lo tendió. Me los froté con la poca energía que tenía, él terminó mi tarea al ver que mi mano bajaba. Me dio agua, la escupí varias veces en un recipiente, después me recostó.

—Necesito saber qué pasó —preguntó apesando mi mano, besándola una y otra vez, pero mis párpados pesaban demasiado, aunque la imagen de él, con su cabello húmedo, se me antojó perfecta, ya estaba en casa—. Okay, ya entran a revisarte, tranquila, Colibrí, estás conmigo —musitó con urgencia.

Un hombre que no reconocí se acercó, debía rondar los 40, al lado de él, Lolita. Sonreí con tristeza y de nuevo llorando al verla.

—Es médico, mi niña, estarás bien —dijo la mujer ubicándose del lado opuesto a Yek. Cerraron la puerta, escuchaba voces, más personas aguardaban afuera.

—Trae cardenales por todos lados, creo que las costillas están lastimadas, devolvió

el estómago, sus pies –musitó mi novio trastabillando, notoriamente fuera de sí.

—Tranquilo, ya la reviso –y me miró a mí—. Si no puedes mantenerte despierta, no te preocupes, aunque serviría para saber si es más grave, ¿bien? –asentí con la mirada, entumida, absolutamente agotada.

Con manos expertas me revisó, serio. Me quejé varias veces. Yerik y Lolita se colocaron uno al lado del otro, frente a la cama, esperando.

—Debemos llevarla a la clínica, hacerle una radiografía, no estoy seguro de si esta costilla se fracturó. Además, sus pies, hay que limpiarlos, tiene demasiadas heridas, y temo que vidrios u otras cosas, se incrustaran. Me gustaría descartar un órgano inflamado –ambos asintieron. El hombre tomó mi pulso, revisó mis latidos, me hizo una revisión exhaustiva—. Tiene fiebre.

—La... ropa estaba... mojada –musité con debilidad—. Me... me... metieron en la... boca... —el llanto retornaba, Yerik me observaba con los puños apretados, lloroso—. Algo, a lo que... olía. —Mi novio salió de inmediato, regresó con mi blusa sucia. El doctor lo olió, aunque yo ya sentía de nuevo las arcadas.

—Te metieron abono, o algo similar. Santo Dios, ¿recuerdas algo más?

—Me... durmieron con algo... que olí. —Yerik respiraba con dificultad, con el ceño fruncido y mirada fúnebre, amenazante.

—Bien, debemos llevarla, es importante –zanjó ya sin dudar. Mi novio asintió, se acercó a mí, me colocó un suéter, y me cargó.

—Estarás bien –habló sobre mis labios suavizando su gesto.

—Solo no te separes –pegó su frente a la mía.

—No, lo prometo.

Dormí gran parte del día, excepto cuando me limpiaron los pies. Fue tal el dolor que tuvieron que colocar anestesia local. Tenía varias piedrecillas que se habían adentrado, vidrios, más las heridas. Mis costillas no estaban rotas, pero los golpes habían inflamado algunos órganos como el médico vaticinó. Debía descansar. La fiebre iba y venía, al anochecer salí al fin de aquel lugar.

Gracias a Lilo, llegamos a casa rápido. Yerik me arropó, no sin antes darme los medicamentos. En la clínica ya me habían dado algo de comer, pero Lolita decidió que un buen caldo era lo mejor, por lo que además de firmar como mi familiar por cualquier situación y ayudar a mentir con mi mayoría de edad, se regresó a su casa para hacerme de comer lo que deseaba. Me lo comí sin chistar, al acabar no supe más de mí, simplemente no podía mantenerme despierta un segundo más.

Desperté sobresaltada, mi respiración estaba disparada, creí que aún seguía en aquel lugar, sola, absolutamente sola y que la penumbra de la noche me consumía lentamente hasta hacerme desaparecer. Negué sudorosa. Las manos de él tomando mi barbilla, me hicieron reaccionar. No tenía idea de qué hora, pero seguía oscuro.

—Estás conmigo, estás conmigo, Colibrí –pese al dolor me giré para abrazarlo. Lloré sin detenerme, intentando menguar esa horrible sensación de miedo que recorría mi cuerpo. El peligro lo conocía, vivía en mi casa, pero en las calles, pese a todo, siempre me había sentido

capaz de defenderme, ahora ya no y eso me enfurecía. Odiaba la vulnerabilidad, porque, aunque mi cuerpo tenía cicatrices de los golpes, mi mente la mantenía blindada, pero bajé la guardia, en eso terminó.

—Fue... fue Sandra, la chica que expulsaron —hablé sin pensar, presa de la ira y rencor. Yerik se tensó, pude sentirlo, siguió besando mi cabeza, arropándome con su seguridad.

—Debes recuperarte —y aferró los costados de mi cabeza para que lo viera. Pese a la falta de luz pude distinguirlo. Lucía roto, descompuesto, pero muy serio—. La vida es para quienes caen y se levantan, Zinnia. Esto no debió ocurrir, fue cruel, pero no podemos hacer nada para cambiarlo. Recupera tu cuerpo, y no te escondas, eso es lo peor que te puedes hacer. —El llanto continuó, ahora más intenso.

—Odio esto, odio que no podamos protegernos, que exista gente así. ¿Por qué debemos pasar por cosas tan espantosas?

—Porque esto es nuestra realidad, rechazarla no servirá, no la cambiará. He buscado protegerte de todo y al final, no he logrado nada. Nos alcanza de todas maneras. Así que necesito que saques de nuevo esa fuerza que tienes, que amo. Yo cuidaré de ti, afrontaremos lo que venga juntos. Puedes hacerlo.

—Quisiera golpearla, yo... quiero matarla —negó colocando su frente sobre la mía.

—Tú debes salir de esto, y ten por seguro que ella no volverá a acercarse. —Me separé sin comprender.

—No quiero que te metas en problemas, Yerik, no. En la clínica me dijeron que puedo denunciar.

—Puedes, pero se darían cuenta de nuestra situación, aunado a que yo no estoy limpio y pueden tergiversar las cosas, además, el proceso tardaría tiempo —respiré asqueada.

—Quisiera que todo fuera diferente... —admití limpiándome el rostro.

—Lo será, te lo aseguro y esa arpía, me conocerá —negué sujetando su cabeza, ansiosa.

—¡No, no quiero más problemas!

—Sé defenderme, Colibrí, me críe en la calle, recuérdalo. Sé qué hacer —la oscuridad de su voz me hizo temblar. No me agradaba en lo absoluto que se metiera en algo peligroso.

—Solo... solo no hagas algo irreversible, solo... haz que no vuelva a hacerlo con nadie, pero no te ensucies las manos.

—Colibrí... —nunca lo había visto con tanto odio, con tanto rencor, ni siquiera con los cuervos.

—Júralo —le exigí con urgencia.

—Haré lo que deba hacer para que puedas salir de nuevo a la calle sin miedo, ¿comprendes?

—Pero nada que debas cargar en tu consciencia.

—Lo juro —sonreí pesarosa. Lo abracé otra vez, me pegó a él con cuidado—. Creo que tienes fiebre de nuevo —me separó, prendió la luz de la mesilla de noche, mis ojos se quejaron. Colocó el termómetro en mi boca y me recostó, afligido, también agobiado. Tenía. De inmediato me dio los medicamentos. Mi cuerpo dolía más que horas atrás, pues ahora los

músculos, además de estar golpeados, se sentían agotados por la tensión, por caminar, por llevar mis fuerzas al límite.

—Me duelen los pies, Yek —me quejé molesta. Asintió. Me quitó los vendajes, tal como le enseñaron, los examinó, colocó de nuevo unguento y cubrió con gaza las heridas más hondas. Se recostó a mi lado, dejando salir un suspiro. Ninguno de los dos cerraba los ojos.

—Quieres contarme qué pasó —asentí buscando su mano, enseguida entrelazó sus dedos con los míos, dándoles un leve apretón. Le narré lo ocurrido, al terminar de revivir aquello me sentí mejor y a la vez, peor, alterada. Me abrazó con cuidado, acariciando con suavidad.

—Eres muy valiente, Colibrí, siempre lo he sabido, pero realmente eres mucho más fuerte de lo que piensas.

—Solo quería llegar a tu lado, solo por eso no me dejé vencer, Yek —besó mi cabeza.

—Eres por lo único que he despertado y continuado cada día desde que te conocí.

Y tomamos vuelo, espero que tengan los cinturones bien puestos. Yo soy drama/romance/perdón y esto apenas comienza. Es real que las personas dañan sin razón, o eso pensamos pues en realidad esto los empodera y de esa forma ocultan su mayor verdad: son cobardes. Así que ya saben su secreto ;) ¡Gracias por comentar, me retroalimenta, por eso sigo de necia en Wattpad, me nutre y por sus votos, por leerme!



Por la mañana abrí los ojos lentamente, la luz se colaba por las ranuras de las cortinas. No me atreví a moverme, era consciente del dolor, de lo que había pasado. Me recorrí poco a poco sobre las almohadas, todo seguía doliendo bastante. Me quejé, pero logré apoyar mi espalda sobre ellas.

La puerta estaba emparejada, había comida lista sobre la mesa, a mi lado agua, mis medicamentos. Dejé salir un suspiro, buscando perder mis pensamientos en algún momento agradable. Debía salir de aquel recuerdo, decidí apretando los puños.

Unos minutos después Yek asomó el rostro desde el exterior, el sol ya estaba alto. Al verme despierta, sonrió. Lucía muy cansado.

—¿Cómo te sientes? —quiso saber, acercándose para besar mi frente. Sonreí al percibir su aroma.

—Me duele todo, pero tengo hambre, necesito... ir al baño —admití mostrando los dientes.

Asintió sin dudar. Con mucho cuidado me ayudó a incorporarme, dolía como el infierno las plantas de mis pies. Ya en el piso me cargó con facilidad. Me aferré a su espalda, perdiendo la nariz en la cuna de su cuello, en su esencia.

—Cuando estés lista, me avisas.

Asentí cuando me dejó adentro del sanitario.

Al llegar de nuevo a la cama, después de haberme lavado los dientes, de peinar un poco mi cabello desastroso y estudiar lo lacerado de mi cuerpo que se hallaba adornado por cardenales amarotados aún, atacué con apetito lo que me preparó mientras Yek iba y venía aseando el lugar. Había hablado con el dueño de la tienda explicando lo ocurrido. El hombre no tuvo problemas, incluso me mandó saludos y le pidió que fuese más tarde por algo de comida. Lo miré asombrada, se llevaban realmente bien.

Lolita apareció cuando acababa de comer. Sonreí al verla. Se acercó a mí, agobiada aún. Acarició mi mejilla con dulzura.

—¿Cómo estás, mi niña? Dice Yerik que pasaste una noche incómoda.

—Sí, pero creo que esta será mejor —admití más serena. Estaba ahí, él a mi lado, debía creer que era suficiente y que lograría, una vez más, superar la mierda que nos rodeaba.

La charla que sostuvimos la noche anterior me sirvió mucho más de lo que imaginaba. Era espantoso lo que me había ocurrido, el miedo de salir circulaba por mi ser, pero definitivamente sabía que no me vencería, no mientras tuviera a Yek, a Clem, a los niños, a personas como ella que me mostraban el otro lado de los sentimientos.

—Pensé que... estarías mal. Luces tranquila, Zinnia —expresó con asombro. Miré a Yerik de reojo, metía una ropa doblada en el pequeño ropero.

—Sí, aquí lo estoy —admití notando que sonreía al abrir un cajón.

—Es tremendo lo que ocurrió, en serio me asombra verte tan ecuánime, mi niña, pero me alegra.

Clemente llegó más tarde, era sábado. Se tumbó a mi lado, admirado de mi humor; no era que riera, pero no estaba llorando y eso era bueno. No me quebraría, esa era una decisión.

Me llevó una carta de Sol, las lágrimas saltaron; todo estaba tranquilo, no sabían lo que había ocurrido. Después jugamos un poco con su celular mientras Yek salía a la abarrotera a comprar algo de comida. Casi al anochecer regresó. Venía hablando por teléfono.

—Te la paso. Sí, puedes venir mañana, hoy ya debe descansar —y me tendió el móvil sonriendo después de darme un beso en los labios—. Es Carlo, te ha estado buscando. —Lo tomé enseguida.

Clemente y él salieron para darme privacidad. Estaba furioso, indignado hasta lo inimaginable.

—¡Es una loca, una maldita loca! Pero debes hacer algo, no se puede quedar así, Zinnia. —le intenté hacer ver que no era tan sencillo, que podría tener más problemas que una real solución. Al final me pidió hablar con Yerik, no tan de acuerdo con mi decisión. La verdad no tenía ánimos para más, así que con esfuerzo me bajé de la cama. Los pies aún dolían, pero no lo llamaría, necesitaba estirar un poco las piernas, aunque sabía que no le gustaría verme levantada. Qué más daba. Estaba siendo absolutamente protector, cuidaba el menor de los detalles, al pendiente de mí para todo, ya no quería que se preocupara por mí, lo peor estaba pasando.

Al escuchar el nombre de Sandra, afuera, me detuve. Estaban justo del otro lado del muro, a unos metros, hablaban en susurros. Agucé el oído, con el móvil en la mano. Dejé incluso de respirar por el temor a que me descubrieran ahí.

—Ya dimos con su casa, Jazzo se va a encargar. Pero lo que esa perra le hizo, no se quedará así... —era Clemente, hablaba muy bajito.

—Solo haremos que no vuelva a acercarse, no queremos un lío de policía, ni tampoco algo que carguemos en la consciencia. Pero sí tenemos que asegurarnos que no vuelva a tocarla. Ella debe salir a la calle sin miedo, no podré hacer nada sabiéndola sola, esta mierda me supera.

—Tranquilo, todos estamos cabreados con lo que ocurrió. Zinnia es de la nuestras, nunca más pasará, te lo aseguro.

—Quizá debería hacer caso a la propuesta de Lolita —mi corazón se detuvo, abrí los ojos y la boca, temblorosa. Él lo sabía, ¿cómo? Sentí náuseas, enojo, todo junto.

—Esa mujer es buena, pero Zinnia no te dejará, olvida eso. Lo sabes, tú no podrías sin ella, ni ella sin ti.

—Mierda, Clemente, merece algo más, no esta jodida porquería.

—Lo tendrá, patán, en eso estás. Escucha, cuida bien lo que te di, sé que servirá, fue una suerte encontrarlo. Pronto saldremos de esta inmundicia donde nos metieron esos putos buitres, tú harás lo que tienes pensado. Irán las cosas bien.

—Eso también implica no tenerla, lo sabes —dijo con voz rota. El dolor sangrante en su tono pude sentirlo como si fuese propio. Arrugué la frente perlada de sudor por el esfuerzo y por sus palabras.

—Su lugar no es con Lolita, no solucionarás nada. Deja eso ya, sigue con lo planeado, pase lo que pase, ¿comprendes? Ya las pruebas las tenemos para esas brujas, es cuestión de tiempo. Y en cuanto a Sandra, no supo donde se metió. —Mi respiración iba dispar, olvidé el móvil que tenía en la mano. Negando. Me regresé a la cama, casi arrastrándome, los ruidos que hice los alertaron. De inmediato entraron. Yo ya me recostaba, llorosa. Le tendí el móvil, sin verlo a los ojos.

—Quiere hablar contigo —lo tomó de inmediato, Clemente seguía bajo el marco de la puerta, escudriñándome para ver si de ese modo lograba detectar qué escuché.

—¿Carlo?, hola —unos segundos después lo dejó en la mesa—. Colgó —musitó mi novio, estudiándome también, solo que con una mirada más severa, oscura, llena de una inteligencia congelante.

—Los veo mañana, Zinni, debes descansar, y yo tengo unos pendientes —anunció de pronto Clemente, se acercó a mí para besar mi frente. Sin pensarlo dos veces tomé su rostro entre las manos, seria.

—No hagas nada que te ponga en peligro, nada que no te deje vivir —supieron ambos de inmediato que sí, los había oído. Yerik se tensó aún más, erguido en la piecera. Clemente dejó salir un bufido, sujetando mis dedos.

—Lo único que tengo son a ustedes, a los niños, lo demás me importa una mierda, el mundo es una mierda, y puedo vivir con eso. Esa puta arpía no te volverá a molestar —negué lagrimosa.

—No hagas una estupidez, no lo hagas —besó mi frente, sonriendo con tristeza.

—No lo haré, eso ya lo hizo ella —expresó con una endiablada sonrisa. Besó mis

manos y se alejó. Ambos se despidieron, mirándose con complicidad. El celular volvió a sonar.

—Te busco mañana, no la puedo dejar sola por la noche, ya avisé —dijo Yek, Clemente asintió y salió un segundo después.

Yerik respondió la llamada, era Carlo. Escuché su conversación. Mi amigo le cuestionaba nuestra decisión. Hablaron por algunos minutos mientras yo me sentía más perdida que nunca, desconcertada hasta lo increíble. Al terminar, dejó salir un suspiro, circunspecto. Colocó el móvil sobre la mesa, girando lentamente hacia mí. Lo observé con cautela.

—¿Qué escuchaste? —quiso saber con voz ahogada, pero autoritaria. Mi corazón latía de prisa, entrelacé mis dedos, bajando la vista.

—¿Cómo supiste de la propuesta de Lolita? —lo cuestioné sin encararlo.

—Ella me lo dijo ayer, en la clínica. ¿Y tú, por qué no la mencionaste? —me cuestionó. Reí con ironía.

—Porque te conozco, y en aras de que yo esté bien, la contemplarías, como acabas de hacer.

—Y tú, ¿qué quieres? —alcé la mirada, clavándola en la suya. Estaba de pie, a un lado de la mesa, frotándose el cuello, esperando mi respuesta.

—¿Es en serio? Creí que era claro, pero parece que me equivoqué y que de alguna manera estás buscando deshacerte de mí.

—No te atrevas a decir eso —me advirtió con voz dura, con ojos peligrosos.

—Y tú no te atrevas a decidir por mí, ¿comprendes? Nunca, estoy donde quiero estar, a tu lado. Pero si no es lo que deseas, solo debes decirlo —rugí despacio.

Se acercó como un león al acecho hasta lograr que mi cabeza quedara pegada a la pared. Lo observé respirando agitada. Su gesto recto, con aquellos ojos oscuros, emanando riesgo, pero a la vez, seguridad.

—Las decisiones que he tomado en mi vida han sido sin retorno, pero la que te concierne, definitivamente es la única que me mantiene vivo. No repitas algo como eso, Zinnia, nunca. Sabes que te amo, que no es reciente, que así ha sido toda mi vida, sin embargo, tú estás por encima de mi amor por ti.

—¿Qué quieres decir con eso? ¡Deja de hablar de esa manera! —le exigí molesta, desconcertada importándome un carajo su postura amenazante.

—A qué haré lo que sea para que esta no sea tu realidad, para que cosas como lo ocurrido, no vuelvan a sucederte.

—No existe nada ni nadie que pueda evitarlo, sé que lo sabes, pero mi certeza eres tú y en este momento no la siento y me está doliendo. Así que dime, qué tienes pensado, qué eso que te dio Clemente, qué sucede —exigí saber, apretando los dientes. Se alejó negando.

—Nada, cosas de esas mujeres... —sabía que mentía.

—No eres sincero, ¿qué estás planeando? ¡Dime! —le grité rabiosa. Negó poniéndose de pie.

—No es nada, solo salir de ese trabajo, buscar la manera de tener una mejor vida, eso es todo.

—¡Mientes, mientes!, lo sé —lloriqueé ansiosa. Lucía tenso, serio, incluso afectado.

—Deja eso ya. Debes dormir y...

—¡Vete al infierno! En serio, necesito saber lo que planeas, lo que viene cruzando en tu cabeza desde hace tanto tiempo. Estoy harta de las medias verdades, de que no me lo digas todo, de que algo te guardes.

—¡Desear lo mejor para ti no me convierte en un hijo de perra! Y pese a ti, lo haré, lo lamento, Zinnia, pero eso no lo dudes —rugió. Me erguí en la cama pese al dolor, acercándome hasta donde estaba, rabiosa.

—¿Para qué me dices que me amas, para que me has hecho vivir los mejores momentos de mi maldita existencia si al final lo que buscas no es estar a mi lado? —Me encaró contenido, con el rostro tenso.

—¡Eres mi vida, carajo, mi vida! Sin ti no soy nada, y te amo como un imbécil, pero este mundo no es para ti.

—¿Y cuál lo es? Dímelo, porque necesito saberlo. No tengo otra realidad, y no tomaré lo que me ofreció Lolita, no lo hubiera hecho años atrás, por ti, por lo que implicas en mí. Ahora mucho menos, no iré con ella, no iré con nadie que no seas tú. ¿Comprendes? ¡Con nadie! —y me recosté llorando.

¿Qué ocurría?

El silencio duró mucho más de lo que podía soportar, era atropellador, aplastante, dolía y se sentía como si se colara en las venas de ambos para martirizarnos. Ninguno nos movimos. Solo se escuchaban mis sollozos, su respiración dura.

Minutos después percibí que se movía, se acercó lentamente, se hincó a mi lado, yo le daba la espalda. Su mano acarició mi brazo con suavidad y un segundo después apoyó la frente en mi nuca.

—Te he amado desde que tengo memoria. Por mucho que intento no puedo verme sin ti a mi alrededor. Eso no cambiará jamás, Colibrí, siempre has sido mi cielo en el infierno.

—No me alejes —supliqué girándome para verlo de frente. Su rostro lucía realmente fatigado.

—Pero si aquí estás, me tienes y siempre me tendrás —musitó despacio. Rodeé su cuello con mi mano acercándolo a mi boca.

—Solo entiende que tú eres mi elección —y lo besé con ansiedad. Pronto terminó en la cama, tocándome con cuidado, pero presa de la necesidad. Cuando me quejé se separó acalorado, sin embargo, no solté su rostro. Nos miramos fijamente.

—Cuando me miras así, comprendo por qué existo —musitó. Sonreí besándolo con suavidad. Deseaba preguntarle más, pero no estaba lista para otra discusión, no en ese momento, mi alma se estaba intentando recuperar de lo que acababa de ocurrir y era lo suficientemente inteligente como para comprender que una herida a la vez, porque además si el dolor provenía de él, sería certero.

—Sé que nuestras realidades se unieron porque debíamos estar juntos. Te amo —y lo abracé empleando mis pocas fuerzas.

—Yo a ti, Colibrí.

Esa noche me ayudó a ducharme. Con los pies como los tenía era aún complicado, sin embargo, después de esa lamentable discusión que no nos llevó a ningún lado, la tensión se

diluyó. Yo iba pegando pedacito por pedacito de mí, otra vez y solo necesitaba paz para ello.

Él de alguna manera lo supo, así que sentados en el piso de la regadera reímos un poco, incluso jugamos. Entre besos y jadeos, pude olvidar el estado de mi cuerpo, incluso el cansancio, pero sus palabras no pese a todo. Algo tramaba, su cabeza era una complicada maraña en la que era casi imposible adentrarse. Yerik estaba blindado, pese a saber con frecuencia interpretarlo, en esta ocasión no lo logré. Me sentía frustrada, y hasta cierto punto ansiosa.

Dormí mejor que la noche anterior, desperté al escuchar la puerta abrirse. Era él.

—Buenos días —musité frotándome los párpados. Me sentía decididamente mejor, aunque los pies dolían y los sentía algo hinchados. Sonrió con ternura, acercándose. Alcé mi mano, entrelazó nuestros dedos.

—Te ves mejor, Colibrí —expresó sentándose a mi lado, en la orilla del colchón. Asentí relajada, perdida en su mirada férrea.

—Sí, salvo los pies, creo que lo peor ya pasó. ¿Salías? —negó mientras jugábamos con nuestros dedos.

—Solo iba a lavar unas cosas, ¿qué necesitas? —preguntó solícito, con dulzura. Ya no quedaba nada del hombre rudo, amenazante e impenetrable del día anterior.

—Ya sabes, el baño, pero intentaré ir sola —negó con firmeza. Hice un mohín.

—Ayer que te cubrí los pies, aún las heridas están cicatrizando, que camines lo menos posible ayudará para que pronto estén bien —argumentó con calma. Tenía razón. Así que ya no objeté. Me vestí con su ayuda, me peiné incluso con una trenza y acabé tendida de nuevo en la cama después de desayunar juntos.

—Carlo vendrá en un par de horas, sabe lo de tus apuntes, quiere ayudarte con eso... —no parecía feliz con la idea, pero tampoco molesto. Lo observé desde mi posición, intrigada.

—¿Qué pasa? —quise saber. Sin que lo imaginara, se acercó a mí y me besó con arrebató, con posesividad, invadiendo mi interior con su lengua voraz, hambrienta. Dejé de respirar por un segundo, ansiando más.

—Sé que no te atrae, y me cae bien, lo juro, es solo que... —sus ojos estaban turbios, su ceño fruncido. Tomé su rostro entre mis manos para que me mirara fijamente, leí una inseguridad que no me agradaba en lo absoluto.

—Es solo que aún no entiendes que nunca desearé ni he deseado nada más que a ti. Bésame, Yek, bésame ahora, te necesito —le pedí con vehemencia. Sonrió comprendiendo mi ansiedad, mostrándome sus grandes dientes. Acarició uno de mis labios, atento.

—Me enloqueces, Zinnia, no recuerdo un momento en el que no haya sido así —murmuró con voz ronca.

—Cierra esa maldita puerta y bésame, ya —ordené enredando una de mis manos en su cabello, aferrándolo levemente, pero con urgencia.

—¿Segura? No quiero que... —lo atraje hasta mis labios y mordí tiernamente, de manera sugerente, uno de los suyos. Sus ojos chispearon.

—Ahora, Yek —me besó con demencia para un segundo después hacer lo que le

dije.

Minutos después, cuando la paz nos envolvió, sonreí complacida, sentada a horcajadas sobre él me escondí temblorosa en su pecho desnudo, fuerte.

—Me gustan tantos tus manos, Yek —y enredé mis dedos en una de ellas, pues la otra aún rodeaba mi cadera. Su pecho subía y bajaba debido a lo compartido, a la intensidad de nuestra entrega y es que con él no imaginaba que fuese de otra manera. Observé sus dedos grandes, su piel curtida, la dureza y firmeza que emanaban.

—¿Y qué más? —preguntó lánguido. Alcé el rostro, sonrojada, lo pude sentir, la fiereza y urgencia de hacía unos minutos se había esfumado pese a que nada nos cubría.

—Tus ojos... —arrugó la frente.

—No tienen ningún chiste, son cafés, como casi todos... —sonreí negando—. En cambio, los tuyos, uff, ese maldito color me enferma, es un gris oscuro tan extraño, a veces, con ciertas luces, podría decirse que son azules, pero no, son grises, lo tengo claro. —De pronto mi actitud cambió, torcí los labios y pegué mi frente a su barbilla.

—Nunca sabré si mi madre o mi padre los tenían de este color... —musité reflexionando sobre ello, aunque la verdad no era algo que solía pensar, quizá alguna vez de niña, pero desde hacía tanto tiempo que esos pensamientos se perdieron, que ya no lo recordaba. Con su mano, elevó mi rostro.

—¿No tienes curiosidad de saber más sobre tu familia? —Me encogí de hombros, me soltó pues sabía que ya no me escondería.

—No me deseaban a su lado, eso quedó claro, ¿no? Crecí en ese lugar y nadie nunca me fue a buscar...

—Colibrí, lo que a mí me ocurrió, no tiene por qué ser tu historia —me hizo ver acariciando mi mejilla con delicadeza.

—Te tengo a ti, Yerik, tú eres mi familia y no quiero ni necesito ninguna otra —declaré sin titubear. Su sonrisa se ensanchó, pero no mostraba alegría, no por completo, su mirada escondía algo, de nuevo—. ¿Y sabes por qué me gustan tanto tus ojos? —Negó intrigado, arrugando la frente—. Porque pueden inspirar temor, amenaza, incluso miedo, pero cuando me ves, todo cambia y son... dulces, tiernos, me demuestran todo sin que debas decírmelo la mayoría de las veces, me hacen sentir en casa —dejó salir un suspiro, asombrado. Acercó mi cabeza a la suya y me besó con cuidado, probándome apenas.

—Eres mi hogar, lo sabes, y te amo —lo abracé con fuerza disfrutando de estar piel con piel.

—Así que mis ojos te gustan —murmuré sin despegarme. Lo sentí reír. Sus manos bajaron por mi espalda y las colocó con mi trasero. Di un respingo, sonriendo.

—Y aquí también, desde siempre, pero lo que más —y me separó, serio. Con su dedo pulgar repasó mi labio inferior, atento—, tu boca, Zinnia. No sé cuántas noches pasé imaginando que podía besarla, que podía tocarla, probarla. Tú eres hermosa, tu rostro, tu cuerpo, pero tu boca, ¡Dios!, me mata, en serio que sí... y es que al verla solo se puede pensar en besarla. —sonreí complacida, besándolo de forma fugaz para volver a esconderme en la cuna de su cuello.

—Te amo tanto, Yek... —apretó con dulzura mi espalda.

—Lo sé, Colibrí, lo siento cada momento.

Hay mucho más, y estamos por terminar la segunda parte de Luces en la tiniebla, pero díganme, ¿no les encanta cuando riñen? Yo lo amo, me fascina que salgan sus caracteres, amé que ella decidiera seguir, que él sea como es. Aunque quizá no siempre lo comprendan, quizá él tampoco a sí mismo, pero es clave lo que le dijo, mucho de ello. ¡Gracias por sus votos y comentarios, por hacer que esta historia crezca!



Carlo llegó a las doce. Me alegró verlo. En cuanto me tuvo enfrente me dio un abrazo cargado de alivio.

Yek, en silencio, nos observó al lado de la puerta. Lo compartido hacía un rato lo había tranquilizado y definitivamente a mí también, sentirme parte de su ser, era un fin, algo que me hacía sentir más viva que nunca. La fuerza con la que nos entregamos, sus manos sobre mi piel, su aliento pringando mi cuerpo, su sabor clavado en mis entrañas, nuestra propia unión, era simplemente inigualable, incomparable. Le guiñé un ojo, con complicidad, respondió mi gesto, sonriendo.

—Te ves bien, si no fuera por las vendas en tus pies, creería que nada ocurrió —declaró Carlo sin percatarse de las miradas sugerentes entre mi novio y yo.

—Sí, ha mejorado rápido, así es ella —expresó Yek con orgullo. Carlo asintió sacando unas cosas de su mochila.

—Sí, es asombrosa —admitió sin pretensión alguna. Yerik lo miró fijamente, pero mi amigo ni se inmutó, continuaba con su labor, atento. Reí, ambos me miraron extrañados.

—¿Qué es tan gracioso? —quiso saber Carlo, negué con inocencia.

—Recordé algo, nada más. Mejor dime, qué traes ahí.

Yek se acercó, tomó mi cuello y me besó con arrebató. Carlo se removió algo incómodo, cosa que le importó poco a mi novio.

—Regreso en un rato —anunció separándose. Giró hacia Carlo, serio, pero de forma amigable—. Márcame cuando vayas a irte, no tardo. —Este asintió relajado.

—¿A dónde vas? —quise saber. Era domingo, la tienda no abría.

—A comprar lo que hace falta y debo ver a Jazzó —sin darme oportunidad de nada, se fue. Observé la puerta por unos segundos, atenta.

—¿Qué te ocurre? Digo, ya sé que no ves más allá de él, pero pareces pasmada —se burló. Le di un empujón, sacándole la lengua—. ¿Quién ese tal "Jazzó"? ¿Uno de esos gorilas con los que se junta? —rodé los ojos.

—No son gorilas, son sus amigos, míos algunos también. —Torció los labios.

—Tú porque eres parte de ellos, Zinnia, pero amedrentan con tan solo verlos cerca, juntos o separados. Lucen siempre peligrosos.

—Pero no lo son, o bueno, no sin razón —admití—. Jazzó es quien se haría cargo de Sandra —confesé mirándolo alterada. Abrió los ojos de par en par, interesado.

—¿Qué le harán? Aunque lo que sea, se lo merece por hija de puta —aceptó con firmeza.

—No sé, eso es lo que me preocupa, no quiero que se metan en líos —murmuré agobiada. Sonrió negando.

—Me parece que no entiendes lo que te digo sobre ellos —expresó incrédulo. Arrugué la frente—. Esos tipos hay que temerles, no están acostumbrados a temer, incluyendo tu novio. Lo que le hagan, seguramente no habrá manera de achacárselos y, aun así, seguro se arrepentirá de haber sido tan estúpida como para hacerte lo que te hizo.

No quedé muy convencida, me preocupaba que algo no fuera como deseaban, que de pronto las cosas se salieran de control.

Carlo me mostró lo que llevaba; eran copias de sus cuadernos, engrapadas, acomodadas por materia. Lo miré atónita, conmovida también.

—Esto te debió costar mucho dinero, están todas las materias —noté aturdida. Se encogió de hombros restándole importancia, poniéndose de pie para examinar el lugar, mientras yo ojeaba lo que tenía en mis manos.

—Le conté a mi papá lo que te hicieron, sabe un poco de ti, me dio el dinero sin problema. —Sonreí asombrada profundamente agradecida.

—Gracias, no tenía idea de qué iba a hacer con todo lo que quedó inservible.

—Somos amigo, para eso estamos... —declaró abriendo la puerta del baño.

Enarqué una ceja observando su mini tour.

—¿Ya acabaste de inspeccionar mi mansión? —Soltó la carcajada, negando.

—Es muy pequeño, pero lo tienen... No sé cómo decir... Agradable, limpio.

—Cómo querías que lo tuviéramos, aquí vivimos —musité acomodándome sobre las almohadas, necesitaba subir los pies a la cama.

—Si vieras mi habitación, la de otros chicos, mis primos, comprenderías a lo que me refiero... —acercó una de las sillas a la cama, de mi lado y se sentó con desgarmo, sonriendo y examinándome de una manera extraña.

—¿Qué? —me quejé dándole un pequeño golpe en su rodilla.

—Gracias a ti, de alguna manera, he aprendido a ser agradecido —admitió sin bromear.

—¿Por mí?

—Sí, date cuenta, Zinni; son organizados, limpios, responsables, trabajan, han tenido que crecer antes de tiempo. Ustedes no son unos adolescentes, no por lo menos en este sentido... Puedo comprender que ha sido muy duro para ustedes, que... incluso su relación es tan fuerte por todo lo que ha tenido que vivir. Y llego a casa, dejo mis cosas donde me viene en gana, mi habitación tiene una cama, y poseo más cosas de las que alguna vez alcanzaré a necesitar. Me siento en la mesa y la comida está siempre lista, caliente, la ropa limpia, y aunque no somos de dinero, jamás me ha faltado nada, ni siquiera alguna vez me lo cuestioné. Gracias a ti, ahora soy mejor persona, y sé que en la vida hay que luchar, ser agradecidos, ser fuertes y aprender a levantarse.

—No hemos tenido muchas opciones, Carlo... —admití jugueteando con los apuntes que me acababa de dar sin reparar mucho en lo que significaban esas palabras.

—Siempre las hay, mi padre es algo que suele decirme. Son valientes, debía decírtelo, y los admiro, ambos tienen agallas y quiero creer que la vida cambiará en algún momento para ambos.

—Lo hará si nos esforzamos, aunque a veces ya me siento agotada.

—Debe ser normal, más después de pasar por cosas como lo que te ocurrió. Si la verdad me asombra verte así de bien, de tranquila...

—Si llorar día y noche cambiara las cosas, lo haría sin dudar, te lo juro. Pero no sirve de nada, Carlo, no cambia nada, eso solo sucede si lo decides y a veces ni así. No tengo idea de si nuestra vida algún día será otra, no pienso mucho en el futuro, eso es algo que hemos aprendido a dejar de lado, porque lastima. Sin embargo, hoy estoy bien y tengo motivos para seguir, eso es más de lo que otros tienen —mi amigo alzó las cejas, asombrado.

Yek llegó con Clemente diez minutos después de que le marcara, casi tres horas más tarde de que se fuera. Comimos los tres riendo por tonterías, bromeando.

Nunca había sentido el ambiente tan ligero como en aquella ocasión. Pese a todo, lográbamos diluir lo que no tenía respuesta, lo que nos preocupaba, lo incierto de los momentos. Evocando cosas graciosas, mi amigo imitando a quienes pudiera, burlándonos de tonterías. Simplemente unos adolescentes que no tenían nada más que el presente.

—¿Ya me dirán qué le hicieron a Sandra? —quise saber, ambos se pusieron serios, de repente, se miraron con esa complicidad que siempre los había caracterizado, eran tan parecidos y distintos a la vez, pero yo los conocía mejor que eso.

Esperé cruzándome de brazos. Yek torció el gesto, no muy convencido, acercó su mano a mi pierna y la apretó con suavidad.

—Nada grave, solo unas cuantas amenazas... Pero te aseguro que puedes salir sin

miedo a la calle, pajarita –declaró Clemente, con desgarbo, regresando a su pose de " todo me importa una mierda" que lo caracterizaba. Miré a mi novio.

—¿Qué tipo de amenazas? –lo cuestioné. Yek parecía mudo, tan impenetrable como solía, pero sin poder esconder del todo su nerviosismo debido a mi reacción.

—Ay, por Dios, dile, tampoco fue como que faltamos a lo que le prometimos –soltó Clem, y se metió un trozo de galleta a la boca, despreocupado. Yek suspiró frotándose el cuello.

—Si volvía acercarse ella o alguna de sus amigas a ti, sembraríamos evidencias de narcomenudeo a sus padres. Y a ellas, les ocurriría lo mismo que a ti, con la diferencia que a sus hermanos también, y no tan cerca de la ciudad. –Abrí los ojos, asombrada por sus alcances. No lucía orgulloso al decírmelo, esperaba mi reacción.

—Yo... ¿Creen que eso la mantenga alejada? –quise saber.

Algo dentro de mí no le agradaba lo que hicieron, por otro lado, el miedo era un sentimiento que repudiaba, no deseaba salir a la calle impregnada de él, y si con eso podía ir y venir sin temor, ni modo.

—Eso seguro, es una maldita perra, pero a Jazzo no le costó trabajo intimidarla. La idiota confesó todo sin mucho esfuerzo. –Los ojos oscuros de Clemente me miraban fijamente—. Te durmieron, te golpearon, te bañaron en excremento de caballo y luego te dejaron ahí, no sin antes destruir tu celular y quitarte los zapatos. Eran solo chicas y un amigo de ella, que también visitamos, pero ese solo te metió al auto. Cobarde de mierda, creo que es aún peor que esa arpía, en fin. Que de algo sirva este puto mundo en que crecimos, ¿no?

—Fueron muy crueles... —admití evocando todo, con los ojos empañados. Yerik chasqueó los labios, observando a Clem con enojo.

—Te dije que no removieras de nuevo todo, apenas está saliendo de eso –sujetó mi barbilla para que lo viera—. Lo fue, pero estás aquí, segura –asentí acercándome a su boca para rozar levemente sus labios.

—Lo sé, Yek, estoy bien –intenté sonreír. Nuestro amigo nos estudiaba, paciente.

—Quería que supieras la verdad, cómo fue todo, que no imaginaras siquiera que algo más pudo haber ocurrido –musitó nuestro cómplice eterno. Acerqué una mano hasta su antebrazo, agradecida. Lo quería tanto como se puede querer a un hermano, tenía una personalidad tan compleja, pero a la vez tan aguerrida, tan leal.

—Gracias –musité guiñándole un ojo. Me devolvió el gesto con complicidad.

—¿Creíste que te habían hecho algo más? –preguntó mi novio, alterado. Negué sonriendo al ver su semblante aterrorizado.

—Cruzó por mi cabeza en algún momento, pero no quise pensarlo, preferí creer que no –Clemente abrió los ojos, turbado.

—Mierda, lo lamento tanto, Colibrí. –Como pude me levanté para que me sentara en sus piernas, eso hizo sin dudarlo. Besé su frente.

—Tranquilo, ya sabemos que tenía razón en no imaginarlo –Yerik besó con aprensión mis labios.

—Ves, lo que hicimos fue poco. En fin, la pajarita no quería que nos ensuciáramos las manos y no lo hicimos, no tanto por lo menos –admitió Clemente, metiéndose otra galleta a la boca con desparpajo.

—¿Golpearon a alguien? —asintió con indiferencia.

—Al imbécil ese por alcahuete, y a la arpía esa, bueno, digamos que tuvo que irse a hacer un corte nuevo, aunque con lo corto que le dejaron el cabello no veo qué se podrá hacer, y su móvil, no tiene compostura —dejé salir un respingo, pestañeando una y otra vez.

—¿Hicieron eso?

Yerik mantenía la mirada sobre mí, mientras yo veía a Clemente, azorada.

—No la defiendas, porque en serio me cabreo, Zinnia —me advirtió mi amigo, no bromeaba—. Se lo merecía, eso y más, pero prometo que hasta ahí lo dejamos, por ti.

—¿Le cortaron el cabello? No lo puedo creer —sonrió con suficiencia.

—Sí, en eso nos ayudó la hermana de Lilo, le caíste muy bien y fue la de la idea.

Hubieras visto, fue toda una escena.

—¿Cortito?

—Bien cortito, casi como el mío —y se jaló uno de sus negro mechones que apenas si debían medir unos cinco centímetros. Abrí los ojos. Yek no pudo evitar reír.

—No puedo decir "pobre", ¿verdad? —ambos negaron con suficiencia. Clemente comió una galleta más. Arrugué la frente quitándole el paquete—. ¡Ey! Te las acabarás, Yek me las trajo a mí —me quejé arrugando la frente. Mi amigo rodó los ojos.

—Es una envidiosa tu pajarito, en serio —me acusó con desenfado. Entorné los ojos.

—Me dejaste solo dos —musité revisando el empaque.

—Lo merezco por ser tan genial, y por cuidarte el trasero, admítelo —murmuró con su típica mirada de inocencia. Se las tendí de nuevo, sonriendo.

—Acábatelas, ya qué...

—Luego te traigo otras, Colibrí —ofreció Yek rodando los ojos. Asentí alegre.

Adoraba comerlas con un vaso de leche al lado, él lo sabía.

—Son tan empalagosos —me recargué en el pecho de mi novio sonriendo.

—Tú termina mis galletas y déjanos en paz —expresé más relajada.

No pude regresar a la escuela hasta el miércoles. Mis pies ya me sostenían sin problemas y las heridas habían cerrado prácticamente, aunque debía andar con cuidado. Yerik hubiese preferido que me tomara la semana, pero los exámenes se acercaban y yo no deseaba faltar, pese a tener todas las ausencias justificadas gracias al médico que me atendió pues emitió una carta explicando los motivos por los que no fui a grandes rasgos.

Me acompañó con paciencia, una vez dentro, Carlo se adhirió a mí, como supe habían acordado un día antes, no sin mis quejas interrumpiendo su conversación. Al acabar la jornada, mi amigo me llevó a casa, su padre, después de explicarle mi situación, le dio permiso, incluso nos mandó comida. Yek cerró mi puerta dándome un gran beso.

—Directo a casa, Carlo —le advirtió con tono amenazante. Rodé los ojos.

—¿A dónde quieres que la lleve? No soy tú, qué flojera estarla cargando todo el tiempo —le saqué el dedo medio a mi amigo entornando los ojos y luego miré a Yerik torciendo los labios. Alzó las manos en rendición enseguida—. Amigo, en serio, te doblega muy fácil.

—Cállate, solo llévala con cuidado —advirtió ya asomado por la ventana, pues había cerrado la puerta.

—¿Algo más, jefe? —se mofó Carlo, arqueando una ceja.

—Ya sabes cómo defenderte, Colibrí, no lo dudes —bromeaba.

—¡Ey! No le des ideas, tiene la mano pesada.

—Ay, son imposibles, en serio —me quejé. Yerik me besó de nuevo, dejándome sin aliento.

—Te amo... —murmuró sobre mí. Sonreí deleitada.

—Yo más.

Los días pasaron, pronto cumpliría los 18. Estaba prácticamente restablecida, ya había podido regresar a trabajar e incluso ir al parque con los niños. Nada era perfecto, pero yo agradecía cada momento de paz, sabía que a ellos debía aferrarme porque nada estaba dicho.

Tres semanas después de aquello. No habíamos tenido clases. Yek, Clemente y yo, decidimos, por ser lunes, darnos un pequeño lujo e ir a comer a unos tacos.

Anocheecía, reíamos por alguna estupidez de mi amigo. Llevaba consigo el suéter que al fin acababa de terminar. El frío ya había pasado prácticamente, pero por las noches le serviría pues era ligero.

Cuando lo tomó entre sus manos se quedó pasmado, como si hubiese dejado de respirar. Yerik apretó mi cintura, sonriendo, al parecer él sí entendía su actitud.

—¿No te gustó? —pregunté intrigada. Su iris negro se posó lentamente sobre mí. Por primera vez en mi vida lo vi con los ojos razados, pasó su antebrazo por la nariz, aturdido.

—Es lo mejor que me han dado nunca, Zinni —admitió serio, dejando su desgarmo habitual. Me acerqué a él y lo abracé con fuerza.

—Me alegra que te gustara —me envolvió con su típica rudeza.

—Gracias, gracias por siempre cuidarnos, Zinnia —susurró contra mi cabello.

—Ustedes siempre lo han hecho —repliqué conmovida. Nos separamos sonriendo.

—Tienes un puto ángel, pajarito, en serio —jamás había dicho algo así. Yerik me atrajo hacia sí y me escondió en su pecho.

—Sabes que le debo todo —declaró con su voz gruesa. Clemente asintió, observándonos con orgullo, alegre.

—Son tal para cual, recuerda lo que te dije, eres su brújula —evocó reanudado la marcha. Observó el suéter extendiéndolo frente a él—. Pudiste haber escogido otro color, ¿no? —bromeó riendo.

—¡Púdrete! —le grité porque ya corría, carcajeándose. Ahí estaba de nuevo el Clemente de siempre. Iba a salir tras él cuando sentí a mi novio tensarse.

Un auto se detuvo a su lado, de pronto, en la acera. Yerik me aferró con fuerza, dejando de respirar. Era viejo, grande, oscuro. Un par de hombre bajaron. Clemente retrocedió, estábamos a 3 metros de ellos, de él.

Uno portaba un arma. Negué sintiendo el miedo correr por mi organismo a una velocidad inaudita. Mi amigo abrió los ojos, mirándonos de reojo.

—Esto no es un juego, tampoco la traición —zanjó de forma fría mirando a Clemente y a Yerik.

El arma apuntó la cabeza de mi amigo, no pude evitar soltar un grito de horror. Yerik

tembló, con sus brazos como grilletes a mi alrededor, no respiraba.

Clemente giró apenas hacia nosotros, miró fijamente a mi novio con una intensidad tan honda como su amistad, intercambiando mensajes que no lograría jamás comprender, era como si supiera que eso ocurriría, solo alcancé a comprender que le decía "cuídala".

El estallido del arma sobre su sien me dejó sorda, estática por un segundo, con el corazón ahogándome, con ácido en mi esófago.

No, no, no.

No, eso no era real, eso no era posible. Eso no podía estar ocurriendo. Mi cabeza entró en shock.

¡No! Grité, bramé, chillé notando como el cuerpo inerte de Clemente caía al piso, ensangrentado. Los hombres miraron un segundo nuevamente a Yerik y se fueron como si nunca hubiesen estado ahí.

Temblando, sudando, desquebrajada por dentro, rota. Negué una y otra vez. No podía ser real eso, no podía haber ocurrido eso. ¡No!

El abrazo de Yerik se aflojó, corrí hasta Clemente sin pensarlo, envuelta en una bruma roja. Negué gritando, hincándome frente a él, horrorizada, incrédula.

Todo era rojo; dolor, desazón, pérdida, quemaba.

Jamás podré sacar esa imagen de mi mente, nunca.

Clemente estaba muerto, ahí, frente a mí, en medio de la calle, con sus ojos negros sin vida, con el suéter que le acababa de dar aún en su mano.

—¡Noooo! ¡Noooo! —grite tocándolo y quitando la mano a la vez, temblando como nunca. Tras de mí solo pude escuchar un grito que me partió el alma en dos. Era Yerik.

La gente comenzó a acercarse, el sonido de sirenas a lo lejos podía detectarlo, pero mi cuerpo no podía alejarse del suyo, ahí, sobre el asfalto. Pasé una mano por sus ojos, cerrándolos, llorando como nunca pensé que haría.

Ningún dolor físico puede compararse con lo que sentía, algo quemaba mi interior, algo se perdía, era como si de pronto todo hubiese cambiado de color, de sentido y mi vida, la nuestra, de nuevo cambiaría radicalmente, ya nada sería lo mismo, nunca.

Escribir esto es lo más difícil que he hecho, lloré por primera vez en algo que yo misma imaginé. Debía suceder, desde que pensé la historia esto estaba ahí, en la línea de los sucesos, jamás creí que me encariñaría tanto de un personaje, que doliera hasta el punto de lograr que dejara la historia por 4 meses sin poder retomarla. Editarla supuso más de una hora en silencio y no bromeo. Para mí ellos existen, son reales tanto mis fantasías lo permitan, tuve un duelo, uno de verdad. No es por hacerlas sufrir, es porque así debía ser para lo que viene, para donde deseo llegar y algo tan abrupto, tan doloroso era necesario. Lo lamento. Y espero que sigan adelante con ellos, con Zinnik, esto es la realidad, así es como suceden las cosas en este mundo, sin matices, sin adornos, solo así. ¡Gracias por sus comentarios, que en esta ocasión

apreciaré mucho!

¿Qué palabras le dirían a Clemente de despedida, de poder hacerlo? Creo que lo merece. Mi guerrero. Dejen su mensaje.



|PARTE III|

- ZINNIA -



Ana Coello (grupo) Facebook

Khalid- Logic 1-800 ft. Alessia Cara

Si desean saber lo que es Yerik, cómo se vive, les recomiendo esta canción, gran parte de la historia me acompañó y solo lo pude pensar en cada línea.



DEDICADO A LOS CLEMENTES DEL MUNDO

—¡Vámonos!

Su voz me hizo girar, negando, limpiando mis lágrimas una y otra vez.

—¡Está muerto! ¡Lo mataron! —grité descontrolada.

Yerik lloraba, pero su mirada desorbitada, atento a su alrededor, me asustó más si era posible.

—¡Ahora, Zinnia! ¡Ahora! —ordenó temblando, pálido. No me moví. Las sirenas cada vez se escuchaban más cerca, no me importaba. Clemente estaba ahí, frente a mí, la escena era impactante, no podía dejarlo, no podía. Su brazo duro torno a mi cintura, jalando de ella, me hizo gritar.

—¡No lo dejaremos solo! ¡No! —lloriqueé pataleando, mientras me alejaba de su lado sin mi consentimiento. No respondió y corrió con mi peso a cuestas. Al doblar una calle me bajó, recargando mi espalda en un muro. Tomó mi rostro entre sus manos, frías, sudaba, lloraba, aun así, no dudaba.

—Corre, debemos lárgarnos de aquí o estaremos en problemas. Ya no podemos hacer nada por Clemente. ¡Murió, murió, Zinnia! Así que no me sueltes y corre —la urgencia y

vehemencia con la que habló hizo que no dudara, ni siquiera me atreviera a responder. Aferró mis dedos y corrimos sin detenernos.

Mis pulmones ardieron, mis músculos después de media hora los sentía entumidos, pero nada de eso lograba que dejara de llorar, que lo soltara y que la imagen de Clemente ahí, solo, acudiera a mi cabeza una y otra vez.

En cuanto pudo se detuvo, era el costado de una casa, vomité sin poder evitarlo, aguardó sin gesto alguno, ido, luego abrió el grifo, limpió sin preguntarme mi rostro, mis manos. Gemí ante lo frío, pero comprendí que quitaba la sangre. La cerró y seguimos sin detenernos perdiéndonos en la oscuridad que nos regalaba la noche. Huíamos.

Llegamos a casa, una vez dentro me soltó. Ambos nos quedamos en silencio, respirando de forma entrecortada, con la mirada perdida. Mi cabeza era una marea de sentimientos rotos, de momentos absurdos, de hilos sin tejer, sin final.

Su sonrisa, sus palabras, los recuerdos, todo me golpeó. Una vida perdida que solo quedaba en mi memoria, en lo que pasamos juntos. Sentí como la rabia me sometía, me hería, me hacía su rehén.

—¿Por qué? ¡¿Por qué?! —grité dejándome caer en el piso, cubriendo mi rostro. Percibí sus pisadas, no alcé la cabeza, un golpe seco logró que lo hiciera. Del otro lado de la cama, Yerik, acababa de pegarle a una pared con todas sus fuerzas.

Me estremecí, jamás lo había visto así; fiero, peligroso, tenso hasta el punto de creer que rompería sus dientes, con una mirada cubierta de rabia, de impotencia, de dolor. Luego otro, y otro sin detenerse, como si fuera una urgencia, hasta que sangró. Vencido se dejó caer recargando su cabeza en la pared, con las piernas flexionados, sin parpadear, aun así, las lágrimas corrían por su mejilla.

Nuestra vida estaba rota, eso era innegable, y nuestras almas ya demasiado heridas si es que aún las conservábamos.

—No debimos dejarlo, debimos quedarnos —murmuré con la voz quebrada. No parecía escucharme, no parecía ser consciente de nada. Por más de una hora permanecimos así; suspendidos, yo sollozando sin poder contenerme, y él, perdido en la inmensidad de su mente.

El sonido de su móvil lo alertó, se movió un poco, solo lo suficiente como para sacarlo del bolsillo de su jeans.

—¿Sí? —habló con un tono gélido, era como si nuevamente hubiese perdido un pedazo de su esencia, y lo entendía, yo sentía exactamente eso—. Lo sé, estábamos con él, huimos —silencio—. En la casa, la policía se acercaba —perdí la mirada en un punto sobre su cabeza.

¿Cómo alguien, quien fuera, podía terminar de esa manera? Que una vida fuera tomada sin remordimientos, importando poco todo lo que le quedaba por delante, lo que en su interior habitaba. Entender que nunca lo escucharía de nuevo, que no habría más peleas, que no vería sus miradas cargadas de doble sentido, que su bravura se había ido junto con su vida, dolía demasiado, me aniquilaba lentamente en realidad.

—Lo haré, te veo afuera —y colgó. Nos miramos fijamente.

—Necesito saber qué pasó, ¡¿por qué lo mataron?! ¡Dime! —exigí saber al fin

temblando, histérica. Tomó su mano herida frotando los nudillos con sus dedos, pálido, ido.

—Lilo vendrá, nos iremos, Zinnia, empacaremos y nos marcharemos de aquí... Hoy.
—Abrí los ojos, aturdida, poniéndome de pie.

—¡No!, yo quiero saber qué pasó, qué es todo esto. ¿Por qué? ¡Explícame! ¡Lo mataron, Yerik! ¡Le dispararon en la cabeza sin dudarlo! ¡Dime! ¡Dime! ¡Esto es una jodida pesadilla! ¡Una pesadilla! —grité descompuesta, cerrando mis manos en puños a los costados. Se irguió lentamente, un segundo después se limpió el rostro con el antebrazo.

—Esos tipos, Zinnia, los que me golpearon, ellos fueron —se acercó, ansioso. Tomó mis hombros, con fuerza—. No puedo quedarme aquí, tú tampoco, nos vamos, nos vamos ya. No te arriesgaré, y haré lo debí hacer... —me zafé negando. Gimió lastimeramente.

—¿A dónde? —Me atrajo hasta su pecho y entonces nuestros muros cayeron. Nos aferramos con fuerza, llorando sin importarnos nada, drenando lo que nos consumía. Él, Clem, ya nunca regresaría y simplemente no podía creerlo, tampoco procesar el acto en sí. Millones de recuerdos resumidos a un maldito instante en que todo se extinguió.

El timbre sonó. Sujetó mi rostro entre sus manos.

—A un sitio donde nunca volverás a vivir algo semejante. Empaca, ahora regreso — besó mi frente, un segundo después salió.

Con el miedo circulando en mi sistema, con las lágrimas empañando mi vista, con las manos temblorosas, hice lo que me pidió. Solo podía pensar en ese maldito disparo, en sus ojos vacíos. Saqué sin demora todo lo de los cajones. No teníamos muchas cosas, así que no fue complicado.

Sus pertenencias las coloqué en el lado de la cama donde dormía, las mías, del otro. No tenía donde meterlo todo. Estudié mi alrededor. Tomé sábanas e hice dos bultos. En cuanto terminé me metí a la ducha. Froté mi cuerpo hasta que escoció, no podía cerrar mis ojos porque la escena se repetía en mi cabeza como si tuviera la intención de grabarla para nunca olvidarla, como si eso fuera posible. Mi estómago de nuevo quiso sacar todo lo que quedaba en él, solo ácido emergió en medio mi llanto.

Al terminar, me vestí con lo que había apartado. Afuera Yerik guardaba cosas en su mochila, el dinero de los sobres estaba encima de la mesa donde solíamos comer, lo dividía.

No me atreví a decir nada, ya nuestras cosas estaban a un lado de la puerta. Me abracé, llorando de nuevo, no lograba controlarlo.

—Debemos avisarle a Lolita, le dejaré lo del mes pagado... ¿Quieres despedirte?
—preguntó con la voz quebraba, tan lejana que se sentía glaciarse. Asentí acercándome. Me rodeó en cuanto me tuvo cerca.

—¿Ya sabes por qué lo hicieron? —quise saber, apretando su cintura, temblábamos.

—No del todo, pero por ahora no hay tiempo, debemos irnos. No quiero que estés expuesta un minuto más...

—¿A dónde iremos? ¿Con quién? —Me separó tomándome con cuidado de los brazos, agachándose para quedar a mi altura.

—Vamos a Guadalajara —arrugué la frente.

—¿Por qué? No podemos irnos de la ciudad, ¿dejaremos todo? ¿Los estudios, los

niños? No podemos –asintió serio.

—Sí, confía en mí, sé lo que hago. Ahora mismo lo más importante es salir de aquí, nada más. Jazzo y Lilo los vigilarán, nuestras vidas van de por medio –y me hizo girar. Colgó la mochila en mi espalda—. Cuídala, lleva todos nuestros papeles, un poco de dinero –luego me tendió unos billetes—. Guárdalos en uno de tus bolsos, yo tengo otro tanto —y me dio un papelito blanco, doblado—. Si por algo nos separamos, me marcas de cualquier teléfono público, ahí también está el teléfono de Carlo, no dudes en usarlo en una emergencia.

No podía creer lo que ocurría, mi vida, la nuestra daba un giro total, de nuevo. El miedo y la adrenalina circulaban sin control, mi pulso desbocado, la boca seca y, aun así, no poder comprender la magnitud de todo esto porque simplemente era aberrante.

Antes de cerrar aquella puerta, ambos observamos el lugar. Tantas cosas habían ocurrido en esas cuatro paredes, momentos cargados de miedo, de dolor, pero de profundo amor, de devoción, de verdades. Oía a nosotros, a lo que sentíamos, a lo que vivíamos.

Qué lejos parecían las noches en aquel catre cuando tan solo tenía 6 años y él se colaba en medio de la penumbra para contarme alguna de sus millones de historias, acariciando mi mano. No imaginé jamás que mi vida se transformara en esto. Vivíamos el presente, como hemos aprendido. Clemente y sus travesuras, asustándome cada vez que podía, mientras Yerik me defendía y se las devolvía. Ya todo eso había terminado y lo cierto era que tampoco deseaba volver a vivirlo.

Bajamos, él tras de mí, con nuestras cosas. Salió y enseguida regresó. La despedida de Lolita logró romperme más aún, si eso fuera posible.

—Mi niña, esta es tu casa, puedo ayudarlos... —nos ofreció afligida, posando su mano en mi brazo. La abracé negando.

—Mi lugar es con él, no puedo quedarme, no puedo –sollocé intentando grabar en mis recuerdos lo bien que se sentía tenerla a mi lado. Ella había sido otra luz en la tiniebla de mi existencia y jamás la olvidaría. Me separé cuando Yerik apretó levemente mi cintura.

—Lamento mucho todo, Lolita, el lugar está limpio y si necesita que saquen las cosas que metí puede pedirselo a su nieto, se las llevará. Pero si desea conservarlas, o venderlas, hágalo, son tuyas –y le tendió el dinero del mes. La mujer negó con seriedad.

—Quédatelo, úsenlo, cuídense. Qué Dios los bendiga. Son muy valientes, tienen coraje y agallas en su sangre, no se dejen vencer por nada. Solo prométanlo. –Ambos lo hicimos.

Yerik, al irnos, metió el dinero en un sobre, donde lo tenía y lo dejó en su buzón. Observé el gesto con el corazón contraído.

Dentro del auto, todo fue silencio. Jazzo, que acababa de llegar, nos dio una maleta. Pasamos todo en ella y la colocamos en medio de los dos. Nadie habló en el trayecto, solo nuestras respiraciones, el murmullo del motor, las luces del exterior.

Ese día había muerto alguien importante, alguien que jamás me permitiría olvidar y rogué, rogué con vehemencia que su alma de alguna manera llegara a un lugar seguro, donde nunca más tuviera que vivir en la zozobra, en el miedo, pensando cómo defenderse, cómo atacar, cómo sobrevivir.

Una hora después llegamos a la estación de autobuses, comprendí por los letreros.

—Cúidense —murmuró Lilo una vez abajo—. Fue un honor conocerlos —llorosa asentí. Al parecer no pensaban volver a verse, a comunicarse.

—No continúen en eso, salgan en cuanto puedan. Ustedes pueden tener otro destino, otro futuro, no aumenten fango a su vida —les pidió Yerik, serio. Se dieron la mano con fuerza sin soltarse la mirada cargada de mensajes que yo no supe descifrar pero que entendía, eran claves para ellos.

—Espero algún día volver a saber de ustedes... Nosotros estaremos bien, veremos por los niños de alguna manera también —prometió Jazzzo, serio, con el gesto contraído, los ojos enrojecidos al igual que Lilo. Yerik entrelazó nuestros dedos, dejando salir un suspiro plagado de cansancio y nos alejamos.

Ingresamos a aquel lugar, mares de personas entraban y salían, iban y venían. Lo sujeté con mayor fuerza, ya sin molestarme en limpiar mis lágrimas. Me pidió que lo esperara junto a una columna, cerca de unas casetas telefónicas, con la maleta en medio de mis pies. Lo seguí con la mirada, no toleraba estar sola, mis nervios estaban ya muy lastimados, acabados. Se dirigió a una de las taquillas, hizo la fila con la mirada gacha, girando cada cierto tiempo a mi dirección para verificar que me encontrase donde me dejó. Fue su turno, se acercó en cuanto los tuvo en sus manos.

—Sale en media hora, vamos —agarró la maleta y mi mano. La gente se arremolinaba cerca de los andenes, pero él sin trabajo encontró el nuestro. Lo señaló con su barbilla. Asentí apenas.

Lo observé con atención, hacía semanas que no se cubría la cabeza con el gorro de la sudadera tal como en ese momento, ahora comprendía que era una manera de esconderse, de contenerse. Mi corazón pesó más pues sabía que lloraba por dentro, pero en su frialdad calculadora no se estaba dando la oportunidad de procesar todo eso, simplemente actuaba, como sabía, como siempre había hecho.

El odio apareció, un odio que me ahogaba. Él no merecía que su realidad lo hubiese convertido en un hombre siendo un niño, que su corazón estuviera suspendido, que su mirada estuviese plagada de peligro, que su alma hubiera sido herida, traicionada, que sus sentimientos rara vez los mostrara.

Cuando nuestro equipaje estuvo dentro del compartimento inferior, subimos. Los pasajeros que posaban sus ojos en él, de inmediato los volteaban, las palabras de Carlo acudieron; exudaba peligro, pero yo jamás lo había percibido.

Me acomodé del lado de la ventana, con frío, pues pese a llevar puesta también una sudadera, mi interior titiritaba. Me rodeó pegándome a su pecho, besando mi cabeza una y otra vez. Volví a llorar aferrada a su brazo.

Durante horas no hablamos, el autobús estaba tan sumido en el silencio como nosotros. Recargué mi cabeza en su hombro, él descansó sobre la mía, la suya. Con nuestras manos entrelazadas, sin movernos. Supe que derramó lágrimas más de una vez pues sorbía su nariz y pasaba la manga de su sudadera por sus mejillas, húmedas.

¿Cómo olvidar lo ocurrido? ¿Cómo borrar de nuestra mente que se trataba de Clemente, de nuestro hermano? Que su vida se había desvanecido justo frente a nosotros, sin poder preverlo, siquiera imaginarlo.

Llegamos a Guadalajara a las 4 de la mañana, preguntó al personal del lugar sobre algún hotel, un amable señor le dio las señas de uno, no tan lejano. De inmediato buscó un taxi, no fue complicado, la estación a la que llegamos no era tan grande, ni había tanta gente como la de la Ciudad de México, donde habíamos residido siempre.

Lo seguí sin preguntar nada, aun con el corazón martilleando colérico, ansioso, roto. Arriba del vehículo repitió sin fallo lo que el hombre le había dicho. Observé las calles, el panorama era tan similar, sin embargo, en esencia era otra y eso no me tranquilizó. Tenía miles de preguntas atascadas en mi garganta, pero esperaba estar a solas, en la habitación.

En la lateral de una avenida grande, nos indicó el lugar. Era sencillo, con un letrero luminoso, blanco, con letras rojas. Le pagó y nos bajamos. No tardó mucho en pedir una habitación, pagarla y que le dieran la llave. Salimos de la recepción que se reducía a un pequeño cubículo con vidrios y herrería, además de un mostrador y un sillón apolillado. Subimos unas escaleras, un pasillo que daba al exterior nos condujo hasta la penúltima habitación.

El cuarto era pequeño, pero olía a limpio. No podríamos quedarnos ahí por mucho tiempo, el dinero no sería suficiente.

—Pudimos conseguir algo más económico —murmuré dejando la mochila sobre una silla que, aunque vieja, lucía en buen estado.

—No, aquí está bien... Me daré un baño —y entró al sanitario sin molestarse en buscar ropa limpia. Evidentemente necesitaba un momento a solas. Suspiré.

Observé el lugar. Una cama de matrimonio, un par de lamparillas empotradas en la pared a los lados. Un teléfono adherido al buró y un televisor viejo, también atornillado al mueble, las paredes color mantequilla, limpias.

¿Por qué ahí? ¿Qué estaba tramando?

Desganada, absolutamente cansada, saqué un pijama de la maleta. Escuché el agua de la regadera correr, bajé la vista entristecida. Me cambié sin prisa, casi con torpeza. Afuera pronto amanecería. Me subí a la cama y enrosqué mis piernas con los brazos, perdiendo la mirada, con mi mejilla descansando en mis rodillas.

¿De verdad el dolor desaparecía con el tiempo? ¿Era posible, siquiera factible olvidar todo y comenzar de nuevo si se llegaba a tener una oportunidad?

La puerta del baño se abrió, no giré, me sentía hundida en la marea de preguntas, de recuerdos, de dolor.

¿Vivir tenía algún motivo?

—Debes descansar —negué desde mi posición. ¿Cómo podría cerrar los ojos? ¿Cómo? Unos minutos después su mano rodeó mi cintura, sentía la proximidad de su cuerpo, tibio.

—¿Por qué aquí? —musité sin voltear.

—¿Por qué no? —refutó con voz pausada. De alguna manera había logrado guardar todos sus sentimientos de nuevo en aquel sitio donde ya debía tener demasiados muy bien resguardados sin permitir que emergieran.

—¿Conoces a alguien, fue por algo específico? —Y me atreví a voltear. Sus ojos estaban enrojecidos, su semblante pálido, sin camisa, solo con un pantaloncillo de algodón y el

cabello húmedo escurriéndole por los costados de su rostro. Lo amaba tanto que no pude evitar admirarlo, pese a todo. Alcé una mano y recorrí su mejilla con el dorso, la tomé entre las suyas, para un segundo después besarla, negando.

—Jamás debiste presenciar algo como eso, nunca —susurró con dolor. Mis ojos se rasaron.

—No puedo creer que no lo escucharé de nuevo, que... nunca más hablaremos... Siento mucha angustia, me duele el pecho —y con mi mano libre aferré mi blusa justo en ese lugar—. De todo lo que hemos tenido que vivir, sé que esto no lo superaré. —Me miró con sufrimiento dibujado en cada una de sus facciones.

—Él no hubiese querido que vivieras anclada a ese recuerdo, lo sabes...

—¿Tú podrás darle la vuelta al a hoja? —lo cuestioné. Bajó la vista hasta su puño herido, hinchado. Negó con decisión.

—Pero tú eres mi motivo, Colibrí, de cada segundo, de cada hora, de cada momento y sé que si logro que estés bien yo de algún modo lo estaré... Necesito que así sea —afirmó. Tomé su mano herida y la coloqué sobre mi pecho, mirándolo fijamente.

—Vivo por ti, estoy aquí por ti, deseo seguir solo por ti —declaré con vehemencia llena de ansiedad. Las lágrimas resbalaron por sus ojos, asintiendo.

—Yo también, y en este momento es lo único que me mantiene cuerdo, en pie —y me besó con brío, con exigencia, como tratando de borrar lo que en su mente rondaba. No lo dudé y le devolví el beso llena de angustia, de heridas sangrantes, de amor.

Recostados, mirando el techo unos minutos después de unir nuestros labios con voracidad, las preguntas regresaron.

—¿Qué planeas? —y giré para encontrarme con su perfil, tenso.

—Empezar de nuevo... —susurró.

—¿Aquí? No conocemos a nadie —le recordé confundida. Me atrajo hasta que mi cuerpo quedara sobre su pecho.

—Deja de preocuparte, sé lo que hago —me pidió. Besó mi cabeza y apagó la luz de la mesilla, afuera el sol comenzaba a asomarse, aunque gracias a las ventanas, no del todo—. Intenta dormir.

Cerraba mis ojos, pero los abría de inmediato. La imagen, la sangre, el disparo, todo aparecía. Pasó mucho tiempo hasta que ya no pude más y las losas que eran mis párpados cayeron vencidas.

El río de sangre en el que corría, las ganas tremendas de huir, la sensación de ahogo, la soledad que me consumía, un colibrí volando despavorido, herido, todo junto me hizo dar un grito. Yerik se acercó a mí de un salto, alcancé a notar que había estado sentado en una de las sillas, mirando por la orilla de la ventana, él no había podido dormir.

—Sh, sh, fue una pesadilla, estás conmigo —temblaba sin control, sudaba. Se había sentido atterradoramente real. Tomó mi rostro para que lo enfocara, eso hice.

—No me dejes, tú nunca me dejes —hablé antes de que él lo hiciera, llorando sin control. Su mirada se tornó turbia, tenía ojeras, no lucía bien, pero imaginaba la razón por la que no había logrado conciliar el sueño.

—Estoy en ti, tú estás en mí... Eso jamás cambiará, Colibrí, no lo dudes nunca

–suplicó. Asentí con vehemencia, rodeándolo con fuerza.

Sentí como si corriera al escribir cada palabra de este capítulo, incluso el editarlo fue complicado porque no quería que se perdiera el ritmo y aun así, sentir lo que sienten, la oscuridad que los envuelve. Qué pasará, qué planea de Yek, no lo sé, pero como alguien por ahí dijo, ella es menor, cómo explicarían eso, y él está implicado, debían irse, es todo lo que les puedo decir y por lo mismo, por ser un asesinato Clemente, su cuerpo, ya es parte de las investigaciones, por ende, del Estado, no hay velorio ni despedidas. Esto fue un parte aguas que era necesario, y lo que viene cambia muchas cosas, más de las que imaginan. ¡Gracias por votar, por sus bellos comentarios tan sentidos para Clem, por las imágenes y despedida que le dimos en el grupo de lectura!



El resto del día fue tan extraño; salimos a comprar algo para comer, no conocíamos, pero fue sencillo encontrar un sitio donde abastecernos un poco. Hablábamos monosílabas y las lágrimas asomaban cada tanto como si un tuvieran intenciones de terminarse.

Arriba, en la habitación, intenté comer algo, no pude. Mi estómago estaba tan revuelto. El frío recuerdo se interponía entre ambos, aun así, no me quitaba los ojos de encima, ni yo a él. A media tarde salió para pagar una noche más. No demoró demasiado, pero su ausencia era aterradora, no la soportaba.

Al anochecer yo de nuevo estaba muy inquieta, Yerik también. Me acerqué a él, alejándolo de la ventana donde había estado gran parte del tiempo, rodeé su cintura, dejó salir un suspiro. Abrió su brazo y terminé frente a su pecho, mirándolo.

—Te necesito, siento que perderé la razón —musité casi sin voz, despacio. Asintió contemplando mis labios, acomodando mi cabello suelto tras la oreja.

—Yo necesito perderla —confesó, afligido. Bajó su rostro hasta el mío y me besó con suavidad, de una manera tierna, sin prisa. Enrollé mis brazos torno a su cuello, dejándome llevar. Lentamente nos fuimos acercando a la cama, dudé.

—Me siento mal por desearte justo ahora —admití con un enorme nudo en la

garganta. Acarició mi mejilla.

—Lo que sucedió, lo que él es, no tiene nada que ver con esto. Lo necesitamos, Colibrí, es importante —y me besó de una forma sinigual; dulce, sugerente, exigente, urgente.

Caímos sobre el colchón. Desvestirnos fue sencillo, amarnos de esa forma complejizó aún más lo que sentimos. Yerik, como nunca, se dejó llevar por mí, por mis ansias de él, por ese deseo lacerante que me aturdí, más en ese momento.

Tardamos tanto perdidos en esa bruma que nos sumergía en el placer, ese que se da, que se recibe, que se ansía para respirar. Nos tocamos sin miramientos, sin esperar nada a cambio. Perdidos en nuestras miradas, en nuestros gemidos, en la pura idea de estar piel con piel.

Su dulce aliento pringó mi ser, yo lo igualé. Cuando unirnos era más una exigencia, una forma de sobrevivir, llegó una marea de momentos, de recuerdos, de sensaciones que nunca creí posible sentir. Nuestras almas estaban expuestas, más que nunca abiertas y se encontraron, se entrelazaron, se convirtieron en una; en nosotros.

Dormir después de eso no diré que fue fácil, pero era imposible eludirlo debido al cansancio.

Abrí los ojos con el alba. Dejé salir un suspiro de satisfacción, él me mantenía pegada a su pecho, con su mano aferrada a mi cintura, acariciándola de arriba abajo. De inmediato supe que estaba despierto. Alcé el rostro, adormilada. Sus ojos se clavaron en los míos, en silencio. Pegó sus labios a mi frente, dejándolos ahí más de lo común. Lucía extraño.

—¿Por qué... lo mataron? —Me atreví al fin a preguntar, recordando ese maldito momento que sabía estaría tatuado en mi memoria por siempre. No se movió, solo lo sentí tensarse—. ¿Qué ocurre? Dímelo. —Le rogué abrazándolo con fuerza. Asintió sobre mi cabeza, rodeándome por completo.

Segundos después ya me separó y se sentó en la orilla del colchón, dándome la espalda. Me cubrí con la sábana, acercándome, pasando una mano por su piel tensa, marcada por aquel tatuaje, por un par más, por las cicatrices de nuestra vida, por esa niñez destruida, por sus músculos de hombre. Sujetaba su cabeza que apuntando al suelo.

—Parece que se acostaba con la sobrina de lo que se podría decir es la competencia, y creyeron que por ello soltaba información... ¿De qué tipo? No lo sé, porque no se nos dice mucho, solo lo necesario. Clemente descubrió esto hacía unos días, pero no lo dijo, prefirió alejarse de ella, ya sabes cómo era. No tengo idea si en realidad fueron celos de la mujer al verlo con otra, porque en eso no cesaba, o alguien lo vio y no le agradó el hecho en sí. Atar cabos es casi imposible, pudo ser por eso.

—Pero dijeron que los traicionó —recordé el estruendo de nuevo, gemí sintiendo la angustia regresar. Yek alzó la cabeza, negando.

—Nunca lo hubiera hecho. Clemente no era así, pero... ellos eso no lo sabían. Lo cierto es que... hay algo más, Zinnia —y me miró agobiado, culpable. Me hiqué sobre la cama, a su lado, expectante, con miedo yendo y viniendo por mi sistema como si fuese un maldito juego.

—¿Qué?

—Ellos, con la gente que trabajábamos, me ofrecieron subir de puesto. Decían que

tenía capacidad y no sé cuántas estupideces más. Me negué recordándoles que no estoy ahí por elección, así que... les dije que estaba por retirarme. No tengo idea de si lo que le hicieron a él fue por lo que te dije, o... —un sollozo escapó de sus labios, y las lágrimas resbalaron—. O por advertirme que de eso no se sale nunca, que debía aceptar.

Me cubrí la boca con la mano, ahogándome en angustia.

—Dios... Dios... —logré decir.

—Ahora ya lo sabes —admitió girando su cuerpo hacia el mío. Asentí con lágrimas. Sin pensarlo y al verlo tan vulnerable, lo atraje hasta mí. ¿Por qué teníamos que se parte de todo eso? ¿Por qué?

Nos duchamos en medio de besos, de silencio. Buscaba consolarlo, aunque era evidente que no lo lograba, algo más lo aquejaba, pero no lo decía y no deseaba presionarlo, no viéndolo así. Me miraba con atención, estudiando cada una de mis facciones, me tocaba y parecía desear grabar en su mente lo que sentía al hacerlo. No lo limité, no con todo eso auestas, no con lo mucho que me despertaba.

A mediodía comimos algo de lo que compramos, guardó todo en la maleta, me dio la mochila.

—¿A dónde vamos? —indagué con voz apagada, me encontraba sumida en un sinsentido tan abrazador que poco ponía atención a anda, salvo a él, su cercanía. Lo cierto es que pese a eso noté que lucía ansioso, demasiado, incluso la palidez seguía.

—No podemos permanecer aquí todo el tiempo, Colibrí —me hizo ver con paciencia, sonriendo sin alegría.

—Lo sé, pero no conocemos nada, ¿qué haremos? —pregunté agotada. Besó mi frente y luego mis labios de forma fugaz.

—Déjame a mí, sé a dónde debemos ir —iba a girarse, pero lo detuve.

—Dime a dónde... —le supliqué intrigada, algo nerviosa también.

—Tranquila, estaremos bien, nunca haría lo contrario, lo sabes —y entrelazó nuestros dedos, observando el gesto más que un momento.

Afuera pidió un taxi, tendiéndole un papel con las señas. Arrugué la frente. ¿Qué tramaba?

—Prefiero no ir si no me dices. —murmuré reticente. Negó sonriendo, descolocado, observándome con una ternura infinita.

—Ya estás aquí conmigo, sé lo que hago. Siempre, siempre recuerda que eres el motivo de mis horas, Colibrí, existo por ti, ¿de acuerdo? —musitó perdiéndose en mis ojos por largo rato.

—Sabes que siento lo mismo —asintió besando lentamente mis labios.

Observé el exterior, atenta. Las casas que comenzaban a aparecer lucían caras, enormes, imponentes. Las calles pulcras, céspedes verdes, cuidados. De pronto el auto bajó la velocidad y comenzó a buscar el número. Mis manos sudaban, Yerik parecía contenido, con la quijada tensa.

—Es aquí, joven.

Un muro adornado por una abundante enredadera, y justo frente a nosotros, un

portón negro, gigante. Lo miré intrigada, casi sacando la cabeza por el auto.

—¿Qué diablos es aquí? —Lo cuestioné que con resquemor. Se bajó sin responderme, sacó la maleta y le pagó al hombre. No me moví. Abrió mi puerta, tendiéndome la mano.

—Anda, ven... —negué sintiendo un peso extraño en el pecho—. Colibrí, anda —me apremió. El taxista carraspeó, le estaba haciendo perder el tiempo. Me bajé a regañadientes. Rodeó mi cintura y avanzamos hasta la puerta que estaba bajo un techo de ladrillos, pulcros. Timbró.

—Dime, en serio esto no me gusta. Dime, Yek —se escuchó ruido en el interfon.

—¿Quién? —respondió una voz extraña del otro lado. Aquel aparato tan sofisticado debía valer lo que yo ganaría en años, y tan solo daba acceso al interior. Absurdo.

—Yerik Cepeda... —la chapa se abrió.

—Pasen.

No, no deseaba avanzar, pero mi novio me urgió ya sin sonreír, rodeando de nuevo mi cintura. En cuanto entramos, un calambre recorrió mi cuerpo desde los pies hasta la nuca.

Un jardín muy grande, con un camino de grava del lado derecho donde los coches podían ingresar y llegar hasta donde había algunos más de marcas impagables, estacionados. Adelante, varios metros después de filas de arbustos y pasto perfectamente podado, una construcción de piedra, imponente. Una de las hojas de madera de la puerta, estaba abierta. Un par de hombres vestidos con traje nos observaba, de pronto salió otro, iba vestido con jeans, aun así, derrochaba elegancia, debía rondar los cuarenta.

Me zafé del agarre de Yerik, retrocedí.

—¿Qué es aquí? Mejor te espero afuera, no quiero entrar —algo de ese lugar me estaba comprimiendo el pecho. Se detuvo, negando. El hombre bajaba, se aproximaba, temblé. Me examinaba a lo lejos. Chillé nerviosa, algo me sabía familiar, no me sentí segura—. ¿Qué hacemos aquí? ¡Dime! —grité. Yerik cerró los ojos pasándose una mano por el cabello, afligido, pero decidido.

—Debo protegerte, entiéndeme, aquí estarás bien —le di un empujón, tomándolo por sorpresa.

—¿Qué hiciste? ¿Qué es esto? Yo me largo. —Me detuvo rodeando mi muñeca. Serio, como pocas veces lo había visto y con un dolor sangrante en su mirada.

—No, no tengo a donde llevarte, no tengo una idea de lo que pasará conmigo, te lo conté hace unas horas. Siempre te dije que tú estás por encima de lo que siento, no te expondré más. Sabía que tú podías acceder a otro mundo y mira —alzó su mano, pero yo solo podía sentir que mi corazón se abría, que se quemaba, que de alguna manera el ser que más amaba me traicionaba.

—¡Chicos, bienvenidos! —giré de inmediato, a punto del colapso.

—Él es Álvaro Brea, tu tío —la sangre abandonó mi cuerpo. Abrí los ojos deteniendo mi lucha, observando al hombre que tenía frente a mí. Alto, delgado, con cabello castaño claro, inmaculadamente peinado, de ojos grandes, boca delineada, atractivo pese a ser mayor.

—Hola, Zinnia —murmuró como midiendo mi reacción.

—¿Qué? ¿Mi tío? —Negué volteando hacia Yerik, que me estudiaba, abatido, atormentado hasta un punto incalculable.

—Sí, soy tu tío. Me contactó hace unos días... No puedo creer que estés viva... —anunció. Me alejé negando, no sentía nada, absolutamente nada por ese que decía ser mi familia.

—A mí me abandonaron en un orfanato a los tres años cuando mis padres murieron, nadie quiso hacerse cargo de mí —gemí sin quitarle los ojos de encima a Yerik, ni él a mí.

¿Por qué deseaba dejarme? ¿Por qué no me dijo nada?

—Creía que habías muerto, Colibrí —habló en susurros. Me solté aturrida.

—¿Pretendías dejarme aquí? ¡¿Pensabas abandonarme?! —le reclamé, azorada, dolida. No hablaba, no se movía—. No tú, no así... Podemos irnos lejos. No me hagas esto —supliqué. Sus ojos se rasaron, pero no hacía nada.

—Vamos, charlemos un momento. Por lo menos permite que te conozca, esto es sorprendente y una gran noticia para nosotros... —nos instó educadamente a entrar aquel señor.

Sin saber muy bien qué hacer, avancé con ambos a mi lado. Buscaría pronto un momento a solas, nos largaríamos de ahí y le gritaría hasta quedar muda, pero en ese instante mis pulmones no oxigenaban como debían, sentía el estómago revuelto.

Los sujetos de la entrada no parecían percatarse de nada, volteé a los lados, había otro más en la puerta que no había visto. ¿Qué mierdas era ese tipo? Mis palmas sudaban, mis pies cosquilleaban y sudores fríos iban y venían por mi piel, humedeciéndola. Quería salir de ahí.

Una vez en el umbral, el hombre se detuvo. Lo miré con frialdad.

—Bien, ahora estás donde debes, y tú, puedes marcharte. Mi sobrina y yo tenemos mucho que hablar —ordenó con voz cargada de amenaza. Arrugué la frente, dando un paso hacia Yerik, negando. Sin esperarlo ese hombre me tomó por el brazo con brusquedad. Mi novio, rabioso, negó.

—Suéltala, dijiste que deseabas primero conocerla, no quedamos en esto —rugió bajando la mirada, tornándose peligrosos en segundos. Me intenté zafar, horrorizada.

—Tú te vas, ya hiciste lo que necesitaba y no vuelvas a poner un pie aquí. Piérdete en tu vida, sea la que sea, y olvídate de ella —se burló. Sin pensarlo le di un puntapié, un par de tipos ya se acercaban a Yerik, obviamente él ya iba hasta mí.

Todo ocurrió muy rápido, lo sometieron entre tres, él se resistió gritando, rugiendo, golpeando de aquella manera cargada de agresividad, de sangre fría, buscando mi mirada, aterrado.

—¡Suéltelo! ¡Déjenlo! —exigí mientras uno de ellos me cargó. Su agarré me dejaba sin aire, aun así, no me detuve, pataleé hasta hartarme, horrorizada, soltando puñetazos que parecían no afectarlos. Se lo llevaban, uno cargó la maleta, otro la mochila.

—¡Zinnia! —veía como se iba, chillé azorada. No podía estar ocurriendo esto, ¡no!

—¡Yerik! ¡No! ¡Bájame! —y di con mis puños al brazo que me sometía, rasguñándolo, pero este no cedía—. ¡No!

—¡Zinnia! ¡No! ¡Zinnia! —lo escuché gritar, pero las pesadas puertas se cerraron, tragándome de un solo bocado. ¿Qué diablos ocurría? El tipo me bajó, corrí hasta la entrada,

pero el revés que me propinó Álvaro me tumbó sobre el suelo. Su semblante ya no era amigable, sino lo contrario. Retrocedí en el piso, con el sabor a óxido de la sangre en mi boca.

—Esto no estaba en los planes.

—¿Qué planes? —quise saber, sin miedo, buscando ponerme de pie—. ¿Qué planes?, abra la maldita puerta, ¡ahora! —exigí con determinación, llorando.

—Él te dejó aquí, no irás a ninguna parte. Tu presencia lo cambia todo y hasta que no lo arregle, no te dejaré ir —se acercó a mí, iracundo.

—No le tengo miedo, me importa una mierda lo que implique mi presencia en su puta vida. ¡Abra la jodida puerta! —Otro golpe, esta vez más fuerte. Me levanté pese al dolor. Con rabia, con odio.

—No vuelva a tocarme.

—Estás en mi casa, no lo olvides, jovencita estúpida —miró a uno de los tipos que estaba a mi costado—. No quiero más de esto, llévenla a la habitación que acondicionamos, cierren. No saldrás hasta que comprendas que aquí mando yo y que todo ha cambiado, deberías estar agradecida —sin que lo pudiera evitar, me arrastraron escaleras arriba. Le escupí a la distancia.

—Púdrete, ¡Púdrete! ¡Yerik!

Grité, pataleé, pegué. La silueta de una mujer al final de pasillo que ya recorría en contra de mi voluntad logró detenerme apenas un segundo. Me observaba, seria. Pero al comprender que no haría nada, seguí mi lucha, pese a lo que me lastimaba hacerlo pues no cedían ni un poco. Me aventaron como si fuese un costal de papas sobre el colchón y cuando iba a levantarme la puerta se cerró. Negué, golpeándola sin cesar.

—¡Abran! ¡Abran! —rugí desquiciada. Después de mucho tiempo, con los puños hinchados, exhausta, aturdida, observé la madera oscura dando un paso hacia atrás. Con los ojos abiertos de par en par. Negué enloquecida, desesperada— ¡Déjenme salir! —grité.

Estudié alrededor. Una cama, un televisor. Una ventana... corrí hasta ella. Intenté abrirla, no pude. Además, tenía herrería negra por fuera que me sería imposible eludir. La golpee sin importarme si se rompía, necesitaba salir. Corrí hasta el baño, era grande, la ventana que estaba sobre la bañera era larga, pero angosta, también protegida.

Salí de ahí con las manos en la cabeza, comprendiendo que estaba encerrada, que no tenía modo de salir que... él me había llevado ahí.

Me dejé caer en medio del piso frío, azorada, perturbada hasta lo indescifrable.

Yerik, ¿por qué? ¿Por qué?

¡Uff! Ahora sí que no sé qué decirles, ¿creen que Yerik recibiera el dinero? ¿Creen que regresará para sacarla de ahí? ¿Por qué piensan que no se lo dijo? Me gustaría saber sus respuestas.

Él va más allá, siempre lo ha hecho, obviamente la ama, pero todo está saliéndose

de control, ya leyeron lo que le contó a Zinn, puede que lo estén siguiendo. No tengo idea de cómo ella saldrá de todo esta maraña de situaciones. Tampoco ese chico. Y si en realidad ese tipo es su tío. ¡Gracias por votar, comentar y estar por acá!



Las lágrimas regresaron. De pronto la preocupación me embargó. Metí las manos a mi jeans buscando aquel papel que había guardado él mismo, y que saqué solo para cambiarme. Era lo único que tenía, comprendí herida.

Contemplé su letra; tan delicada, tan pulcra. No sabía qué sentir, pero ardía, me quemaba, me aniquilaba. Ojeé la habitación con atención, evidentemente no había un teléfono.

Angustiada, hundida, vencida y más cansada que nunca, me recosté sobre el duro mármol, aferrando mi colgante con fuerza y el papel con la otra mano, con la mente en blanco porque ya no podía soportar una embestida más.

Más tarde escuché pasos en el exterior. Debían abrirme.

Corrí hasta la puerta, la golpeé de nuevo con ímpetu. Nada, nadie respondía. Gemí tapándome el rostro, dejando resbalar mi espalda por la madera.

—¿Por qué? ¿Por qué me dejaste? ¿Por qué? —gemí llorando consumida por dentro, sintiendo como una parte de mí se iba secando sin remedio, como una flor expuesta al más crudo invierno.

La noche llegó, no me moví y afuera pese a que se escuchaba movimiento, nadie se aproximó.

Recargué mi mejilla en las rodillas.

¿Qué habría querido decir ese hombre sobre mí? ¿Y cómo estaba tan seguro de

que era su sobrina? ¿Cómo Yerik había dado con él? En mi acta de nacimiento no venían datos ni de mis abuelos, de nada, ni siquiera de mis padres.

Eso siempre fue raro, porque no fui abandonada sin más en aquel lugar, sino que desde pequeña me dijeron que me habían dejado ahí cuando mis padres murieron en un accidente, que no tenía familiares y que los lejanos no podían ocuparse de mí.

¿Qué estaba pasando?

Recordé lo ocurrido a Clemente, los temblores regresaron. Los días subsecuentes. Él tenía planeado llevarme ahí. Me erguí evocando aquella conversación entre ellos, aquel día después de que esa tipa me lastimara. Por eso Lolita no era la opción, Yerik ya sabía que yo tenía familia, comprendí de pronto, atónita.

Hielo cubrió mi sistema, adentrándose tanto que gemí al percibir como se adueñaba de mi ser. Durante toda mi vida él fue mi motor, el motivo de mis días y de pronto, ya nada de lo que era existía.

Saldría de ahí, eso estaba segura, pero... eso no implicaba que volviera verlo, que lo encontrara.

Él deseaba protegerme, de alguna manera nunca estuvo seguro de ser mi mejor opción. Las verdades en cascada me ahogaban, me aplastaban. Me estaba hundiendo.

No supe en qué momento cerré los ojos, ahí, sobre el piso. El dolor de espalda me despertó. Desorientada observé alrededor. La realidad cayó sobre mí como un balde de agua fría.

Yerik, solo en él pude pensar.

Evoqué sus gritos, su mirada topada de desesperación. No, regresaría, él se había dado cuenta de que algo no iba como imaginó, porque obviamente de haber pensado que este tipo estaba loco, jamás se hubiera atrevido a acercarse, a buscarlo. ¡Dios!

No entendía nada, pero resuelta, comprendiendo que debía aguantar, que debía enfrentar lo que viniera, que debía buscar la manera de salir, me levanté.

La habitación era el triple del tamaño de aquella que compartimos por varios meses, ese sitio que jamás podría olvidar y que ahora parecía tan lejano. Los muebles se veían finos, elegantes, las colchas, las paredes blancas, con lienzos adornándolos. La pantalla plana que solo había visto en tiendas, que no tenía idea de cómo se usaba. Un closet gigante, y un baño asombroso. Nada de eso me inmutó, ni siquiera me apantalló. Yo solo quería verlo.

Me senté en la orilla del colchón. Subí mis piernas, cruzándolas, perdiendo la vista en el cielo limpio que se veía por la ventana. ¿Dónde estaría? Me pregunté asustada, preocupada, dolida.

Horas más tarde la puerta se abrió, giré poniéndome de pie. Era ese hombre. No me moví, pero se acercó con cautela, no entró solo.

Esperé, sería.

—Veo que ya estás en posibilidades de hablar como la gente.

—Quiero irme —exigí. Negó torciendo los labios, decidido.

—No, Zinnia.

—¿Cómo sabe que soy quien piensa? —quise saber, contenida. Sonrió acercándose, mirándome de arriba abajo.

—Eres la viva imagen de Galia, no necesito un acta de nacimiento para saberlo, ni ADN. —Esa información me hizo retroceder, impactada.

—¿Galia? —repetí, con voz temblorosa.

—Sí, ese era el nombre de tu madre. Aarón, mi hermano, y ella se casaron jóvenes, tuvieron tres hijos, la menor, tú —me informó observando mis reacciones.

—¿Hermanos, mi padre? —No podía simplemente acomodarlo, me sentí expuesta, nauseabunda.

—Siéntate, hablemos... —negué sin poder moverme, sudorosa. Despidió al escolta que había ingreso con él. Se detuvo a un par de metros de mí, inspeccionándome. Se cruzó de brazos—. Bien, cuando tenías 3 años, tú y tu familia iban de viaje, el auto falló, se desbarrancaron, todos murieron, o eso pensamos. —Mi respiración iba de prisa, las lágrimas de nuevo brotaban. ¿Qué era todo esto?

—No entiendo... yo, ¿qué ocurrió conmigo? —quise saber. Se sentó en la orilla del colchón.

—Tu padre, Aarón y yo venimos de una familia de política, influyente, con mucho dinero, Zinnia. Alguien provocó ese accidente, tu cuerpo nunca apareció —expresó con fingida indiferencia. Me cubrí los labios, mis dedos temblaban.

—¿Entonces por qué no me buscaron? ¿Por qué acabé en ese lugar? —quise saber, confundida, aturdida.

—Porque todo se incendió, eras tan pequeña que pensamos... Bueno, ya te imaginarás, que te habías calcinado —acabó sin mirarme a los ojos. Negué sin dar crédito.

—Mi nombre, ¿este era mi nombre? —quise saber. Asintió y volteó. No lograba descifrar su gesto.

—Sí, lo es. Como te digo, tenemos enemigos. Te tomaron, te llevaron a la Ciudad de México, borraron tus registros y solo dejaron tu nombre y apellido nuestro, el segundo no es tuyo. Fueron astutos, despiadados, una broma cruel. Cómo podían asociarte a nosotros, menos en lugar tan grande. Eso ocurrió.

—No quiero nada de ustedes, yo solo quiero irme... —le pedí llorosa.

—Eso no es posible por dos cosas. Ahora que sabemos que vives, debemos esperar unos días. Al tú aparecer nuestro dinero se divide, mi padre lo dejó estipulado, fue como si nunca perdiera las esperanzas sobre ti. Yo lo manejo y lo necesito por ahora, no puedo ponerlo en juego, muchos intereses se vendrían abajo, además de mi carrera. Después, será todo tuyo.

—No lo quiero, no me interesa, solo quiero irme.

—¿Ese chico? —rio con cinismo. Cerré mis manos en puños—. No te alteres, ya te demostré que no me detendré. Tiene agallas, debo admitir, es grande, fuerte, da un aire de... peligro, pero no deja de ser un maldito pelagatos, así que olvídale. Se fue lejos con el dinero que le di por traerte. Te aseguro que no volverás a verlo ni saber de él —garantizó.

Negué con el alma entumida, rabiosa. Se levantó.

—No es verdad —zanjé con ira.

—No me importa que lo creas, de qué otra forma piensas que te hubiera traído, ¿por su alma bondadosa? ¡Por favor! Necesitaba dinero, se lo di a cambio de que te trajera, eso

es todo, Zinnia.

—Miente, lo conozco como a nadie y sé que miente. Solo déjeme ir, haré lo que desea y me voy.

—No, así no. Vivirás bajo mi resguardo para demostrar que soy un hombre recto, intachable, de familia. Estoy en campaña, ¿sabes? Y tu presencia me cae como anillo al dedo, imagina los encabezados diciendo que te encontré, que te busqué por años... Será estupendo. La verdad es que es perfecto.

—¡No quiero estar aquí!

—Me importa poco lo que quieras, apareciste, me sirves. Fin del asunto. Y si no quieres que ese jovencito estúpido lo pague por ti, harás como lo digo.

—¿Sabe dónde está? —comprendí ansiosa.

—Si te portas bien de aquí a las elecciones que son en ocho meses, te llevaré yo mismo con él —ofreció alzando una ceja.

—¿Ocho meses? —negué decidida—. Por favor —supliqué.

—No, y ya sabes, vuelves a dar un espectáculo como el de ayer y él la paga.

¿Entendido? —amenazó con mirada fría. No respondí, solo lo miré fijamente, con odio—. Así me recuerdas a tu madre —y me tomó con brusquedad de la barbilla, me zafé con rabia—. Nunca nos caímos bien, era hermosa, tanto como tú, pero esa mirada —y chasqueó la lengua—. Esa mirada me irritaba. Te subirán algo de comer, date una ducha. Hay ropa en el closet, algo de lo que se compró debe quedarte. No te quiero en harapos, y péinate —salió cerrando tras de sí.

Con rabia e impotencia, tomé un florero de metal que estaba sobre la mesilla de noche y lo aventé, vencida, acorralada, fuera de mí.

No comí, no podía, me duché sin mucho afán, tomé lo primero que encontré del ropero y me lo puse. Me recosté en la cama, deseando encontrar calma, una maldita salida.

No podía creer que esto me estuviera pasando a mí, simplemente no podía ser real.

Dormité ahí, encima de las cobijas. Cuando el sueño me vencía, mi mente evocaba algo, algún recuerdo, su sonrisa, sus brazos, el disparo, despertaba llorosa, gritando, sudando, aferrando el colgante como si este tuviese poderes mágicos y me pudiera regresar a donde pertenecía; a su lado.

No deseaba moverme. No creía en lo absoluto lo que ese hombre me había dicho sobre él. Yerik no era ese tipo de persona, jamás me harían cambiar de opinión, lo cierto es que temía los alcances de mi tío, y si lo dañaban, si ya lo habían hecho.

Debía encontrar la manera de comunicarme con él. Ya me había memorizado los dos números de aquel papelito.

Sin él me sentía vacía, flotando en el aire, suspendida en el limbo. Era mi referencia, mi ancla a la vida, sin sus ojos no encontraba motivos, sin sus manos nada tenía sentido, sin su voz me sentía perdida.

La muerte de Clemente quemaba aun como si una herida atravesara mi ser, eso, aunado a su lejanía, simplemente no podía.

Evoqué las corretizas en el parque, las veces que jugábamos en aquel patio repleto de hojas que caían de los árboles, riendo pese a nuestra oscura realidad, persiguiéndonos,

fingiendo que era nieve y simulando una tormenta. Las veces que llegaba Yerik con un chocolate y que debía comérmelo de un bocado porque si no Clemente me quitaba la mitad. Lo había hecho en tantas ocasiones que al final había aprendido. La infinidad de ocasiones en que nos escapábamos simplemente para ir a los juegos, era tan sencillo dejarse llevar. Piratas, caballeros, gnomos y miles de historias que inventábamos para pasar el tiempo, para olvidar lo que en nuestra vida ocurría. Al regresar solía llegar la regañina, pero no importaba, no después de la diversión que era tan escasa.

Me refugié en los recuerdos, en el único lugar seguro que encontraba, que me refería algo de mi vida.

Cuando nos besamos, las miles de manera en que nos compartimos, sus palabras, mis sentidos despiertos, vivos.

Me negaba a aceptar esa realidad. No era mejor que estar en aquel lugar, pero en aquella casa donde crecí, siempre estuvo él y eso... eso era lo único que yo necesitaba para sonreír.

Por la mañana la puerta se abrió.

—Ayer rechazaste las tres comidas, no lo permitiré —era ese hombre. Me senté desganada, mirándolo de reojo.

—No tengo hambre —reconocí con voz rasposa.

—O comes, o ya sabes... Alguien no la pasará bien —lo miré rabiosa.

—¡No lo toques! —le advertí rugiendo.

—¡Come! —y salió azotando la puerta.

Me acerqué a la mesa que estaba a un lado de la ventana. Destapé la charola; carne, pasta, verduras. Sonreí con ironía. Qué hubiera dado por un sándwich con apenas un poco de jamón, pero a su lado, con mi amigo vivo, con él mirándome.

Picoteé un poco, pero jugué bastante con el platillo. Cuando ya no pude más porque simplemente no me interesaba, regresé a la cama.

Los días pasaron. Comía poco, lo indispensable para tener energía, para satisfacer a ese desagradable hombre que no podía ser mi familia. Me duchaba, me mudaba y me recostaba. Mi vida no tenía un sentido y solo esperaba que los días volaran para que me dijera donde estaba, para ir con él.

El día que cumplí 18 fue como cualquiera de los anteriores. Con la diferencia de que había una rebanada de pastel en mi comida. La desdeñé sin pensarlo. Necesitaba salir de ahí.

Por la noche, el chirrido silencioso de la puerta me alertó. Prácticamente no se aparecía. No giré, no me importaba lo que quisiera decirme.

—Hola, Zinnia —esa voz me resultó desconocida. Volteé intrigada. Era una mujer, podría asegurar que la misma que vi el día que me llevaron a aquella habitación. Prendió con movimientos femeninos una de las lámparas. Una luz tenue invadió ese lugar que aborrecía. Me senté, sin muchas fuerzas. Ella se acercó, sonriendo con ternura. Era guapa, con un porte asombroso—. Soy tu tía, Elina —se presentó.

No me atreví a responderle, solo a observarla acercarse. Si era su esposa podía esperarme una víbora, debía estar preparada. Se detuvo a un metro de mí, ladeando su cabeza. Llevaba el cabello suelto, ondulado, sin maquillaje, con un conjunto deportivo, aunque no parecía

haber hecho ejercicio.

—Lamento haber tardado tanto en venir —se disculpó. Aferré el colchón con mis manos, bajando la mirada.

—¿Qué desea? —me atreví a preguntar, quería que me dejaran en paz.

—No soy tu enemiga, quiero ayudarte —arrugué la frente, mirándola nuevamente.

—¿Ayudarme? —Sonrió con dulzura, contemplándome.

—Tienes una cara hermosa, y sí, conocí a tu madre, son parecidas. Hay fotos que lo demuestran —explicó con paciencia. Mi corazón martilleó.

—¿Fotos? —asintió alegre.

—¿Quieres verlas? —dudé por un segundo, pero al ver sus ojos entusiasmados, acepté—. Anda, levántate, vamos —y anduvo hasta la puerta.

—No sé si puedo salir —le hice ver, nerviosa.

—¿Qué pasó con esa chica que llegó aquí? —me preguntó seria. Bajé la vista. De pronto ya la tenía frente a mí, sujetando mi barbilla para que la mirase, no me agradaba su tacto, ni el de nadie en general, pero no me moví, estaba tan rota que ya nada importaba—. Nunca cedas tu interior, protéjelo. Sé que eres fuerte, pero, además, no estás sola aquí, no lo olvides —y tomó mi mano para que avanzara. La seguí aturdida, soltándome con disimulo.

Recorrimos el pasillo, luego bajamos las escaleras. La casa, ahora que estaba más tranquila, admití que era asombrosa, elegancia por doquier. Mientras descendía me fijaba en los detalles. Un hombre al lado de la puerta por donde entré días atrás me miró fijamente, quizá adivinando que deseaba escarpar, pero no era estúpida, había más afuera. Guardaespaldas, supongo. Llegar al portón me sería imposible.

Cruzamos una sala y luego otra más grande. Abrió una puerta que estaba frente nosotros, sonriendo y me instó a entrar. Era una biblioteca, impresionante. Abrí los ojos, azorada.

—Puedes venir aquí cuando quieras y tomar el libro que desees. No eres una prisionera, ¿Okay? —ladeé el rostro en desacuerdo.

—No puedo irme —le recordé, ella sacaba algo una cajonera.

—Por ahora.

—Quiero hacer una llamada —alzó la vista, fijándola en mí, seria. De repente me tendió su móvil que sacó de su sudadera. Pestañeé sin dar crédito.

—Anda, marca —lo tomé con manos temblorosas, la pantalla era plana, no tenía tecla alguna.

—No sé cómo usarlos —admití avergonzada. Sonrió, se acercó a mí y con calma me explicó, no fue difícil. Con los dedos sudorosos, escribí el número que ya me sabía de memoria. Me llevé el aparato al oído, esperando. Elina se sentó en uno de los sillones, observándome, atenta.

"El número que usted marcó está apagado o fuera del área de servicio"

Se lo devolví, afligida, con el llanto amenazando con salir. Palmeó un lugar a su lado.

—Mañana lo intentas de nuevo, no te desanimes —pasamos varias horas ahí. Nunca olvidaré que gracias a ella conocí a mi madre y en efecto, éramos muy parecidas, demasiado,

pero también compartía rasgos de mi padre. Era asombroso lo que despertó el solo verlos, el saber que me habían amado, que pertencí a una familia. Una foto de ellos con los que eran mis hermanos, Adán y Julio, eran mayores que yo, y parecían inquietos.

Lloré bastante, aunque no la sentía propia, era como ver una película y no ser alguno de los personajes, aun así, comprimí más mi corazón que para ese momento, ya era una pasa. Cuando ya estuve agotada, me tendió una foto de ellos.

—Anda, es tuya, quédatala. Luego continuamos, ¿quieres? Ahora es tarde...

—asentí sin poder hablar. Anduvimos juntas hasta mi habitación, en la puerta me detuvo—. Come bien, esto pronto acabará.

—Necesito salir de aquí —me atreví a decir. Asintió, seria.

—Lo sé, este no es tu lugar, pero estoy en ello. Solo dame tiempo, ¿sí? —cerré los ojos, desesperada.

—Siento que me ahogo.

—No lo permitas. Ese chico, supongo que es a quien llamaste —abrí los ojos de golpe, ansiosa.

—Sí, ¿sabe dónde está? —negó.

—Pero mi marido no se anda por las ramas, lleva esto con calma.

—Son ocho meses y no creo poder terminar siquiera este —quiso tocarme el brazo, me retiré, arisca

—Será menos, te lo aseguro —dio la media vuelta y se fue. Entré desganada. Nada cambiaría.

Más días transcurrieron, dando paso a las semanas, tres en realidad que para mí eran siglos.

No había noche que no despertara gritando, o aterrada, por lo mismo, no lograba dormir de nuevo. Cada vez lo sentía más lejano y el miedo crecía. Algo me decía que no estaba bien y me quería morir de solo pensar que esos tipos lo hubiesen encontrado, que... De solo imaginarlo, lloraba convulsamente hasta secarme.

Ya tenía que bajar a la hora de las comidas al comedor, en presencia de mi repugnante tío y agradable esposa, que para mí desgracia, poco estaba en casa. Me permitían salir a los jardines donde más de una vez intenté huir, pero al segundo mi intento se frustraba, así que me ponía solo a leer, resignada. Elina me enseñó a usar el control del televisor, pero nunca la prendía, no la encontraba atractiva.

Una mañana que desperté con la angustia clavada en mi garganta, hice el desayuno del lado y miré a mi tío, seria.

—¡Come! —aventé el plato, rabiosa. Elina no se sorprendió, parecía que esa era la actitud que esperaba de mí. Álvaro dejó de leer su tableta, molesto por mi arranque.

—Si es verdad que sabes dónde está Yerik, dame una prueba o no firmaré los papeles hoy —lo amenacé, ese día irían unos abogados y se llevaría a cabo maldita firma donde aceptaría mi herencia y permitiría que él la administrara. La siguiente semana planeaba presentarme a los medios, por lo que me habían comprado ropa que no pensaba usar y había hecho cita con una estilista que no permitiría que me tocara.

Se levantó, al igual que yo. Leí cólera en sus ojos, pero la mía estaba segura que

era más.

—A mí no me amenazas, si no firmas, ya sabes lo que ocurrirá.

—No te creo, no sabes dónde está —lo desafié. Una bofetada recibí en respuesta, mi silla calló, no me importó, lo enfrenté de nuevo—. Tus golpes no me importan —admití sin frotarme la mejilla.

—¡No vuelvas a tocarla! —Intervino Elina, roja de rabia. Mi tío miró a su esposa, colérico.

—¡No te metas! —y volvió a hacerlo provocando que mi labio se abriera. La mujer le aventó el contenido de su copa a la cara, furiosa. Jamás pensé verla así, no la conocía mucho, pero en esas semanas, se había mostrado tranquila, serena, sonriente.

—¡He aguantado mucho, no más! Esto se acabó —y salió de ahí, dejándolo mudo, un minuto después también se fue.

Me quedé ahí, sola. En un arranque jalé el estúpido mantel logrando así que todo cayera al suelo, causando un escándalo. Subí hasta mi recámara, a punto de la histeria.

Ya no podía más. No podía más, comencé a desbaratarlo todo a mi paso, absolutamente todo, gritando, llorando. Solo quería terminar con todo, acabar con todos.

Como ven la herencia no es el problema, tampoco el mató a su hermano; intereses políticos van de por medio, y dolores de antaño, un matrimonio destruido y tras esto Zinnia rota. Ahora verán otra cara de ella, no solo porque Yek no está, sino porque los chicos que se crían bajo estas circunstancias no intiman con facilidad y tiene corazas muy gruesas que los protege. Hasta ahora estaba con sus iguales, ahora conocerán el resultado de lo que ha vivido y lo que la ha marcado en su forma de dirigirse, así que espero la comprendan. No sabemos nada de Yerik, pero sí que ella no puede más, pese a que va conociendo de a poco su pasado, su familia. ¿Creen que la tía se honesta? ¿Que la ayudará a encontrar a Yek? ¿Qué tramará? ¡Gracias por votar, por comentar, por continuar aquí, Leyendas! :D



Por la tarde Álvaro entró, serio. Observó el desastre sin inmutarse.

—Baja, debes firmar —negué de pie junto a la ventana.

—Dime donde está... Si no, olvídale —respondí. Se acercó a mí, rabioso. Me sujetó por el mentón. Su mirada estaba cargada de amenaza. Me importaba una mierda, intenté zafarme, no me lo permitió, apretando. Detuve mi forcejeo, encarándolo sin temor.

—Si no lo haces, me encargaré de que nunca vuelvas a verlo, ahora... Decide —amenazó. Mi respiración se aceleró.

—Te denunciaré —lo desafié asustada por lo que acababa de decir.

—Nadie te creerá, eres una niña recogida de la calle, afectada, herida, quizá consigas que te metan a una institución mental que, dicho sea de paso, me la estoy pensando —me soltó.

Le escupí.

Me bofeteó, yo le respondí, haciéndome a un lado para que no me tocara de nuevo.

—Ya veo que la calle es peor de lo que pensé, crea animales...

—El único animal que yo veo aquí eres tú —declaré riendo con cinismo, mirándolo con lástima y pasé a su lado.

Firmaría y al carajo todo.

Una vez que ese absurdo terminó, bajo el escrutinio de esos hombres, me subí. Solo rogaba que él estuviera bien, porque estaba segura de que ese infeliz no tenía idea de su paradero, lo cierto es que sí creía que de proponérselo lo encontraría y no me agradaba la idea. Cada segundo rogaba que estuviera bien, que hubiese encontrado la manera de que esos hombres no lo encontraran, que... siguiera vivo.

La tarde siguiente escuché gritos procedentes de la sala. Me encontraba en la biblioteca, leyendo un libro entretenido sobre la historia en Roma, buscaba con desespero distraerme o enloquecería, quizá ya lo estaba.

Lo dejé del lado. Arrugando la frente. Parecía un autómata, alguien vacío y yo misma lo notaba, pero no planeaba cambiarlo, no tenía idea de cómo hacerlo.

—¡Cómo te atreviste! —gritaba ese hombre que odiaba.

—Te lo advertí, y viene en camino. Más vale que se la entregues, que la dejes ir. Después de eso, quiero que saques tus cosas de esta casa y tú, y tus matones se larguen —le advirtió. Abrí los ojos, era Elina. No daba crédito. Mi tío debía estar enloqueciendo, si algo había notado en ese corto tiempo, era que veneraba a esa mujer.

—No, no me iré, eres mi esposa.

—Lo que le hiciste a tu propia sobrina no tiene nombre, la estás prácticamente secuestrando. Qué no te das cuenta que es la hija de tu hermano, que es lo único que te queda.

—No la conozco, ¡date cuenta! La has visto, parece un animalillo, es agresiva, grosera, brusca, no me fío. Pero además, no le falta nada. Creí que no la soportarías por ser quien es.

—¡No digas estupideces! ¡Es increíble que sigas con esto! Y sí le falta, le falta amor, ese que no tuvo por quince malditos años gracia a esos cerdos que la desaparecieron. Pero eres un ciego, por eso no te he dado ni te daré hijos. Su abuelo se la llevará, y no te opondrás, te lo advierto, no la usarás. Y si quieres que evalúe mi apoyo en público, dale su parte que le corresponde sin condiciones.

Mi abuelo, ¿de qué hablaba?

Mi pulso se disparó de nuevo. Negué abatida, yo solo quería irme de ahí. Ya no importaba donde. Todos los días marcaba el número de Yerik, siempre decía lo mismo. A Carlo, qué le diría, no deseaba ponerlo en aprietos, además, qué podría hacer por mí.

—No puedo, entiende, ese dinero ya está comprometido, todo se vendría abajo. Debo esperar.

—Entonces ya sabes, en cuanto se marche, te largas. Y pobre de ti que me entere de que la contactas como no sea para devolverle lo que es suyo.

—No puedes hacerme esto —le reclamó rabioso.

—¡Oh, sí! Las maletas de Zinnia están listas, se la darás a Don Octavio. Esa niña rehará su vida con alguien que sí la desea, que la ama sin importar nada. No te das cuenta de que está herida. En fin, ya arreglé todo, sus papeles, todo. Empezará de nuevo, como debe ser,

donde le corresponde.

—Bien, no me opongo, hazlo, pero no le puedo regresar nada.

—Ese es tu problema, yo ya te dije mis condiciones.

—Carajo, Elina, no puedes hacerme esto.

—Puedo, sabes que puedo. Ahora dime, dónde está ese chico —lo cuestionó. Agucé el oído, respirando con dificultad, con las palmas sudorosas.

—¿De qué hablas?

—El que la trajo, ¿dónde está? Y más te vale que no lo hayas tocado, Álvaro. Es la única referencia de Zinnia, qué no la escuchas gritar por las noches.

—No creo que alguien de esta casa no la escuche. No sé, ese día lo sacaron de aquí y no regresó. Le di dinero y mira, desapareció —negué sin creerlo. Llorando de nuevo.

—Más te vale, te juro que más te vale.

Me recargué en el muro contiguo, dejando que mi espalda resbalara por la pared, cubriendo mi rostro. No me iría con ese señor, no me iría con nadie, era mi vida y no permitiría que nadie la decidiera. No más.

De pronto la puerta se abrió por completo. No alcé el rostro.

—Lo escuchaste todo, ¿cierto? —Era ella, asentí sin poder salir de mi escondite.

Sentí su mano en mi rodilla—. Escucha, Zinnia, mírame —tardé en obedecer, pero cuando lo hice, me sonrió con ternura.

—Solo déjenme ir —negó con dulzura. Acariciando por un segundo mi cabello, soltándolo enseguida.

—Tu abuelo, el padre de Galia, es un hombre bueno, he estado en contacto con él. Cuando tu madre murió, el recién había quedado viudo, la noticia de su muerte lo internó de gravedad en el hospital. Ahora ya está bien. Vive en una playa, te encantará. Allá tienes una tía, primos. No te faltará nada.

—Pero no quiero eso, necesito irme.

—Te prometo algo, buscaré a tu amigo, y si viene aquí, le diré dónde encontrarte...

Conozco a Álvaro, no le creo, puede ser a veces un loco irracional cuando de su carrera se trata y más últimamente, jamás lo había visto actuar de esta manera, nunca se lo perdonaré. Lamento que todo esto ocurriera, pero te dije que estaba haciéndome cargo. Allá estudiarás, tendrás lo que por derecho mereces; una familia. No te niegues a ello, solo deja que la vida te devuelva lo que te pertenece.

—Yerik no aceptó dinero, lo conozco de toda mi vida. ¿Lo buscarás? —pregunté con voz quebrada. Asintió sonriendo, sacudiendo levemente la cabeza.

—Si con eso te vas de buena gana, lo prometo —y me extendió su mano. Dudé—.

Sé que debes curar tantas heridas, no puedo ni imaginar lo que ha sido tu vida, pero leo en tu mirada tanto miedo, coraje y dolor que incluso me lo contagias. Pero estás aquí, tienes que sacar la cara, vivir, Zinnia.

—No sé cómo —admití llorando tan cansada, tan acabada. Tomó mi rostro entre sus manos, con tristeza.

—Encontrarás la manera. No quiero forzarte. Te daré mi número y si las cosas no

marchan bien con tu abuelo, me puedes buscar, siempre estaré para ti, y veremos qué hacer. Aunque lo dudo, es un hombre estupendo, desea tanto verte... Conocerle... Eres lo único que tiene de su hija, sé que lo valorará –buscaba convencerme, pero yo temía—. Anda, no tarda en llegar –se levantó para que la siguiera. Lo hice despacio, desconfiada.

—No sé qué le diré –admití asustada. Sonríó acariciando mi mejilla, me alejé pese a sentir que era honesta, pese a lo que hacía por mí. Lo cierto era que mi interior era una caja fuerte, llena de cerraduras, de blindajes, y no por esas semanas, sino desde siempre. Confiar era un lujo que había aprendido a atesorar. Querer, querer era algo que prefería no hacer, salvo a Yek.

—Solo deja que él haga su parte, y no te resistas –asentí sin estar convencida—. Dime algo, si te dejara la puerta abierta ahora mismo, ¿a dónde irías? ¿Qué harías? –La observe con atención, turbada por su pregunta. Demoré en mi respuesta.

—Yo... no conozco aquí a nadie.

—En la Ciudad de México sí, ¿regresarías al lugar de donde saliste? –indagó curiosa. Pensé en Lolita, ahí podría ir, pero algo me decía que el peligro me acecharía y ella no lo merecía. Cerré los ojos negando—. Bien, entonces esta es tu opción por ahora, solo date una oportunidad.

Salimos de ahí juntas, una maleta ya estaba a un lado del recibidor.

—Pedí que empacaran solo lo que creo que te podrá servir, allá hace mucho calor. Además, te compré algunas cosas más que seguramente te vendrán bien –no supe qué decir, pero sentí que me ruborizaba. Sonrió con ternura—. Eres una chica dulce, Zinnia, lo sé. Estarás bien, no sé cuándo, ni cómo, pero estarás bien.

—Solo necesito que vuelva –logre decir, bajito.

—Si eres tan importante para él, como lo es para ti, deberá hacerlo... —eso rogaba porque cada día el agujero en mi pecho crecía más y yo me iba diluyendo, desdibujando sin poder evitarlo.

Mi tío parecía haber salido, todo estaba en completa calma, cuando de pronto la puerta se abrió. Sentí el corazón atascado en medio de la garganta.

Un hombre mayor, debía pasar de los sesenta, con cabello cano, casi por completo, alto, de ojos grises, grandes, con barba y el cabello muy corto, peinado levente del lado, vestido con unos pantalones beige y una camisa blanca, de compleción fuerte. Algo en él, en su mirada, me estremeció, me hizo sentir tan extraña y a la vez, serena. Su gesto parecía suspendido, sus facciones congeladas. Una mujer apareció tras él, no pude ponerle atención, algo ocurría entre nosotros, algo estaba surgiendo. Mi piel erizada, el llanto pujando por salir.

—¡Oh, Dios mío! ¡Zinnia! –chilló esa voz femenina. De inmediato se acercó para rodearme, lloraba. No me moví, no pude hacer nada. Él se limpió el rostro con un pañuelo que sacó del bolsillo de su camisa, azorado. La mujer que me aferraba se separó. La observé sin poder evitarlo, sus ojos, su expresión, se parecía a mi madre—. ¡No puedo creerlo, estás viva, mi niña! –y tocaba mi cara, temblando. Pero no lograba ni siquiera moverme.

—Don Octavio, puede notar que no eran suspensiones... Es su nieta –habló Elina, con seriedad. Este asintió, conmovido, estremecido. Mi tía, conjeturó, notó mi mutismo, desorientada.

—Es tu abuelo, soy tu tía, Aura —me hizo ver como si esperase otra reacción.

—Mucho gusto —expresé con voz seca. El hombre sin poder guardar más la distancia, se acercó y me encerró en su pecho, con fuerza. Lo escuché llorar, su calor, algo en su ser me envolvió, sin pensarlo, alcé mis brazos y los coloqué en su cintura, apenas tocándolo. Se separó negando, asombrado, con los ojos enrojecidos.

—Lamento dejarme llevar —se disculpó con voz ronca, de alguna manera ese tono me llevó a un sitio lejano. Pestañeeé asintiendo.

—Zinnia ha pasado por mucho —expresó Elina, a mi lado. Observando a ambos, que notaban mi lejanía—. Sé que estará bien a su lado. ¿No es así, Zinnia? —me preguntó con ternura. Asentí bajando la vista.

—Estará bien, yo veré que así sea... ¿De acuerdo, hija? —volví a asentir, nerviosa por escucharlo, por cómo me nombró. No tenía ni la menor idea de cómo actuar.

—Zinnia, ve a la biblioteca, toma los libros que quieras, serán tuyos —entendí que deseaba un momento a solas con ellos, no repliqué y me alejé sin dudar. La docilidad no era parte de mí, sin embargo, en ese momento ya no sabía de qué defenderme. Me detuve donde no pudieran verme, recargándome en un muro, aferrando el ámbar, temblorosa. Necesitaba volver a verlo, lo necesitaba.

—Parece que le da igual... —se quejó Aura. Cerré mis ojos, sorbiendo el llanto.

—No, dudo que algo le dé igual. Pero deben tener paciencia. Se crio en una casa hogar, he estado investigando un poco. No tengo mucha idea de cómo lo pasó dentro, pero hace meses que había escapado, junto con un chico. Hace un mes, encontraron a uno de los muchachos con los que compartió aquella casa, muerto, lo mataron —le explicó con voz afligida. Apreté los puños, evocando ese maldito momento, ese disparo, lo que vino después.

—¡Dios! —exclamó mi abuelo.

—Llegó aquí, el chico con el que se escapó, la trajo... Álvaro fue bajo, cruel, no sé qué le ocurrió, pero por ahora los detalles están de más. Como le dije, Octavio, luego iré a conversar con usted. Pero Zinnia está mucho más lastimada de lo que siquiera puedo pensar. No será fácil. Está demasiado escondida en ella, es arisca, desconfiada, no teme y tiene un carácter como pocos he visto.

—Será complicado —murmuró Aura.

—Es mi nieta, haré lo que deba para ayudarla.

—Solo paciencia, serenidad es lo que necesita, seguridad. No se ha abierto conmigo, obviamente, pero sé que si persisten, si lo toman con calma, si le dan su espacio, con el tiempo lo hará con ustedes.

—No se preocupe, Elina, yo me haré cargo. Y dígame a Álvaro que no lo quiero cerca, no bromeo, esconder algo así, su carrera, no me gusta. Todo eso acabó con la vida mi hija, de mis nietos, y ahora debo ayudar a reconstruir la de Zinnia, no quiero que se acerque.

—Le prometí que no tendría nada que temer, no se preocupe. Aquí están sus papeles, ya arreglé todo. Como le dije, habían modificado su acta, ya está todo en orden. Interrumpió sus estudios, solo le falta un semestre para terminar el bachillerato, tiene buenas notas. No será problema que ingrese a donde quieran. Si necesitan algo, no dude en buscarme. Zinnia también tiene mi teléfono.

—¿Qué fue de ese chico que la trajo? —intervino mi tía.

—No lo sé, pero ella... ella lo quiere, o... algo más... No sé la verdad, pero lo comenzaré a buscar, si doy con él, les aviso. Por la memoria de Aarón, esta es ahora mi prioridad, y mi marido lo sabe.

—Es todo tan espantoso; mi hermana, su familia, mi sobrina, esto es una porquería. No lo merecían —sollozó Aura.

—Pero estará bien, yo me haré cargo. Gracias por todo, subiré sus cosas a la camioneta, pensamos regresar a Puerto Vallarta hoy mismo —anunció.

Cerré mis puños. Por un momento pensé en escapar, pero la promesa de Elina me detuvo. Si lo encontraban, yo no estaría en donde se supone y podíamos pasarnos la vida buscándonos. Gemí deseando desaparecer, olvidarme de todo y perderme en el frío vacío que ahora reinaba mi alma.

Tomé solo dos libros, el que leía y otro que era de Dickens, Yerik me había hablado de él, tenía tanto de nosotros. Salí sin prisa, cuando llegué al recibidor, Elina observó mis elecciones, sonriendo.

—Cuídate, mi niña, estarás bien.

—Gracias, Elina —me despedí. Acarició mi mejilla, solo un segundo.

—Solo acepta de la vida lo que te dé. —Y me guiñó un ojo. Mi abuelo me esperaba en el umbral, pasé frente a él. Mi tía hablaba por el móvil, afuera de la camioneta blanca. Me subí en la parte trasera, en silencio. Mi abuelo cerró la puerta, sereno.

—Iremos a casa —murmuró una vez sentado frente al volante. No respondí, solo perdí la mirada en el exterior, aferrada a mi trozo de ámbar, ese que nunca me había quitado. Lo estrujé tanto que mi mano dolió.

¿Por qué no estaba a mi lado? ¿Por qué no aparecía? ¿Se encontraría bien? ¿Por qué jamás me dijo nada?

Cerré mis ojos ansiándolo, deseando con vehemencia escucharlo, sentirlo, perderme en su aroma.

Varias veces durante el camino fui consciente de la mirada de mi abuelo sobre mí a través del retrovisor, no giré. No tenía idea de cómo comportarme, por otro lado, si no era como parecía... Debía ir con cuidado, no me fiaba, ya no.

—¿Tienes hambre, Zinnia? —preguntó mi tía cuando se detuvieron en una gasolinera. Negué con timidez. Sonrió asintiendo.

—Te encantará Puerto Vallarta, es un sitio con mucho movimiento, el mar, todo... —La observé comprendiendo de pronto que nuevamente todo daba un giro. Solo rogaba que en esa ocasión funcionara, que fuera el acertado.

El mar. Cuántas veces hablamos de él, con nuestras manos entrelazadas, perdidos en la oscuridad de aquel cuarto donde nos escondíamos en la casa de esas mujeres. No podía siquiera imaginarlo, pese a que había visto fotos, vídeos en la escuela. Lo conocería, y Yerik no estaría ahí, como un día me prometió.

Teníamos trece, un castigo donde estuve encerrada en la oscuridad por un día

entero terminó. Me sacaron del cabello, para enseguida ponerme a trabajar. Lo cierto es que nunca supieron que él se las había ingeniado para entrar. Yo lloraba, asustada, como cada vez que me metían ahí, con la dignidad y el orgullo maltrecho.

—¿Colibrí? —escuchar su voz logró que dejara de lagrimear.

—Aquí —y extendí mis manos. Cerró tras de él con sumo cuidado después de enfocarme. Enseguida entrelazó mis dedos con los suyos. Sentí ese alivio que solo lograba su presencia.

—Pasaré aquí la noche, tranquila...

—Gracias —musité con un hilo de voz.

—Juguemos, anda —me propuso, con su tono jovial, divertido, infantil. Sonreí enseguida, olvidando todo.

—¿A qué? —quise saber.

—Vamos a viajar...

—¿A dónde? —me burlé.

—La nieve, por ejemplo. Cómo crees que se sienta bajo los pies, o tocarla.

—¿Helado? —refuté con simpleza. Rio por lo bajo, solo solía hacerlo conmigo, lo sabía, y eso me hacía sentir tan por encima de todos en su interior.

—Colibrí, deja volar tu cabeza, siempre eres tan directa. Imaginar es una manera de escapar, también de vivir. Anda.

—Es que no veo cómo pueda pensar en algo que nunca he visto, que en realidad nunca conoceré —argumenté. Apretó mis manos.

—No lo sabes. Solo cierra los ojos y piensa. ¿Qué deseas conocer?

—El mar —admití evocando dibujos, los vídeos que había visto con la maestra de biología.

—El mar debe ser impresionante, dicen que es inmenso, imagina, rodea los continentes.

—Me daría miedo, creo, pero me lo imagino como mágico...

—Entonces vayamos al mar. —Le di un empujón.

—Estamos encerrados, y yo castigada por no barrer la calle. —Chasqueó la lengua.

—¿Escuchas eso? —negué riendo. Apretó de nuevo mi mano—. Yo sí, es el tronar de las olas, está cerca... Quítate los zapatos, la arena es suave. —Lentamente me fue sumergiendo a un mundo sin limitantes donde solo éramos él y yo y lo que nuestras mentes con la poca información que teníamos nos concedía. En medio de esa locura, nos quedamos dormidos. Un toque en la puerta nos despertó.

—Es Clemente, debo irme, no quiero que se ponga esto peor —murmuró. Mi castigo todavía no acababa. Aferré su mano, nerviosa—. No te preocupes, te estaré hablando cada vez que se alejen —solía pegarse a la puerta y charlar, yo también cuando era su turno.

—Siento como si hubiera estado en el mar, Yek —admití, afligida.

—Estaremos, es una promesa, Colibrí, regresaremos, te lo juro. —Siempre le creí, y en esa ocasión no fue la excepción.

—Sí, regresaremos.

Regresé al presente, no me había fijado que ya estábamos tomando carretera. Mi abuelo y Aura conversaban sobre cosas que no me interesaban en realidad, algo referente a unas tiendas, al clima.

Llegamos cuando anochece. La casa de mi abuelo estaba dentro de un fraccionamiento donde había muchas construcciones hermosas, palmeras, jardines. Podía apreciar gracias a la iluminación grandes construcciones, aunque no como la casa de Álvaro.

De pronto se aparcó frente a una casa pintada en colores claros, con grandes ventanas, y tejas en el techo. Un par de coches más estaban aparcados ahí.

—Habrás que decirles que en otro momento —ordenó mi abuelo con voz contenida. Me erguí atenta, nerviosa.

—Sí, creo que es lo mejor... —secundó sin dudar Aura. En cuanto abrió la puerta, el calor se coló; era tan húmedo, algo a lo que definitivamente no estaba acostumbrada. Abril estaba acabando, no podía estar tan sofocado. Adentro del auto no se había sentido gracias al aire que mantuvieron prendido, pero al detenerse, enseguida parpadeé, desorientada—. Es muy caluroso, pero te acostumbrarás, un buen baño y ropa fresca es lo que necesitarás y listo —sonrió mi tía intentado aligerar mi estado. Asentí bajándome.

Mi abuelo sacó mi maleta de la parte trasera y esperó a que avanzara. Tres gruesos escalones de piedra me separaban de la puerta que era de madera color caoba. Pasé saliva. Mi tía ya iba al frente, con su bolso colgando por el brazo. Abrió, mientras la seguía.

Dios, la ropa se adhería a mi piel y ya gotas de sudor corrían por mi nuca.

De pronto mucha gente, el ambiente, rostros que desconocía, no pude enfocar nada.

—¡Bienvenida!

Sentí mi piel espesa, respirar costó tanto, un sudor helado entró por mis piernas y lo último de lo que fui consciente es de que alguien tras de mí me sujetaba y mi abuelo pedía que salieran, molesto. Yo ya no podía más, ya no.

Ay, no sé pero me encanta, ese encuentro les prometo que traerá cosas buenas, estamos ya a la mitad de la historia. Zinn tiene mucho que aprender, pero debe recuperarse, lo que ha vivido no ha sido sencillo y está mal, además del miedo, de la desconfianza, de todo. Pero Yerik como verán hizo lo correcto. Ese viaje al mar entre ellos, lo amé, y es que pese al dolor surgieron pero eso no quiere decir que no estén muy lastimados. El abuelo, Elina, Aura... Vendrán más luces, se los prometo. ¡Gracias, leyendas, por llegar a este punto junto a mí, junto a ellos! Gracias por sus votos, comentarios!



Perdida en la negra penumbra, me dejé llevar, era tan sencillo resguardarse ahí, olvidarlo todo, evadir lo que ocurría, el dolor que cada día iba logrando que me extinguiese.

—Zinnia.

Me quejé al escuchar mi nombre.

—Zinnia... Hija —rogaron.

No pude postergarlo más, esa voz sonaba cargada de agobio. Abrí los ojos con lentitud. No tenía idea de dónde estaba, pero reconocí el rostro de ese señor con el que ahora viviría, el de mi tía también, sin embargo, ahí estaban otros dos que no había visto. Los observé con cautela, eran dos chicos, altos.

—Ya despertó, abuelo, tranquilo —musitó uno de ellos, de cabello muy corto, el otro, a su lado, de cabello casi rubio no dejaba de verme a través de sus ojos azules.

—No vuelvas a hacer algo así, levanta todo y encárgate de que la casa quede impecable, Dante —ordenó Aura. El aludido asintió, mostrando una mueca de culpabilidad.

—Sí, mamá. Anda, vamos, Niclas —instó al otro, mirándome por un momento,

alzando la mano a manera de saludo—. Lo lamento —me dijo y salió de ahí. Mi abuelo sacudió la cabeza, sin dejar de verme.

—¿Cómo te sientes? —preguntó sentado a mi lado, con mi mano entre las suyas. Noté el gesto, pestañeé aturdida, la retiré suavemente, nerviosa.

—Bien, solo... ¿podría tomar agua? —Me atreví a pedir, incorporándome un poco. La mujer se levantó de inmediato.

—Ahora lo traigo —anunció sonriendo.

Bajé la vista, hasta mi abdomen.

—¿Qué... qué pasó? —pregunté bajito.

—Te desmayaste, pero ya traes color. Lamento que tu recibimiento fuera así...

—¿Me recibían? ¿A mí? —pregunté aturdida. Sonrió al notar mi desconcierto.

—Tus primos deseaban conocerte, pero ya habrá tiempo.

—Sí —admití mordiendo la parte interior de mis labios. No sabía qué decir, qué esperaba de mí.

—Escucha, Zinnia —me habló con suavidad. Alcé la mirada, enfocándola en la suya, tan similar a la mía—. Iremos a tu paso, no te presiones, no te sientas obligada a nada. Esta es tu casa, puedes ir y venir tanto como lo desees. Yo lo único que quiero es que te sientas parte de esta familia, de... tu familia, pero después de todo este tiempo sé que no será sencillo, ni rápido. Sin embargo, no te agobies, confío que las cosas se vayan dando.

—Gracias... —murmuré sin decir más y es que no sabía cómo responder a todo lo que estaba ocurriendo.

Los pasos en el pasillo hicieron que mirara hacia la puerta. Aura apareció ahí con un vaso y una jarra también que depositó en una cómoda de madera que se hallaba frente a la puerta. Me lo tendió con mirada dulce. Lo agarré sonriendo apenas. Ambos esperaron a que acabara. En cuanto el líquido entró en mi sistema, lo agradecí cerrando los ojos. Ahí el clima era agradable, fresco.

—Descansa, acomoda tus cosas en el closet si lo deseas, cuando lo desees. El baño tiene todo lo necesario y en estos días iremos a comprar lo que te haga falta. Si te encuentras mejor, me agradecería que me acompañaras a merendar... —sugirió con ternura.

Lo miré fijamente, su voz era ronca, pero suave, me brindaba una seguridad similar a la que Yek lograba en mí. Aferré mi ámbar, el gesto no pasó desapercibido para los dos.

—Quisiera... dormir —admití esperando una regañina. Él sonrió comprensivo.

—Le diré a Nami que te suba algo, por si más tarde te da hambre. ¿Te parece, papá? —propuso mi tía. Este asintió poniéndose de pie.

—Te dejaremos, cualquier cosa solo debes pedirla, yo estaré aquí... Espero te agrade tu habitación, Zinnia.

La estudié, no había reparado en ello, ni en nada en realidad. Era hermosa, el piso claro, la cama con una colcha blanca asombrosamente suave, la luz cálida, una ventana cerrada justo enfrente, con marco de madera, una tela blanca colgaba del techo, un televisor en una mesa angosta de mi lado izquierdo, otra ventana, y luego una puerta, supuse que para el baño porque del lado opuesto se hallaba la de la entrada, y en el muro a su lado las puertas del closet.

Se sentía tan acogedor que no pude más que ruborizarme, asintiendo.

—Sí, gracias —sin que lo pudiera eludir, pues no lo esperaba, besó mi frente. Ese gesto contrajo mi pecho. Caminó rumbo a la puerta con mi tía por detrás, despidiéndose con un guiño de ojo.

—Descansa.

Una vez sola estudié todo con mayor atención. Mi maleta se hallaba encima de una silla al lado de la mesa donde estaba la jarra de agua. No podía creer que hacía apenas 4 semanas mi vida fuera otra, que esto ni quiera lo imaginara. Lo ansiaba tanto, me sentía tan sola, tan perdida, tan fuera de lugar. Eran mi familia, pero cómo haría para sentirme parte de ellos si no los conocía, si... yo deseaba estar con alguien más, si me sentía vacía.

Me duché, me puse un pijama ligero que estaba en la maleta, supuse que era regalo de Elina.

Conforme fui sacando prendas noté que mucho de lo que contenía no lo había visto, era ropa más fresca, de colores claros, lo cierto es que me daba igual. La coloqué en los estantes vacíos, sin demorarme, al igual que las sandalias que ahí se encontraban. Un par de perfumes, incluso aretes, maquillaje. Los observé alzando una ceja. ¿Para qué quería eso? Aun así, lo dejé en el baño junto con las cosas de aseo personal que solía usar en la otra casa y que no eran nada fuera de lo común. Cepillo de dientes, champú, crema y desodorante, además de un cepillo para el cabello.

Desenredé mi pelo con deliberada lentitud, dejando salir una lágrima. Si cerraba los ojos podía evocar las veces en que me sentaba frente a él, después de haber compartido la ducha, le daba el cepillo y comenzaba con su labor mientras conversábamos sobre cualquier cosa, o terminábamos sobre las colchas besándonos con ansiedad.

¿Cuánto más duraría así?

No lograba ver la vida más allá de él y es que siempre fue así, por otro lado, la incertidumbre de no saber su estado, su paradero, cada día lograba ponerme peor. Me mantenía en un estado de angustia bastante dañino, pero ineludible. Era como si una parte de mí me la hubiese arrancado y estuviese solo a la espera de que me le regresaran porque no podía salir a buscarla, generando, además de todo, una enorme impotencia.

Más tarde una mujer con rostro agradable, sonriente, tocó mi puerta. Llevaba en una charola de madera yogurt, fruta en trozos y un jugo.

—Soy Nami, señorita, si tiene hambre, lo dejaré aquí —y lo colocó sobre la mesa.

—Gracias, Nami... —ya iba a salir cuando la observé, sonriendo levemente—. Me llamo Zinnia —dije. La mujer asintió alegre. Era mucho más bajita que yo, de tez trigueña, un tanto rellenita, con ojos pizpiretos y cabello negro.

—Lo sé, la esperábamos... Cualquier cosa que deseé estoy por ahí —y cerró tras ella.

Era extraño todo eso. En casa de mi tío había mujeres que trabajaban como hormigas por toda la casa y la única vez que intenté ayudar y hablar con una pues ya no encontraba en qué gastar mis horas, me miró con miedo, quitándome el plato que pensaba lavar. La encargada de la casa, una mujer severa que solo escuché hablar esa ocasión, me regañó

indignada, exigiéndome que no cruzara los límites y fuera quien debía ser. Nunca más intenté nada, me limitaba a estar encerrada en mí, o a leer, pasear por los jardines, sintiendo que la vida se me iba cada segundo.

Sangre, gritos, ruido, mucho ruido y un estruendo que me aturdió a tal grado que creí me aniquilaba. Sus ojos. Grité con desesperación, temblando, negando, llorando.

—¡Zinnia! —giré hacia la voz, asustada, con lágrimas en los ojos. Evocando el día en que mi amigo había sido asesinado frente a mis ojos.

Mi abuelo se acercó con cautela, midiendo sus movimientos. No paraba de llorar, no podía. Necesitaba gritar, gritar hasta que me quedara sin aire, hasta que mis pulmones colapsaran, hasta despertar de todo esto y él estuviese de nuevo a mi lado.

Tomó mi rostro entre sus manos, no tenía idea qué hora, pero todo estaba en penumbras.

—Lo necesito —murmuré al borde del colapso—, lo necesito. ¿Por qué me dejó? Quiero que regrese —sollocé al borde del colapso. La angustia se pintaba en su rostro.

—¿Quién, mi niña? —me rogó saber. Aferré mi ámbar.

—Él, Yerik, no puedo más, debo saber dónde está —y rompí en llanto. El hombre asintió limpiando mi rostro, no se atrevía a acercarse más, era evidente.

—Lo encontraremos —prometió. Lo miré dejando salir un sollozo.

—Quisiera... quisiera ser lo que esperan, pero no soy nada, y no tengo nada que dar —expliqué. Los ojos de mi abuelo se enrojecieron, negando al escucharme—. Si no regresa, no podré seguir, no quiero seguir, ya estoy muy cansada... —admití logrando que el líquido cristalino resbalara por sus mejillas.

—No puedo imaginar lo que has vivido, mi niña, y me duele tanto no haber podido evitarlo. Pero estás aquí, saldrás adelante, haré todo para que eso suceda, si para eso debemos dar con él, lo haremos. ¿De acuerdo? —dijo con vehemencia. Asentí con un agujero cada vez más grande en el pecho—. Ahora, recuéstate, debes descansar.

—Tengo miedo de cerrar los ojos —reconocí admitiendo de nuevo otra verdad ante él. Cerró los párpados, dejando salir un suspiro—. No quiero complicar su vida, la de... su familia, yo...

—Tú eres mi nieta, este es lugar donde debes y quiero que estés, Zinnia. Sé que poco a poco nos iremos conociendo, pero debes saber que hacía muchos años no estaba tan feliz. Tenerte, poder cuidarte, protegerte, le vuelve a dar un sentido a mis días, a mi vida. Así que hagámonos un favor, tú solo permite que estemos a tu alrededor, lo demás déjalo por nuestra cuenta.

—No tengo idea de qué responder, de cómo comportarme y tampoco siento que pertenezco aquí —revelé recostada, mirando la lamparilla de noche, afligida.

—Para que sepas las respuestas a eso, debe pasar el tiempo. —Guardamos silencio por varios minutos, él me veía, yo solo podía sentirme dentro de un laberinto donde no tenía idea de qué me encontraría si me movía, si alzaba los ojos, si doblaba una esquina—. Sé que eres tan fuerte como ella, confío que todo estará bien. —El que la nombrara captó mi atención.

—No la recuerdo —admití, un tanto culpable.

—Tenías tres años, mi niña, tres años... Te arrancaron de nosotros cuando no eras más que una bebé... Y maldeciré eternamente a las personas que lo hicieron, que terminaron así con todo, con ellos. —Pensar en ello, en Álvaro, en lo ocurrido en esa casa las últimas semanas, erizaba mi piel.

—Intentaré descansar —musité, mirándolo por un segundo. Acaricié mi mejilla apenas si un segundo.

—Bien, cualquier cosa estoy cruzando el pasillo —asentí torturada, esa presión en medio de mi pecho aumentaba, dolía.

Desperté más serena. No tenía idea de qué hora era. Abrí las cortinas, el sol me encandiló, mi habitación daba a un pequeño jardín, que colindaba con el de la siguiente casa. Se veía tan verde todo, lleno de vegetación. Me di una ducha, me puse un vestido ligero floreado, con pequeñas mangas, pues pese al aire, se sentía la humedad y me dejé el cabello suelto para que se secase. Tendí mi cama, y una vez que el cuarto quedó ordenado, tomé la charola que apenas si había tocado y salí con el corazón un tanto nervioso.

El lugar era rústico, agradable, amplio y caluroso, aunque ventilado. Cuatro puertas más se hallaban por ese pasillo, al final un balcón, adornado por unas cortinas de gaza. Varias fotos descansaban sobre una mesilla que se encontraba entre habitación y habitación.

Rostros que no reconocí y otros, que me dejaron perpleja. Mi madre, mi abuelo, mi padre y una mujer más, supuse que mi abuela, pues salía en otras, tenía una mirada dulce, limpia. Más imágenes colgadas, recuerdos de una vida de la que no evocaba nada, pero generaba un pequeño electroshock dentro de mí. La boda mi padre con mi madre, de la tía Aura, otras más de reuniones, supongo. No eran muchas, pero las suficientes para mantenerme absorta unos minutos.

Bajé sigilosa, observando todo. Abajo entraba mucha luz, colores claros, madera. Escuché voces una vez que estuve abajo. No tenía idea de dónde provenía, no conocía la casa, ni su distribución. Frente a mí se hallaba un ancho pasillo, adornado con macetas, con un ventanal enorme, abierto que daba a una piscina, asombrosamente azul, alrededor césped podado, flores. Dejé la charola en una mesa, atenta a lo que escuchaba, un rugido, un sonido que no sabía descifrar, pero supe enseguida qué era. El mar.

Con los ojos abiertos de par en par anduve sin detenerme, asombrada por su inmensidad, por cómo lucía. El calor afuera era sofocante, pero no importó, seguí, un trecho de jardín, muebles de exterior, una barda y me detuve con los pies sobre ella. Azorada.

La arena, las olas, el agua.

Perdida en ello, solo pude pensar en él, en lo que imaginamos y me asombró que no era tan lejana su idea. La brisa despeinaba mi cabello tiernamente. Cerré los ojos inhalando la salinidad tan peculiar. Mis ojos se aguaron. Mis pensamientos lo evocaban, mi pecho rugía por su presencia.

—Sabía que te gustaría —escuché. Asentí sin moverme, solo abriendo los párpados. Aún impresionada—. ¿Quieres bajar? —ofreció mi abuelo, a mi lado, sin tocarme. Giré hacia él, temerosa.

—Yo... no sé —admití haciendo mi cabello a un lado. Sonrió señalando una reja abierta, de mi lado derecho.

—Iré contigo, solo deja tus sandalias aquí para que lo sientas en tus pies.

Lo miré nerviosa, pero deseosa, expectante. Las dejé donde me dijo y bajé tras él las escaleras de concreto. Me detuve al sentir la arena en mis plantas, pestañeando, era genial. Anduve unos segundos después, con cautela, lento. No me atreví a acercarme más, pero al ver que él avanzaba tan solo un metro y que el agua solo cubría cuando llegaba su empeine, me animé. El agua avanzó, mis manos temblaron, cuando me tocó dejé salir un respingo. De inmediato tomé mi ámbar.

—Es cómo decías —musité con la voz quebrada. Mi abuelo me observó, en silencio, pero atento—. Te extraño —admití permitiendo que las lágrimas mojaran mis mejillas, perdida en el horizonte.

—¿Lo quieres mucho? —Me preguntó, interesado. Asentí sin dudar.

Sus ojos se posaron en mi brazo. La cicatriz donde él tenía el colibrí se veía por lo corto de la manga. No supe qué decir. Bajó la mirada, metiendo las manos en los bolsos de su bermuda, negando.

Me preparé mentalmente para el interrogatorio, tenía unas más en las piernas, varias ya no se notaban prácticamente, pero las que recibí el día que nos fuimos estaban aún rosadas. Las huellas de mi vida estaban ahí, en cada una de ellas. Ambos las teníamos esparcidas por doquier, podía, si cerraba los ojos, memorizar las suyas, en su pecho, en su espalda, en sus piernas.

—¿Quieres desayunar? —me propuso. Solté el aire, asintiendo.

—Puedo... ¿Puedo volver aquí al terminar? —pregunté con duda.

—Si es lo que deseas, hazlo. Pero no te acerques tanto, no sabes nadar —afirmó—. Y el mar, así como es impresionante, puede ser traicionero, siempre en la orilla... ¿Bien? —Asentí un poco entusiasmada—. En tu habitación hay una crema que se llama protector solar, colócate un poco antes de salir, el sol puede lastimar tu piel, no querrás que arda, ¿cierto? —Negué escuchándolo—. Bien. Hoy estaré en casa, me gustaría que en la tarde fuéramos a comprar lo que te haga falta.

—No me hace falta nada —acepté con simpleza, haciendo un hoyo con mi dedo del pie en la arena. Eso era divertido, admití para mí, la sensación era sosegadora.

—¿Tienes un traje de baño? —indagó. Arqueé las cejas.

—No sé nadar —le recordé sin mirarlo.

—Pero aprenderás, ¿no? —Lo miré sin comprender—. Además, quizá veas algo que te guste.

—Preferiría quedarme —reconocí con temor.

—Bien, entonces nos quedamos... —avaló ligero. Sonreí con timidez, agradecida.

Desayunamos en el antecomedor de la cocina. Nami iba y venía, sonriente, mientras mi abuelo le contaba algo ocurrido hacía unos días. Los escuché, engullendo todo lo que me sirvieron, en silencio. Al parecer Octavio, como lo nombraba varias veces en mi cabeza, tenía tiendas de suvenires, y ropa. Por lo que a veces, estando ahí, sucedían cosas con la clientela que

lo hacían enojar, o reír, dependiendo.

El ambiente, a comparación de la otra casa, era relajado, además, puedo jurar que nunca había comido algo tan rico.

—Me alegra que te gustara lo que preparé —declaró la mujer, observando mi plato, limpio. Sentí que las mejillas se me enrojecían.

—Sí, gracias —y me levanté con el plato en las manos, Nami iba a quitármelo, pero mi abuelo la detuvo.

—Aquí no es necesario que lo hagas, pero si te hace sentir bien, adelante —me instó con un ademán. Sonreí genuinamente por primera vez en semanas. Agarré también mi vaso y me acerqué a la tarja. Lavé eso, y lo que estaba ahí. Nami apareció de pronto a mi lado, muy cerca. La miré de reojo, nerviosa. Ella sonreía, observando mi labor.

—Ni creas que me dejarás sin cosas que hacer, ya bastante fue con dejar esa habitación impecable —dijo. De nuevo me ruboricé, no supe que decir. Tocó mi antebrazo, sacudiéndolo—. Quita esa cara, creo que nos llevaremos bien. Pero no abuses, ¡eh! —y señaló con la barbilla la tarja vacía.

—Yo... es que...

—Tranquila, solo juego, si quieres ayudar, adelante —y comenzó a secar los trastes. Mi abuelo sonreía, leyendo algo en su móvil. Supe de inmediato que era por lo ocurrido.

—Y dime, ¿qué sabes hacer? —la pregunta me tomó desprevenida, ya había acabado de lavar. Ambos esperaron mi respuesta, pero había algo en Nami que me hacía sentir cierta empatía.

—El aseo, cosas de la casa, también sé coser —admití bajito.

—¿En serio? ¿Ropa? ¿Sabes hacerla? —se mostró sorprendida. Asentí, mirándola, evocando como las horas se me pasaban haciendo eso—. Yo nunca aprendí, sé pegar botones y esas cosas, pero no, no me gusta, sin embargo, la confección puede ser muy útil. ¿Y... qué te gusta hacer?

La observé frunciendo el ceño, recargada en el pretil. Parecía que su interrogatorio podría ser infinito.

—Pues... —bajé la vista, pensando—. Leer, regar las plantas me relaja.

Lolita acudió a mi mente, por algunos minutos esa parte de mí había quedado en segundo plano. Deseaba con toda mi alma comunicarme con ella, con Carlo, pero... No tenía idea de qué les diría, yo misma no sabía qué suelo pisaba, y mucho menos qué ocurriría al minuto siguiente.

Aferré el ámbar, como comenzaba a ser costumbre, de alguna manera era como tenerlo, como sentirlo, pese al dolor que provocaba.

—Si quieres puedes ayudarme en eso, aunque no te sientas obligada —rectificó secando un vaso.

—No, digo, sí, me gustaría... —accedí.

—Bien, hay tantas aquí, que me agrada tener ayuda.

—Gracias —solté agradecida. La mujer arrugó la frente, negando. Se acercó a mí, elevando su mano hasta posarla en mi mejilla.

—Estarás bien en este lugar, Zinnia, todo sanará —aseguró logrando que el nudo en

la garganta retornara y apretara aún más mi dije.

—Si deseas ir a la playa, anda... solo no te alejes —ofreció mi abuelo. Sin pensarlo salí de ahí. En algún momento esa mujer había logrado que bajara la guardia, que me viera y sintiera mejor, pero eso, sin poder evitarlo, me hacía sentir culpable. ¿Si él no estaba bien? ¿Si le había pasado algo? ¿Si estaba enfermo? ¿Si...

Me senté sobre la arena, dejando que las lágrimas de nuevo aparecieran. Personas pasaban frente a nosotros, vendedores que ofrecían cosas, negarme costaba, pues en su mirada leía hambre, ese dolor que yo conocía bien.

Pasé la mañana ahí, pero el sol era fuerte, así que terminé arriba, en una palapa que estaba en el jardín de casa de mi abuelo, que daba al mar, bajo la sombra, perdida en mis recuerdos, en cada detalle, lo bueno, lo malo, lo que dolía, lo que hería, sus ojos, sus manos, los niños, Clemente, todo.

La hora de comer llegó casi sin que me diera cuenta. De nuevo solo fuimos mi abuelo y yo. Ayudé sin preguntar a Nami. Ella me tomó en cuenta, y sonrió agradecida.

—Dime, Zinnia, ¿cuál es tu platillo preferido? Podría cocinarlo, me gusta —admitió mientras calentaba algo en la estufa. Pestañeé con el tenedor a medio camino.

—Yo...

—Vamos, dime, si no sé, me las averiguo —me alentó. Miré a mi abuelo por un momento, él masticaba atento a mi respuesta.

—No sé, no he probado muchas cosas...

—¿Y no hay nada que te guste mucho? —quiso saber, bajé la mirada hasta mi plato; un filete de pescado, arroz, ensalada y enseguida pensé en ellos, en los niños, en los frijoles, en la avena.

—Quizá debemos dejar esto para otro momento —intervino él, intentando apartar la nube que de nuevo retornaba.

—Donde crecí... no había mucho qué comer... Pero... —hablé acongojada, con los ojos enrojecidos— a los niños y a mí nos gustaban mucho las galletas... —el llanto se atascó en mi garganta, evocando cuando Clemente o Yerik llegaban con ellas, en la noche, y las repartían entre nosotros. Eran trozos de felicidad en medio de un ambiente infernal, donde carecer parecía elemental. Me levanté sin poder ya contenerme—. Necesito estar sola, lo lamento —salí por el jardín, hasta que llegué frente a la playa.

El llanto convulso regresó, me agaché gimiendo ante la rabia, la impotencia, cada momento que me ahogaba. Con las manos cubriendo mi rostro, evitando gritar.

—Lamento mucho si Nami dijo algo que te hizo sentir mal —era mi abuelo unos minutos más tarde. Negué abrazándome, sollozando, observando el mar.

—No teníamos nada, a veces no podíamos comer a diario y cada cosa buena que aquí está ocurriendo me hace sentir culpable. Crecí junto a más chicos, ellos no están aquí, y no tengo ni la menor idea de si están sufriendo, llorando, pasando hambre. Él no está tampoco, y sin su presencia no me siento completa, no puedo vivir así...

—Zinnia... Hija —buscó consolarme. Sacudí la cabeza, alejándome un par de pasos, llorando aún.

—Era un infierno, solo sé defenderme, desconfiar. No deseo bajar la guardia, y no

podré tener paz hasta que regrese, sin él, sin él no siento motivos. Necesito saber que está bien, que no tiene frío, que no tiene hambre, que... —me tapé los labios, chillando sin poder contenerme—. Necesito saber que está vivo —admití vencida. Mi abuelo me observó, afligido.

—Tus cicatrices... ¿Te las hicieron ahí? —deseó saber, preocupado. Asentí mientras mi cuerpo se estremecía. Dejó salir un suspiro.

—Tengo tiendas, ¿sabes? —dijo como si hablase del clima. Volteé sin comprender su cambio de tema—. Si te sientes abrumada aquí, podrías acompañarme, ayudarme —propuso sin afán. Me limpié el rostro, aunque no paraba de llorar—. También podríamos ir esta tarde a comprar telas, quizá una máquina de coser. Podrías hacerte algo, o quizá, dárselo a Nami para que lo lleve a su colonia, con chicos que puedan necesitarlo. Tú decidirás.

Ladeé el rostro, contemplándolo, entendiendo lo que pretendía, y de alguna manera agradeciéndoselo porque no podía seguir así.

—¿Qué dices?

—¿Podría... podría ayudarlo? —pregunté asombrada. Sonrió asintiendo.

—Siempre hay mucho que hacer, una mano me cae muy bien. Y no me hables de "usted", ¿sí? —pidió con suavidad. Bajé la vista, hipeando.

—Lo siento... —murmuré frotándome un brazo.

—Si te es muy difícil decirme por ahora "abuelo", Octavio está bien —expresó tranquilo. Asentí—. ¿Entonces? —me cuestionó, esperando mi respuesta.

—Coser me ayudaría —admití—. Ayudar en algo, también —sonrió complacido.

—Bien, entonces nos vamos en una hora, y mañana por la mañana me acompañas a las tiendas, ¿bien?

—Gracias.

Se acercó, y limpió mi rostro con sus manos.

—A mí me importas mucho, Zinnia, y sé que tienes mucho más de lo que piensas para dar —y se alejó rumbo a la casa, lo observé en silencio, rota por dentro.

Está siendo super difícil porque se trata de una nueva vida, de confiar, de creer, de sentirse merecedora, pero por otro lado, los niños, su pasado y saber algo, lo que sea de él. Debe ser espantoso vivir con la incertidumbre de si incluso está vivo o muerto. Es mucho para cualquiera, mucho para una chica de 18 años que ha pasado por tanto, pero está en buenas manos y seguro con el tiempo muchas de sus heridas cicatrizarán, aunque siempre quedarán ahí, como esas marcas en su piel. Estamos a un capítulo de terminar las Parte III. Y estamos a la mitad de la historia. ¡Gracias por su apoyo, por sus comentarios, por votar!

Illenium - Crawl Outta Love (feat. Annika Wells)



Esa tarde hablamos poco, pero compró bastante ya que una vez dentro de la tienda en aquel centro comercial, pude decirle a la intendenta lo que necesitaba, sintiéndome dueña del momento. Mi abuelo se sentó en una banca afuera, hablaba por su móvil, no sin antes haberle dado la instrucción a la chica de que me diera lo que solicitara. Tomé lo indispensable imaginando ya lo que podría hacer. Además de unas revistas con patrones y telas accesibles. Cuando acabé, me miró intrigado.

—Creí que serían más cosas —me encogí de hombros, negando.

—Con esto es suficiente... —admití algo avergonzada, no tenía ni un centavo y no estaba acostumbrada a recibir porque sí. Cuando íbamos rumbo a la camioneta, me detuve. Lo notó.

—¿Qué sucede? —preguntó. Lo miré, seria.

—Quisiera hacer algo...

—Harás algo —me sonrió. Negué.

—Quisiera trabajar, no... no estoy acostumbrada a esto —y alcé las bolsas. Me miró imperturbable, con atención.

—Debes regresar a la escuela, acabarla —me recordó.

—Necesito hacerlo... Por favor —supliqué de nuevo ansiosa. Notó mi actitud, sonrió sacudiendo la cabeza.

—Bien, pensaré en algo, ¿de acuerdo? Pero no todo el día, unas horas —condicionó. Asentí alegre.

—Sí, eso está bien.

—Anda, todavía debemos conseguir esa máquina —dijo.

Intenté convencerlo de que no lo hiciera, pero no logré que cambiara de parecer, entre que deseaba verme serena y entre que yo hablaba muy poco, fracasé en mis intenciones.

Llegamos a casa casi al anochecer. Un auto estaba aparcado en la entrada.

—Es tu tía, seguro quiere verte —explicó. Yo ya había tenido demasiado por un día, pero no tenía opción.

Al entrar, una chica y el mismo chico del día anterior que recordé se llamaba Dante, aparecieron en mi campo de visión. Peleaban por algo que veían en su móvil. Mi tía leía una revista. Pero en cuanto nos percibieron, dejaron lo que hacían.

—Hola, abuelo —lo saludaron sonriendo, sin dejar de verme o analizarme, en realidad.

Me sentí incómoda, ansiosa por subir y encerrarme. Sin verlo venir ambos se acercaron y la chica me abrazó, para un segundo después inspeccionarme al alejarse. Era bonita, de facciones demasiado finas, lucía elegante.

—Así que tú eres nuestra prima perdida —expresó.

—¡Cecilia! —La reprendió su madre. Me zafé de su agarré, retrocediendo. Dante, con la misma mirada, iba a darme un beso, pero me quitó. Rodó los ojos.

—¿No te gustan las personas, prima? —preguntó riendo.

Lo observé fijamente, detectando su ironía.

—No te conozco —zanjé.

—Somos primos... —habló mostrando lo evidente, como si tuviera 4 años. Apreté los puños. Mi abuelo dejó las cosas sobre la mesa, notando la interacción.

—Y, aun así, no los conozco, con permiso —y me dirigí a mi recámara, molesta. Ya decía yo que no todo podía ser tan bueno.

—No es forma de hablarle —alcancé a escuchar como mi abuelo los reprendía.

—Fue grosera, sabemos que se crio en la calle y eso, pero...

—No tienes una idea de lo que tu prima ha tenido que pasar, así que les voy a pedir de favor que hablen antes de venir.

—¡Papá! —Se quejó mi tía. No me veían, pero podía escuchar su conversación en el pasillo.

—No, Aura, Zinnia necesita paz, seguridad, y estas actitudes no ayudan, lo avanzado gracias a ustedes, acaba de retroceder.

—No veo por qué, si le compraste tanto —chilló Cecilia.

—Pensábamos quedarnos a cenar —anunció Aura, seria.

—Bien, pero mucho cuidado con sus modos, con lo que dicen. Ella está... frágil emocionalmente.

—Ya escucharon, a la primera grosería, sin carro un mes —los amenazó su madre. No supe si la conversación continuó porque me encerré en mi habitación. Apenas había pasado un día ahí, y aunque no fue tan malo como pensé, no podía imaginarme con miles de ellos frente a mí. Dejé las cosas en el piso y me acerqué a la ventana, sujetando el ámbar.

—Yek, ¿dónde estás?, ¿dónde?

Los días siguientes me esforcé por crear una rutina, de otro modo, me hundiría aún más.

Me levantaba temprano, ordenaba mi habitación y me aseaba. Desayunaba con mi abuelo, luego lo acompañaba hasta la tienda matriz, donde coordinaba las demás, ahí mientras él hacía llamadas, o hablaba con el personal, o lo que fuera, yo salía y me colaba como una intendenta más, ayudaba a vender, a acomodar. Con ayuda de algunas chicas comencé a hablar un poco de inglés, era complicado, pero concentrarme ayudaba a olvidar, así que lo hacía con mayor ahínco.

Al inicio, las empleadas no entendían por qué yo andaba por ahí, y se mostraban recelosas, pero al poco tiempo ya solo me sonreían e incluso me orientaban cuando ayudaba a alguien.

Un par de semanas después de esa rutina, mi abuelo me llevó a otra de sus tiendas, era de ropa. Enseguida me agradó, vendían vestidos de coctel, de noche, de gala. Eran asombrosos. Al parecer contaba con dos ahí. Una mañana, mientras lo esperaba pues revisaba una mercancía, una joven salió del probador con un bello vestido color perla, la contemplé desde mi lugar. La chica que la atendía se mostraba solícita, pero algo no iba bien.

—Mira, de aquí está como extraño, creo que es mi cuerpo —admitió agotada, adiviné que no era el primero que se probaba. Con sigilo me acerqué. Ella me miró por el espejo.

—¿Puedo? —y señalé el atuendo. La intendenta me observó intrigada, me había visto llegar con mi abuelo. La clienta aceptó, mirándome por el espejo. Con cuidado sujeté su vestido por atrás, hice algunas pinzas y con los ojos la alenté a que viera. Abrió los ojos, sonriendo.

—¡Oye! Así se ve perfecto...

—Solo hay que darle unos puntos —musité, serena. Ella se giró, entusiasmada.

—¿Trabajas aquí, puedes hacerlo? —preguntó. La intendenta abrió los ojos, sin saber qué responder.

—Puedo hacerlo —admití con voz pausada. La chica aplaudió.

—No se preocupe, señorita, le diremos a la costurera, usted no...

—Sí Zinnia lo desea, que lo haga. —Era mi abuelo, tras de nosotros.

—Gracias, es que supo exactamente qué era lo que necesitaba el vestido —habló la joven, sonriendo. Mis mejillas estaban enrojecidas.

—¿Quieres hacerlo tú, hija? —curioseó. Acepté sin dudarlo.

Después de ese día, pasaba unas horas en las tiendas de suvenires, pues me agradaba tanto movimiento, y otras en la de vestidos.

Por la tarde, regresábamos a comer, y yo me quedaba reproduciendo algunos de los patrones con lo que habíamos comprado, o arreglando algún vestido. Pensando y pensando cómo contactar con los niños sin arriesgarlos, sin arriesgar a nadie. Debía conseguir ayuda, ver cómo sacarlos de ahí, pero aún no me fiaba. Debía ir despacio, con cuidado, iba de por medio demasiado y sin saber nada de Yerik solo podía complicar más las cosas. Al final no debía olvidar que dejé la Ciudad de México huyendo después de que... él muriera.

Al anochecer regaba las plantas y si veía necesario, las limpiaba con suma atención, luego mi abuelo llegaba de trabajar cuando iba, que no era a diario, y merendábamos. Leía un rato en mi habitación o seguía con algo que no implicara la máquina. Caía rendida, pero, pese a ello, llorando, siempre.

Las pesadillas continuaban. La ansiedad también. Poco hablaba, no me acercaba demasiado a nadie de la familia, me sentía ajena. Mis primos y Aura ya habían regresado en algunas ocasiones, yo me mostraba introvertida, ausente, lo cierto es que no me interesaba.

Lucían celosos por la atención que recibía de mi abuelo. No los comprendía, tenían a su madre ahí, siempre pendiente y un padre que ya había conocido en una comida y que parecía agradable, a comparación de ellos. Dante era pesado en sus comentarios, Cecilia, demasiado caprichosa, y aunque detectaba que no había maldad en su sistema, sí prefería mantenerme alejada, ellos y yo no teníamos nada en común.

Más de tres meses... más de tres meses de que mi mejor amigo hubiese muerto, de que Yerik me hubiese dejado, de que yo viviese atada a recuerdos, a momentos que me forjaron. Intentaba, con todas mis fuerzas abrirme, sonreír, pero me era tan complicado.

El tiempo pasaba y yo no lograba dilucidar lo que podía hacer en cuanto a los niños, no sin hundirlo. Además, ya no podía evitar temer lo peor en cuanto a Yerik. Por lo mismo las noches eran complicadas; despertaba asustada, con el corazón comprimido y comenzaba a coser como si el tiempo me apremiara, con urgencia.

Mi mente, buscando sobrellevar las cosas, comenzó a albergar resentimiento en cuanto a él. Había momentos en los que dudaba de lo que mi tío me había dicho y Yerik sí hubiera recibido el dinero. Pero enseguida me enfurecía por siquiera pensarlo. Había otros, que lo odiaba por haberme dejado ahí, sin decirme nada, sin avisarme, sin consultarme, como si pudiese decidir mi vida, mi futuro.

Yo habría estado dispuesta a hacer todo por él, a seguirlo hasta donde fuera necesario, pero creyó que no podría, o que alejarme era mi mejor opción. Miles de conversaciones acudían a mi mente, frases que nunca comprendí y que ya cobraban sentido. Pasaba horas intentando pensar cómo dio con mi familia, desde cuándo había decidido eso, porque mucho tiempo atrás ya hablaba de que mi lugar no era ese.

Rocío, sus palabras, Clemente, ellos sabían, siempre lo supieron y yo... yo nunca siquiera lo imaginé. En esos momentos deseaba tenerlo solo enfrente para golpearlo, para gritarle, para decirle lo mucho que me había lastimado. Pero después, recordaba su mirada, esa en la que me perdía, en su manera protectora de amarme, desde que tenía memoria y de alguna manera lograba justificarlo, aunque no perdonarlo. Él quería lo mejor para mí, siempre fue así,

vivió para cuidarme, para que yo estuviera bien, fui su principio, su fin, tal como para mí lo era él.

¿Por qué simplemente no habló conmigo?

Sabía la respuesta, él también; jamás lo hubiese dejado, nunca. Morir a su lado era mejor que vivir así, a medias, incompleta y es que nuestra compenetración sobrepasó cualquier muro, cualquier defensa, él y yo, éramos uno, solo así pudimos encontrar sentido a nuestros días.

"Eres el motivo de mis horas"

"Nunca olvides que si te hundes me hundiré contigo"

"Tú eres mi motivo, Colibrí, de cada segundo, de cada hora, de cada momento y sé que si logro que estés bien yo de algún modo lo estaré... Necesito que así sea"

"Solo pienso en tocarte cuando estás lejos, en escucharte cuando no te siento,
Colibrí"

"Tú estás encima de mi amor por ti"

"Esta realidad que intenta consumirnos una y otra vez, quedará atrás en algún momento, te lo juro, y verás el mundo. Tú debes salir de esto, no mereces este maldito fango."

"Su brújula."

Me removí intranquila, quejándome, soñaba, lo sabía, pero podía sentirlo tan real. Cada frase, su aliento, su tacto. Ansiaba verlo, pero no aparecía, y yo corría por la noche, espinándome, hiriéndome y no lograba llegar a él. De pronto su voz fue más clara y sentí sus brazos torno a mi cintura, aferrándome como recordaba. La seguridad retornó de golpe y solo pude pensar que jamás lo dejaría ir de nuevo.

"Te amo"

Me giré con el corazón desbocado.

No estaba.

—¡Yerik! —Me levanté gritando, temblando, sollozando. Mi abuelo, como solía, apareció. Lo miré en medio de las lágrimas. Se sentó en mi cama, colocando una mano sobre mi pierna. Yo respiraba agitada, con las lágrimas humedeciendo mi rostro.

—Ya pasó, Zinnia... —murmuró con suavidad. Negué angustiada.

—No, no ha pasado, lo necesito, abuelo, lo necesito. —Era la primera vez que le decía así, y sin más, me acerqué a él para abrazarlo. No lo dudó y, dejando salir un suspiro, me arropó ahí, en su regazo. Acarició mi melena esperando a que me tranquilizara.

—Lo sé, mi cielo, lo sé...

—¿Elina no ha marcado? —Yo no me había atrevido a comunicarme con ella, no le tenía tanta confianza pese a lo hecho por mí meses atrás, sin embargo, esperaba que recordara lo que me prometió, aunque ya lo dudaba.

—No, pero ten paciencia, por favor...

—Lamento no ser lo que esperabas —admití agobiada. Me separó un poco. Negó arrugando la frente.

—Has sido más de lo que imaginé, no espero nada de ti, hija, el simple hecho de

tenerte aquí, viva, para mí es mucho.

—Él y yo, crecimos juntos... nos cuidamos siempre, no logro recordar un momento sin su presencia. Es como si fuera parte de mí y no soporto no saber lo que ocurre. Mi tío dijo que le dio dinero, pero no le creo, Yerik no es así, jamás aceptaría algo como eso...

—¿Sabes por qué de pronto te traje a nosotros? —indagó circunspecto. Lo miré por un momento, evocando ese momento que lo cambió todo. Bajé la vista, pestañeando, apretando los puños, alejándome.

—Sí...

—¿Quieres hablar de eso? —preguntó con cautela.

—Dame tiempo, yo... aún no puedo... —admití nerviosa. Su mano aferró la mía, pero no lo confronté.

—El que necesites. Ahora descansa, inténtalo por lo menos.

—No tienes que venir cada vez que ocurre esto —le hice ver avergonzada. La verdad es que era bastante recurrente.

—Estaré a tu lado siempre que me necesites, Zinnia, siempre.

No pude dormir lo que restó de la noche. Con el alba me levanté, vencida. Hice lo que solía, era viernes, el fin de semana se extendía ante mí y me daba lo mismo. Pronto entraría al colegio, mi abuelo intentó involucrarme en la decisión, pero yo no mostré interés, me daba lo mismo, lo único que le pedí es que no fuera el mismo que mis primos, pues lucían demasiado esnob para mí, además prefería un sitio donde no supieran nada de mi pasado.

Esa mañana bajé, ayudé a Nami a preparar el desayuno, cuando escuché un auto estacionarse. Enseguida la voz de mis primos y mi tía.

—Al parecer se quedarán a desayunar —murmuró la mujer sin afán. Asentí sin ganas.

Mi tía era agradable, de carácter fuerte, parecía siempre preocupada por mí, por mi estado de ánimo, tanto que ya la había suplicado a mi abuelo que me llevase a un psicólogo, pero este se había rehusado. "Hasta que me gane yo su confianza, y se sienta segura, no moveremos nada... Y no lo discutiré, sé lo que hago", decía. Lo agradecí en silencio aquella ocasión. Por otro lado, con sus hijos era un flan, a nada les decía que no, y ellos se aprovechaban.

—¿Tú nos prepararás el desayuno? A que eso sí te enseñaron en la casita hogar —bromeaba, pero no me cayó en gracia en lo absoluto. Era Dante.

—Buenos días —mascullé irritada, no estaba de humor para eso, no después de no haber dormido, de sentir a Yerik más presente que nunca. No con todo lo que me aquejaba.

—No te enfades —y se acercó a mí, rodeando mis hombros. Me zafé, molesta.

—Ya sabes que no le gusta que la toquen —le recordó Cecilia mientras alzaba la mano, saludando distraída, algo miraba en su móvil, como siempre. A mi primo le importó poco y ahora rodeó mi cintura, riendo y me pegó a su costado.

—Es pedante, pero soy su primo —sin más me quité y le di un puñetazo tan fuerte que escoció.

—¡Zinnia! —era mi tía. Molesta. La observé irritada. Nami estaba tras de mí, y Dante me miraba, azorado.

—No eres más que una recogida —rugió sobándose la zona lastimada. Las palmas cosquillearon, su madre ya estaba a su lado.

—Mamá, él se lo buscó, se acercó, no fue agradable. Y no es una recogida —aclaró Cecilia, logrando así que la mirara.

—Pero a golpes no se solucionan las cosas —advirtió Aura, asombrada por lo rojo en la mejilla de su hijo.

—¿Qué está pasando aquí? —Era mi abuelo. Yo no me movía, pero sentía la respiración agitada, lista para defenderme.

—Zinnia me golpeó —me acusó Dante.

—Por patán —completó mi prima. Mi tía no hallaba que hacer.

—¿Qué le hiciste? —intervino mi abuelo, evaluándome con cautela, pero preguntándole a él. Sin pensarlo, salí de ahí, de prisa, al llegar a las escaleras, me senté en ellas, agobiada, nerviosa.

—No habla con nadie, tiene pesadillas, no tolera que la toquen. Esto no puede seguir así —declaró mi tía. Las lágrimas pujaban por salir.

—Mi hermano la agarró con fuerza por la cintura, obvio se enojó, además le dijo que era pedante y luego remató diciendo que era una recogida —reviró mi prima con simpleza. Escondí mi rostro entre las rodillas.

—¡Cómo se te ocurre! —Lo reprendió mi abuelo.

—Yo...

—¿Hiciste eso? —chilló su mamá, noté su molestia.

—Sí...

—Qué no entiendes, tu prima tiene muchas situaciones que resolver, no tienes una idea de las cosas que seguramente tuvo que pasar. ¿Qué ocurre contigo, Dante? ¿Qué?

No quise seguir escuchando, subí a mi habitación y cerré tras de mí, ansiosa. Aferré mi ámbar, mirando mi alrededor, desolada. Me estaba desmoronando por mucho que buscaba no hacerlo.

Varios minutos después la puerta se abrió, era mi abuelo. Lo observé esperando una reacción.

—¿Puedo entrar? —preguntó cauto. Asentí. Se detuvo frente a mí, sereno—. Con que sabes pegar —sonreía, parecía divertido—. ¿Quién te enseñó? ¿Fue ese chico? —inquirió. Asentí de nuevo, sin hablar—. Bien. —y se sentó a mi lado, dejando salir un suspiro.

—Si quiere que me vaya... —empecé a hablar con un hilo de voz. Giró molesto, no lo había visto así en todo el tiempo que había estado en su casa.

—¿Eso temes? ¿Que sucedan inconvenientes y te pida que te vayas? —preguntó con voz dura. No respondí. Acunó mi barbilla con firmeza, pero mirándome con ternura—. Eso no va a ocurrir, no hasta que estés lista para volar por tu cuenta y tengas todas las herramientas para ser lo que desees, ¿comprendes? Y lo que ahora sucedió, bueno, ya era hora de que alguien le diera un escarmiento. No te preocupes, son buenos chicos, solo infantiles e inmaduros, pero con esto ya no se meterá contigo, no si quiere salir ileso. Ahora, salgamos de aquí, te llevaré a desayunar, daremos una vuelta por el malecón, y me acompañas a ver unos pendientes,

¿quieres?

—Sí —admití sonriendo apenas.

—Así me gusta. Por la tarde espero que descanses, te ves agotada... —me guiñó un ojo al tiempo que se levantaba y me alentaba a seguirlo.

Ya iba a subir al auto cuando Dante se acercó, lo observé nerviosa. Su madre y hermana estaban a un par de metros, parecían aguardar algo.

—No tenía derecho a tratarte así... Lo lamento. Solo es que... no sé cómo hacer para que te des cuenta de que deseamos conocerte —murmuró conciliador. Cecilia se acercó, sonriendo.

—En eso tiene razón mi hermano... —secundó, sonriendo. Los evalué a ambos, atenta.

—Yo... es solo que... Lo intentaré —admití en voz baja. Sonrieron. Dante ladeó su rostro, observándome.

—Te lo haré más fácil, si tú quieres.

—Gracias —respondí nerviosa. Me guiñó un ojo y luego alzó la mano para despedirse, hice lo mismo.

—Vamos, hija. —escuché a mi abuelo desde el interior. Entré en la camioneta, desconcertada. Él no dijo nada.

Mientras desayunábamos recibió una llamada, no supe lo que había ocurrido, pero se había alejado para atenderla y cuando regresó, solo sonreía, pero lucía nervioso. A veces, por cosas de las tiendas les sucedía así, por lo que yo solía continuar con lo mío.

Paseamos por ahí, luego lo acompañé a uno de sus establecimientos, él se perdió un rato en la parte trasera y yo en la tienda. Luego apareció, me buscó con la mirada y cuando me vio, se acercó, estaba extraño.

—¿Nos vamos? —Me apremió. Asentí despidiéndome con la mano de algunas de las chicas. Condujo tamborileando los dedos, mirándome de vez en vez, me parecía graciosa su actitud, pero para ese momento el sueño llegaba, recargué la cabeza en el asiento y perdí la vista en las calles que ya sabía de memoria, adormilada.

Llegamos a casa, tenía toda la intención de subir a recostarme, pero me detuvo.

—Quiero hablar contigo, ve a la palapa, ahora te alcanzo —me pidió sonriendo. Sabía que era de su casa uno de mis lugares favoritos.

Obedecí sin chistar. Me senté en la barda que daba al océano, con la cabeza recargada en la estructura, perdiendo la vista en el mar. Aún no me atrevía a meter algo más que los pies, pero estar cerca tenía un efecto tan agradable. Mi cabello se mecía con el aire, seguramente por la noche llovería porque el calor era fuerte, además de húmedo.

—Colibrí.

No pude moverme, mi mente dejó de pensar, mis sentidos, como si hubiesen estado dormidos, aletargados por años, despertaron de pronto. Mi corazón emprendió una marcha frenética. Abrí los ojos de par en par, asustada, por instinto aferré mi ámbar y giré, con temor a que fuese una ilusión.

Miles de emociones cayeron sobre mí como una cascada.

Él. Yerik. Ahí, a uno metros.

Mi mirada se tornó turbia, la de él también. Ninguno se movió, solo nos observamos olvidando el tiempo, lo que a nuestro alrededor existía, la descarga de electricidad, la potencia de nuestro sentimiento, el maremoto de recuerdos, de sensaciones, de dolor compartido, de heridas transcurridas, de amor vivido.

Estaba ahí, él estaba ahí.

¡OMG! Listo, ahí lo tienen, se lo regresé a Zinni, que ha hecho un enorme esfuerzo estos meses. Ahora termina la 3era parte, y avanzamos a la 4ta que es narrada por él. No sé si será tan triste como lo que venimos leyendo pero es él, definitivamente y amé escribirlo. Debo admitir que cada vez que edito Zinnik mi piel se eriza, amo ya no ser la misma, escribir lo que antes, complejizarme, salir un poco de lo común, cliché o no, eso me importa poco, si no la profundidad del tema, de los sentimientos, de los pensamientos, de las consecuencias y de las vivencias, por lo mismo, quizá, tener a mi lado solo quien pueda verlo como yo. Por eso: ¡gracias! Nos leemos

|PARTE IV|

- YERIK -



Ana Coello (grupo) Facebook

A R I Z O N A - Let me touch your fire

¡Sí! Capítulo sorpresa. Por dos motivos; no sé si el viernes pueda subir, estaré fuera de casa, si lo logro, tendrán otro. Y... porque las leí desbordadas en comentarios el pasado capítulo y ya saben que eso me emociona y me incentiva



-YERIK-

La vi. La vi y al fin sentí ese alivio perdido. Estaba bien, más que eso, lucía hermosísima. Su piel siempre blanca se hallaba un tanto bronceada, sus ojos imposiblemente grises, su melena larga, tan negra como el ónix, se ondeaba debido al aire que ese lugar asombroso nos brindaba.

Dejé de respirar, simplemente no pude. Zinnia siempre había tenido ese efecto en mí, desde la primera vez que la vi hacía 12 años.

Llegué a aquella casa hogar cuando contaba con poco más de cuatro años. Los golpes, los maltratos, ya eran parte de mí. Vivir para defenderme era algo que a muy corta edad aprendí. Lo cierto es que el orfanato donde pasé la primera parte de mi vida se vio rebasado, eso supe y fue así como un buen día terminé en ese sitio, que si bien era muy similar al infierno, por lo menos éramos pocos, y la comida solía alcanzar, porque en el otro lugar era a veces tan escasa que recuerdo pasar días con hambre hasta que buscábamos algo en los basureros para dejar de sentir ese agujero en medio del estómago que quemaba, que solo se conoce cuando se ha experimentado algo semejante, ni qué decir de estudiar, las posibilidades eran remotas.

Tenía cuatro años cuando yo ya había visto cosas que ningún niño de esa edad debería saber siquiera que existen, que sé jamás podré sacar de mi memoria porque quedaron tatuadas en mí.

Los motivos eran escasos, y yo, indomable, odiaba, odiaba con el alma pese a mi corto tiempo de vida. Las humillaciones estaban al día, el maltrato recibido por los chicos mayores, ni se diga, por lo que llegar a esa casa hogar supuso un alivio, aun así, yo poco sabía de felicidad, o en realidad nada.

Cada noche, con ese ámbar colgando de mi cuello, que una buena mujer me había dado cuando no logró adoptarme justo un par de meses antes de terminar con los cuervos, me sentía de alguna manera protegido.

"La vida no quiso que te tuviera, pero esto te cuidará, úsalo, y no estarás nunca solo, mi niño bello, estoy segura de que algo bueno te sucederá." Dijo la que pensé sería mi última esperanza. Pero el destino me tenía preparado otro camino, más tarde lo comprendí.

Esperanzado, me lo coloqué, pero supuse que no tenía mucha injerencia en el presente porque en cuanto llegué a aquel sitio los golpes, regañinas y demás, aparecieron.

Cada noche al dormir pedía que algo sucediera, que algo cambiara, que Dios, o la vida, me diera la posibilidad de tener una familia, pero eso no sucedía y conforme crecía, sabía que menor era la probabilidad.

Una mañana, acababa de cumplir 7 años, estaba levantando las hojas del patio. De pronto un pajarillo aleteó frente a mí rapidísimo, tanto que sus alas no lograban distinguirse. Una de las niñas que ayudaba, mayor que yo, lo observó sonriendo.

—Es un colibrí —dijo soñadora.

Lo observé atento. Parecía alegre, tenía colores vivos y desencajaba con lo hostil y viejo de ese lugar. Se detuvo en una rama de ese rosal que siempre estaba descuidado, pero que tenía una flor, solo una. Cesó su vuelo apenas un segundo, puedo jurar que nos miraba porque hasta ladeó su pequeña cabecita.

—Dice mi maestra que para algunos significa resurrección, como volver a nacer, que es una criatura que abre el corazón, que lo sana.

La escuché sin comprenderla mucho, pero maravillado. Mi capacidad de asombro en aquel momento era aún fuerte y mi imaginación más, pues era la que me ayudaba a escapar de la realidad, fue por lo que leer no me costó en lo absoluto; ansiaba perderme en eso que los libros decían, ver otras realidades, creer que había más.

De repente, aquel pajarillo que por un instante iluminó ese lúgubre lugar, se fue. Me sentí desilusionado, de nuevo hundido en ese espacio sin color donde cada día que pasaba me sentía más perdido, más ajeno, sin razones, con nada que me anclara. Seguí con mi labor.

—Es raro ver uno de esos aquí... —musitó aquella chica, también apesadumbrada.

—Era muy bonito —acepté metiendo hojas en la bolsa.

—Sí, lo era... —admitió afligida. Ella se fue poco antes de los 17, nunca supimos lo que le sucedió, pero con el tiempo pude imaginarlo y de solo pensar en lo que su futuro fue, duele, quema.

Esa tarde ella llegó ahí. Cuando la vi, sentí lo mismo que cuando aquel animalillo se

había aparecido frente a nosotros. Toda ella desentonaba. Sus ojos llamaron mi atención como si fueran luces, lucía tan vulnerable, tan llena de miedo, tan desilusionada y sola, que de inmediato sentí como algo dentro de mí me jalaba hacia su ser.

Nunca comprenderé qué fue lo que pasó en ese momento, pero lo que pedí tantas noches, de repente tuvo un sentido y ya nada en mí fue como solía. Su bienestar, verla sonreír, saberla bien, se convirtió en mi fin, en el motivo de mi vida. Era tan pequeño que aún ahora no comprendo cómo pude sentir con tal intensidad. De inmediato, en mi cabeza, la nombré colibrí, le regalé mi ámbar, y también mi futuro, ahora lo sé.

Con el paso del tiempo comprendí que sí, eso era para mí; la resurrección, me abrió el corazón y sanó siempre mis heridas, por muy profundas que estas llegaban a ser.

Zinnia, Zinnia me hizo vivir de nuevo.

Tantas cosas hemos pasado, tantos momentos cargados de crueldad, de dolor, pero ninguno hasta ahora se ha comparado con estos meses de angustia, de miedo.

La dejé ahí pensando que era lo mejor. Ese tipo me engañó de una forma sorprendente y no lo supe ver, deposité en sus manos lo único por lo que respiro, lo más preciado que tengo; mi alma.

Esos hombres, empleando su fuerza, lograron apartarnos. Luché, luché, pero también me odié. Mi colibrí gritaba con todas sus fuerzas y yo no paraba de pensar que recién había presenciado algo que la cambiaría por siempre, esto era como darle una estocada final. Se encerraría en sí misma, no saldría, la conocía tanto como a mí.

El pánico me carcomió. Una vez fuera de ese lugar, me arrastraron unos predios adelante y ahí, ahí desencajado por la desesperación, por la ansiedad, los golpeé sin detenerme.

—¡Los mataré! ¡Lo mataré! —rugí fuera de mí. Uno de ellos se rio, me sujetaron con fuerza. Sabía pelear, así crecí, pero ellos eran más, y ningunos novatos.

—Olvidalo, si te acercas de nuevo aquí, tú eres el que no lo contará... eso si sobrevives a esto —y comenzaron a golpearme sin cesar desquebrajándome con cada segundo que pasaba.

Con tal de aferrarme a la vida, a su recuerdo, a la posibilidad de llegar a ella, a sacarla de ahí, de rectificar mi aberrante error, aguanté demasiado.

—No quieres ceder —me desafiaron. Les escupí sangre con rabia, sin amedrentarme.

—Regresaré por ella —los amenacé, luchando ya con poca fuerza, sangrando de mi rostro.

Rieron.

—No tienes idea de con quién te estás metiendo, muchacho estúpido, pero si así lo quieres, bien.

Los golpes continuaron, y yo después de un tiempo ya no pude mantenerme en pie por lo que caí de lleno sobre el piso, golpeándome la cabeza con dureza. Más golpes, patadas, y de pronto un objeto duro golpeó mi costado, sentí que algo dentro de mí se rompía. Ya no soportaba más, pero el dolor de lo que había hecho era más fuerte que yo.

Dejé salir las lágrimas guardadas cubriéndome el rostro con los brazos, ya más inconsciente que vivo. No pasó mucho tiempo cuando sentí que algo se incrustaban en mi

costado lastimado y supe, en ese momento, que ya no había vuelta atrás, yo ya no podría volver a verla, yo... la había perdido para siempre sin poder haber cumplido eso que me propuse mucho tiempo atrás; su felicidad.

Cuando la vida se esfuma la brisa de los recuerdos se acumula, acecha y te envuelve, la mía se resumía a unos ojos, a una boca, a una voz, a aquel instante que en cuanto la vi, todo cambió.

Desperté y algo pitaba, sentí la cabeza adolorida y las extremidades de mi cuerpo ajenas. Me removí sin comprender nada, sin llenar mi memoria aún.

—¡Está despertando! ¡Manuel! —Era la voz de una mujer. Me quejé, pero no lograba abrir los párpados—. Abre los ojos, ábrelos, lucha —me pidió una "ella" que no tenía idea de quién.

¿Luchar? ¿Luchar? Esa era una palabra tan fuerte, tan llena de significados. Algo me faltaba, algo vital, era como sentir que había perdido parte de mí, esa parte que me mantenía vivo. Gemí de nuevo, intentando comprender. Seguí moviendo los párpados.

—Anda, tú puedes —me alentó con dulzura. Algo en la urgencia de su voz me apremió y con mayor ahínco lo intenté, pero una parte de mí me jalaba a la inconsciencia, como coqueteándome, como rogándome que me quedara ahí.

Ojos grises, boca carnosa, cabello negro. Lágrimas, un disparo, mi amigo, ella, esos hombres, lo niños. Esa maraña de imágenes inconexas apareció frente a mí. Una sensación de ira llegó abruptamente. Rugí al llenar mi memoria de todo lo ocurrido y me levanté con una rapidez descomunal.

—¡Ey! ¡No!, ¡No! —gritó ella mientras varias manos me sometían. Me removí sin reconocer nada, lleno de furia, de ciega rabia.

—¡Zinnia! ¡Zinnia! —bramé buscando que me dejaran, pese al dolor que cada movimiento generaba en mi cuerpo—. ¡Zinnia! —me rompía la garganta, qué más daba. No lograba conectar con mi realidad.

—Un tranquilizante, ¡ahora! Se hará daño, no está consciente —dijeron.

Me removí con todas mis fuerzas y de pronto algo adentró en mi brazo pese a oponer resistencia.

—¡Zinnia!

—Estás a salvo, estás a salvo —habló una voz masculina—. Permite que te ayudemos, estás a salvo —musitó.

Mis articulaciones y todo en sí, comenzó a perder vigor, y el sueño volvió a envolverme pese a no desear que así fuera.

—Lo lamento, te fallé, Colibrí —logré decir antes de quedar profundamente dormido.

Voces a mi alrededor, muy cerca, me lograron hacer volver. No abrí los ojos, me sentía tremendamente cansado, no solo del cuerpo, si no de la vida, de todo.

—Frida, mi cielo, debes tomarlo con calma. No lo conocemos, su pasado, su presente puede estar plagado de cosas que no imaginas, podría ser un delincuente, alguien... de

malos sentimientos –escuché. Era un hombre.

—No, sé que no. Por eso lo traje aquí, por eso lo ayudaré. No tienes idea de cómo se puso –susurró esa misma voz que ya había estado a mi lado la última vez que supe de mí.

—Sabes que eso no nos lo devolverá –expresó él, había algo de amargura y dolor con esa frase.

—Nada lo hará, pero siento, desde que lo vi ahí, en la calle que si no cambié su vida, la de este chico sí. Por favor entiéndeme, Germán, ayúdame, ayúdalo –le rogó. Parecía que lloraría, si es que no lo estaba haciendo ya.

¿Quiénes eran? ¿Dónde estaba?

—Llegó muy herido... Llevas aquí dos semanas y pese a recuperarse, no reconoce cuando ha abierto los ojos.

¿Dos semanas? ¿Se refería a mí?

—Se ve fuerte, sé que reaccionará, parece que perdió a alguien; Zinnia, ella debe ser, o un colibrí... No sé, recuerda que el dolor puede ahogarte, lo viví –argumentó con pasión.

De pronto todo retornó con un dolor apabullante. Abrí los ojos de inmediato, respirando agitado. Lo primero que vi sobre mí fue una lámpara que proyectaba luz blanca. Parpadeé varias veces, buscando sentir mi cuerpo, pero solo había un cosquilleo. Pasé saliva, sentía la garganta seca, demasiado. Gemí al desear moverme, sentía cada músculo engarrotado.

—Despertó –fue la voz del hombre que se llamaba Germán, comprendí. De inmediato percibí que se acercaban. Ambos, una mujer de cabello castaño claro, con una mirada dulce y un hombre alto, de ojos amables, pero experimentados, me observaron con atención.

Quiénes eran.

Nervioso estudié con movimientos lentos mi alrededor.

Era la habitación de un hospital, conjeturé de manera rápida, pero no como los que había visto, sino elegante, agradable, sin ese olor a enfermo que solían tener.

Zinnia.

Encaré de nuevo a los desconocidos.

—Hola... —habló ella, con tono suave. Arrugué la frente.

—¿Quiénes... son? –quise saber, desconfiado. Su mano se acercó a mi cabello y lo hizo a un lado, sonriendo.

—Al fin dices algo coherente. Soy Frida, él es mi esposo Germán. ¿Y tú? ¿Recuerdas tu nombre? –Su pregunta me desconcertó, pero no pude responder de inmediato, evaluándolos. Solo podía evocar sus ojos, su voz, su calor, su cuerpo delgado pegado al mío, confiándome todo. La herí, y no tenía idea de qué había sido de ella.

—¿Sabes tu nombre? –me interrogó ahora él, paciente.

—Ye... Yerik –mi voz sonaba extraña. Ambos sonrieron.

¿Por qué se preocupaban por mí? Solo esperaba que no fuesen trabajadores sociales, o de la policía. Mi respiración de nuevo se disparó. Fui consciente de algo extraño en mi interior al inhalar aire de esa manera. Pestañeé desorientado.

—Iré a avisar, no tardo –anunció él, saliendo de aquel sitio.

No entendía qué pasaba. La mujer al parecer notó mi confusión.

—Tranquilo, Yerik, nosotros solo queremos ayudarte. Te encontré hace dos semanas muy mal herido en una calle, te traje aquí.

—¿Herido? —repetí. Mi cabeza rebotaba, incluso dolía. Me sentía medio sumergido en una bruma de recuerdos incoherentes, lo único real era lo referente a ella, a mi Colibrí, al dolor que le había generado una estúpida decisión, sus ojos llenos de desilusión, sus lágrimas, sus gritos.

—¿No recuerdas nada? —quiso saber, atenta. Cerré los párpados, intentando buscar en mi cabeza.

—Te golpearon con brutalidad. Estás vivo porque te encontré rápido y pedí una ambulancia. Tu hígado se inflamó, perforaron con una navaja tu pulmón derecho que gracias a Dios ya está prácticamente bien, te rompieron el hombro, lo traes inmovilizado —me informó agobiada.

Bajé la vista, de inmediato noté que era verdad, mi otra mano tenía suero, en mi dedo había un aparato y sobre mi pecho adherido algo que los cables desembocaban en una máquina que pitaba a mi lado.

Un hombre con ancha sonrisa, pero con mirada llena de intriga, entró por la puerta que estaba a un costado del cuarto. Lo observé fijamente, sin mostrar mi temor, como he aprendido a lo largo de mi vida. De pronto todo acudió a mí.

Gemí invadido por la ansiedad, cerrando los ojos, dejando salir un grito ahogado.

—Yerik... ¿Yerik?

El miedo me cerraba la tráquea, no lograba hacer que mis pulmones inhalaran el aire del exterior, no lograba decir una palabra. Los observé aterrado, angustiado, mareado. ¿Qué mierdas ocurría? No podía respirar.

—Está teniendo un ataque de ansiedad. ¡Eh! Respira, escucha —ordenó el que supuse era el médico tomándome por la barbilla para que lo mirase—. Respira lento, despacio —indicó. Lentamente lo fui logrando, transpirando, temblando.

La mujer y su esposo se alejaron un poco, observándome.

—No deseo dormirte de nuevo, pero debes tranquilizarte. Aquí estás a salvo, ¿de acuerdo? —me explicó con calma.

Dejé caer la cabeza sobre la almohada, mirando el techo, intentando relajarme. No conseguiría nada así, debía salir de esto y buscarla. Así que intenté aferrarme solo a su sonrisa, a sus caricias y poco a poco fui respirando con normalidad y los ruidos que producía la máquina a mi lado, disminuyeron.

—Bien, eso es.

—¿Ya pasó? —preguntó la mujer, con un dejo de agobio.

—Dale un segundo, lo está controlando —expresó el doctor, sereno.

Después de unos minutos al fin lo logré y me relajé lo más que pude. Necesitaba información, solo así la obtendría.

—¿Mejor? —me preguntó cauto. Asentí serio—. Bien, ahora permite que te revise mientras conversamos. Has estado inconsciente dos semanas, muchacho, debemos ver que todo funcione con normalidad.

Asentí sin objetar, necesitaba estar bien, necesitaba llegar a ella.

Acercó una pequeña linterna a mis ojos, dando instrucciones. Después me pidió mover mis pies, pasó un objeto en mi planta, la contraje. Y luego las preguntas.

—¿Tu nombre completo?

—Yerik Cepeda Soto.

—¿Edad?

—18 años.

—¿Nombre de tus padres?

Lo observé por un minuto, midiendo lo que debía decir.

—Fui abandonado, no tengo —zanjé. La mujer se llevó la mano a la boca.

—¿Dónde creciste? —quiso saber, sabía que eso no era parte de su interrogatorio.

—En la Ciudad de México, en una casa hogar —dije. El hombre asintió, serio.

—¿Recuerdas lo que ocurrió? —quiso saber, estudiando mis reacciones. Asentí, pero no hablé—. Fuiste herido, y eso debe denunciarse.

—Lo sé.

—¿Deseas hacerlo? —inquirió.

Negué, mi pasado ya era una losa pesada sobre mí, no podía arriesgarme.

—¿Te duele algo? —Las preguntas cambiaron de rumbo y lo agradecí. Al parecer ese hombre era amigo de Germán, porque no insistió, aunque su obligación era hacerlo.

Más preguntas, y más respuestas. Al final quedó complacido.

—No quiero presionarte, algo fuerte debió ocurrir para que no desearas volver en ti hasta ahora. Tu cuerpo está sanando, tu hombro en dos semanas ya estará libre de ese cabestrillo, pero... Si te doy de alta, ¿a dónde irás? —preguntó sin rodeos.

Lo observé circunspecto, no tenía idea de donde estaban mis cosas, si esa mujer las hubiese encontrado en aquel lugar, aunque lo dudaba pues habrían sabido mi nombre.

—Déjalo, Manuel, nosotros hablaremos con él. Es bueno saber que ya salió de lo crítico —apuntó con voz sosegada ella. El hombre asintió, sonriendo.

—Bien, eres fuerte, muchacho, pero no te confíes, ve con calma para que pronto estés como nuevo.

Una vez dicho esto salió junto con el otro hombre. La mujer miró a su esposo, algo se decían con la mirada, él parecía muy enamorado de ella. Reconocí su manera de verla. Apreté el puño de mi brazo inmovilizado.

Necesitaba saber de mi colibrí, temía por su seguridad, por su integridad. ¡Mierda, mil veces mierda! Cómo me pudo ver la cara así, a mí, a Clemente, hablamos tanto con él, nos dio tantos datos, tantas pruebas. Si mi amigo viviera... el dolor ácido regresó.

—¿Así que... no creciste aquí? —Su voz me sacó de mis cavilaciones, negué sin hablar. Asintió, evaluándome—. ¿Qué ocurrió con Zinnia? —indagó. Escuchar su nombre me alertó, me erguí causando un desastre. Ella de inmediato me recostó.

—¿Cómo sabe? —quise saber, contenido. Era bonita, de una manera clásica, sin embargo, confiar era un lujo que no estaba habituado a ceder.

—La nombraste en estos días, mucho, también a un colibrí —me informó con voz serena, pausada. Desvié la vista, sin responder, solo tenso—. No tengo idea de quién eres, y

puede ser que me esté arriesgando, quizá seas un chico que no vale la pena ser salvado, y no me refiero a tu vida, porque de eso así seas un mal tipo no me arrepentiré, sino de tu interior. Lo cierto es que... desde que te vi ahí, no sé, sentí que debía y podía hacer algo por ti. Fue eso por lo que te traje a este hospital, que me empeciné en hacerme cargo de todos los gastos, pero sobre todo... ayudarte si me lo permites, si es posible.

La miré fijamente. No mentía, lo sabía, alguien como ella no podía estarlo haciendo, aun así, yo tenía un pasado turbio, demasiadas cosas y no era lo correcto envolver a esas buenas personas en mi situación. Por otro lado, el tío de Zinnia era poderoso, lo supe desde que recibí esa acta de nacimiento original que Clemente encontró bien escondida en la casa de los cuervos. De inmediato las piezas faltantes en mi búsqueda de años encajaron y lo primero que vi fue a ese bastardo que la apartó de manera violenta de mí.

Dejé salir un suspiro, negando.

—Gracias, pero no tengo cómo pagarle todo esto, señora —admití serio, pensando en mis opciones, pero ninguna parecía ser la que me sacaría de ese jodido desastre.

Sonrió negando.

—No te lo estoy cobrando. ¿O sí? —reviró. Arrugué la frente—. Ni lo haré, o bueno, sí pero no como imaginas —admitió. Entorné los ojos, desconcertado.

Mi cuerpo lo sentía aún débil, cansado, pero debía restablecerme, debía saber de ella. La recuperaría, como fuera, no me detendría, no cuando se trataba de Zinnia, de lo único por lo que respiraba. No podía siquiera imaginar cómo estaba, lo que sentía hacia mí, la manera en la que la estaban tratando. Ya había sido golpeada, dañada tantas veces, que era imposible para mí concebir una más.

—Tienes una mirada fuerte, ¿sabías? —apuntó asombrada, pero no molesta, sino intrigada. De nuevo aligeraba el ambiente, lo cierto es que yo solo deseaba saber en qué estaba metido ahora y aún no lo lograba dilucidar.

—Trabajaré, le pagaré todo —prometí. Rio negando, cruzándose de brazos.

—Quiero ser tu amiga, quiero saber de ti, que me cuentes solo la verdad cuando estés listo. Ya escuché que no tienes padres, que no creciste aquí. Me intrigas... Pareces, pese a estar convaleciente, muy fuerte, incluso peligroso con esa manera de moverte —y meneó la mano quitándole importancia, parecía que a ella eso le daba igual. Leí temeridad en sus ojos, eso me llevo a Colibrí de inmediato, esa era su manera y a veces por lo mismo se ponía en peligro, por lo que pensar en lo que estaba pasando me ponía peor, ella se defendería, no se dejaría y eso podía no ser la mejor opción.

—Señora...

—Dime —me interrumpió, torciendo sus labios, recargando su peso en una pierna—. Esa chica de quien hablas es... ¿Tu hermana, tu amiga, tu novia? —quiso saber. No estaba habituado a tanta familiaridad, amabilidad, simplemente no lograba acomodarlo en mi mente. No me moví—. Okay, ya veo que no estás muy receptivo. Veamos... te contaré un poco de mí, y tú me dirás algo de ti, ¿te parece?

Pestañeeé sin saber qué responder. ¿Era en serio? No, no me fiaba. Algo no era normal ahí. Esa mujer parecía haber perdido la razón, quién en su sano juicio ayuda a un extraño que encuentra en la calle moribundo sin saber el porqué. Podía ser un matón a sueldo, alguien

peligroso, yo qué sé, desear secuestrarla más adelante porque el dinero se olía a distancia.

—Bien. Soy Frida, estoy casada con ese hombre que salió hace un momento que se llama Germán, desde hace 20 años, soy abogada, igual que él. Fui madre, pero... —y sus ojos se empañaron, apretando los labios, esperé atento—, pero a él, a él lo mataron hace un año. Sigo intentando encontrarle el sentido a mi vida, pero no es fácil cuando pierdes a alguien que es parte de ti, de tu alma.

Sabía perfectamente lo que sentía. Una lágrima escapó de sus ojos y no supe qué hacer. Los sentimientos de los demás no solían afectarme, salvo los de Zinnia, me sentía casi todo el tiempo ajeno, indiferente, frío incluso. Solo Colibrí lograba hacerme sentir parte del mundo, de su mundo. Pero en general transitaba inmutable y nada me hacía realmente sentir.

—Lo... lamento —logré decir. Ella perdió la vista, asintiendo.

—Yo también, Yerik, tenía tu edad, entró en cosas que no debía, no me di cuenta por estar perdida en mi trabajo... y un día, un día le sucedió lo mismo que a ti, con la diferencia de que nadie lo vio hasta que ya fue tarde —confesó. Me removí un tanto incómodo, esa conversación se estaba tornando muy personal. Sonrió de pronto limpiándose las lágrimas con delicadeza—. ¿Es tu turno? —dijo. Tardé varios minutos en responder, pero sin saber muy bien cómo, lo logré.

—Ella es... ella es todo —admití con convicción, con la boca seca.

—¿Todo?

—Sí, mi hermana, mi amiga, mi novia, ella es todo para mí —admití inmutable, exponiendo mi mayor verdad; eso era Zinnia, eso sería siempre.

Yek apareció y nos adentramos en su mundo, no sé aún cuantos capítulos son de él, quizá 4, pero estuvo internado, herido y le salvaron la vida estas personas que no sabemos qué papel jugarán en todo esto. Por otro lado, ya sabemos por qué COLIBRÍ, y ese ámbar que los une. Su pasado, lo que siente. Pero falta mucho de él. Sus razones, lo que ocurrió esos tres meses, lo que siente respecto a Clemente, los niños, su ansiedad por Zinnia. Entonces, ahí vamos con Yerik que es silencioso, observador, no esperen más de lo que ya se ha mostrado, solo conocerán más su interior, lo que piensa, lo que es; un ser intenso, pero de silencios. ¡Gracias por seguir acá !



La mujer sonrió asombrada, pero complacida con mi respuesta.

De repente apareció su marido en la puerta, nos observó cómo midiéndolo la situación, con cautela. Él no era tan confiado como ella, lo leí sin dificultad, interpretar a las personas fue algo que aprendí sin remedio desde muy pequeño.

—Nosotros debemos irnos, es tarde, tienes que descansar y comer bien. Mañana estaremos aquí, deseamos conversar contigo —anunció. Su voz sonaba más autoritaria, pero agradable.

—No tienen por qué hacer todo esto. Les debo la vida —admití pasando saliva.

Necesitaba con urgencia tomar agua. Como si ella supiera, me acercó un vaso, con cuidado lo tomé al tiempo que la cama automáticamente se iba reclinando. Me quejé un poco debido al cambio de posición, aunque no dolía.

—Gracias.

—Lentamente... —sugirió acercándose a su marido. Este la recibió rodeando su

cintura.

—Si realmente crees que nos la debes, entonces te cuidarás y hablaremos. ¿Bien?
—zanjó con decisión.

¿Qué se supone debía decir?

—Señor, yo...

—Tú, muchacho, parece que estás solo, y si te encuentras en problemas, mañana será el momento para que nos pongas al tanto... Ahora, ya sabes, cuídate y recupera fuerzas. Se lo debes a mi mujer —me guiñó un ojo, jovial, al tiempo que ella elevaba su mano para despedirse.

Observé la puerta cerrarse, pestañeando. No comprendía una mierda. Eso no era normal, tampoco podía ser real. Un segundo después entró una enfermera. Me sonrió al verme despierto, revisó todo lo que tenía conectado, mi temperatura y acomodó mejor la cama.

—Ahora te traerán de comer; es dieta blanda, no has comido solido en días, ve despacio y mañana ya poco a poco será más consistente. ¿Tienes alguna molestia? —indagó con amabilidad.

Negué con cautela, realmente desconcertado.

Una vez solo, dejé caer la cabeza sobre las almohadas. La vida, las decisiones, la realidad, me abrumó. Aún escuchaba resonar en mi cabeza de manera constante ese disparo; se repetía una y otra vez. Mi amigo, su mirada, el vacío después de que hubiesen acabado con su vida.

Apreté la quijada. Mi mente estaba repleta de recuerdos, de momentos.

Clemente era desparpajo, bravura, pero poseía una gran nobleza, éramos familia, lo único que teníamos y debían terminar también con él.

Mis ojos ardieron. El coraje, la rabia, el dolor, el miedo, todo regresaba como en aquel momento. Hacía menos de tres semanas que lo había visto partir y sabía que pasarían años para borrar de mi mente esa imagen, la de Zinnia hincada a su lado, temblando, su rostro lleno de su sangre, sus manos...

A lo largo de mi vida había presenciado ya muchas cosas, incluso la muerte, de lejos, de cerca, pero nunca de alguien que realmente me importara y era como si quemaran lentamente cada centímetro de piel con deliberada lentitud para tortúrame, para hacerme claudicar, odiar más.

La impotencia era algo con lo que aprendí a lidiar, a verla de frente y burlarme, pero ya en ese momento no podía. Mi hermano estaba muerto, solo tenía su recuerdo, las miles de veces que conversamos, qué nos ayudamos, qué fuimos mucho más que cómplices.

Evoqué sin dificultad aquel momento en que me hallaba sentado en la acera, pensativo, un año y medio atrás.

—¿Qué tienes, patán? —preguntó con su rebeldía inherente. Así solíamos decirnos entre nosotros. Aventé una piedrita que tenía entre mis dedos—. ¡Vamos con Paty y las demás! ¡Mueve el trasero! —me dio un empujón, sentándose a mi lado. Negué—. Pareces un jodido mojigato... Mejor ya dilo, sácalo de una jodida vez. Seguro te ayuda de alguna manera —presionó.

Lo miré entornando los ojos.

—¿De qué mierdas hablas? —quise saber, ya mostraba esa cara de sabiondo que a veces empleaba para hacerse ver un experto, pero yo lo conocía mejor que eso. Clemente había

sido abandonado a los 5 años, ahí, en las puertas de un orfanato, por su madre que dijo no tener para mantenerlo y nunca más volver. Nadie de su familia quiso llevárselo consigo y debido a su edad, no tuvo oportunidad de ser adoptado. A los 9 llegó a la casa hogar.

—Hablo, pajarito, de tu pajarita —y juntó sus manos, como si estuviesen besándose. Arrugué la frente, girándome. Se refería a Zinnia.

—Vete al carajo... —le di un empujón, rodando los ojos. A veces bromeaba con eso, pero no pasaba de ahí.

—Anda, sigue negándolo, hace mucho tiempo que no metes con nadie, que no permites que ninguna se acerque... ¿No te has preguntado la razón? ¿En serio eres tan estúpido? Gay no eres. ¡Vamos, idiota! Si no toleras tampoco que nadie se le acerque, todos aquí lo sabemos de sobra, ya más de una nariz has dejado inservible —me recordó. No respondí, eso era verdad.

—No voy a dejar que la lastimen, que la usen, que...

—Que la miren siquiera. ¡Por Dios, patán! Abre los ojos... Solo dilo.

Lo miré de reojo.

—Sí, dilo y ya.

—Vete al infierno. Protegerla no es malo.

—Ni estar estúpidamente enamorado de ella, amigo —soltó con frescura. Como si mi vida de pronto hubiese quedado expuesta, respiré de forma irregular, desconcertado, pestañeando sin poder encararlo. "Enamorado" Yo enamorado de ella... Nada fue tan real y abrumador como eso—. Solo enfréntalo —me pidió. Ya se iba a levantar, pero lo detuve con fuerza, amenazante, con adrenalina y temor desconocido circulando por mi cuerpo.

—Ella no puede saberlo, lo escuchas, no debe enterarse... —rugí amenazante. Arqueó una ceja, confundido.

—Díselo, Zinni siente lo mismo, te lo aseguro —me alentó. Negué con seguridad.

—No, no... Soy su hermano, su mejor amigo, se sentirá traicionada, no quiero que se sienta sola, que no sepa qué hacer en cuanto a mí. No.

—¿Entonces jamás le dirás que te trae como un idiota?

—Carajo, Clemente, lo acabo de comprender y no se siente como si estuviera haciendo algo bueno, no quiero agobiarla.

—Solo dile, que ella vea qué hace.

—¡No!, y si le dices algo te dejo estéril, idiota —amenacé. Rio negando, rascándose la cabeza—. Zinnia vive diferente a nosotros, yo... yo solo debo averiguar más sobre su pasado... Debo lograr que salga de aquí. Si se entera de... lo que siento, se asustará, la conoces.

—Bien, está bien, no diré nada, puede ser que tengas razón y la pajarita no esté lista aún. Pero algo sí te digo, entre más tardes en decirle, más lastimado saldrás.

—Ella está por encima de esto que siento.

—Lo sé, y también sé qué harías lo que sea por verla bien, pero tú también cuentas, y la amas, no ves más allá de ella, siempre ha sido así, pero te tengo noticias, Zinni tampoco.

—Puede ser, pero no haré nada a menos que ella demuestre que tiene... ese tipo de interés por mí. Entiende, sería como traicionar lo que entre nosotros hay.

—Entonces si nunca se da cuenta, no se lo dirás. Si llega otro tipo y la intenta conquistar, ¿no harás nada? ¡No seas imbécil!

—No lo comprendes.

—Claro que sí, esa chica es por lo que respiras, por lo que te levantas cada jodido día. He estado ahí años, sé muy bien lo que hay entre ambos. Zinnia es tu brújula, así de simple —dictaminó. Dejé salir un suspiro asintiendo.

—Lo es, y no quiero fallarle. Solo... dejaré que ella lo descubra.

—Eres un puto terco, pero tratándose de ella ya sé que no cambiarás de opinión.

—Así es...

—En serio eres imbécil, no puedo creer que no te hubieras dado cuenta de que estás ridículamente enamorado de ella... —se carcajeó poniéndose de pie. Me dio una palmada en la espalda—. Patán, me asombras, tú siempre tan inteligente, pero bueno, mientras tú piensas en tu pajarita, yo voy a disfrutar de la vida, ya ves lo que dicen; es corta y me vale una mierda, iré a ensuciarme las manos —zanjó. Lo vi alejarse, silbando, de reojo.

Esa tarde permanecí ahí, lleno de miedo, por varias horas. No tenía idea de cómo la enfrentaría después de haber asumido al fin esa realidad, mi realidad. Zinnia era hermosa, siempre lo había sido, podía pasar horas contemplándola, pensándola, añorándola. Su voz perfecta, sus labios carnosos, esa figura que a últimas fechas se iba haciendo más delicada, su melena ondulada, imposiblemente oscura, su aroma, ese que la caracterizaba. Su carácter impulsivo, aguerrido, su forma de sonreír pese a los pocos motivos, su manera de cuidarme, de estar a mi lado, sus manos en mi rostro, en mis manos.

Con ella empezaba mi mundo y terminaba, desde que tenía memoria había sido así. Éramos cómplices, amigos. No podía forzar nada, no debía hacerlo, ella era mi seguridad, yo la suya, si hería eso que nos conectaba, ya no tendríamos eso que nos obligaba a seguir. Lo que teníamos siempre fue tan complejo que no podía darme el lujo de errar, no con ella. Solo confiaba que en algún punto sintiera lo mismo y que si así era, lo notara, de lo contrario, dolería demasiado quererla mía, pero no tenerla, ser suyo y no pertenecerle.

*

Tocaron la puerta, trayéndome de vuelta a mi realidad. Era la comida. La ingerí sin mucho afán, aunque sí tenía hambre. Al terminar me revisaron nuevamente, pude caminar unos cuantos pasos, me permitieron asearme un poco, después el médico dio instrucciones de suministrarme un relajante, no pude objetar porque ya lo estaban colocando en el suero, a los pocos minutos caí vencido.

Desperté sobresaltado.

Ella, siempre ella. Giré a mi alrededor y de nuevo me dejé caer al recordar dónde me hallaba.

Los días estaban pasando, eso me ponía peor.

Desayuné ansioso. Necesitaba salir de ahí, ir a buscarla, sin embargo, aún sentía mi cuerpo deteriorado y el brazo me inutilizaba. Debía pensar, pensar bien lo que haría, lo que seguiría, cómo podría recuperarla, pero primero, cómo subsistir mientras lo conseguía. Ya no tenía dinero, ni siquiera nuestros papeles, las malditas pruebas, nada. Los niños estaban solos, yo en ese jodido hospital a expensas de no sabía qué aún, y ella con ese malnacido.

Apreté la quijada, cerrando los puños y de inmediato busqué con mis dedos el colgante que nunca me quitaba, ese que ella me había dado algunas navidades atrás. No lo encontré, nervioso giré el rostro, estaba sobre la mesa de noche, junto al teléfono. Como pude lo agarré, dejando salir un suspiro de alivio, besé el colgante y lo envolví en mi puño, cavilando de nuevo.

No conocía a esa gente y pese a que parecían tener buenas intenciones, no podía confiarme, así como tampoco permitir que asumieran cosas que no les correspondían.

Apreté mi valiosa pertenencia un poco más.

Dejé salir un suspiro cargado de frustración, me sentía en un callejón sin salida; si hipotéticamente lograba recuperarla, a dónde iríamos y cómo resolvería todo esto.

Evoqué la manera en la que la sujetaron y de inmediato pensé que a donde fuera, ya veríamos qué hacer, pero no podía seguir un minuto más ahí. Fui un completo imbécil, un idiota.

Perdido en esos pensamientos y en las decisiones, la puerta se abrió, de inicio creí que se trataba de una enfermera, me equivoqué.

—Dicen que pasaste buena noche, me alegra, Yerik —escuché. Giré de inmediato, era la misma mujer del día anterior. No tenía idea de la hora, pero aún era de mañana y lo cierto es que pensé que ya no regresaría, y es que no tenía sentido, por donde lo pensara no lo había.

—Sí, gracias, señora.

Se acercó a mí, olía a perfume fino, pero agradable y lucía relajada. No la imaginaba de abogada, si me preguntaba, no como lucía en ese momento; jeans, blusa bordada y cabello recogido en una coleta, lo cierto es que sus ojos no escondían ese dolor que el día anterior me había compartido sin dudarlo.

—Frida, me llamo Frida. Mi marido está a fuera, parece que te darán de alta, pero antes de hacer nada... Deseamos conversar —musitó. Bajé la vista hasta las sábanas.

—No entiendo por qué hacen esto...

—Digamos que lo necesito, eres algo así como mi proceso terapéutico, mi sanación —admitió. Arrugué la frente.

—No quiero tener problemas, y dudo que yo pueda ayudarla en algo, ni siquiera tengo certeza de mi vida la hora siguiente —admití sin saber el motivo.

—Nadie la tiene, Yerik, la vida trata de eso... creer que las tenemos solo genera daños, créeme —aseguró.

Era cierto, aun así, las cosas para mí eran complicadas, demasiado y no tenía la intención de complicarlas más.

Permanecí en silencio, intentando pensar en mis opciones, en lo que era correcto y debía hacer. Hablar con la verdad sería quizá enterrarme, quizá así dejaran de pensar en mí como alguien a quien ayudar, pero también podían decidir entregarme a las autoridades. Por otro lado, escapar en cuanto me dieran de alta me tentaba como nada, sin embargo, qué haría, esos tipos si me veían fuera me matarían y no tenía idea de si eso tendría implicaciones para Zinnia.

Cerré las manos en puños. Deseaba golpear algo debido a la frustración que me generaba no tener idea del paso siguiente.

Desde que recuerdo lo he planeado todo, cada momento, eso no siempre tuvo el

resultado que deseaba, pero de alguna manera nos puso a salvo a ella y a mí, a diferencia de Clemente. Solo pensarlo de nuevo sentía un dolor crudo en el pecho, cómo garras filosas que lo abrían sin piedad una y otra vez.

Lo aparté en ese momento, sentía que tenía frente a mí la decisión que cambiaría de nuevo todo, que, si no lo pensaba bien, arruinaría mi vida, la suya.

Cuidarnos, protegernos, ha sido la prioridad y por primera vez en mi vida, desde que tenía 7 años, no la tenía al lado y eso no me permitía pensar con la claridad que solía, todo en mi mente estaba matizado por su esencia, por sus ojos, por la preocupación, por esa conexión que sentía rota. Ella era fuerte, de alguna manera sabía que lograría enfrentar lo que sucediera, pero me quemaba pensar el costo... encapsular los sentimientos ha sido nuestra especialidad, escondernos en nosotros mismos para no salir más heridos es algo que manejamos sin problemas, pero no deseaba eso para ella, sin embargo, sabía que sucedería y quizá con la situación que estaba teniendo que vivir, era lo mejor.

Un nudo en la garganta se atascaba de nuevo ahí. La culpabilidad me estaba matando, consumiendo.

—Bien —la puerta se abrió, entró Germán y tras él, el médico. Lucían relajados, pero cautos—. Mañana podrás irte, solo deseo que hoy permanezcas en observación. Te daremos instrucciones sobre los cuidados y demás —me informaron. La mujer sonrió.

—En serio lo agradezco, veré cómo pagar esto... —prometí con decisión. El médico negó cruzándose de brazos. Mi corazón se sentía tan pesado.

—Escucha, Yerik, tus opciones por ahora son dos. O conversan, cosa que no tengo idea de en qué terminará porque no sé qué clase de chico eres. O te vas mañana, y lo cierto es que me gustaría saber si tienes dónde dormir. Te encontraron sin nada, ni siquiera una identificación, solo ese colgante que ahora aferras en tu mano —dijo el doctor.

Le sostuve la mirada, inmovible, todas mis cosas estaban extraviadas. Qué más daba, lo más importante mi vida no lo tenía conmigo.

—Esto no está bien, no me gusta dar problemas.

—No respondiste... —musitó Frida, serena. La observé un segundo, apretando la quijada.

—No tienes a donde ir, esa es la realidad, lo sé —aseguró Germán, de pie al lado de su esposa—. Así que tampoco tienes mucho que perder. Si no podemos ayudarte, te dejaremos ir sin mayor problema —aseguró.

Los estudié buscando mentira o doble intención.

—Eres muy desconfiado, muchacho —declaró el médico.

—Confiar nunca me ha servido —admití con voz dura, sopesando mis opciones.

—Bueno, pues siempre hay una primera vez y quizá la vida te demuestre que todavía hay personas que pueden apreciar el gesto.

—No lo puedo entender. Nadie nunca ayuda sin buscar algo a cambio —me justifiqué. La mujerladeó el rostro, pensativa, mientras los otros dos se veían entre ellos.

—¿Tan duro ha sido? —cuestionó con suavidad.

Desvié la vista. Odiaba que me vieran débil, vulnerable.

—Si hablamos y... no soy lo que esperan. ¿Me dejarán ir sin que esto tenga consecuencias? —indagué estudiando a la pareja, impasible.

Germán se tensó, pero la mujer asintió sin dudar.

—Lo prometo en nombre de los dos. Conversa con nosotros, si no podemos ayudarte... Olvidaremos esto y, aun así, no tendrás que pagarnos nada de lo que fue tu estadía en el hospital. ¿Estás de acuerdo? Es más, no hay datos tuyos aquí, ni registros, nada, podrías desaparecer si lo deseas —confesó.

Respiré un tanto agitado. Debía intentarlo, si fracasaba quedaría igual que antes, pero si no... quizá podría dar con ella, recuperarla.

—De acuerdo —acepté al fin. El médico asintió, relajándose.

—Bien, los dejo entonces —salió un segundo después. Me acomodé sobre el colchón intentando buscar una postura menos incómoda, más firme. Logré sentarme bajo la mirada atenta de ambos.

—¿Qué desean saber? —averigüé sin bajar la vista, expectante.

El hombre se sentó en la orilla del colchón, en la piecera, cruzándose de brazos.

—¿Qué te parece que comiencen diciéndonos por qué te golpearon de esa manera.

¿Te asaltaron o estaban ajustando cuentas de algo?

Cerré los ojos evocando a Colibrí.

Bien, si esa era mi opción, la tomaría.

—Ninguna de las dos. Yo... cometí un error.

—¿Un error? —quiso saber la mujer, a mi lado, enarcando una ceja.

—Es complicado porque no empiezan las cosas ahí, sino mucho tiempo atrás...

Zinnia, la chica que he nombrado, y yo... crecimos en una casa hogar, la conocí cuando llegó ahí a los 6 años —empecé con dificultad.

La mujer se acercó a su marido, atenta y yo intenté buscar las palabras adecuadas. Por primera vez me abriría a alguien que no era ella y costaba tanto, pero si quería recuperarla, esa pareja era lo único real con lo que podía contar.

—Hay cosas que... quizá no...

—Puedes decir lo que sea, nada será usado para afectarte, solo dame la oportunidad de saber si me equivoqué contigo, por favor —intervino Frida, seria, aferrando la mano de su esposo con fuerza. Él me miraba de forma inescrutable.

Me froté el rostro con la mano libre.

—Las cosas en esos lugares no son sencillas y no fue fácil, nunca. Pero teníamos un techo, comida con regularidad y podíamos estudiar. Nos cuidamos siempre, crecimos siendo como hermanos. —Tuve que perder la vista en las sábanas con la quijada tensa. Evocarlo todo no era en lo absoluto agradable, más aún, si se pasa la mayor parte de la vida intentando olvidar.

—¿A qué edad llegaste ahí? —habló él.

—A los tres, pero en el orfanato creo que tenía horas, o un día de haber nacido. Mi madre no me quería y me dejó ahí sin papeles, ni nada...

—¿Cómo sabes eso? —quiso saber Frida.

—Porque la encontré cuando tenía 11 años —confesé. Abrió los ojos de par en par,

asombrada.

—La encontraste, ¿cómo? —cuestionó, atónita.

Ese día en especial deseaba jamás recordarlo, sin embargo, con Zinnia a mi lado, lo había logrado pasar, el sentido de mi vida volvió a dar un viraje y mi fin fue ella, nada más. Les narré sin ahondar en detalles lo ocurrido. Soy obstinado, demasiado, eso me llevó a aquella mujer, eso me llevó a la familia de Zinn.

—Así que sabes quién es, dónde vive tu mamá... —comprendió. La miré con fría indiferencia.

—No tengo familia, no tengo una madre.

—Lo lamento, Yerik, no puedo concebir algo así —admitió perturbada.

Me encogí de hombros, quitándole importancia.

—Es más común de lo que se piensa, niños en mi situación abundan. Solo que las personas prefieren no notarlo —murmuré. Ambos parecían afligidos, pero atentos, serios.

—Sí, la ceguera a veces encierra miedo, otras, comodidad.

—Y bien, continúa, Zinnia y tú... —me instó él al percibir mi frialdad y la nostalgia de ella.

—Como varios chicos más, crecimos ahí. El sitio no era muy grande así que alojaba a pocos niños de los cuales se ocupaban dos mujeres que... que...

—¿Los maltrataban? —inquirió Frida.

Asentí sin titubear.

—Cuando tuvimos edad para trabajar, nos exigieron hacerlo. Todos nos ocupábamos de la casa, de la limpieza y demás, de estudiar y de llevar dinero.

—¿Qué? ¿A qué edad comenzaste a trabajar? No se supone que deba ser así —musitó molesta.

—A los 13 yo, y otro chico de mi edad, Zinnia a los 14, aunque a las mujeres siempre les cargaron las labores de la casa...

La consternación en sus miradas iba en incremento.

—Eran unos niños —murmuró Germán, con los ojos abiertos.

—Era nuestra realidad, señor, no había tiempo para cuestionarse eso.

—Sigue...

—Crecimos y nos cuidábamos, pero siempre creí desde que la vi llegar a esa casa que ella no pertenecía ahí. Así que me empeciné en creer que estaba en ese lugar por un error, pero era un niño y no sabía qué hacer con mis dudas, solo tenía su apellido para indagar, y no sabía si era el suyo o no.

—¿Por qué pensabas eso?

Sonreí con hastío, molesto, aunque no con ellos, sino conmigo, con mis estupideces.

—Porque si la conocieran, sabrían de qué hablo. Ella simplemente desentonaba.

—Quien te viera tampoco pensaría que eres un chico bajo estas circunstancias.

—Pero yo fui abandonado al nacer. Ella, no, a los tres años le dijeron que murió su familia y que nadie deseó encargarse de cuidarla. Eso nunca me lo tragué. Así que busqué, di

con una familia de políticos que viven aquí, pero no estaba seguro de que tuvieran relación con Zinnia. Después en la web leí que uno de ellos murió junto con sus hijos y su esposa, no coincidía el segundo apellido de Zinnia, pero no lo descarté del todo.

—¿Encontraste algo? —entendió.

Asentí cerrando los puños.

—Sí, hace unas semanas... mi mejor amigo dio con un acta, el acta real de Zinnia.

Abrieron los ojos, asombrados.

—¿Cómo?

—En esa casa, escondida. Ahí decía el nombre de sus padres, de sus abuelos, y el segundo apellido, que coincidía con el de la mujer que murió en aquel accidente.

—¡Puede ser eso! Es increíble. ¿Pero por qué habría dos actas de nacimientos?

Eso es ilegal, no es posible.

La encaré rabioso, repleto de frustración, de impotencia.

—No sé, pero después de que... ocurrieran muchas cosas en la Ciudad de México, me vi obligado a retomar las averiguaciones y ya habíamos sostenido contacto con su tío, el hermano de su padre, por eso vine aquí, la traje con él. No podía permitir que siguiera viviendo una vida que no era la suya. Hablé con ese hombre en varias ocasiones y me dijo que deseaba conocerla. Me engañó, le creí y cuando la llevé... —mi voz se ahogó.

—¿La regresaste a su familia? —conjeturó ya aturdido.

Negué furioso.

—No, la llevé con ese hombre.

—Pero sí era su tío —preguntó un poco confundido.

Asentí contenido.

—Lo es, lo que sucedió es que al verla nos obligaron a separarnos, no nos dieron tiempo de nada, como prometió; dijo que sería lentamente, mintió y a la fuerza la apartaron de mí, luego...

—¿Ellos te golpearon? —inquirió entornando los ojos.

Asentí con el ceño fruncido, con la ira viajando por mi sistema.

—¿No era tu novia? —me cuestionó el hombre.

—Es mi novia, Zinnia es todo, la llevé pensando que era lo mejor para ella, pero de pronto las cosas se salieron de control. No pude hacer nada para sacarla de ahí, de donde yo la metí y aquí estoy, y ella... no tengo una maldita idea de lo que le esté ocurriendo. Eso me está enloqueciendo —admití con voz dura.

—Dices que son políticos. ¿Quién es?

—Álvaro Brea, así se llama —dije. Por sus expresiones supe que sabía de quién hablaba.

—Es diputado, está postulándose a alcalde del municipio, el padre de su esposa es presidente del partido.

—Madre mía, Yerik... —murmuró Frida.

—A ver, ahora explícanos por qué tardaste semanas en traerla. Percibo mucho más en esto y quiero saberlo todo, de otra manera será imposible ayudar.

Dejé salir un suspiro, agobiado, vencido.

—Yo... —no pude hablar, no tenía idea de si me juzgarían, de si pensarían que jugaba—. Quizá crean que miento y...

—No estamos aquí para juzgarte, sino para escucharte. Adelante, permíteme que nosotros decidamos. Es vital tener el panorama completo, lo que nos estás diciendo es muy fuerte, espero que lo tengas claro —advirtió él.

Tensé la quijada, asintiendo, con el miedo por ella circulando a voluntad por mis arterias principales. Lo haría, lo diría todo y que fuera lo que la vida quisiera. He controlado todo lo que puedo desde que tengo memoria y simplemente ya no podía más, había perdido demasiado, más de lo que estaba dispuesto a soportar. Vivir sin razones sabía muy bien que no era vivir, debía aferrarme a lo incierto con la esperanza de que me llevara a ella, a mi motivo.

Esto iba por Zinnia, por los niños, por Clemente, debía intentarlo.

Clemente sigue apareciendo, lo conocemos más a través de Yek. Tiene mucho miedo, no sabe qué hacer, pero se dejará ir sin remedio porque no tiene muchas más opciones aunque costará confiar. Hay luces aquí, pero lamentablemente nada es sencillo, menos en lo que está metido. Seguirá contándonos ese tiempo sin ella porque es importante para conocerlo más y para que quede claro lo que viene. Él es difícil de descifrar, de corazón enorme, y de una intensidad asombrosa. Espero lo estén disfrutando. ¡Gracias por votar y comentar! El capítulo anterior tantos "Te amo, Yek" lo tienen avergonzado, debo decirles ;)



Tomé aire, blindándome un poco más para poder sumergirme de nuevo en aquellos tiempos dolientes, que tantas heridas nos habían dejado.

—En la casa donde crecimos, las niñas, las niñas a veces desaparecían y encargadas de cuidarnos decían que era porque se escapaban, nunca pensé diferente. Entraban más, tampoco era lo de diario. Un día una de ellas no regresó de la escuela, yo escuché que... la habían vendido —confesé recordando ese maldito día que lo cambió todo.

La mujer dejó salir un respingo, pero no me atreví a verla, perdí la mirada en un punto evocando ese terror. Continué:

—Decían que la siguiente era una pequeña de cinco años; Camy y... Zinnia, ella también. —Apreté los puños al sentir de nuevo lo que ese momento generó en mí, en Clemente; ambos las oíamos hablar con ese repugnante tipo.

—Dios...

—Se dieron cuenta de que escuchamos y...

—¿Quién estaba contigo?

Cerré los ojos.

—Mi mejor amigo, él... vivía ahí —musité. Ambos asintieron—. Fui agresivo —admití sin culpa. Ese día fue uno de los peores de mi vida, el temor se tornó en ácido que quemó mi ser en segundos—. Supongo que les dio temor de que supiéramos y a cambio de que no lo hicieran nos pidieron a Clemente, mi... amigo y a mí, que vendiéramos...

—¿Drogas? —completó.

Acepté esperando a que rieran, ver incredulidad en sus ojos, furia hacia mí, pero lo único que detecte fue molestia, indignación.

—No pudimos negarnos. Denunciar era impensable, teníamos casi 17, no nos creerían, ya varios chicos lo habían intentado, ahora sé que los mandaron a instituciones peores que esa para luego desaparecerlos y, además, eso no aseguraba que no las vendieran. Siempre supieron la relación fuerte que había entre ella y yo, abusaban de eso, así que lo hice.

—Esto es atroz, Germán —dijo la señora. El aludido asintió sin poder hablar.

—Sigue... —pidieron.

Me sentía agotado, tanto como si hubiese corrido un maratón, pero no me detendría, ya no podía.

—Comenzamos a hacerlo por las noches, más los trabajos en el día y los estudios. Les dábamos lo que obteníamos a cambio de que no las vendieran y de que... no las lastimaran —expliqué.

Ella se cubrió la boca, horrorizada.

—No siempre funcionó, pero ayudó en aquel tiempo. Sin embargo, yo seguía con mi necesidad de sacarla de ahí, de buscar a su familia. Ese lugar encerraba cosas muy fuertes, no soportaba saber expuesto a ninguno de los niños, por eso dábamos todo lo que ganábamos, así los sabíamos seguros, fuera de peligro, sin embargo, muchas veces no pude salvarla —me froté de nuevo la cara, agobiado.

—Lo entendemos, solo dínos lo importante, debe ser muy doloroso hablar de ello —reconoció.

Lo era, demasiado. Cada palabra rasgaba mi garganta, aun así, algo dentro de mí me instó a no parar, a seguir.

—Estaba yo por cumplir los 18 y sabía que me sacarían de ahí, no me iría sin ella, no podía. Así que renté un pequeño lugar pensando en mudarnos, Zinnia, estaba a meses de cumplir también la mayoría, de alguna manera me las arreglaría, tenía que sacar los papeles, y Clemente, mi amigo, se quedaría ahí para calmarlas y así no se descargarán con los niños, luego reuniríamos más pruebas y algo haríamos, aún no decidíamos qué. Todo se adelantó una noche que... que... que la golpearon brutalmente —mis ojos se rasaron, podía verla aun ahí, en el piso frío, sucio, herida, sangrando, pálida y rota—. La saqué de ese lugar y la llevé a ese sitio antes de tiempo...

—¿Esas mujeres lo permitieron? —preguntó él, atento.

—Zinnia estaba tan golpeada que si no me dejaban llevármela las denunciaría a pesar de que eso me afectara también a mí. Ellas siempre nos amenazaron con ese trabajo que nos obligaron a tomar a cambio de no venderlas.

—Son unos monstruos —rugió por lo bajo, con pasión, Frida.

—Supongo que así deben ser las cosas en varios sitios.

—¿No los siguieron?

—No, pero no podía salirme de ese trabajo, aunque lo intenté. Las amenazas, y la seguridad de los niños salía a relucir, siempre era eso. Seguimos ambos en ello, pero... mi amigo se metió con una chica que no debía y... creyeron que los traicionaba, para amedrentarlo, me golpearon, era un aviso. Después, creímos que ya se había aclarado, pero hace unas semanas... —¡Maldición! Cómo costaba. Una lágrima viajó por mi mejilla, la limpie con ira, con rencor, con profundo odio, temblando—. Hace unas semanas me pidieron que subiera de puesto, me negué, yo necesitaba salirme de ahí. Todo salió mal, y... y una noche —apreté mis puños hasta que se entumieron, la quijada, respirando agitado—. Una noche le dispararon a Clemente frente a nosotros.

—¿Qué?!

Mi pulso se disparó, pude sentirlo. Respirar dolía. Me limpié el rostro con rabia.

—No sé si debido a que los rechacé o por lo que él hizo. Fue por lo que... decidí alejar a Zinnia sin contarle mis intenciones, ya no podía permitir que viera más atrocidades, más cosas así de abominables. Fue una estupidez —admití lleno de fatiga, de ansiedad. El peso en mis hombros me estaba hundiendo.

—Tu amigo, ¿murió ahí? —inquirió.

Asentí.

—Le dispararon en la cabeza, no hubo dudas, los tres estábamos juntos —expuse.

Permanecieron en silencio, mientras yo me quitaba el líquido salado que no servía de nada pero que escurría sin que lo pudiera evitar. Todos los sentimientos aparecieron para consumirme, para ahogarme.

—Te das cuenta de que todo lo que cuentas es aberrante, ni una vida de lo opuesto curaría todas esas situaciones —aseguró.

Lo miré asintiendo.

—No quiero curarme, necesito ir con ella... necesito saber que está bien, que no la están lastimando —refuté.

La mujer pestañeó nerviosa, dando un par de vueltas pensativa por el lugar.

—¿Estás seguro de que no la están tratando como merece?

—Someterla de esa manera, con violencia, el primer día que la ve, creo que no es la mejor forma de recibir a una sobrina que según él quería.

—Yerik, tienes o tendrás un problema legal encima, ¿entiendes eso? —me informó Germán, inescrutable.

Asentí serio, sin temor.

—Lo sé, y es probable que esté involucrado en la muerte de mi mejor amigo, que... las cosas se salieran de proporción.

—Gracias por contarnos todo esto.

—No deseo involucrar a nadie, sé dónde estoy parado, los problemas que cargo.

—No sé si te das cuenta de que lo has vivido es monstruoso, no debería ocurrirle a nadie, nunca... —murmuró ella, afectada, asombrada también.

—Quejarme nunca ha servido, señora, eso no me ayuda, pensar así. Es mi realidad, no la puedo eludir —asumí sin dudar.

El hombre me estudiaba, pensativo.

—Si entiendes que tengo manera de saber si mientes, ¿cierto? —habló.

Le sostuve la mirada.

—No busco su compasión.

—No te la estamos dando. Pero un engaño de este tamaño no lo perdonaría.

—Soy consciente de lo irreal que puede escucharse, no pretendo convencerlos. Me pidieron hablar, ser honesto, lo fui. No están obligados a nada con eso.

—Si sales de aquí... ¿Qué harás? —preguntó de repente ella.

Respiré hondo, perdiendo la vista en la ventana.

—Trabajar, y buscar la manera de llegar a ella.

—Te matarían si te acercas, ¿no te quedó claro? Te acuchillaron en el pulmón, te golpearon tanto que tu hígado estaba muy mal... —parecía molesta, no la imaginé así.

La observé por unos segundos fijamente.

—Prefiero eso que vivir con la duda —declaré.

Se miraron entre sí.

—¿Te pondrías en riesgo de nuevo por esa chica? —preguntó sin dar crédito.

Sonreí sacudiendo la cabeza, con ironía. Por esa chica moriría o mataría, lo que fuera necesario, eso siempre lo he tenido muy claro.

—Por Zinnia existo, señora, sin ella no hay nada.

—Pero podríamos averiguar si está bien, si sigue ahí, no sé.

—Hemos vivido demasiado, solo quiero saberla feliz, corroborar que de verdad así sea.

—¿Ella siente lo mismo por ti? —curioseó. Asentí sin dudar.

—Bien... Yerik, con la información que nos diste, es suficiente. Ahora dinos, ¿estás dispuesto a que nosotros manejemos esto?

Vislumbré rápidamente mis alternativas. Cada paso lo medí en base a las consecuencias de este. Mi cabeza siempre ha funcionado de esa manera, es inherente a mí, a lo que soy.

—¿Qué ganan con esto? —quise saber, sin inmutarme, ni mostrar ninguna emoción.

—Sé que la vida te convirtió en este chico que ahora tenemos enfrente, pero... si logro verte sonreír genuinamente alguna vez, que mires de otra manera, creo que me sentiré remunerada, en parte. Pero si llegas a tener una vida mejor, digna, sentiré que mi hijo donde quiera que esté conocerá una parte de mí que nunca le mostré.

La observé sin decir nada. Algo cuando hablaba de esa forma se quería remover en mi interior, pero no lograba apropiarme del sentimiento.

Nunca me había percatado de la frialdad que en mí reinaba hasta ese momento. Con Zinnia me mostraba, esa chica me desarma con tan solo pensarla, pero nunca con alguien más, era como si viese una película, algo que le ocurría a los demás pero que no genera nada, no conmueve, no duele, no se siente.

—Enderezar mi vida no creo que sea posible. Esos hombres no me dejarán tan fácilmente, me lo advirtieron, se los acabo de contar, es por lo que alejé a lo único que me importa de mí. No quiero que tengan problemas por algo que no les compete, por un don nadie que de pronto apareció casi muerto con tantos problemas encima.

El hombre sonrió, negando, poniéndose de pie.

—Me caes bien, muchacho, definitivamente —dijo. Arrugué la frente—. Descansa, mañana será otro día.

—No entienden —intenté argumentar. Necesitaba que estuvieran claros de lo que yo era, mi vida.

—Sí, mejor de lo que crees, así que, aunque confiar no sea parte de tus cualidades, inténtalo. Te ayudaremos, no será sencillo, pero lo haremos, a menos que tú te niegues —indagó desafiándome. La mujer me miró expectante, el hombre serio.

—No puedo comprenderlos.

—No hace falta, solo contesta esto; si yo pudiera enderezar tu vida, ¿lo tomarías? Lo observé en silencio.

—¿Yerik?

—Eso es complicado —admití sin andar con rodeos.

—Es mejor que salir de aquí para buscar qué comer y así perder la posibilidad de dar con ella, y peor, si logras algo, que lo dudo después de cómo te dejaron, qué planeas...

—No tengo miedo a la vida, solo a lo que le pase.

—Y si puedes ofrecerle otro tú, quiero decir, alguien con su futuro limpio, que no se vea en él más dolor. ¿Lo harías?

Asentí sin dudar.

Muchas más noches de las que puedo recordar pensé en ello. Con ella dormida a mi lado, abrazada a mi cuerpo. Pero siempre parecía tan imposible, y sabía que el momento de separarnos llegaría por mucho que lo postergué causando en su mente daños que nunca podría reparar, dejando recuerdos que la perseguirían por años. En aquel momento me sentí egoísta, sin embargo, no podía imaginarme sin sus besos, sin sus sonrisas, sin sus caricias, sin las peleas y su manera incasable. La compenetración absoluta llegó ese día que además de compartir nuestros sentimientos, compartimos nuestros cuerpos, nuestros seres. ¿Cómo dejarla? Tanto lo pensé y en ese momento sentía que la vida se burlaba de mí.

—Pero eso es casi imposible, soy lo que soy.

—Sí, eres lo que eres, pero no lo que te has visto obligado a hacer, y ahora mismo estás en un momento de coyuntura. Puedes elegir acabar con esto que los aqueja, porque te ayudaré a que la puedas volver a ver, o hundirte más, porque de regreso a las calles, eso sucederá, el hambre rompe cualquier voluntad, creo que lo sabes —las palabras de ese hombre surtieron el efecto deseado.

—De acuerdo... —acepté al fin.

—Bien, ahora descansa, nosotros tenemos cosas que hacer. —Germán abrió la puerta, con su mujer al lado, se detuvo.

—Y, Yerik, hay que aprender a recibir lo bueno también.

—Esperen... —se detuvieron, ambos me miraron—. ¿A dónde iré? ¿Qué es lo que

tienen pensado? Trabajaré, buscaré algo en cuanto salga —prometí al borde del colapso. Soltar el control no es lo mío, simplemente no lo tolero, es mi seguridad—. Necesito saber qué tienen en mente.

Frida sonrió negando.

—Yerik, estás en buenas manos.

—No es eso, pero soy mayor de edad, no un niño.

—Irás a nuestra casa, hay suficiente espacio. Ahora mismo no hemos pensado más salvo en hacer averiguaciones y tú no estás del todo bien, debes ir con calma.

—¿Su casa?

—Es grande, tranquilo, hablaremos de todo una vez que estés fuera, ¿bien?

—Lo lamento, pero no puedo ir así, sin más.

—Yerik, ¿qué quieres escuchar? —indagó el hombre, cruzándose de brazos.

Podía escucharme muy necio, quizá patético y poco agradecido pero la realidad es que no era su obligación, no podía permitir eso, sería abuso, ceder mi vida y eso ya lo estaba haciendo, pero no lo haría del todo.

—Que podré pagarles todo lo que gasten. Este hospital debe costar una fortuna.

—Bien, si eso te hace sentir cómodo, lo revisaremos. ¿De acuerdo?

Resoplé vencido. Todo con tal de verla nuevamente. Mi orgullo debía esperar, mi independencia hasta cierto punto.

Horas después el médico entró. Me hicieron varios estudios, muestras y demás. Al final lo de mi cabeza los tenía en alerta ya que yo no había despertado pese a estar recuperado. Al parecer, explicó él al descartar todo, yo me evadí, de alguna manera no deseaba despertar y eso tampoco era tan alentador, sin embargo, tenía que ver con mi mente, no con mi cerebro.

Pasé el día sopesándolo todo. No tenía más que aceptar su ayuda, si quería recuperarla, si quería que las cosas fuesen diferentes. Si existía una posibilidad, no me la negaría, no por mí, sino por Zinnia, por los niños. Necesitaba estar bien, salir de esto si era posible que ocurriera.

Por la tarde llegó Frida, sonriente.

—¿Cómo va todo? Dicen que te portas bien.

Confirmé sin responderle, estaba de pie, a un lado de la ventana, observando los autos pasar, perdido en cada momento de mi vida anterior, de lo que a su lado viví. Intentaba acomodar lo de mi amigo, lo cierto era que no lograba dejarlo ir, asimilar su ausencia, todo era ya tan diferente y no tenía idea de cuál de todas las decisiones me había llevado a ese punto.

Cuando se crece de esa manera, cuando descubres que quien debía darte seguridad, amor, incondicionalidad, no quiso hacerlo, algo se rompe en el interior, hay un vacío que crece y crece, que va consumiendo como si fuese una marea negra cada fibra del cuerpo, del alma.

Es necesario pertenecer, sentir que para alguien eres vital, importante, eso da personalidad, carácter, sueños y genera por lo mismo posibilidades.

Yo encontré eso en Zinnia, ella en mí, pero no fue el caso de muchos en ese lugar,

de otros tantos que conocía.

Clemente nunca pretendió ser más de lo que era, para él las cosas así iban bien, no veía su vida más allá del día siguiente, de lo que ocurriera con esos chicos, de sus ganas de ayudar, pero no porque pensara que había una posibilidad, sino porque ese era lo que ocurría en el momento, la realidad de su día, de sus horas.

Siempre me dijo que no lograba verse más allá de lo que era en ese instante, que sus aspiraciones radicaban en tener una mujer en la cama, que no golpeasen a los chicos, que nosotros estuviéramos bien.

Intenté, de muchas maneras, que lo viera de otra forma, pero nunca logré nada.

—Tú la tienes a ella, tu brújula, yo no, yo existo, patán, solo eso —decía con indiferencia, en algunas de nuestras conversaciones.

—No se puede reducir a esto la vida, idiota, no es posible —argumenté con acidez.

Le dio una calada a su cigarrillo, ese que fumaba cuando Zinnia o los niños no lo veían; sabía que ella era capaz de quitárselo de un jalón, ya lo había hecho, furiosa, alegando que no se cuidaba, que debía ver por su salud, que no estaba bien y que olía a rayos. Clemente, como solía, se rio en su cara. Colibrí, reactiva como es, le dio un gran empujón.

Después de aquella vez cuando se enteró de que nos drogamos, se tornó mucho más aprensiva, y lo cierto era que sabía, porque lo conocía, que la preocupación que ella le profesaba le agradaba, de alguna manera lo hacía sentir bien. Ambos eran como perros y gatos, desde niños había que separarlos, pero nunca dudé que se querían de una manera limpia, sin pretensiones.

—¿Ves que pueda ser de otra manera? Yo no, al contrario, cada día que pasa nos hundimos más gracias a esas aves de rapiña. Patán, la vida para cada persona es diferente, los destinos también, este es el mío, no hay más...

—Sé que lo hay —declaré convencido.

Me observó serio.

—Puede que para ustedes lo haya, ella siempre te ha dado esa esperanza que para los demás no existe, por eso están tan unidos, por eso lo que hay entre ustedes es tan fuerte, porque les da fe, pero no es mi caso, jamás lo será.

—Eres un puto fatalista, patán —refuté.

Negó riendo con cinismo.

—El que lee esos libros estúpidos eres tú, no yo, soy realista... Solo eso...

De vuelta a aquella habitación cerré los ojos, negando con frustración.

—¿Recuerdos? —su voz me hizo volver, la miré un tanto aturdido. Asentí de nuevo, con la piel cosquilleando. Sacaba algo de unas bolsas que llevaba en la mano. Ropa—. Yo también me refugio en ellos, a veces me ayuda, otras, me lastima... —confesó.

Continué sin hablar. No suelo ser muy comunicativo, solo si es necesario y con ellos ya había hablado más de lo que alguna vez pensé hablar con un extraño.

Me recargué en el muro contiguo, no me agradaba estar con esa bata, la aferré por

detrás y esperé para comprender lo que hacía. Colocó las cosas sobre el sofá que estaba en una esquina. Notó mi actitud, rio negando.

—Te traje esto, espero te quede. Imagino que no deseas salir con esa bata del hospital mañana. Son incómodas —tomó una de las prendas—. Hace calor ahora afuera, aquí es muy caliente. Te traje estas bermudas, dos camisetas que espero que te queden. Eres muy alto. Además, un poco de ropa interior y esos tenis, tomé prestado uno de ese par con el que venías, pero está lleno de sangre... En fin, artículos de limpieza; he vivido entre hombres, sé lo que usan. Ah, y este pantaloncillo de dormir, imagino que añoras cubrirte —adivinó.

Eso último casi logra que sonría, me contuve.

—No era necesario...

—Solo "gracias", Yerik, nada más.

Bajé la mirada apretando los puños, respirando de forma extraña, eso se sentía tan raro.

—Gracias —musité desviando la vista hasta un punto sobre su cabeza.

—No te sientas incómodo, no es nada. Puedo hacerlo, quiero hacerlo. ¿Te molesta? —preguntó con suavidad.

Negué encarándola, aturdido, pero circunspecto.

—No es algo a lo que esté habituado. Lamento si soy grosero —me disculpé apretando los labios.

Le restó importancia con la mano, pero examinándome.

—Es de llamar la atención tus buenos modales, tu manera de expresarte —musitó meditabunda.

No supe qué responder a eso, aunque no era la primera persona que me lo decía, incluso yo le mostraba las maneras correctas a Zinnia, o a los chicos. Uno de mis profesores me dijo que era debido a tanto que leía, otro se lo atañía a esa capacidad intelectual que insistía tenía por encima de la norma, cosa que me demostraron con exámenes y evaluaciones, aun así, yo no le creía una mierda. Lo cierto es que sí, el haberme criado en las calles de cierta forma, bajo el yugo recalcitrante y vulgar de los cuervos, no logró que me convirtiera en eso y me agradaba.

La señora Frida sonrió sacudiendo su cabeza.

—Anda, date una ducha, ya veo que te quitaron el suero, pruébate las cosas a ver si te quedan, seguro te sentirás mejor una vez que el drenaje se lleve esos pensamientos —me alentó.

La observé salir, en silencio, un segundo después miré la ropa.

No sabía cómo actuar.

Me acerqué lentamente, tomé una camiseta... era nueva, me la llevé a la nariz, olía a esas tiendas por las que solía solo pasar por fuera. No tenía idea si era de mi talla, pero sí que nunca había tenido ni de cerca cosas como esas. Me sentía expuesto, atemorizado también; la suerte no existía, pero si fuera así, la mía cada vez que mejoraba, al minuto siguiente empeoraba y ya no deseaba un golpe más.

Sin remedio, y ansioso por dejar ese atuendo que llevaba, tomé algunas de las cosas y entré al baño. Debía pensar con frialdad, nada más.

Y decidió, la verdad no es sencillo soltar de esa manera pero no tiene más opciones, no que los ayude. Clemente en él estará muy presente, siempre y es evidente que no superará eso con facilidad tampoco. Sus miedos, su inseguridad, el caparazón que hasta ahora nota que creó. En las líneas vienen muchas respuestas de él; su educación, su cabeza, su personalidad, su frialdad. Ya pronto llegamos al reencuentro. ¡Gracias por seguir aquí, por sus lindos comentarios y por darle su voto!



Todo me quedó bien, no tenía idea de cómo supo mi talla, pero no sobraba tela.

Ella, minutos después, entró. La felicidad que le dio verme enfundando en la ropa que trajo, no la pudo esconder.

—¡Vaya! Te quedó perfecto. Eres grande, y eso que estás delgado por estas semanas —musitó para sí. Enarqué una ceja, nervioso por su entusiasmo—. Eres tan serio —rio divertida—. No importa. La verdad se te ve bien, debes sentirte más cómodo, ¿no?

—Sí, gracias.

—Ya te dije que no es nada. Anda, siéntate, debo decirte unas cosas.

Obedecí, mientras ella se acomodaba sobre el sofá.

—Bien, ya contratamos un investigador. Tenemos que hacer muchas averiguaciones, por ahora la parte legal no podemos saberla, pero no te preocupes, mi marido y yo, como ya te dije, somos abogados, aunque yo no ejerzo desde hace un tiempo, sin embargo, haremos todo lo que esté a nuestro alcance. El bufete que tenemos nos facilitará el trabajo, contamos con uno de los mejores abogados penalistas del país, si hay posibilidades para ti, él lo logrará sin problemas. Ya dimos tu nombre, las averiguaciones de todo tipo comenzarán desde

mañana. Solo necesito que me des datos, nombres, direcciones. ¿Puedes? Eso facilitará las cosas –hablaba con fluidez, dueña de la situación, serena.

Estaba estupefacto, pero asentí con seguridad.

—Sí, qué desea que le diga –pregunté.

Después de casi una hora en la que ella anotó lo que le relataba, asintió seria, con otra envergadura, con una de mirada cargada de eficiencia.

—Bien, con esto será suficiente, ya se los haré llegar. Iré por Manuel -el médico- para que ya te dejen ir.

—Señora... —la llamé serio.

—Frida –me corrigió. Negué sin dudar.

—No, no puedo –admití con firmeza. Asintió de pie, cruzándose de brazos, esperando—. Hoy mismo buscaré un trabajo, si logro dar con un sitio para dormir...

—Te encontré sin nada, ni una sola pertenecía. Sé quién eres por ti, ¿lo recuerdas? Ya acondicionamos un cuarto en la planta baja, no te preocupes por ello. Además, por ahora, una semana más, deberás llevarlo con calma. No es probable que puedas salir a buscar nada, eso nos dará tiempo para conocernos un poco más.

—Acepto su ayuda, pero no más, sería un abuso.

—Debes descansar, reponerte... Habrá reglas y quizá allá puedas ayudarnos en algo, siempre hay tanto que hacer. Tranquilo, ya te dije, suelta el cuerpo, Yerik –me pidió.

Torcí los labios, no me agradaba, sin embargo, no tenía muchas opciones en ese momento, en realidad ninguna que me permitiera verla de nuevo y realmente tener acceso a ella. Asentí serio, mirándola fijamente para ver si existía duda.

—¿No temen que todo lo que le dije sea mentira, que esté loco y pretenda hacerles daño? –argumenté como último recurso. Su sonrisa me desconcertó.

—Si eso fuera lo que pretendes, no me lo estarías preguntando ahora... He trabajado años con personas, por lo mismo he aprendido a interpretarlas, y tú, pese a que tu postura, esa mirada, esa manera de moverte, podría infundir temor a cualquiera, advertencia, para mí no es más que una coraza que has fabricado para sobrevivir a todo eso que nos contaste ayer. Así que no, no temo que te conviertas hoy en un asesino serial, eres lo suficientemente inteligente, porque se nota, como para no desperdiciar la oportunidad, más aún, si con eso recuperas a esa chica por la que parece respiras.

Las palabras quedaron atascadas en mi garganta, no había ya más argumentos. Qué fuera lo que la vida quisiera, Zinnia era lo primero.

Una camioneta último modelo, sobria y elegante, aguardaba en la entrada del hospital donde pasé dos semanas. Nos subimos en la parte trasera pues para mi sorpresa, la conducía un chofer que parecía lo conocían de mucho tiempo y que no me quitaba los ojos de encima; me escrutaba.

No podía culparlo, si sabía algo debía estar pensando que la señora Frida había perdido la cabeza, y probablemente era así, quizá la pérdida de su hijo la dejó en ese estado. No obstante, su marido no podía estar sufriendo de lo mismo así que no entendía una mierda de todo aquello, solo esperaba que no me estuviera de nuevo equivocando y que por confiado arriesgara

más de lo que ya.

Serpenteamos por aquellas calles ajenas a mí, sin decir nada. Ella parecía tener la intención de respetar mi mutismo, y yo, no podía dejar de pensar en todo lo ocurrido, en el pozo sin fondo en el que me hallaba, en sus ojos color humo rogándome respuestas y yo... yo creyendo que si se las daba no la podría poner a salvo. Estropeé todo y no tenía idea de hasta qué punto.

Llegamos minutos después. Vivían dentro de un fraccionamiento lujoso, con muchísimas casas gigantescas. El chofer se aparcó frente a una que estaba al fondo de una calle cerrada. Bajé abriendo los ojos, asombrado, era inmensa, aunque no tanto como la del tío de Zinnia, aun así, impactante.

—Pasa... —me invitó Frida, con un gesto elocuente.

Anduve por aquel camino de piedra que estaba rodeado de flores y césped impecable.

—Bienvenido, Yerik.

Alcé el rostro, Germán apareció de pronto, con actitud jovial, aun así, llena de seguridad.

—Gracias, señor —dije nervioso.

El hombre rio al tiempo que le daba un beso en la mejilla a su esposa y esta pasaba de él para adentrarse en la casa.

—No lo harás cambiar de opinión, mejor muéstrale donde dormirá... Pediré que nos preparen algo de cenar —le explicó divertida. Me guiñó un ojo e ingresó.

El hombre avanzó hasta mí, negando.

—Entiendo tu postura, de estar en tu lugar creo que me comportaría igual, así que no te preocupes, las cosas se irán dando... Por ahora no podrás hacer mucho y tienes que comprenderlo, mañana vendrán los abogados que llevan tu situación desde ayer por la tarde para conversar contigo, creo que no hay muy buenas noticias, debes estar preparado.

—Lo estoy, pero la verdad desearía ir a buscar a Zinnia.

—No, no lo harás —zanjó.

Fruncí el ceño, molesto.

Sonrió relajándose, colocando una mano sobre mi hombro lastimado.

—Estás en recuperación, primer punto. Segundo, debemos rescatar todos los documentos que te identifican, ¿comprendes? Después, averiguar tu situación legal, por otro lado, debemos saber si esos hombres con los que trabajabas no te buscan, y, por si fuera poco, la familia Brea es poderosa, Yerik, pensaremos bien cómo acercarnos, pero hasta no saber bien todo, el mejor lugar para ti es este, y para ella, es ahí —concluyó.

Cerré uno de mis puños.

—Pueden estarla maltratando, yo la metí en eso.

—Ese tipo no la dañará, su imagen va de por medio, tranquilo... De alguna manera eso la mantiene lejos de lo que ahora desconocemos. Espera, solo eso. ¿Sí? —pidió conciliador.

Me pasé la mano por el cabello, frotándolo con rabia. Lo que ese hombre decía era aberrantemente real, pero dolía no poder hacer nada. ¡Carajo!

La casa por dentro no era menos impresionante que por fuera, sin embargo, había algo en ella que me hacía sentir tranquilo. Una recámara en la planta baja con entrada independiente, pero que se hallaba dentro del lugar, fue mi habitación. Escondí, como suelo, mi asombro. Era espaciosa, iluminada, con una cama grande, muebles de madera que debían valer una fortuna, aire acondicionado, un televisor última generación, un baño amplio y a su lado, un vestidor vacío.

—Ese lugar suele ocupar el padre de Frida cuando viene, fue construido para él, vive en San Francisco, es un hombre especial y le gusta dar y obtener intimidad, así que estarás bien aquí. Acomoda lo que mi mujer te compró donde desees, el espacio está a tu disposición, mañana te proporcionaremos un poco más de efectos, dejamos en el sanitario lo que podrías necesitar.

—Yo... no sé qué decir —admití turbado, incómodo hasta lo impensable.

El hombre se ubicó frente a mí, cruzando sus brazos sobre el pecho, observándome fijamente. Mediamos lo mismo, quizá yo un poco más, sin embargo, nuestras miradas quedaban a la altura.

—Escucha, Yerik, perder a un hijo no tiene siquiera nombre, la manera en la que nosotros perdimos al nuestro es algo que no deseo ni recordar, pero que para mi desgracia jamás olvidaré y dejó un vacío profundo, uno realmente grande que jamás se llenará con nada. Fallamos en tantas cosas, pero lo amábamos mucho, te lo aseguro. Nuestra vida después de eso, si se le puede llamar así, se consumió... Si tú no apareces de pronto frente a mi esposa, quizá la hubiese perdido, así que de alguna manera tu presencia me ha devuelto algo de lo perdido. No estás en deuda, créeme, y será un placer devolverte o darte una vida, a cambio de lo que, sin pretenderlo, hiciste por Frida.

No supe qué decir.

—Aprovecharé esta oportunidad —acepté con firmeza.

—No te conozco, no sé qué hay en tu cabeza, pero algo me dice que así será... Veremos qué se puede hacer, porque debes saber que estás en las manos adecuadas —me dio una palmada en el hombro y se dirigió a la puerta—. Te avisarán cuando la cena esté servida, espero verte por ahí —y cerró dejándome solo en aquel lugar desconocido.

De inmediato me acerqué a los vidrios corredizos, perdí la vista en el exterior. Un extenso jardín, una piscina y un par de perros corriendo de un lado a otro. Dejé vagar la vista hacia el cielo. El clima era caluroso, ni una sola nube se veía, pero yo solo podía recrear en mi mente una y otra vez todo.

Pronto serían tres semanas de que la dejé en el ese jodido sitio. ¿Qué estaría viviendo? No debía estar aún molesta conmigo, pero al pasar de los días lo estaría, la conocía bien, sin embargo, tenía razón German, no haría ya nada estúpido, no si deseaba recuperarla.

Apreté el colibrí que colgaba sobre mi pecho, con fuerza.

Cerré los ojos, molesto. Cada decisión me había ido llevando a ese momento que al final no había resultado como pensaba. Los niños ahora estaban desprotegidos por completo, y eso me carcomía, sabía el infierno que vivían y temía mucho que vendieran a una de las niñas ahora que no estábamos Clemente y yo.

Enseguida apareció su imagen, negué bajando la vista hasta mis pies ahora calzados por los tenis nuevos. Mi cabello ondulado quedó suspendido sobre mi frente, recordé las veces que me decía que lo cortara, sonreí con tristeza. Había muerto, ya nada lo regresaría, pero si de verdad la vida podía tener otro camino para mí, le demostraría a él, donde fuera que estuviera, que siempre existían las posibilidades y que, por su recuerdo, haría todo lo que estuviera en mis manos para enderezar esa situación en la que nos colocaron sin que lo deseáramos, lo planeáramos, pero que fue nuestra realidad y por la cual ya estábamos pagando.

Por la noche, después de cenar y de que Frida me proporcionara los medicamentos que debía tomar, todos nos fuimos a acostar. Me di una ducha sin fijarme demasiado en nada. La sentía tan adherida a mi piel, a mi respiración, a cada sensación que viajaba por mi cuerpo. No era nuevo, pero sí muy potente. Era la primera noche fuera de ese hospital, por lo tanto, la primera sin ella de manera real.

Me dejé caer en la cama, perdiendo la mirada en el techo, mi brazo sano tras mi cabeza. Recordaba sin problema su manera de acurrucarse a mi lado; se pegaba lentamente, con suavidad, acabando con la distancia que nos separaba, hasta quedar su cabeza sobre mi hombro. Yo, como siempre, absorbía su aroma cerrando por un segundo mis ojos, sabía que en muchas ocasiones no estaba del todo despierta, pero era como si mi cuerpo la llamara en cuanto me acostaba sobre la cama después de trabajar en esa mierda. Zinnia, en ese instante, tornaba blanco lo negro que en mí habitaba. Besaba su coronilla con suavidad, a veces elevaba el rostro adormilado y lo perdía en la cuna de mi cuello, yo me giraba y la encerraba en mis brazos logrando encontrar de esa manera mi paz. En otras, buscaba mis labios, depositaba un dulce beso, pasaba su nariz por mi piel y luego caía profunda. Pero en otras, más de las que podía ya contabilizar, me besaba con ligereza, para de un momento a otro, despertar y así exigir más. Obviamente jamás en mí encontraría una negativa. Amarla era como encontrar el sentido a la vida, como comprender para qué estaba en este mundo, por qué había tenido que vivir todo aquello, y por sus caricias, por su piel contra la mía, sabía, sin dudar, que volvería hacerlo las veces que fuera necesario.

El día siguiente fue extraño, no me sentía a gusto ahí, por lo que buscaba apegarme a lo que me dijeran. Por la mañana llegaron los abogados, dos tipos agradables, dispuestos a escucharlo todo.

De nuevo tuve que recordar mi doloroso pasado, en esta ocasión iban anotando los detalles en un computador. En pocos días recuperarían todos mis papeles, pero lo que sí supimos era que mi nombre había salido a colación en lo respectivo a la muerte de Clemente, al parecer fui el primero en la línea de investigación, pero no parecía que alguien hubiese declarado que estábamos juntos en ese momento, ni tampoco era sospechoso.

Hablar de todo fue exhaustivo, y más aún no saber lo que ocurriría, en qué terreno estaba parado.

Por lo pronto lo mejor era no estar mucho fuera, si me llevaban a declarar, saldría mal y todo a lo que me vi obligado a dedicarme para salvar a las niñas, y a Zinnia, caería sobre mí. Por otro lado, la gente que mató a mi amigo debía estar esperando justamente que apareciera y no podía. Ya estaban tras un par de ellos, al parecer. Hasta ese momento todo eran supuestos no basados en realidad, sino en información extraída bajo sobornos.

Lo que sí llegó rápido fueron mis papeles de la escuela, así como actas de nacimiento y demás cosas personales que me acreditaban. German y Frida se asombraron de mi promedio, no pudieron esconder su curiosidad un par de días después de que hubiese llegado a ese lugar.

Por la noche, después de que ella apareciera con ropa nueva para mí, la cual intenté por todos los medios rechazar, se sentó en el comedor, con su taza de café en la mano, sonriendo y comenzó a preguntarme sobre mis estudios.

—Solo tienes un nueve, tu promedio es perfecto. ¿Cómo es eso? —indagó.

Me encogí de hombros, jugando con el vaso vacío que se hallaba frente a mí.

Ambos me miraban.

—Nunca se me dificultó la escuela —respondí restándole importancia.

—Pude averiguar las calificaciones de Zinnia, ella iba en otro horario —dijo.

En cuanto escuché su nombre me tensé. Cada jodida noche me dormía con su recuerdo, y cuando despertaba, que era frecuente, volvía a evocarla con aprensión, preocupación, miedo.

—También parece que no tenía problemas en la escuela —señaló.

Sonreí negando.

—Es muy inteligente, pero duda de eso —admití recordando como estudiaba de manera dedicaba, sin percatarse de que no era necesario, tenía una retención asombrosa y comprendía todo de inmediato, pero dudaba, siempre lo hacía.

La mujer asintió satisfecha al ver que respondía con algo más que monosílabas, como había estado ocurriendo salvo con los abogados.

—Me alegra que aprovecharan las oportunidades pese a todo lo que ocurría. Lo cierto es que lamentablemente ambos están por perder el semestre... —anunció.

Era consciente de ello.

—Bien, lo importante por ahora son otras cosas, pero deseamos que sepas que, si logramos sacarte de todo esto, nos gustaría apoyarte en tus estudios futuros.

Abrí los ojos negando.

—No es necesario, no lo puedo aceptar, ya es un exceso —argumenté enseguida.

Ella rio como solía.

—Tengo tanta curiosidad de ver cómo te comportas con esa chica, eres tan serio, impenetrable, Yerik, sin embargo, algo me dice que, respecto a ella, todo es diferente —lucía soñadora.

—Ella... me conecta a la vida, señora —admití sosteniéndole la mirada.

Su gesto se suavizó aún más, incluso se tornó dulce.

—Es fuerte esa aseveración, Yerik —expuso Germán, recargado en uno de los muros, escuchando todo.

—Pero es real.

—Me gusta cómo te expresas cuando se trata de ella, algo cambia en ti, se suaviza.

Los días pasaron, yo me sentía definitivamente mejor de salud, más fuerte y salvo el brazo que no me dejaba hacer mucho, mi cuerpo ya era el que solía.

Descubrí enseguida que, como mencionó la señora Frida, ya no se dedicaba del todo a la abogacía. Por las mañanas salía a lugares de asistencia pública, repartía víveres, ayudaba a los más necesitados. En cuanto me enteré, dos días después de mi llegada, me ofrecí a ayudarla, aceptó entusiasmada.

Eran sitios realmente carentes de todo. Visitamos algunos orfanatos y casa hogares, pude percatarme con tan solo entrar del tipo de vida que ahí tenían. Mi piel se erizaba y me sentía un hipócrita por estar ahí. Sin embargo, no podía hacer mucho, mi futuro pendía de hilos, lo sentía, era consciente de ello.

Por las tardes iba a un lugar donde se recibían las donaciones, que ella administraba, me presentó sin mucho aspaviento, ayudaba también en el área jurídica y de vez en cuando en su bufete llevaba algún caso que le parecía atractivo.

Conociéndola por la convivencia me percaté de sus silencios, que a mi lado no se notaban pues yo poco o casi nada hablaba, y eso parecía hacerla sentir a gusto, al igual que a mí.

Lo cierto es que cada día era más pesado que el anterior y no me refiero a la carga de quehaceres, eso no era nada para lo que yo estaba acostumbrado, pero ayudarla en algo como aquello, o en lo que fuera en realidad, me parecía la mejor forma de retribuir a lo que estaban haciendo por mí. Lo que realmente me sumergía era no saber de Zinnia, no tener ni un poco de acercamiento a ella.

La soñaba por las noches, despertaba bañado en sudor, temblando, la escuchaba llamarme, una y otra vez, podía incluso sentir su estado de ánimo; gris, taciturno, ensimismado, no tan diferente al mío, y quizá era solo el reflejo de mí.

Durante las primeras dos semanas, hubo dos noches donde sin poder evitarlo me desperté gritando y es que evocaba ese momento funesto cuando mi amigo perdió la vida. En aquel instante me tragué todas las emociones, algo común en mí, pero en sueños corría a auxiliarlo, intentaba cambiar su destino y, aun así, jamás llegaba a tiempo y el disparo traspasaba su cabeza.

German tocó en ambas ocasiones, yo tardaba en reaccionar, pero abría disculpándome. Él se mostraba comprensivo, por su mirada noté que sabía la razón de mis exabruptos inconscientes.

Dos semanas después me retiraron el cabestrillo, me dijeron cómo ejercitar el músculo para que volviera a su habitual movimiento. Justo ese día por la tarde se enteraron gracias a personas que tenían dentro del ministerio público donde se gestaba mi caso en la Ciudad de México, que me estaban buscando esos hombres, pero que hasta ese momento no tenían idea de mi paradero.

La noticia me cayó de peso, sin embargo, lo esperaba. A las autoridades les interesaba detenerlos, pero algo se entretejía ahí que sería difícil desenmarañar.

Por otro lado, estaban recabando información sobre las mujeres de la casa hogar, lentamente iban enterándose de cosas, aunque no todas me las decían. Solo sabía que aún seguían ahí los niños y eso me llenó de cierto alivio, aunque no del todo.

De Zinnia, nada. No deseaban por ahora acercarse mucho a ese territorio, no hasta saber qué sucedería conmigo.

Más de una vez pensé en escaparme, en salir simplemente por ella e irnos lejos, pero no era posible, mi vida estaba tan llena de fango que la arrastraría y paradójicamente ahí estaba realmente a salvo, o eso esperaba.

Un mes sin verla, sin tocarla, sin escucharla.

Cuando estuve restablecido Frida se empeñó en que tomara clases de computación. Yo tenía nociones de lo básico, pero eso no la complació, me dijo que me daría trabajo, con paga, si aceptaba, porque la ayuda que recibía a diario en sus diligencias para ella era como si yo estuviese cubriendo mi cuota diaria de alquiler y demás. No había manera de convencerla.

Germán trabajaba bastante, y todo lo concerniente a mi caso parecía apasionarle. Nos llevábamos bien, yo era prudente, respetuoso y silencioso. Las personas que ahí trabajaban no tenían problemas al relacionarse conmigo porque de inmediato me mostré atento, dejando claro que éramos iguales.

Un mes después de salir del hospital ya yo estaba desesperado, cada noche era peor, que la anterior, mi interior se extinguía, dolía, me quemaba. Sentado en la orilla de la cama, cada mañana me aferraba la cabeza ahogando el grito de ansiedad, de temor de todo lo que me generaba no saber nada de ella, del motivo de mis horas en este jodido mundo. Me limpiaba, en más de una ocasión, las lágrimas.

—Yerik, debemos hablar.

Acabábamos de cenar. La comida ahí era deliciosa, pero me era imposible ingerirla sin culpa, sin sentir el hambre que muchos experimentaban, la falta de variedad que seguramente los niños vivían día a día y que yo por suerte, ingería. Rogaba cada maldito instante que estuviesen bien, sanos, ahí; juntos.

—Sí, señor.

Él rio negando, ya había perdido la esperanza de que le hablará de tú, como me exigía a diario.

—Las cosas se están enredando, un caso fuerte y de enormes repercusiones se está mostrando tras todo esto... Debes saber que, por un lado, está la parte legal que no te beneficia por ahora pues los integrantes de la banda donde trabajabas aún no caen, y he ahí el asunto, no creo que caigan fácilmente. Gente poderosa está tras ellos. Estamos hablando de una red de traficantes no solo de drogas, si no de personas. Ellos al parecer tienen trato con gente de instituciones gubernamentales que manejan algunas de las casas hogares, entre esas, donde creciste. Si logramos desmotar todo esto, tú saldrás limpio, pero en este país se es culpable hasta que se demuestre lo contrario. Así que hemos pensado en algunas soluciones mientras se resuelve y de esa forma evitamos que te coloquen en medio del campo de batalla que será esto. ¿Soy claro?

Confirmé apretando los puños con firmeza y resolución.

—Bien... entonces en cuanto sepa lo que haremos, te lo informaré. Mientras tanto continúa como hasta ahora. Estamos avanzando.

—¿Zinnia se verá implicada de alguna forma? —deseé saber, un poco alterado.

Me miró fijamente, serio.

—Hasta ahora no.

—Haré lo que sea con tal de que eso no pase —declaré.

Entornó los ojos, evaluándome.

—Bien, lo tendré en cuenta, muchacho.

—Lamento tanto que estuvieras en medio de tanta inmundicia, Yerik —murmuró Frida, afligida, agobiada también.

—Siempre se puede estar peor —aseguré con voz firme.

Ese pensamiento era el que me había ayudado a enfrentar lo que fuera, y aunque en esta ocasión todo parecía desproporcionado, ellos me estaban ayudando, de no tenerlos, de Germán no estar verdaderamente interesado en todo aquello, quizá para esas alturas ya estuviera detenido y Zinnia también, o peor, teniendo un final como el de mi mejor amigo.

Cómo ven las cosas son más complicadas de lo que pensamos, muchísimas cosas en juego, está delicado pero lo está intentado enfrentar con temple. Frida y Germán sienten que le deben a él. Ya descubrieron calificaciones, él ya descubrió lo que ella hace en su tiempo; es magia lo que lo está rodeando y está listo para recibirlo. Zinn y Yek se verán ya el siguiente capítulo, y con eso termina su parte. Era importante detenernos en esto pues las cosas de aquí vuelven a cambiar para ambos. ¡gracias por sus asombrosos comentarios, me declaro fan de eso que opinan tan lleno de pensamientos bellos, gracias por votar!

-¿Qué creen que sucederá en ese reencuentro? :O -



Más semanas pasaban y yo ya no lograba estar en paz, los sueños no se alejaban y cada vez más cosas iban saliendo, información que beneficiaba y me perjudicaba a la vez.

Me mantenía ocupado, ayudando en todo lo que me fuera posible, y más. No me daba tregua por mucho que ellos me lo pedían, pero es que cuando estaba en calma, todos los recuerdos, los momentos, el dolor, su voz, su tacto, todo aparecía para crear una extraña explosión de vacíos que dolía mucho más que cada golpe recibido a lo largo de mi vida.

Por lo mismo despertaba muy temprano, cooperaba en cosas de la casa, atendía aquellos canes de los que me había hecho amigo a los pocos días de llegar, vaciaba información en el ordenador acerca del centro de acopio que manejaba Frida. En poco tiempo comencé a manejar los programas, a familiarizarme, a estar al tanto de todo por lo que incluso ya respondía emails, o yo llevaba cosas a los albergues en el auto disponible para ello.

No paraba y, aun así, me quemaba.

Por las noches, después de cenar, me perdía, o eso intentaba, en los libros que un día Germán llevó.

Al parecer su esposa le había hablado de mi afición por ellos ya que una tarde, al acompañarla a una de sus diligencias, se detuvo en un centro comercial con pocos locales. Entró a una librería y fue la única ocasión en la que me adentré, perdiéndome fascinado en aquel lugar. La mujer y yo duramos varias horas ahí sin hablar, ella ojeaba lo que le interesaba y yo me perdía entre tanta opción.

Cuando estábamos por irnos se acercó y comenzó a preguntarme sobre autores, mis gustos. Fue unas de las veces que con mayor soltura pude conversar. Así que una noche aparecieron varios libros sobre una de las mesas de mi habitación.

Al día siguiente supe que había sido él. La vergüenza, como siempre, me embargó y se los hice saber con la intención de pagárselos en cuanto pudiera, fue ahí cuando comprendí las palabras de Germán respecto a su esposa el día que llegué.

—Yerik, ya llevas un mes aquí, tu conducta es intachable, eres asombrosamente educado, acomedido, y sé que en gran parte es porque te sientes en deuda con nosotros, pero debes saber que no es así —expresó ella, de pie en el despacho donde solía poner en orden su agenda, su marido también estaba ahí, ambos me miraban—. El día que te encontré, yo había decidido dejar a Germán, no porque no lo amara —y se observaron significativamente—. Sino porque estaba hundida, sin ganas de nada, yo... ya no encontraba un motivo, me sentía enterrada en una tiniebla espesa de la que no deseaba salir por la culpa de lo ocurrido a mi hijo. Las maletas ya se hallaban en mi auto, iba sola, pero de pronto te vi, ahí, en aquella acera. Mi pasado, lo que permití, todo llegó y comprendí de alguna manera que la vida me estaba dando una nueva oportunidad, que quizá podía resarcir lo que había dejado de hacer por Mauricio, mi niño. Desde que apareciste, decidí de nuevo aferrarme a la vida, y al escuchar tu historia, comprendí que tenía la obligación de hacerlo pese al dolor que siempre traeré a cuesta, que hay luces en la tiniebla y me aferré a eso.

Germán no dejaba de verla, la devoción de su mirada decía todo. Ese hombre amaba a esa mujer, y se sentía en deuda conmigo por habérsela devuelto pese a que no fue mi intención.

—Así que ya lo sabes, toma lo que te damos, con eso nos sentiremos remunerados, y quizá, cuando sonrías un poco —admitió.

Bajé la vista hasta los compendios que llevaba en mis manos.

—Tranquilo, estás haciendo bien. Después de todo nos asombra y debo decirlo, tu forma de ser, pese a crecer rodeado de todo aquello... Los educaron, eso no se cuestiona, aunque soy consciente de que las formas fueron violentas porque eres un chico tan ensimismado, que sabe esconder cualquier emoción a la perfección.

—Gracias por todo esto —y me atreví a encararlos. Ya estaban uno al lado del otro, con sus manos enredadas.

—Ya sabes, aquí ha sido de ida y vuelta.

Casi tres meses de que nos separáramos. Las cosas en el caso se estaban complicando, por lo mismo ya no sabía qué era lo mejor y la solución que me proponían no podía tomarla sin ella al lado.

Conocía dónde vivía Zinnia, incluso, en un par de ocasiones pasé por fuera de la casa, pero si me acercaba, qué podría hacer, cómo la sacaría de ahí, eso sin contar que me golpearían y no tendría probablemente la suerte que tuve, y ni qué decir en la situación legal que al parecer me vería envuelto ya muy pronto.

Me frenaba a unos metros, aferrando el volante con rabia, apretando la quijada hasta que dolía, sintiendo un peso en pecho tan fuerte como si una piedra lo estuviese machacando con la única intención de herirme más, como si eso fuera posible. No era sin ella, no podía sin ella, no me sentía completo sin ella. Arrancaba a los minutos frustrado, lleno de impotencia.

Esa mañana yo ya no podía más, y se los dije. Iría a buscarla, necesitaba saber que estaba bien. Se opusieron, como era de esperarse, sus fuerzas habían estado en aquel monstruoso caso que de ser llevado como pretendían, haría rodar varias cabezas.

—No, Yerik, arruinarás todo... Compréndelo... —intentó hacerme ver Frida, seria.

—Ella debe saber que no la he olvidado, qué fue lo que ocurrió, que no la quise dejar ahí por abandonarla. Ya no puedo, no puedo —argumenté al borde del desespero.

—Si vas, te pueden lastimar de nuevo, a ella también. Danos tiempo, por favor, unos meses.

—Ya son tres que no la veo, ¿imagina todo lo que debe estar pensando de mí? La conozco y ahora mismo ya debe estar empezando a odiarme, aunque no lo desee. No puedo con eso.

—Pondré a alguien ello, desde el lunes harán averiguaciones, ¿eso te tranquiliza? —ofreció.

No pude responder, me sentía atado, como un niño castigado, pero no podía ser malagradecido, mucho menos poner todo en peligro.

—Yerik, tú en todo esto eres la punta del iceberg, jamás imaginamos que al escarbar un poco en lo que nos narraste, diéramos con esto. Ya no se trata de ti, sino de muchos chicos más, de mezquindad, de intereses. Por favor aguarda, debes mantener un perfil bajo.

—No puedo hacer lo que me piden sin hablarlo con ella, no lo haré... Aunque eso implique salvarme —advertí sin dudarle, pese a sonar caprichoso.

En ese momento lo que en realidad deseaba era irme de aquel lugar, entrar a esa maldita casa, sacarla y huir con ella y así entre los dos forjar un futuro lejos de esas jodidas cosas que nos rodeaban. Pero ese sería un acto absolutamente irresponsable, hormonal y adolescente, y yo no podía darme el lujo de actuar como tal, ni por Colibrí, ni por los niños, ni por mí.

Ella asintió sin mostrar ninguna expresión.

Por la tarde, cuando regresaba de llevar unas cosas que me pidió a uno de los orfanatos que ayudaba, noté que estaban encerrados en el despacho. Toqué como solía para decirle que todo había ido bien. La puerta se abrió, German me hizo pasar, sonriendo como siempre, parecía que me esperaban.

Entré intrigado. Algo iba diferente, de pronto una mujer atractiva, finamente ataviada, alta, llamó mi atención por un segundo. Frida se acercó a mí, sonriendo mientras la visita me inspeccionaba sin limitarse.

—Yerik, ella es Elina, la tía de Zinnia —comentó alegre.

Abrí los ojos de par en par, todo a mi alrededor se detuvo.

—Hola, creí que eras un fantasma y me alegra que no sea así —me saludó poniéndose de pie. Le di la mano de inmediato, aturdido. Sonrió notando mi actitud—. Antes de llevarte con ella, quisiera que hablemos de varias cosas...

—¿Con ella? —logré decir sin dar crédito, sintiendo la euforia, el alivio y miles de emociones emerger desde un sitio desconocido.

—Sí —se acercó, intrigada, pero sonriendo con satisfacción—. Con ella. He venido a ayudarte, a ayudarlos —declaró con convicción.

Miré a los dueños de la casa, asombrado.

—Zinnia está muy bien, te extraña tanto como tú a ella. Te contaré todo, ¿de acuerdo?

—¿Dónde está? —La interrumpí con urgencia. Germán apretó mi hombro, notando mi ansiedad.

—Son chicos con suerte, escúchala, los sacaremos de esto, y la verás muy pronto... Siéntate, Yerik, hablemos, ¿sí?

Zinnia estaba bien, la vería y para mí nada era más importante que eso. El mundo podía estallar en millones de partículas y yo solo podía pesar que la volvería a tener cerca, que me perdería en su esencia, que me regresaría el alma.

Esa noche no dormí prácticamente, ahogado en su recuerdo despertaba de ese sueño inconstante. Sentía su calor inundar mis sentidos, su voz susurrándome con suavidad, su aliento acariciando mi piel. La ansiaba, la llamaba. Me rendí en la madrugada. Con la cabeza entre mis manos intenté tranquilizarme.

—Te amo... te amo... Juro que te amo —susurré con agobio, con intensidad.

La ansiedad me acompañó durante todo el vuelo, tanto que no me fijé en el hecho de que me subía a un avión por primera vez en mi vida. Yo solo podía pensar en sus ojos, en su mirada, en su voz. Tenía muy claro con qué me enfrentaría, la conocía mejor que a mí mismo, y por lo que me dijo su tía, que no fue mucho respecto a ella, mi Colibrí estaba sumergida en ese limbo en el que yo también me encontraba y conocía tan bien.

El calor era sofocante, Zinnia estaba viviendo en la playa, con su abuelo materno desde hacía ya varias semanas. Me interesaba una mierda todo menos el hecho de que la vería.

Al llegar a aquella casa donde ella residía nos recibió un señor mayor, pero que de inmediato supe quién era; su abuelo, esos ojos eran inconfundibles. Al verme no escondió su asombro. Me tendió la mano con actitud amistosa, apretando con fuerza, sonriendo.

—¡Vaya! Al fin te conozco, muchacho —expresó con elocuencia. El que lo dijera me alegró sin poder evitarlo—. Creí que serías no sé, menos grande —admitió sin soltarme, mientras los demás aguardaban a mi lado, relajados, riendo por su comentario.

—Gracias, señor, también me alegra conocerlo, tiene el mismo color de ojos —dije. Sonrió complacido ante mis palabras. Soltó mi mano, pero no la mirada.

—Así es, es la única que lo heredó. Mi nieta te ha echado mucho de menos, ¿sabes? Quisiera comprender qué es lo que los conecta.

—Yo también —admitió Frida observando la escena.

—Anda, ve, ella está por allá, afuera... Sigue derecho por ahí y la encontrarás. No quise decirle nada, no sabe que estás aquí —me informó.

Respiré hondo, cerrando los puños con fuerza, preparándome para el momento que vendría, para el impacto que sabía tendría en mi sistema su cercanía.

Los cuatro me miraron, aguardando.

—Anda, aquí estaremos, hay cosas por hablar. Ve —me alentó Germán al percibir mi nerviosísimo.

Sin pensarlo más me encaminé rumbo a lo único por lo que respiro. Anduve tenso por donde se me indicó, con la sangre bullendo, con la piel cosquilleando, con las sensaciones expuestas.

Afuera, sentada en aquella barda de piedra, con la mirada perdida en el horizonte, vestida con colores claros, estaba mi vida, todo lo que me importaba en este mundo.

Mi corazón sufrió una fuerte embestida.

La vi. La vi y al fin sentí ese alivio perdido. Estaba bien, más que eso, lucía hermosísima. Su piel siempre blanca se hallaba un tanto bronceada, sus ojos imposiblemente grises, su melena larga, tan negra como el ónix se ondeaba debido al aire que ese lugar asombroso nos brindaba.

Dejé de respirar, simplemente no pude.

Cuando la sequía ha sido tan intensa y el agua llega de manera torrencial, da más que un respiro, proporciona esperanza, permite ver mejor el camino, aprueba experimentar de nuevo la fe, la ilusión de que algo vendrá.

Así fue verla.

—Colibrí.

Giró de inmediato, sus ojos se agrandaron, su boca se abrió y juro que se desvanecería. Se irguió moviéndose de esa forma tan suya; sin remilgos, pero con sutileza.

No me moví, simplemente no podía. Pese a que en el fondo estaba el mar y era la primera vez que me topaba con él, ella robaba toda mi atención porque estoy seguro de que jamás he visto y veré algo más hermoso que a esa mujer por la que hago y haría cualquier cosa.

Sentí como en mis ojos las lágrimas, tan escasas en mi vida, emergían rasándolos. Mi corazón era como una máquina discorde, mal lograda. Di un paso sin poder contenerme, pero me detuve al verla ponerse de pie, con su labio inferior temblando, abrazándose a si misma. Parecía estar conmocionada, en un trance, temblaba, lo sabía, yo también lo hacía.

La potencia de lo que entre ambos existía siempre ha sido apabullante, inexplicable, pero real, demasiado real.

—Yek —musitó sollozando con esa voz que añoré, que acariciaba mi interior sin proponérselo.

Iba acercarme de una maldita vez, pero Zinnia corrió, no se detuvo hasta rodearme con sus delgados brazos poniendo toda su energía en ello.

Su olor penetró en mí como una efectiva pócima. Su calidez, su piel, su cabello cosquilleando mi barbilla.

Dejé salir un suspiro similar a un gemido rodeándola con fuerza, escondiendo mi

rostro en su melena, dejando al fin salir las lágrimas enjauladas. Era increíble como una persona podía encerrar un mundo, un motivo.

La sentí sollozar, aferrarse a mi camiseta como si pensara que no fuera real, que yo era el producto de su imaginación, que me esfumaría en cualquier instante. Pasé mis dedos por su cabello, gozando de la indescriptible sensación de cada una de sus hebras suaves e indomables bajo mi tacto, pegándola más a mí, necesitando fusionar nuestras esencias de una maldita vez porque yo sin ella, no funcionaba.

No existía espacio entre ambos, no había nada que nos separara. El alivio de tenerla al fin, de verla bien, sana, de sentirla, me inyectó de inmediato la fortaleza que ya comenzaba a desvanecerse por su ausencia.

De repente, como si de una hecatombe se tratara, me separó empleando todas sus fuerzas. No sonreí porque simplemente necesitaba admirarla y eso hice cuando al fin pude mirarla de cerca. Su boca casi genera una colisión en mi sistema, me enardecía hasta un punto que me desconocía.

Subí la vista hasta sus ojos, brillaban debido al llanto, estaban enrojecidos, al igual que su nariz, pero todo dentro de ellos seguía igual y eso, pese a lo que vendría, me tranquilizó. La rabia apareció en su iris, la vi llegar casi como si de la mía se tratara. Se limpió las mejillas, me examinaba, me fulminaba con esa forma potente que tiene de ver.

—¡Eres un idiota! —y su mano salió proyectada hasta mi mejilla sin dudarlo. Aunque era una chica fuerte, y, además, gracias a varias lecciones dadas sabía pegar bien, no me moví, esa era justo la respuesta que esperaba y fuera de molestarme, me alegró, debo confesar, pues eso quería decir que ella seguía siendo la misma pese a todo durante esos tres meses, pese a lo que le hice, pese a lo que presencié.

—¡Zinnia! —era su abuelo, lo reconocí de inmediato.

No giré, ella sí, llorando de manera desbordada. Elevé una mano, pidiendo con ese ademán que nadie se acercara, yo estaba bien, mi Colibrí también, y eso era necesario. De nuevo se concentró en mí.

—¡Me abandonaste ahí! ¿Cómo pudiste hacerme esto? ¡Eres un maldito idiota! ¿Por qué no me dijiste nada? ¿Por qué me lastimaste así? —y me dio un empujón mientras hablaba, luego otro, llena de cólera, de enojo.

No me moví, solo la miraba, esperando el momento adecuado que sabía estaba por llegar. Sus pequeñas manos sobre mi pecho, machacándolo una y otra vez sin parar mientras yo no podía parar de agradecer el hecho de que estuviera con bien.

—¿Cómo pudiste? ¡Me traicionaste! —gritaba escupiendo todas esas verdades que me habían estado consumiendo desde el momento en que hice esa increíble estupidez, pero de la cual no podía arrepentirme porque debido a eso tenía una posibilidad de un futuro a su lado, uno que valiera la pena.

Ella seguía empujándome ya sin tanta fuerza. Aferré con suavidad sus manos, no pretendiendo detenerla, sino para que supiera que no me defendería pero que estaba a su lado, que no me desvanecería. Las lágrimas seguían saliendo de mis ojos sin poder frenarlas. Zinnia lucía agotada, vencida, pero era una fiera, nada la detendría hasta haber dicho lo que deseaba.

—¡Lo planeaste durante años! ¡Pensabas dejarme desde hacía mucho tiempo! ¿Por

qué? ¿Por qué? —ya no empleaba fuerza, fue ahí cuando la atraje hasta mi cuerpo con firmeza para rodearla, sus manos se enredaron en mi cuello como si estuviese esperando justo eso, mientras su pecho se adhería al mío.

—Estoy aquí, estoy aquí —susurré sin poder defenderme a ninguna de sus acusaciones, ya habría tiempo para ello, ahora mismo solo deseaba sentirla, ella a mí. Bajé mi rostro, buscando el suyo escondido en mi cuerpo, acerqué mi mano a su barbilla para que girara, al fin sus ojos conectaron de nuevo conmigo, más limpios, perdidos en los míos como siempre ha sido, sentía su aliento muy cerca, entreabrió sus labios, solo de nuestras respiraciones éramos conscientes, de ese efecto avasallante que teníamos sobre ambos—. Te amo... —descendí hasta su boca, anhelante, rodeando su cintura con mi palma.

Al tocarla, al fin la gravedad dejó de existir, mi mundo interno se suspendió, mi cabeza colapsó, la sutileza de su suave piel acariciando la mía de forma tierna, el sabor único de su esencia, el aroma de su ser, la tesitura de esas plumas delicadas que veneraba y que tenía a mi merced, lograron como suelen, someterme.

Yo su fortaleza, ella mi mundo cuerdo, juntos éramos un solo elemento.

¡Y llegamos y no sé qué decir! Los amo, los amo demasiado. Esto aún sigue, no es fácil deshacer todo este embrollo, no de una manera lógica, más real. Pero ellos van más allá de cualquier cosas. Levante la mano quien acertó con la reacción de Zinn, y él esperando justo eso. Me encanta. ¡Gracias, leyendas, por seguir aquí, por sus votos y dejarme esos comentarios tan llenos de pensamientos maravillosos, profundos! Se acabó la cuarta parte, espero que el viaje por la cabeza de Yek lo disfrutaran. Ahora viene el turno de Zinn.

|PARTE V |

- ZINNIA -



Ana Coello (grupo) Facebook



No podía creer que estuviese ahí, que sus labios estuvieran sobre los míos, como los recordaba, aún mejor. Necesitaba más, y no me contuve, por mí que el mundo, las galaxias y el maldito universo colisionaran, explotaran o terminaran; Yek estaba ahí.

Su olor viajaba por toda mi piel, su mano aferraba mi cintura de esa manera única y tan suya. Sin pensarlo lo atraje más, aferrando su rostro entre mis dedos, abrí mis labios y lo invadí, recibiendo la misma intensidad en respuesta.

Gimió intensificando el momento. Nuestros alientos chocaban y de la dulce suavidad con la que comenzó, pasamos a una violencia fiera, necesitábamos sentirnos, unirnos, probarnos, borrar de nuestra memoria todo lo malo, todo lo ajeno, toda la ausencia.

Él estaba bien, estaba ahí, ya todo volvía a tener sentido, a estar en su sitio.

-Colibrí -y me separó un poco, hablando casi sobre mis labios. Su voz era ronca, había renuencia en su lejanía.

Recordé de pronto dónde nos encontrábamos, me separé de inmediato, sin soltar su cuello, lo miré a los ojos, llorosa.

-Creí que...

Silenció con uno de sus dedos mi boca. Besó mi frente demorándose un poco más de la cuenta. Lo escuché respirar con fuerza.

-Estoy aquí -dijo.

Asentí hipeando. Limpió mis mejillas con paciencia, dulcemente como solía. Dios, lo amaba tanto.

-¿Por qué hasta ahora? ¿Dónde estabas? Fueron tres meses -murmuré recorriendo su rostro con mis dedos, acariciando sus bucles ahora más largos. Lucía igual, aunque diferente, contenido, sin embargo, sentí la certeza de que nada entre ambos había cambiado.

Su iris se oscureció, cerró los párpados un segundo, para después rodearme de nuevo.

-Esto fue un jodido infierno, y creí que ya lo conocía, pero me equivoqué -aseguró con su incomparable voz.

Nos separamos un poco. Pasé la yema de mis dedos por sus labios delineados, perfectos.

-Creí que me volvería loca... Me dejaste ahí justo cuando peor estaba, yo solo... solo... -no logré terminar. La imagen de Clemente proyectada en mi mente generó de nuevo un sollozo, que mi mirada se empañara.

Él supo el motivo de mi reacción.

-Tranquila, Zinn. Lamento tanto todo lo que ha pasado, lo que viste. Tenemos mucho de qué hablar, pero te juro que nunca deseé dejarte, no así, no con un tipo como él... - admitió intranquilo.

Lo alejé un poco, dolida.

-Pero lo hiciste, debiste decirme. Durante toda mi vida me he sentido parte de ti, siempre creyendo que éramos un equipo, pero desde que pensaste en eso, pusiste una barrera, sin embargo, era fácil ignorarla porque no la sentía real, no era algo que nos distanciara, que me doliera... Tú esto lo planeaste desde hacía mucho tiempo -le hice ver con frustración, con rencor.

-No tanto, lo prometo, solo... solo es que mírate... -expresó.

Arrugué la frente, molesta.

-¿Mírate? ¡Qué carajos significa eso! -me defendí rodeando mi cuerpo con mis brazos, sin entenderlo.

Yerik se pasó una de sus enormes manos por su cabello, como solía hacer cuando discutíamos.

-He sido un imbécil, hice todo mal, por favor ahora no lo hagas, solo necesito tenerte cerca, por lo menos un momento. Estos jodidos tres meses han sido un maldito castigo, un abismo infinito, Colibrí, los merecía, pero no me alejes más -rogó. Su mirada lucía vidriosa, febril, extendió su mano, nervioso.

La observé por un segundo, con el llanto atascado.

-Si vuelves a hacer algo así, Yerik, te odiaré tanto como te amo, el resto de tus estúpidos días, ¿entiendes? -advertí. Asintió sonriendo un poco, elevando solo la comisura de sus labios suavemente. Su gesto me relajó-. Y en cuanto tengamos tiempo -musité mirando de reojo hacia el interior de la casa donde aún teníamos público, comprendió, girando levemente al tiempo

que alzaba las cejas, aturdido-, me darás una buena explicación, una extensa... ¿Quedó claro?

Dio un paso hasta a mí, decidido, importándole de nuevo poco todo lo que nos rodeaba, aferró mi cintura pegándose a su cuerpo de un movimiento, gemí ante el gesto, abriendo de par en par los ojos, sonriendo ante su cercanía, su rostro decidido.

-De ahora en adelante no hay secretos, de ahora en adelante todo lo decidiremos juntos, ¿te parece bien? -propuso con vehemencia.

Confirmé pasando saliva, hipnotizada por su tacto, su mirada potente, sus palabras decididas.

-Y te juro que jamás comentaré una idiotez como esa, jamás, Colibrí, tú no solo eres el motivo de mis horas, sino de mi vida.

No pude más, aferré su rostro y volví a devorarlo con ímpetu, sedienta de su ser, de su aliento, de su sabor.

-Debes conocer a unas personas que me han ayudado, y... hay cosas de que hablar, es importante -me separó un poco, acariciando mi mejilla con un dejo de preocupación.

-¿Te ayudaron? ¿Qué pasó?

-Es una historia larga, pero debes saber que mi situación es complicada... Elina, tu tía, apareció hace unos días, por eso estoy aquí, sin embargo -negó cabizbajo-, nada es sencillo y debemos tomar decisiones, que escuches lo que pasa, que decidamos.

Mi respiración, que de alguna manera se había logrado nivelar al verlo hacía unos minutos, de nuevo se precipitó. Pasé una mano por su cabello, cerró los ojos demostrando lo mucho que le gustaba mi tacto.

-Tengo miedo, mucho miedo, pero lo haremos juntos, sea lo que sea lo enfrentaremos y estaremos bien, ¿no es así?

Clavó su mirada marrón sobre la mía, serio, conmovido también.

-Lo estaremos, de alguna maldita manera lo estaremos, te lo prometo, haré lo que sea para tenerte en mi vida -declaró con ímpetu.

-Pero si me tienes, eso nunca ha cambiado a pesar de lo cabezota que te portaste al dejarme ahí, ¿cómo podría dejar de amarte si eres parte de mí? -murmuré con dulzura.

Sonrió con nostalgia. Pasó uno de sus dedos por mi labio inferior, negando.

-No, Colibrí, ahora es que realmente podría pensar en un futuro a tu lado, y haré todo lo que sea necesario para que eso pase, para que tu vida se una a la mía de forma permanente -alzó una mano, enseguida enredé la mía ahí, en la suya, ambos miramos el gesto.

-Mi vida siempre estará unida a la tuya, Yek.

Apretó levemente mis dedos.

-Y esa unión durará la eternidad... -declaró sin dudar.

Enredé la mano libre en su cuello.

-La eternidad me parece perfecto -sonreí dejando un delicado beso sobre la comisura de sus labios. Había algo en su forma de hablar, una nueva seguridad, algo similar a una dolorosa esperanza-. Vamos, enfrentemos lo que sea -y nos encaminamos hacia la casa donde ya no estaban de pie en el umbral los adultos, sino en la sala, sentados, conversando.

Aferrada a su mano, entramos, deteniéndonos frente a ellos.

-Buenas tardes -saludé sonriendo, llorosa aún, también nerviosa. Mi abuelo me estudió curioso, intrigado, pero aliviado-. Gracias, Elina -agradecí con la voz quebrada.

Yerik besó mi cabello apretando levemente mi mano.

Todos se levantaron, observándonos de diferentes maneras. Mi atención fue captada por la pareja. Mi novio realizó la presentación de inmediato. Ambos, sonriendo, complacidos, estrecharon mi mano.

-Ya veo por qué la nombrabas tanto... -expresó Germán, el señor que lo había ayudado, riendo-. Eres muy hermosa, Zinnia, y este chico no ve más allá de ti -me dijo guiñándome un ojo.

Lucía jovial, al igual que su esposa que no dejaba de observarnos.

Yerik rodeó mi cintura, asintiendo sin vergüenza, mientras yo sentía como mis mejillas se enrojecían.

-Gracias... Yo tampoco sé ver más allá de él -admití mirando a mi abuelo con nerviosismo, sin saber qué más decir. Este sonrió asintiendo.

-Hacen una pareja muy bella -declaró Elina, con dulzura-. Y sé que Aarón estaría feliz de ver a un chico como él a tu lado -aseguró. Mis ojos se empañaron-. Sentémonos, hay mucho de qué hablar y ahora estamos todos aquí. ¿Les parece? -propuso mi tía.

Yerik y yo nos acomodamos en un sillón para dos, frente a Elina, mi abuelo estaba del lado izquierdo y la pareja del otro.

De pronto sus gestos se tornaron solemnes. Mis palmas sudaron, sabía que vendría algo que dolería, que no deseaba escuchar pero que tendríamos que enfrentar. Mi novio comenzó a acariciar mi mano con su pulgar, lo miré un segundo, sonriendo con ansiedad, pero sus ojos estaban plagados de determinación, no había duda, solo decisión.

-Bien, Elina, necesito saber qué ocurre con mi nieta, con Yerik también -habló mi abuelo, serio, entrelazando sus dedos, listo para escuchar.

Ambos lo miramos sin saber qué decir, la manera en la que lo nombró era como si fuera parte de su familia. La mujer asintió.

-Don Octavio, lo primero que debe decirles es que no pararé hasta solucionar todo esto. Se lo debo a él, a su padre... -y me señaló con ternura-. Él, Zinnia, fue mi mejor amigo, mi hermano prácticamente, crecimos juntos y... siempre fuimos inseparables. Tu madre, Galia, era una mujer maravillosa. Te necesito contar esto porque te lo debo después de lo que viviste en casa, después de que... Álvaro se portara así.

Asentí intrigada, temblorosa. Yerik rodeó mi cadera, acercándose, intrigado también, aunque claramente tenso. Con él tan cerca me sentía lista para lo que fuera.

-Tu tío es un hombre que está enfermo -sus ojos se rasaron mientras frotaba sus manos-. Enfermo de poder, quiere más y más y ya no mide, además, de rencor, de envidia. Yo siempre lo amé, así como siempre quise a tu padre como un hermano. Álvaro también a mí. Nos enamoramos desde adolescentes, pero nunca se fio de la relación que mantenía con tu padre, tanto fue su celo sin motivo que peleaba con él, discutía con él. Antes de que... tu familia muriera, las cosas entre ellos ya estaban muy desgastadas. Intentó de muchas maneras que tu madre incluso dudara. Obviamente no lo consiguió, imposible hacerlo... Ellos se amaban y ambos sabían lo que yo sufría por los celos de él. Cuando no pude más, me fui del país, y fue entonces que tu

padre murió.

>>Me sentí tan mal, una cobarde porque no enfrenté las cosas como debía. Al regresar, devastada, tu tío me consoló y se comportó como nunca, parecía haber comprendido que solo era un amor fraternal lo que nos unía, la complicidad. Nos casamos, hace diez años, logramos carreras sólidas, avanzar en lo que más nos gustaba, pero... ha sido difícil ser padres, por lo que un nuevo resentimiento creció hacia tu padre que había tenido tres hijos. Siempre se comparó con él, y no lo culpo, tu abuelo era un hombre duro, inflexible y no veía más allá de tu padre, de "su orgullo" como le decía. Cuando apareciste, ese día que llegaste a casa, comprendí por qué se había mostrado tan extraño en últimas fechas, tan turbado, tan ausente. Tu tío no te odia a ti, sino a lo que representas. No espero que lo perdones, ahora mismo estamos separados y nos divorciaremos, pero sí era necesario para mí explicarte esto.

-¿Tú sabías esto, abuelo? -quise saber asombrada.

Tantas historias se entretrejían en el mundo de cada persona que me parecía increíble, que me hacía sentir pequeña frente a un millar de situaciones que podían ser como la nuestra, peor, o simplemente diferentes, pero también dolorosas, fuertes, determinantes.

-Sí, Galia siempre me mantuvo al tanto de todo... Elina incluso cenó con tu abuela y conmigo algunas ocasiones -sonrió con nostalgia-. Tu madre y tu padre siempre la quisieron mucho, lo sé -y giró hacia ella-. Lamento que tuvieras que pasar, por tanto.

-Fue mi decisión, hice mal las cosas, pero ya no más, Octavio. Cuando vi a Zinnia en casa comprendí el mundo de mentiras y oscuridad en el que me metí. Vi tanta convicción y bravura en ella que recordé cómo solía ser, cómo solía defenderme, lo que quería de mi vida, lo que Aarón luchó para ser quien quería ser. Así que no más, acabaré este asunto aprovechando el poder que tengo, quien soy, pero después, viviré, se lo aseguro -declaró erguida, con una pose elegante, como era, pero cargada de firmeza, de seguridad.

-Eso me alegra mucho.

-Mi... padre, ¿también se dedicaba a lo mismo que Álvaro? -indagué sintiéndome extraña de solo preguntarlo.

Elina negó.

-Aarón se reveló, siempre, él no quería la política, como tu abuelo planeaba, pero en cambio creó empresas exitosas, que beneficiaron a la familia. Conoció a tu madre, que no era del mismo círculo social, pese a tener una situación privilegiada, luchó por ella y se casaron, tu abuelo acabó aceptándola cuando vio que le dio su primer nieto. Tú, Zinnia, acabaste de doblegarlo, fuiste su lucecita esos tres años que pudo conocerte, por lo que a Galia la trataba como se merecía.

Tanta información me tensaba más y no encontraba donde acomodarla, sin embargo, mis ojos no dejaban de lagrimear.

-Ahora, después de contar esto, iremos a donde urge -y miró a Yerik. Este apretó su mandíbula, asintiendo, sin dejar de acariciar mi mano y cadera con suavidad.

-Elina y nosotros, a la par, sin saberlo, hemos estado trabajando y averiguando sobre tu situación, que como ya sabes, no es nada fácil y se complicará -acotó German.

Giré hacia Yerik, angustiada, con el corazón comprimido.

-Zinnia, escúchanos, es importante -pidió con suavidad ese hombre.

Los miré asintiendo, con el pulso irregular.

-La casa hogar donde se criaron es parte de una red muy compleja de corrupción.

Altos mandos del gobierno a nivel federal están coludidos con ellos, otorgan por medio del DIF permisos para que se establezcan y luego, mediante un comité, que se supone lo vigilará, se crea todo esto. Creemos que quien planeó el accidente de tu padre, pues tu abuelo estaba siendo una amenaza política para sus intereses en aquel entonces, te llevó ahí y decidieron, de forma deliberada mandarte a ese sitio, por eso Yerik y... su amigo, encontraron tu acta de nacimiento original. Como tu caso hay varios, chicos con un pasado no esclarecido y que es más sencillo usarlos para... la trata o narcomenudeo. El sitio donde crecieron era parte de esto. Tú ya tenías un destino escrito, te venderían, estaba pactado, pero de alguna manera, les convino más que Yerik se involucrara en lo otro, ganaban más a la larga las dueñas del lugar, aunque eso no impedía que en un futuro de todas maneras sacaran el beneficio de ti. Esto, esto es una bomba, por lo tanto, en cualquier momento se saldrá de las manos.

-¡Qué! ¿Y mi nieta estará en medio de todo eso? -gimió mi abuelo, descompuesto.

Todos negaron mientras yo no daba crédito de cada una de esas palabras, me sentía suspendida después de esas declaraciones.

-No, lo de Zinnia se tratará aparte -declaró Elina-. Quienes mataron a tu hija, a tus nietos y a mi amigo, lo pagarán, pero Zinnia estará segura, bien.

-Pero Yerik sí puede salir mal de esto si no hacemos algo definitivo -completó Frida, con decisión.

-¿Definitivo? -repetí angustiada. Impresionada por todo lo que estaba escuchando, asustada de verdad, muy asustada, jamás imaginé que las cosas fueran tan complicadas. ¿Cómo diantres nos habíamos metido en todo aquello?

Germán asintió.

-Sí, Yerik, por su edad, puede salir implicado. Por ahora, gracias a lo que se ha removido, no han llegado a él, pero el detonante de su amigo Clemente -el dolor apareció de nuevo-, movió cosas, aunado a nuestras investigaciones, a las de Elina. Esto tiene alerta a todos, y el caso se está por abrir en un par de semanas, ahora con muchas certezas, pero también repercusiones gigantescas, eso sin contar que por lo mismo tenemos la sospecha de que los narcotraficantes para los que Yerik trabajaba, deben estarlo buscando pues lo ven como una amenaza latente.

Negué. Mis manos cosquilleaban. Me alejé un poco de mi novio, intentando respirar, llenar de aire mis pulmones, pero simplemente no ocurría, un sudor frío recorrió mi columna, dejando un peso incómodo en mis hombros. Este notó mi reacción, aferró mi rostro para que lo mirara, comprendiéndome.

Solo podía evocar a Clemente, ese momento preciso en el que dejó de existir.

-¿Zinnia? -era mi abuelo, preocupado.

-Respira, mira mis ojos y respira, todo irá bien, respira. Inhala y exhala, inhala y exhala, estoy aquí, respira -pidió Yek con su asombrosa paciencia.

Sentía que se me cerraba la tráquea, pero pude, con esfuerzo, concentrarme y

lograrlo.

-Estarás bien, ¿verdad? Estarás bien -declaré llena de pánico.

Asintió con certeza.

-Estaremos bien -aseguró con firmeza.

-Esos tipos mataron a Clemente sin dudar, tú lo viste, le dispararon en la cabeza sin pestañear -le recordé un tanto histérica, con lágrimas resbalando.

Sus ojos se enrojecieron.

-Zinnia -era mi tía, la encaré-. Logramos encontrar una manera para que nada ocurra, para que él esté a salvo.

-¿Cuál? -la apremié, había captado toda mi atención-. Esos tipos están dementes, enfermos, yo los vi.

-Irme del país -dijo con tono oscuro.

Mi corazón se detuvo por más de un segundo, mi mirada se suspendió y dejé de pensar en nada más.

-Escucha... -rogó. Giré azorada, entumida, con la boca y ojos abiertos.

-Si no se va las consecuencias podrían ser funestas... -habló Germán.

Me levanté de pronto, temblando como una hoja.

-¿Te irás? -lo observé atónita.

Se irguió negando.

-No haré nada sin que lo hablemos tú y yo antes -apuntó serio, con las manos dentro de los bolsos de su bermuda.

-No hay opción, ya escuchaste -chillé.

Confirmó sin inmutarse.

-Pero estamos juntos en esto -me recordó.

Observé a los presentes, estos me examinaban, expectantes.

-Me voy contigo -solté de inmediato.

-No, Zinnia -habló Frida con voz serena, suave, pero sin duda.

La miré molesta.

-No lo dejaré, no quiero, no puedo... Estamos en esto juntos.

Yerik tomó mi barbilla para captar mi atención. No podía estarme pasando esto, ¡no!

-Si te vas conmigo, y algo sale mal, te implico. Es necesario que tú te quedes aquí, con tu abuelo, que intentes seguir tu vida mientras esto pasa. No debe existir ningún vínculo entre ambos si deseamos que las cosas terminen bien. ¿Comprendes?

-¿Quieres decir que, si te vas, no puedo ir contigo y además no podremos comunicarnos? -comprendí aterrada. Una lágrima silenciosa resbaló por su pómulos, su rostro mostraba el dolor que le producía decirme aquello, siquiera pensarlo. Asintió con la mirada turbia, muy turbia.

Me llevé la mano a la boca, negando

-Debe haber otra manera... -insistí.

-No una que los mantenga seguros a ambos, no en la que podamos garantizar

nada. Esto es necesario. Son casos diferentes, se deben resolverse diferente. Quizá tú debas declarar, pero no ocurrirá nada, sin embargo, a Yerik pueden detenerlo, tener antecedentes, arruinarle la vida, su futuro, eso si esos hombres no lo encuentran, y es por eso mismo, también que, si se va, no debe existir comunicación entre ambos, no debe haber huella de su paradero, nosotros lo cubriremos. El sistema de justicia de este país no actúa como debiera, lo sabemos.

Me senté sobre el sofá, estupefacta, sin poder siquiera pestañear, sin moverme. De nuevo toda mi vida se venía abajo. Yerik se ubicó frente a mí, con las rodillas en el suelo, preocupado. Si yo sentía todo eso, qué debía estar sintiendo él. Acaricié su rostro, contemplándolo por un momento.

-Debes irte -logré decir sintiendo como si vidrios estuvieran rasgando mi garganta, como si millones de agujas perforaran mi alma.

-Lo hablaremos antes -musitó aferrando mis manos.

-Hablaremos, pero tú debes irte... Prefiero saberte lejos a salvo, que a mi lado mal, escondido, con miedo. Te amo demasiado como para soportarlo. Mereces salir de esto -solté con rabia.

-No deseo dejarte, por Dios que no, pero si lo hago, será solo por tenerte -confesó con vehemencia.

-Entonces no te preocupes, porque nos tenemos -y acaricié su colibrí, el que tenía en su brazo un tanto escondido bajo su camiseta-. Siempre nos tendremos, ¿recuerdas?

Pegó su frente a la mía mientras yo sollozaba.

-Soy tu brújula, tú la mía -expresé sin dudarlo.

-Yerik, Zinnia -ambos giramos, era Germán, todos nos observaban con aflicción, mi abuelo, además, asombrado-. Les daremos unos días para despedirse, Yerik debe salir en una semana, mientras lo arreglamos todo. Se irá a San Francisco, el padre de Frida vive ahí, no habrá problemas. Nadie sabe que tú estás aquí, Zinnia, por lo tanto, no hay peligro. Nosotros regresaremos a la Ciudad de México, y en cuanto esté listo el viaje, vendremos -explicó.

Mis lágrimas brotaron, asintiendo. Él se puso de pie, lo igualé. Parecía listo para una batalla, eso me inyectó fuerza, pero no quitó el dolor.

-Gracias por todo esto -musitó con voz gruesa.

-Ya sabes que lo estamos disfrutando hasta cierto punto. Las cosas deben caer, haremos que caigan -manifestó Germán, circunspecto.

-¿Cuánto... tiempo tendrá que irse? -me atreví a preguntar, con un nudo doloroso en medio de la garganta.

Elina bajó la vista, Germán solo nos miró.

-Pueden ser dos o tres años -se atrevió a decir Frida.

Dejé salir un gemido cargado de horror.

-¡Es mucho tiempo!

Yek mantenía la mirada fría, como procesando lo escuchado, pero era evidente que ese dato no lo tenía tan claro.

-Haremos todo lo posible para aminorar el lapso, pero en México las cosas no funcionan así de fácil cuando se trata de ley. Los procesos pueden durar mucho más... -intervino Elina, afligida.

-Si tú no estás de acuerdo, me quedaré y veremos qué hacer, Zinnia -refutó buscando mis ojos, con la respiración disparada.

Negué lagrimosa.

-Se trata de tu vida, de tu futuro, no hay nada que decir... -susurré con las lágrimas rodando por mis mejillas.

Me miró fijamente, leí miedo, algo atípico en él.

-La eternidad, Colibrí -murmuró agobiado. Me pegué a su pecho, rodeando su cintura.

-La eternidad, Yek... -escondí mi rostro en su cuerpo, llorando. Varios minutos de silencio prosiguieron, y yo solo podía pensar que no lo vería ni sabría nada de él en demasiado tiempo. ¿Cómo viviría?

-Me gustaría, antes de que se vayan, hablar con ustedes -interrumpió de pronto mi abuelo, con voz urgente, refiriéndose a los adultos-. Zinnia, ve con Yerik a hacer una maleta. Imagino que no deseas separarte de él estos días.

Solté a mi novio, azorada. Mis ojos se iluminaron pese a todo, incrédula, me limpié el rostro, temblando.

-¿Yo, puedo?

Se acercó a mí, rozó mi mejilla con suma ternura.

-No sé cuántas cosas más deba vivir en esta vida, pero verte como hoy, ha sido de las que coleccionaré para el momento en el que parta. Eres mi nieta, no mi prisionera, confío en que estarán bien estos días y que sabrán aprovechar el tiempo. Lo merecen, no soy quien para juzgarlo u oponerme.

Sin meditarlo, me abalancé sobre él. Me recibió primero desconcertado, luego rodeándome con cariño.

-Gracias... -me separó negando, luego miró a Yerik.

-Eres parte de esta familia mientras la sigas viendo de esa manera, muchacho -dijo con agradecimiento.

Yerik asintió conmovido, esa era una expresión atípica en él, pero la agradecí.

-Lo haré siempre, señor -prometió.

Mi abuelo estrechó su mano, serio.

-Comienzo a pensar que es así. Jamás tendré palabras suficientes para agradecerte que la trajeras.

Y era evidente que todo esto no se podría resolver como por arte de magia, está metido en esa porquería hasta el fondo, la vida de Clemente lo deja claro. La esperanza de un futuro limpio depende de esto, de lo que hagan, de que logren sacarlo de todo aquello en lo que se vio implicado por salvarlos. Pero es mucho tiempo, sin nada de comunicación. Lo lamento, puedo ser el hada madrina, aun así, no mentiré, las cosas no son nada sencillas para YEK :(Lo cierto es que ahora están juntos y tendrán una semana, y qué semana, habrá más de ambos, mucho más.



Al llegar a la planta alta, lo detuve pegándolo a uno de los muros que obstruían la visión hacia abajo y lo besé con arrebató, ansiosa. Enseguida respondió a mi enardecida urgencia, aferrando mi cintura, bajando con una mano hasta mi cadera.

—Son sencillamente hermosos juntos —escuchamos ambos a Frida en medio de esas caricias intensas que intercambiábamos.

Nos detuvimos, mirándonos. Estábamos lejos, pero se escuchaba claro.

—Y tan jóvenes —añadió Germán, con pesar.

—En apariencia, pero sabes que sus miradas no son las de unos niños —contrató su esposa.

—No imaginé tal intensidad —declaró mi abuelo, aun en shock—. Se mueven al son del otro, es... tan extraño.

—Sí, llama la atención. ¿Sabe? Estuve investigando, Octavio, aunado a lo que Yerik nos contó, Zinnia y él han vivido cosas muy fuertes, terribles.... Supongo que eso los unió, fue su manera de sobrevivir, su vínculo es fuerte, eso los salvó.

—No sé qué pensar de todo, mi nieta tiene incluso cicatrices en el cuerpo que seguramente surgieron de aquel sitio.

—Yerik también —expresó Frida con rabia.

—¿Cómo puede existir todo aquello? ¿Cómo mi niña tuvo que vivir así? Es

aberrante tanta locura. Esos jóvenes no tendrían por qué haber pasado por tanto —musitó casi sollozando.

Apreté mis puños torno a Yek, sintiendo el peso de sus palabras, lo que implicaban.

—Calma, Octavio, estarán bien. Son chicos duros, con temple, no se dejarán vencer, estoy segura de ello...

—Eso lo sé, he visto a Zinnia estos meses y es muy fuerte, pero las repercusiones de todo lo vivido ahí están y no sé si se logren borrar. Aunque me tranquiliza ese efecto que el chico surte en ella... quizá un tanto extremo, dependiente, pero... la hace sonreír, accesible.

—Justo es lo que pensaba —agregó Frida—. Estos meses vimos a un Yerik, con Zinnia es otro, cambia.

Mi novio acarició mi cuello con sus dedos, esos que ansiaba sentir.

—Quiero que me digan todo lo que saben, quiero conocer todo lo referente mi nieta, lo que implica la situación de Yerik. Quiero los detalles y saber para contratar un abogado. Aún no digiero de lo mi hija, no puedo.

—Comprendo. Pero tranquilo, eso no es problema, ya lo tienes, todo está bajo control, pero ¿le parece que cenemos hoy los cuatro y hablemos con mayor soltura? Ellos ya tienen la información necesaria, y saben lo que deben hacer... Es hora de que nosotros hagamos nuestra parte.

—No tengo palabras de agradecimiento suficientes para lo que hacen. En lo que pueda ayudar lo haré.

—Parece que esos chicos, de alguna manera, llegaron a nuestras vidas para devolvérmolas, nosotros haremos lo mismos.

No deseaba escuchar más, ya no. Lo tomé de la mano y lo guie a mi habitación. Al entrar, cerré tras de mí. Yerik quedó de pie, ahí, a unos pasos, observando todo con atención.

—¿Qué fue de ti este tiempo? —lo interrogué sin moverme de la puerta.

Él negó avanzando hasta donde tenía prendas que había confeccionado.

—Te diré todo, Colibrí, pero cuando estemos solos y no vayan a interrumpirnos —acarició con cuidado un busto alto que portaba un vestido que estaba por terminar—. ¿Esto lo hiciste tú? —no pudo esconder su asombro, encarándome, alzando ambas cejas.

—Sí...

Parpadeó asombrado. Tocó más telas, unos diseños que tenía a medias, la máquina de coser. De pronto una pila de libros llamó su atención, parecía decidido a indagar mi recámara, yo lo dejé. Era tan extraño verlo ahí, sin embargo, eso me amistaba con aquel sitio. Los agarró y ojeó, sonriendo.

—Has estado leyendo...

—Mucho, era una manera de conectarme contigo... —susurré. Me encaró con la mirada ensombrecida. Aferré mi ámbar, frotándolo—. No siento que pertenezco aquí... —dije afligida, agobiada.

Arrugó la frente, acercándose.

—¿Te tratan bien? —indagó cauto.

Asentí sin dudar.

—Mi abuelo es... no sé cómo describirlo, pero es bueno, no me presiona, me deja ser, estar... Aun así, no me siento parte a pesar de que son mi familia —admití con tristeza, un tanto frustrada.

Terminó con la distancia entre ambos y colocó su dedo pulgar e índice bajo mi barbilla para que lo mirase.

—Eso no puede darse de la noche a la mañana, no te sientas mal por ello, apuesto que lo has intentado.

—Solo me siento completa cuando estás tú —declaré sin vergüenza—. Tú eres mi familia, tú eres mi hogar, Yek.

Sonrió con tristeza.

—Y tú el mío, eso no cambiará si decides darle una oportunidad a todo esto, a él...

—Siento que... sería desleal.

—Hazlo por mí, tienes gente que te ama, que está feliz de saberte viva, no lo desaproveches.

—Yo solo quiero estar contigo.

—¿Y crees que yo no? Eres por lo que respiro cada día, Zinnia, te lo he dicho y es verdad, mi verdad. Pero necesito saberte bien ahora que no estaré, ya de por sí me sentiré incompleto sin ti como para no tener la certeza de que estás bien.

—Dos años, tres... Son tanto —murmuré con el llanto atascado.

Cerró los ojos y pegó su frente a la mía.

—Demasiados y dolerá cada hora sin ti.

—Tengo miedo.

—Yo también —admitió sin esconderlo. Nos besamos con suavidad, trémulos.

—Empacaré lo que necesito —me alejé dándole la espalda, limpiándome las lágrimas. Su mano sobre mi vientre me detuvo, de un movimiento pegó mi espalda a su pecho. De pronto su aliento acarició mi cuello.

—Te ves hermosísima; tu rostro, el color de tu piel, tu cabello brilla, lo que llevas puesto —y acarició mi brazo pasando el dorso de su mano con deliberada lentitud. Sus labios besaron mi hombro, cerré los ojos por un segundo permitiendo que las sensaciones mágicas que creaba en mi sistema me sometieran, cuando los abrí, tenía una hoja blanca doblada frente a mí—. Feliz cumpleaños, Colibrí —la tomé intrigada, girándome.

—¿Qué es?

Sonrió con timidez, encogiéndose de hombros.

—El resultado de muchas noches sin ti... el resto los tengo en mi equipaje.

Lo desdoblé con premura.

"En tu camino vivo,

Por tu corazón sonrió,

Pese a no tener motivos.

Ámbar nuestra unión,

Luces cargadas de redención,

Yo tu fortaleza,

Tú mi mudo cuerdo,
Juntos un solo elemento"

Cada línea la guardé en un lugar al que nadie tenía acceso salvo él. Mis lágrimas, que ya parecían no tener intenciones de abandonarme, se tornaron más intensas.

—Cada minuto, cada segundo te pensé... —musitó.

Rodeé su cuello y lo besé con voracidad.

—Es lo más hermoso que me has dado.

—Somos nosotros, solo quería que lo conservaras —admitió sonriendo con ternura.

—Es un regalo perfecto.

—Me alegra que te gustara.

Lo besé de nuevo, sonriendo.

—Tú también te ves bien, tienes ropa nueva, tu cabello más largo —expresé recordando lo dicho antes de que me diera esas líneas perfectas.

Resopló negando.

—Ha sido toda una locura, Zinn, ni yo mismo aún logro creerlo.

—¿Sabes dónde nos quedaremos? —pregunté.

Asintió sin soltar mi cintura.

—En un hotel cercano, yo no he ido, llegamos directo aquí, pero alquilaron habitaciones, la mía por una semana.

Pegué mi frente a su pecho.

—Guardaré de una vez lo que necesito, no quiero que piensen mal —murmuré girándome, agotada. Tomó mi muñeca para acercarme de nuevo.

—Si todo sale bien, quiero cumplir ese sueño que tenías, ¿lo recuerdas? —expresó con firmeza.

Asentí sollozando.

—Eso es lo que más quiero ahora, además de tatuarme cada segundo a tu lado estos días —admitió serio.

—Te amo y sé que lo haremos, que así será...

Bajamos unos minutos después en los que él continuó deambulando por mi habitación mientras yo metía cosas en una mochila. Al llegar a la planta baja, todos se pusieron de pie.

—¿Tienes todo lo que necesitas, hija? —quiso saber mi abuelo.

Asentí con timidez.

—Bien, no olvides el celular, en la tarjeta que te di hay dinero —me recordó con serenidad.

—Esto corre por nuestra cuenta, Don Octavio, no se preocupe, ya lo hablamos con Yerik —dijo Germán.

El aludido afirmó sonriendo, agradecido, observando a mi novio nuevamente.

—Esta es tu casa, y me gustaría que mañana vinieran a comer, pasaran la tarde.

—Gracias, señor, aquí estaremos entonces —acepto con su voz ronca, potente.

Todos nos encaminamos a la puerta, pero antes de salir, me volví y abracé a mi

abuelo sin poder reprimir un segundo más el gesto. Este me recibió con cariño.

—Gracias... —susurré, agradecida.

Acarició mi cabello.

—Esta es tu casa, mi niña, te veo mañana.

En el camino nadie habló, cada uno estaba sumido en sus pensamientos. Aferrada a su mano perdí la vista en el exterior, recargando mi rostro en su hombro. No tenía idea de cómo lograría vivir todo ese tiempo sin su presencia, pero necesitaba prepararme para el dolor que generaría en mí su ausencia.

Al llegar, aguardamos en el lobby, sin soltarnos. El hotel era hermoso, lujoso, solo colores claros, con una decoración elegante, hasta el piso resplandecía.

Pasé saliva, asombrada.

—Aquí están las llaves —y le dio a Yerik un pequeño sobre Germán—. Si tienen hambre solo pidan a la habitación o bajen a uno de los restaurantes, ya está incluido todo.

—Es demasiado —expresó mi novio, negando con firmeza.

—Sí, yo tengo dinero y... —intervine.

Elina se acercó después de cortar una llamada. Nos había escuchado.

—Zinnia, Yerik, solo disfruten esto, ¿sí? Lo que viene no será fácil. El dinero no es problema ni para ellos, ni para mí.

—Sigo creyendo que es mucho... No es necesario —refutó.

Germán colocó una mano sobre su hombro, sonriendo.

—Ya lo hablamos. Tendrás que soltar el control por un tiempo, por ahora el dinero no es algo que deba agobiarlos. Así que anden, conozcan el lugar, quizá el mar —lo alentó.

Apreté su mano, asintiendo.

—Está bien. Gracias....

El hombre negó, restándole importancia.

Yerik sonrió vencido.

—Con eso me doy por bien remunerada —expresó Frida contemplando el gesto de mi novio, que no pudo evitar agachar la cabeza, nervioso—. No sabes las veces que le pedí que sonriera, pero desde que te vio hace unas horas, pese a todo, lo ha hecho en varias ocasiones —expresó encantada. Me sonrojé ante sus palabras.

—Nosotros nos vamos mañana, temprano, cualquier cosa tienes nuestros números, Octavio también. Estaremos en contacto. Hagan valer estos días.

Elina, cuando nos encaminábamos rumbo a los ascensores, me detuvo un segundo, me dio un fuerte abrazo y luego sujetó mi rostro.

—Eres muy valiente, Zinnia, solo sigue así, verás que esto tendrá su recompensa. Luego hablaremos de los papeles que le firmaste a tu tío.

—No quiero eso, con lo que estás haciendo para mí es más que suficiente, es todo lo que necesito.

Besó mi frente.

—Aarón y Galia sé que estarían orgullosos de ti.

—Hubiera deseado conocerlos —admití por primera vez en voz alta, bajando la vista.

—Están en ti, mi niña, siempre lo estarán, no lo dudes...

Asentí llorosa. Un segundo después me acerqué de nuevo a Yek, que hablaba serio con la pareja que lo ayudó.

Me sentía tan extraña. Feliz, por un lado, preocupada y agobiada por otro, con un dolor profundo en mi pecho que se hacía más hondo con cada segundo que transcurría. Sin embargo, ahora lo tenía a mi lado, el futuro era algo con lo que había aprendido a lidiar, ignorándolo, centrándome solo en el presente, así que eso haría. Esas serían nuestras horas, nuestros recuerdos, debíamos usarlos a favor, una vez que habláramos, claro está.

Entramos a la recámara después de buscar varias maneras de abrirla; la llave era una tarjeta, había un lector, pero nosotros riendo no dábamos. Cuando al fin lo logramos, entramos divertidos. Al ver la habitación, me quedé de pie contemplándola. Era asombrosa, él se colocó a mi lado haciendo lo mismo.

—Me gusta más el cuarto en casa de Lolita —admití evocando esos momentos.

Rodeó mi cintura, pegándose a su pecho, dejando salir un suspiro.

—Ese lugar fue importante, un cambio en nuestras vidas, pero eso fue debido a nosotros.

—Eso fue porque fuimos libres por primera vez...

Me hizo girar para encontrar mi rostro.

—Y lo seremos de nuevo, te lo prometo.

—Quisiera que llegara ya el punto donde podamos decidir sobre nuestras vidas. Me duele mucho que tú cargues con tanto, que sea tan complicado todo esto para ti —pasé un dedo por su mejilla.

—Esto no ha sido fácil para ninguno de los dos. Cada uno estará bien, si el otro lo está... ¿De acuerdo? —declaró.

Asentí rozando sus labios ligeramente, dejando a un lado de su boca mi nariz, de puntillas, respirando su olor.

—Es hora de hablar —ordené de pronto, alejándome. Sonrió rascándose la nuca.

—Bien, iré por algo y regreso, mientras tanto, tú haz lo que quieras, no tardo, Colibrí —me dio un beso fugaz, tomó su llave y salió de la habitación sin que me diera oportunidad de nada.

La vista era increíble, la decoración también. Del lado derecho una enorme cama con colchas blancas, acolchonadas. Pasé la mano sobre ellas, evocando de alguna manera aquel catre donde dormí por años. Con Yek ahí, mi pasado también resurgía con más poder.

Lo que hubiese dado por tan solo una almohada como aquellas.

Un televisor como el que tenía mi habitación, una sala en tonos claros del lado derecho y frente a todo aquello, la vista al mar. Abrí los ventanales dejando que el calor y salinidad entraran; un par de tumbonas e incluso un jacuzzi del lado izquierdo. Abrí los ojos un tanto descolocada. No escatimaron ni un poco. Eso era lujo, demasiado, en potencia. Me aferré al barandal, perdiendo la vista en el paisaje. Frente a nosotros se extendían unos días juntos, pero muchos más separados.

Mis padres habían sido asesinados, mis hermanos... La historia de mi tío, de mi abuelo, todo era una locura en mi cabeza, costaba demasiado acomodarlo, pero nada era más

importante que lo que le atañía a él, a Yerik.

Cerré los ojos evocando cuando corríamos para llegar a la escuela, las ocasiones en que me ayudaba con los quehaceres, sus miradas, los golpes, las risas, la infinidad de momentos compartidos donde solo estábamos él y yo, donde solo contaba eso para nosotros.

—Es impresionante... como lo imaginamos... —musitó tras de mí, no lo había escuchado. Asentí notando como su iris se dilataba al contemplar la majestuosidad del mar.

—Y la arena se siente justo como lo describiste —admití sonriendo. Bajó la vista hasta mí, en silencio por unos segundos, mirándome fijamente.

—Ni eso se compara contigo, en mi mente no puede existir nada más hermosos que tú, Zinn.

Lo rodeé de inmediato.

—Te extrañé tanto.

Acarició mi cabello escondiendo su nariz allí.

—Yo también, demasiado —me separó un poco, tomó mi mano y entramos a la habitación. Me acercó a la cama y con un ademán me pidió que me sentara. Lo hice, expectante—. Hablemos, luego quiero que bajemos y me muestres eso —y señaló en dirección del mal. Asentí sonriendo al ver su ceño fruncido.

—¿Dónde estuviste este tiempo? ¿Qué pasó? —empecé.

Se sentó a mi lado, pasándose la mano por el cabello, mirando uno de los muros, resoplando.

—Me golpearon, me... hirieron... —comenzó. Abrí los ojos, desorbitados. De inmediato me giré aterrorizada—. Si la señora Frida no me ve y llama una ambulancia...

Me cubrí los labios, negando, con las lágrimas a punto de salir.

—¿Cómo, por qué?

Acarició mi mano, encogiéndose de hombros.

—Ya escuchaste que tu tío no está bien, supongo que temió que armara revuelo, ni idea... Pero estuve internado dos semanas en un hospital. Mi hígado estaba mal, perforaron mi pulmón, fracturaron mi hombro —y lo señaló con un dedo.

Me puse de pie instándolo a que hiciera lo mismo, llena de furia, de indignación, de... dolor. Me observó sin comprender. Alcé su camiseta sin que lo viera venir y me topé con una diminuta cicatriz justo ahí. Dejé de respirar cuando pasé un dedo sobre ella.

—¿Cuánto más? —musité examinándola con suma atención, rabiosa.

—Estoy bien, gracias a la atención que recibí, estoy perfectamente sano, tranquila —y alzó mi barbilla para que lo viera al tiempo que soltaba mis dedos de su prenda para que esta lo cubriera.

—Casi mueres... ¿cómo puedes decir eso? Nada está bien, tienes que huir del país, tienes que desaparecer años, casi te matan, vimos morir a nuestro amigo, esos tipos te acechan, los niños están desprotegidos. ¡Nada está bien, maldición! ¡Nada! —colapsé rabiosa.

—Entiendo, yo ya pasé por eso, y hay muchas más razones por las cuales odiar, sentir rencor, pero nos tenemos, estamos aquí, juntos, esto debe tener un final, Zinn —y entrelazó nuestros dedos dándole un leve apretón—. Nada ha sido fácil para nosotros, lo sé, Colibrí, pero por alguna extraña razón el destino sí nos está dando una oportunidad, sabes bien que no es el

caso de la mayoría, no podemos desaprovecharlo.

—Siempre hablas así –lo acusé sollozando, limpiando mis mejillas. Sonrió de nuevo.

—Sí, porque es la verdad, hay que ver para adelante, no hacia atrás, no en ese sentido. Para mí esto me da una esperanza, ¿comprendes?

Arrugué la frente.

—Serán años, mucho tiempo...

—¿Crees que lo que sientes se mantenga pese a ello? –preguntó examinándome. Solté su mano, indignada.

—Obviamente, no puedes dudarle –rugí. Me pegó a su cuerpo tomando mi cintura con una de sus manos.

—No lo dudo, sé quién es mi colibrí, sé muy bien a quién le di mi corazón. Sería un estúpido si lo pensara.

—¿Entonces?

—Cambiaremos, eso es inevitable, pero debes saber que pese a ello tú estás tatuada en mí, como ese colibrí en mi brazo. Necesito que no temas, no respecto a mí, a lo que sentimos. ¿Podrás?

—¿Podrás tú? –reviré. Bajó su frente hasta la mía.

—Viviré a medias, porque no estoy completo sin ti, pero lo haré... Sé lo que quiero, por qué hago cada cosa. La vida me está dando una oportunidad, no la desperdiciaré porque se trata de ti, así de sencillo –aseguró.

Lo besé de inmediato.

—¿Por qué siempre hablas de esa manera? –me quejé sobre sus labios, sin darle tregua a su boca, adentrando mi lengua con exigencia. La intensidad de nuestro encuentro incrementó, de pronto sentí su mano sobre mi trasero, sin pensarlo enrollé mis piernas torno a su cintura.

¡Al diablo! Después hablaríamos.

Nuestros cuerpos cayeron sobre el mullido colchón. Su aliento viajaba ya por mi mejilla e iba dejando un alucinante camino hasta mi oreja. Me arqueé al sentir su exploración, aferrada a su cabello.

Cuántas noches soñé, imploré tenerlo así, a mi lado, vivo, amándome. Gemí al ser consciente de su mano acariciando mi costilla, de que su boca descendía. Necesitaba de él, no con pausa, sino con urgencia. Sin perder el tiempo aferré las orillas de su camiseta, entendió lo que deseaba, así que de un movimiento se la quitó dejando expuesto ese cuerpo que adoraba, que me aniquilaba. Su mirada se oscureció aún más al notar mi deseo.

—No quiero esperar, te necesito ahora –casi chillé al sentir su mano adentrarse por mi short. Su cabello cubría su frente, lucía tan peligroso bajo ese gesto contenido, con el torso desnudo, con su tórax expuesto que no pude pensar más.

Me erguí y atrapé de nuevo su boca carnosa al tiempo que me quitaba la blusa. Hincados, sobre la cama, nos exploramos con vehemencia, con infinita urgencia, deshaciéndonos entre caricias de todo lo que nos estorbaba, absortos en nuestras miradas, en la manera de tocarnos, en el reconocimiento eterno que nos tenía completamente dominados, enardecidos. De

pronto, aferró mi cintura con fuerza, acomodándome sobre él al tiempo que se sentaba sobre la cama. Rodeé su cuello al sentirlo, acalorada, impaciente.

—Yo te necesito siempre, Colibrí —rugió con voz ronca después de cuidar el momento, uniéndose a mí de esa forma ardiente que siempre me hacía explotar sin que lo pudiera siquiera pensar.

Jadeé perdida en su cuerpo, anonada y extraviada por el cúmulo de sensaciones, siguiendo su son sin dificultad, olvidando cada destello de mí, de él, solo pensando en lo que era ser uno, que nada nos separara, que nada nos diferenciara. Enredé las manos en su melena atrayéndolo a mi boca con aprensión, no quería ir lento, quería sacar todo y él, él parecía desear lo mismo porque no hubo tregua alguna. Éramos nosotros en la forma más real, en la única.

Sencillamente los amo, aún falta camino y no parece que tengan intenciones de bajar la cabeza ni un segundo, al contrario. Zinn y Yek están a punto de comenzar otro viaje, uno que los puede llevar si lo saben llevar hasta el punto donde merecen, donde todos salgan bien, dentro de lo que cabe. ¡Gracias por sus votos, comentarios, por quererlos tanto como yo !

Follow your fire - Kodaline



A toda las personas que luchan, no se detienen y pese al dolor tienen agallas para continuar

Agotada por tantas emociones, por su llegada, por la mala noche, me acurruqué sobre él, saciada, perdida en la tranquilidad que regala el paso de la tormenta, donde todo se hidrata, donde todo cambia. Su mano rodeaba mi cintura dejando como solía caricias pringadas que me fascinaban, me relajaban, mientras tanto yo jugaba con sus dedos unidos a los míos, entrelazados, respirando cada vez con mayor facilidad.

—¿Tienes hambre? —preguntó lánguido, con voz rasposa, unos minutos después. Negué sin desear moverme de ahí.

—Mejor termina de contarme, creo que ahora sí puedo escucharte más tranquila. Lo sentí reír, elevé el rostro, sonriendo, adorando ese gesto en el suyo.

—Jamás tendré suficiente de ti —me advirtió amenazante, pero jugando al tiempo que me hacía cosquillas en las costillas. Solté la carcajada alejándome, quitándole la mano.

—Sabes que yo tampoco —le recordé pegándome de nuevo a él. Me recibió rodeándome, sereno. Acomodé su cabello quitándoselo de su frente, perdida en sus facciones, lo tenía a pocos centímetros.

—Lamento mucho lo que hice, Zinnia —soltó sin moverse, bajé la vista hasta sus ojos, era sincero. Pasé saliva.

—Mi tío me dijo que habías aceptado dinero —dije. Arrugó la frente—. Sh... —lo silencié porque sabía que buscaría defenderse—. Nunca le creí, pero me dolió mucho que no me previnieras, que... no me dijeras algo así de importante. Se trata de mi vida, no tenías derecho a callarlo. ¿Por qué, Yek?

—Por miedo...

—¿Sabías que mi tío era así? —pregunté atónita.

—No a eso, Zinnia, de haber sospechado siquiera algo similar hubiese pensado en otra cosa.

—¿Entonces?

—De ti... —declaró en susurros. Arrugué la frente. Pasó una mano por mi mejilla, despacio, con suavidad—. De mí... Todos siempre decíamos que no pertenecías ahí, supongo que yo me lo tomé más en serio, así que hice averiguaciones, infructuosas la verdad y, además, nada que pudiera vincularte del todo. No actuaría sin estar seguro. Cuando supe que deseaban venderlas, me aferré aún más...

—Pero cómo no me dijiste, hasta Rocío sabía —le hice ver dolida, evocándola.

—Llegó a escucharme cuando hablaba con Clemente. Zinn, no quería ponerte nerviosa, cargabas con muchos problemas como para yo llegar sin nada en la mano a abrirte una esperanza, o lo que fuera que generara lo que sospechaba. Sé lo que implica darse cuenta de que tienes familia, pero no podía simplemente decírtelo sin estar convencido de qué había ocurrido.

—Siempre sentí que me ocultabas cosas, pero no imaginé jamás algo así, de esta magnitud —admití con un dejo de tristeza, dolida.

—Escucha, Colibrí, busqué, sí, pero una parte de mí deseaba no encontrar nada, esa parte que te ama, que te quiere en mi vida sin importar una mierda el mundo. Lo cierto es que incluso ya teniendo unas cuantas pruebas lo omití, ya vivíamos juntos, empezábamos algo y de pronto pensé que un poco de tiempo no traería consecuencias. Fui tan egoísta... Un idiota porque hubiese podido evitar mucho de lo que viste, de lo que pasaste.

Me alcé un poco, molesta por escucharlo.

—No lo repetiré, y es muy en serio, Yerik, nunca me arrepentiré de absolutamente nada de lo que viví a tu lado, entiendes, nunca. Cada cosa, por muy horrible, abominable, nos unió, así que no lo repitas. No quiero saber que te arrepientes de algo —lo amenacé con ira. Sonrió pasando una mano tras mi cuello y besándome con aprensión, con voracidad.

—Cuando te enojas me fascinas, Zinnia —admitió soltándome—. Y no me arrepentiré de nada, ni siquiera de haber hecho las cosas así, como las hice, pero no fue lo correcto, eso lo sé, lo asumo. Además, ya no puedo cambiarlo, tampoco lo deseo porque sería borrar momentos a tu lado que están en mí.

—¿Sabes? Lo único que pediría cambiar es lo de... Clem —susurré con ese nudo en la garganta. Sus ojos se tornaron turbios, asintiendo con tristeza—. Casi cada noche sueño con ese momento, es horrible, Yek, no lo merecía —solté sollozando. Me abrazó de inmediato, me

escondí en su pecho.

—Creo que nunca dejará de doler, Colibrí, hay heridas que quedan ahí, pero debemos de alguna manera aprender a vivir con eso.

—El suéter que le hice quedó lleno de sangre, ¿por qué tanta maldad? —hipeé. Me rodeó con más fuerza, yo ya lloraba de nuevo y es que sabía que, aunque pasaran años, eso me perseguiría, la escena misma, y aún peor, lo que implicaba, su ausencia.

—Yo tampoco he podido superar ese instante, menos su recuerdo, su partida... Ese jodido patán era como mi hermano... —murmuró con voz rota. Sonreí al recordar cómo se llevaban, la manera de hablarse y ese apelativo con el que se referían entre sí.

—Los papeles de los que hablaban aquella noche, cuando me pasó... Aquello, eran esos, ¿verdad? Mi acta de nacimiento original —pregunté para ratificar. Asintió tenso.

—Ahí fue que contacté con ese señor, tu tío. Fue complicado, como imaginarás, pero decir tu nombre me abrió todas las puertas para llegar a él. Al final, sostuvimos varias pequeñas conversaciones donde el muy hijo de perra se mostraba ansioso por conocerte. Evadí el asunto, deliberadamente, hasta que pasó... lo de Clemente.

—Si no hubiese pasado eso... ¿Qué habrías hecho? —quise saber, alejándome para verlo. Desvió la mirada, asentí comprendiendo la respuesta.

—Ese no era tu sitio, lo sabes —soltó con la voz cargada de frustración, de impotencia, de culpa.

Me hiqué sobre la cama, cubriéndome.

—Por eso decías que merecía algo mejor, ¿no? —rugí quedamente.

Se intentó acercar, le aventé la mano, colérica.

—Mi sitio es a tu lado, ¿entiendes! Solo a tu lado, a pesar de ti, a pesar de todo el maldito mundo. Eres mi hogar, no quiero ni deseo otro, y si por haber nacido en esa familia llena de dinero crees que somos diferentes, te tengo malas noticias porque entonces tú ¿qué? —Lo confronté.

Me observó comprendiendo que estaba en un arranque. Su postura se tensaba con cada palabra.

—¿Yo qué?

—Tu madre, ¡por Dios! No me digas que no te diste cuenta, era una típica niña rica —reí con burla. Entornó los ojos, contenido—. Qué, si todo lo que sospechabas no hubiera sido, qué tal que yo hubiese sido una chica sin familia, que no tenía pasado... ¿Eso me habría puesto en desventaja ante ti?

—Claro que no, cómo piensas algo así... —gruñó furioso, apretándose la cabeza.

—Entonces explícame por qué tú, con un carajo, sí puedes pensar esas estupideces y en base a eso actuar, ¡dime!

Me miró lo que pareció un siglo, pensativo.

—Te necesito saber bien, Zinnia, y en todo este tiempo no has estado a salvo tampoco a mi lado. Y lo único que deseo es que tú seas feliz —admitió despacio, como buscando que captara cada palabra dicha.

—Lo soy si estás conmigo —y me acerqué despacio, no se movió, solo me observó,

serio—. No imagino en este mundo a alguien más fuerte y valiente que tú, te admiro, mucho más de lo que imaginas, me siento orgullosa de saber que te fijaste en mí —musité. Alzó levemente las comisuras de sus labios, viendo cómo me acercaba, hasta que lo tuve a poca distancia—. Jamás te has quejado y has enfrentado cada cosa. Yek, no quiero ser una carga, sino un apoyo...

—admití absorta en su ceño, en la rudeza de su postura que pese a todo frente a mí la dominaba.

—Eres mi apoyo... —silencié sus labios con uno de mis dedos, negando.

—Siempre estás preocupado por mí, pero me sé cuidar, ahora debes ocuparte de ti, nada es más importante. Cuando te necesité siempre estuviste, me ayudaste, me protegiste...

—expuse con suavidad. Quitó mi mano y la dejó encerrada entre la suya.

—Tú también me protegiste, también me cuidaste, te preocupabas por mí, tanto como yo de ti. Jamás has sido una carga, Zinn, al contrario... has sido un hermoso aliciente, mi complemento.

—No sé qué hubiera sido de mí sin ti, y no por lo que hemos pasado, sino porque esto que siento aquí —y cerré un puño sobre mi corazón—, sé que es imposible sentirlo por nadie más. A veces... me asusta... —admití. Soltó mi mano y acarició mi rostro con su enorme mano, cerré los ojos descansando en ella.

—Nunca he logrado encontrar la explicación, pero sé exactamente de qué hablas; es fuerte, demasiado... Sin embargo, es, Colibrí, y sé que no es malo, no cuando genera todo esto en nosotros, cuando nos ha salvado.

—Siento que me quemo por dentro de solo pensar que no estarás. ¿Qué pasará cuando te vayas? Algo dentro de mí desaparece, me deja un vacío que duele —logré decir. Me acercó a su cuerpo para abrazarme con fuerza, enseguida correspondí al gesto.

—Siento lo mismo si no estás.

Busqué sus labios, llorosa.

—Júrame que regresarás a mí —le pedí entre sollozos.

—Te juro que jamás me iré de ti, como nunca te irás de mí y juro... que cuando todo pase, sellaré esta promesa bajo todas las leyes existentes... Eres mía, soy tuyo, desde que nos vimos la primera vez —pegó su palma a la mía, las vimos unidas, atentos.

—Nos pertenecemos, Yek, no tengo idea de cómo, pero lo lograremos y cuando pase, no te dejaré ir jamás. Y no quiero que intentes hacer nunca más nada para merecerme.

—No quiero merecerte, quiero ser tu destino, Colibrí.

—Eres mi pasado, eres mi presente, y eres mi futuro, eres la sangre de mis venas, ¿es tan difícil de entender? —sonrió negando.

—Ese futuro lo construiremos juntos, esa es mi meta.

—Ese es mi sueño —admití besándolo con suavidad.

Más tarde mi estómago pidió ser atendido, anochecía. Gemí adherida a su tórax, nuestras esencias de nuevo se habían fundido, pero ahora de una manera sosegada, tierna, delicada. Ese era mi lugar feliz, mi lugar perfecto y saber que duraría apenas unos días más me consumía.

Ya me había narrado todo respecto a Frida y Germán, las implicaciones y planes, no daba crédito aún de su buena suerte, yo tampoco, pero lo cierto es que era real; mi tía y abuelo también colaborarían, así que comprendía que de alguna manera el hecho de que me

hubiese llevado a esa casa lo había cambiado todo para los dos, dándonos esa esperanza que estaba absolutamente perdida, alejándonos del peligro inminente en el que estábamos de haber permanecido ahí, al que hubiésemos arrastrado a personas que no tenía la menor posibilidad de defenderse, como nosotros, de haber estado solos.

—Bajemos, cenamos y te muestro el mar, ¿qué dices? —lo alenté colocando la babilla sobre su pecho, sonriendo. Acaricié mi mejilla.

—Digo que te amo, Colibrí.

Lo besé despacio, disfrutando el momento.

Cuando los minutos son contados, los segundos valen mucho más, la energía se torna intensa y cada mirada tiene un efecto único, invaluable por lo que implica.

Debíamos separarnos sin desearlo, amándonos como nunca, implicados más allá de lo entendible y dolía no poder ser dueños de nuestras decisiones, comprender que no había otra salida, que esto estaba escrito, que la línea de nuestra vida siempre estuvo marcada sin la menor posibilidad de que nosotros eligiéramos por donde llevarla.

Sin embargo, no podía renegar del momento, salvarlo era lo único importante y vital para mí y comprender que, si lo perdía en el camino, pero él lograba emerger como merecía era más importante que lo que sentía, apreté mi corazón

—Vamos...

Nos duchamos entre risas, besos, caricias, intentado olvidar lo inevitable. Al bajar encontramos un agradable restaurante que daba a una de las asombrosas piscinas, nos asignaron mesa enseguida y nos proporcionaron los menús. Ambos, agarrados de la mano, los leímos. De pronto nuestras miradas se encontraron por encima de ellos.

—He pensado mucho en los niños —admitió, sabía que lo diría, sabía que yo estaba pensando lo mismo. Miré mi alrededor, asintiendo con melancolía.

—Cada vez que como, que me visto, que simplemente duermo, siento que los traiciono, no puedo evitarlo... —mis ojos se rasaron—. Hay tantas realidades, ahora lo sé, unas más dolorosas que otras, pero como la que nosotros vivimos, donde la soledad era tan fuerte, donde el hambre, la incertidumbre, el frío e incluso ropa insuficiente es lo de diario, son la mayoría. Comprendo que el mundo a veces desea solo ver su propio dolor para no fijarse en lo que los rodea, que... teniendo tanto buscan no sentirse agradecidos por ello...

Sacudió mi mano para que lo mirase, eso hice. Su gesto era serio, inflexible y amedrentador.

—Las lecciones para cada persona son diferentes, Colibrí, no juzgues tan duramente —refutó con dulzura. Lo miré con rabia.

—Date cuenta de donde estamos, lo que comeremos hoy, el lugar donde dormiremos. Esto no es lo común, no es lo que debiera ser, si tan solo todos pudieran acceder a lo básico, Yek.

—Esa es una discusión tan vieja como la humanidad, Zinn, y te comprendo, no es fácil ver los dos lados de la moneda, pero ¿cómo desear lo que no se tiene?... Hace unos meses nosotros no queríamos esto... Queríamos tranquilidad, trabajo para salir adelante, simplemente una comida adecuada y un techo agradable sobre nuestras cabezas cada noche.

—Para mí era suficiente aquel sitio —admití con tristeza—. Podría haber pasado ahí

una eternidad.

—Cada realidad, cada momento, cada situación, marca, determina. Para mí también era mi hogar, ese sitio al que deseaba regresar cada día porque simplemente estabas tú, porque cada cosa de ahí era nuestra. Pero no todos vemos ni pensamos igual, tampoco sentimos del mismo modo, ni desciframos la vida de la misma manera. Entenderlo es importante. A nuestro alcance estamos nosotros, nuestro futuro, lo que haremos de él y esos chicos, los de "esa casa hogar", no es posible llegar más allá, no a todas por lo menos.

—Quiero estudiar algo relacionado a eso... No sé, siento que no podría vivir sin sentir que hago algo para cambiar esas realidades —expresé. Sonrió asintiendo.

—No tienes que dedicarte a ello, puede elegir lo que quieras, ahora el mundo está a tus pies, Colibrí, y al hacerlo, no perder de vista esas situaciones, Frida lo hace... —y comenzó a narrarme su actividad en los centros de acopio y demás, lo escuché encantada.

Comimos sin detener la conversación, era tan relajante poder sentirme yo, fluir como si fuese un río dejándose llevar el cauce. Hacía meses que no lograba conectar conmigo y ese día ya no recordaba otra forma de ser, con él a mi lado todo era tan sencillo. También notaba como para Yek nuevas esperanzas se abrían pese a todo, que la visión de muchas cosas había cambiado en el fondo de su ser, y que estaba intentando de forma deliberada ser más expresivo, mostrándose tal cual, sin contención, dejando a un lado el miedo que tenía.

—Ahora ven, verás que tu imaginación es potente, el mar y la arena es como lo describiste, así se siente.

Sonrió poniéndose de pie, tomando mi mano con un brillo especial en los ojos. Sacudió su melena, relajado, pegándose a su cuerpo con cuidado.

—Júrame que mientras no esté seguirás adelante, que esa pasión que tienes la pondrás en todo lo que hagas —pidió serio. Dejé de respirar por uno segundo, sintiendo como mis latidos se detenían, abrí la boca deseando prometérselo, no pude. Notó mi cambio de actitud, pegó su frente a la mía, dejando salir un suspiro—. Cuando se pertenece, Zinnia, no se ata, se acompaña y se siente la seguridad de lo que los une.

—No puedo verme sin ti —admití llorosa. Importándome poco estar en medio de aquel sitio donde todavía había comensales.

Negó sobre mí.

—No es lo que te estoy diciendo, yo tampoco podría. Solo avanza y no te detengas, iremos a la par, solo en lugares distintos, pero en el mismo mundo, con la misma esperanza, unidos por esto que sentimos, nada cambiará, confía, Colibrí.

Lo besé suavemente.

—Confío, pero duele —admití acariciando su rostro.

—Eso no lo podemos evitar, pero ese dolor que ya ahora sentimos no debe ser paralizante, solo eso...

—¿Cómo? —pregunté afligida, vencida. Negó alejándose, entrelazando nuestros dedos y guio a la salida, una vez fuera se detuvo, serio.

—No quiero que pienses ni por un segundo que lo que vendrá no me tiene aterrado, que no siento que abren mi pecho y sacan de él lo único valioso que tengo en esta maldita vida;

tú, porque no es así, lo siento cada respiro, pero también sé qué debo hacerlo, no por lo que crees, sino porque de eso depende poder vivir mi vida a tu lado, y eso me dará la fuerza para avanzar y no detenerme cada jodido día hasta que vuelva a verte, ¿comprendes? —declaró con esa convicción férrea tan suya. Me abalancé sobre él, me alzó enseguida, abrazándome.

—Lo haré, te lo prometo —solté al fin. Me apretó con más fuerza.

—Esa es mi chica —y me bajó, sonriendo al tiempo que me besaba fugazmente, con su iris oscuro, chispeante.

—Ahora vamos —me instó, sonreí limpiándome las lágrimas,

—Una carrera hasta allá, quien pierda... —pensé un segundo sin saber qué proponer. Soltó la carcajada, notando que ya no encontraba qué podría servirme para ello.

—Quién pierda le echará aire al otro cuando tenga calor, esto está infernal —y corrió sin detenerse.

—¡Ey, eso es trampa! —y salí disparada.

Al llegar a su lado estaba de pie en el último escalón que daba a la playa, parecía haberse quedado suspendido. Sonreí olvidando su treta. Me acerqué quitándome los mechones de cabello que debido al aire se colaban en mi rostro. Me coloqué a su lado, perdiendo la vista en lo mismo.

—El tronar de las olas hipnotiza —susurró buscando mi mano. Se la di dándole un apretón.

—Ven, quítate los zapatos —obedeció sin chistar, yo hice lo mismo. Bajé el peldaño al mismo tiempo que él, no avanzó más, bajó la vista hasta sus pies, moviendo los dedos, sonriendo ampliamente, jamás podría olvidar ese gesto; sus ojos se suavizaron, pequeñas arrugas aparecieron en las comisuras de sus torneados labios mostrando esos dientes perfectos—. A que es increíble —musité extasiada.

Se llevó las manos a su cabello, haciéndolo hacia atrás, ahora riendo.

—Más que eso —y arrugó la nariz. Eso era felicidad comprendí contemplándolo.

—Ven —me siguió lento, esparciendo la arena con sus pies. Frente al agua me detuve— Espera ahí, verás cómo se siente —le pedí deleitada en su descubrimiento.

Obedeció expectante, seducido por la sensación de su piel contra esos diminutos gránulos húmedos. De pronto el agua llegó hasta nosotros, retuvo la respiración un segundo y luego dejó salir un grito cargado de euforia. Reí al escucharlo, fascinada. Aventó agua con su pie, perdido en la emoción, luego con el otro. Gritando de nuevo.

—¡Uuuuh! —parecía un niño, me agaché y con la mano le aventé un poco, sonrió arqueando las cejas, notando el reto. Me imitó sin dudarle y minutos después corríamos sin detenernos, carcajeándonos, mojándonos sin cesar. Sin que lo viera venir llegó hasta mí, me tomó en brazos y comenzó a girar mientras yo me aferraba a él asustada, pero divertida—. ¡Esto es estar vivo! —gritó sin importar nada, a todo pulmón. Lo abracé escondiendo mi rostro en su cuello, beso mi cabeza, deteniéndose lentamente—. Pero ni siquiera el mar es más hermoso que tú, Colibrí —su voz era ronca, busqué sus ojos, esperaba que lo hiciera, nos miramos por unos segundos absorbiendo el momento.

—Bésame, Yek —le pedí ya sin poder esconder mi deseo que crecía como la marea en momento de tormenta. Gruñó por lo bajo e hizo lo que le pedí dejando salir todo sin limitarse.

Definitivamente eso era estar vivo.

Su aroma impregnado en cada célula, la sensación de paz total me hizo abrir los párpados. Me sentía exhausta, pero feliz. Lo primero que vi fueron sus ojos sellados bajo esas pestañas largas y espesas, oscuras, lucía tan inofensivo, tan tranquilo.

Sonreí lánguida disfrutando de la visión. Me hallaba a su lado, boca abajo y él también, solo que, con sus fuertes brazos bajo la blanca almohada y su cabeza sobre ella, girando hacia mí. No quise moverme para no despertarlo, sus labios gruesos entreabiertos, su gesto apacible. Dormía plácido.

El día anterior había sido sorpresa tras sorpresa, buenas, malas, pero la mejor; él. Cuántas cosas debíamos pasar aún y lo único que me daba certeza era ese sentimiento que su existencia generaba en mí.

El dolor de pensarlo lejos ardía, quemaba mis entrañas a un grado tal que seguro era físico. Amar así, el día a día, por lo que se es, y no poder cambiar lo que vendrá, es absolutamente frustrante.

No pude evitarlo y acerqué una de mis manos a su rostro, un rizo castaño cubría parte de su frente, lo hice a un lado con cuidado, enseguida sus párpados aletearon, era de sueño ligero, acostumbrado toda una vida a estar alerta, le había dejado esa secuela.

—Buenos días —musité sin moverme, deleitada al ver que al fin esos ojos oscuros y profundos se clavaban en mí. Sonrió apenas, complacido. Acaricié su mejilla con cuidado—. Eres hermoso, Yek...

Gimió ante mi tacto.

—Despertar así es lo mejor que existe —musitó extasiado.

—Nunca me cansaré de verte... —admití perdida en sus rasgos duros, simétricos, ya tan varoniles. Sacó una de sus manos, la acercó a mi espalda y comenzó a acariciarla logrando así que mi piel se erizara.

—Ni yo a ti —replicó clavando su mirada en la mía, con esa potencia que lo caracterizaba.

Más tarde hablé con mi abuelo, todo estaba listo para recibirnos. Desayunamos en la habitación, conversando sin cesar, luego decidimos dar un paseo por la playa.

—Esa ropa que usas, Dios, me tiene como en shock —musitó cuando íbamos caminando tomados de la mano. Él llevaba una bermuda sin camisa, el sol era duro por lo que yo insistí en ponerle protector antes de salir, aceptó sin queja, a cambio de que él pudiera hacer lo mismo.

Me sonrojé ante su comentario, era un short con una blusa blanca de algodón, simple la verdad.

—Me la regaló mi abuelo, no tiene nada de especial —admití acomodando un mechón de mi cabello.

—La ropa no, sino tú vestida con ella. Colibrí, cada vez que te veo me gustas más —expresó con fervor.

Me detuve riendo apenada, perdiendo la mirada en su torso tenso, marcado. Arquee las cejas colocándome frente a él.

—¿Me lo dices tú? Mírate

Bajó la vista hasta su abdomen. Sacudió el cabello divertido.

—Me alegra surtir el mismo efecto que tú surtes en mí...

Alcé el rostro para mirarlo a los ojos.

—Y no me has visto con los vestidos —le coquetteé sonriendo con picardía. Me pegó a su cuerpo de esa manera que me enardecía.

—Ahora ya no podré pensar en otra cosa, Colibrí —admitió con la voz ronca. Rodeé su cuello poniéndome de puntillas, aunque ni así lo alcanzaba.

—Tendrás que hacerlo, estamos en un lugar público —le recordé. Me tomó de pronto en brazos, negando.

—Eso tiene solución —y caminó conmigo a cuestas. Reí pataleando—. ¡Ya verás!

Merecen estos momentos, paz, amor; ellos. No será fácil, lo saben, así que comienza su semana... Zinnik están fuertes. Conoció el mar, jugaron, hablaron, discutieron y de nuevo se amaron. ¡Gracias por sus votos, comentarios y seguir leyendo!



Mi abuelo pasó por nosotros a mediodía, Yek lucía algo nervioso, pero amigable, y debo admitir que yo también. Sin embargo, deseaba que lo conociera más, que mi abuelo me viera como soy en realidad también.

Aún no lograba soltarme, me era tan difícil, pero sentía que con mi novio ahí, junto a mí, las cosas serían distintas.

Durante el trayecto no hablamos mucho, solo sobre nuestro descanso, y si habíamos comido, o tenido algún contratiempo. Ambos negamos con una media sonrisa.

Al llegar Nami apareció, sonriendo, le devolví el gesto aferrada a la mano de Yerik.

—Hola, Zinnia, te ves radiante —apuntó con picardía, estudiando un segundo después a Yerik, este sonrió apenas, saludándola con la cabeza de forma cortés.

—Hola, Nami... —musité apenada. Mi abuelo sonreía, relajado.

—¿No me presentarás a este muchachón? —me preguntó examinándolo de arriba abajo con clara aceptación. Yerik la observó sin comprender su actitud, pero como yo ya la iba conociendo asentí.

—Él es Yerik, Nami —lo presenté. La mujer sonrió abiertamente extendiendo su mano—. Ella es Nami, ayuda al abuelo con la casa, Yek —este correspondió al gesto, educadamente, pero más relajado.

—Un gusto...

—No, pues si el gusto es mío, Yerik —replicó soltando su mano y acercándose a mí con complicidad—. Con razón lo tenías escondido, Zinnia, yo hubiera hecho lo mismo —y se alejó como si nada.

Reí sin poder evitarlo, mientras Yerik parecía un tanto perdido, pero menos tenso.

—Venga, muchachos, vamos afuera... Nami se superó a sí misma y les preparó un banquete —declaró mi abuelo, entusiasmado.

—Gracias, señor —dijo Yek, a mi lado, sin soltar mi mano.

—"Señor"... ¿Ambos saben que hay actas de nacimientos donde nos pusieron nombres por algún motivo?

—Me cuesta trabajo eso —argumenté, siguiéndolo.

Este alzó la mano, quitándole importancia, como solía. Reí por lo bajo, Yerik observó mi reacción, intrigado.

—Abuelo me encanta, pero ya sabes, Octavio es mi nombre —y se giró casi al llegar a nuestro destino—. Y eso también va para ti, Yerik, ¿estamos? —apuntó ligero. Este asintió. Lucía ya más tranquilo, apreté su mano—. Ahora, tomemos asiento —y señaló la mesa llena de comida, mariscos, pescado y varias cosas más se extendieron frente a nosotros.

—¡Quiero esos platos limpios! —exigió Nami acercándose con pan en la mano.

—Se ve delicioso, Nami, no tenían que hacerlo —admití alegre.

—¿Bromeas? No todos los días llega a casa un chico así —y señaló a mi novio. Reí, mientras Yek bajaba la cabeza cubriéndose con la mano el cuello, ya un tanto apenado. Era gracioso.

—Nami, déjalo ya —la reprendió mi abuelo, divertido, sentándose mientras no instaba también a hacerlo.

—No digo nada malo, es la verdad. Pero anden, siéntense y disfruten, sé que les gustará —y me guiñó un ojo.

—Sé que sí —admití girando hacia mi novio—. Cocina delicioso, ya verás —dije alegre. Este sonrió mirándome deleitado.

En medio de un ambiente relajado, comimos, era imposible terminar con todo lo preparado, pero conforme los minutos pasaron, ambos nos fuimos soltando. Para cuando acabamos, Yerik reía por algún comentario de Nami, que nos había acompañado.

Fuera de mí, era casi imposible recordarlo así de relajado, quizá a veces con los niños, pero ni así bajaba del todo la guardia, no obstante, en ese sitio parecía estarlo logrando y es que no era tan difícil, había algo en el ambiente que no había notado hasta ese momento que invitaba a estar tranquilo. Incluso, gracias él, supieron que adoraba las galletas con un vaso de leche y que los frijoles no eran de mi total agrado. Que era buena corriendo, que en la escuela me habían invitado a participar en algunas competencias, aunque no preguntaron el motivo por el que no lo hice.

Mi abuelo aportó también a la inigualable charla, narrando anécdotas de las tiendas,

del mar, de los lugareños, explicándole a lo que se dedicaba y poniéndolo al tanto de cómo era la vida ahí.

Nos encontramos hablando de nuestros gustos, de algunos sueños incluso. Ellos parecían deleitados escuchándonos, notando nuestra complicidad en cada palabra dicha, en las miradas.

A media tarde nos dejó solos, argumentando que tomaría un descanso después de tremenda comida. Sin dudarlo caminamos por la playa, en silencio, en calma, solo agarrados de la mano, contemplando el océano, el sol, las nubes, todo.

—Quiero mostrarte algo, Yek —musité cuando regresábamos a casa, pronto anochecería. Subimos a mi habitación y del libro de Dickens, saqué la foto, se la tendí temblorosa. La tomó frunciendo el ceño—. Son mi familia, esa soy yo —y le señalé a la bebé que mi padre cargaba.

Abrió los ojos de par en par, perplejo.

—Dios, Colibrí, son muy parecidas. No puedo creerlo —admitió repasando a los integrantes de la imagen con sus grandes dedos.

Me senté en la orilla de mi cama, dejando salir un suspiro.

—Sí, ya lo he notado, me lo han dicho también. Pero... es tan extraño, la veo y veo más imágenes y no me siento parte, es como si fuese una película, no tengo un recuerdo, algo que me haga sentir parte de... —expliqué culpable.

Se acomodó a mi lado dejando salir un suspiro, sin soltar la fotografía.

—No digo que sea fácil, y eso recuerdos no regresarán, supongo, pero inténtalo. Tu abuelo te quiere, es un hombre inteligente y agradable, dale una oportunidad, no busques en el pasado, crea una historia nueva. La que tú y él elijan.

—No es sencillo, ya hay cosas detrás de mí. Mataron a mis padres, a mis hermanos —y señalé la imagen, con rabia, impotencia—. Alguien decidió que mi vida no fuera lo que debería haber sido.

—Zinnia —dejó la imagen en la cama, tomó mi barbilla e hizo que lo mirase—. Escúchame bien, si tú hubieras muerto en ese accidente, nada, absolutamente nada de lo que es sería.

—Obviamente, no estarías implicado en toda esta porquería, no habría muerto Clemente, no te estarían persiguiendo esos enfermos, no tendrías más de la mitad de esas cicatrices que te hiciste por defenderme... No te habrían golpeado y apuñalado hasta casi matarte —sollocé.

Gruñó molesto, poniéndose de pie.

Ya sé, estaba un tanto deprimida y no debía pensar de esa manera, pero era tan complicado.

—¡No sigas! —no le importó nada y subió el tono de su voz. Lo miré arrepentida—. Primero, saber qué fue lo que generó todo esto podría llevarnos la vida entera y jamás lo sabríamos, así que detente. Y segundo, si tú hubieras muerto mi vida se hubiese ido a la mierda desde hacía mucho tiempo, no te engañes. Soy lo que soy porque estuviste a mi lado, de lo contrario, me hubiera perdido, eso siempre lo he tenido muy claro. Tu presencia en mi vida me

detuvo de seguir drogándome, de embriagarme hasta perderme, de meterme en situaciones muy riesgosas donde créeme, no hubiera salido vivo, me dio motivos. ¡Lo entiendes! ¡Motivos! Cuando te conocí ya estaba hundido, tenía solo siete putos años. Y aunque te duela, Clemente de todas maneras no habría terminado vivo, ahí no hay esperanzas, ¡no hay nada! La historia de Rocío, y muchas más no habrían sido distintas.

Las lágrimas salieron de mis ojos en forma de sollozo, ahogándome. Yo solo quería que todo acabara, que pudiéramos ser unos chicos normales, con preocupaciones como las de mis primos, con un pasado como el de ellos.

—¿Por qué todo tiene que ser así?! —grité entre lágrimas—. ¡Por qué debes huir, separarnos! ¿Por qué no pude conocerlos?! ¿Por qué no siento nada al verlos? —terminé cubriendo el rostro con las manos, chillando sin control, rompiéndome en mil pedazos como sabía debía hacerlo con la única persona que me entendería y me diría la verdad, no lo que quería escuchar.

Me levantó de un movimiento envolviéndome en su cuerpo. Continuó:

—Y me siento una mierda porque tú lo estás pasando peor, porque a ti te persiguen, porque tú eres el que tendrá que huir, porque superaste lo de esa maldita mujer que te abandonó de aquella asquerosa manera, porque no vacilas y te levantas una y otra vez sin dudar. Me siento débil... —susurró aferrada a su camiseta.

—¿Cómo puedes pensar de esa forma, mi Colibrí? —musitó.

Me separó para que lo viera, sus ojos estaban también enrojecidos. Limpió con sus pulgares mis mejillas.

—Eres más fuerte que yo y no sé qué haré cuando no estés —confesé dolida. Sonrió al tiempo que dejaba salir una lágrima, negando.

—No lo soy, te lo aseguro, he escondido mis sentimientos, era lo mejor en ese entorno donde crecimos, pero no lo soy, sé que no. Tú eres fuerte, es hora de que lo asumas, de que lo creas, ¿te das cuenta de todo lo que has pasado y de que nunca hiciste algo para dañarte? En esa casa fuiste un referente para todos, te temíamos, todos te respetábamos, sabíamos que si hacíamos algo que nos dañara nos la veríamos contigo. Zinnia, eras una chiquilla de doce años y asumiste un rol de mucha carga, pero además, funcionaba, los niños gracias a ello estaban, dentro de lo que era posible, bien, Clemente no tienes idea de todo lo que hacía para que no lo olieras a cigarro, y luego lo dejó precisamente porque temía ser descubierto por ti. La fuerza, Zinnia, no tiene solo un significado, ni una manera de demostrarse, la fuerza es pese al dolor, al miedo, a la incertidumbre; seguir, no rendirse, avanzar, y eso tú lo has hecho, y lo habrías hecho sin mi presencia en tu vida, eso, mi Colibrí, es una absoluta verdad —declaró.

Volví a abrazarlo, sollozando.

—Te amo tanto, tanto, Yek.

—Imagina lo que tú generas en mí, hermosa —expresó con absoluta dulzura.

Busqué su boca y lo besé despacio, hipnotizada por su voz, por su presencia.

—Nada habría sido igual sin ti... Yek, nada.

Asintió pegando su frente a la mía.

—No, pero no te habrías ido por un camino errado, eso lo sabes, no por elección.

Quizá tenía razón, pero Yerik también funcionó de alguna manera como contención, lo cierto es que nunca me vi haciendo cosas que me pusieran en un real riesgo, ni idea de por qué.

—Ya viste de donde salió el color de mis ojos —cambié el tema, sonriendo con tristeza, pero intentando aligerar ese ambiente. Asintió con asombro, besando mi frente.

—Sí, tu abuelo, son iguales...

Confirmé tomándolo de la mano para que me siguiera al pasillo donde había más fotos. Se las mostré ya más serena, mientras él las observaba, atento.

Mi abuelo apareció minutos después, era imposible que no hubiera escuchado nuestra discusión, pero no dio señales de haberlo hecho. Me interrumpió cariñoso cuando le mostraba la de la abuela. La tomó sonriendo con amor y comenzó a narrarnos su historia con ella. Pronto nos encontramos en su estudio, con álbumes familiares abiertos frente a nosotros y con él contándonos lo que hasta ese día no me había atrevido a escuchar. Yek lucía fascinado, preguntando, observando, mientras yo iba colmando mi cabeza de momentos, de imágenes llenas de historia, de mi identidad.

Era extraño, pero con mi abuelo se mostraba muy receptivo, actitud totalmente atípica en mi novio, pues algo que lo identificaba desde siempre era lo reservado y poco comunicativo y expresivo, pero con él no lo hacía por agradar, sino porque parecía que genuinamente le caía bien, aunque también sospechaba que se trataba de mí, de abrirme el camino para que yo diera ese paso que había evitado. Lo cierto era que sí, debido a eso me sentía más lista para abrirme a él, a mi entorno, a mi familia. Eso haría que en su ausencia las cosas fluyeran mejor, así era Yerik, todo tenía un motivo sobre todo si se trataba de mí.

Por la noche merendamos ligero en casa y luego nos llevó al hotel. La mañana del lunes me convenció de que le mostrara las tiendas, y un poco de lo que conocía, acepté a cambio de ir al cine por la tarde, no se rehusó, al contrario. Mi abuelo, al vernos ahí, le dio un tour, luego caminamos por el malecón

Después decidimos ir a comer por ahí y al cine. Escogimos una película de dibujos animados que logró hacernos reír bastante, por la noche cenamos en la habitación en medio de besos y caricias, más tarde nos sumergimos en la tina y ahí conversamos por horas.

—Así que ese tal Dante es un idiota —musitó sin esconder su repulsión jugando con mis dedos adentro del agua. Me hallaba recargada en su pecho, lánguida. Ya le había narrado todo lo respectivo a ellos, a nuestros choques. Me encogí de hombros.

—En realidad creo que es un mimado... Igual Cecilia... Quizá yo hubiese sido igual de haber crecido con mis padres —reflexioné girándome un poco para verlo a los ojos. Frunció el ceño, negando.

—Imposible, aunque de todos modos me habrías gustado, mimada y caprichosa —murmuró como si fuese lo más obvio.

Le eché agua en el rostro, riendo por su forma de decirlo.

—Claro que no —reí—. Habría sido insoportable... —reviré. Me hizo girar para que quedara sobre él, divertido, aferró mi trasero sonriendo con doble intención.

—Esto de todas maneras me habría gustado —dijo alzando las cejas. Puse los ojos en blanco, quitando sus manos.

—¿Qué pasó con mi boca y mis ojos? —cuestioné con fingida indignación. Fingió meditarlo un segundo.

—Solo por ellos te habría raptado —soltó.

Me carcajeé negando.

—No es verdad...

—Oh, sí, créeme, te habría raptado para tenerte solo para mí y así enamorarte, porque lo mío ya sé que habría sido amor a primera vista —declaró alzando de nuevo las cejas con suficiencia.

—Pero eso es secuestro... —me quejé torciendo los labios.

—Sí, aunque no uno de esos torcidos, yo solo habría pedido a cambio que me vieras como me ves... —declaró. Lo besé con ternura.

—Siempre te he visto así —le recordé.

—Cierto, aunque no me lo pusiste fácil, de hecho, creí que no lograría que lo aceptaras, no sabes lo frustrante que fue.

—Ya te dije que me daba miedo, supongo, pero moría de celos cuando una de esas garrapatas se te pegaba —y entorné los ojos, acusadora. Acunó mi barbilla, serio.

—Quise matar a más de uno, Zinn, te lo juro.

—Golpeaste a algunos —le recordé.

—Pero solo porque no te respetaron, idiotas —rugió con rabia—. Yo guardándome las ganas de besarte y llegaban esos hijos de perra y lo hacían sin tu consentimiento, cómo podría reaccionar.

—Siempre que te veía me preguntaba por qué nadie me generaba lo que tú, por qué sentía esas hormigas aquí —y señalé mi estómago—. Veía tu boca, o que solo reías conmigo y me sentía poderosa. La verdad es que siempre me tuviste loca, Yek, desde niña.

—Esa es toda una confesión, Colibrí —expresó encantado.

—Ya lo sabías, no finjas —sonrió negando,

—Si lo hubiera tenido tan claro no habría sufrido tanto por tenerte, créeme —declaró con honestidad.

—No estaba lista, me habría asustado, en realidad agradezco que me permitieras darme cuenta sola —agradecí con el rubor en mis mejillas. Ahora él me besó fugazmente.

—Te conozco y sé que tus pasos siempre son certeros, pero a tu tiempo. Lastimarte no ha sido nunca una opción para mí, aunque sé que lo he hecho.

—Cuando me viste con Carlo, las primeras veces, también te herí, lo sé.

Desvió la vista, asintiendo. Acaricié su ondulada cabellera, húmeda.

—Era alguien que tenía otra realidad y supuse que eso te acabaría atrayendo.

—Con él siempre me sentí como una adolescente normal, pero nunca algo más, muy por encima de cualquiera siempre has estado tú.

Acarició mi brazo, para luego dejar su mano en mi cuello.

—¿Tienes una idea de lo que provocas cuando me dices cosas así? —preguntó con voz ronca.

Asentí consciente de su deseo. Me acercó hasta su rostro, despacio, sus pupilas ya se dilataban, de nuevo.

—¿Me lo muestras? —Le pregunté con ingenuidad, sonriendo ante su mirada feroz.

Se levantó de un movimiento jalándome hacia su cuerpo, ya no hablaba, enroscó su mano férrea en mi cintura, enredé mis piernas en su cadera, gimiendo ante el roce de sus labios en mi cuello. Un segundo después ya estábamos sobre la cama.

—Te lo mostraré —advirtió devorándome.

Saciados y agotados permanecimos sobre el mullido colchón. Las horas iban pasando, lo sentíamos, por lo que estirar la liga de nuestros momentos era una urgencia. Me habló de cómo se dio cuenta de lo que sentía por mí, de algunas de sus muchas aventuras con Clemente, o Lilo, de las ganas que teníamos de ver a los niños. Sin percatarnos, caímos rendidos.

La mañana siguiente decidimos permanecer ahí, recorrimos el hotel, jugamos en la orilla del mar y más tarde mi abuelo nos invitó a cenar.

La semana estaba pasando muy rápido, pronto sería sábado y sabíamos que a mediodía se iría a San Francisco. La mañana del miércoles nos adentramos en internet, investigando un poco de aquel sitio, al salir compramos un helado cuando escuché mi nombre. Yerik arrugó la frente, intrigado.

—Prima... —musitó Cecilia a unos pasos de mí. Dejé salir un suspiro de hastío. Enseguida estaban frente a mí Dante, ella y aquel chico que apareció en mi recámara el día que me desvanecí ante la bienvenida, meses atrás. No recordaba su nombre.

—Hola... —saludé sin ganas, mientras mantenía la mano de Yerik aferrada, él de inmediato supo de quiénes se trataban por lo que siguió probando su helado con fría indiferencia proyectando eso que tan bien sabía provocar en los demás; amenaza.

El trío nos estudió con cautela, intrigados, y debo agregar que mi prima se centró más en él, cosa que no me agradó en lo absoluto.

—Vienes acompañada, creíamos que no le hablabas a nadie —apuntó Dante, mirando nuestras manos unidas, arqueando una ceja.

—Te equivocaste, ya te dije que no me conoces —le recordé.

—¿Nos presentas, Zinnia? —habló Cecilia, mostrando una sonrisa superficial, coqueta.

—Soy Yerik, el novio de Zinnia y ustedes deben ser Cecilia y Dante, ¿cierto? —intervino. No comprendí su actitud, les dio la mano a ambos, incluso al último chico que supe se llamaba Niclas. Me acomodé un rizo tras la oreja, sin saber qué decir.

—¡Sí, somos sus primos! Pero no sabíamos de ti, menos que tuviera novio —admitió ella, acercándose un poco más. Rugí por lo bajo, mirándola con advertencia, pero no fue necesario más porque Yek rodeó mi cintura, besó mi cabello y luego dejó salir un suspiro.

—Bien, pues ya saben —zanjó de nuevo comiendo de su helado.

—¿Vives aquí? Es raro porque nunca te habíamos visto —indagó Dante, cruzándose de brazos mientras Niclas me observaba en silencio.

—Crecí con Zinnia —respondió sin titubear.

Mi primo abrió los ojos de par en par.

—¿Estás de visita? Podríamos hacer algo, ¿no?

—No —terminé con la conversación—. Solo estará unos días y se va, así que...

—Zinnia, quedaste en poner de tu parte —me recordó Cecilia con voz dulce, pero obviamente lo que deseaba era contemplar un poco más a mi novio que lucía tan él, logrando así que mi primo tomara de la mano a su hermana.

—Creo que mejor otro día —intervino Dante, que por mucho que intentaba, no lograba dejar de ver a Yerik. Casi suelto la carcajada.

—Sí, otro día.

Cecilia hizo un puchero, y de pronto fui más consciente de la mirada de Niclas sobre mí. Sus cejas doradas las mantenía arrugadas y sus ojos celestes me inspeccionaban con insistencia. Yerik lo observaba fijamente, tenso, serio.

—Nos vemos —finalicé el encuentro de forma abrupta, y nos alejamos en silencio.

Minutos después me detuvo, confundido.

—¿Qué pasa? —quiso saber, arqueando una ceja.

—Lo que te dije, no me interesa conocerlos más... —admití. Yerik negó sonriendo.

—Pero son tus primos...

—Y tú te portarás amable con todo aquel que me sonría para que cuando te vayas no me sienta tan sola, ¿no? —Lo delaté cruzándome de brazos, molesta.

—Detecto otra cosa aquí, Colibrí —reviró.

Entorné los ojos.

—¡Sí! Cecilia te comía con la mirada, ni de loca te quiero donde esté ella. Punto. Fin de la conversación —pretendí avanzar, pero me tomó por la muñeca, circunspecto, pegándose de una a su pecho.

—Ese tipo no te quitaba los ojos de encima, lo notaste, lo sé —gruñó. Asentí acalorada, de por sí el clima no ayudaba, aunado a eso, peor.

—Pero yo ni lo conozco, además, me importan una mierda cualquier chico que no seas tú.

—Y a mí me importa una mierda cualquier chica que no seas tú.

—Bien —zanjé notando mis celos absurdos, lo cierto fue que comprendí lo que ocurriría cuando no estuviéramos juntos, cosas como esas sucederían y yo no estaría tomada de su mano. La pura idea me hacía desear gritar de rabia.

—Ya sé por dónde vas, y yo pienso exactamente lo mismo, Zinn —explicó afligido. Recargué la frente en su pecho, frustrada.

—Los días acaban, deseo que se queden suspendido, que no avance el tiempo y cada minuto pasa más rápido que el anterior —me rodeó con suavidad.

—Y no podremos hacer nada para que eso cambie, Colibrí.

Dejé salir un sollozo.

Necesitaba no pensar en ese momento, no evocarlo, no imaginarlo, pero cada paso dado dolía porque sabía que se acertaba nuestro tiempo.

Jueves y yo ya me sentía explotar. Necesitaba que existiera alguna pócima para que las malditas agujas del reloj no siguieran su curso. Dos años, quizá tres, sin contacto, sin hablarnos, sin saber nada de nosotros, quizá por medio de ellos, pero no sería jamás lo mismo.

Estaba acostumbrada a su presencia, a lo que generaba su vida al lado de la mía y no tenía una jodida idea de cómo podría superar los días eternos que vendrían sin él.

Esa madrugada desperté sudando, ansiosa, de nuevo esas pesadillas, ese cúmulo de momentos que explotaban frente a mí como burlándose. Me erguí sudorosa, alterada, temblando me percaté de inmediato de que él no estaba ahí. Intentando respirar de manera acompasada, buscando de alguna forma no ahogarme por la angustia, lo busqué con la mirada.

La penumbra me envolvía, al dirigir la atención hacia el balcón, algo cabalgó aún más fuerte en mi pecho. Me puse su camiseta que terminó a los pies de la cama y salí. En cuanto percibió movimiento, giró, aferraba el barandal con fuerza, solo llevaba su bóxer, su cabello se mecía por el aire. Dejé salir el oxígeno de mis pulmones, nerviosa, rodeando mi cuerpo. Enseguida notó mi rostro húmedo, mi actitud.

—¿Pasó algo? —se acercó preocupado. Negué abrazándolo con fuerza, llorando de nuevo sin contenerme. Correspondió a mi gesto sin hacer más preguntas, solo sosteniéndome, besando una y otra vez mi cabeza.

—¿Por qué estás fuera, Yek? —logré hablar, absorbiendo al fin el llanto. Resopló encogiéndose de hombros, negando con la cabeza, soltándome.

—No podía dormir —admitió acercándose de nuevo a su posición, me ubiqué a su lado.

—¿Qué sientes? —quise saber, con voz cortada, perdiendo la vista en la noche estrellada, en la oscuridad del mar rugiendo, de las luces que se veían en la bahía.

—No sé, no creí estar en este momento, viviendo algo así —admitió inescrutable, pero tenso—. Siento que al dejarte perderé algo de mí. Que si sigo así quedaré sin alma...

—susurró. Negué dejando salir un sollozo—. No caeré, no puedo hacerlo, sin embargo, siento que me estoy consumiendo —y giró, hice lo mismo. Lucía agobiado. Se pasó una mano por el cabello, jalándoselo un poco para luego soltarlo—. ¿Cómo te mantengo atada a una promesa si la vida nos ha demostrado que nada está escrito, que nada sale como pensamos? ¿Cómo te pido que esperes si no sé si lograré salir de esto? ¿Cómo te prometo nada si ni siquiera sé lo que ocurrirá con mi vida la siguiente semana? ¿Cómo? —y sus ojos se tornaron vidriosos. Cada una de sus palabras iba creando un surco en mi corazón, en cada latido, en mi mente.

—Yek —entre lágrimas intenté hablar, negó con firmeza.

—Esta jodida realidad me alcanza, Zinnia, comprende lo que estoy intentando decirte. No sé qué ocurrirá conmigo, cuánto tiempo pase para volver a verte de frente, no tengo una jodida idea de en qué tendré que convertirme para pasar todo esto...

Aferré su rostro con fuerza, buscando que me mirara.

—Siento el corazón roto, y duele como los mil demonios, pero no nos harás esto, no lo permitiré. Te amo, me amas, harás lo que debas, y estaremos bien, de alguna forma lo haremos —chillé intentando sonar convencida, entendiendo por donde iba su cabeza.

—Tu realidad ya no soy yo, ya no lo seré por mucho tiempo, debes soltarme y seguir, vivir lo que se te arrebató, ser una chica de 18 años que tiene el mundo a sus pies. No es sano que aguardes por mí, no debes hacerlo —dijo rompiéndose. El llanto se atascó en mi garganta saliendo a modo de gemido lastimero, mientras notaba sus mejillas húmedas. Sentía como si me hubiesen dado un golpe en el estómago dejándome sin aire, fue tan fuerte que

incluso me doblé, negando, retrocediendo.

—No quiero escucharte, no lo haré —jadeé llorando sin control.

—Colibrí, date cuenta de que las cosas pueden complicarse, de que estoy implicado...

—Pero no fue tu culpa.

—Pero lo hice, ¡lo hice, carajo! Vendí droga por más de un año, eso es real...

—Tuviste que hacerlo —lo defendí de si mismo.

—¿Eso en qué cambia las cosas? Lo hice, bajo los motivos que quieras, lo hice.

—¡Era eso o vendernos! Deja de hacernos esto, para por favor —y de pronto sentí como la comida en conjugación con los ácidos provocados por el miedo, subían por mi tráquea. Me adentré corriendo hasta el baño, llorando, incrédula. Cuando devolví todo lo que mi sistema rechazó, me acerqué al lavamanos para limpiarme. Él aguardaba ahí, preocupado, con el rostro desencajado. Lo miré por el espejo con profundo dolor. Hizo ademán de acercarse, lo detuve alzando mi palma temblorosa.

—No estás bien...

—Tú me tienes así —zanjé lavándome el rostro, la boca, un segundo después, sin tantas fuerzas pasé a su lado, me senté en la cama con la cabeza apuntado a mis pies.

—Zinnia —alcé el rostro, rabiosa.

—No me lastimes de nuevo, te lo dije cuando apareciste, porque si lo haces convertiré lo que siento por ti en odio, me dedicaré a eso cada maldito día y no será más sencillo que amarte, esperarte. Así que decide ahora, Yerik, o lo enfrentamos juntos o me largo ahora mismo de aquí. No quiero que decidas por mí nunca más, porque si lo haces jamás volveré a creerte —cerró y abrió los puños varias veces, sopesando cada una de mis palabras.

—Solo quiero que te sientas libre y no atada, que si...

—Que si me gusta alguien más lo deje entrar, ¿eso quieres?

Tensó la mandíbula, al tiempo que su mirada se tornaba oscura, peligrosa.

Me levanté asintiendo, con el corazón desgarrado, no permitiría de nuevo eso. Me acerqué al armario con la intención de irme, la rabia y el dolor jugaban en mi sistema de una manera cruel. No podía estar ocurriendo, simplemente no.

Estamos a punto de acabar esta parte, un capítulo más, Zinnia continuará la narración de la parte 6. No es fácil todo, la historia compartida y la realidad. Sabemos que lo que dice Yek es real, como también lo que ella argumenta, pero esto los está aplastando. Aguantemos. ¡Gracias por votar, comentar y seguir acá!



De pronto sentí sus manos enroscadas en mi cintura, de un movimiento me hizo girar y me besó con ardor.

—No, no quiero eso. ¡Por el infierno que no lo puedo siquiera pensar! —rugió. Me separé un poco, llorando, él también lo hacía—. No quiero decidir en tu vida, solo quiero que sepas algo...

—Ya no —gemí agotada, sudorosa. Tomó mi barbilla sin importarle.

—Sí, debo hacerlo. Si en algún momento lo que sientes ya no es como ahora, no sufras, de alguna forma estaré bien, si sé que tú eres feliz —prometió con convicción. Hipeé, notaba lo mucho que le dolía decir aquello.

—A ti también podría ocurrirte —argumenté temblando. Asintió—. Tampoco quiero que sufras si sucede, porque al igual que tú, si te sé feliz, estaré bien —aseguré.

Pegó su frente a la mía clavando sus potentes ojos en los míos.

—Lamento haberte puesto así, es solo que...

Lo silencé comprendiéndolo mejor de lo que imaginaba.

—Es solo que temes lo mismo que yo.

Cuando un agujero se abre justo bajo los pies, no hay mucho para donde correr, porque este avanza y te absorbe, huir no servirá, rendirse mostrará debilidad y, aun así, no valdrá, entonces, ¿cómo enfrentar el inminente dolor con coraje? ¿Cómo aceptar que te adentrarás en él y que no tienes idea de lo que ahí te toparás? ¿Cómo aferrarse a algo cuando no existe salvo un hilo frágil del cual sujetarse?

No teníamos respuesta para ninguna pregunta que surgiera, lo único real era que estábamos juntos, ahí, y que necesitábamos creer que nuestros caminos se unirían de una manera permanente al final de todo aquello.

Abrí los ojos adolorida. Nos hallábamos en el balcón, recostados en una tumbona, yo sobre su cuerpo, él rodeando mi cintura. Después de aquella horrible conversación nos salimos en silencio, nos recostamos y vimos salir el sol. Al moverme despertó, tallándose el rostro. Lo tomé de la mano para que regresáramos a la cama.

—Hoy solo quiero que no me sueltes —musité cuando me acurrucaba a su lado.

—Nunca lo haré, Colibrí —y me rodeó con dulzura.

Ese día acabó por mucho que me quejé. Anduvimos por los jardines, por la playa, intentando reír, intentando gozar, intentando borrar de nuestra mente lo que era inminente. Nuestros labios no encontraban motivo para separarse, los momentos desprovistos de palabras fueron los reinantes.

Por la tarde permanecemos sobre la arena, viendo al sol ocultarse, permitiendo que el agua humedeciera nuestra ropa, yo acurrucada entre sus piernas, ambos besándonos en cada momento, tocándonos, amándonos.

El viernes desperté con nuevos bríos, quedaban pocas horas a su lado por lo que no las deseaba pasar dentro de esa bruma cargada de nostalgia y dolor.

—Entremos a la piscina —propuse al desperezarnos. Sonrió negando.

—Te debe faltar descanso, ni tú ni yo sabemos nadar —me recordó, estudiando mi actitud. Me encogí de hombros.

—No dije que nademos, pero podemos entrar en las partes que no son tan hondas, o quizá jugar un poco a la orilla del mar... ¿Qué dices? —lo alenté de pie frente a él, sonriendo, ansiosa.

—¿Hay posibilidad a replica? —quiso saber entornando los ojos, divertido. Negué sonriendo. Me tomó por la cintura y me sentó sobre sus piernas—. ¿Quieres un día de solo sonrisas? —adivinó acariciando uno de mis muslos.

—Podemos intentarlo —sugerí. Asintió estando de acuerdo.

—Podemos...

Minutos después cuando me vio con el bañador de dos piezas que mi abuelo me había comprado hacía tiempo, abrió los ojos de par en par, rascándose la cabeza, aturdido. Reí al ver su actitud.

—¿Qué dices? ¿Cómo se me ve? —y comencé a dar vueltas para mostrárselo. En uno de mis brincos me interceptó, me alzó hasta que mi abdomen llegó a su rostro.

—Digo que el mar puede esperar un poco, Colibrí —y comenzó a besarme.

Una vez en la playa, pasó uno de esos chicos que venden cosas, compramos algunos juegos de niños para la arena y justo en la orilla comenzamos a hacer figuras, unos pequeños que por ahí estaban se nos unieron. Reímos sin cesar, olvidando de manera consciente lo que al día siguiente ocurriría, mirándonos todo el tiempo con deseo, con promesas. Comimos ahí, luego nos metimos en una de las piscinas que no era muy honda. El agua era deliciosa, con él rodeando mi cuerpo, aún mejor. Para el anochecer estábamos rendidos, pero a la vez más despiertos que nunca.

Al llegar a la habitación las chispas de deseo ya casi eran visibles de tan potentes que se sentían. Tomados de la mano, mirándonos con deleite nos adentramos en la ducha. Lo lavé, me lavó, sin besamos, solo tocándonos de forma inocente. Cuando acabamos nos secamos sin soltar la mirada, luego él corrió las persianas, dejó un par de luces tenues y se acercó a mí despacio.

Verlo así, con sus rizos húmedos, con su torso desnudo, con esos movimientos cargados de seguridad, era un aliciente tan fuerte que me encontré ahí, de pie, expectante, incluso nerviosa por su mirada. Cuando me tuvo cerca sonrió con triunfo al percatarse como aferraba la toalla, como mis mejillas lucían enrojecidas. Cuando lo tuve a unos centímetros bajó su rostro hasta el mío, acariciando con su aliento mi piel que ya estaba erizada, expectante.

—Hoy quiero pertenecerte, quiero que me pertenezcas, Zinnia —murmuró a manera de juramento. Pasé fuerte ante su voz cargada de esa pasión que leía en su manera de verme, de tocarme.

Y fue así... Gemidos, jadeos, ruegos, su aliento por toda mi piel, mi ansiedad por sentirlo también, la necesidad de que cada segundo contara, quedara en nuestra mente como un recuerdo latente de lo que era sentirnos de ese modo.

Yek me llevaba al cielo, a los límites de la mesosfera, lograba que tocara los confines de mi pensamiento, para luego regresar y reinventar mis terminaciones que estuvieron más de una vez a punto de colapsar. Unirnos solo logró que emitiera gritos cargados de asombro, él, rugidos repletos de necesidad. Explosión luminiscente emergió con cada movimiento, con lo que implicaba el momento. Gloria total al dejarme llevar como nunca imaginé se podría lograr.

Tener alas y volar con fuerza, con energía, barriendo con el vigor del aleteo todo a nuestro alrededor, a su lado, uno dependiendo del otro en un irrefrenable vaivén que solo tenía como motivo ser lo que ambos necesitábamos; el motivo de las horas, de los segundos, de nuestra vida.

Horas después seguíamos despiertos, yo sobre él, besándonos, tocándonos, memorizando cada sensación que generaba nuestra cercanía, jugábamos con nuestras manos, uníamos nuestras frentes, susurrándonos todo el tiempo lo que sentíamos, lo que era tenernos.

Mi corazón conforme los minutos pasaban se iba comprimiendo, al punto que dolía. De la mano, caminamos hasta el balcón, yo cubierta por una camiseta, él solo con su bóxer me rodeó para que quedáramos frente al horizonte que comenzaba a clarear. Las mejillas las sentí

húmedas, sus brazos torno a mi cintura, su aliento al lado del mío, observando lo mismo.

—Ese sol, cuando nazca, cuando se oculte, será nuestro momento... Al verlo, te veré, y cada día que pasemos lejos, él nos recordará que siempre hay un nuevo comienzo, que estamos vivos, que esto no se acabará.

Un sollozo ahogado escapó de mis labios, me giré, llorosa. Buscó mis ojos, nostálgico.

—Cuando lo vea, sabré que pese a todo estás a mi lado, aunque duela, aunque llore, lo nuestro no acabará —declaré. Mordió con dulzura uno de mis labios, al tiempo que buscaba una de mis manos y la entrelazaba con fuerza.

—La eternidad, Colibrí, solo eso.

Asentí notando como de su mirada salía aquel líquido cristalino descendiendo despacio por su mejilla.

—No necesito más... —y lo besé de nuevo.

Amaneció y no quería soltarlo, no podía, por mis mejillas las lágrimas surcaban, su mirada dura no dejaba de perderse en mis rasgos, acariciando mi rostro. Un par de horas más tarde no tuvimos más remedio que incorporarnos, el teléfono de la habitación nos sacó de nuestro trance, de esa burbuja en la que nos encerramos por horas y horas sin importar absolutamente nada más que nosotros, lo que sentíamos, el amor que nos envolvía como a una pompa de jabón indestructible, impenetrable, sólida, hecha de nuestras vidas unidas.

Él respondió, sabíamos quiénes serían. De pie, a su lado, esperé a que colgara. Asentía serio, respondiendo solo monosílabas. Al terminar se llevó los dedos al puente de la nariz, cerrando los ojos.

—Ya está todo listo, debo salir a San Francisco a mediodía. En una hora nos veremos abajo, tu abuelo llegará aquí por ti, después...

Rodeé su cintura llorando con ganas. Me abrazó con fuerza.

—No puedo, Yek, no quiero, no puedo —me aferré con mayor vehemencia. Mi corazón dolía como si lo estuvieran quemando con una cerilla directamente, no lograría respirar con normalidad. Caminó hasta uno de los sillones conmigo enganchada a él, se sentó y me acomodó en sus piernas, sus ojos expresaban una tristeza honda, recalcitrante.

Gemí de dolor.

—Puedes, puedes porque si no es así, yo no estaré bien. Lo prometiste —me recordó. Negué llorando besando su mejilla por un segundo, dejando ahí mi rostro, aferrada a sus hombros.

—Me quemo.

—Yo también, Colibrí —dijo tomando mi rostro entre sus manos para que lo mirase—. Estos días hablamos mucho, dijimos lo que debíamos y está todo claro. Las promesas quedaron selladas, también claras. Solo ten presente que esto es por nosotros, por los niños, por la posibilidad de un futuro como lo soñaste, ¿lo recuerdas? Jamás olvidaré esa noche cuando me dijiste en aquel lugar, mientras lavábamos el piso, que deseabas caminar de la mano conmigo, en un parque, adultos, en paz y comprendiendo que todo lo que habíamos vivido debía suceder para estar en ese momento al fin —susurró. Sollocé al recordar esa escena tan lejana, pero que escondía tantos significados—. Este soy yo haciendo todo para que eso suceda. Esta eres tú

luchando para que así sea –decretó con firmeza, aunque con lágrimas, mirándome fijamente. No quería que dudara, que flaqueara. Asentí limpiándome las mejillas y luego las suyas.

—Nos pertenecemos, Yerik, tienes mi ser en el tuyo –y coloqué una mano sobre su corazón—. Cuidate porque eres parte mí... Te amo más allá de lo que podré algún día llegar a comprender, pero con fuerza, con toda mi vida. Estaré aquí, viviendo, pero esperándote, cada momento, cada hora, cada día. No me olvides, no me alejes y regresa a mí –le pedí con la voz quebrada, sus ojos dejaron salir de nuevo un par de lágrimas, asintiendo.

—Viví por ti, regresaré a ti, te lo juro —Unimos nuestras manos y con los rostros húmedos nos besamos.

Me levanté unos minutos después, sorbiendo el llanto que amenazaba con ahogarme, pero no era el momento, me necesitaba fuerte, de pie, lo haría por él. Saqué algo de mi equipaje. Lo observó desde el sofá, intrigado, al acercarme, se lo tendí.

—Son los libros que tuvimos que dejar en casa de Lolita, los encontré de nuevo y en cada uno dejé algo mío, además de las dedicatorias que tenían los otros, unas fotos.

Los tomó tembloroso, quitándose las lágrimas con el dorso del brazo. Los abrió con cuidado, mientras yo lo observaba, expectante, con el corazón pesando en mi pecho con cada segundo que transcurría. Era como si supiera que una vez que se fuera se apagaría y no volvería a encenderse hasta que regresara y tomara mi mano de nuevo.

Sacudió la cabeza, asombrado.

—¿Cómo sabías que en algún momento me los darías? –quiso saber, mirándome con devoción, con dolor. Me encogí de hombros restándole importancia.

—Tu lugar es a mi lado, de eso nunca tuve duda, regresarías a mí –admití con certeza. Se levantó de pronto, me tomó por el cuello y me besó con brío, ansiando llegar aún más hondo de lo que ya había logrado llegar.

—No la tengas, ese es único lugar a donde pertenezco.

Lo abracé por unos segundos. Después lo insté a que los viera. Al abrirlos sacó una foto mía, me ruboricé cuando la levanto, sonriendo complacido. Me había costado tanto fingir una sonrisa, eso sin contar que no tenía mucha idea de cómo se usaban las cámaras de los móviles, pero gracias a una chica que trabajaba con mi abuelo lo logré e incluso imprimió dos más que en ese momento contemplaba, absorto, recorriendo con su índice mi imagen. Aproveché el momento, de repente despabilándome, tomé mi celular y comencé a tomarle fotos.

Sonrió al ver lo que hacía.

—¿Es en serio? –quiso saber, incrédulo.

—Sí, nos tomamos muy pocas estos días, no eres fácil para eso, así que anda, tú sigue que yo estoy buscando la manera de hacerme esto menos difícil –expliqué.

Sacó un par de separadores que yo misma hice, con frases sueltas que solíamos decirnos. Se pasó una mano por el rostro, un tanto descompuesto.

Ambos estábamos intentando tomar las cosas de la mejor manera, pero ardía como si un volcán estuviera dejando salir su lava sobre nuestras cabezas. Hojas sueltas con pensamientos que iban dedicados a él, a esa ausencia que me comió por tres meses. Algunos pétalos secos, y una pulsera de cuero negro que había conseguido de uno de esos vendedores

ambulantes y me pareció perfecta para él.

—Gracias, Colibrí. Yo también quiero darte algo —anunció. Arrugué la frente dejando el celular sobre la cama. Enroscó sus dedos en lo míos y me condujo hasta donde estaban sus cosas, de entre su ropa saco una libreta de cubierta rígida, oscura. Me la tendió. Serio—. Mientras no estuve contigo, escribí, fue una forma de mantenerte a mi lado, de sentirte cerca. Quiero que lo guardes hasta que regrese y podamos escribir juntos lo siguiente.

Lo abrí, aguantar el dolor instalado en la garganta ya era tan complicado. Versos y más versos aparecieron frente a mí, cada uno con fecha. Dejé pasar las hojas, eran muchos. Abrí la boca, asombrada.

Solo pienso

en infinitos momentos.

Solo generas

sentimientos eternos.

Alumbras mi alma,

diluyes mi rabia

Paraíso en el infierno

cuándo te tengo

Luz de mi interior,

cómo te anhelo.

Con lágrimas rodando lo leí en voz alta. Un segundo después lo cerré, negando, en pleno llanto. Me abrazó con fuerza.

—Estaremos bien —musitó. Asentí pegada a su pecho, escuchando esos latidos que jamás podría confundir.

Minutos después tuvimos que despedirnos de aquel lugar, salimos de la habitación abrazados, cerrando con aquella puerta parte de nuestro mundo interno. Dejamos las maletas en recepción, aun no estaban esperándonos, faltaban algunos minutos. Corrimos prácticamente hasta la playa, junto al oleaje nos detuvimos. Aspiró con fuerza, cerrando los ojos, apretando mi mano.

—Cuídanos, danos fuerza, regálanos un futuro juntos. Haz que suceda —pidió con fe. Cerré los ojos, imitándolo.

—Cuídanos, danos fuerza, regálanos un futuro juntos. Haz que suceda —me dio otro apretón. Un segundo después nos abrazamos, para enseguida separarnos y así poder contemplarnos. Acarició mi rostro con sus dedos, delicadamente.

—Haz lo mejor que puedas, ábrete, toma lo que se te está dando, vive, ¿sí?

—Solo si tú haces lo mismo —sentenció aguantando el llanto.

—Haré lo mejor que pueda, este tiempo haré que valga.

—Entonces aquí te espero, Yerik.

—Regresaré por tu boca, Zinnia, por tus ojos, por mi alma, que quedará aquí, contigo.

Minutos después, sintiendo que la tierra se abría bajo mis pies, llegamos al lobby, ahí ya estaba mi abuelo, mi tía y la pareja que ayudaba a Yek. Nos saludamos sin poder esconder el desasosiego que nos embargaba, que se apoderaba de cada molécula en el aire, de cada célula de nuestro cuerpo.

Era aterrador.

Nos indicó Elina con un gesto de su mano que nos sentáramos en una salita algo privada, todos acataron la petición. Germán se ubicó a su lado, serio, observándonos con tristeza pues no soltábamos nuestras manos, no nos separábamos siquiera un milímetro. Él hablaría.

—Zinnia, Yerik, llegó el momento. Deben ser fuertes. Logramos, con esfuerzo, que puedas salir del país con documentos reales. En San Francisco el padre de Frida ya te espera. Allá harás una vida lo más normal posible, aprenderás muchas cosas si así lo deseas, esto puede ser toda una oportunidad para ti. Sabemos que duele lo que está por venir, más aún porque no podrán comunicarse, ningún nexo a partir de ahora es importante. Esas mujeres que los criaron tienen una larga lista de crímenes, pero como les comentamos, hay mucho en juego, no será sencillo y en la medida en que no los asocien, mejor. Por otro lado, la situación de Yerik será compleja pues hasta que no quede esclarecido todo esto, él será buscado ya que será una pieza clave para hundirlas, sí, pero a la vez será perseguido por la contra parte, eso lo pone en peligro.

Me tapé la boca con mi mano libre, asustada. Mi novio apretó mis dedos, sin verme, atendiendo cada una de esas palabras que se decían.

—Lo que deseamos es que su nombre se mencione lo menos posible, que el tema no circule torno a ustedes, sino en todo lo que hemos descubierto. Pero no podemos arriesgarnos, tardará en llegar a su destino, porque una vez dentro de Estados Unidos, hará recorrido en camión, es lo mejor, ya te daremos indicaciones. ¿Queda claro? ¿Tienen dudas?

—Sí, ¿qué ocurrirá con los niños que ahora viven ahí? —preguntó Yek. Elina asintió.

—En cuanto empiece el juicio, serán reubicados —informó. Negué en desacuerdo.

—No, esos lugares son siempre iguales —reviré. Frida me miró con tristeza, mis labios temblaban.

—Se irán a uno de los albergues que Yerik conoció, no todos son como en el que crecieron, Zinnia —explicó con dulzura. Mi corazón aún no lo aceptaba.

—¿Podría verlos? —pregunté. Mi abuelo dejó salir un suspiro, parecía que lo esperaba, pero no por eso le agradaba.

—Zinnia, tu caso es diferente al de Yerik. Sí, podrás verlos.

—Hija —giré hacia mi abuelo, temblorosa—. No haré un juicio. He hablado con tu tía, con abogados, no hay mucho que pueda hacer sin ponerte en riesgo y no lo permitiré, no de nuevo, no con todo lo que ya has vivido. Además, si gana Germán, esas personas que mataron a... bueno, ellos, saldrán a la luz, implicados. Necesitaba que lo supieras.

Asentí comprendiendo. Todo era parte de lo mismo y estaban buscando de todas las maneras posibles protegernos.

—Estarás bien, estaremos bien, Colibrí —musitó a mi lado Yek, importándole poco

donde estábamos, agachando su rostro hasta el mío. Sus ojos estaban rojos, los míos derramaban lágrimas de impotencia, de dolor, de ausencia.

—Aquí estaré, haré que valga cada segundo, pero regresa a cumplir tu promesa, Yek —susurré perdida en su férrea mirada. Acarició mi mejilla con suma ternura.

—Eso es mi fin, tú siempre has sido mi motivo —declaró. Pegué mi frente a la suya.

Toda una vida compartida, creciendo, aprendiendo, curándonos, ayudándonos, compartiendo, amándonos y debíamos alejarnos sin desearlo, con nuestros sentimientos expuestos, con el amor tan intenso, tan vivificante.

—Chicos, es hora —anunciaron poniéndose de pie. Un sollozo ahogado emitió mi pecho sin permiso, pero no podía acallarlo.

Caminamos en silencio hasta la entrada del hotel, una camioneta grande los esperaba. Mi tía besó mi frente, robándome un poco de atención.

—Estaré en comunicación contigo, sé fuerte, han pasado mucho y esto no ayuda, pero si todo sale bien, como planeamos, tendrán un futuro que muchos anhelan y pocos logran, Zinnia —dijo con bravura. Asentí entendiendo, pero desgarrada por dentro.

Germán y Frida se despidieron y subieron, mientras mi abuelo se acercaba y estrechaba su mano con firmeza, mirándolo fijamente.

—La cuidaré, estará bien. Jamás tendré las palabras para agradecerte todo lo que hiciste por ella, que, aunque sé que lo hiciste por amor, debo dártelas. Nada me gustará más que verte aquí de regreso, limpio y en otras circunstancias, lo mereces, Yerik.

—Gracias, señor Octavio, pero ella ha hecho mucho más por mí. Regresaré, Zinnia es mi hogar —musitó con seguridad. Mi abuelo sonrió asintiendo.

—Lo sé. Qué Dios te bendiga —y se alejó dándonos un momento.

Uno frente a otro, nos miramos fijamente, como si el tiempo se hubiese detenido y solo existiéramos nosotros. Aferrados nuestras manos unidas, con la potencia de nuestra conexión, ahí, circulando entre ambos.

—Te amo, Colibrí —habló primero. Me tragué el llanto, no quería que esa fuera la última imagen que tuviera de mí. Solté una de mis manos, rodeé su cuello, me puse de puntillas y lo besé con todo mi ardor, mi amor, mi razón.

—Vuelve, solo vuelve —rogué. Rozó mis labios de nuevo.

—Lo juro. —Nuestros ojos se llenaron de lágrimas. Me dio un último beso dejando en mis labios toda su ansiedad, las promesas, los miedos y se alejó casi corriendo.

Con cada paso que daba mi corazón fue abriéndose, sangrando, tanto me llevé una mano a su sitio; me ahogaba. Se giró un segundo, regresó corriendo, me elevó hasta quedar frente a su rostro.

—Eres mi mundo, jamás lo olvides, mi alma —me besó de nuevo y se subió de una vez.

La camioneta avanzó y entonces sentí que me partía en dos, que mi vida sin su luz se tornaba gris, que mi mente no lo soportaría. Un sollozo que me hizo gemir escapó de mis labios, me cubrí la boca. No, no me derrumbaría, no debía, no me lo podía permitir, no por mí, no por él, no por lo que sentíamos, pero el dolor aumentaba, era como si un jodido fierro ardiente

estuviese clavándose ahí, en el centro de mi ser.

—Vamos a casa... —pidió mi abuelo después de unos minutos. Asentí al sentirlo a mi lado, cauto, sereno, expectante. No lo resistí, necesitaba apoyarme en alguien, sentir que mi vida no se rompía en pedazos y que jamás lograría volvería a tener un sentido, no mientras Yerik no regresara. Lo miré un segundo fijamente y luego lo rodeé con fuerza. Mi abuelo me recibió dejando salir un suspiro. Acarició mi cabellera con delicadeza—. No te diré que pasará, ni que estarás bien, solo quiero que sepas que estoy y estaré a tu lado, siempre que tú lo quieras —prometió. Lo abracé con mayor necesidad.

—Gracias, abuelo.

De regreso a casa no hablé, simplemente no podía. En cuanto llegamos subí a mi habitación y ahí duré perdida en sus letras, en nuestro pasado, dos días enteros. Nadie objetó.

Los recuerdos me golpeaban; Rocío, Clemente, los niños, el frío que sentíamos, la zozobra, su mirada, su piel, su fuerza, todo se mezclaba en un torbellino de pensamientos discordes pero que eran mi vida, mi pasado. Tenía que darle una oportunidad a esto, a mi nueva situación, él me lo pidió, me lo debía, lo merecíamos tanto mi abuelo, como yo.

Reina la crudeza,
pero más duele tu ausencia.

No bajes la cabeza,
que la vida es entereza

Las horas mueren,
si los segundos se entierran.

Aferra mi alma,
que por ti es fortaleza

Cuida mi recuerdo,
vive cada momento.

Leí esos versos al punto que los memoricé. Él los escribió ya que supo lo que ocurriría, eso lo tuve claro. Con aquella libreta me perdí en el amanecer del segundo día. ¿Cómo lograría respirar sin mi razón? ¿Cómo?

Ahí empezaba mi vida sin Yerik, sin la persona más importante de mi existencia. No tenía idea de cómo, pero lo haría, tenía que hacerlo así enterrara mi corazón en lo más hondo de mi ser para no permitir que sangrara con cada paso, con cada palabra. Yek vivía en mí, tenía que creerlo.

Las promesas están ahí, no hay más qué decir, solo esperar que las cosas salgan cómo desean, como planean. Es delicado, bien difícil, triste, mucho depende de esto, no solo Yek y Zinnia. Y aquí termina la parte 5. La siguiente la narra ella. Y la 7, Yek. Estamos comenzando la recta final de Luces en la tiniebla, lo más hermoso que he hecho hasta ahora ha sido crearlos. ¡Gracias por acompañarme, por sus comentarios y votos!

|PARTE VI|

- ZINNIA -



Ana Coello (grupo) Facebook



Una semana después de que Yerik se fuera y de que intentara por todos los medios salir de ese pozo donde me hallaba sin su presencia, mi abuelo me sorprendió.

—Zinnia, baja, hija —obedecí, seguro ya comeríamos, había estado absorta arreglando un vestido, eso hacía que las horas pasaran más rápido.

Bajé sin mucho afán, pero de repente en las escaleras, una voz logró que me detuviera. Mis palmas sudaron, abrí los ojos de par en par. Avancé de inmediato, sin poder creerlo, mi pecho dio una pequeña señal de vida. No me detuve hasta que llegué a la cocina. Ahí quedé petrificada, azorada.

—Carlo —susurré sin dar crédito.

El chico me miraba de esa manera tan ingenua, agradable. Sonrió ampliamente, observándome con aprobación de arriba abajo.

—Sí te acuerdas de mí —declaró con ternura, examinándome. No lo pude evitar, corrí hasta él y lo abracé. Devolvió el gesto—. Vaya, ahora eres cariñosa —se burló. Reí alejándome, dándole un pequeño golpe en el brazo. Fingió sobarse—. Noup, no has cambiado

nada, sigues con la mano igual de pesada.

—¿Qué haces aquí? —quise saber alegre, sin poder evitarlo.

—Pasará aquí unos días —declaró mi abuelo, complacido con mi reacción.

Arrugué la frente.

—Pero cómo supiste, cómo pasó —quise saber, desconcertada, aunque entusiasmada por la noticia. Los días estaban resultando una tortura, pero con él ahí sabía que serían menos complicados.

—Yerik. Zinnia, quién más —habló Carlo, serio, esperando mi reacción. Escuchar su nombre nubló mi vista. Mi amigo acunó mi barbilla, sacudiéndola un poco—. Ya sabes que es así, cuando se trata de ti no se detiene —me soltó, asentí aferrando mi ámbar con fuerza.

—Llévalo a la habitación que está al final del pasillo, hija, cuando estén listos, bajen, la comida ya está —Nami me miraba con ternura, sonreí apenas.

—Sí —logré decir. Carlo arrastró su maleta al ver que yo avanzaba. Me detuve un segundo, girando hacia mi abuelo—. Gracias —susurré conmovida. Me guiñó un ojo.

—Verte sonreír siempre será un placer, mi niña —dijo relajado. Asentí con las mejillas calientes.

Al llegar a su habitación, silbó por el asombro. Era irreal que estuviese ahí.

Observó todo, sonriendo.

—Vaya, casa en la playa, y no cualquiera, una que está genial... Tú así —y me señaló con sus manos —. ¿Me puedes explicar qué diablos pasó? Te esfumaste, nunca supe nada más de ti, por mucho que indagué, solo averigüé que... —y bajó la mirada, sabía lo que diría, aun así, esperé—, supe que mataron a tu amigo... —completó en susurros.

Solté el aire, con los ojos rasados. Nunca superaría ese día, mucho menos su muerte. Mi piel se erizó. Su partida se había llevado un pedazo de mi alma que jamás regresaría.

—Te contaré todo, lo prometo... —declaré despacio. Me observó asintiendo, sonriendo de una manera extraña.

—Te ves bien, Zinni —señaló. Rodé los ojos.

—No te atrevas a coquetearme —le exigí sin empacho. Negó riendo.

—Jamás, y que tu novio me dejé inservible, ni que estuviera loco... Vamos, tengo hambre y quiero saberlo todo.

—¿Cuánto tiempo te quedas?

—Una semana, la siguiente ya entras a clases. Yo a la universidad en dos. Me aceptaron en la UNAM.

Abrí los ojos, gratamente sorprendida. El tiempo había pasado y yo sentía que una pausa gigante se había instaurado en mi cuerpo, en mi ser.

La tarde la pasamos frente al oleaje, yo narrándole todo, él escuchando con atención, pasmado, afligido, muchas veces consternado.

—¡Vaya! No puedo creer que en tan poco tiempo todo eso pasara y menos que estuvieran en manos de gente así. Lo que hizo Yerik y tu amigo, es impresionante, no les importó implicarse con tal de salvarte, de salvarlas —musitó en shock. Mis ojos, que ya habían dejado salir algunas lágrimas, volvieron a humedecerse.

—Ha sido toda una locura. Aún siento que no registro y asimilo lo ocurrido. De pronto no soy lo que pensé, Clemente muere, descubro todo, me deja, vuelve, casi lo matan... Carlo, no encuentro paz —admití jugando con la arena. Chasqueó los labios y me acercó por los hombros a su costado.

—Tranquila, llegará sola. No he conocido y dudo que conozca a alguien tan fuerte como ustedes, como tú. Eres inspiradora, Zinnia —admitió con dulzura.

No me quité, al contrario, permanecí ahí, así, en silencio.

—Hola, prima —ambos nos erguimos, girando. Era Cecilia. Arrugó la frente, de pronto clavando sus ojos sobre mi amigo. Anocheecía.

Me puse de pie, él también, nos sacudimos.

—Hola —musité notando su desconcierto.

—Mi mamá me mandó por unas cosas... No quería interrumpir —dijo, examinándonos. Qué acomoda, pensé. Enseguida mi amigo le tendió la mano, sonriendo con esa frescura tan suya. Mi prima se la dio.

—Soy Carlo, amigo de Zinnia.

—Cecilia, su prima —ambos asintieron.

—¿Y... el otro chico? —indagó. Bajé la vista, con el ardor de nuevo en la garganta.

—Ya se fue... —zanjé. Ella solo asintió comprendiendo mi tono.

—¿Vives aquí? —la cuestionó Carlo, intrigado, cambiando hábilmente el tema, lo cierto es que algo en su actitud me alertó. Cecilia asintió con una sonrisa agradable.

—Sí, ¿y tú?

Me crucé de brazos, observándolos.

—No, vivo en la Ciudad de México.

—Allá todo es más movimiento, cuando he ido me asombra que sea tan grande.

Mi amigo silbó sonriente.

—Creo que nunca la terminaré de conocer...

Y sin que lo viera venir, comenzaron a charlar, sonreír, bromear incluso. Perdí la vista en el mar, en la penumbra que comenzaba a envolvernos. ¿Qué estaría haciendo? ¿Lo estaría pasando bien? ¿Le estaría gustando la ciudad? Esas preguntas eran diarias, millones de veces al día. Perdí la vista en las nubes. "Si también estás viendo el cielo, solo quiero decirte que te amo, que te extraño, que intento ser fuerte"

—¿No te parece buena idea, Zinnia? —giré desconcertada. De qué hablaban. Ambos rieron, ya estaban más cerca.

—Dice Cecilia que podríamos hacer algo mañana —repitió Carlo. Me puse nerviosa enseguida.

—Yo...

Mi prima rozó apenas mi mano, suplicante.

—Anda, un rato, en la tarde... —pidió conciliadora. Asentí sin poder negarme—.

Debo irme... —anunció al ver que accedía. Carlo y ella parecían haber congeniado, a ver si después de unas horas juntos seguían así. Cecilia no se movió por un segundo. Nami se acercó al borde de la barda que daba a la playa.

—La cena está lista —nos informó y luego se alejó.

—¿Te quedas? —me encontré preguntando a mi prima. Ella sonrió entusiasmada, al igual que mi amigo.

Bien, el chico acababa de llegar y ya estaba enamorando a mi prima. Fabuloso. Solo esperaba que eso no causara problemas, a mi tía seguro no le agradaría saber que él no provenía de una familia adinerada, acomodada. En fin, no era mi asunto en realidad.

Para mi asombro, la merienda fue muy agradable, Cecilia era dicharachera, simpática y sencilla. Nunca había convivido con ella sin su hermano o sus padres, era diferente, accesible, bromista. Cuando se marchó ambos la despedimos en el umbral. Al ver que se alejaba, le di un empujón a mi amigo, riendo.

—Tú no pierdes el tiempo, en serio.

Entornó los ojos, divertido.

—Tu prima es un bombón, Zinni —admitió con desgarbo.

—Su hermano no, pero ni idea si es celoso —admití. Se encogió de hombros.

—Me importa poco, si es de esos fresitas, sin problema... Cada uno desde su posición aprende lo que debe —y me guiñó un ojo metiéndose a la casa.

—A ver si no tengo que intervenir en eso... Ya sabes, defenderte.

—Vete al diablo —murmuró riendo, caminando ligero. Era guapo, mucho y su personalidad lo ayudaba aún más, no podía culpar a mi prima por estar babeando toda la cena—. Mejor cuéntame de ella.

—No pues ahí sí ni idea, creo que hoy apenas la conocí, o por lo menos eso siento —nos adentramos en mi habitación. Ahí hablamos más horas. Era tan fácil hacerlo con él, era la unión de mi pasado con mi presente y saber que Yerik lo había planeado lograba que pusiera más de mi parte para aprovecharlo.

Al final en la madrugada ambos caímos rendidos sobre el colchón. Mi abuelo no dijo nada, tampoco era como si pudiera objetar, la puerta estaba abierta, ambos con ropa, sobre las cobijas, en lados opuestos.

Los días siguientes Cecilia no se despegó de nosotros, y para mi asombro, mi primo se unió sin problema. Era un chico sociable, al igual que ella, bastaba pararse en un lugar para que se acercaran a saludarlos. Sin embargo, ambos se alejaban de inmediato cuando alguien ajeno llegaba y debo aceptar que me encontré, para mi asombro, incluso riendo. Lo cierto era que necesitaba saber de Yek y eso era tan imposible como que me saliera otra cabeza.

Los observaba interactuar, conversar, a Cecilia y Carlo incluso coquetear con descaro cosa que a Dante le daba igual, había congeniado con mi amigo, por lo que le caía en realidad bien. A veces, cuando nos dejaban solos, me intentaba animar. Lo lograba algunas ocasiones, pero no siempre era sencillo, estaba demasiado reciente todo y dolía como el maldito infierno la incertidumbre. Los niños, el caso, él, todo.

Una tarde Cecilia y Carlo salieron a comprar helado, yo no tenía ánimos, además, al buen entendedor pocas palabras, sus miradas decían que necesitaban pasar un rato a solas, mi amigo se marcharía en un par de días, seguro deseaban disfrutar y quién era yo para oponerme.

Jugueteaba en la arena cuando sentí que alguien se acercaba, estaba nublado, por lo que era

agradable estar ahí, sola, escuchando las olas, perdida en mis anhelos y mis pensamientos.

—La soledad es lo tuyo —soltó esa voz al tiempo que giré, despacio. Arrugué la frente, era el amigo de mi primo, Niclas, nos lo habíamos topado una mañana, pero me ignoró cuestión que me importó un reverendo rábano, así que no entendí el hecho de que ahora se acercara.

—Lo es —respondí sin prestarle mucha atención. La humedad era fuerte, seguro llovería más tarde, dejé salir un suspiro. Entraría a la escuela la siguiente semana y la vida avanzaría pese al hueco que en mi interior ocupaba todo.

—Eres muy prepotente para provenir de dónde vienes —apuntó con tono arrogante. Arqueé una ceja, molesta.

—Y tú un metiche para provenir de dónde vienes —espeté cruzando mis piernas, perdiendo la vista en el mar.

—Supongo que te debes sentir alucinada ahora que vives aquí, con lujos y ropa, y... esas cosas que no tenías allá. ¿Seguro ni siquiera se duchaban tú y ese chico del otro día? —se burló.

Me levanté rabiosa. ¡Qué mierdas se creía! Me puse frente a él, no se movió ni un poco.

—Mi vida, mi pasado y sobre todo él, no son tu jodido problema. No me soportas, lárgate y listo. Pero te advierto, no soy una idiota que se dejará humillar. Sé defenderme y sé hacerlo bien —rugí.

Su mirada azulada se clavó en mí, sin inmutarse, con su pose desgarrada, indiferente.

—No te tengo miedo, y si quiero decirte lo que quiero lo digo, no me importa si te gusta escucharlo o no —murmuró con soberbia. Me crucé de brazos, evaluándolo, esperando. De pronto sonreí con sarcasmo.

—¡Ah, ya sé! Nadie te quiere, seguro tus padres no te hacen en su vida y vienes a fastidiar a otros para apagar tus complejos y así sentirte superior, ¿no? Muy típico —noté como su máscara de frialdad iba cayendo apenas si perceptiblemente. Me carcajeé con ganas, llena de rabia—. Si fueras la mitad de hombre de lo que es ese chico que según tú no se baña, no estarías aquí perdiendo el tiempo con una chica que no vale la pena según tu petulante posición —sin que lo viera venir me tomó del brazo acercándome a su pecho.

De inicio pestañeé asustada, pero enseguida intenté zafarme.

—¡Suéltame, idiota! —exigí. Apretó los dientes, pegándome a su rostro.

—Te comerás tus jodidas palabras, niña estúpida —con la mano libre le di una bofetada que lo hizo soltarme.

—En tu puta vida vuelvas a tocarme, porque te prometo que la próxima no seré tan dulce, imbécil —y corrí para la casa, furiosa.

Llegué hasta la sala, echando lumbre, deseando golpear algo. ¿Qué le pasaba a ese tarado? De pronto las voces de Cecilia y Carlo me distrajeron. Entraron riendo por algo, los observé desde mi posición, sin moverme. Mi amigo de inmediato notó que algo me ocurría.

—¿Zinni? —se acercó, cauto.

—¿Te sientes bien, prima? —indagó ella. La observé asintiendo. Cecilia lo conocía,

así que no me interesaba hablar de ese imbécil.

—Iré a darme una ducha, tengo mucho calor —y me alejé.

Por la noche llegó Dante, y con permiso de mi abuelo, nos llevó a casa de un amigo suyo, donde organizó una pequeña reunión. No tuve más remedio que ir, enfurruñada, una vez que Carlo me convenció. Éramos pocos, tres chicos más y dos chicas, no sabía cómo catalogarlos, pero parecía que la estaban pasando bien.

Me serví agua, ahora sabía lo que provocaban las bebidas alcohólicas y me dediqué a observarlos. Las mujeres me ignoraban, los hombres, solo de vez en cuando giraban para decirme algo, pero estaban enfrascados en temas tan absurdos que me resultaban tediosos. Carlo se mimetizaba asombrosamente bien, mientras hablaba los unos con los otros. Esa semana había sido una gran compañía, me había distraído bastante, pero lo cierto es que ellos lucían como adolescentes y yo... no, no con todas las preocupaciones, con mis miedos, con la incertidumbre del futuro de Yek, con las pérdidas.

Aburrida y pensativa, decidí vagar un poco por el jardín, era enorme por lo que no me costó perderme un poco, cuando llegué al límite que daba a la playa, una cabellera rubia, de pie, mirando el mar, hizo que me detuviera.

Era un patán con todas sus letras, antes de siquiera girarme él volteó como si hubiese sentido que no estaba solo, nos miramos un segundo, serios.

—Yo estoy aquí, ve a ensuciar otro lugar —murmuró con las manos aun dentro de los bolsillos del pantalón.

Sentí furia, rabia, todos los sentimientos mezclados desde que él se fue, de toda mi vida, de lo frustrada e impotente que me sentía, todo apareció de pronto haciéndome rugir con arrebató. Me acerqué de prisa y le tiré toda mi soda encima. Giró furioso. Atónito.

—Ahora el que está sucio eres tú, idiota —me mofé con sorna. Niclas se acercó a mí, no tengo idea de lo que por su cabeza pasaba, no retrocedí, alcé la barbilla con fiereza.

—Eres una estúpida —rugió a un par de centímetros de mi rostro.

—Y sucia, y todo lo que se te ocurra, imbécil, pero nunca por mucho que me esfuerce tendré la amargura que tú, las ganas de herir porque me hirieron —y me di la media vuelta ignorándolo, caminé rumbo a la casa, yo me largaba de ahí. Iba a rodear la piscina cuando sentí que algo me empujaba hacia adelante y caí sin poder evitarlo dentro del agua.

Gemí al comprender lo que ocurría. ¡No sabía nadar!

Sin tener la menor idea de cómo emerger comencé a sentir que ese líquido transparente en medio de mi desesperación por salir se metía en mis pulmones con cada grito que intentaba dar, exasperada, perdida en la ansiedad, luchando porque eso era lo único que sabía hacer, intenté aferrarme a la idea de salir. Podía ver el rostro de Yerik, sus sonrisas, sus manos sobre mí, su cabello enredado en mis manos, escuchar su voz. Estaba hondo tanto que no lograba llegar y cuando lo hice, manoteé y volví a hundirme. Me estaba cansando, mis manos comenzaban a entumirse y mis pies a arder, tanto como mis pulmones por el agua que los invadía.

Una mano torno a mi cintura fue de lo único que fui consciente, de pronto ya estaba afuera y mi cabeza hacia arriba. Todo parecía ser parte de una película de terror, tosi deseando

respirar. Esos brazos me sacaron prácticamente de ahí, sentándome un área baja de la piscina.

Tosí aún más al verlo empapado, sobre mí, asustado, con sus ojos azules desorbitados. Lo hice a un lado, pero no me soltó.

—Lo lamento... —musitó pálido y me sentó para que sacara el agua que había entrado en mi sistema. Seguí tosiendo aún sin acomodar lo que en mi cabeza ocurría. En cuanto mi mente comenzó a funcionar, comprendiendo que estaba fuera de peligro me giré, rabiosa, asombrada.

—¡Eres un jodido idiota, no sé nadar! —le grité buscando levantarme, pero estaba aún dentro del agua, en aquella área que no era honda, resbalé, enseguida me aferré por la cintura para que no cayera. Lo intenté hacer a un lado, pero no me soltó hasta que salimos de ahí. Una vez fuera lo empujé con ganas—. Pude haber muerto, lo entiendes, ¡pude haber muerto!

—No sabía, lo siento... —musitó realmente asustado. Lo empujé de nuevo, la ropa se adhería a mi cuerpo y lo único que deseaba era irme. Sin embargo, lo observé por un instante con detenimiento, parecía que se desmayaría.

—No vuelvas a acercarte, nunca, nunca... —susurré con advertencia—. No soy tan inocente, ¿entiendes? Me crie en la calle, no tengo nada que perder, te lo aseguro —y me di la vuelta con la intención de irme.

—Yo tampoco —zanjó sin ningún afán. Arrugué la frente, deteniéndome. En ese momento mi prima y Carlo aparecieron.

—¡¿Qué pasó?! —gritaron ambos acercándose, corriendo. No dije nada, ninguno de los dos en realidad. Solos nos miramos cada cierto tiempo mientras nos metían a la casa.

Una vez seca, Dante, sintiéndose responsable de mí y observando a Niclas de forma extraña, me llevó a casa.

Al día siguiente me sentía agotada, pero era el último de día de Carlo ahí. Lo encontré al salir de mi habitación, sonrió al verme.

—¿Ya me dirás qué pasó ayer? No caíste, Zinnia, no eres torpe —suspiré negando.

—Niclas, no sé qué le ocurre conmigo, me odia y me provoca.

Carlo frunció el ceño.

—¿Él te aventó? —preguntó con horror. Supe en ese instante que si decía que sí, lo buscaría y no quería problemas, menos en ese momento que ya le quedaba tan poco para irse. Negué.

—Mejor dime, ¿cómo vas con Ceci? —cambié de tema. Bajó la mirada y por primera vez lo vi triste. Sonreí negando—. ¿Es en serio? —pregunté mostrando los dientes. Asintió sin verme, sin encararme.

—Mierda, Zinnia, no la saco de mi cabeza —admitió. Dejé salir un suspiro torciendo los labios.

—¿Y ella? —quise saber. Se recargó en un muro, mirando el techo.

—Nos besamos, nos gustamos, y... no creí sentir más en tan poco tiempo, pero... Cecilia también está igual —lucía abatido, triste. Me acomodé a su lado, no había estado tan atenta a mi entorno, no con todo lo que tenía en mi mente rondando. Recargué mi cabeza en su

hombro.

—No sé qué decirte... Quizá las siguientes vacaciones puedes venir.

—No soy estúpido, Zinni, vivo allá, no tengo dinero, esto quedará aquí... Ni hablar, es mi realidad —zanjó frustrado. Bajé la vista hasta mis manos.

—La realidad a veces no es la que determina las cosas, sino las decisiones, Carlo —le di un leve empujón y me dirigí a las escaleras.

Ceci llegó cuando almorzábamos. Me fijé en sus miradas, en la manera de moverse. Sí, se atraían, o quizá sentían más. Mi abuelo también lo notaba, comprendí, nuestras miradas se cruzaron, ambos sonreímos.

—Abuelo, debo comprar unas cosas para la escuela, ¿podríamos ir? —quería darles un tiempo a solas. Asintió comprendiendo. Él ya se había hecho cargo de todo, yo estaba atravesando una leve depresión, que gracias a mi amigo se había quedado un poco de lado.

Al regresar a mediodía, dejamos las compras en el comedor y entonces me di cuenta de que había alguien sentado en la sala. Mi abuelo sin conocimiento de lo que el día anterior había ocurrido, lo saludó para después subir a su habitación. Lo habíamos pasado bien pese a que yo conversaba poco.

Niclas se levantó al verme ahí, de pie, con los puños apretados. Se rascó el cuello, torciendo los labios.

—Vete de aquí —solté con la intención de alejarme.

—No vine a hacerme tu amigo, pero sí a decirte que no tenía puta idea de que no nadabas —admitió, despacio. Reí negando, sin verlo.

—Crecí en una casa hogar, ¿en serio creías que me daban clases de natación? —susurré con burla e ira.

—No pensé nada, solo...

Ahora sí lo encaré acercándome un poco.

—Solo pensaste en insultarme cada vez que me veías... ¿Te ha servido? ¿Te ha hecho sentir mejor? Personas como tú he visto muchas, y ninguna ha logrado doblegarme... No lo harás tú tampoco —advertí con seguridad. Me observó por largo rato, intrigado, serio.

—Eso ya lo noté... —admitió bajito.

—Bien —rugí por lo bajo. Me iba a girar, pero me detuvo tomando mi muñeca suavemente, observé su mano, zafándome y luego sus ojos azules.

—¿Por qué eres tan fuerte? —quiso saber, realmente lo necesitaba saber.

—Porque no he tenido otra opción —solté sin pensar. Asintió reflexivo.

—Solo quería disculparme por lo de ayer... —cambió de tema. Un segundo después se marchó.

La tarde la pasamos Carlo, mis primos y yo afuera. Comimos, caminamos por ahí y por la noche Ceci preparó una cena de despedida en su casa. Niclas no fue.

Despedirme de mi amigo fue como si de nuevo todo me cayera encima, una vez más. Lloré, me abrazó, yo a él y prometimos estar en contacto. Mi abuelo rodeó mis hombros cuando mi amigo se alejó.

—Es un buen muchacho, regresará pronto, mi niña —dijo. Sonreí limpiándome las lágrimas. Ceci estaba ahí a mi lado, apretando los puños, aguantando el llanto.

Dos semanas sin Yek, sin su voz cargada de seguridad, con aquellas promesas en medio de ambos, intentando imaginar cada amanecer, cada maldito anochecer qué estaría haciendo... Apenas eran 15 días, cómo superaría todos los siguientes, ¿cómo?

El domingo lo pasé con la mirada perdida en el mar, sentada sobre aquella barda, evocando cada instante extraviado entre ambos, las peleas con Clemente, los juegos con los niños, todo aquello que me había conformado, que unía las piezas de mi vida.

Enterarme de lo que eran esas mujeres me asustó, comprender la ausencia de tantas niñas a lo largo de mi estadía ahí, dolía mucho. Rocío sin opciones, nosotros huyendo, los niños desamparados y él muerto. Rogaba por algún día tener algo suyo, lograr despedirme de mi amigo, mi alma lo necesitaba.

Las lágrimas iban dejando surcos en mis mejillas. Ahora tenía una casa, cama, comida, ropa, una familia incluso y todo seguía doliendo como aquel entonces, pero ahora sin él, sin Yek. Sonreí evocando aquella tarde que llegué con un pollito de una feria que hubo en la escuela, tenía como diez años, se lo mostré al salir, lo observó serio, frunciendo el ceño.

—Colibrí, a los cuervos no les gustará que lleves eso a la casa —mi gesto se entristeció, mi labio tembló. Lo sabía, pero que me lo recordara y rompiera mi ilusión, dolió.

—Pero es mío, yo lo gané, Yek —me quejé derrotada. Sonrió bajando el rostro hasta el pequeño animal.

—Sí, lo es. Y no puedo creer que lo lograras, ese juego es difícil.

No lo era, que esos aros cayeran justo dentro de esos palos, no me lo parecía, aun así, lo miré sintiéndome orgullosa de mi hazaña, él hubiese ganado 20 pero era de los que solía deambular por ahí sin fijarse mucho, o estar a mi lado riendo por mis locuras, siempre ha sido serio, eso es innegable.

—Mejor dime, ¿cómo se llamará? —preguntó evaluando las plumitas amarillas, atento. Su cambio de tema me tranquilizó un segundo.

—No sé, quizá no debería ponerle nombre, igual me lo quitarán —musité observando el animalillo en mis manos. No dijo nada, solo permaneció a mi lado.

—Hagamos algo —propuso con tono ligero. Lo miré intrigada—. Vamos a casa de Jazz, seguro su mamá no tendrá problemas en cuidarlo, así puedes pasar a verlo y saludarlo... ¿Qué dices? —propuso.

Sonreí asintiendo, con aquella ingenuidad que nos intentaba abandonar cada dos por tres. Y así lo hicimos, la mujer aceptó siempre y cuando lo cuidáramos, limpiáramos y alimentáramos. Así lo hicimos; Yek lavaba algunos autos ajenos, o yo barría las cocheras de algunas casas, sacábamos un poco de dinero y comprábamos semillas, químicos para limpiar el patio donde vivía. Iba él o yo, a veces ambos.

Lo malo fue que creció demasiado, muy rápido y nuestro amigo nos informó que ya no podía seguir ahí. Piquito, como lo llamé, era un gallo, grande y el nombre obviamente le quedaba ridículo, Clemente se burlaba de mí y de mi elección cada vez que podía, pero mi mejor amigo lo hacía callar con alguna palabra cargada de advertencia o burlándose de él por alguna de

sus locuras.

Yek habló con un hombre, el que fue su jefe tiempo más tarde en la abarrotera, él le dijo que conocía un lugar donde podían cuidarlo, que viviría con otros animales; una granja. Lloré mucho en aquella ocasión, adoraba perseguirlo junto con mi mejor amigo, reír hasta hartarnos mientras lo limpiábamos o jugamos en esos momentos de libertad que nos eran tan escasos.

—Él debe irse, no lo podemos ya ni tocar, nos pica cada vez que lo intentamos... —intentó hacerme ver con dulzura.

—Pero es nuestro, no podemos abandonarlo —zanjé a su lado, mirando al animal ir y venir sin percatarse de nosotros.

—No lo abandonamos, lo hemos cuidado, le dimos todo para que ahora esté bien, fuerte, así de grandote. No pienses solo en ti, sino en él, lo que necesita.

—Yo sé que nos quiere, le va a doler que lo dejemos —argumenté. Sonrió negando, se colocó frente a mí, tomándome de los hombros.

—Nosotros nos hemos cuidado, pero si tuvieras un lugar mejor donde estar, a mí me gustaría que fueras...

—Yo no te dejaré, Piquito puede irse, pero tú no... —rezongué molesta. Rio negando.

—Aquí estoy, ¿a dónde quieres que vaya?

—Sin mí, a ningún lugar.

—Colibrí, deja que llevemos a Piquito allá, anda.

—Solo si me prometes que si tú encuentras un lugar mejor no te irás sin mí.

Sentía miedo de perderlo, de pronto el pájaro dejó de ser importante, siempre ha sido así cuando se trata de él; nada es más importante, ni lo será. Me miró reflexivo, precoz.

—No puedo imaginar un lugar mejor sin ti ahí, somos juntos, somos uno... —lo abracé llorosa.

—Está bien, que lo lleven, pero podré ir a visitarlo —puse como condición. Me rodeó asintiendo.

—Se los diré, ¿sí?

Nunca volví a verlo, pero cuando entró con él a trabajar le dijo que seguía ahí, en la granja, que era travieso y que su hermana lo trataba como un consentido porque era un buen gallo y cumplía bien su función, tiempo después comprendí que fecundaba a las gallinas dando buenos resultados.

Ese recuerdo apareció en mi mente, de pronto, como cada cosa que nos había ocurrido, sin explicación. "No puedo imaginar un lugar mejor sin ti ahí..." Separarnos era necesario, tal como en aquella ocasión tuve que hacerlo de Piquito, aunque no dolía ni la décima parte de lo que en este momento estar lejos de Yek, sin embargo, evoqué también sus palabras, todo esto había ocurrido, y de alguna manera nos estaba salvando pese al dolor que conllevaba por ello, gracias a ese pensamiento. "Si tuvieras un lugar mejor donde estar, a mí me gustaría que fueras..."

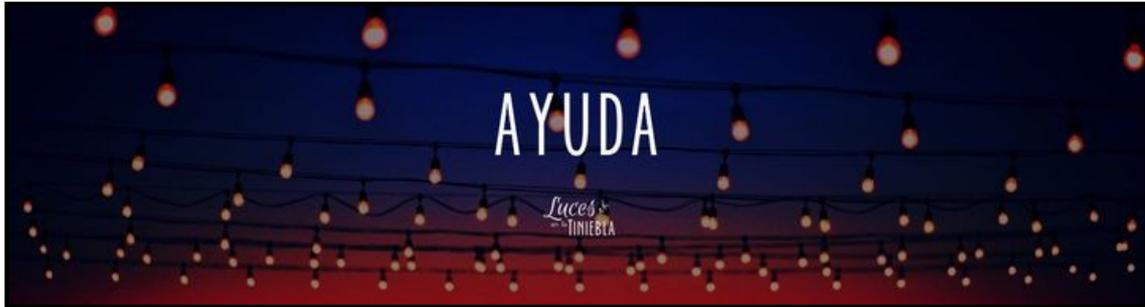
Con mis rodillas rodeadas por mis manos, perdida en el horizonte, la sonrisa de orgullo y las lágrimas por su ausencia, se mezclaron. ¿Cómo era que desde aquel entonces

pensaba de aquella forma? Tanto que ahí estaba yo, frente al mar, en casa de mi abuelo, siendo parte de una familia, sin él a mi lado.

—Zinnia, debes merendar, mañana empiezas clases —asentí al escuchar la voz de mi abuelo. No tenía ni un poco de ganas de entrar, sin embargo, no tenía opción, debía terminar el bachillerato. ¿Qué haría él allá? ¿Lograría estudiar? ¿El padre de la señora Frida sería buena persona? ¿Tendría buena comida?

¡Dios, todo me atormentaba de una manera ridícula! Y se eso le sumaba la preocupación constante por los niños, era peor.

Y aquí comienza un camino sin él, mientras tanto la vida está avanzando y puede que le muestre más de un camino. Espero que la sorpresa de Carlo les gustara tanto como a ella, ese plan de Yek. ¡Gracias por sus comentarios, votos y continuar acá!



Las clases comenzaron temprano. La escuela era agradable, grande, por lo que no se fijaban en mí especialmente. Mi primo había ingresado a su segundo año en la universidad, y mi prima al primero. Ceci y yo nos llevábamos por unos meses, nada más.

Los días pasaron, extraños, con un hueco justo en medio de mi pecho, con noches cargadas de lágrimas que ya no eran llanto, con la costumbre desesperada de ver salir el sol y ocultarse. Leía sus líneas una y otra vez, memorizándolas. Por la tarde hacía tareas, asistía a clases de inglés pues mi nivel era muy básico para lo que requerían, además, arreglaba vestidos, confeccionaba ropa y la llevaba a un orfanato en el centro de la ciudad. Las mujeres de ahí, que al principio me miraban con recelo, con el paso de las semanas, ya me dejaban pasar.

Ayudaba a los niños con sus tareas cuando podía o jugaba con ellos. Mi abuelo a veces iba conmigo, otras ocasiones Ceci, pero ella no se involucraba del todo, solo nos miraba y ayudaba en la cocina un rato. Dante no solía estar solo, a su lado siempre Niclas, silencioso, pero prepotente, no nos habíamos vuelto a dirigir la palabra desde aquel día, pero a veces lo sorprendía mirándome fijamente, como intrigado.

Una tarde, iba saliendo del orfanato, moría de calor, ya casi acababa septiembre.

Sonreí al recordar lo mucho que a las niñas les había gustado el cuento que Yek solía contarme. Crucé la calle perdida en mis pensamientos, compraría algo fresco y luego me iría a casa, mi abuelo ya comenzaba a dejarme sola, era muy protector por lo que siempre pasaba por mí o me recogía. Ya tenía un auto de hecho en la casa, esperando a que yo aprendiera, pero entre tantas ocupaciones no habíamos podido comenzar las clases. Ese día él tenía que ir a algo de las tiendas, así que logré convencerlo de que me regresaría en taxi, la ciudad es pequeña, la conocía ya bien.

Una niña aferrada de la mano de otro niño, de unos 6 años, sonriendo, robó mi atención. Los observé fijamente, evocando como él y yo cruzábamos las calles, el rodeaba mi mano, yo la suya y corríamos para no ser arroyados. De pronto un ruido y la mano de alguien rodeando mi cintura con fuerza me regresó a la realidad.

—¡Qué mierdas te ocurre! —escuché.

Con el corazón a mil, noté que estaba en la acera, sobre el cuerpo de alguien y que ese ruido había sido un auto que me había pitado al notar que cruzaría sin más. Mi corazón se disparó. Volteé reconociendo la voz. Niclas. Me observaba con el ceño fruncido, incrédulo, algo molesto. Me levanté de inmediato.

—Yo... no sé qué pasó... —murmuré atónita. Se irguió sacudiéndose su bermuda, bufando.

—Ibas a cruzarte como si nada. ¿Qué mierdas te ocurre? Digo, si quieres suicidarte elige hacerlo sin que nadie tenga que cargar con tu muerte, no seas egoísta —me acusó. Retrocedí un paso, desconcertada y un tanto aturdida aún, me tomó del brazo con un movimiento ágil—. ¡La calle, carajo! —gruñó. Giré mi rostro, casi caía de nuevo. No era torpe, para nada, pero pensar en él me nublabla el pensamiento. Enseguida busqué a los niños, ya iban lejos, aferrados a sus manos. Sentí unas inmensas ganas de llorar, mis ojos se rizaron—. ¡Ey, reacciona! —habló frente a mí, chasqueando sus dedos. Lo observé por un segundo, envuelta en la nostalgia, en la desolación.

Su mirada severa se suavizó, llena de curiosidad.

—Lo... lo lamento —musité y me alejé dejando que las lágrimas salieran. ¿Por qué era tan difícil vivir sin él? ¿Por qué no deseaba aprender a hacerlo? Me las limpié frustrada.

Una mano me detuvo por el antebrazo. Era Niclas, desvié la vista, no quería que me viera así.

—Yo te llevo —dijo. Arrugué la frente, limpiando de nuevo mi rostro.

—No, no, yo me iré, gracias por... —y señalé la calle, negando, pasándome una mano por la frente, llena de agobio— eso. Tomaré un taxi.

Me evaluó por un instante, era obvio que no sabía qué hacer, pero negó.

—Si Dante sabe que te dejé así, o Octavio... No, yo te llevo —decidió.

—No me soportas, no tienes que hacerlo —le recordé con desesperación, quería estar sola. Los recuerdos me absorbían.

—Eso no tiene nada que ver. Vamos, puedes llorar todo lo que quieras dentro del auto...

—No, tengo sed y no, no confío en ti, no —murmuré retrocediendo. Sonrió con

prepotencia, torciendo los labios.

—Vaya, eres peor que yo. Acabo de salvarte la vida, por si no lo notaste. No me interesa matizarte, parece que eso lo haces bien sola. Solo te llevaré, de paso compramos algo para que bebas –propuso. Tenía calor, demasiado. Buscar un taxi era lo mejor, sin embargo, él no se movía de su postura y yo me sentía agotada en todos los sentidos en los que se puede estar

—¿Por qué te importa que llegue sana a mi casa? ¿Qué más te da? Hace unas semanas casi me matas –le recordé. Su semblante se oscureció.

—Quizá porque necesito resarcir mi estupidez, pero tú no me dejas –gruñó mirando a un lado. Permanecimos en silencio unos minutos hasta que decidí aceptar. No dijo nada, solo asintió.

Como prometió, paramos para que comprara agua y luego me llevó a casa, sin decir media palabra, mientras yo sentía que el nudo en la garganta me ahogaba. Al llegar abrí la puerta a punto del llanto

—Gracias –siseé tan bajito que apenas se escuchó.

—Todos cargamos con cosas, ¿sabes?

Lo encaré seria, tenía su atención puesta en la calle, aferrado al volante de su auto último modelo.

—De eso trata la vida... —solté sin afán. Dejó salir un suspiro y se recargó en su asiento, sin voltear.

—Maté a mi padre –soltó de pronto dejándome perpleja—. Puedes huir, no me espantaré, sería lo lógico –por un momento todo se borró de mi mente, solo sus palabras se repetían. No supe qué pensar. Aun así, no me moví—. ¿No quieres saber cómo? –preguntó con voz criptica.

—La verdad no me gusta meterme en las vidas de los demás, no me gusta que se metan en la mía –zanjé sin pensarlo. Volteó frunciendo el ceño, su mirada era de absoluta tristeza, mezclada con impotencia y culpabilidad, pero también de asombro.

—Nunca se lo había dicho a nadie... —admitió de pronto. Sin pensarlo dejé la manija y me recargué en el asiento.

—¿Qué quieres de mí? –solté confundida. Se encogió de hombros, estudiándome con atención.

—No lo sé, me irritas y... por otro lado, te veo tan fuerte –admitió. Bajé la atención hasta mis manos.

—También me irritas –admití sonriendo sin saber por qué. Me regresó el gesto, negando.

—He sido un imbécil, Zinnia –sus ojos azules ya no lucían tan atormentados, aunque no se había ido del todo esa expresión.

—Lo eres, no objetaré eso.

Río.

—Por lo menos logré que se fuera la tristeza por un momento, todo el camino estuviste a punto de volver a llorar –señaló. Dejó salir un suspiro.

—No te contaré mis motivos, si es lo que planeas... —refuté alzando las cejas, un tanto divertida. Algo relajante se había instalado entre ambos.

—Te confieso la verdad más dura de mi vida, y no te importa —masculló asintiendo apenas, como sopesándolo. Lo observé fijamente.

—No entiendo por qué a mí. Pero no puedo juzgarte aun siendo real —expliqué. Abrió los ojos de par en par.

—¿Quieres ver algo asombroso? —soltó de repente. Arrugué la frente, cambiaba de tema como si fuese cualquier cosa.

—Yo... ¿qué pretendes? —quise saber.

—Supongo que lo mismo que tú; olvidar —aseguró turbado. Negué con tristeza y convicción.

—Yo no quiero olvidar, Niclas, solo quiero aprender a vivir con esto —declaré con simpleza. Sus ojos y los míos se quedaron fijos por unos segundos. Tenía una mirada potente, pero jamás como la de Yek.

—Bueno, ambos tenemos nuestros motivos. ¿Quieres que te muestre? —preguntó. Lo sopesé por un minuto, al final asentí, no perdía nada.

Le mandé un mensaje a mi abuelo diciéndole la verdad. Respondió enseguida de manera afirmativa con un "cuídate, mi cielo" como siempre.

—Debemos apurarnos, de noche no es tan recomendable estar por ahí —explicó. Lo miré buscando doble intención, quizá no había sido buena idea después de todo lo que me había hecho y dicho, pero no sé, había algo en él que me inspiró empatía, podía sentir su dolor tan claro como el mío.

Condujo unos minutos. Se detuvo cerca de una playa solitaria.

—Ven, sígueme —pidió. Me quedé quieta.

—¿Qué es este lugar? —pregunté dudosa. Sonrió.

—Estás a salvo, lo prometo.

—Sé defenderme y antes de que lo intentes te dejo estéril —amenacé. Alzó las manos divertido. Lucía más relajado de lo que hasta ese momento lo había visto. Siempre lucía soberbio, las personas lo seguían, las chicas ni se diga, buscaban llamar su atención, cosa que no lograba entender, era odioso.

—Es bueno saberlo, anda —y me alentó. Lo seguí por un sendero, entre un poco de mata verde, que él hacía a un lado. De pronto los sonidos del agua me envolvieron y el silencio del lugar. Un diminuto muelle estaba ahí, y un par de canoas amarradas. Me quedé de pie absorbiendo la belleza del lugar. Todo verde, pájaros yendo y viniendo, lagartijas, iguanas, la hierba, el olor. Quedé absorta, se sentó sobre la madera indicándome con un ademán que lo acompañara.

—No es hora para subirnos en ellas —y señaló las canoas—. Prefiero hacerlo de día —hablaba muy bajito, como si no quisiera irrumpir el hábitat.

—Es asombroso —admití viendo los pájaros ir y venir, perdida en lo silencioso del lugar.

—Lo es —aceptó.

Duramos callados casi una hora, ahí, mirando, pensando. Fue agradable en más de

un sentido, no sentía la presión de estar encerrada en mí, podía incluso sentirlo cerca, muy cerca, susurrando en mi oído, acariciando mis brazos como solía, mirándome de esa manera penetrante que alejaba el miedo, la duda. Yek vivía en mí, de manera literal y aún podía recordar el día que me lo dijo.

Cuando los mosquitos comenzaron a ser insoportables y la humedad también. Se puso de pie tendiéndome la mano. No la tomé, pero lo imité. Sonrió asintiendo.

—No traje repelente, pero si quieres luego te puedo mostrar desde la balsa todo...

—No me invitaba, no parecía buscar algo más en mí, simplemente era como si quisiera compartirme algo.

—Sí, me gustaría —admití siguiéndolo espantándonos con las manos los insectos que deseaban beber nuestra sangre.

En cuanto estuve en el auto sonreí. Desde que se fue, no lo hacía de manera genuina, ahí había encontrado algo de paz. Ambos lucíamos sudorosos.

—Lloverá pronto, mejor nos vamos —murmuró tomando un gran trago de su agua.

Cuando llegamos a mi casa las primeras gotas aparecieron.

—Gracias... —volví a decir. Esta vez él se encogió de hombros.

—Es raro encontrar a alguien que no esté buscando llenar los silencios —admitió con simplicidad.

—Lo es... —y cerré la puerta corriendo hasta la puerta.

Por unos minutos, por ese lapso, con ese chico extraño, mi tristeza no había sido tan honda. Yek estaba en mi sangre, era parte de mi ser literalmente, pero logré dejar de sentir que me ahogaba y eso fue agradable, aunque de inmediato me sentí culpable. Las ganas de llorar regresaron.

—¿Cómo te fue? —giré llorosa. Mi abuelo no supo qué hacer. No solía preguntarme cómo me encontraba, ni siquiera en las pesadillas intentaba indagar, solo me abrazaba hasta que me tranquilizaba y se marchaba cuando me veía bien—. ¿Niclas fue grosero? —me cuestionó de pronto. Negué abrazándome.

—Estoy cansada...

—Le pediré a Nami que te suba algo de merendar —me estudiaba intrigado.

—¿No ha hablado mi tía, la señora Frida? —le preguntaba un día sí y otro no. Negó. Solo sabíamos que Yek había llegado a San Francisco y que el juicio había comenzado un mes atrás. También que los niños ya habían sido separados, los habían colocado en un orfanato, pero nada más.

Un día, poco después de que Yek se marchara, le había rogado a mi tía Elina que los cuidara y que si en algún momento podían recuperar el cuerpo de Clemente, por lo menos en cenizas, lo hicieran. Me juró hacer lo posible, pero no sabía más, así que vivía frustrada, ansiosa.

—Mi amor, debes dejar que las cosas lleven su curso, te lo suplico —me pidió ladeando su rostro, estudiando mis facciones tensas—. Vas a ese lugar, les haces ropa, no hay día que no preguntes por lo mismo y no paras de llorar, de estar ausente. No quiero presionarte, por Dios que no lo haré. Desde que él vino, cambiaste y estás más abierta, pones de tu parte, pero debes entender que falta mucho para que esto tenga un punto final.

—Lo sé, y lo lamento... —musité con la mirada gacha. Acunó mi barbilla para que lo mirase.

—No, no lo lamentes, no te disculpes de nada. Eres una joven fuerte, pero soy tu abuelo, te quiero, me gustaría alguna vez verte sonreír como cuando él estaba aquí... —suplicó. Mis ojos volvieron a razarse, no lo podía evitar.

—No tengo un solo recuerdo de mi vida en el que no aparezca, él es mi referencia, es parte de mí... no estaré completa hasta que lo tenga de vuelta, hasta que estemos juntos —declaré dolida. Tomó mi mano y me acercó a uno de los sofás, se sentó a mi lado, evaluándome reflexivo.

—Hija, quizá no tengo las palabras que necesitas, no puedo imaginar siquiera lo que pasaron, lo que has vivido, pero si te abrieras un poco, si permitieras acercarme... No pretendo que dejes tu amor por él, que dejes de sentir eso tan grande que sientes, jamás, te salvó, los salvó, cómo podría juzgarlos. Pero no puedes pasar este tiempo suspendida, viviendo de eso. Tienes que avanzar, porque cuando regrese harán su vida, tal como la quieren y no sería fácil si tú no aprendiste, luchaste, viviste este tiempo. —Una lágrima escapó de mis ojos, la limpié asintiendo. Entendía su punto.

—No sé... no sé cómo abrirme, no sé... confiar y... no sé cómo relajarme, apreciar el momento y es que no logro sentirlo —confesé. Sonrió tomando una de mis manos, dándole un leve apretón.

—¿Qué quieres hacer, Zinnia? —preguntó, así, nada más. Arrugué la frente, no entendía—. Sí, a qué quieres dedicarte estos tres años, qué deseas que él vea cuando regrese. —Sonreí apenas, con tristeza, faltaba tanto.

—Quiero... creo que quiero ayudar a niños que pasan lo mismo que yo pasé, necesito hacerlo. No hay noche que no sienta un dolor fuerte aquí —y apreté mi puño sobre el corazón al recordar con los que crecí. Eran mi familia.

—Bien, te apoyo en eso. Hablaremos con las casas hogares de aquí, con los orfanatos. Veremos qué clase de ayuda requieren.

—De todo tipo, abuelo, pero sobre todo atención, que los cuiden, que no existan injusticias sobre su cabeza —expliqué con urgencia. Las lágrimas seguían saliendo.

Asintió.

—Es cierto, pero no todos esos lugares son como en el que creciste, mi cielo.

—Lo sé, lo notó en el que voy a dejar ropa, a ayudar. Pero me frustra que no sea suficiente.

—Zinnia, mi amor, jamás lo será, pero si las personas no hacemos lo que podemos, entonces nunca habrá una diferencia. Quizá no logres ayudar a todos, eso es imposible, pero las vidas que cambies valdrán la pena, serás la diferencia para esas personas. —El llanto apareció, atascado, doloroso y de pronto lo dejé brotar.

—No teníamos ropa, nos golpeaban, comíamos siempre lo mismo y no dormía a veces haciendo los quehaceres de la casa. Crecí con miedo, y solo él, solo Yek lograba hacerme sentir parte de la vida, porque yo no deseaba seguir, muchas veces lo pensé —hablar de ello me liberaba de cierta manera. Me rodeó con fuerza—. Teníamos frío, las duchas eran heladas, Clemente murió frente a mí y yo le acababa de hacer un suéter, Rocío no soportó saberse

embarazada en esa situación y abortó, luego... se suicidó... —aferraba su camisa abriendo las heridas de una, sin pensarlo—. Creí que nadie me quería, pasamos por tanto... que jamás imaginé que vivir como ahora fuera posible, y pese a desearlo me siento mal por tenerlo, por saber que hay personas que les importo, que... tengo una familia, que soy parte de algo. Hay tantos niños solos, abandonados, esperando un milagro, lo que sea... Necesito sentir que hago algo...

—Haremos lo que tú quieras, cuenta conmigo, mi niña... Estoy orgulloso de ti, de lo que lograron juntos —prometió. Me separó para limpiarme las lágrimas y al hacerlo, para mi asombro, descubrí a Niclas de pie, al lado de una mesa en la entrada, mirándome, serio.

—Yo quiero ayudarte —declaró sin dudar. Pasé saliva, desconcertada. Mi abuelo giró de inmediato.

—Niclas, no sabíamos que estabas aquí.... —El chico dejó algo sobre la mesa, sin mostrar vergüenza por habernos escuchado.

—Zinnia dejó su móvil en el auto, lo traje, Nami me abrió. Lamento interrumpirlos, Octavio —pero la verdad no parecía que lo lamentara, sin embargo, no me hizo sentir incómoda pese a no tener idea de si había escuchado todo lo que había dicho y que al fin me había atrevido a hablar con alguien más que no fuese Yek.

—Gracias, hijo —expresó mi abuelo, girando hacia mí. Parecía no saber qué hacer, no después de escucharme, de la interrupción.

—No es nada... Y me voy, nos vemos luego, Zinnia —y alzó la mano, sonriendo apenas.

—Puedes... quedarte a cenar —me encontré diciendo, de pronto, sin yo misma comprenderlo. Niclas sonrió de manera torcida metiendo las manos en los bolsillos de su bermuda.

—Creo que interrumpí algo, solo quería traerlo —respondió ligero. Una actitud realmente rara en él, pero que me agradaba.

—Gracias... —susurré poniéndome de pie, mi abuelo me secundó—. Iré a darme un baño —y me escabullí por las escaleras, no sin antes tomar el celular y notar que me miraba intrigado, asombrado también.

La tarde siguiente, apenas habíamos terminado de comer, cuando apareció. Fruncí el ceño cuando entró a la cocina.

—Niclas, dos días seguidos por aquí... No es lo común, ¿viniste con Dante? —indagó mi abuelo, arqueando una ceja. Él negó serio.

—Buenas tardes, Octavio. No, no lo he visto desde la mañana en la universidad. —Le di otra mordida a mi postre, intrigada.

—¿Quieres? —pregunté mostrándole mi plato. Asintió sentándose como si nada en el lugar al lado mío. Mi abuelo parecía perdido por su actitud, al igual que Nami que ya le servía. Cosa que agradeció con elegantes modales. No hablamos por un rato, hasta que terminó, me intrigaba saber por qué estaba ahí.

—Conseguí información que podría ayudarte para lo que quieres —explicó sin más, levantándose. Mi abuelo arrugó la frente, mientras yo enarcaba una ceja. Era extraño. Iba vestido

con bermuda y una camiseta cualquier, su cabello lacio, rubio, eso sí bien peinado como solía. Apareció un segundo después con un folder en la mano y lo puso frente a mí.

—Son albergues aquí, en Puerto Vallarta, Casas hogares, orfanatos —dijo. Abrí los ojos de par en par, mi abuelo no podía esconder su asombro, pero sonreía al igual que Nami. Niclas acercó su silla a la mía y comenzó a explicarme cada uno—. Yo creo que este necesita más ayuda, pero si quieres podemos ir a conocer cada uno, hablar con ellos, y lo decides después. También conseguí lo que le hace falta a cada uno, la manera en la que buscan donaciones... Es todo un embrollo, pero la verdad parece que varios están bien organizados.

—¡Vaya! Le invertiste tiempo —declaró mi abuelo, asombrado. Niclas asintió sin darle mayor importancia.

—¿Qué te parece? —me preguntó Niclas. Lo miré pestañeando una y otra vez, sin comprender su cambio de actitud. Cerré la información y me levanté.

—Podríamos hablar... —le pedí con voz urgida, realmente perdida. Asintió sereno, era como si esperara justamente esa actitud. Salimos de ahí hasta donde tenía estacionado su auto—. Hace unos días no me soportabas, ahora quieres ayudarme...

Se recargó en el cofre, negando, cruzándose de brazos.

—No busco ayudarte, busco ayudar... En general.

—¿Tú? —quise saber escéptica.

—Creí que ayer ya habíamos pasado la etapa incómoda donde yo me disculpaba y tú olvidabas mi actitud.

—Sí, creo que sí, pero...

—No te fíjas, yo estaría igual después de toparme con alguien como yo —rio guiñándome un ojo.

—¿Desde cuándo te interesan los niños sin hogar? —lo cuestioné sin cambiar el tema.

—Desde que te escuché ayer narrar tu historia, o parte de ella... —me puse en guardia, lo notó. Alzó las manos negando—. Juro por la memoria de mi padre que no te preguntaré nada, que me dirás solo lo que deseas y que jamás repetiré lo que escuché o me digas —declaró con seguridad.

—Bueno, eso es porque ayer me contaste ese oscuro secreto tuyo... Que, por cierto, aún no lo creo —argumenté. Se encogió de hombros.

—No importa si lo haces... —aseguró con desenfado. Sacudí la cabeza, sin entender nada.

—Bien. Gracias por esa información —zanjé pretendiendo alejarme, pero Niclas me hizo girar por el brazo.

—Quiero ayudar y tú también. Puedo recabar información, mi abuelo tiene gente que nos puede orientar, y tú eres sensible a sus situaciones. Hagamos algo juntos. Necesito hacerlo —pidió con un dejo de ansiedad. Fruncí el ceño, quitándome de su agarre.

—Esto no se trata de expiar culpas.

—No, mis culpas no tienen manera de expiarse, Zinnia, pero se trata de personas, de niños, quiero volver a sentir algo.

No supe qué decir, me quedé ahí, mirándolo por algunos minutos. Al final asentí.

—Hoy tengo cosas que hacer, pero mañana podemos ir a verlos por la tarde
—propuse conciliadora, aun desconfiada.

—Bien, llevo aquí a esta hora, quizá Nami me sirva otro postre —le quitó a alarma a su coche y se subió—. Nos vemos —y se fue.

Todo tiene un motivo en la vida, lo que pareciera malo quizá deje algo bueno, pero somos impacientes. Niclas aprenderá, no es un personaje al azar, siempre estuvo ahí, en mi mente, desde que pensé la historia, y no para tambalear lo que son Zinnik en realidad porque creo que ha quedado claro la fortaleza de su sentir, ¿no?, sino porque la historia se llama "Luces en la tiniebla" ;) ¡Gracias por sus votos y comentarios!

Stephen - Play me like a violin



Al día siguiente se presentó ahí, como dijo. Sin hablar mucho, condujo. Fuimos a cuatro sitios, unos hostiles, otros ya estaban cubiertos, según ellos, pero el último un orfanato agradable, con unas religiosas que parecían estar dispuestas a escucharnos. Él permaneció en silencio a mi lado, mientras yo preguntaba cosas y exponía lo que podía hacer, cómo ayudar. La monja me prometió contactar a otras casas hogares, esa era de niñas, y le preguntó a él a qué estaba dispuesto. De inicio le dijo que a aportar dinero, ella lo rechazó.

—Requiero manos... —zanjó. Niclas se irguió, sin comprender—. No tenemos entrenador de fútbol, los niños lo necesitan para tener un lugar en los torneos, eso los distrae, les sirve, hay equipo de varones y mujeres. ¿Sabes jugar? —quiso saber. Él asintió sonriendo de forma torcida, parecía que eso le había gustado.

—Pero jamás he entrenado a nadie, y no soy un crack —aseguró con frescura. Sonreí negando.

—Inténtalo, eso es lo que necesitamos. ¿Qué dices? —No tardó mucho en pensarlo y aceptó—. Me gusta su actitud, chicos. Zinnia, las mujeres necesitan saber oficios, las niñas ayuda con las tareas, enseñarles higiene personal, igual los chicos. ¿Puedes ayudar en eso? Un taller de confección, si tienes tiempo, ayudaría bastante, ya hay panadería, cocina, repostería, pero nada de eso.

—Puedo, sí.

—Me encanta. ¿Les parece que comencemos la siguiente semana?

—¿Qué días necesita que vengamos? —preguntó Niclas.

—No quiero entorpecer sus deberes.

—Yo puedo diario —intervine—. Entre semana, los sábados tengo clases por la mañana, pero puedo venir por la tarde. Y el domingo.

Él me miró enarcando una ceja.

—No, Zinnia, eso es demasiado, debes descansar. Si se requiere esa ayuda, te la pediré, pero será algo excepcional, eres una jovencita apasionada, debes hacer cosas de tu edad...

—Creo que tiene razón, Octavio querrá verte a veces, ¿no? —intervino él. Lo miré asintiendo, resignada. Me guiñó un ojo, sonriendo de una manera extraña.

—Muy bien, muchachos, veamos cómo funciona esto, pero les debo advertir algo, y necesito que lo piensen antes de decidir. Estos niños están solos, no será sencillo al inicio, pero después, con el tiempo, se encariñan, si no están dispuestos a asumir un compromiso moral con ellos, prefiero que no vuelvan, lo entenderé —y nos tendió una tarjeta—. El domingo espero su llamada para saber qué pensaron. Además, espero que sus familias estén al tanto, es importante su consentimiento, aunque no sean menores.

Niclas la tomó.

—Por eso no hay problema. Aquí nos vemos el lunes —declaré con seguridad—. No tengo nada que pensar.

La mujer sonrió amigable.

—Tienes espíritu —musitó mirándome fijamente a los ojos.

Minutos después subíamos al auto, ya había anochecido. Recargué mi cabeza en el respaldo, suspiré.

—¿No te importa perder todas tus tardes ahí? —quiso saber, prendiendo el motor. Giré hacia él, seria.

—De eso se trata ayudar, Niclas, no se pierde, no se dan las sobras, se hace porque se quiere, sin pregonarlo, sin presumirlo, buscando solo que el otro esté bien, dar sin esperar recibir, solo porque eso te hace sentir bien —mis palabras lo dejaron pensando.

—No le dirás a nadie que vienes aquí —indagó. Rodé los ojos.

—No tienes que seguir en esto, agradezco tu ayuda hoy, pero puedes irte a tu casa y olvidar el tema, no te juzgaré ni pensaré nada malo, si es que te importa —prometí. Me observó con atención por unos segundos, reflexivo.

—Creo que me importará... Y como tienes tan claro eso de ayudar, te propongo algo...

Enarqué una ceja, cruzándome de brazos. El aire acondicionado ya había refrescado el ambiente, gracias al cielo.

—¿Qué? —pregunté escéptica.

—Entreno a esos chicos, la verdad la idea me agrada, será divertido, pero... dejarás que te enseñe a conducir —propuso. Me erguí arrugando la frente.

—¿A conducir? ¿A ti qué te importa si sé manejar? —Sonrió con desgarbo.

—Nada en realidad, pero tienes un auto en tu cochera esperando, si deseas ser independiente, ese es un paso importante.

—Hay taxis, transporte público.... Pero claro, quizá tú no los conoces —me mofé.

—No te ataco, creí que ya estábamos en otro plano.

—¿Cómo en cuál? —mi pregunta lo tomó por sorpresa.

—¿Amigos, quizá, o por lo menos en vías de serlo?

—Escuchaste mi historia, por lo menos algo de ella... No sé cómo hacer eso.

—Yo tampoco, no muy bien, Dante porque es relajado y los otros porque no son tan pensantes, ya sabes... pero, podemos aprender... —buscaba algo en sus palabras que me diera una señal de que no iban las cosas por ahí, de que jugaba. No encontré nada.

—Ya veremos...

—Eres soberbia —musitó y comenzó a conducir en silencio. La verdad no tenía nada de malo que me enseñara, que estuviera con él ahí, en su auto, que me cayera incluso bien pese a todo, pero una parte de mí se sentía incómoda, como si no debiera. Lo cierto es que Yek era todo en mi mente, pero si quería lograr mis objetivos, debía soltarme un poco.

—Si tú vas un mes seguido con los niños, me enseñas a conducir —propuse conciliadora, intentando no ser tan difícil. Lo vi sonreír del lado, asintiendo.

—Aunque es un poco extraño, en ambas ganas tú.

—No, ganamos los dos, y ganan ellos, porque si te gusta... sé que sentirás de nuevo —su gesto se tornó serio, apretó levemente el volante.

—Bien... Un mes.

—Un mes.

Los días eran agitados, llenos de cosas que hacer. Lograba de esa manera ir perdiéndome en el abismo de las horas sin estar obsesionada por él, sin embargo, al atardecer, en donde estuviera, me detenía y lo observaba, cerraba los ojos y dejaba ir mi sentir, deseando que le llegara de alguna manera la sensación. En las mañanas, era lo mismo.

Mi abuelo solo me veía ir y venir sin detenerme, cumplía con todo, así que no podía recriminarme nada, además, él, Niclas, estaba siempre por mí para recogerme, y luego ambos nos íbamos a nuestros deberes, no podía decirme que estaba muy ensimismada. Tres veces por semana los entrenaba, yo daba taller. Luego, los otros dos, ambos nos veíamos para ayudarles a las tareas pues los grupos escolarizados eran mixtos y asistían a las mismas escuelas.

A veces les contaba un cuento al terminar, y tanto él, como ellos, me escuchaban, atentos, otras veíamos alguna película que las monjas les ponían por un rato. Al salir acabamos exhaustos y hambrientos. Más de una ocasión terminamos en algún lugar cenando, las otras me llevaba a casa y se quedaba a cenar pues Nami que había descubierto su afición por su comida, no lo dejaba irse sin alimentarlo.

Los fines de semana eran para mis clases de inglés que logré cambiar de horario, para tareas, para confeccionar, para pensar como una idiota en él, en los niños que hasta ese momento solo sabía que estaban bien, pero nada más.

El tiempo pactado pasó, yo no me había dado ni siquiera cuenta de tan ocupada

que siempre estaba.

—¿Entonces mañana empezamos? —y señaló con la barbilla el auto que mi abuelo me había comprado, ya había apagado el motor del suyo. Arrugué la frente sin comprenderlo. No hablábamos mucho, solo los trayectos y a veces no, simplemente nos acompañábamos. Era agradable porque no buscaba sacarme de mis ensoñaciones, de mis pensamientos, pero cuando conversábamos lo hacíamos de los niños y era cuando yo podía reír sin presión.

—¿Mañana?

—Sí, el mes ya pasó y pienso seguir ahí, me ha gustado mucho, la verdad...

—admitió. Me sentí asustada de pronto.

—¿Si choco? —quise saber.

—Tiene seguro, pero además, no lo harás, le enseñé a Dante a conducir, lo hago desde los doce, estarás en buenas manos —y me guiñó un ojo. Dejé salir un suspiro, preocupada.

—El domingo, paso por ti a las diez, te apuesto que antes de lo que piensas ya manejas sin problema —parecía muy pagado de sí.

—¿Si no? —quise saber.

—Si no... —y se frotó la barbilla—. Si no lo haces en dos meses, pintaré con mis propias manos todo el patio exterior del área de niñas del orfanato —alzó las cejas retándome. Sonreí.

—Pagarás a alguien para que lo haga —refuté rodando los ojos.

—No, yo lo hago, solo —y me extendió la mano. La observé con resquemor y es que pese a llevarnos bien, sin intimar, no nos tocábamos, no era algo con lo que me sintiera cómoda, sin embargo, se la di.

—En dos meses ya podré conducir de aquí al colegio —desafié. Asintió con seguridad, sin soltarme.

—Pero habrá reglas, porque la verdad es que no me encanta la idea de insularme pintando ahí...

—¿Cuáles? —y quité mi mano con cuidado, buscando alejarme. Él lo notó, pero no dijo nada.

—Los domingos de ley, tres horas por lo menos por la mañana. Pero entre semana, cuando vea que es posible, también —me informó. Entorné los ojos—. No, no me veas así, tengo dos meses, debo ponerme estricto.

—Okay, ¿algo más? —pregunté con sarcasmo. Asintió. Enarqué una ceja. Era un chico tan extraño y poco predecible.

—Si faltas a una de las reglas, tomarás clases de natación —soltó como si nada. Pestañeeé sin comprender—. Debes saber nada, Zinnia, vives en el mar, por Dios, además, es por tu seguridad.

—Te preocupa mucho mi vida, mi independencia... No necesito que lo hagas, no quiero que sientas lástima por lo que viví, estoy bien —reviré. Se puso serio y su actitud se tornó tensa.

—¿Estás bien? No lo creo, buscas llenarte día a día de ocupaciones para no pensar, tanto que parece incluso obsesivo. Hablas lo necesario. No dejas que nadie, que no sean esos niños, te toque. Miras con desesperación el sol ocultarse. Pareces ajena a este mundo. Eres

lo más lejano a una adolescente. ¿Eso es estar bien? –se burló con sarcasmo.

—¡Tú qué mierdas sabes! –Le grité, apretando la quijada. Se acercó a mí, molesto.

—Sé qué es vivir sin hacerlo, solo por existir. Ver pasar los días rogando que avancen más rápido, que terminen, con la maldita esperanza de que eso mengüe el dolor, la tristeza, la soledad. Pero no sucederá, Zinnia.

—No quiero hablar más, me voy –anuncié rabiosa. Detuvo mi mano, negando.

—Desde que llegaste a este lugar, el día que te desmayaste, y te llevé en brazos a tu habitación, algo despertaste. Curiosidad, quizá. Después, te llegué a ver de lejos, me intrigabas. Por Dante supe que no permitías que nadie se acercara y de pronto te veo con ese chico en el malecón, y no lucías como te había visto, pensé que eras una embustera, que tu actitud era una farsa para conseguir lo que deseabas. –Las lágrimas sin saber por qué salían—. Luego te atacé porque creí que engañabas a todos con eso y odio que las personas busquen lástima, pero me equivoqué, y retornó esa intriga que generaste al inicio, eso que despertaste. Cuando te tengo cerca siento que tengo posibilidades de sanarme, de hacer algo para resarcir lo que hice, para, de alguna forma dejar de vivir de esta manera...

—No creo que mataras a tu padre –solté de pronto, llorosa, él también tenías sus ojos enrojecidos. Se alejó un poco de mí, respirando con dificultad.

—Lo hice... Mi madre por eso me dejó aquí, con mi abuelo, no soporta mi presencia –explicó con voz indiferente. Me limpié las lágrimas, mirándolo fijamente.

—¿No está contigo? –quise saber, de repente sus palabras, su actuar tenía otro significado para mí. Se sentó sobre su asiento, negando.

—Nací en Francia, a los diez años llegué aquí, ella viene a veces, pero no soporta verme y saber que maté a su esposo.

No lo podía creer, simplemente no. Si bien no era una castañuela, no se veía malo, en realidad era cuidadoso en mostrarse. Cuando estaba cerca de sus amigos era inmutable, y aunque parecía estar pasándolo bien, con el paso de las semanas noté que no se involucraba, aunque no era algo de lo que estuviese muy pendiente, de nada en realidad.

—¿Diez años? –repetí asombrada. Me miró serio.

—Nunca hablo de esto con nadie, y no pretendo tu lástima, pero si aceptas lo que te propongo, puedo... podría hablarte de mí... Y así estaremos iguales –propuso sin afán. Bajé la vista, aun con los ojos enrojecidos.

—Podrías quedarte a cenar –me encontré diciendo. Había algo en su forma que no me hacía sentir tan sola, tan presionada, era como sentir que éramos iguales, a diferencia que con los demás.

—Me gustaría –aceptó. Asentí bajando del auto, en silencio.

Mi abuelo ya estaba ahí, en el comedor, era viernes. Sonrió al vernos, no era tan extraño.

—¿Cómo les fue? –quiso saber. Niclas, parecía haber olvidado nuestro altercado y comenzó a contarle sobre el entrenamiento y de cómo planeaba alentar a las niñas para que participaran en la liga femenil.

Yo permanecí callada, escuchando pero a la vez, perdida en mis pensamientos. Al terminar mi abuelo se disculpó, debía hacer una llamada, ambos nos miramos y sin decirnos

nada, salimos rumbo al jardín, nos sentamos en la barda que daba a la playa.

—En la escuela organizaron una excursión, mi padre fue conmigo, se lo había pedido tanto que al final, como solía, no me lo negó. Por la noche, ya que se había organizado todo, y los niños vagábamos por ahí para reunir leña, encontré una planta que había escuchado decir ayudaba a los problemas digestivos, él sufría de gastritis y cuando llegué, se la coloqué a su comida sin decirle, quería sorprenderlo... Era venenosa, me había equivocado, por la noche se puso muy mal, tuvieron que llevarlo al lugar más cercano, pero el daño estaba hecho y murió horas después... —narró perdido en ese momento. No respiré, ni siquiera me atreví a moverme.

—De todas plantas que existen en el jodido planeta, le tuve que dar la peor...

—musitó con la vista fija en el mar—. Mi madre llegó cuando ya no había nada que hacer... Y cuando le dijeron la causa y yo le conté lo que ocurrió, todo se desmoronó. Ella lo amaba locamente, vivía por él. Yo... no fui nunca más el mismo. A los pocos meses me trajo aquí, mi abuelo se había mudado un par de años atrás por sus negocios. Viene cuando puede, no nos hablamos mucho. Ella maneja los negocios que eran de mi padre, y para eso vive.

—¿No tienes hermanos? —quise saber, turbada por la tétrica historia. Suspiró negando.

—Cuando pasó eso... mi madre estaba embarazada, pero debido a todo aquello, lo perdió —declaró sin ninguna emoción en su rostro. No sabía qué decir, si es que existían palabras para devolver después de haber escuchado aquello.

—Tú jamás quisiste que eso ocurriera —argumenté sin dudar. Me encaró arrugando la frente.

—No, obviamente no, pero lo hice. El que quisiera o no hacerlo, no cambia el acto.

—Sí lo cambia. A veces hacemos cosas creyendo que son buenas y resulta lo contrario, pero no podemos culparnos por ello.

—Si muriera alguien que amas por un error tuyo, ¿no te culparías? —Me cuestionó. Yek, eso era lo único que podía pensar con todo el asunto de Clemente. Bajé el rostro.

—Supongo que sí. Pero... ¿eso de que me serviría? —refuté afligida. Se encogió de hombros, pensativo.

—La culpa tiene como utilidad solamente recordar lo malo que se hizo, así haya sido en aras de ayudar.

—Y no permite avanzar, te lo aseguro. —Me miró por un instante.

—¿Has sentido culpa alguna vez? —quise saber, sereno. Dejé vagar la vista en la penumbra.

—Culpa no, remordimiento, frustración, enojo, humillación, y muchas cosas más, pero no, creo que culpa no, solo de no poder sentirme parte de esta familia, quizá, de no ser feliz con todo esto, porque debería, porque todos hacen de todo para que lo logre y no lo siento —aferré mi ámbar con dureza. Observó la piedra con atención.

—Son sentimientos que lastiman... —musitó. Asentí agobiada.

—Nunca me pensé en un sitio así, no estaba acostumbrada a pensar en el futuro.

—¿Él creció contigo? —De inmediato mi pulso se aceleró. Casi dos meses y mi pecho seguía ardiendo.

—No estoy lista para hablar de eso...

—Entiendo.

—¿Aceptas mi trato? —preguntó. Sonreí apenas, recordando lo dicho hacía unas horas y notando que no hablaría más sobre el tema que me hería. Asentí rodando los ojos.

—Eres incansable —sonrió también.

—No sé si es una cualidad, pero sí, soy terco —admitió más relajado.

—Okay, hagámoslo. Te veo aquí el domingo —acepté. Me guiñó un ojo y se levantó, hice lo mismo—. Niclas, lamento mucho lo de tu padre —musité buscando su mirada azulada. Asintió con las manos dentro de los bolsillos del jeans.

—Yo también, y lamento que tú tampoco puedas dejar ir, sé que es vivir a medias, Zinnia —me tomó por el hombro y rozó mi frente con sus labios por un segundo, enseguida se separó, yo di un paso atrás, aturdida. Sonrió negando.

—Debía hacerlo. Pero te prometo que solo hay gratitud. No pretendo nada de ti salvo esto que logras en mí; hacerme sentir algo, al fin —confesó con simpleza. Pestañeé, nerviosa.

—Solo... ve despacio, sé que con el tiempo las cosas fluirán más sencillo entre nosotros, la verdad es que también me siento a gusto contigo, no me presionas, no buscas hacerme desistir en mis locuras y no preguntas todo el tiempo.

—Es tu vida, yo la mía. Te compartí un poco, tú también. Creo que por ahora vamos bien. Es probable que esta amistad nos guste a ambos.

—Es probable —admití sonriendo levemente.

Cómo les dije, aquí la verdad de Niclas, porque cada persona tiene su mundo y en él sus situaciones que sortear, solo es escarbar un poco para interpretar. Quizá esta amistad que nace los ayude a ambos, por lo menos eso es lo que va ocurriendo. ¡Gracias por votar y comentar!



Las lecciones comenzaron tal como quedamos. Mi abuelo habló con él antes de que nos fuéramos el primer día, temía que me pusiera en peligro sin necesidad, pero como al parecer todos sabían que enseñó a mi primo a conducir, no hubo objeciones.

Esas tres horas fueron una locura, estaba nerviosa y no entendía nada, pero Niclas era bastante paciente y bromista, por lo que aligeraba mi tensión logrando que dejara un poco el miedo del lado. En ese estacionamiento público fueron las clases por quince días, luego fue aventurándose a la calle pese a que yo intentaba negarme.

Un mes después ya podía dar vueltas por ahí, distancias cortas, y me sentía poderosa. Sin embargo, inmediatamente después pensaba en él, en Yek, como cada segundo, como cada minuto.

Necesitaba saber de su vida, casi tres meses y mi corazón cada vez latía más lento, era como si se fuese extinguiendo, apagando, pese a los esfuerzos que hacía.

Una tarde, Niclas había llegado a casa para irnos al albergue, de pronto llegó mi abuelo, sonriendo. Lo estudié intrigada, era un hombre alegre, pero ese gesto parecía tener un motivo importante.

—Mi cielo, tengo una noticia —se sentó frente a nosotros en el comedor, a veces llegaba tarde. No quería ilusionarme, de alguna manera había logrado entumir la antelación y no esperar nada—. Mañana podrás ver a los niños —soltó sin anestesia. Abrí los ojos de par en par, me tapé los labios pestañeando sin poder cesar.

—¿Es en serio?

Él asintió, alegre, enseguida sentí que algo dentro latía, eso que no había logrado sentir en meses.

—Sí, debemos salir hoy por la noche, ahora mismo yo me encargo de los vuelos, podrás estar con ellos mañana todo el día, hablaremos con Elina, sabremos cómo va todo... Aunque al perecer en eso no hay muchas noticias, el asunto va lento... Pero ya que nos cuenten bien estando ahí.

No podía esconder la excitación, la sensación de anticipación que circulaba por mis venas. Me levanté sin esperar nada.

—Iré a empacar —dije. Niclas me observó intrigado, serio.

—¿Quieres que avise a las monjas? —propuso. Eso me frenó cuando ya iba de salida rumbo a mi habitación. Lo miré como recordando que ahí se encontraba y es que de pronto sentí como si me estuvieran regresando algo mío, algo solo de nosotros. Asentí un tanto avergonzada, pero con prisa.

—Debemos irnos en hora y media, hay tiempo, hija —musitó mi abuelo, tomando de nuevo el teléfono y alejándose para hablar.

—¿Quiénes son esos niños? —quiso saber Niclas, sentado aún, con los brazos cruzados sobre su pecho.

—Mi familia —admití ruborizada—. Debo ir a guardar lo que quiero llevar, te veo luego. Gracias —y desaparecí sin dar más explicaciones, no se las debía, tampoco deseaba dárselas. Lo único que circulaba en mi cabeza era el hecho en sí, los vería, al fin después de tanto tiempo, después de tantas cosas, de tantos momentos llenos de vacíos, de mi identidad, de muerte, de abandono.

El viaje se me hizo eterno, más aún porque nunca había subido a un avión y al ver la enorme nave no pude evitar ponerme un poco nerviosa. Sin embargo, ya adentro, lo olvidé puesto que solo podía pensar en Cami, en Sol, Manuel...

Llegamos al anochecer, más de seis meses que había salido de la Ciudad de México y me sentía tan ajena a esa realidad, las calles que transitamos no eran las que yo solía frecuentar, pero era ahí el sitio donde crecí.

El chofer mandado por Elina condujo en silencio, mientras yo no podía parar de observarlo todo, evocar nada instante, sentir en medio de mi estómago un hueco que entumía, dolía. Su recuerdo era más potente ahí.

Nos hospedaríamos en el mismo hotel que ella, al parecer solo estaba ahí para solucionar la situación de ellos. Al llegar, dejamos nuestras cosas en nuestras habitaciones y nos dirigimos a un restaurante lujoso, como todo ahí, que se hallaba en la planta baja. Mi tía, elegante como siempre, aguardaba bebiendo en silencio de su café. En cuanto me vio, sonrió alegre, examinándome.

—Te ves bien, Zinnia —declaró dándome un abrazo que me costó responder, pero lo hice con intención.

—Gracias, Elina.

Nos sentamos los tres y comenzó a narrarme la situación. A los niños los separaron y mandado a un orfanato más grande pues la casa de las mujeres se cerró de inmediato, estaban siendo investigadas y ya las habían detenido. Ellos habían presenciado todo.

Mis ojos se tornaron acuosos. ¿Cuánto más tendrían que vivir?

La buena noticia era que Elina no pudo con todo aquello y al conocerlos, decidió que debía hacer algo, por lo que con sus contactos buscó un lugar más pequeño, agradable, seguro y los cambiaron para allá después de luchar bastante para que los alojaran juntos. Ella en realidad deseaba sacarlos de la capital, pero eso era imposible, no hasta que el caso en torno a ellos terminara y todo se cargara a lo otro, a lo realmente fuerte.

—¿No he salido a colación Yek? —deseé saber. La mujer negó, seria.

—Vamos por partes. Las autoridades están al tanto de que estás ya con tu familia, prefieren no mover demasiado, ya sabes, las aguas se pueden poner más turbias si indagan más, y nosotros así lo preferimos. En cuanto a Yerik, es bueno que esté alejado, no tiene orden de presentación, German ha hecho todo para desviar las cosas, sin embargo, creo que sí planean buscarlo para que declare. Es muy delicado, Zinnia, los tipos que componen la célula que enfrentamos son personas con poder. Logré arreglar esta visita a los niños con miles de artimañas, pero no puede repetirse en un tiempo, no hasta que logre mandarlos a Guadalajara a todos y Frida se ocupe, te ponemos en riesgo. ¿Comprendes?

Mis manos sudaban, pero asentí.

—¿Yerik está bien? —quise saber, desesperada.

—Sí, sé que está igual de ansioso que tú, pero conoce su situación. Entró allá a la escuela, está bien y seguro. Pero no hemos hablado más, Frida no puede mencionarlo por teléfono, en fin. Estamos extremando precauciones. ¿Lo entiendes? Es la única manera de protegerlos a todos —intentó hacerme ver. Mi abuelo asentía, serio, era evidente que no sabía nada. Elina lo miró—. Las conversaciones telefónicas por ahora no son tan confiables, Octavio. Pero veremos la manera de mantenerlos al tanto. Mandaré a alguien cuando sea necesario. Por ahora alquilé un apartamento aquí, en la ciudad, Frida y Germán también lo hicieron. En serio esto es grande —sus palabras no me tranquilizaban, sin embargo, entendía que debía buscar la manera de relajarme.

—¿Debo extremar precauciones con Zinnia? —quiso saber.

—No, si lo vemos venir, le avisaremos, pero por ahora ella no es un tema importante, salió a la luz que se fugaron del lugar, cuando demostraron que estaba con usted, y como no encontraron pruebas de que vivieron juntos, gracias al silencio de los chicos, creyeron que solo cada uno siguió su camino. Todos los han protegido mucho, pese a no pedir que lo hicieran —explicó. Los recuerdos me golpeaban y mis ojos ya derramaban ese líquido salado. Me sentía tan desesperada.

Al día siguiente levanté con el alba. Necesitaba ya verlos. Llegamos a aquel lugar donde estaba mi pasado, parte de mi familia.

Nerviosa los esperamos en una sala de ese agradable lugar. Todo lucía limpio, en buenas condiciones, adecuado para tener niños. De pronto escuché la voz de Camy, era inconfundible, me puse de pie. Ella fue la primera que cruzó el umbral. Al verla me llevé las manos a los labios. Estaba limpia, con su cabello trenzado, llevaba una muñeca en su mano y corrió hasta mí al tiempo que me agachaba, también lloraba.

—¡Zinni! —gritó. Me hiqué y la recibí sollozando, apretándola a mi pecho. Enseguida sentí más abrazos. Alejé mi rostro. Mateo, Manuel, Lucio, Sol y Lina, ellos. Caímos, aun así, no los solté, ni ellos a mí.

—Regresaste —musitó Sol, con la mirada empañada. Asentí abrazándola solo a ella cuando me lo permitieron.

—Nos han preguntado muchas cosas, pero no hemos dicho nada —declaró Manuel con suficiencia. Miré a mi alrededor. Ya solo estaban Elina y mi abuelo—. Extrañamos a Clemente, a Yerik —musitó bajito. Acaricié su rostro, negando. No sabían nada. Los adultos nos miraban asombrados, conmovidos.

—Escuchen, aún falta un tiempo para poder estar con ustedes. Encontré a mi abuelo —y lo señalé con mi mano—, y mi tía —los niños asintieron.

—Ella nos ha ayudado —expresó Camy, sonriéndole con dulzura, cosa que Elina devolvió. Mi piel estaba erizada, dolía, y no tenía idea de cómo me separaría de nuevo de ellos. Buscando que las lágrimas no se tornaran en llanto, les di todo lo que les había hecho, comprado. Ropa, algunos cuentos, un peluche a cada uno y una almohada con sus nombres.

—¿Dónde están? —preguntó Sol, seria. Me miraba expectante. Bajé el rostro.

—Ellos... Ellos no pueden venir por ahora, pero sé que donde estén nos cuidan y saben que estamos bien. Por eso están aquí, yo con mi abuelo, ellos lo lograron —no preguntaron más, algo intuían. Quería llorar hasta desgarrarme, me contuve.

—¿Por qué no le muestran sus dormitorios, quizá el lugar? Nosotros vendremos por la noche, pueden pasar todo el día juntos —dijo mi tía. Abrí los ojos ante sus palabras. Los niños gritaron entusiasmados. Sonreí con gratitud.

—Gracias...

—Me tocaste el corazón, Zinnia, de nuevo —y con lágrimas nos sonrió saliendo de ahí. Mi abuelo besó mi frente, observando a cada uno de sus dulces caritas.

—Ella lo ha extrañado mucho a todos ustedes —declaró con ternura.

—Nosotros a ella —y volvieron a tumbarme.

Comimos, reímos, jugamos en el patio junto con los demás niños que me presentaron. Eran alrededor de 20, con dormitorios separados. Las cuidadoras dormían en sus habitaciones, o al lado, dividían las edades también. Todo era más organizado, era evidente que los alimentaban adecuadamente, tenían espacios dignos, un lugar agradable para hacer tareas, jugar, clases por la tarde que algunos chicos daban sin pago a cambio, como yo en Puerto Vallarta.

Los acompañé a merendar, ayudando a las cinco mujeres encargadas. Eran agradables, sonrientes, aunque claramente una autoridad para ellos. Estar con los niños todo el día me tranquilizó. Ojalá así hubiese sido nuestra niñez, ojalá hubiésemos acabado ahí, y no en ese otro lugar.

—No te vayas —se aferró Camy a mi pierna, mientras Manuel rodeaba mi cintura. Sol sonrió negando.

—Su abuelo se pondrá triste, además ya nos prometió que cuando esto de los cuervos termine hará que conozcamos el mar —les recordó con voz dulce. Asentí sonriendo, hincándome para abrazarlos.

El tiempo se había acabado, así como cada instante de felicidad en mi vida; efímero, fugaz. Era aterrador dejarme llevar ya para ese momento, pero al tenerlos ahí, conmigo, no pude evitarlo, pese a que eso generaría una nueva grieta en mi corazón.

Despedirnos fue como si de nuevo me arrancaran un trozo de mi alma maltrecha. Ellos lloraron, incluso Sol limpió su rostro mirándome con esperanza. Casi al irme regresé y aferré su carita con ambas manos, agachándome un poco.

—Sé fuerte, no están solos, nunca, ¿entiendes? Valdrá la pena, ustedes tendrán una vida como la merecen, te lo prometo. No están solos.

Ella me abrazó sollozando.

—Gracias, Zinnia, dale las gracias a él, sabemos que estamos aquí por ustedes, por Clem. Los queremos —escucharla referirse a ambos, como en varias ocasiones a lo largo de la tarde, terminó de romperme, pero no se lo demostré. Llevaría días volver a esa normalidad en la que me había logrado sumergir, lo sabía.

No dormí esa noche. Sentada a los pies de aquella ventana, perdida en cada recuerdo, en cada herida, en cada momento. Clemente correteándome, Yerik cuidándome, nuestras fugas al parque, las miles de veces que terminamos llenos de barro los tres después de una lluvia, en el parque, riendo por reír, porque sabíamos lo que costaría esa diversión y aun así, no nos detendríamos, al contrario. Sentir el aire acariciar mi rostro cuando competíamos por recompensas absurdas. Creer que la vida se reducía a eso que vivíamos cada segundo, aprender a no soñar, solo a sentir, aferrándose a lo bueno, intentando hacer de lado lo malo. Cuidarnos cuando enfermábamos, curarnos al caer, cubrirnos cuando alguno hacía algo que tendría como consecuencia un severo castigo. La complicidad en cada paso. Su vida entrelazada a la mía como en el símbolo infinito donde no se sabe dónde comienza una y termina la otra.

Su imagen estaba en la oscuridad de la noche, en mis pensamientos perdidos, en la razón de mi existencia. Pese a eso, no estaba a mi lado, Clemente estaba muerto y los niños ahí, lejos de nosotros.

Pegué mi frente en el vidrio, dejando la palma de mi mano ahí también.

—Te extraño tanto... tanto —musité con mi rostro húmedo.

Al día siguiente regresamos al mediodía, mi tía me dio un fuerte abrazo, sujetando mi rostro tal como yo lo había hecho con Sol.

—Aarón, donde esté, sé que no podría estar más orgulloso de ti, mi niña. Eres un ejemplo, Zinnia, son un ejemplo —completó. Sin poder evitarlo, volví a rodearla. Sollozando.

—Los he necesitado tanto —admití aferrando su blusa. Acarició mi cabello, dejando salir un suspiro.

—Lo sé, pero no estás sola, nunca más será así —me separó y limpió mis lágrimas con sus pulgares.

—Nunca lo estuve —declaré con tristeza. Sonrió comprendiendo.

—Son asombrosos, Zinnia, tú, él, los niños, lo son... Aún no logro comprender cómo ocurrió viviendo en aquel lugar, bajo el yugo y maldad de esas mujeres... —me miraba buscando la respuesta.

—Clemente decía que lo que sentíamos nos salvó —lo recordé. Ella asintió dejando salir una lágrima.

—Sí, supongo que es así, no veo otra explicación, y eso protegió también a esos pequeños...

Llegamos por la noche a la casa, lo único que deseaba era dormir, perderme, entumir de alguna manera la avalancha de cosas que mi pecho sentía, de nuevo. Lo cierto es que me fue imposible.

Al bajar del auto lo primero que vi fue a Niclas, aguardaba sentado en los escalones, justo afuera. Fruncí el ceño. Me sonrió estudiándome. Mi abuelo lo saludó, me dio un beso en la frente y se metió junto con nuestras cosas. Toda la tarde me había mantenido a su lado, abrazándome, besando mi cabeza. Sin él no sabía qué habría hecho.

—¿Cómo sabías que llegaríamos a esta hora? —quise saber, de pie. Se encogió de hombros, con los labios invertidos.

—Lo intuí, vamos, necesitas hacer algo —murmuró. Negué dando un paso hacia atrás al ver que se levantaba.

—Estoy muy cansada —le hice ver señalando mis ojeras.

—Las has tenido peor, luego duermes, prometo que no tardaremos —soltó con frescura, lo cierto es que me agradó que en primer lugar no me preguntara cómo me sentía, o cómo me había ido, y en segundo, me urgía dejar de pensar. Asentí sonriendo un poco, luego de avisarle a mi abuelo, y que este me dijera que no tardara, me subí a su auto, donde él ya aguardaba.

—¿A dónde vamos?

—¿Te importa demasiado? —quise saber prendiendo música. Negué sincerándome—. Lo imaginé.

Unos minutos después tomó carretera, subidas, era estrecha, pero a él parecía no importarle, venía tamborileando sus dedos en el volante al ritmo de la canción. De pronto se detuvo en un descanso de grava, una reja con candado estaba frente a nosotros, se bajó y la abrió, luego, al pasar, la cerró.

—Okay, ya me estás intrigando, no creo que planees secuestrarme, tu abuelo tiene mucho dinero —le recordé. Rodó los ojos, sin verme.

—Por qué siempre tus pensamientos deben ir hacia algo lamentable... —musitó. Bajé la vista. Era verdad, pero también una maldita costumbre.

De pronto se detuvo en un área plana, de pura tierra.

—Vamos —y abrió su puerta. Lo seguí sin comprender. Avancé tras de él y al ver lo que había frente a nosotros me quedé pasmada. Toda la ciudad, brillando, el mar, las montañas.

—¿Podemos estar aquí? —pregunté impactada. Asintió.

—Es de la familia. El vigilante me conoce —anduvo justo hasta el borde. Me puse nerviosa. De repente abrió sus brazos y gritó con todas sus fuerzas. Al terminar giró hacia mí, sonriendo—. Hazlo, te juro que me lo agradecerás —me alentó. Lo miré por un segundo creyendo realmente que había enloquecido—. Anda, no me digas que te da miedo, no eres así.

—¿Gritar?

—No, gritar en el borde, con todas tus fuerzas, dejando que eso que tienes adentro ahorita, salga y duela un poco menos. Hazlo —me invitó con un ademán de su mano, haciéndose a un lado. Desconcertada, me acerqué, abrí apenas mis brazos, pero él los extendió tocándome un segundo—. Grita —me reí mirándolo de reojo—. Hazlo, Zinnia —me presionó. Lo que salió de mí fue algo temeroso. Soltó la carcajada a mi lado—. ¿Es en serio? Me has gritado más fuerte a mí.

Entorné los ojos. Idiota.

Me tomé mi tiempo, justo en el límite, abrí mis palmas y grité como nunca lo había hecho, una y otra vez, una marea de adrenalina, de alivio también apareció y no quería que se fuera así que seguí hasta que me dolió la garganta y dejó de salir ese maldito líquido salado. Al terminar, me sentía agotada. Di un paso hacia atrás, agitada, con las manos en las rodillas, riendo.

—Ahora no podré hablar —susurré mirándolo. Él estaba justo frente a mí, observándome serio—. Gracias —admití irguiéndome. Ladeó su rostro.

—Ya sabes... siempre será un gusto que te quedes afónica —y me guiñó un ojo. Rodé los ojos.

—¿No preguntarás nada? —Negó cruzándome de brazos.

—Sé que pronto me lo dirás tú todo. No tengo que presionarte, así no funcionamos, Zinnia —recalcó con seguridad. Asentí perdiendo la mirada en aquella espectacular vista. Definitivamente me sentía un poco mejor, por lo menos más ligera que al llegar. Lo miré de reojo. ¿Por qué lo haría?

Las siguientes semanas fueron complicadas, pero no más que las anteriores. Terminé el último semestre con mención honorífica, ni yo misma supe cómo lo logré, pero así fue. Estaba indecisa con mi elección de carrera, así que decidí aguardar un semestre, mi abuelo comprendió mis argumentos.

Tenía tantos planes, tantas cosas por hacer que un poco de tiempo extra no me caería mal. Gracias a Niclas poco antes de salir a vacaciones navideñas ya tenía mi licencia, él y mi abuelo me habían acompañado a sacarla. También debido a sus indirectas constantes, entré a clases de natación particulares intensivas los domingos por la mañana. Mi abuelo no estaba muy de acuerdo con mi manera de exigirme y me lo decía, pero comprendía mi necesidad de ir más allá, de no parar, era una urgencia inherente a mí, a él, a nosotros, era como de alguna manera absurda poder sentirlo más cerca debido a eso, sabía que Yerik estaría igual, con una idea fija, nada lo detendría, a mí tampoco.

La relación entre Niclas y yo de alguna manera iba dándose. No me había atrevido a preguntarle más sobre su pasado, y él no indagaba en el mío. Era cómodo estar a su lado.

Mis primos y sus amigos, al poco tiempo, se enteraron de nuestras visitas a aquel lugar. Cuando uno de los chicos pretendió burlarse, en un bar al que me había visto orillada a ir por Ceci, ya que fue su cumpleaños y gracias a su reciente noviazgo con Carlo, me había unido un poco más pues estaba resultando complicado mantener la relación a distancia, Niclas, rabioso, le dio un golpe en el rostro sin titubeos. Nadie dijo nada más. Fue así como se acostumbraron a vernos juntos.

Sin embargo, pese a lo bien que me caía y a la afinidad que sentía, en mí existía cierta resistencia, cierta culpabilidad también, por otro lado, uno celos espantosos de que Yek tuviese alguien así, como yo. Eso dolía, me atormentaba y entonces le huía, pero Niclas le daba igual, estaba ya muy involucrado con su quehacer en la casa hogar donde cooperábamos, por lo que me era imposible eludirlo. Otras veces se acercaba silencioso y simplemente se sentaba a mi lado viendo a la nada, por horas como yo. Era una gran compañía, una a la que me estaba acostumbrando, una que hacía mis días más llevaderos.

Esa Noche Buena, me abrumó sin poder evitarlo. Hubo una cena basta, regalos al por mayor, yo, gracias a Niclas, había logrado no quedar mal y tenía un obsequio para cada uno, pero en medio de todo aquello, evoqué las fiestas anteriores, las de toda mi vida y por mucho que quise estar de otra manera ese día, no pude. Al terminar la cena, tuve que salir a tomar aire, sentía que me ahogaba, tanto que me encontraba mareada. Mi tía intentó ir tras de mí, mi abuelo se lo impidió y salió él. Me alcanzó en la terraza. Yo me sentía tensa, contenida, nerviosa.

—Hija, ¿necesitas un momento a solas o quieres contarme lo que pasa?

—preguntó. Lo miré agobiada, triste.

—Lamento tanto todo. Yo misma no me entiendo, no debe ser fácil para ti, pero pasa el tiempo y sigo sintiendo dolor... —admití apesadumbrada. Sonrió guiñándome un ojo con tristeza.

—Desde que tu madre vivía, no había tenido mejor Noche Buena, tranquila. Es poco tiempo, lo estás haciendo bien, solo no te exijas de más. El dolor, ese irá poco a poco disminuyendo, te lo aseguro.

—Sí, espero que sí. Gracias por todo. Estaré bien —rodeé mi cuerpo—. Quiero mojar me un poco los pies, ahora regreso, ¿sí? —besó mi frente asintiendo.

—Está bien, solo no tardes, y recuerda que ellos ahora están seguros, como tú —se refería a los niños, a él...

Una vez sola, bajé, me quité el calzado y dejé que las olas mojaran un poco mi piel.

Dios, sentía tanta cólera, tanta impotencia. Apreté la quijada, rabiosa y las lágrimas comenzaron a salir. Mi cuerpo bullía. Estaba harta de sentirme así, de no poder fluir como deseaba, como sabía que debía, pero siempre algo me detenía, me contenía y cuando lo intentaba, la culpa, el pensarlo, el imaginar a los niños con menos, me ponía un alto. Me hallaba tan cansada, tanto.

De pronto un cuerpo tibio me arropó en su pecho, supe quién era y por primera vez, me dejé llevar. Sin importarme nada respondí al gesto rodeando su cintura y comencé a llorar sacando esa impotencia por medio de rugidos que se acallaban en su camisa que humedecía. No habló, no se movió, solo me contuvo ahí, mientras mi cuerpo intentaba drenarse de una maldita vez.

Traaaaanquilxs, no se vayan por lugares que no, Zinn necesita esto, solo diré eso. Los niños están bien, cuidados, fue duro verlos, en lo personal eso me partió, cuando preguntaron por Yek y Clem :(Niclas está lastimado y muy solo, Zinnia es como un oasis en su desierto, la posibilidad de sentir otra vez. Ya queda muy poco, muy poco. ¡Gracias por estar acá, por sus comentarios y votos!

Rival & Cadmium - Daily (feat. Jon Becker)



Minutos después me separé. Niclas me observaba, intrigado.

—¿No cenaste en tu casa? —quise saber entre sollozos, limpiándome el rostro con las manos temblorosas. El día anterior nos habíamos visto en la posada que se organizó en el orfanato. Ambos llevamos regalos que recolectamos gracias a donativos que propiciamos en las tiendas de mi abuelo, mi colegio, su universidad e incluso en los negocios de su abuelo. Eso nos había tenido ocupados. Logramos, gracias a la colaboración de mi tía, que se ofreció junto con Ceci a ayudarnos, hacer algo divertido para ellos. Sin embargo, no habíamos hablado nada sobre nosotros, así eran las cosas, así nos funcionaba.

—Nada especial...—solo dijo. Su madre seguramente no había llegado, como él mismo me había dicho que sucedería.

—No llegó —afirmé, escrutándolo. Negó sin aflicción. Más tranquila, sonreí, de alguna manera sabía que eso le dolía, aunque intentaba ocultarlo.

—Vamos, acá hay mucha comida, les alegrará verte —propuse. Por un momento pareció meditarlo, luego se encogió de hombros y asintió.

Esa noche gracias a Niclas logró ser agradable. El ambiente dentro era cálido, lleno de sonrisas, al verlo entrar todos lo recibieron con gusto. En la madrugada mi familia se despidió, pero él y yo nos salimos al jardín, sobre aquella barda duramos algunas horas, en silencio.

—Mi abuelo dice que es una inmadura —comenzó. Lo miré arrugando la frente, pero Niclas observaba el mar, o lo que podía verse—. Yo simplemente creo que nunca imaginó que yo hiciera algo así... ¿Podrías perdonar al asesino de quien amas? —soltó como al aire.

Dejé salir un suspiro, la muerte de mi amigo acudió de inmediato, la de mis padres.

—Creo que tu abuelo tiene razón —confirmé. Volteó serio.

—No quiero que me justifiques, que me disculpes.

—Niclas, no seas tan duro.

—¿Me lo dices tú que no le has dado la oportunidad a nadie? —me confrontó, sereno. No pude molestarme.

—Estás aquí, ¿no? Pero, además, hablamos de ti —reviré con calma. Asintió vencido.

—Suéltalo, entonces.

—Solo hay veces que no hay explicación. Es obvio que no buscabas matarlo.

—Obviamente, pero lo hice...

—Lo que haces es injusto. A veces, incluso con plena conciencia se obra mal, pero ¿si no hay otra opción?

—Matar... eso no es hacer algo mal, eso es ser un asesino, Zinnia.

—Fue un maldito accidente, lo sabes.

Me miró por varios segundos fijamente. No me amedrenté.

—Pero lo hice —declaró con seguridad cargada de congoja. En ese momento evoqué a Yerik, sus palabras, y mis ojos se llenaron de lágrimas que no quería dejar escapar. Apreté el ámbar buscando sentirlo de alguna manera. La angustia vivía atascada en mi garganta, siempre—. ¿Es él? —soltó de pronto.

Giré descompuesta, intrigada.

—¿Quién? —me asusté ante su pregunta, mis palmas sudaron. Bajó el rostro, dejando salir el aire.

—Ese chico, todo el tiempo piensas en él —aseveró.

—Es una larga historia, Niclas.

—Tengo tiempo —musitó.

—No sé si pueda hacerlo. Es algo... que duele mucho —admití con la voz cortada, sin soltar mi colgante, él lo estudiaba intrigado.

—Estamos en la hora de lo doloroso, venga, puedo escucharte.

Dejé vagar mi mirada por la oscuridad, nerviosa. Salvo Carlo, que sabía muchas cosas de mí, nadie fuera de ellos me conocía, no lo había permitido, pero quizá era el momento.

Y lo hice, por primera vez hablé de mí con alguien, con él.

Más de dos horas después en la que no me interrumpió, haciendo algunos gestos que demostraban su pensar, terminé. Casi amanecía. Algo dentro de mí se limpió, se diluyó y es que en esta ocasión me dejé llevar, pese a guardar lo más importante, lo que concernía solo a

nosotros, para mí. Niclas de alguna manera se había ganado mi confianza, así, de forma sutil, lenta, permaneciendo, respetando, mostrándose ante mí sin temor, sin dudar.

No se movía, parecía estar procesando todo lo que acababa de saber. De pronto dejó salir un suspiro y perdió la vista en el mar que comenzaba a teñirse.

—Cada amanecer, cada anochecer, sé que lo mira, como yo...

—Por eso dejas todo para verlo —adivinó. Asentí despacio.

—Es... —y se frotó el rostro, sacudiéndolo—, es impresionante, muy cruel. ¿No me mientes? —quiso saber descompuesto. Negué más tranquila—. Dios, Zinnia, cómo puedes vivir con todo eso... Quiero decir, está para hundir a cualquiera.

—Lo tenía a él, de otra forma no lo hubiese logrado, aún ahora, no podría.

—Falta mucho tiempo para que regrese. ¡Mierda! Es aberrante lo que les pasó, no sé yo que habría hecho en su lugar.

—No vale la pena que te lo preguntes, tu vida es otra, tienes tus cosas con las que lidiar —le hice ver. Sonrió con tristeza—. Y son duras, debe doler también bastante —completé. Se encogió de hombros, contemplando al mar.

—No me equivoqué, tú tienes un propósito en mi vida —y me miró con intensidad—, lo intentaré, viviré. Hay cosas aquí por las que vale la pena luchar, ¿no es así? —murmuró con decisión.

—Las hay...

—Gracias por confiar en mí —musitó agradecido. Sonreí apenas, perdiendo la vista en el sol que estaba por salir, guardando silencio por un momento.

—Sin él, Niclas, no estoy completa —admití con seriedad.

—Eso parece. Yo jamás lo estaré, tampoco, algo murió con mi padre, aquel día.

Pero podemos intentar vivir, seguir, avanzar... Ahora creo que la vida tiene su propósito, solo hay que abrir bien los ojos para poder identificarlo.

—Puede ser...

—Ese ámbar, ¿por qué lo sujetas así siempre? —curioseó. Bajé la vista hasta aquel objeto, sonreí con nostalgia al recordar como terminó en mi cuello, hacía más de doce años.

—Es lo primero que me dio, es su corazón —murmuré. Sonrió asintiendo.

—Es raro ver a alguien de nuestra edad sentir tanto... Supongo que tiene que ver con lo que vivieron, con cuidarse. Él enfrentó mucho por ti. Lamento mucho lo de tu amigo, lo de la chica y el resto.

—A veces tengo pesadillas, creo que nunca se irán.

—Sí, hay imágenes que simplemente uno desea que desaparezcan, pero no hay forma de que suceda, ¿no? —Asentí, estaba de acuerdo, pero había otras tantas que dolían pero que simplemente no deseaba que se fueran y eso también me daba miedo, que se perdieran en el día a día, que se fueran desvaneciendo sin que lo pudiese evitar.

Los días fueron dando paso a las semanas, estos a su vez a los meses y pronto un año de la muerte de Clemente, un año de habernos separado, de todo aquello que comenzaba a parecer lejano, pero no permitía que me fuese ajeno.

Ingresé a la universidad, Derecho fue mi elección. Mi abuelo no mostró asombro, supongo que lo esperaba, siempre peleando por lo justo, atenta a todo lo concerniente a los derechos de los niños, de los lugares. Necesitaba saber cómo defender, cómo defenderlos. Si deseaba ser parte de algo que cambiase las cosas, necesitaba tener las herramientas para hacerlo. Además, seguía yendo con los niños del orfanato, al igual que Niclas, que estudiaba en otro campus ya que su carrera de arquitectura la impartían ahí, y se había negado a mudarse para Guadalajara como muchos suelen hacer y acreditar allá su licenciatura.

Juntos tomamos en línea los sábados un curso de asistencia social. En su casa, o en la mía, así que era común vernos juntos. Su abuelo era muy agradable, al igual que el mío, nos apoyaba mucho en todo lo que se nos ocurriera, eran nuestros cómplices perfectos, involucrados comúnmente en cada decisión, en cada proyecto. Su relación con él supe que había cambiado bastante los últimos meses, ahora conversaban, se sentía aceptado, alegre incluso, y me alegraba mucho por él.

Mi vida era agitada, demasiado, poco tiempo tenía para salir, o hacer cosas que mis primos, por ejemplo, hacían.

Carlo había regresado en las vacaciones de semana santa, casi no lo vi, se la pasó con Ceci, yo con Niclas, con los niños, y aunque a veces nos acompañaban, estaban tan enamorados que en realidad nos la pasamos cubriéndolos, mi tía aún no sabía nada.

Su relación no era tan sencilla, la distancia les dolía, peleaban a veces, para después reconciliarse, pero sin poder abrazarse. Ella lloraba con frecuencia, lo quería demasiado, la reconfortaba, o por lo menos eso intentaba porque no lograba entenderla; podía hablarle, saber de él, conversar, verse a diario por lo menos por la web y no era suficiente. Aun así, la apoyé y me convertí con el tiempo en su confidente, aunque ella sabía que no era la mía. Para nadie era un secreto la amistad que tenía con Niclas, de hecho, cuando Carlo lo notó, que fue casi al llegar, se desconcertó. Esa noche, en mi casa, cuando al fin estuvimos solos no pudo evitar preguntarme.

—¿Tú y Niclas? ¿No te parece muy pedante? —señaló dejándose caer sobre mi cama, me senté frente a mi escritorio, sonriendo apenas. Estaba feliz de verlo.

—Es pedante —apunté jugando con un lápiz, acariciando la libreta de Yek donde había tanto de él.

—¿Entonces? —me cuestionó. Encogí mis hombros.

—Nada, entonces nada... Compartimos los días, hacemos lo que necesitamos hacer para estar bien, eso es todo.

—Sigues sin tener eso que antes tenías en tu mirada... Se lo llevó, ¿no es así? —se refería a Yek.

—Sí, creo que sí. Pero estoy bien, hago muchas cosas, los niños están por salir de toda esta pesadilla, Elina los llevará a Guadalajara y podré verlos de nuevo. La carrera que elegí me gusta, el curso los sábados que te conté, aprendí a nadar, sé manejar, incluso gano dinero con lo de los vestidos —expliqué. Silbó asombrado.

—¿Si te das cuenta de que el día tiene 24 horas? Lo haces parecer de 48 —expresó sentándose sobre la cama.

—Es la única manera que he encontrado para seguir, para no volverme loca sin él, con lo que pasa, Carlo.

—Veo que con tu abuelo las cosas van mejor, con tus primos —señaló observándome. Asentí despacio, mirándolo.

—¿Cómo siguen las cosas con Ceci? Estaba muy emocionada de que vinieras —le dije, ladeando el rostro. Su gesto pasó por una mezcla de sentimientos.

—¡Mierda! No quiero lastimarla, la amo, esa es la verdad... Me tiene completamente loco, es tan quisquillosa, tan dulce, tan tierna, no sé... Me encanta, Zinni, pero no puedo atarla a mí —confesó. Arrugué la frente acercándome.

—¿Terminarán?

—No, no ahora, no sé... Estudio toda la mañana, trabajo toda la tarde, los fines de semana, he ahorrado, pero no será eso suficiente jamás —musitó bajando la cabeza, afligido.

—Eres suficiente para ella, si te quiere, lo serás.

—Date cuenta como vive, como tú ahora —expresó apesadumbrado.

—No te presiones, solo haz lo que sientes que debes hacer.

—Lo intentaré... Aunque tus consejos no me sirven de mucho, tú seguirías a Yerik hasta en el infierno, literalmente —aseguró. Apreté mi ámbar, sonriendo.

—Lo haría, mil veces lo haría, Carlo. Deja que Cecilia te demuestre de lo que ella es capaz, muéstrale tú de lo que eres capaz.

Ileana logró en agosto que los niños se mudaran a Guadalajara. Lo más impresionante fue saber que se estaba divorciando de mi tío, pero que este la estaba ayudando usando todas sus influencias para que fuese su tutora, cosa que quizá haría que vivieran con ella más adelante, mientras tanto Frida los tenía en un lugar cálido, seguro, agradable. Pronto retomarían la escuela y no les haría falta nada. Los que entraron después, los nuevos, se fueron a una casa hogar de la cual Frida era parte de las fundadoras, así que estaban bien cuidados y atendidos, pero no juntos, los vínculos no eran tan fuertes como con los demás.

Ese mismo mes, una semana después de que me enterara de todo eso y mi abuelo estuviese preparando todo para viajar, hablaba con Niclas en la terraza sobre el curso que tomábamos, discutíamos sobre algo cuando escuché mi nombre pronunciado por aquella voz que, pese a no oírla por meses, añoraba.

Giré sonriendo. Niclas notó mi reacción, pero no se movió. Mi abuelo y Elina estaban unos metros de nosotros, ella tenía a su alrededor a ellos, a los niños. Mis ojos se rizaron de inmediato, me llevé una mano a los labios, poniéndome de pie.

No se contuvieron y corrieron hasta donde me encontraba. Un sollozo ahogado salió al tiempo que me hincaba para recibirlos. Lloré, lloré mucho al igual que ellos. Unidos por nuestros brazos, por nuestro pasado, por todo aquello que nos marcó.

—Ya tenemos casa y pronto una mamá —murmuró Camila, alejándose, sonriendo de forma cándida, su rostro apiñonado, aseado, peinada con una coleta y un moño tierno al final, con aquel vestidito playero, se veía adorable. Acaricé su carita, asintiendo. Alcé la mirada, mi tía Elina me observaba, con una mezcla de sentimientos que no supe interpretar.

—¿Dónde están? —preguntó Sol, mirando su alrededor. Gemí nerviosa. La niña miró a Niclas con desconfianza—. ¿Dónde está Yerik? —insistió. Respiré agitada, aferrando mi ámbar. Elina se acercó ubicándose atrás de ellos, se veía tan relajada, tan diferente.

—Niños, porque no van con el abuelo de Zinni a conocer el mar —propuso. Mi tía no despegaba sus ojos de mí, mis lágrimas comenzaron a salir de forma silenciosa. No podía dar crédito de lo que veía, de que ellos al fin tuvieran lo que merecían, de que tantos niños jamás tuviesen esa posibilidad.

Mi abuelo se acercó a Niclas, que nos observaba intrigado, asombrado también.

—Anda, acompáñame —le pidió. Este asintió en silencio. Un segundo después solo quedábamos nosotras. Se acercó y me abrazó con fuerza, no pude evitarlo, ni quise, y respondí al gesto llorando. Lo que fue aparecía, ella lo sabía.

—Te dije que estaba haciendo algo respecto —me recordó separándose.

—Gracias —susurré sonriendo. Elina tomó mi mano instándome a sentarme, eso hicimos.

—Ha sido un proceso largo, pero gracias a Álvaro se está facilitando —declaró estudiando mi reacción. Ese hombre nunca me produjo miedo sino lo que le podía hacer a Yek, pero ahora que lo sabía a salvo, solo deseaba darle un golpe en el rostro al recordarlo. Aunque de tenerlo enfrente sabía que no lo habría hecho, era extraño, pero con el tiempo de alguna manera esas reacciones fueron disminuyendo, lograba regular mejor mis emociones, controlarlas, aunque seguían ahí, esperando encontrar el momento justo para fluir. Dentro de mí un interruptor estaba apagado, eso era obvio—. Aún no nos divorciamos, pero lo haremos, sin embargo, colaboró para que esto fuera posible.

—Me alegra.

—Zinnia, revocará aquello que firmaste. Él ya no tendrá nada que ver con tu herencia. Supongo que sucederá en un par de meses. No sé si tengas idea, pero es muchísimo. Él está arrepentido, y con esto no quiero disculparlo, pero lo conozco, es real. Solo quería que lo supieras, no sé si se atreverá a venir aquí y decírtelo, podría ser... Sin embargo, debes saber que está ayudando en todo lo concerniente a ustedes —murmuró seria.

—No sé qué decir —admití. Acarició mi rostro con dulzura.

—Luces tan seria, como triste. Creí que estarías mejor —musitó alejando su mano. Bajé mirada.

—Estoy bien, pero no es fácil olvidar, y tampoco quiero.

—Él está bien —dijo. La miré enseguida, sintiendo como mi sangre corría locamente por debajo de mi piel, como mis mejillas se sonrojaban. Sonrió negando.

—¿Por qué lo dices? ¿Qué sabes de él? —quise saber desesperada. Torció los labios ante la urgencia de mi voz. Suspiró.

—Frida dice que está trabajando duro, que se graduó con honores, ¿lo puedes creer? No tuvo problemas con el idioma, es inaudito. —expresó asombrada. Sonreí asintiendo—. Así como tú —y sacudió mi mano. Arrugó la frente—. Me intriga tanto eso que lograron entre ustedes, los niños son tan sensibles, tan observadores...

—¿Qué más? —pregunté ávida.

—Mi niña, las cosas en la capital están muy fuertes. Algunos políticos están siendo

descubiertos, se está intentando mantener lejos a los medios, pero ha resultado complicado. La burocracia está siguiendo su curso, este la mayoría del tiempo es lento, cansino, pero avanza y eso es buenísimo. Parece que el juez que tomó el caso es dentro de lo cabe un ser recto. Nora e Irma... —mi piel se erizó al escucharlas nombrar— ya están en prisión, no alcanzaron fianza. Fraude, delitos contra la salud, trata de personas, violencia a menores, en fin, muchos atenuantes. La casa y todo lo que había dentro fue confiscado, ahora es parte del caso.

—¿Los niños no tuvieron que declarar? —quise saber.

—No, ni tú lo harás, hay testigos, y con los atenuantes lograron evadir eso, aunque fue complicado, pero creo que el juez piensa en su salud mental, gracias al cielo, en no hacerlos revivir ese horrible pasado.

La observé en silencio, agobiada.

—¿Y él? ¿Cómo van las cosas respecto a él?

Tomó mi mano de nuevo.

—Ya se sabe lo que se vio obligado a hacer, lo citarán, pero no acudirá, y es ahí donde entrarán todas las estrategias de Germán para que no ensucien su nombre. Al parecer lo tiene controlado, lo veía venir así que no lo tomará por sorpresa, al contrario, usará todo aquello a su favor, ahora es cuando más delicado se tornará todo. Está por caer la cabecilla de la banda de trata de blancas y narcotráfico. Es complicado, quizá logren un trato, no lo sé, pero está la situación en un punto álgido, ahora es que define todo para él.

Mi pulso galopaba ante toda aquella información, asustada.

—Yerik, ¿no corre peligro? Si está inscrito en la Universidad allá, ¿no lo traerán?

Negó sonriente.

—No es pieza clave del caso, es solo parte de él, tampoco cambiará nada su presencia, eso te lo aseguro, no con lo que pasa en realidad, sería como un testigo más, y para eso ya han reclutado varios. Tranquila, mi niña, está seguro, tú también. Estamos haciendo las cosas como se debe —musitó con dulzura. Bajé el rostro asintiendo, respirando agitada—. Supe que Derecho. Creo que es la carrera indicada para ti —musitó entusiasmada. Alcé la vista.

—Necesito ser útil —expresé. Sus ojos se tornaron acuosos y besó mi frente.

—Por eso no te tendrás que preocupar, eres indispensable para la vida de muchos, te lo aseguro.

—¿Sabes qué estudia Yerik? —necesitaba saber más de él. Sonrió.

—Algo relacionado con medicina, pero... te tengo una noticia, la Universidad de California en San Francisco lo está buscando, al parecer él es... demasiado inteligente, estará becado, es una de las mejores en el país en cuanto a medicina —apuntó alegre, también sorprendida. Me sentí orgullosa, anhelante. Era extraordinario.

—¡Es increíble! Sí, siempre se lo dijeron, yo lo creo... tiene una memoria asombrosa, entiende cosas que nadie más y es muy hábil, inteligente... —admití ansiosa por verlo.

¿Cómo estaría enfrentando aquello? Supe enseguida que con incredulidad, pero sopesando sus posibilidades. Si eso le brindaba mejores posibilidades, lo tomaría pese a que pudiese no creer del todo lo referente a su capacidad CI. Me sentía eufórica, demasiado

orgullosa, a la vez desesperada por besarlo, por alentarlo, por brincar feliz a su lado, en medio de todo aquello la vida lo sorprendía con algo así... Era genial, lo merecía.

—En cuanto sepa más, te lo haré saber, pero me parece que está por ingresar. Después de terminar el bachillerato, que allá es Highschool y sorprender a todos por su desempeño, ingresó a una Universidad comunitaria, ahí fue donde lo localizaron. Además, tiene una muy buena relación con el padre de Frida, ella dice que lo que puede saber es que lo ayuda mucho, y como alguien que conozco —y sacudió mi pierna—, busca estar ocupado todo el día.

Sonreí asintiendo, eso me daba el aliciente que necesitaba para seguir, para no parar, más ahora que él tendría esa enorme oportunidad.

A los pocos minutos bajamos con los niños a la playa, mi abuelo los observaba reír a carcajadas con Niclas, que gracias a su labor social, era ya alguien que sabía cómo entretenerlos. Lo seguían a la orilla del mar, mientras él fingía a veces dejarse sorprender. La única que se mantuvo ajena era Sol, al lado de mi abuelo, en silencio. Me acerqué adivinando sus pensamientos, cuando notó mi presencia, le di un leve empujón, sonrió observándome con fijeza.

—¿Lo quieres más que a Yerik? —quiso saber. Mi abuelo giró aturdido por su pregunta. Yo la veía venir.

—Jamás querré a nadie como a Yerik, él es parte de mí, yo de él —asegué con paciencia. Asintió.

—Entonces, ¿quién es él? ¿Por qué estaba contigo? —señaló a Niclas con resquemor.

—Es mi amigo, un buen amigo... —expliqué con suavidad. Se quitó un cabello que cubría su rostro aún infantil, ahora notoriamente más sano.

—¿Y Clemente? —cuestionó. Frida nos miraba también. No sabían aún nada. La hice girar por completo para que quedara frente a mí—. Escuché que murió —soltó de pronto, con los ojos vidriosos. Sentí como aquel dolor que había logrado entumir un poco, emergía. Dejé salir un sollozo atascado, doliente—. No es cierto, ¿verdad, Zinni? —suplicó. Desvié la mirada, buscando las palabras adecuadas.

—Sol —comencé, bajito—, han pasado muchas cosas... Demasiadas —comencé. Asintió ansiosa.

—Sí, lo sé, esas mujeres vendían personas, y hacían que vendieran drogas para no vendernos o maltratarnos más a nosotros, a ti. ¡Eso lo sé! Un día sin querer escuché, pero Clemente no puede estar muerto, era bueno, nos llevaba dulces, y cosas... Verdad que no lo está, tampoco Yerik... —rogó rota. Negué enseguida, llorando ya sin poder controlarlo.

—Escucha, Yek está fuera del país, era necesario, pero está bien, regresará —le hice ver con la voz cortada, con la herida de todo aquello de nuevo abierta, sangrante. Mi abuelo ya lucía agobiado, pero no intervino.

—¿Clemente? —me urgió. Otro sollozo escapó, más lágrimas emergieron.

—Lo lamento, Sol, lo lamento mucho —y ella supo que era verdad, que él ya no estaba vivo.

Sin que lo esperara, mi mente revivió aquel momento; el estruendo de aquel disparo regresó, su sangre, la escena, su mirada. Mi corazón empezó a bombear sin piedad, me sentía

inmersa en aquel instante, como en cientos de sueños, donde de alguna manera nunca logramos detener lo inminente. Gemí llevándome la mano a la garganta, ahogándome. Sol me abrazó negando. Mi abuelo se asustó, me sentía mareada.

—No es cierto, era bueno, nos cuidaba, no como Yerik, pero lo hacía, a su manera, no... no es cierto —sus brazos torno a mi cintura dificultaban mi respiración, el aire me faltaba y no lograba salir del momento, estaba en medio de aquello, otra vez, sin poder evitarlo. Los sonidos, el olor a pólvora, ese líquido carmesí que brotaba y me manchaba sin importarme. De pronto sentí como unos brazos fuertes me alejaba para tumbarme en el piso.

—Hija, respira, estás aquí, segura. Zinnia —agua cayó en mi rostro, logrando que reaccionara. Asustada. Eso había sido horroroso. Sol lloraba, preocupada, al verla me giré y la abracé con fuerza, todos estaban a mi alrededor, pude percibirlos.

—Ya reaccionó, Octavio —habló Niclas, agitado.

Me separé de Sol y acuné su rostro, con tristeza.

—Siempre nos quiso mucho, estuvimos por encima de él, hagamos que valga, luchemos. No todos tienen las posibilidades que nosotros estamos teniendo —y miré a los demás, que también nos observaban, yo aún temblaba—. Clemente murió —las reacciones de todos fueron dolorosas, sin embargo, debían saberlo ya—. Pero saben que siempre nos quiso mucho, a pesar de no ser tan fácil. Luchó por nosotros, y estamos bien, aquí, juntos. Yek también luchó por nosotros, no podemos rendirnos. ¿Está bien? A mí siempre me tendrán, haré todo lo que esté a mi alcance para que nunca vuelvan a pasar por nada siquiera similar, pero ustedes deben prometerme que serán buenos niños, como hasta ahora, que estudiarán y que aprovecharán esto que nunca pensamos que nos pudiera pasar. Él, Clem, eso les diría.

Manuel se limpió el rostro absorbiendo el llanto.

—Sí, Zinni, él siempre nos dijo que si la vida nos daba alegrías, sonriéramos.

Asentí recordando su manera de ver la vida. Todos se acercaron a mí y nos envolvimos en un abrazo.

—Nunca estarán solos, lo prometo —musité con decisión.

—Lo sabemos, Zinni, y cuando regrese Yerik, estaremos todos bien —completó Sol, con suavidad, pero decidida.

—Sí, pero nuestro tiempo es ahora, y él también querría que no lo desaprovechemos, así que cada uno hará su parte lo mejor posible. ¿De acuerdo? —Todos asintieron, aun consternados. Niclas continuaba ahí, frente a nosotros, observándome con atención, sonriendo y negando, como solía.

A los pocos minutos, después de que nos dejaran solos y pudiera contestar la mayoría de sus dudas, aunque definitivamente no les narraría la muerte de nuestro hermano, entramos a la casa. Una vasta comida nos esperaba. El resto de la tarde fueron juegos, risas, y momentos dulces. Al llegar la noche me topé con la noticia de que se quedarían a dormir ahí. Me sentí eufórica.

La semana transcurrió así, llena de ocupaciones, entre Elina, mi abuelo, y Niclas, logramos pasar unos días asombrosos. Al principio fueron recelosos con él, los entendía, a mí aún me ocurriría, pero era tan agradable y fácil con ellos, que no pudieron continuar así. Por las noches, cuando todos caían al fin dormidos, Niclas y yo caminábamos un rato en silencio por la

playa, lo que vendría cuando se fueran, él lo sabía, así que solo estaba aguardando.

Ella estudia derecho. Ellos ya se enteraron de lo de Clem, Zinn sigue avanzando y logró hablar de su pasado, Yek ganó una beca, Niclas ahí está presente, creciendo a su lado. Elina cuida de los niños. Estamos rumbo a terminar y me hace feliz tenerlos aún aquí después todo. ¡Gracias por comentar, votar!

|Historia privada|

¡Hola, pajaritxs!

O leyendas, puesto que están aquí a la par de la historia.

No, no es capítulo, recuerden que es los viernes, que estamos a nada de terminar y sí, Yek narra la última parte *inserte suspiro*

Bueno, lo que vengo a decirles es que a partir de la siguiente actualización la historia se encontrará en privada, esto quiere decir que si no eres mi seguidor no se podrá continuar con ella. Las razones son variadas, pero sobre todo proteger a Zinnik disminuyendo el tránsito en esta etapa final.

Respeto que no deseen seguirme para leer, pero respetemos entonces cómo manejo mis historias. Estoy buscando la mejor forma para cuidar lo que hago sin afectar a esos lectores que siempre me apoyan.

Así que, si el viernes no les aparece capítulo, solo quiten la historia y la agregan de nuevo (si no me siguen por acá no saldrá).

Vale, los amodoro y bello día.

Ana.



El día marcado llegó, lloramos, nos abrazamos, sin embargo, fue menos duro. Ya podía verlos sin restricciones, ir a visitarlos, ellos venir. Con Elina como su tutora era ya más sencillo, quizá en un año más podrían vivir juntos.

No daba crédito aún de eso. Quiero decir, eran muchos, 6 niños no es sencillo educar, mantener, cuidar, pero parecía que en Manuel y Sol tenía los mejores aliados, así que los otros 4 acataban las normas, ávidos de amor y buenos tratos, no renegaban y se lo hacían más sencillo.

Mi tía lucía feliz, más joven también, incluso con su elegante porte, más relajada. Sonreía, iba y venía, estaba atenta a ellos en cada detalle. Sería una madre increíble, admití observándola una mañana preparando el desayuno junto con Nami, mientras Sol y Mateo le ayudaban.

Mi abuelo reía también todo el tiempo, Manuel se mostraba muy apegado a él, por lo que se les veía jugando ajedrez, cartas, o simplemente hablando sobre barcos, veleros, como a ambos parecía fascinarles. No tenía idea de los gustos de ese hombre que ya podía sentir amar, comprendí esos días que inmersa en mis necesidades, no lo miraba, no lo conocía del todo y

decidí que eso debía cambiar.

Cuando se fueron dejaron un vacío hondo, pero también esperanza, luces cargadas de redención, de amor.

Añoraba sus ojos, sus caricias, su voz, su calor, pero después de saber lo que la vida le estaba dando allá, y ver a los chicos a salvo, felices, sanos, podía incluso sonreír más, me sentía menos culpable al hacerlo.

Las heridas siempre estarían, sangrarían aún más, lo sabía, no solo las mías, sino las de todos los implicados en este circo de dolor, pero nosotros, a diferencia de muchas personas en la Tierra, estábamos teniendo otra oportunidad. No podíamos negarnos a ella por lo que el pasado fue, por lo que nos quitó. La realidad es que era difícil, a veces imposible tener nuestra suerte. Por ello trabajaría duro, para que niños que crecieron como nosotros, por lo menos algunos, tuvieran un futuro distinto.

Con 19 años ya, podía decir que la vida me había sorprendido demasiado, tanto que ya no tenía idea de qué pudiera ocurrir frente a mí, aunque, decididamente, haría que cada instante valiera. Quedaba menos tiempo para estar a su lado, o bueno, ya no tanto como al inicio, así que debía continuar.

Derecho desde el primer día me hizo sentir satisfecha, era justo lo que buscaba. Estaba absorta en todo ese mundo nuevo que se abría ante mí. Además, el orfanato, los talleres, mi amistad con Niclas, las personas que iba conociendo, mi relación con el abuelo, que cada día crecía más gracias a mi intención de que así fuera. Con mi familia, mis primos, también todo mejoraba, ya reía con mayor soltura, intentaba integrarme, ser parte de ellos, aunque debo admitir que aún me costaba, lo cierto era que estaba decidida a que todo contara.

Era finales de noviembre, merendaba con Niclas, planeábamos la colecta anual, la posada con los niños y eso absorbía nuestras horas. Ceci y Dante ayudarían, cosa que hizo feliz a mi tía Aura, así como dos amigos más de ellos. Las manos comenzaban a ser varias, eso era genial.

—¡Zinni! Mi amor —me llamó mi abuelo desde la entrada, acudí de inmediato, extrañada por su urgencia. Al verme aparecer sonrió entusiasmado, llevaba una cajita entre sus manos.

—Hola, abuelo, ¿todo bien? —quise saber con Niclas a mi lado. Se acercó asintiendo.

—Llegó esto para ti —pestañeeé tomando lo que me tendía, una caja de zapatos era más o menos la medida.

—Es de los niños —murmuré entusiasmada. Nos mandábamos cartas cada tanto, o cosas yo a ellos, aunque ya sabía que no les faltaba nada. Algunos fines de semana Elina los ponía al teléfono para hacer vídeo llamadas, pero podía ya marcar al sitio donde se quedaban y hablar con ellos sin restricción, solo sabíamos que existía un tema intocable; él. Ya en dos ocasiones había ido a Guadalajara un fin de semana, y como niños lo habíamos pasado jugando, riendo.

—No, anda, ábrelo —pidió. Por su expresión, por la manera en la que lo dijo, supe de quién era.

Comencé a temblar de manera involuntaria, mi respiración se tornó espesa, incluso

transpiré debido a la ansiedad. Mis ojos enseguida se llenaron de lágrimas, era de él, era de Yek. Nada importó más, solo esa caja en mis manos, sabiendo que había estado en las suyas, algo tan ridículo como eso me hacía flotar.

—Yek... —susurré llorosa, nerviosa. Asintió con dulzura. Niclas, a su lado, me observó desconcertado, incrédulo.

—Sí, Frida fue a San Francisco, eso lo envió con un chico que vendría de vacaciones, ya sabes que el caso está en el punto álgido, ahora mismo todo cuenta —me recordó. Asentí muy nerviosa, ansiosa, observando la caja—. En una nota que me mandó con el paquete dice que está bien, su promedio tiene a todos boquiabiertos, eligió pediatría. Pero anda, ve a ver qué tiene ahí —me alentó.

Miré a Niclas, agitada, teníamos mucho por hacer. Sus ojos azules estaban fijos en los míos, la amistad entre ambos a lo largo de ese año y medio había crecido, pero no cambiado en lo absoluto pese a que bromeaban sobre nosotros diciendo miles de chismes o bromas, nunca había mostrado nada más allá que eso; amistad. Hablábamos poco de cosas serias, pero sabía bien lo que Yek era para mí, en algunas ocasiones había estado a mi lado mientras lloraba por su ausencia mirando el atardecer, algo me lo recordaba.

—Me llevaré el trabajo, mañana te veo —musitó inescrutable, como solía ser, caminé hasta la cocina, lo escuché tomar las cosas y luego salir. Permanecí ahí, de pie, desconcertada.

—Hasta ahora no había sido una realidad, solo un pensamiento tuyo, hija, lo entenderé —se refería a Yerik mi abuelo. Asentí sonriendo, contemplando de nuevo la caja.

—Iré a mi habitación —anuncié y salí corriendo. Al llegar cerré la puerta, la abrí con cuidado y sonreí a ver su contenido.

Un par de cuadernillos, una pulsera de hilos oscuros, sabía que tejida por él, todos habíamos aprendido a hacerlas gracias a una chica de la casa hogar, años atrás. Un par de sobres, y una blusa de la Universidad de California, grande. Sonreí al sacarla, sabía que me gustaba dormir con sus camisetas. La tomé y la acerqué a mí, llorosa, sollozando, tenía su aroma y no podía dar crédito de eso. La abracé como si fuese él. Oliéndola sin parar. Saqué la pulsera y me la coloqué enseguida. Tomé el primer sobre, afuera solo decía "Colibrí" con su hermosa letra. Acaricié el papel, temblorosa, no podía creer que después de un año y medio pudiera sentirlo de nuevo cerca de alguna manera.

Lo abrí con cuidado. Con torpeza también. Mi corazón lo sentía explotar, anhelante. Me acomodé en la cama, con la camiseta sobre mi pecho. Dejé salir el llanto al ver su primera línea.

"Mi alma,

La vida no se ha sentido completa desde que no puedo ver tus ojos grises mostrándome el motivo de mi existencia..."

Sollocé sin poder enfocar bien las palabras, el llanto me comprimía, me sometía. Me limpié el rostro con el antebrazo, sentía que su voz me acariciaba.

Colibrí, ha pasado tanto tiempo, tantos segundos, minutos, horas... y cada uno has estado ahí, a mi lado. Sé que estudias Derecho, que no paras en todo el día, que estás bien, que no te has detenido y eso me ha dado la fuerza para no hacerlo yo. Eres mi promesa, mi meta y mi fin, para ello debo tomar lo que se me está presentando."

Me narró cómo fue su proceso de ingreso en la Universidad, lo que hacía en el día, lo que había aprendido. Se leía satisfecho, aunque incrédulo como predije. Su promedio era intachable, tenía un trato preferencial debido a su manera de conducirse, y poco tiempo le quedaba para nada más. Vivía en las inmediaciones del campus, pero los fines de semana los pasaba en casa, como ahí decía, pues nunca dijo nombres, lugares o algo que lo delatará, después comprendí.

"Ella llegó hace unos días, pero hasta hoy supe que te podía hacer llegar algunas cosas, por eso la prisa de estas líneas, aunque en los cuadernos va mucho de mí, ya lo sabes. La camiseta es mía, por suerte estaba limpia, sé cuánto te gusta dormir con ellas, así que espero te sea cómoda, esa pulsera la tejí casi al llegar, me prometí que sería tuya cuando te viera, me hice una igual. La otra carta es para los niños, léela junto con ellos, sé que están bien, que los ves, díles que siempre los tengo en mi mente, que ya queda menos para vernos.

Te amo, te amo con todo lo que soy, sigue así, no te limites y disfruta de lo que tu vida te da, de cada cosa. Estoy bien, con la misma claridad de lo que quiero, solo que ahora comprendiendo que nada me detendrá. Eres mi futuro, mi pasado y mi vida, sé que en poco tiempo seré lo que anhelo; tu presente.

Felices 19, feliz navidad, feliz año, solo puedo y quiero pedir sonrisas para ese ser que amo; tú.

Tuyo,
Y."

No sé si la leí un millar de veces, pero para cuando caí rendida, con los libros cargados de versos increíbles, a mi lado, con su camiseta puesta sobre mi ropa, con esa hoja en mi mano, no pude nada más que agradecer el saberlo bien, mío, solo mío pese a la distancia, pese a todo.

No pude darle pronto las gracias a Frida, pero sí tuve algo en mente, estar lista por si surgía la oportunidad de hacerle llegar algo.

El día siguiente decidí no salir de mi habitación, permanecí perdida en sus palabras, leyéndolo. Narraba cosas de su vida, de algo que lo asombraba, había algunas fotos. Pero en realidad había versos y versos.

Contigo he aprendido,
que el camino tiene sentido.
Si te pienso conmigo,
respiro tranquilo.
Mi ave de paz
tu sonrisa siempre será
mi único motivo.

Ese verso lo pasé en una cartulina, esa tarde lo enmarqué y lo colgué en una de las paredes. El que me había dado cuando nos reencontramos lo tenía en un portarretrato, en mi buró, al lado de una foto suya.

Al atardecer, estaba absorta en sus palabras cuando tocaron la puerta de mi habitación, sabía que debía ser mi abuelo, ya había ido por la mañana al notar que no salía y le había prometido

que solo sería ese día. Le agradó verme llorosa, pero no devastada, así que no tuvo más remedio que aceptarlo.

—Adelante —dije sin prestar atención.

A lo largo de ese tiempo yo le había escrito cartas que guardaba en una caja especial, también fotografías de cosas que creía le gustarían ver, o que hubiese deseado tenerlo a mi lado para contemplar. Ya le había confeccionado un par de camisas, así como pantaloncillos, o todo lo que se me ocurriera, sabía que no lo usaría pronto, no tenía la menor idea de si le quedarían cuando lo volviera a ver, pero así como para él sus versos eran su fuga hacia mí, para mí hacer eso, me hacía sentir más tranquila.

—¿No has salido en todo el día? —giré al escuchar a Niclas, ahí. Nunca había entrado a mi habitación. Cerré la libreta pegándola de inmediato a mí. Llevaba puesta la camiseta de Yek y unos shorts limpios, mi cabello era un desastre y todo a mí alrededor también. Permaneció de pie ahí, en el umbral con la manija en la mano, serio, desconcertado. No me moví.

Entró despacio, observándolo todo, atento. Se acercó a una de mis mesas llenas de telas, luego a unas repisas, las que tenía varias fotos de él, su libreta, luego alzó la vista y vio el poema, lo leyó, leyó otros que tenía ahí, me estudió un segundo, para después acercarse a mi mesilla de noche, tomó los portarretratos, los miró fijamente por varios minutos. Mi caja de recuerdos a mi lado, mi cama destendida, la pulsera en mi mano. No perdió ningún detalle.

—Creí que... —y pasó saliva, introduciendo sus manos en los bolsillos de su jeans—. Creí que... Bueno, no imaginé todo esto —y señaló mi habitación—. Es como si lo mantuvieras con vida, aquí.

Me levanté despacio, dejé la libreta en la caja con cuidado y lo encaré, sonriendo levemente.

—Somos uno, Nic, eso no cambiará nunca —expliqué con suavidad. Asintió asombrado.

—Él te escribió todo eso —y señaló algunos de los poemas. Acepté despacio. Dejó salir un suspiro—. Es raro estar aquí, se siente como si estuviese violando un espacio muy íntimo. Lamento haber subido, pero...

—No pasa nada, no tengo secretos contigo, lo sabes —reviré tranquila. Sonrió con desgano. Lucía agobiado.

—Lo sé, Yerik tiene suerte de tenerte —musitó sentándose en la orilla de mi cama, resoplando. No comprendía su actitud.

—¿Pasa algo? —quise saber, esperando que no fuera nada referente a sentimientos, la verdad es que en todo ese tiempo no me había demostrado algo más que amistad, ni yo a él. Incluso sabía que de vez en cuando tenía ligues con los que duraba apenas unos días, pero me los contaba, no éramos esa clase de relación, rogaba.

—Mi mamá vendrá para Noche Buena —su confesión me dejó helada. Pestañeeé abrumada. Hacía más de un año que no se aparecía, y yo sentía incluso rencor por ella debido a ello.

—Dios...

Me miró suplicante.

—Necesito olvidar eso... No quiero pensar —admitió. Sonreí comprendiendo. Me

senté a su lado y le di un leve empujón. Me miró afligido—. Pareces un sapo, has llorado todo el día —señaló sonriendo con tristeza.

—Lo extraño, ya lo sabes.

Lo aceptó sereno.

—Espero que valiera la pena todo lo que venía dentro de esa caja.

—Cada cosa, Nic. Me dio paz, la verdad —admití soñadora. Suspiró mirando al frente.

—Quisiera yo también encontrarla. Aunque gracias a ti la mayoría del tiempo ya cuenta, Zinnia.

—Tú también me has ayudado. Mira, me daré una ducha y saldremos a donde quieras, ¿sí? —propuse. Me encaró de nuevo, agradecido. Era raro verlo así, siempre lucía pedante, suficiente.

—Gracias, lo necesito.

—Lo sé, ahora salgo.

Su madre llegó la primera semana de diciembre, la conocí porque estábamos imprimiendo algo en su casa, en el estudio de su abuelo, un viernes por la noche, cuando apareció.

Era guapísima, elegante, muy parecidos, pero sería hasta lo impensable, fría.

Ambos salimos cuando escuchamos ruido en el corredor, creíamos que era su abuelo, deseábamos mostrarle los nuevos donadores que habíamos conseguido para algunos orfanatos y casas hogares que también ayudábamos. Sin embargo, lo primero que vimos fue a ella, a Lauren, su mamá. Nos observó de manera gélida, extraña, perdiendo más de la cuenta la mirada en su hijo.

—Buenas noches, Niclas —saludó como si lo hubiese visto el día anterior. El corazón lo sentí comprimido. Mi amigo no mostró gran diferencia de actitud a la de ella.

—Buenas noches, madre. Espero que tu viaje haya sido agradable —expresó con educación. La mujer sin dejar de verlo asintió, tenía unos ojos azules asombrosos.

—Agotador, pero sí, gracias —de pronto puso su atención en mí, extrañada.

—Buenas noches, señora —musité molesta al notar su desapego.

—¿Quién eres? —preguntó sin mostrar sus emociones.

—Zinnia, mi amiga, me ayuda en algunas cosas. Seguiremos trabajando, espero que descanses, el abuelo no tarda en llegar —habló mi amigo. Lauren lo miró ahora a él, extrañada, al fin.

—De camino a la casa le dije que ya estaba aquí, debe estar por llegar —apuntó.

—Seguramente, con permiso —y tomó mi brazo para que giráramos y entráramos de nuevo al estudio. Al quedarnos solos dejó salir un suspiro—. Lo lamento, te dije que era como iceberg.

—Bueno, tú no eres muy primaveral —le recordé. Arqueó una ceja con ironía.

—Y me lo dice la reina del "no me toques y no toco a nadie" —me la regresó.

Entorné los ojos fingiendo molestia.

—Me lo dice el rey de "no me interesa nadie porque son una bola de idiotas"

—refuté.

—Ay, ya, okay, soy un pedante, ya me lo habías dicho, tú eres una caja fuerte con millones de candados, así que no te quejes.

—No me quejo y no es verdad.

—¿No?

—No, lo era, sí, pero me he esforzado para que ya no lo sea. No soy de tener muchos amigos, lo acepto, pero con mi familia, contigo, con Carlo, con los niños, me siento bien.

—Yo también... Eso no me vuelve un iceberg, como a ella —se defendió.

—Ya, está bien, comprendo que te protejas. Tiene una presencia fuerte.

—Sí, la tiene, mi padre era igual.

—Tú también —dije. Se encogió de hombros, acercándose a la ventana.

—Ojalá se diera cuenta de que no necesita castigarme, de que yo ya no soy el mismo desde ese día... que no me perdonaré nunca lo que nos hice —murmuró. Me acerqué y me coloqué a su lado.

—A lo mejor si hablan...

—No, Zinnia, lo he intentado, pero en cuanto digo algo sobre el tema se levanta y se va. No me soporta, lo acabas de ver —me recordó con voz dura.

—Estaré contigo, como tú has estado conmigo —le prometí sonriendo conciliadora. Me miró un instante, con dulzura.

—Desde hace mucho tiempo comprendí el motivo por el cual Yerik jamás te dejará ir; logras que los corazones latan, Zinnia —no había doble mensaje en sus palabras, sin embargo, lograron que me sonrojara. Aferré mi ámbar, nerviosa. De pronto sentí su mano bajo mi barbilla para que lo mirase—. Si llegara a sentir algo más por ti, definitivamente no sería tu responsabilidad. Eres hermosa, tienes un alma muy limpia, fuerte, cualquiera podría querer algo más de ti, te lo aseguro y no se le podría culpar. Pero no lo haré, sé que perdería y el día que quiera a alguien, deseo que ese alguien quiera estar conmigo de esa misma manera. Tú eres de él, aunque me cuesta comprenderlo, aunque a veces me da rabia verte triste y me llena de impotencia, pero sé que estás aquí a salvo gracias a él, que debido a lo que vivieron son uno parte del otro. Conmigo no temas, respeto tu corazón, por lo tanto lo que sientes —y me guiñó un ojo—. Y gracias, sí necesitaré de tu compañía con mi madre por aquí.

Los días siguientes fueron una locura, por lo que poco la vio. Teníamos mucho que hacer y pocas horas al día. Lauren, cuando nos la topábamos, solo nos observaba intrigada, pero fingía que le daba igual. Hubo ocasiones en las que cené en su casa, como a veces ocurría, vivía cerca de la mía, por eso me lo topaba con esa facilidad en la playa, y en medio de una charla agradable con su abuelo, y risas, la mujer desentonaba ya que no hacía nada para incluirse.

La posada y colecta quedó asombrosa, los niños se habían mostrado felices, así como el comité, las monjas y demás colaboradores.

La Noche Buena llegó, un fin de semana anterior, mi abuelo y yo fuimos a ver a los niños, estaban muy bien, les dejé sus regalos y ellos, a su vez, me obsequiaron cosas que habían hecho especialmente para mí.

Desde que la carta de Yek llegó, desde que sus líneas aparecieron de nuevo, un brío de esperanza y alegría se había colado en mí, era notorio, sin embargo, dormir con su

camiseta, leer cada noche algo de lo que escribía, narrarle un poco de mi vida en aquella libreta que en algún momento le daría, no había dejado de suceder. Cada momento lo echaba más de menos, a la vez que más ilusión me hacía verlo. Los meses pasaban rápido si me encontraba ocupada, si no paraba, así que no pensaba detenerme, por nada.

Esa noche Niclas le pidió a mi abuelo que permitiera que pasara un rato en su casa, prometiendo que temprano estaríamos ambos de regreso. Mi abuelo no objetó, conocía ahora un poco más de su pasado, gracias a nuestras conversaciones.

Llegamos a su casa, todo estaba iluminado por las luces navideñas, el aire acondicionado encendido, como solía. Pero no había rastro de personas habitando ahí. De pronto su abuelo apareció, era un hombre rubio, canoso, alto. Sonrió al verme.

—Jovencita, tú como siempre arrebatadora —sonreí al escucharlo, solía ser así; ligero, aunque al principio era todo lo contrario.

—Usted también, ya sabe, señor Eugéne —respondí divertida, pronunciar su nombre medianamente bien me había costado varias semanas.

—Oh, eso es porque tienes buen gusto, fille —y me guiñó un ojo—. Anden estamos en el comedor.

Ambos lo seguimos, Niclas lucía más serio. Esos días no habían sido sencillos para él, solía estar taciturno, disperso, ensimismado. Lo respetaba y más veces de las que recuerdo fuimos a remar a las balsas en el manglar, o a sacar todo su coraje a la orilla de ese acantilado. No tenía idea de qué se sentía tener padres, menos que estos te ignoraran, pero podía comprender que dolía... A Yek eso le quemó parte del alma, a Niclas parecía que también le generaría eso si las cosas no cambiaban pronto,

Su madre se hallaba sentada, ataviada como siempre, leyendo algo en su móvil, indiferente a la fecha, a todo en realidad.

—Deja eso, hija, es Noche Buena —pidió su padre. La mujer alzó el rostro, con indolencia. Sabía por Niclas que discutían a veces, pero que en general no hablaban mucho debido a sus puntos de vista tan equidistantes.

—Tengo cosas que atender... Permíteme —al escucharla una llamada se prendió dentro de mí, esa que había logrado someter, controlar.

—Como por ejemplo su hijo... —me atreví a soltar. El silencio invadió el lugar, enseguida me arrepentí, pero es que me hacía hervir la sangre, me recordaba tanto a la madre de Yerik aquel día que no pude tolerarlo y es que siempre me quedé con ganas de decirle más, de defenderlo más.

—Zinnia —musitó Niclas a mi lado, de pie, aún no nos sentábamos.

—¿Perdón? —Me desafió desde su lugar ella. Mientras su abuelo evaluaba la situación, esperando a ver qué ocurría, sereno.

—Nada, mamá —soltó Niclas dejándome perpleja. Su madre sonrió con superioridad.

—Parece que tu amiguita no piensa lo mismo —musitó retadora, evaluándome, esperando equivocadamente que me disculpara. Sonreí con sarcasmo—. Aunque la verdad me da igual lo que opine —expresó elegantemente.

—¿A qué vino? —pregunté soltándome del leve apretón que Niclas me había dado en el antebrazo.

—No tengo por qué responderle a una niña que no conozco y que, además, es una entrometida.

—Mamá, Zinnia, cenemos —pidió Nic, nervioso. Lo miré por un segundo, seria, rabiosa.

—No, esto es espantoso —y la miré a ella, apretando los puños—. Yo crecí sin mis padres, sin mis hermanos, ¿sabe por qué? Porque los mataron, no supe nunca lo que era el amor, la preocupación, que alguien me quisiera sin importarle nada, salvo él. No supe lo que se siente ser parte de una familia... —de nuevo me centré en Niclas—. Y me parece aberrante que tú, teniendo a tu madre, vivas huérfano, que se comporte como si no le interesaras, que te haga sufrir de esta maldita manera porque no puede entender que cometiste un jodido error en la niñez que lo único que deseabas era ayudarlo. Tenías diez malditos años, Niclas, ¡diez!

—¡Cállate! —gritó Lauren, mientras mi amigo me miraba decepcionado, incrédulo.

Era obvio que se sentía traicionado y quizá era lo que estaba haciendo, pero simplemente no soportaba verlo así, era ridículo. No me importó y presa de mi verdadera personalidad me acerqué más a ella, indignada, comprendiendo que podía perderlo por lo que estaba haciendo. Sus ojos estaban razados, su abuelo ahí, mirándome con orgullo, atento, expectante.

—No, no lo haré. ¿Tiene una maldita idea de lo que es que quien te debe amar, no lo haga?

—Esto no es tu asunto, niña, y márchate, ¡Ahora! —exigió rabiosa.

—Es soberbia, un tempano de hielo, y no se da cuenta de que tiene un hijo maravilloso, que ha sufrido cada día desde que sucedió esa tragedia. Sé que fue espantoso, que usted también debió sufrir... Pero no encuentro una justificación que valga lo que le hace, porque simplemente no existe. Lo hiere cada día, cada mes con su frialdad, con su indiferencia, y sabe qué es lo peor, que él hará su vida y usted, si no madura, si no lo escucha, si no se acerca de nuevo a él y presta atención a quien es, a lo que tiene que decir, quedará sola, sola de verdad, porque Niclas es lo único que tiene. No tiene idea lo que muchos daríamos por tener una realidad como la suya, y le aseguro que no la tiraríamos a la borda por algo a lo que no puede buscarse responsables —miré a mi amigo, apesadumbrada, aferraba el respaldo de la silla con fuerza—. Lo lamento, Nic, lo lamento pero no puedes seguir viviendo así... Viene, tambalea todo tu mundo sin importarle una mierda lo que tú también has sufrido y ¿nadie le dirá nada?

—Yo creo exactamente lo mismo que tú, Zinnia —habló su abuelo, serio. Niclas, tenso, lo escrutó—. Ya era hora de que alguien soltara semejantes verdades.

—Quiero que se vaya, ¡ahora! —gritó su madre. Era lo justo, lo sabía, pero lo dicho, dicho estaba y no podía callarlo, no después de todos esos días.

—Lauren, he intentado acercarme a ti, he intentado ser lo que le ha faltado a Niclas pero esto ya es insostenible —habló el hombre. La mujer, con la envergadura rota, se dejó caer en la silla, llorando, pasándose una mano por la frente, temblorosa.

—Ya no somos una familia —murmuró con la voz quebrada. Miré a mi amigo, sus ojos derramaban lágrimas silenciosas y aunque sabía que debía irme ya, no podía moverme.

—Sí, lo son... tú eres su madre, debes aceptar la realidad.

—¡La acepto! —refutó exasperada, temblando.

—Pero no me perdonas, jamás lo harás... Te quité todo, lo sé, y cada día me castigo por ello, por mi padre, por mi hermano, por tu infelicidad... Lamento mucho no haber sido lo que deseabas, lamento mucho haber hecho eso, lamentaré mi vida entera que yo sea por siempre el responsable de cada una de tus lágrimas... Lo lamento —habló Niclas, para un segundo después retirarse de ahí, dejándonos a todos en un silencio hondo, doliente.

—Yo... debo irme, no debí, lo siento —y salí casi corriendo de esa casa. Había hecho algo horrible, espantoso, pero no pude controlarme. Las lágrimas salieron mientras caminaba por la playa, observé el sol desaparecer en el mar—. Yek, ¿por qué estás tan lejos? Hice una enorme tontería. A veces no todo puede arreglarse, a veces... simplemente el tiempo deja huellas imborrables, a veces... querer duele mucho. Aun así, te amo, y sé que buscarías la manera de hacerme sentir mejor después de esta tontería —me limpié el rostro, respiré profundo y llegué a casa.

Mi abuelo notó mi semblante ausente, preguntó por Niclas, pero no supe qué decirle. Dante le marcó, pero no respondió las llamadas. Me sentía triste y culpable, no quería dañarlo más, lastimarlo más. Mucho ya había pasado.

Cenamos en medio de sus risas, Cecy me mostró unos audios de Carlo, las cosas entre ellos iban bien, aunque a veces con sus altibajos. Cuando todos estuvieron distraídos, mi primo se acercó.

—¿Qué sucedió? ¿Dónde está? —indagó. Bajé la mirada, agobiada.

—Creo que hice algo muy malo, Dante —admití. Dejó salir un suspiro, negando.

—¿Qué paso? —Le conté lo ocurrido, él sabía la verdadera situación de Niclas, era el único. Se mostró asombrado, casi incrédulo—. ¿Por qué no me parece extraño de ti algo como eso? —murmuró frotándose el rostro.

—No fue mi intención, pero es que es...

—Es una piedra, la conozco —completó.

—Eso... —admití.

—Espero que lo que hiciste logre algo, prima —y me miró, sonriendo con ternura al tiempo que sacudió levemente mi mano—. No te preocupes, Niclas no dejará de hablarte por eso, no es así —sonreí apesadumbrada.

—Me pasé —admití aferrando mi ámbar.

—Creo que hiciste lo que varios teníamos ganas de hacer desde hace tiempo, nada más. Anda, ánimo. ¿Quieres ponche? —Asentí desganada. Lo lamentaba, en serio que sí.

Primero grito de fangirl por la carta, poemas y cosas que Yek mandó, lo amé más de lo que ya y eso es demasiado, y es que... "pediatria" ¿No es simplemente hermoso? T.T Por otro, eso le da un empujón a Zinn, junto con lo sucedido con los niños y para rematar, lo que hizo con Lauren, la madre de Niclas. No sé si estuvo bien o no, pero recordemos que hay un pasado que la marca (lo de Yek con su madre), y un presente que ruge por no permitir ninguna injusticia más. Ya veremos qué ocurrió debido a ello. ¿Qué opinan? Votos para saber:

Empeoró las cosas.

Ayudará a resolver las cosas.

Si gana la correcta subo capítulo extra en la semana :O

El siguiente capítulo es el último narrado por Zinn, Yerik viene ya. PARTE 7

¡Gracias por comentar, votar y seguir acá!

Kygo - Stargazing ft. Justin Jesso



Esa Noche Buena fue mejor que la anterior hasta cierto punto, aunque permeada por la preocupación. Cuando al fin subí a mi habitación, le escribí todo a Yek, necesitaba desahogarme. Lloré un poco al evocarlo, al pensar una y mil veces en lo que estaría haciendo en ese momento. La posibilidad de mandarle algo aún no se daba, por otro lado, un año y medio era desgarrador, más saber lo que faltaba.

Caí vencida en la madrugada, leyéndolo, como era costumbre, añorándolo, como era un hábito.

Por la mañana me despertaron los pequeños golpes en la puerta. Me froté el rostro, somnolienta, eran las 8.

—Adelante —susurré adormilada, apenas había dormido unas cuantas horas. De pronto apareció Niclas frente a mí, con ojeras, los ojos vidriosos, pero duchado y sonriendo. Se posicionó a los pies de mi cama, arqueando una ceja—. ¿Estás bien? —quise saber sin moverme, intrigada. Me miraba de una manera distinta.

—Hace tiempo, cuando te sostuve al desvanecerte en la cocina de esta casa, no tenía idea lo mucho que impactarías en mi vida, Zinnia, pero de alguna manera siento que tengo

una deuda con las circunstancias que te colocaron aquí.

—Emm, estás muy rebuscado y me acabas de despertar. Ya sé que lo que hice ayer —comencé avergonzada. No me dejó terminar, alzando una mano para que me detuviera. Me acomodé sobre las almohadas, arrugando la frente.

—Hablamos, hablamos por horas... No dormí... Ahora ella está conversando con mi abuelo, y te debo eso, te debo que me devolvieras mi vida —musitó con la voz quebrada. Mis ojos se rizaron, asombrada, conmovida. Sin pensarlo salí de las cobijas y lo abracé. Sonriendo, con fuerza. Me recibió de la misma manera. Cuando me bajó, sonreía lloroso, nunca imaginé verlo así.

—Me alegra tanto —admití incrédula—. Lamento mucho entrometerme, no debí, no me correspondía a mí —acepté a unos centímetros de su pecho.

—Vivía en las tinieblas, hasta que apareciste —sus palabras me recordaron a él, de inmediato sentí una embestida y un sollozo escapó al tiempo que me separaba y aferraba mi ámbar—. ¿Qué ocurre? —preguntó desconcertado por mi cambio de actitud. Negué sonriendo apenas.

—Dame unos minutos para cambiarme, de darme una ducha, te veo afuera, ¿sí? —propuse. Besó mi frente y salió. En cuanto estuve sola lloré ahí, de pie, evocando de nuevo todo mi pasado, el momento cuando me dijo, en esa horripilante casa... después de la muerte de Rocío.

"—Siento que si tú no estuvieras en mi vida quizá hubiese acabado igual que ella, o peor. Das luz a mi tiniebla, Yek, para mí todo es diferente debido a ti.

—Entonces seamos nuestras luces en la tiniebla, Colibrí."

Me duché con su presencia aún más fuerte, cubriendo mi ser, abrazando mi alma, añorando el sabor de su piel, la textura de sus labios, su mirada férrea, potente, oscura. Era tan desesperante que por mucho que me esforzaba me daba cuenta de que no lograba vivir sin él, sin su recuerdo por lo menos trayéndolo una y otra vez a mi presente.

Niclas me esperaba en la barda que daba a la playa, como era una costumbre. Me contó todo, entusiasmado, dolido, pero a la vez, asombrado.

Su madre había subido a buscarlo, al final los silencios y el dolor ahí estaban, pero también la necesidad de comenzar nuevamente. Hablaron por horas, hasta la madrugada. Ella le dijo lo que sentía, aclarándole que no fue por culparlo, fue el no saber cómo manejar su propio dolor, luego, con el tiempo, se sintió ajena y enojada con la vida por haberles hecho algo tan atroz, como una burla del destino. Niclas pudo narrarle lo vivido todo ese tiempo, su sentir, su culpa. Finalmente, las cosas estaban dichas, las heridas ahí, pero si se empeñaban, lograrían sanarlas.

—Me preguntó si deseaba irme con ella a Francia una temporada —murmuró observando el mar.

Sentí, sin poder evitarlo, un agujonazo en el pecho. En todo ese tiempo se había convertido en mi cómplice, en alguien importante, no deseaba que se alejara, sin embargo, no podía entrometerme en algo así, por otro lado, cuando Yek regresara no tenía idea de lo que decidiríamos, de lo que elegiríamos, aunque definitivamente Niclas siempre sería mi amigo,

alguien muy importante pese a tener poco tiempo de conocerlo.

—¿Y qué pensaste? —pregunté, aferrando mi ámbar.

—Mi vida ahora es aquí, tenemos mucho que hacer, quizá más adelante...

—admitió con voz serena. Asentí comprendiendo.

—Así que puede ser que ella arregle todo y sea quien pase una temporada con nosotros —dijo. Sonreí abiertamente.

—Eso suena muy bien —señalé mirándolo, él también lo hacía, pero serio, evaluándome con atención.

—Un año y medio, puede que un poco más, un poco menos... Luego llegará él, que es tu destino, al parecer, así que aún tenemos mucho por hacer.

—No es así... —murmuré al notar que lo decía como si nuestra amistad tuviese fecha de caducidad.

—Tranquila, Zinnia, aun no logro entender eso que sientes, y es que me parece a veces tan irracional, tan grande, tan... No sé, esas cosas no existen, amores tan incondicionales, menos en la adolescencia. Las vidas cambian, las prioridades, los sueños... —argumentó sin afán.

—Depende de lo que hayas vivido, no todos pasamos por lo mismo. Mi sueño no ha cambiado, sé que el de Yek tampoco. Niclas, no me gusta hablar de eso.

—No quiero molestarte, al contrario, Zinnia, es solo que admite que puede ser que cuando se vean ya nada sea como fue, que ustedes hayan cambiado tanto que eso que sentían también —explicó. Mis ojos se tornaron acuosos, pronto la sangre corrió vertiginosa, incluso sudé de solo pensar algo así.

—Sabes todo lo que puedes saber de mí, pero definitivamente no tienes ni idea de lo que es sentir en la piel el infierno, despertar cada día no solo agobiado, entristecido, sino con hambre, golpeado, con frío, tener unas enormes ganas de desaparecer y no hacerlo simplemente porque sabes que existe alguien en el mundo al que le importas, que vive por ti... No podrías entender eso nunca, Niclas, porque tendrías que haberlo vivido. Mi existencia y la suya están unidas, son una, lo sé —argumenté con voz rota, llorando.

—Zinnia, no quiero verte llorar de nuevo, no por eso —me rogó afligido—. Pero esa ya no es tu realidad, tampoco la de él. Está en aquella universidad con miles de posibilidades a sus pies, más aún si el juicio termina de la manera en la que lo tienen previsto. Ya no son los mismos, mírate.

Me levanté angustiada, negando. No necesitaba eso porque hacía arder mi corazón, mis pulmones.

—Soy y seré siempre la misma persona que creció a su lado. No lo olvidaré, no me olvidará y al final estaremos juntos, tal como prometimos, lo comprenda el mundo o no, lo crean o no. Lo sé. Dudar de esto sería como dudar de mi existencia... —me limpié las lágrimas, molesta, herida y caminé de regreso a casa. Deseaba estar sola, sola con mis recuerdos, con sus letras, con lo que tenía para aferrarme a él.

Los días siguientes no lo vi. Me mandó mensajes, no le respondí. Me llamó, tampoco tomé la llamada. Necesitaba alejarme de esos pensamientos dañinos, llenos de inseguridades. Lloré

aquella tarde por horas, luego me avoqué a terminar pendientes, confeccioné algunas prendas, leí.

Al día siguiente salimos mi abuelo y yo, deseaba mostrarme lugares cercanos así que logré escabullirme. Nuestra excursión resultó tan agradable que lo hicimos los siguientes 3 días, pronto ya conocía varias playas de por ahí y en todas me había zambullido intentando olvidar lo dicho esa tarde, el dolor que me causaba la sola posibilidad de que no lográramos al final estar juntos, que las palabras dichas aquella noche en el hotel, año y medio atrás, se materializaran, tal como temíamos, como en mi parte más escondida, era mi mayor miedo.

Una semana pasó hasta que me interceptó al salir de casa. Lo miré sin saber qué decir. Niclas lucía agobiado, no habíamos ido esos días al orfanato ya que las monjas deseaban que descansáramos un poco, pero definitivamente necesitaba ir, diluirme entre esos muros que me daban paz.

—¿Seguirás con la ley del hielo? ¿No estás mayor para eso? —me cuestionó de pie, al lado de la puerta de mi auto. Desvié la vista, sin responder—. Es un tema intocable, lo sé, aprendí la lección. Es solo que no me agrada verte sufrir tanto. ¿Sabes? Vives como en pausa, como aguardando que él regrese para vivir.

—No es verdad, lo espero, sí, pero mientras tanto estoy haciendo mucho, por los demás, por mí... —zanjé molesta de nuevo.

—Sí, eso es indiscutible, pero acepta que te relacionas poco, que no te dejas ir del todo...

—¿Y eso que tiene de malo? No entiendes, no lo entiendes —aferré el ámbar—. Él es mi alma, yo soy la suya. Se escucha ridículo, quizá, no me importa. Yo quiero estar donde esté él, y él quiere estar donde esté yo, y si ahora mismo no es así, no es por nuestra elección, es porque su vida depende de eso... Jamás elegimos nada, nunca, pero lo que sentimos sí, y lo elegiré siempre por encima de lo que sea. Y sí, mientras tanto, seguiré haciendo lo que me gusta, creciendo, realizándome, pero mis sentimientos, esos son suyos —me acerqué para hacerlo a un lado. No se movió, lo miré iracunda.

—Eres muy apasionada, siempre... —admitió sin soltar mis ojos.

—Iré al orfanato, déjame pasar —le exigí. Se cruzó de brazos, negando.

—No permitirás que nada más tenga cabida en tu vida, ¿cierto?

Me crucé de brazos también, rodando los ojos.

—No tendré esta conversación. Respeto tu manera, respeta la mía. Eres mi amigo, lo sabes, si de verdad pensara no seguir estaría sentada llorando y sin moverme. Así que elige, Niclas, porque definitivamente no discutiré con nadie mi situación con Yek. Puedes seguir junto a mí sin estar cuestionando mis sentimientos por alguien que no conoces y es vital para mí, o mejor cada uno por su lado. Porque para mí, todo lo que tenga que ver con Yerik, es determinante —advertí. Me observó lo que parecieron siglos, después se hizo a un lado y abrió la puerta para que entrara.

—Te acompaño —y con eso entendí que lo dejaría en paz, por el momento.

Su madre, Lauren, regresó a Francia a principios de enero, pero debo admitir que las cosas cambiaron bastante y estaba planeando regresar en mayo para quedarse una temporada. Durante su estancia tuve la oportunidad de disculparme, pero ella solo me abrazó y

besó mi frente, llorosa. No pude decir más. Por otro lado, se mostró interesada en lo que hacíamos, asombrada y orgullosa de Niclas al conocer sus aficiones, su hobby, del cual no tenía idea.

En febrero ya dos años de haber salido de ese nido putrefacto donde me crie.

Los niños que estaban a nada de irse a vivir con Elina, al parecer el Estado estaba ya procesando el permiso ya que era su tutora desde hacía unos meses.

De Yerik no supe mucho, Frida no había hablado con su padre respecto a eso, solo para saber que todo estuviera en orden y así era. Frida y Germán vivían prácticamente en la capital. El juicio iba bien, y Yerik, al parecer, estaba logrando salir sin ninguna mancha del asunto. También averigüé que habían encontrado a un par de chicas con las que crecí y creí, en su momento, que habían abandonado la casa, lo cierto es que las vendieron y las obligaban a prostituirse.

Sentí un dolor hondo al imaginar lo que vivieron, por otro lado, fue aún más clara cada decisión de Yek, de lo que me había salvado. Yo pude haber sido una de ellas.

Los cuervos estaban en prisión, de esas mujeres no quise saber, pero me enteré, por una conversación que escuché de Elina con mi abuelo, que debido a los crímenes que se les imputaron no estaban teniendo una buena estadía ahí, en el reclusorio. No sentí alegría, ni tristeza, no sentí nada.

Yo solo quería mi vida de vuelta.

Por otro lado, tuve que firmar un montón de papeles con lo referente a mi herencia, me agobiaba ese tema. Por lo que después de hablarlo mucho con mi abuelo, opté dejar en manos de mi tío el negocio, que al parecer iba con muy buenos números gracias a su desempeño y vasto conocimiento, pues había renunciado a su candidatura justo después de que Elina le informara todo. Para ello tuve que verlo.

Mi abuelo y Elina estuvieron presentes, junto con un sequito de abogados. No nos dijimos mucho, él estaba enterado de mi decisión, así que solo me miraba, culpable mientras yo lo ignoraba deliberadamente. No confiaba en Aarón, obviamente, pero no era tonta, si las cosas se hacían bien, y legalmente, ambos nos beneficiábamos y a la larga, ayudaría más.

Marzo, abril, mi cumpleaños, veinte años, y él también. Asombroso como un quisiera estirar la mano y detener el tiempo, pero este es inclemente, estés bien o mal, avanza. Jamás se detiene, no importa si sufres, si eres feliz, no respeta género, ni clase social, tampoco el tipo de corazón o alma que se tuviese, él simplemente seguía su curso indiferente a ello, y dependía de uno asumirlo o no.

En junio Elina logró que los niños al fin fuesen a vivir con ella. Eso me puso feliz, tanto que organizamos una increíble celebración en la nueva casa donde vivirían. Todo fue risas en aquella ocasión.

Una mañana, poco después de eso desperté con la noticia de que una balacera había terminado con varios de los coludidos en el caso, se dio en la Ciudad de México. Los Federales habían estado tras sus pasos y como ya demasiado estaba implicado, tuvieron que hacerse cargo. Un par de funcionarios huyeron del país y los medios parecían contentos con los rumbos de todo. Milagrosamente nuestros nombres no aparecían en todo aquello, supe, por un viaje de mi abuelo en el que vio a Frida y Germán, donde le informaron que esa era la idea;

alejarnos de todo aquello costara lo que costara. Sin embargo, aún no era momento de que Yek regresara, y de hecho mi abuelo, mi tía Elina y Aura, me pidieron ser más cuidadosa, temían por mi seguridad, así que Aarón habló con él y durante lo más álgido del caso tuve que salir de casa con un par de hombres a mis espaldas. No me quejé, lo asumí comprendiendo que las cosas se estaban tornando aún más delicadas. Agradeciendo que él estuviera tan lejos.

Niclas, durante esa temporada, en la que por obvias razones estuve más tensa, nerviosa, se mantuvo a mi lado, apoyándome, buscando distraerme, pero era tan difícil.

Los restos de Clemente ya habían sido cremados tiempo atrás, gracias a mi tío Aarón, supe más tarde. Pronto los tendría conmigo. Ese día iba a ser muy doloroso, pero me tranquilizaba por lo menos saberlo conmigo, aunque sin vida. Lloraba con mayor frecuencia que antes. Sin embargo, seguí.

En septiembre al fin llegaron, y mi sorpresa fue que el mismo Aarón me los llevó a la casa de mi abuelo. En cuanto lo vi ahí retrocedí, no por miedo, sino al comprender lo que tenía entre sus manos. Mi abuelo estaba a su lado, serio. Ellos dos habían tenido que hablar en repetidas ocasiones, su relación era cortés, pero quedaba claro que mi abuelo no lo perdonaría, ni yo, si era sincera, sin embargo, en todo lo referente a mí era muy cuidadoso y hacía lo que fuera necesario.

Podía decir que lo amaba a ese hombre maravilloso que me abrió un mundo tanto como se puede amar a alguien que te hace sentir parte de su vida, alguien importante.

—Te debo mucho, Zinnia —musitó serio mi tío, de pie junto a la puerta. Me acerqué lentamente, con el llanto amenazando en salir cerrando y abriendo los puños. Temblando. No podía creer que una vida se pudiera reducir a esa pequeña caja de madera. Pasé saliva con los ojos acuosos—. Y esto es algo de lo mucho que haré para resarcir mis estupideces —susurró afligido. De un movimiento lo tomé y lo pegué a mi pecho, sintiendo que me rompía por dentro. Mi llanto fue tal que me dejé caer al piso, recordando cada instante, cada momento, cada gesto. Mi alma se sentía sangrante, mi piel sensible y mi quijada tensa.

—Gracias —logré decir aferrada a lo que quedaba de mi hermano, de aquel que me hacía enojar, reír, corretearlo, llorar y sentirme muchas veces una niña por sus actitudes. Nuestro cómplice.

—Sigo pendiente de todo, las cosas se están tranquilizando, Octavio, supongo que los escoltas ya no serán necesarios en un par de semanas. Les avisaré —de pronto se hincó a mi lado, con la mirada cargada de arrepentimiento—. Fui egoísta, un ser vil, pero no más, Zinnia, perdí mucho por ganar un poco, eres mi familia, lo único que queda de ella... Haré lo que sea para resarcir cada una de mis aberraciones —yo lloraba y no logré hablar—. Y cada lágrima que derramaste por esa escoria, te juro que la pagarán, así como la muerte de mi hermano, de sus hijos, el dolor de mi padre. Todo. Pero tú estarás bien. Eso te lo juro —y besó mi frente con aprensión, para un instante después irse.

El trasfondo de sus palabras no lo comprendí, y ni siquiera lo pensé en aquel momento. Lo único que podía entender era que Clemente estaba conmigo, que debía esperar a Yerik para que juntos decidiéramos qué hacer con él. Mientras tanto, al día siguiente y después de que, entre mi abuelo, Ceci y Niclas, insistieron mucho, lo llevamos a un templo donde

descansaban los restos de mi abuela.

Lloré tanto, evoqué tanto y notaba como había heridas que, con la menor situación, se abrían sin poder evitarlo.

Otra Navidad, más festejos. Niclas y yo, ya colaborando de manera más formal en asociaciones, con más orfanatos, liderando a varios jóvenes que se iban uniendo, adultos que se mostraban interesados. Instituciones que daban grandes donativos y con el respaldo y colaboración directa de Lauren su madre, que se mostraba fascinada con todo aquello, por lo que habíamos logrado con el paso de los meses; ser todo un equipo y ella... ya solo iba a Francia para cosas importantes, pero procuraba pasar más tiempo en donde Niclas estaba. Su relación era buena, con el paso del tiempo fue fortaleciéndose, compartían muchos momentos juntos, reían y era notorio que el pasado iba quedando en donde debía.

Todos avanzaban, incluso Ceci, con Carlo. Mi amigo ya había ido en las vacaciones de verano por unos días y juntos se atrevieron a decirle a mis tíos que estaban juntos, que lucharían por seguir así. Ellos no se mostraron sorprendidos, pero los apoyaron.

Las vidas iban cobrando un sentido, los niños se encontraban muy bien, felices con su nueva familia. Con frecuencia los visitaba, ellos viajaban para donde yo vivía.

Mis estudios, la relación con mi familia, todo iba bien, mejor que eso, pero el vacío continuaba, cada día, cada segundo, cada momento. Aferrar el ámbar era una manía, perderme en el ocaso, también. Niclas no había vuelto a tocar el tema, solo me observaba, me escuchaba como yo a él.

Era duro sentirse incompleta, desear respirar con profundidad y no poder. Yerik estaba bien, pero después de lo álgido de todo, meses atrás, no había sido posible saber más.

Pronto cumplí veintiuno. Abril. Me organizaron una preciosa reunión donde toda mi familia estuvo invitada. Fue hermoso, la verdad, sin embargo, su ausencia me detenía.

En junio le rogué a mi abuelo que averiguara algo, pero no supo mucho. Frida y Germán se mostraron optimistas, ya las cosas iban solucionándose, pasando al fin lo peor, pero no tenían una fecha concreta y eso ya me enloquecía.

Irónicamente conforme la espera se reducía, mis momentos volátiles incrementaron.

Me sentía ansiosa, nerviosa, imaginando cada maldita hora que aparecería como aquella tarde, casi tres años atrás, que me sorprendería y al fin mis días comenzarían de nuevo a tener sentido, pero nada de eso ocurría... Yek no llegaba y yo, con cada semana, sufría más.

La incertidumbre se estaba volviendo en mi contra, no podía controlarla. Por lo mismo, me llené de cosas que hacer hasta el punto de tener pocas horas para dormir. Pero es que estar a la espera sorpresiva es como darle un medicamento a un desahuciado para durar un día más, agónico.

El quinto de semestre de mi carrera en Derecho no podía ir mejor. Esa parte de mi vida era un deleite, aunque tenía sus defectos en cuanto a algunas leyes y posturas, pero en general me sentía realmente satisfecha con ello. Mis vestidos, la confección de ellos, que ya no podía hacer tantos, pero aún era un hobby importante en mi vida, eran muy solicitados, así que de vez en cuando me retraía en eso. Por la tarde mi taller de confección con las niñas del

orfanato logró atraer a otras instituciones que llevaban a mujeres embarazadas para que también tuviesen un oficio. Un par de ellas aprendieron más rápido y pronto fueron quienes daban talleres a otras.

Era increíble lo que se iba logrando. Una gran red de ayuda se iba tejiendo. En cuanto a los donativos, Niclas los administraba sin problema, era organizado y con ayuda de su madre habían logrado llevar todo aquello se una manera intachable.

—¡Ey! ¿Supiste lo que donó la refresquera? —preguntó mi amigo. Me hallaba sentada en sobre la arena, permitiendo que el aire salino acariciara mi cuerpo maltrecho, frío en su interior, con las piernas envueltas en mis brazos, perdida en la inmensidad de un océano que solo regalaba infinitas esperanzas.

Esa tarde todo estaba en orden, no tenía mucho que hacer. Sábado, un vestido me aguardaba para terminarlo, no tenía ánimos. Por la mañana había despertado con un agobio doloroso, tanto que tuve que correr a donde Clem se encontraba, como a últimas fechas hacía, y llorar a su lado por más de una hora.

Me sentía cansada, frustrada quizá, agotada en el alma. Lo miré de reojo, asintiendo, sonriendo a medias. Lo escuché resoplar al tiempo que se sentaba a mi lado.

—¿De nuevo esos silencios, Zinnia? —preguntó en voz baja. Asentí otra vez, con ese nudo molesto en medio de mi garganta, ese que no permite hablar, y que hace la labor de respirar dolorosa—. ¿Él? —comprendió con cierto dejo de frustración. Sollocé de pronto, el caudal de emociones ya no lograba mantenerlo a raya por mucho que lo intentaba.

—No sé, ya no sé, Nic —admití con la voz quebrada, perdida en el oleaje—. Ya van más de tres años, casi es octubre y siento que cada día de más me consumo... Duele —le intenté explicar. Pero mi interior era una devastación absoluta de recuerdos inconexos que me definían y lo harían por siempre, donde su mirada férrea se mezclaba con sus palabras, con sus caricias, con su presencia.

—Zi, no está bien esto que haces... No te dieron una fecha exacta, debes ser paciente.

Esa conversación ya la habíamos tenido una decena de veces en las últimas semanas. Agaché la cabeza, agobiada.

—No lo repitas, lo sé y debe ser cansado pensar que no te escucho y que lo que dices cae en la nada, pero no es así... Hay algo aquí —y aferré mi ámbar, junto al corazón con fuerza, mirándolo ahora sí con las lágrimas asomándose. Sus ojos azules mostraban frustración, impotencia—, que me detiene con fuerza. Ya no puedo más, no puedo... —admití exhausta.

Su mano acarició mi rostro, con atención, limpió con su pulgar mis mejillas. Alzó un segundo sus ojos, de pronto endureció su gesto un poco. Dejé salir un sollozo, sintiéndome en el límite.

—Lo lamento, Zinnia —y sentí sus labios suaves contra los míos así, de la nada.

Mi mundo se desquebrajó justo frente a mis narices, fue como sentir que todo lo construido no había sido real, que era mentira. No me moví, me quedé ahí, pegada a su roce, sintiendo como algo dentro de mi pecho ardía, otra vez. Cuando fui consciente, porque solo fue un roce sin mayor intención, me alejé poniéndome de pie, negando horrorizada, dolida. Me toqué

los labios, llorando con ganas, respirando agitada.

Él tenía una actitud extraña, pero lucía pálido.

—¿Por qué? ¡Por qué! —le grité, intentó acercarse, retrocedí.

—Zinnia, yo...

—¡No, no, no! ¿Por qué lo hiciste? Dijiste que contigo estaba a salvo de esto, que no sentías nada. No quiero que sientas nada. ¡No quiero! —bramé un tanto histérica.

—¡No puedes mandar en los sentimientos de nadie! Ni siquiera sabes lo que sentirás al verlo nuevamente, si él siente lo mismo, si son lo mismo. ¡Estoy harto de verte sufrir así! —Expresó nervioso, me limpié el rostro, negando.

—No tenías derecho, no lo tenías.

—Lo lamento, lo lamento, tienes razón —intentó disculparse, arrepentido, acercándose. Negué de nuevo alejándome.

—No quiero perderte, eres importante, pero no puedo lastimarte, no quiero —y salí corriendo rumbo a la casa, llorando, temblando. Con una sensación de traición que me carcomía, que me estaba aniquilando, no necesitaba más en ese momento nunca me había sentido tan el límite como en ese momento.

—¡Zi! —lo escuché ir tras de mí. Corrí hasta la casa sin detenerme.

—Colibrí —oí de repente.

Me aferré a las escaleras, atónita, con el pulso desbocado. Mi respiración comenzó a ralentizarse hasta el punto de casi no suceder. Mis manos cosquillearon, mi mente quedó en blanco y de lo único que fui consciente fue del tono de su voz, de ese nombre que esperé escuchar por años.

Giré despacio hacia donde lo había oído.

Yerik. Ahí. A unos metros.

El tiempo no tuvo sentido, nada en realidad, no fui consciente de mi abuelo a unos metros, o del señor German junto a él, menos de Niclas estupefacto en el umbral de la puerta que daba a la terraza. Solo de Yek, un poco más alto, con su cabello rizado más corto, con su quijada más cuadrada al igual que sus hombros, con esa mirada oscura que me hacía sentir completa, viva. Se veía más hombre, masculino y varonil, pero detrás de todo aquello lo vi y eso llenó mi alma, de nuevo y los años agónicos desaparecieron frente a mí como de si de humo se trataran.

—Yek —sollocé apenas con aire suficiente y sin pensarlo salí corriendo hasta donde él estaba. Sus brazos se abrieron sin dudarlos recibéndome como solía. Me aferré a su aroma que inundó mis sentidos de esa forma única, siendo consciente de la calidez de su cuerpo arrojando el mío, tembloroso. Se sentía más grande, pero tan él que no pude moverme, solo llorar sobre su pecho mientras sentía su aliento al lado de mi oreja. Mi historia, mi fin, mi vida estaba ahí, frente a mí.

—Fuiste el motivo de mis horas —murmuró con esa voz gruesa, única, provocando con eso que llorara con mayor fuerza. Estaba completa. Ya todo había acabado.

¡Listo! ¡Qué viaje con ella! Me mantiene como en vilo siempre esta chica, y eso sé

que no se lo esperaban. Clemente, Álvaro, Niclas, Yek de vuelta Zinn está al borde, no lo olviden, la PARTE 7 y última nos la contará él. No es muy larga, 2 o 3 capítulos. El epílogo aún no lo escribo, pero tampoco sé si lo compartiré, o qué haré al respecto. Recuerden que he sido plagiada y robada. Estoy pensando. Al subir el capítulo final, la historia, al día siguiente quedará incompleta en la plataforma.

¿Hipótesis? ¿Yerik los vio? ¿Qué hará Zinnia? ¿Qué hará Niclas? A ver, sorpréndanme. XD

|PARTE VII|

-YERIK-



Ana Coello (grupo) Facebook

[Última parte]



Tres malditos años, y cada uno costó un latido menos a su lado. Zinnia era esa razón por la que mi corazón bombea sangre y sin ella, simplemente no ocurría. Vivir era lo elemental, alcanzar metas, lograr objetivos, no detenerme, pero no pude, aunque tampoco lo intenté, sentirme pleno, completo, no sin esos ojos grises a mi alrededor. Ella es, y ha sido, siempre, el motivo de mi existencia, de cada uno de mis pasos y mis decisiones.

En cuanto estuve frente a la casa de su abuelo, mi corazón sufrió una embestida.

Hacía un par de días al fin había llegado Frida, en cuanto me dijo que podía regresar a México, sentí que todo giraba de nuevo, que el sentido de mi vida regresaba. No perdí tiempo hice todo lo necesario.

No quisimos avisarle a Colibrí, solo le informamos al señor Octavio, pero le pedí que aún no le dijera nada, temía que si algo no salía como tenían planeado se pondría nerviosa y eso no lo soportaba. Tres años fueron un maldito abismo y de por sí los últimos meses habían sido téticos, por no decir espantosos. La agonía diaria de una llamada que cambiara todo no cesaba y pese a que Miguel, el padre de la mujer a la que le debía estar vivo, me buscaba tranquilizar cuando iba a verlo, no lograba sosegarme, al igual que Connor y James, amigos que hice a lo

largo de ese tiempo y que conocían casi toda mi historia.

La antelación, la expectativa, aniquilaba. Era como correr una carrera eterna, que no termina y que aunque se sabe que solo queda un poco más, la meta no aparece, esa por la que no has detenido el paso, por la que tus músculos ya están engarrotados. Duele, desespera, fatiga.

Mi vida en San Francisco no fue sencilla, y no solo por su ausencia, sino por todo lo que implicaba, por el miedo a que no se resolviera mi presente y mi futuro estuviera en juego tanto que jamás pudiese regresar, ser quien necesitaba para estar a su lado. Caminar sobre agua, así me sentía.

El idioma fue sencillo, las clases, incluso adaptarme al clima, pero encontrarme, rehacerme, dedicarme a mí como nunca lo hice, esculcar en mi interior y comprender en lo que me había convertido a lo largo de todo ese tiempo, fue amedrentador, doloroso. Mi referencia siempre fue ellos, sobre todo Colibrí, y de pronto no tenía nadie por quién preocuparme, a quién atender, no debía planear, antelar, porque aunque quisiera no podía. Me sentí inservible, solo, roto, ahogado en todo lo que viví y que de repente pesó sobre mí tanto como una plancha de mármol.

Días devastadores surgieron de aquello y de estar solo quizá hubiese acabado perdido, deprimido. Pero no fue así, ella de alguna manera me sostuvo, Clemente me rugía en el alma para que no desistiera, no ahora, y Miguel, ese gran hombre, me impulsó para tener de nuevo el coraje y luchara por mi vida, por mi camino. Y eso hice. Tres años después aquí estaba, nada me detendría, ya no.

El señor Octavio sonrió al verme y sin preverlo, me dio un fuerte abrazo. Se lo devolví, nervioso. El viaje se me había hecho eterno, a mediodía había llegado a Guadalajara, esperamos la conexión y ya estábamos ahí, aún no lo creía.

—¡Felicidades, Yerik! Estás enorme, te ves bien —musitó tomándome por los brazos, con orgullo—. Saliste de esto y ya solo te espera la vida, muchacho —lucía alegre, sorprendido.

Sonreí apenas, agradecido.

—Lo serio no se le quitó —bromeó Germán, riendo. Sonreí de nuevo. A ese hombre le debía mi libertad y las posibilidades de otra oportunidad, ahora todo dependía de nosotros. Esta vez mi vida estaba en mis manos y se sentía extraño, pero bueno, demasiado bueno.

—Enhorabuena para ti también, Germán —y se estrecharon las manos con fuerza—. En serio fue todo un caso esto y salieron abantes.

—Muchas veces creí que no lo lograríamos, surgieron tantas cosas que fue más complejo de lo que pensamos. Y bueno, aún falta detalles, pero estos muchachos ya no tienen nada de qué preocuparse, lo que sigue ya no los involucra —expuso satisfecho.

Ya me habían narrado con detalle todo lo que ocurrió, los riesgos en los que incluso ellos se metieron por defender todo aquello, sin embargo, Germán, aunque cansado, se veía más feliz y su matrimonio, notoriamente mejor puesto que no se separaban. Al parecer aquella tragedia que los marcó ya no era el eje de ambos, aunque nunca la superarían, pero ahora los impulsaba.

Los observé conversar, con los nervios desbocados. Octavio, sonriendo, me alentó a entrar con un ademán.

—Está en la playa, hoy no es buen día... A veces le ocurre, más últimamente. Anda, cambiarás eso —y me guiñó un ojo.

No me detuve, avancé con las manos cosquilleando a través de esa casa hasta donde sabía que se encontraba, perdiendo a veces la mirada en fotos, cosas que tenían su sello, estaba tan impregnada ya de ella que eso lograba acelerar más mi pulso. Ese era su hogar, comprendí en segundos infinitamente agradecido.

Sin embargo, esa ansiedad, esa expectación, esa necesidad se rompió como cuando una tormenta devastadora llega a una costa que se encuentra en calma. Iba a bajar a la playa cuando la vi sentada junto a aquel chico que conocí tres años atrás del cual, por alguna extraña razón, nunca había logrado olvidar su rostro.

Fueron segundos; él me miró y la besó sin que ella se opusiera, derrumbando así un castillo de recuerdos y luces en el que me había intentado resguardar para no enloquecer.

Hecatombe.

No tengo palabras para describir ese momento, para mostrar la devastación que generó en mi interior ver sus labios unidos. Presenciar eso desquebrajó algo importante en mí, algo vital, algo que me mantuvo respirando cada segundo alejados, y lo peor es que no podía culparla, no podía recriminarle nada y eso hacía que mi pecho se quemara con cada respiro.

Mi pecho en ese momento sangró como nunca imaginé sucediera, siempre fui consciente del riesgo, pero jamás pensé que ocurriera.

Mareado, nauseabundo, retrocedí con rapidez y a trompicones lo andado hasta llegar al interior de su casa, me detuve junto a un muro, no me podía sostener solo. Una bruma teñida de colores oscuros se posicionó en mis pensamientos, aprisionándome sin pretender soltarme.

Su abuelo y Germán me observaron intrigados, cuestionando enseguida por mi estado. Con la mano les pedí un segundo y es que no podía ni siquiera respirar, mis pulmones se negaban a recibir oxígeno, mucho menos a procesarlo.

Zinnia se estaba besando con alguien que no era yo y eso era algo que no podría asimilar. Todo me daba vueltas, transpiraba frío.

De pronto la escuché, alcé el rostro de inmediato. Venía corriendo, huyendo en realidad. Arrugué la frente, irguiéndome. Esa alerta que surgía solo cuando de Colibrí se trataba, se activó. De inmediato noté que iba a ese chico tras ella, llamándola de aquella forma que denotaba familiaridad. Apreté los dientes, conteniéndome porque de inmediato sentí como aquella vieja rabia provocada por los celos, por saberla herida, o mal, se apoderaba de mí.

¡Qué mierdas ocurría!

Zinnia no giró, simplemente parecía no ser consciente de nada, y comenzó a subir las escaleras, de prisa, llorosa.

No tenía una jodida idea de lo que estaba pasando entre ellos, solo de esa necesidad desgarradora por tenerla cerca de nuevo, sentirla bajo mis brazos, rodearla y perderme en ese aroma tan suyo, tan único. No, no la cedería, no esta vez. Algo no estaba bien, era

evidente, y más tarde averiguaría lo que era, pero ese momento era de nosotros, nadie lo jodería.

—Colibrí —le nombré despacio, pero fuerte. Necesitaba con vehemencia sus ojos grises clavándose en los míos para poder volver a respirar con normalidad.

Y lo hizo.

Se detuvo abruptamente y entonces cuando su vista se posó en la mía me sentí yo, de nuevo. Estaba hermosa, tan asombrosa, cada una de sus facciones se habían afilado de una manera imposible y pese a tener frente a mí ahora a una mujer prácticamente, pude dilucidar en su mirada eso que siempre me ató al mundo; ella.

Sonreí con los ojos enrojecidos. Al fin.

—Yek —la escuché nombrarme de ese modo tan perfecto, enseguida corrió como un huracán sin control, tal como la recordaba, hasta mí, sin más nada. Al rodearla cada maldito segundo sin ella cobró otro sentido, otro motivo.

—Fuiste el motivo de mis horas —expresé suave junto a su oído, Zinn sollozaba sobre mi pecho, adherida como recordaba a mí, haciéndome sentir fuerte, capaz de todo y es que lo era, por ella juro que lo era. Lo soy.

No me importaba lo que había visto, no en ese instante, no lograba recordar el dolor profundo que me acompañó durante esos años, no pude evocar esa maldita infancia que casi nos arruina, y que acabó con nuestras ilusiones, con mi mejor amigo, solo pude agradecer a la vida la posibilidad de volver a tenerla cerca, bien, segura, sana y con un futuro por delante como lo imaginé tantas veces.

Ambos temblábamos y permití al fin que mis ojos dejaran escapar esas lágrimas almacenadas de forma suave, pero constante. Bajé el rostro, ansioso por mirar el suyo, pero ella no se movía, lloraba con mayor fuerza.

La rodeé de manera más protectora, enseguida apretó más sus puños alrededor de mi camiseta. Me perdí en su aroma un segundo cerrando los párpados y luego alcé el rostro clavando mis ojos sobre los de él, ese chico rubio que nos observaba notoriamente desconcertado. Al sentirse observado por mí, me miró, serio, apretando la quijada.

Necesitaba saber quién era, sobre todo, qué significaba para ella. Percibí su palidez, sus puños apretados a los costados de su cuerpo y no pude evitar sacar eso que solía usar para advertir cuando alguien no debía moverse, ese peligro que exudaba con toda intención.

No sabía que carajos tenía que ver con Zinnia, pero me importaba una mierda, ella estaba entre mis brazos y ni siquiera un terremoto, o una tercera guerra mundial lograría que la soltara, no en ese momento, no nunca.

Cuando supe que mi mensaje había sido recibido pese a la prepotencia que emanaba, volví a concentrarme en ese ser por el que ahora de nuevo respiraba. Me limpié el rostro con el dorso de mi brazo y acuné su barbilla para que me viese. Cuando al fin sus delicadas facciones aparecieron ante mí, dejé de respirar.

—Yek... —musitó con sus ojos enrojecidos—. Esto fue eterno —y de pronto tomó mi rostro entre sus manos, me acercó a sus labios y me besó con vehemencia, con esa ansiedad que tantas noches me tuvo en vela.

Rodeé su cintura, la elevé hasta tenerla a mi altura y le devolví el gesto sin dudar.

Sintiendo como su dulce esencia volvía a unirse a la mía para ser solo una; la nuestra.

Un ruido estruendoso procedente de la puerta al azotarse nos sacó de aquel trance donde saborearnos, probarnos y reconocernos, era lo fundamental.

Colibrí pestañeó separando sus labios de los míos. La bajé enseguida. Giró hacia aquel sitio donde ese chico había estado segundos atrás y ahora no había nadie. Su mirada se tornó turbia, eso me alertó de una manera dolorosa.

—Los dejaremos solos. Tienen mucho de qué hablar —asumió su abuelo, con una mirada sosegada. Ambos lo observamos.

—Sí, creo que es lo mejor. Yerik, tienes la llave de tu habitación, solo avísame lo que sea —me pidió Germán, sonriendo, y ambos se dirigieron al estudio de Octavio.

Zinnia ni siquiera se movió, parecía no registrar nada, pero no me soltó.

El silencio del clic de la puerta logró que se moviese un poco, pestañeó mirando de soslayo la entrada de su casa, para luego, lentamente posar sus ojos acero en mí. Me dejaba sin aliento, más ahora, con cada facción que parecía esculpida, lo poco de niña que tenía pringado por su rostro, ya no estaba, pero Zinn, mi Colibrí continuaba ahí, la podía sentir con absoluta claridad.

Se alejó un poco, con sus mejillas encendidas, con aquel cabello alborotado que la caracterizaba, enfundada en ese conjunto de playa que la hacía lucir un poco más que preciosa.

—Para mí también fue eterno —admití con suavidad, buscando unir mis manos con las suyas. De inmediato enredó sus dedos, apretándolos. Bajaba la vista y volvía a subirla, parecía tímida.

Sonreí desconcertado.

—No puedo ni quiero separarme de ti nuevamente, de verdad no puedo —murmuró con los ojos empañados y su labio inferior temblando. Acuné su rostro para acercarla al mío.

—Estoy aquí, contigo, Colibrí, y sabes que nunca me fui en realidad —aseguré. Las lágrimas de nuevo escaparon de su morada.

Dios, esa mujer es mi delirio.

—Siento que fue ayer cuando tuvimos que separarnos y, sin embargo, cada segundo me dolió tanto —admitió sollozando. Besé su frente con aprensión, para enseguida verla a los ojos.

—Y tenemos un futuro frente a nosotros Ya todo cambió... —le hice ver, pero la realidad es que cierto temor se iba alojando sin entender la razón justo en medio de mi pecho. Algo no fluía. De repente posó sus manos en mis mejillas e hizo que bajara la cabeza, indagó con su mirada en la mía, intrigada, con un dejo de esa fiereza que tan bien le conocía.

—Sigues ahí... —declaró. Sonreí al escuchar su dictamen. Le devolví el escrutinio.

—Sigues ahí —declaré con seguridad.

—Pensé tanto en este momento, cada atardecer, cada amanecer, y ahora que estás aquí no sé qué hacer, temo que no sea real, que algo de pronto malo suceda y te vayas —musitó insegura.

Rocé sus labios, negando.

—Es real, y nada malo ocurrirá, ya no —le hice ver. Asintió derramando lágrimas.

Acaricié su mejilla—. Solo bésame, Colibrí, solo eso —rogué perdido en su boca carnosa que me mata.

Ella sonrió con picardía y de inmediato su sabor se mezcló con el mío. Sentí su cintura bajo mi palma, sus pequeñas manos rodeando mi cuello con ardor, con posesividad y una marea de recuerdos se desplegaron en mi mente, logrando evocar cada segundo a su lado, la razón de cada momento vivido era ella, su existencia, su esencia, su ser.

Permanecíamos en silencio, contemplándonos, acariciándonos, besándonos. La puerta del estudio se escuchó abrirse y voces procedentes de ahí. Ambos giramos abrazados, sin poder apartarnos.

No sabía mucho sobre su vida los últimos años, pero qué más daba. La sentía tan mía como antes, y yo era tan suyo como siempre.

Ambos hombres sonrieron al vernos.

—Pensamos que ya se habían ido, chicos —apuntó Don Octavio. Zinnia negó aferrándome más.

¡Dios, cómo había extrañado eso!

—¿A dónde? —quiso saber lánguida. Sonreí besando su cabeza.

—Al hotel donde nos hospedamos Germán y yo —expliqué sereno. Ella sonrió recargando de nuevo su cabeza en mi pecho.

—Yerik, ¿cuánto tiempo te quedarás? —quiso saber su abuelo, mirándonos satisfecho.

El cuerpo de Zinnia se tensó, intenté mostrarme inescrutable.

—Unos días, aún no hablamos nada —advertí. El hombre pareció entender abriendo los ojos solo un poco, arrepentido, lamentablemente Zinnia también entendió. Se separó un poco, frunciendo el ceño.

—¿Unos días? Pero acabas de decir...

Entrelacé sus dedos con los míos, serio.

—Vamos al hotel, hablemos, ¿sí? —le pedí interrumpiéndola. Lo sopesó por unos segundos, evaluándome con cautela—. No tienes que quedarte si no lo deseas —me encontré diciendo, sintiendo un temor creciente de que prefiriera que no ocurriera nada más entre ambos.

Nunca me había sentido inseguro en cuanto a ella, salvo aquellas semanas en las que Zinn no se atrevía hacer contacto con sus sentimientos logrando así hacerme sentir realmente aislado, perdido. Pero no era ya ese chico, esta vez no serían las cosas así.

Al final asintió.

—Iré por ropa —susurró reflexiva, de pronto algo se apagó en sus ojos y el agobio se atoró en mi garganta.

Subió despacio, parecía confusa, en medio de millones de pensamientos y lamentablemente sabía que no todos tenían que ver conmigo, si no con ese chico que se había marchado hacía un rato.

—Estará bien, Yerik, encontrarán la manera de pasar este tiempo que te queda allá. No puedes desperdiciar semejante oportunidad, es casi imposible que un extranjero tenga acceso a cosas así en un país como ese —expresó su abuelo, notando mi turbación.

Asentí con las manos en las bolsas de la bermuda. Me sentía con el corazón oprimido, y se suponía que al verla sucedería todo lo contrario.

—Yerik —miré a Germán—. Calma, ¿de acuerdo? Ya han pasado lo peor, de ahora en adelante lo que ocurra es su decisión, tienen el apoyo de muchas personas, decidan lo que decidan. Permite que las cosas fluyan.

—Gracias —eso lo sabía, ellos me habían salvado de muchas formas, pero sobre todo me habían dado la posibilidad de ser alguien en la vida y así poder construir un futuro al lado de Zinnia, mi colibrí.

Unos minutos después ella apareció. Me acerqué a las escaleras y tomé su pequeña mochila, me sonrió con dulzura.

—Vamos —me rogó con esa mirada tan suspicaz que tiene. Asentí besando su frente.

Se despidió de su abuelo al igual que yo. Germán se quedaría a cenar con él. Afuera Zinnia le quitó la alarma a un auto blanco, la miré sonriendo.

—Muero por ver esto —apunté abriendo la puerta del conductor. Enarcó unas cejas.

—Ya verás —me advirtió riendo, sonrojada. Lucía tan mujer que me abrumaba. Lo encendió con soltura y enseguida lo puso en marcha—. ¿Sabes conducir? —preguntó al dar la vuelta para salir de la cochera.

—Sí, aprendí casi al llegar —respondí orgulloso de ella, de verla dueña de sí. Años atrás, cuando luchaba por cambiar su situación, soñé con un momento similar, donde Zinnia vivía una realidad parecida a esa, llena de cariño, seguridad, que le permitiera florecer y no daba crédito de haber logrado eso, y muchas cosas más.

Asintió sonriendo.

—¿Cuál es el hotel? —preguntó. Le dije sin apartar mis ojos de su cuerpo, se veía asombrosa ahí, maniobrando, tan segura, tan apacible, escondiendo ese lado indómito que podía aún ver en el centro de su mirada—. ¿Cómo es San Francisco, Yek? —quiso saber.

—Un aire infernal, la mayoría del tiempo —admití relajado. Y comencé a narrarle sobre la ciudad donde pasé los últimos tres años, mientras ella conducía y oía atenta.

—Se escucha diferente... Me gusta —admitió entrando al estacionamiento del hotel.

—Sé que sí.

Bajamos, tomé sus cosas y busqué su mano. Enseguida entrelazó sus dedos con los míos, observando el gesto.

—Te necesité cada segundo, Yek —admitió bajito, mientras caminábamos. La detuve para verla de frente, hice a un lado su melena y la besé con esmero, con cuidado.

—Y yo a ti, Zinn, cada maldito instante —confesé sobre sus labios.

—¿Por qué dijo eso mi abuelo? —preguntó de pronto. Me pasé las manos por el cabello, desviando la mirada—. Te irás de nuevo, ¿verdad? Es por la universidad en la que estás, ¿no es cierto?

La encaré afligido.

—Hablemos a solas, ¿sí? —pedí conciliador. Agachó su rostro asintiendo, parecía estar a punto de romperse y ella no era así, al contrario, arañaba, gritaba, pero no se quedaba

retraída, aislada. Busqué su mirada, con ansiedad—. Mi vida es tuya, decidiremos juntos.

Besó de manera fugaz mi boca y avanzó aferrada a mi mano, pensativa, taciturna.

Zinnia no había cambiado, estaba seguro, pero se estaba escondiendo, quizá lo hacía de mí, quizá lo había hecho desde que me fui, quizá debido a ese... chico. Lo cierto es que no importaba porque lo averiguaría y la traería de vuelta.

Llegamos a la habitación, el hotel era grande, lujoso. Mis cosas ya estaban ahí, dejé las tuyas al lado. Soltó mi mano dirigiéndose de inmediato a los ventanales, era uno de los últimos pisos. Rodeó su cuerpo, nerviosa, pude notar.

Sentía que caminaba en la cuerda floja, pero de algo sí estaba seguro, no me caería, no si se trataba de tenerla al fin.

Me ubiqué a su lado. Siguiendo su mirada.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó acongojada, sin voltear. La miré lo que parecieron siglos.

—Lo que nosotros decidamos —aseguré. Sonrió sin alegría. No me gustaba cómo estaba ocurriendo todo.

—Te extrañé de una manera enfermiza... —y me miró, al fin, las lágrimas humedecían sus mejillas—. ¿Cuándo debes regresar? ¿Qué sucederá con nosotros mientras tanto? —quiso saber.

—Me faltan 2 años y medio... La especialidad la haré en Guadalajara, ya averigüé, debido a que estudié allá solo debo presentar un examen y sin problemas, incluso tendré trabajo de inmediato —murmuré, girando hacia ella, explicándole mis planes—. Pero debes saber que no seguiré en ello sin ti —le informé.

Sonrió con rabia.

—¿Dejar tu carrera por mí? ¡No! ¡No puedes dejar esa oportunidad por nadie, Yerik!

—¡Mierda, Zinnia! ¡Tú no eres nadie, tú eres mi vida! —rugí con decisión. Sin pensarlo la tomé por la cintura para pegarla a mi cuerpo. Ya no era el mismo, la ansiaba, la añoré como un demente, no la cedería, no sin pelear. Soltó un respingo colocando sus manos sobre mi pecho, abriendo esos enormes ojos grises de par en par ante mi reacción—. Esperé estos años, sé que tú también. Y ni tu miedo, ni esa carrera, tampoco ese chico que vi besándote logrará que me aleje —aseguré con plena certeza. Dejó de respirar, separándose de pronto, pálida.

—Tú... tú ¿lo viste? —preguntó asustada, demasiado afligida, temblando.

Asentí serio.

Tanto movimiento, tanto transcurrido debe buscar acomodarse nuevamente, ambos saben lo que desean, solo que los sentimientos los abruman sobre todo a ella por lo ocurrido con Nic, de alguna forma vuelve a sentir que no sujeta nada, que el control de lo que tenía seguro o daba por sentado se aleja, incluso el regreso de él. Pero Yerik no viene a medias, viene con todo y sabremos un poco de lo que vivió, no como acompañamos a Zinn, pero será intenso, lo aseguro y lo veremos sacar todas las garras ahora sí sin miedo y espero les guste tanto como a mí verlo así.

¿Qué creen que haga Nic? ¿Qué creen que haga Zinn? ¿Qué creen que haga

Yek?

Por cierto, lo del epílogo ya lo pensé y pronto les diré cómo será para que lo lean, lo que sí es que aún no lo escribo, demorará, pero lo leerán. Esta parte tiene 3 o 4 capítulos, más ese epílogo que comento.



Negó cubriéndose el rostro, sollozando. Tensé la quijada, escrutándola.

—No lo amas, tú no lo amas. Crecí a tu lado. No dudaré, no puedo hacerlo justo ahora, aunque no estuve contigo estos tres malditos años, aunque él sí y pasara cada maldito segundo que yo te ansié, contigo, sé lo que sientes por mí —declaré con aplomo. Corrió hasta a mí y me besó con delirio, ávida.

—Claro que no puedes dudar, eres mi alma —sollozó contra mi boca, ansiosa—. Lo lamento, lo lamento mucho, perdóname —y siguió besándome. Le respondí al tiempo que la elevaba. Enredó sus piernas torno a mi cintura.

—No te disculpes, no lo hagas —pedí entre besos cargados de urgencia. Aferraba mi cabellera, sedienta, jadeante.

—Tú eres todo, siempre has sido todo —aseguró en tono cortado, mientras yo besaba su cuello con esmero.

—Te necesito, Colibrí, solo eso —rugí con voz ronca, importándome un carajo todo,

sintiendo su cuerpo tibio adherido al mío, desesperado por unirla a mí, por pertenecerle nuevamente.

—No te detengas, Yek, no lo hagas —suplicó jadeante cuando comencé a recorrer con mis labios su barbilla, perdiéndome en su olor.

—Eso te lo juro —declaré. Y la tendí sobre la cama, tocando sus piernas expuestas, mientras ella alzaba mi camiseta con aquellas mágicas pupilas dilatadas, con las mejillas sonrojadas, acalorada. Me despojé de ella, enseguida sus manos exploraron mi espalda, mi pecho, ávidas, mordiendo el labio, desesperada. Perdido en las sensaciones que me daba su tacto, jugué de forma perversa con la curvatura de su quijada, y fui descendiendo...

La desvestí con desquicio. Ella a mí de igual forma, en medio de miradas eléctricas, de susurros cargados de promesas, de antelación explosiva, de roces exigentes. Pronto la tuve como ansiaba; sin nada sobre su piel cremosa. Reconocí su cuerpo desnudo recorriéndolo con ardor solo lo suficiente. Mis labios me ordenaban dejar salir todo aquello acumulado, y lo hice, venerando a quien ha sido siempre mi hogar, mi razón, mi mundo así que la probé, la probé sin contenerme, sin rendirme, sin limitarme necesitaba su sabor en mi sistema, su textura en mi mente.

Zinnia lloriqueaba aferrada a las sábanas, jadeando sin ningún control, completamente abandonada y es que eso podía ponerme aún peor, su confianza era tal que no necesitaba convencerla, al contrario, lo exigía como parte de sí. Se arqueaba, apretaba alguna de mis manos libres, buscaba mis labios para luego dejarme continuar.

—Ya no puedo... no puedo, Yek, por favor, no- no puedo —chilló lagrimosa, temblando sudorosa, colapsada, despeinada, agitada.

Sonreí complacido, era mi mujer, mi pareja, mi compañera, mi todo. Cuidé el encuentro y me uní a su ser de un solo empujón, arrancando de su garganta un grito cargado de posesividad. Rodeó mi espalda, enrollando sus piernas en mi cuerpo para que no me alejara, como si pensara hacerlo alguna vez de ella, y comenzamos aquel juego que ambos amábamos de una forma fiera, sin contención, sin ternura, solo con voraz deseo, yendo y viniendo sin detenernos. Presas de suspiros, jadeos, gemidos, gritos, de esa arrebatadora urgencia que nos consumía, nos dejamos llevar sin contenernos.

Era mía, era suyo. Solo eso.

Minutos después nuestras respiraciones iban lentamente recuperándose. Mi rostro sobre su pecho, mi mano rodeando su cintura, una de las suyas adherida a mi espalda.

—No quiero que te vayas, pero no puedo detenerte —murmuró con voz apagada. Me erguí lo suficiente para verla a los ojos. Lucía abatida.

Ladeé el rostro, estudiándola, negando con firmeza.

—Zinnia, hace años, cuando tú aún no sabías que sentías por mí algo más que amistad... Te dejé ir a tu paso, no te presioné, esperé, incluso me arriesgué. Llegué a pensar que quizá tú no sentías lo mismo, que podía tambalear tu única seguridad. No le rompí la cara a Carlo ni a ningún otro pese a que moría por hacerlo. Nada que implicara inquietarte me gustaba, ni siquiera lo toleraba, ya mucho teníamos con esa jodida realidad. Pero era otro nuestro momento, creí y aún creo que esa era la manera, pese a que pude haberte perdido sin tenerte —me coloqué

por completo sobre ella, dejando mi peso en los codos, mirándola fijamente, sus ojos se mostraban contrariados, aunque saciados. Era mi compañera, no permitiría que se alejara, por nada, por nadie—. Pero ya no somos los mismos, y ya no cederé ni un poco. Te amo, lo hago desde que tengo uso de memoria, lucharé por estar a tu lado cada maldito segundo de mi existencia, haré lo que tenga que hacer para que eso suceda. Me amas, y eso, Zinnia, es lo único que tengo que saber —me hice a un lado, dejándola ahí, azorada—. Así que, si necesitas ir a arreglar algo con ese chico que te besó, hazlo, porque esta vez nada impedirá que estemos juntos, ni siquiera tú —giré un poco, besé una de sus manos y me dirigí al baño.

Al salir, ella ya estaba vestida, a los pies de la cama, con las manos sobre sus rodillas, pensativa.

—No existe nada entre Niclas y yo, ni entre nadie más porque simplemente jamás he sentido esto que siento por ti hacia alguien que no seas tú —musitó seria. Asentí colocándome el bóxer, odiando de manera profunda ese nombre engreído en sus labios, imaginando las muchas de veces que lo nombró y que él acudió, porque si ella había llorado de esa manera, si la había visto así; abrumada, acongojada cuando entró corriendo a su casa, era porque ese idiota la había lastimado con ese jodido beso y eso implicaba una amistad que el muy hijo de perra había traicionado. Crecí entre fango, entre traiciones, y entendí de inmediato todo. No me hizo sentir mejor—. ¿No me preguntarás más sobre él? ¿sobre eso? —quiso saber, de pronto molesta, desesperada.

La miré detenidamente, aún sus labios estaban hinchados, su cabello despeinado, tenía consigo la inconfundible huella de lo que compartimos.

—¿Quieres tú decirme algo? —reviré sosegado. Se levantó rabiosa. Vi en sus ojos a mi Colibrí, pero no sonreí, aunque lo deseaba, sin embargo, no negaré que aún dolía, quemaba el recuerdo de sus labios unidos pese a creer que tenía la respuesta a lo que vi.

Se acercó y me dio un leve empujón. Lo veía venir, no me moví, no cambié el gesto.

—¡Fueron más de tres malditos años! ¡Tres! Pasaron cosas —gritó con lágrimas. La observé sin inmutarme—. ¡¿Y me preguntas si quiero decirte algo?! ¿Tú qué crees? Odié cada segundo, cada minuto, cada maldita hora. Y él, él estuvo ahí —bramó dolida, culpable. Apreté mi quijada, mis puños—. Y el muy hijo de puta arruina lo que tanto esperé, me traicionó en el peor momento y deja en tu cabeza esa maldita imagen que no sé como borraré. Quiero matarlo, pero algo sí te aseguro, nunca, nunca le di motivos.

—¿Por qué me dices esto? Tienes idea de lo que siento —refuté colérico, aunque aliviado de verla emerger y de su confesión que aclaraba mis cavilaciones—. ¡Qué pretendes! ¿Que vaya lo busque y lo muela a golpes por hacer algo que no debió? Porque ganas no me faltan, al contrario, Zinnia. Ahora mismo tengo estas malditas ganas de matarlo por lastimarte, por atreverse, por cada una de tus lagrimas —rugí con furia. Palideció aún más, alejándose, negando.

—No. Niclas no merece eso, es solo que...

La tomé por el brazo acercándola a mí.

—Te amo, Zinnia, te amo y sé que me amas, pero eso te está torturando y necesito que lo soluciones, lo que viene quizá no sea lo que pensamos, y eso de que no puedes detenerme me está acribillando la cabeza. Así que... —la solté y me di la vuelta, respirando con

irregularidad—. Arregla eso con él, porque no te dejaré a menos que tú lo quieras y sé bien que no es así. Estás confundida, abrumada, lo que hizo ese chico, mi regreso, lo de nuestros estudios... —la miré de reojo—. Te tiene agobiada y quiero que estés clara antes de que hablemos de lo que sucederá entre nosotros.

—¡Yo estoy clara! —declaró con voz quebrada, con un dejo de histeria. La miré fijamente.

—Si es así, ve y dile eso a él y ¡termina con eso! ¡Aclárale la mente! Porque no lo quiero en medio de ambos —le urgí. Negó pestañeando.

—No quiero hablar con él, estoy ahora contigo —pero la notaba afligida y tenía esa jodida certeza de que eso que ocurrió entre ambos la estaba acribillando sin permitirle pensar lo que en realidad estaba pasando. Él la deshace y yo lo pago. No. Debía ese gran hijo de puta cargar con sus jodidas consecuencias. Lo que venía era importante y no cedería ni un poco de ello. La necesitaba lista para eso. Me acerqué a ella, dolido.

—¿Entonces por qué no pareces feliz? ¿Por qué luces así? Me estás matando, Colibrí.

—¡Te irás de nuevo! —gritó.

—¡Eso aún no lo hablamos! —refuté gritando también. Nada estaba saliendo como esperaba y eso me estaba poniendo peor.

—No hay nada de qué hablar, Yerik. Tienes una maldita beca que es casi imposible obtener, yo mis estudios aquí, atender todo lo que no he podido contarte e hice estos tres años. ¿Qué propones? —me desafió, con las manos en la cintura, desbordada.

—Ya no tendremos limitaciones... Puedo ir y venir. Hablarnos, ya las distancias no serán un obstáculo, está el internet —le hice ver.

—Lo sé, pero seguirás allá tu vida, yo aquí la mía —sollozó limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano—. ¿Cuánto tiempo?

—Colibrí, podemos... —y me detuvo, negando.

—Claro que podemos, pero cuánto tiempo tardaremos en ya no ser lo que éramos, en no reconocernos por nuestras vidas tan distintas. Me está quemando esto, otra vez, y tal parece que vivir con dolor es algo que no puedo evitar pese a que todo puede ir mejor. Las malditas decisiones que no tomamos nos arrastran una y otra vez y ya no sé, no lo sé... No pensé que serías así, yo... no lo pensé así —y sin que lo viera venir tomó su mochila y salió corriendo.

Comprender lo que estaba ocurriendo me llevó a penas un minuto en lo que salí tras ella después de ponerme algo encima. No la alcancé en el elevador, imposible llegar por las escaleras, aguardé aún incrédulo.

¿Qué carajos había ocurrido ahí?

Al llegar al lobby salí corriendo, la alcancé cuando subía a su auto.

—¿Qué haces? —quise saber deteniendo la puerta para que no abriera. Me miró llorosa, nunca imaginé verla así, me estaba lastimando.

—Debes ir, terminar esa carrera, tomar la especialidad allá, ser el más exitoso... Lo mereces, siempre has antepuesto a los demás, es tu turno —musitó sin mirarme.

—Sin ti no pienso ir a ningún jodido lugar.

—No puedo estar aquí, no quiero que me veas así, no lo soporto —lloró ahora sin

contenerse—. Déjame sola, solo necesito eso... Yek, perdóname por arruinarlo todo —me rogó. Me hice a un lado sin entender nada, dolido, agobiado.

—¿Qué pasa? —le urgí saber. Me miró de pronto.

—Pasa... que te amo más que a nada, eso pasa —y se metió en el auto sin darme posibilidad a nada.

Observé como desaparecía, sintiendo como mi pecho se consumía. Por un segundo pensé en ir tras ella, hablar, pero Zinnia necesitaba tranquilizarse, en ese momento yo también. La rabia generada por los celos hacia ese chico, el miedo en sus palabras, me consumían.

Pasé cada maldita hora deseando tenerla de nuevo y nada había resultado como lo imaginé tantas veces.

Desde que llegué a aquel sitio, tres años atrás, fue todo tan difuso. Sin embargo, el padre de Frida logró ser alguien importante, alguien que me ayudó a sobreponerme, a perdonarme las malas decisiones que nos tenían en aquel punto, a aceptar las nuevas oportunidades.

Los primeros meses solo fui y vine sin detenerme a pensar en nada. Hablaba poco, decía poco, hacía mucho, con tal de entumecer el dolor. La escuela, aprender, deberes, buscar un trabajo para solventar mis gastos. Gris, pese a la novedad. Los silencios eran hondos, profundos, lastimeros.

Una tarde, terminaba una tarea en aquel comedor que solía usar para hacer mis deberes. Mi habitación era cómoda, en el segundo piso, pero me sentía enclaustrado ahí, por lo que pasaba poco tiempo en ella. Miguel era un hombre serio, que poco se comunicaba, solo lo indispensable. Salía mucho, vivía bien, en un buen barrio, y era muy activo, pero ensimismado, así que juntos era como estar en un cementerio, ni un ruido.

—Vi tus notas. Solo "A" —dijo mientras bebía una copa de vino tinto, como solía. Alcé el rostro, asintiendo—. ¿Cómo va tu inglés? Porque no tuviste problemas para encontrar trabajo en aquel restaurante.

—No es difícil, solo algunos modismos, pero creo que lo manejo bien —respondí sin comprender a qué se debían tantas preguntas. Estaba ahí solo como una obra de caridad hacia su hija, no más y así lo asumí desde el inicio. Intentaba ser invisible, cumplir con todo y no perturbar su vida.

—Sospecho que no me has informado algo importante —musitó recargándose en un mueble.

—No comprendo.

—Yerik, no es normal aprender la manera en la que lo haces, con esa velocidad. Fui a tu escuela. Tienes un CI arriba del promedio, muchacho.

Sentí vergüenza sin entender por qué, ya lo sabía, y sí, me habían estado llamando para hacer algunas pruebas, pero no pensé que él se interesaría en ello.

—Eso dicen —reviré. Rio.

—No, eso es lo que es. Así que creo que pierdes el tiempo en ese trabajo cuando puedes hacer algo más, algo que realmente te sirva y aprendas de ello.

Lo miré ahora sí intrigado, sin entender nada.

—Eres, para tu edad, alguien muy misterioso, te he observado, sé por Frida tu pasado, el motivo de tu estadía, pero debo admitir que me intriga qué hay en el fondo de ese chico que muestras, que hizo tanto para los demás, que... ha luchado de esa forma incansable. Tienes 18 años y parece que la vida ya se te fue, que ya viste todo lo que debías ver y no estoy de acuerdo. ¿Qué quieres, Yerik?

Su pregunta me erizó, pero no lo demostré. Qué quería. La quería a ella. Era tan simple y complicado como eso.

—Ser alguien —respondí.

—Eres alguien, sé que incluso para algunos eres demasiado. Pero para ti, ¿quién eres?, ¿qué quieres?

Cerré los libros, agobiado.

—No comprendo a qué viene esto —refuté. Se sentó a mi lado, despacio, pensativo.

—Si te ofrezco aprender, una oportunidad que nos beneficia a ambos, que te dará posibilidades, ¿qué harías?

—Tomarla, si es para bien —aseguré mirándolo apenas.

—Es para bien. Hay muchas personas que obramos solo para bien. Eso ya debes saberlo. —Asentí ahora sí con mis ojos fijos en los suyos—. Te ayudaré, me ayudarás y al final descubriremos quién eres en realidad. Sé que me sorprenderás.

Y así fue.

Tenía una consultaría financiera, y daba clases en la Universidad de California. Me enseñó muchas más cosas de las que alguna vez podré agradecer. Iba y venía a su lado, observando, absorbiendo, comprendiendo. Él lucía entusiasmado con la idea de lo que hacía, y yo optimista al ver que el mundo se abría frente a mí. Me pagaba bien, estudiaba, trotábamos por las mañanas por los muelles, no parábamos. En Miguel encontré lo que no sabía buscaba; un ejemplo, alguien a quien admirar para tener en cuenta a la hora de trazar mi camino, metas palpables, sueños realizables y un oficio que ya me daba dinero.

Entré a la universidad comunitaria, y al poco tiempo me buscaron de la UCSF, él había hablado de mi caso, así que me hicieron más pruebas, recopilaron mis expedientes y me ofrecieron un futuro asombroso y brillante que me paralizó de solo pensarlo. No pude responder, solo agradecí y salí de esas oficinas en shock.

Miguel, aquella tarde decidió dejar todo del lado, notó lo perturbado que me encontraba y es que una parte de mí no sabía si lo merecía, otra temía, y si soy sincero, no lo creía. Lo que hacía, además de mis escritos, mis cartas a Zinn, mis momentos de ausencia total, eran mi vida y de pronto todo cambiaría, de nuevo y no solo eso, si no que transformaría lo que vendría, fuese lo que fuese.

Anduvimos por la playa, uno al lado del otro. Él ya sabía sobre ella, de lo que hice en aquel lugar donde crecimos, de a poco me fue sacando información que, aunque era de forma discreta sabía que la iba almacenando, uniendo para armar el rompecabezas de mi vida.

—Cuéntame el mejor recuerdo de tu niñez —pidió serio, sin mirarme. Arrugué la frente con las manos en los bolsos de la sudadera, hacía frío, por lo que traía incluso la capucha

puesta, como solía ser.

—No sé, no tengo muchos.

—¿En serio? Alguien con tu imaginación, con tu inteligencia. Con esa niña de ojitos tan lindos al lado, ¿ninguno? —refutó. Sonreí, así solía referirse a Zinn y es que sus fotos estaban en mi habitación cuidadosamente enmarcadas. Es hermosa, en todos los sentidos, pero sus ojos son asombrosos.

—Solíamos ir a un parque cercano cuando las mujeres que nos cuidaban no se enteraban, fingíamos ser piratas Zinnia, Clemente y yo. La tarde entera se iba en eso, luego Clemente se quitaba la gorra y en una esquina concurrida cantaba, y lo hacía tan gracioso, él siempre lograba aligerar el ambiente, quitarle lo serio a lo que fuera, mientras nosotros bailábamos como un par de locos porque al lado de ella eso me salía espontáneo, al final lográbamos sacar para un dulce, o las galletas que a ambos tanto les gustaban. Nos íbamos a un árbol, comíamos en medio de bromas, de risas y luego, luego el momento de alegría acababa y debíamos volver.

El pecho ardió al abrir eso que guardaba con recelo, que nadie salvo ellos sabía y que de alguna manera debía dejar salir porque me estaba ahogando.

—Eso es más que un recuerdo, Yerik, es algo único —susurró perdiendo la vista en el horizonte.

—Intento entender cómo pasamos todo aquello y aun así reíamos, fue... fue tan difícil a veces.

—Eran niños, unos niños especiales si me permites. Cuéntame de Clemente, qué quería de la vida, cuáles eran sus aspiraciones —en cuanto dijo aquello pensé en dar la media vuelta y alejarme, esas heridas no sanaban y no lo harían nunca, ahí comprendí, justo en ese instante, que lo de que nos unía a Zinnia y a mí iba más allá de lo que sentíamos, lo que compartíamos estaba tatuado en cada vena, en cada recuerdo, en cada momento que nos forjó, en las decisiones, en las elecciones, en ser lo que el otro necesitaba para no caer, en haber sido cómplices, hermanos, amigos. En su vida cruzada de esa forma con la mía.

Lo miré, serio, con la garganta ardiendo, doliendo.

—Él, él solo existía para hacer sonreír, para vivir el momento, para recordarnos que la vida era ese instante, el momento, y es que nunca se vio más allá de eso. Pero sé que tenía un motivo, que su aspiración era ser el impulso que ha sido. Él no debió morir —el llanto comenzó a emerger de forma silenciosa.

—No fue tu culpa —dijo de pronto, con seguridad. Lo miré por un momento, limpiándome las lágrimas con el antebrazo. Asombrado de que pudiera leerme de aquella manera.

—Sí, sí lo fue. De alguna manera yo lo alenté a entrar en eso por temor a que vendieran a las niñas. Él quiso huir con ellas, pero me opuse, ¿qué haríamos a esa edad con ellas? Y entonces comenzamos aquello, yo decidía siempre esas cosas, lo realmente importante. Debí pensar en otra solución y quizá no estaría muerto. A lo mejor fingir que aceptaba el puesto que me ofrecían para no enfurecerlos. No sé, ¡no sé! Pero siento que de alguna manera yo lo llevé a eso y no puedo perdonarme, así como otras cosas más que Zinnia tuvo que pasar. Y por

mucho que intento no veo qué debí haber cambiado, pero me quema no haber hecho las cosas diferentes. ¡Sí, sí fue mi culpa, y sí, merezco estar en esta situación ahora! —bramé rabioso, sacando lo que tenía.

Me tomó por el cuello y me acercó rodeándome con fuerza. Nunca supe lo que un abrazo de alguien que no fuera ella podía significar y es que es una compañía silenciosa, que te permite sacar el dolor sin sumergirte en la soledad.

—Eso muchacho, saca todo eso que te come. Sácalo.

Lloré, me separé y grité importándome poco que me vieran, que él estuviera. Odiaba lo que vivimos, lo que tuve que hacer, lo que vi durante toda mi vida, el dolor de los demás, las caras de los niños asustados, Zinnia golpeada, mis cicatrices, las tuyas, las carencias, el llanto, el hambre, el miedo. Odiaba haber sido parte de una aberración como esa, pero más aun, tener un futuro como el que veía frente a mí y sentirme sucio por poder acceder a eso, sentirme desleal, con temor, inseguro.

Nunca imaginé mi vida más allá de lo que planeaba como el paso siguiente y de pronto ya todo era diferente. Sujetar el presente, lo que me ofrecía con fuerzas, era lo que debía hacer y no podía, por primera vez no me lo permitía.

Aquella tarde, terminó con la madrugada. Yo narrando todo lo que se me venía a la mente, reviviendo, sintiendo de nuevo, ahogando los recuerdos, limpiando de alguna manera mi alma, sintiendo que soltaba un gran peso. Miguel me escuchó sin juzgar, atento, sin poder esconder la conmoción de alguna de mis anécdotas.

Al día siguiente apareció con los papeles, yo apenas había despertado, me sentía tan expuesto, tan raro, extrañando a Colibrí de una forma desgarradora, aferrando ese colgante con manía, como solía. Lo que hubiese dado por su aroma aquella mañana. Pero él solo me miró sonriendo, con orgullo en cada una de sus facciones. Los colocó sobre la mesa, evaluándome.

—Este es tu futuro, Yerik, y no puedo pensar en alguien que lo merezca más. Es hora de que lo creas. Es hora de que lo vivas. Cada decisión, cada momento, cada instante seguirá ahí, a tu lado, será tu esencia, es tu pasado, pero no es ya tu realidad. Vive lo que el destino te da, porque la vida, tú mejor que nadie saber que sucede y se va en un pestañear. Eres esto —y le dio unas palmadas al sobre—, y esto —me señaló con seriedad—. Estarás bien. Haremos que así sea, muchacho.

Los abrí, era los documentos de la beca. Medicina.

—¿Si algo sale mal? —pregunté dudoso cuando me tendía la pluma.

—Entonces se solucionará. Anda, firma y date una ducha, te esperan en el campus —dijo como si fuera cualquier cosa.

—¿Me esperan?

—Sí, y ponte serio, uno de esos trajes que no te gustan que te di para las reuniones. Anda. Tienes media hora, ¿no los quieres hacer esperar? Digo, es medicina, beca completa, en San Francisco —me hizo ver, alzando las cejas, retador.

—En veinte minutos estoy listo —reviré aceptando el reto.

—Lo sé.

Sumergirme en mis estudios fue un alivio, hasta cierto punto, no paraba todo el día,

aun así, le ayudaba también a ese hombre que ahora veía como amigo, y en quien tanto confiaba, en su negocio.

James y Connor los conocí ahí, eran chicos serios, pero que sabían pasarla bien. Pronto encontramos puntos en común, la medicina nos apasionaba por lo que nos unimos a un voluntariado que la Universidad tenía para ayuda a las zonas marginadas. Ahí prestábamos ayuda los fines de semana, después, al acabar molidos, íbamos a tomar unas cervezas, o yo me encontraba con Miguel para seguir con mis obligaciones que por mucho que me pidió que dejara, no quise. Ya no tenía el tiempo de antes, pero me gustaba, y también me dejaba buen dinero que ahorrraba. Gastaba poco, pues la universidad me dio un dormitorio, comía ahí, y mis días eran tan largos y cortos como pueden ser para alguien que no desea ver pasar las horas.

Mi colibrí me esperaba y yo solo pensaba en lo que sería verla de nuevo, besarla, sentir sus ojos sobre los míos, perderme en su aroma, en tener de nuevo mi alma.

No intimé mucho con más personas, una, porque no tenía un segundo libre. Dos, con Connor y James tenía suficiente, eran centrados, pero también unos chicos inquietos que más de una vez me arrastraron a fiestas o tonteras así a las que fui pero que no me parecían nada interesante. Veía a los demás divertirse, reír, coquetear, y hacer cosas absurdas solo por impulso y comprendí que yo jamás podría ver la vida de esa manera, que aunque me sentía mejor conmigo, mi alma estaba consumida, sin ella algo dentro de mí simplemente no funcionaba como debía y cada respiro se sentía pesado, por otro lado, la experiencia matiza la realidad de colores diferentes así que no podía sentir su efervescencia, no por las mismas razones.

Cuando la fecha se fue acercando, no pude evitar alterarme. Dormía poco, estudiaba como un loco, y tenía que correr, más de lo que ya lo hacía para desfogar esa ansiedad que me atormentaba. Pensé miles de cosas que ocurrirían al verla, millones, pero ninguna se acercó ni un poco a todo esto.

Miguel notaba mi perturbación pese a no vernos diario, así que se mantuvo atento y eso me ayudaba porque en él encontraba la manera de ordenar mis pensamientos, de no caer en crisis sin sentido, a no agobiarme por lo que en ese momento no estaba en mis manos. Salíamos de pesca, me mostraba lugares que no conocía y me ayudó a mantenerme ocupado. Sin embargo, los atardeceres llegaban, así como el amanecer y yo solo sentía que ese hilo que me unía a ella se tensaba, se estremecía y deseaba con todas mis fuerzas que esto terminara ya.

Poder verla con libertad, comenzar algo nuevo, con el que ahora era; un hombre sin miedo, limpio y que tenía un futuro por delante. Los planes enseguida comenzaron, eso seguía siendo inherente a mí y me encontré buscando cómo realizar mi especialidad allá, hablé con mis docentes, y asesores, me ayudaron a encontrar la mejor opción. Por otro lado, debía terminar mis estudios ahí si realmente deseaba la oportunidad de ser quien quería, por ella, por mí. Pero sin las restricciones que por ahora teníamos, podríamos sobrellevarlo.

Si Colibrí no había cambiado en lo elemental, ella entraría en shock, se sentiría agobiada, pero lo entendería y buscaríamos ambos que lo que teníamos funcionara de esa manera por un tiempo, luego, luego mudarme a Guadalajara, estudiar, trabajar, y trazar más planes. Ella estudiaba derecho, también debía concluir, ese tiempo dolería, no obstante, confiaba en lo que éramos y que eso no nos limitaría, al contrario.

Me sentía absolutamente decidido, listo para luchar, para ir por lo que quería y eso

indudablemente era ella en mi vida, así que nada me detendría.

Sin embargo, estaba ahí, tan cerca y lejos de mi motivo, sin saber qué camino tomar porque de todos los escenarios imaginados, nunca preví este.

Caminando por la playa, observando el ocaso, negué frustrado. Medicina era mi futuro, algo que adoraba hacer, pero ella era mi vida, tenía que lograr unir ambas, tenía que conseguirlo de alguna manera.

Me senté sobre la arena, perdido en el atardecer, ahí en la playa del hotel. El tronar de las olas siempre me la recordó, y podía pasar horas frente a ellas, perdido en mis recuerdos, en San Francisco, con ese aire helado despeinando mi cabello, tan diferente al de ahí.

Luché mucho por Zinnia, Zinnia por mí. Los recuerdos retornaron. Cada instante. Y negué de nuevo.

No, esta vez haría las cosas bien, seguiría mi impulso, mi instinto. No era el chico de tres atrás, si la vida no deseaba que la tuviera, que elegir doliera, le daría un revés, porque en ello no pensaba ceder. Lo quería todo, lo tendría todo, lo merecía y lo lograría, decidí.

—¿Yerik? —escuché a unos metros. Arrugué la frente, no reconocí esa voz, pero en cuanto volteé una silueta masculina pude diferenciar. Enseguida me erguí, alerta, rabioso.

¿Qué mierdas hacía ese imbécil ahí?

Escribir este capítulo fue una montaña Rusa y es que pasé por todas las sensaciones pero debo admitir que por primera vez lloré, y lo amé mucho. Adoré la canción, lo que sucedió entre Yek y Zinn que se lee mayor a la hora de estar juntos, los recuerdos de Yek, las muchas emociones de ella que la colapsaron y para cerrar, imagino que ya saben quién apareció ahí, con Yek. Teoríaaaaaas. ¿Qué hará Yek? ¿Por qué está ahí Nic? :O Y estamos a dos capítulos de acabar y no lo nieguen, fue bello lo que leyeron hoy, pero habrá que ver lo que tiene en mente Yerik, lo que pasa por la cabeza de Zinnia. Dos, ya doooooos más. Y el epílogo. Ya se empieza a sentir añoranza. ¿No? Besos

Alone - Alan Walker / cover Romy Wave



Debía ser un idiota para irse a parar frente a mí, así, después de lo que vi horas atrás.

Apreté los puños, mirándolo fijamente. Estudié mi alrededor midiendo mis opciones, como solía hacer cuando algo me amenazaba, cuando algo la amenazaba a ella. Había cambiado, pero no tanto.

No había mucha gente, quizá un par de parejas por ahí, una familia un poco más lejos, recogiendo sus cosas.

Apreté la quijada, alzando el mentón con indolencia.

—Debes de estar mal de la cabeza para venir aquí, a esta hora y no imaginar las ganas de romperte todos los jodidos huesos que tengo —musité amenazante. Su semblante lucía contenido, aun así, no se movió.

—Probablemente lo esté, y no solo por esto, si no por lo que ocurrió hace horas, por lo que viste —admitió serio.

—Lo hiciste a propósito —declaré dando un paso. Niclas parpadeó, nervioso, pero no retrocedió.

Chasquéé la lengua.

—Sí, y vengo a que hablemos —dijo. Detecté un dejo de temor que intentaba ocultar pero que conmigo no funcionaba. Arrugué la frente, riendo con cinismo.

—¿Hablar? ¿Bromeas? No pienso hablar contigo, menos después de eso. Romperte la cara es más lo que tengo en mente.

—Es sobre Zinnia —me informó, tenso. Enfurecí y es que estar controlando mi necesidad de írmele encima era todo un trabajo. Su nombre en su boca me hacía enloquecer.

—La besaste sin su consentimiento —repetí. ¡A la mierda! Iba a darle de lleno en el rostro, después de todo lo ocurrido entre ella y yo, él, la frustración e impotencia circulaban como una marea roja por mi piel, por mi mente.

—Te ama, solo escúchame, después, si lo deseas, peleamos —sugirió.

Reí negando, frotándome el mentón.

—No, no peharemos, te daré una golpiza en la que te dejaré un par de huesos rotos, la cara de imbécil que tienes hinchada, y quizá, sin puta descendencia, luego te largarás —expliqué con simpleza. Asintió aún nervioso, sin embargo, admiré sus agallas por no irse.

—Bien —alzó las manos, vencido—. Me escuchas y luego haces eso. ¿Crees que no soy consciente de donde me estoy metiendo? Sé mucho de ti, podría acabar tal como dices si te lo propones, además basta verte. Por otro lado, lo merezco, no me defenderé —declaró sereno.

—¿Qué quieres? —pregunté pasándome las manos por el cabello. La realidad era que necesitaba ordenar mi mente, con él ahí no podía. Debía actuar. Y, además, no todo era su responsabilidad, aunque no me había facilitado las cosas.

—Zinnia ha hecho mucho por mí, la defraudé hace unas horas, quiero resarcir el mal.

—Déjame ver si entiendo; la besas arruinando así algo por lo que luchamos tanto, la persigues, llora por ello, la dejas hecha un manojo de nervios, llegas aquí muy valiente para hablar conmigo... ¿No te parece estúpido? La defraudas. Estás enamorado de ella —aseguré hartamente. Sonrió con sorna, desviando la mirada.

—Zinnia, es Zinnia, Yerik, lo sabes. Es hermosa por fuera, por dentro lo es aún mucho más. Solo un idiota podría estar a su lado y no sentir cosas por ella...

—Estoy perdiendo la paciencia, y el tiempo. Tus jodidos sentimientos me importan un carajo, la verdad. Crecí a su lado, sé bien quien es Zinnia.

—Lo sé, conozco su historia. Y no, no estoy enamorado de ella. La admiro profundamente, le debo mucho más de lo que imaginas y no, no la veo de esa manera, no como se ven a ustedes, nadie puede amar como ustedes. Esa chica te pertenece de todas las formas en las que alguien le puede pertenecer a otra persona. Me atrae, claro que sí, tiene luz y lo sabes, pero nunca busqué ir más allá, ella es tuya, y por lo que presencié hoy, tú de ella. Cuando me enamore de alguien quiero que esa persona también lo esté de mí.

—Lindo tu rollo, pero la besaste. ¿El motivo fue...? —lo insté burlesco, cruzándome de brazos para no irme sobre él.

Se encogió de hombros observando el mar, reflexivo.

—Rabia, frustración, impotencia... Pasé casi tres años viéndola sufrir por ti, aferrada a ese ámbar, perdida en los atardeceres. —Casi sonrió al escucharlo, esa era mi Colibrí—.

Ansiando que el tiempo avanzara, pero los últimos meses fueron de verdad fuertes. Zinnia estaba muy irritable, deprimida, lloraba con frecuencia. Me cabreaba verla así, y cuando apareciste allí ella acababa de llorar, de nuevo. Sentí mucho coraje, quise... probarlos, no lo pensé.

—La lastimaste... —declaré sensato, comprendiendo un poco más. Zinnia venía de semanas alterada, como yo.

—Mucho, pero lo arreglaré con ella, cuando permita que me acerque de nuevo, hoy solo recibí una bofetada y empujones. Llegó después de verte muy mal... Creo que está desbordada, insegura. Nunca la había visto así, pero dice Don Octavio que cuando llegó aquí, hace tres años, fue todo muy similar.

—¿Qué quieres hablar conmigo, Niclas? No comprendo. No me conoces, en definitiva no me interesa conocerte —admití más sereno, muriendo por ir a verla. No soportaba saberla deprimida, al borde de un colapso, ya habíamos pasado por tanto que me era casi urgente ir a su lado, abrazarla, darle de una maldita vez esa seguridad que requería y que yo también. Pero esta vez no era más un chico de 17, esta vez iría hasta el fondo, sin detenerme.

—No tienes que hacerlo, solo quiero que ella sonría, que sea feliz, y eso sé que solo lo logrará si está contigo —aseguró. No hablé por unos segundos, midiendo su expresión, estudiando su actitud.

—Si es un embuste, no lo contarás, ¿quedó claro? —le advertí. Sonrió asintiendo, claramente aliviado. Emanaba prepotencia, pero no se estaba portando así. Idiota.

—No debes decirlo. Te repito, sé mucho de ti. Escucha, hay un bar en el hotel, vamos, yo invito —murmuró. No me quedó más, tenía curiosidad, por otro lado, necesitaba saber para actuar y él en definitiva era parte de esto.

Con un par de bebidas frente a nosotros, nos miramos, serios.

—Comienza porque en serio, soy paciente pero no con todos —advertí. Él jugó con su bebida, sonriendo, asintiendo a la vez.

—Zinnia me contó todo lo que les sucedió, lo que tuvieron que pasar y te aseguro que no estoy aquí para hacer más daño. Ella no lo merece, me devolvió mi vida.

Varias horas después, en las que casi permanecieron intactas nuestras cervezas, lo observé fijamente. Zinnia había hecho cosas asombrosas, me sentía lleno de orgullo y mucho más enamorado de ella, aunque con cierta frustración y profunda tristeza por no haber podido estar a su lado.

Su comienzo fue difícil, pero ese idiota supo estar a su lado siguiéndole el paso. Dolió enterarme de lo que hicieron y lograron juntos, entender lo que para Colibrí había implicado lo que Niclas hizo en la playa, lo mucho que añoró mi regreso y lo poco que planeó respecto a eso. Para Zinnia no había más que verme nuevamente, cuando comprendió las implicaciones de nuestra separación, junto con lo demás, le cayó de peso.

Tuve una vida a su lado y sería un imbécil si no interpretaba lo que ahí pasaba. Ella, cuando se abrume, suele hacer eso; enojarse, comportarse como un huracán. Lo vi tantas veces que la cuenta la tenía bien perdida. Ahí, sentado frente a ese casi extraño, recordé cuando supo que sentía más por mí; Dios, qué días agónicos, pero esperé, no tenía idea de lo que ocurría en su cabeza a diferencia de ahora, o quizá sí, pero me daba temor decirlo, pero ahora ya no.

Hemos ido a su paso siempre en cuanto lo que existe entre ambos, ella marca la pauta, yo hago. Éramos más pequeños, con muchas cosas a cuesta y no me sentía seguro de lo que sucedería al minuto siguiente así que me dejaba envolver por su temeridad, su seguridad, su impulsividad. Ya no. Ahora sería yo el que terminara esto, el que daría el siguiente paso simplemente porque ya nada me detenía. Y no quería una parte de ella, lo quería todo, iría por todo.

Mi futuro, el nuestro, estaba en mis manos y por Dios que ya nadie intervendría en eso.

Sonreí levemente. Sabía bien lo que debía hacer. Él podía ser de utilidad ahora lo sabía pues pese a comprender que Niclas sí sentía cosas por ella que no desembocaban en un enamoramiento como tal, aunque estaba cercano, sí tenía muy claro el lugar en su vida, además, se sentía en deuda y yo necesitaba acabar con esto. Hacerlo mi enemigo no haría las cosas más simples, y sí podía empañar lo que deseaba que comenzara bien. Era parte de su vida, bien, entonces dejaría clara mi posición en aquello para evitar otra situación semejante. Actuar con cautela, inteligencia a veces podía funcionar.

—Ahora que hablamos, ¿qué piensas hacer? —quiso saber.

—Poner punto final a todas esas decisiones que tomaron por nosotros, a lo miedos, ahora es mi turno —declaré serio. Sonrió intrigado.

—Ella merece ser feliz. Quiero que lo sea —avaló. Me pasé las manos por el rostro.

—¿Tanto como para ayudarme en algo? —me encontré diciendo de pronto.

Debíamos de regresar a aquel punto y reescribir las cosas.

—Si eso le da vida, cuenta conmigo, Yerik, no hoy, sino siempre —prometió. Asentí leyendo sinceridad en su expresión.

—Si se te ocurre volver a tocarla sin su permiso, dejaré que te acribille y luego si quedas en pie, te mato yo, ¿estamos claros? —lo amenacé con aplomo. Sonrió rascándose la nuca.

—No sé a cuál temerle más, hasta en eso se parecen, pero no pensaba hacerlo de nuevo. Te lo aseguro.

Tres días después en los que tuve varios cómplices, me sentía nervioso. Me había sumergido en una locura, una enorme, la primera quizá de mi vida. La gocé, debo admitir. Lo único que no me permitió disfrutarla del todo fue que Zinnia no la había pasado bien, menos después de enterarse que ya no estaba en Puerto Vallarta.

Supe, por Niclas, quien se comunicaba con su primo Dante, que estaba en medio de un ataque, intentando dar conmigo y llorando si cesar pero que Cecilia, su prima, la contenía bien, al igual que su abuelo. No la dejaban sola y fingían ayudarla a localizarme. La podía imaginar sin problema.

La verdad es que casi desisto cuando Carlo me informó que su novia sí estaba preocupada por las reacciones de Zinnia. Pero su abuelo me tranquilizó y me instó a continuar, al igual que todos mis cómplices. La sabía muy fuerte, pero podía sentir su cansancio, el mismo que yo experimentaba, y eso sucede cuando se ha luchado toda una vida para que las cosas sean

diferentes. Cuando se está conectado con alguien a este nivel es inexplicable, casi mágico, la razón y la lógica no entran porque no dan para comprenderlo, pero se vive, se siente.

Aquel lugar estaba casi igual que como lo recordaba, solo tuve que hacerle pequeños arreglos con ayuda de Carlo, que contacté con la ayuda de Niclas, justo después de conversar aquella tarde en ese bar, y enseguida se puso manos a la obra, entusiasmado.

En penumbras, solo con velas que alumbraban tenuemente regalando tonalidades íntimas, dulces, repletas de nuestros recuerdos escuché la alerta del móvil. Estaban ahí. Sonreí nervioso. Todo estaba listo y mi sangre burbujeaba como desquiciada.

Agucé el oído, era claro el murmullo procedente del exterior. Mi corazón latió aún más rápido. Me pasé las manos por el cabello, verificando con la mirada por milésima vez que todo estuviera como debía. Sentí mi vida aproximarse, mis palmas sudaron, mis pulmones se comprimían.

¡Mierda! El impulso cobraba su precio justo en la boca del estómago.

La puerta se abrió, en silencio entraron, ella con los ojos vendados. Experimenté un delicioso alivio al verla. Mi mundo reducido a una persona, a una sonrisa, a sus ojos, a Zinnia.

—Abuelo, ya quiero quitármelo... Ahora mismo en serio que no estoy para esto. Yerik no aparece y necesito dar con él. Por favor —murmuró sin esconder su fatiga y agobio. Había accedido a aquello porque los niños, que aún yo no había visto, pero con los que logré hablar por video llamada, crearon todo un circo para que cayera y se dejara llevar pese a estarme buscando como una profesional, debo añadir. Llevaba puesto un conjunto deportivo, una coleta y se veía sencillamente perfecta. Sonreí con nostalgia. Esperando que mi idea ayudara. Ya no quería más sorpresas, por eso cuidé todos los detalles. Don Octavio me guiñó un ojo y salió cerrando la puerta, despacio—. ¿Abuelo? —Lo llamó Zinnia, desconcertada. No recibió respuesta—. ¿Abuelo? —y se bajó sin miramientos el trapo que le impedía ver, bufando.

Sus ojos, acostumbrándose a la penumbra parpadearon. Me enfocó enseguida, aturdida. Lucía ojerosa, cansada, tan frágil, pero tan ella...

Mi pecho rugió ante su presencia.

Absolutamente desconcertada, y evidentemente incrédula, paseó la vista por el lugar unos instantes, despacio. Al reconocerlo aquel cuarto que fue testigo de nuestros sentimientos, nuestro refugio por un tiempo dejó de respirar. Como reacción ante el shock que sabía le estaba produciendo, se llevó una mano a los labios y las lágrimas escaparon sin control, desbordadas, a manera de llanto convulso.

—Yerik... —musitó temblando, mirándome al fin. Ladeé el rostro, mientras ella me observaba a la vez que volvía a contemplarlo todo, azorada, comprendiendo de pronto mi desaparición—. No... no puede ser —y sollozó doblándose. Deseaba acercarme, consolarla, Zinn siempre ha despertado esa parte protectora, sin embargo, me contuve y en cambio prendí la música, esa melodía que habíamos bailado en la calle, años atrás, inundó el lugar. Una vida cargada de detalles merodeaba como fantasmas a nuestro alrededor, tornando la atmósfera etérea, perfecta. Alzó el rostro, impresionada. Le tendí la mano, decidido a trazar todo de nuevo, ahora a nuestra manera. Ella me miró llorosa, nerviosa, sonriendo—. ¿Qué es todo esto? Te fuiste, te busqué —murmuró con voz rota, alcanzando mis dedos.

Ambos temblábamos al percibir esa corriente que generaba nuestro roce, lo que

sentíamos. Estaba donde debía, donde quería.

—Colibrí, en nosotros están nuestros recuerdos, nuestra vida y deseo que, hoy, aquí, volvamos a escribirlo todo, quiero que empecemos de nuevo, pero ahora a nuestra manera, ¿qué dices?... —Se limpió las lágrimas y sonrió asintiendo.

—No puedo estar sin ti —admitió abrazándome con fuerza. La arropé con mi cuerpo, soltando el aire contenido.

—Nunca más —besé su frente alejándola un poco—. ¿Bailas? —y repetí aquel ademán que usé esa noche en plena calle. Los recuerdos la embistieron, pero solo sonrió asintiendo con elegancia.

Bailamos despacio, uno pegado al otro, absorbiendo el momento, sanando cada instante, recomponiendo lo que había dejado de funcionar para ambos.

—Quiero comenzar de nuevo, quiero saber lo que es tenerte sin miedo —pidió ansiosa unos segundos después. La alejé de mí. Sus ojos estaban imposiblemente enrojecidos, pero más serenos. Acuné su rostro, admirándola.

—Desde que tengo memoria estás en mi ser, has sido mi eje, mi salvación, mi mayor anhelo, mi más grande motivo. Te di mi alma hace tanto tiempo, tienes todas mis promesas, Colibrí, así que ahora solo me queda darte esto —y saqué de mi bolsillo aquello que simbolizaría lo más hermoso que pudo haberme ocurrido; ella. Sus pupilas se dilataron, no podían mostrar más asombro al verlo. Dejó de respirar, llevándose las manos a los labios. Como siempre soñé, me hincé frente a ella, sonriendo, con la mirada empañada—. Fuiste mi luz en la tiniebla, mi fin, el motivo de mi existir. Zinnia Brea, acepta a este hombre que no ve más allá de ti, que no puede imaginar un camino sin tu presencia, que no tiene corazón porque hace años te lo dio.

—Yek... —susurró sollozando.

—Colibrí, sé mi esposa —le pedí, sin permitirme decir más asintió hincándose para colgarse de mi cuello—. Cumplamos nuestros sueños, juntos. Nada nos detendrá.

—Quiero serlo, quiero que tú seas el mío. Nada nos detendrá, no lo permitiremos, ya no —aseguró. Sonreí buscando su mano. Notó mi intención y permitió que le pusiera el anillo, enroscamos nuestros dedos contemplando el gesto—. De ti, solo quiero la eternidad, Yek.

—Solo eso puedo ofrecerte, Zinn —y la besé con ese deseo que siempre me provocó.

Ay, muero, complicar más sería solo con el afán de alargar y hay que saber poner el punto final y ellos ya pasaron por mucho como para aumentarle tonterías. Fueron ambos maduros, hombres que han pasado por muchas cosas como para enfrentar lo que ocurrió de una manera inteligente. Por otro lado, Zinn, el cuarto donde comenzó todo y un Yerik increíble, solo diré que lo amooooo. El final ya está, y cerraremos este maravilloso viaje. Pero para quienes me conocen el epílogo explicará más cosillas por ahí y avanzaremos un poco en el tiempo para saber de ellos y cerrar lo que se deba. No digo más, se los dejo a ustedes, ¿Esperaban esta propuesta,

así, en ese lugar? ¿Las sorprendió Nic, Yek? ¿Quiénes pensaban que habría pelea? ¡Nos leemos!



Abrí los ojos la mañana siguiente sintiendo una paz inaudita. Hacía tanto tiempo que no dormía de aquella manera, quizá nunca. Su cintura desnuda bajo mi palma, su respiración pausada, continuaba dormida.

Tantos recuerdos encerrados en aquellas paredes. Muchos espantosos, como cuando no llegó a dormir la noche en que esas chicas la lastimaron. Fue un infierno absoluto. ¿Dónde buscar? ¿A quién preguntar? Estuve a un punto de enloquecer de la forma más literal que existe, miles de opciones aberrantes, desoladoras, se aglutinaba en mi mente, torturándome. Si Zinnia no aparecía no hubiese podido continuar. Puedo incluso sentir, pese a los años, ese alivio que me recorrió el cuerpo cuando Clemente me llamó para decirme que estaba con él, sensación que desapareció al verla en aquel estado. Esa rabia tan conocida me sometió acribillándome. Una vez más debíamos ser fuertes, una vez más debía concentrarme en que olvidara y decidiera seguir adelante porque si no lo hacía mi mundo se desmoronaría.

O cuando me golpearon el día de mi cumpleaños y solo lograba imaginar, en medio de los golpes que recibía, su rostro angustiado, preocupado. Dios, verla al llegar vestida de

aquella manera, por primera vez maquillada, me atravesó por completo. Y otra vez la impotencia, el coraje, pero nada comparado con su mirada cargada de decepción y rabia. Sabía que esa noche debía enterarse de lo inevitable.

Pero, aunque fueron situaciones escabrosas, podía decir ahora con certeza, que tenía más recuerdos hermosos gracias a ella ahí, conmigo, siendo mi pareja, mi compañera, mi todo. Las risas, las conversaciones, nuestros encuentros, descubrirnos, viviendo juntos cada día sacando todo adelante, experimentado lo que la vida en ese momento podía darnos y había sido suficiente. La diferencia es que ahora sería por siempre.

Estábamos aquí, a punto de comenzar un nuevo camino y simplemente parecía irreal.

No tenía idea de lo que vendría, pero sabía que el miedo jamás volvería a gobernar mi destino, tampoco a influir en mis decisiones. La he querido y quiero en mi vida de todas las maneras posibles. Por supuesto teníamos sueños que cumplir y era necesario que ambos los consumáramos, y eso haríamos, pero juntos. Conocía al fin la esperanza e impregnaría nuestra nueva hazaña, nuestra primera locura, de ella.

Debía regresar a San Francisco en una semana, así que todo lo tuve que orquestar de manera fugaz. El primer paso estaba dado y no podía sentirme más pleno.

Aquella tarde, después de hablar con el idiota de Niclas y de buscar a Miguel para escuchar un consejo, le llamé a su abuelo, no podía perder el tiempo. Le pedí que nos viéramos, aceptó intrigado, dejando a Zinnia bajo la vigilancia de Nami y Cecilia. Le conté mi plan. Estaba harto de que la vida nos llevara por donde deseara, así que le informé mi siguiente paso.

—¿Casarte? —repitió atónito, para un segundo después sonreír negando. Asentí en la salita de aquel lobby. Ya era tarde, pero me daba igual—. Me tomaste por sorpresa, pero parece lo lógico, pese a su edad...

—Don Octavio, solo necesito que tengamos certezas, que nos sintamos dueños de nuestro futuro, quiero que acabe su carrera, yo terminaré la mía. Estoy trabajando allá, sé que al acabar mis opciones se multiplicarán. He pensado en todo.

—Eso no lo dudo. Yerik, no imagino otro hombre para ella, son tal para cual en más de un sentido y ¿sabes qué? Sé que lo lograrán. La verdad si lo pienso no me parece arrebatada esta decisión, al contrario, creo que es acertada pese a lo jóvenes que son. Hazlo, tienen todo mi apoyo —me alentó. Sonreí agradecido, aliviado.

—Tengo un plan, ¿podría contar con usted? —pregunté. Me miró intrigado.

—¿De qué se trata? —interrogó. Se lo narré con detalle. Se mostró entusiasmado, bastante en realidad.

—Bien, cuenta conmigo, y si me lo permites, tengo algo me gustaría darte—dijo. Arrugué la frente—. Es el anillo que le di a la abuela de Zinnia, me gustaría que lo usaras, si no es mucho atrevimiento —pidió.

Abrí los ojos de par en par.

—No puedo aceptarlo —declaré atónito.

—Sí puedes, es mi nieta, tú eres su vida. Si no les agrada, por lo menos servirá de recuerdo —sugirió. Sonreí agradecido.

—Gracias, Don Octavio. Sé que le encantará.

Colocó su mano sobre su hombro.

—Mañana a primera hora te lo mando, antes de que te vayas, y quedo atento a las instrucciones. Me alegra que decidas tomar todo de la vida, lo merecen. Me ocuparé de mi nieta. Tranquilo.

Y así fue como a la mañana siguiente, junto a Germán, volamos a la Ciudad de México con los papeles de Zinnia y míos en las manos. Él me ayudaría con una parte de mi plan. Frida y Niclas con la otra, este volaría unas horas más tarde. Si quería hacer todo como imaginaba, de la mejor manera, debía estar presente, él y todos.

Yo me hice cargo de esta, junto con Carlo.

Ver a Lolita después de tanto tiempo fue como reconciliarme de alguna manera con mis recuerdos, con aquel dolor lacerante. Esa casa, el olor, las calles, y esos muros que fueron, junto a Zinnia, mi único hogar.

Ideé todo, esa bella mujer estuvo más que de acuerdo, además de ansiosa por ver a mi colibrí. Entre Carlo y yo dejamos todo perfecto. Tal como lo recordaba. Para mi asombro, no había vuelto a alquilar el lugar, su marido y ella se encontraban bien. Sabía que eso la alegraría aún más cuando la visitáramos en unas horas. Le tenía varias sorpresas, degustarlas con lentitud era parte de lo que me deleitaba.

Todo en un maratón de pocos días que aluciné terminaran para por fin ser lo que añoraba.

—Yek —musitó adormilada, dejando salir esos suspiros cargados de descanso. Habíamos dormido poco, hablado poco. Acaricié su piel, esa que estaba bajo mi palma, en respuesta se pegó más a mí. Dios, disfrutaba tanto de la sensación de sus rizos negros bajo mi nariz, cerré los ojos para perderme en su aroma—. Debería darte una golpiza —dijo sin levantar el rostro. Sonreí sin responderle, solo acariciando la curva de su cintura—. Pero yo me lo busqué después de lo que te hice ese día. Lo lamento mucho, me sentí muy abrumada, con miedo —admitió turbada. Me acomodé sobre las almohadas, mi movimiento generó que ella me mirase. Amo esos ojos grises. Besé su frente, relajado, lucía expectante.

—Colibrí, comprendo lo que sentiste. Sé quién eres, te amo con lo bueno y lo malo. Estabas exhausta, enojada, decepcionada y no sé, quizá más cosas, en parte por mí, en parte por lo referente a mi carrera, la tuya, y en parte por el idiota de Niclas —sentencié sin soltar su iris. En una mueca muy suya me mostró los dientes.

—Lamento mucho que vieras eso. Tengo tanto que contarte, pero te juro que no hay nada.

—Lo sé, y deja eso, ya hablamos tu amigo y yo—le confesé. Alzó las cejas, azorada. Sonreí al ver como abría los ojos de par en par, incorporándose, cubriéndose un poco con la sábana. Se veía exquisita. El contraste de su nívea piel, con su cabellera azabache, siempre me ha hecho delirar.

—¿Tú y él? —preguntó incrédula.

—Tiene agallas, me buscó aquella tarde —le informé acariciando su hombro.

—No sabía —admitió. De un movimiento me senté por completo y la tomé por la cintura para acercarla a mi pecho. Sonrió al notar mi gesto.

—Todo está bien. Luego hablarán ustedes. Te contaré todo, pero ya no te alejes, ¿estamos? —le rogué. Sonrojada, bajó la vista, mordiéndose el labio, cuando volvió a mirarme lo hizo de aquella forma coqueta que me hace danzar. Alzó su mano con un ademán delicado y me mostró orgullosa la sortija que aún lleva en su dedo anular y que gracias al cielo le quedó solo un poco grande, pero nada grave.

—Creo que con esto queda claro que eso ya no es posible —y se abalanzó sobre mi pecho—. Serás mío —declaró sobre mis labios, riendo—. Solo mío, Yerik Cepeda.

—Soy tuyo —la corregí, dándole un beso intenso—. Siempre lo fui, Zinnia Brea —un segundo después se separó y pasó la lengua por sus labios, satisfecha, soñadora, sin embargo, sabía lo que diría. Aguárdé.

—Tengo un problema —admitió respirando con fuerza. Sonreí—. Falta mucho tiempo para que regreses y, Yek, no quiero esperar —declaró sin atisbo de duda. Esa era ella, pero esta vez yo le había ganado la partida. En un arrebato la besé tomándola por el cuello, logrando así que se sentara sobre mí, acalorada.

—No tengo idea de lo que pasará, pero tengo la certeza de que eres mi mejor decisión, siempre lo has sido. Así que, solucionaré ese "problema", casémonos por lo civil, ya —dije alzando las cejas. Su expresión es otro recuerdo que quedará tatuado en la parte brillante de mi alma.

—¿Ya?

—Ya... —repetí. Lo reflexionó un segundo, luego esa sonrisa maliciosa y picara emergió, para, enseguida, morder uno de mis labios, con una sensualidad abrumadora.

—Ya, me parece muy impulsivo para ti —declaró con simpleza, divertida. No pude aguardar y probé su boca de nuevo.

—Lo es, pero es lo que quiero —declaré sin dudar.

—Entonces somos dos. "Ya", es la mejor idea.

—Tendremos que decidir cosas, Colibrí —musité entre besos.

—Muchas, pero no me importa. Hace unos días solo me abrumé, pero no tengo dudas, Yek. Yo iré, tú vendrás, sé que lo lograremos. Después de todo estamos aquí, juntos, somos nuestro hogar, ahora todo está en nuestras manos y nada podría ser más difícil que lo que hemos tenido que pasar para estar en este punto —aseguró con ternura, ansiosa.

Okay, me aniquila.

Sin perder el tiempo apreté uno de sus labios, luego el otro. Nuestros cuerpos enseguida comprendieron lo que deseamos y nos lo dieron permitiéndonos viajar a aquellas tierras sin retorno que solo deseo conocer a su lado.

—Eres todo, y necesito todo de ti —me pidió con voz ronca contoneándose sobre mí, deseosa, gimiendo al sentir mis labios en su cuello.

—Tómalo, porque yo haré lo mismo —rugí consciente de lo mucho que costaría salir de esa cama.

Zinnia sería mi esposa, pero siempre había sido mi alma, mi destino.

Horas más tarde abrimos un par de cajas que Lolita me había dado con nuestras cosas un día anterior, disfrutamos mucho ver juntos aquello que dejamos ese fatídico día, llenándonos de lo que teníamos de nuestra infancia, de lo que fue esa vida que ya no era más.

Otra parte de nuestra vida se nos devolvía.

Luego, entre besos nos duchamos y al fin bajamos a verla. Zinnia danzaba como una niña bulliciosa, así como siempre fue, a mi alrededor. Al tenerla enfrente, la abrazó con todo ese cariño contenido.

—¡No puedo creer que esté aquí! —murmuró aferrándola. La mujer me miró llorosa, agradecida.

—Yo no puedo creer que la vida fuese justa con ustedes, mi niña, pero siempre tuve fe.

Las observé complacido. Se soltaban y volvían a abrazarse. Lolita ya la esperaba y lucía exultante, tenía café hecho, las galletas que tanto le gustaban con ese relleno de vainilla puestas en un plato y por las cuales generaba guerras colosales con Clemente. Colibrí tomó una, mirándome, ambos pensamos lo mismo y solo pudimos sonreír con nostalgia, esa que siempre estaría presente al evocarlo.

Se sentaron una al lado de la otra, listas para iniciar la conversación cuando percibí movimiento a unos metros y de la cocina salieron Jazzzo y Lilo. Dejé de moverme, incluso de respirar. Ella los enfocó también, azorada. Ambos sonreían.

Dios.

—¡No me digas que no nos reconoces, idiota! —dijo Lilo, que ya no llevaba su cabello largo, sino corto y lucía... no sé, decente es la palabra al igual que Jazzzo—. Nos alegra saber que todo acabó, que la vida te dio lo que merecías. Eras el mejor de nosotros, Yerik, Clemente siempre nos lo dijo y tenía razón. Tú harías grandes cosas.

Me acerqué a ellos conmocionado, y ambos me rodearon. De solo verlos supe que se habían salido de aquella mierda, que me habían hecho caso. Más recuerdos, más agradecimientos a la vida, al destino.

Esa tarde fue única, agradable. Hablamos sin cesar, riendo, evocando. Zinnia con Lolita poniéndose al día. Ellos narrándome todo lo ocurrido con los demás, historias sin final feliz, historias de quienes lograron salir. Ambos estaban estudiando y ya no vivían en la colonia, pero Lolita que mantenía contacto con Jazzzo les avisó que estaríamos y no dudaron, por eso estaban ahí. Declararon a mi favor, y supe que gracias a Germán habían quedado limpios, por lo que tenían una nueva oportunidad.

Cuando anocheció tuvimos que marcharnos, nadie quería arriesgarse así habían dejado vigilancia afuera y cuando guardamos todo, dejamos aquel lugar en el que había decidido que reescribiríamos nuestra historia.

En el hotel cenamos con su abuelo, que nos aguardaba. Zinnia lucía como una chiquilla, radiante, inquieta y no paraba de abrazarlo, de darme besos. Por la mañana, con lo poco que dormimos, logramos despertarnos. Ella se fue con Frida, su prima y su tía a regañadientes, pero ilusionada, mientras yo arreglé los últimos detalles con Carlo, Germán, Niclas y su abuelo.

Al final aquel jardín quedó mejor que un sueño y todo en menos de dos días.

Hablaba con Miguel mientras este me arreglaba el nudo de la corbata, renegando

porque estaba chueco y yo solo atinaba a reír. Había llegado esa mañana, nervioso por todo lo que le había contado, feliz por mi decisión.

—Deja de moverte —se quejó.

—¿Yerik? —esa vocecita atravesó sin miramientos mi piel. Dejé respirar, los había escuchado hacía poco, y estaban enormes, pero ansiaba ese momento en que los vería al fin, de frente. Miguel me soltó, comprendiendo mi aturdimiento y cambio de semblante. Niclas, Carlo y Dante movían algunas sillas, dejaron de hacerlo. Todo a nuestro alrededor se detuvo.

Giré despacio y no puedo explicar lo que sentí aquel instante. Ellos, los niños, mucho más grandes, sanos, con sonrisas en sus rostros, vestidos elegantemente; felices. Camy corrió hasta mí, seguida por los demás.

¡Dios, cada minuto vivido valió tan solo con verlos bien!

—¡Yerik! —gritaron los demás corriendo. En cuanto los tuve hice girar a los más pequeños y luego abracé con fuerza a los mayores.

—¡Están enormes! —aclamé alegre, con el alma tranquila, como lo últimos días. Elina apareció a unos metros. Me observó con orgullo, lagrimosa. Nunca imaginé la repercusión de todo lo que hice, pero ahí estaban y agradecía al cielo haberlo hecho pese a quizá equivocarme tantas veces.

—Mira, ella es nuestra mamá, es tía de Zinni, y vamos a la escuela —comenzó Camila, brincando de aquí para allá. Lucio la intentaba tranquilizar, más serio y enseguida me recordó a mí, mucho tiempo atrás, pero él tendría otro destino.

Nos sentamos en las sillas para poder conversar un poco. Estaban felices en Guadalajara, y cuando les dije que al terminar nuestros estudios viviríamos un tiempo ahí, se pusieron aún más.

—Gracias, Yerik, gracias por todo —dijo de pronto Sol, con Manuel al lado, tomándome por sorpresa—. Extrañamos mucho a Clem, pero sabemos que siempre nos cuida, como tú siempre lo hiciste —dijo. Tenía 13 años ya y lucía tan mayor. Los rodeé con fuerza, con el nudo en la garganta.

—Él vivirá en nuestros recuerdos, toda la vida y sé que donde esté, es muy feliz por vernos aquí, juntos. Haremos que valga, ¿no es así? —los sacudí con nostalgia.

—Sí, siempre.

Una hora después ella llegó, sonreía con plenitud, asombrada por el lugar, por los detalles. La verdad es que ni yo esperaba que quedara así, pero entre ellos se organizaron y aquel sitio pequeño, parecía salido de una fantasía. Iba con su cabello suelto, alisado, un vestido rosado con detalles de flores en rojo que le llegaba hasta los pies, con su cara de ángel finamente delineada. No podía creer que todo aquello fuese real. Notó mi atribulación, así que se acercó despacio, sonriendo. Al tenerla enfrente me abrazó para luego darme un dulce beso.

—¿Estás listo? —preguntó nerviosa, pero sin dejar de sonreír.

—Desde hace años, Colibrí —recalqué embelesado.

—Lo sé.

No hubo tiempo para que saludara a las personas que nos acompañaban, eran pocos, pero los más importantes y eso era lo único que importaba.

Cuando caminábamos juntos hacia el juez, con las manos entrelazadas, todo era silencio expectante. De pronto noté que se tensaba un poco, seguí la dirección de su mirada. Niclas. Este lucía avergonzado, pero no bajó la vista. Negué sonriendo. Seguro lo arreglarían. Le di un apretón, me encaró sonrojada.

—Solo habla con él —susurré ya casi frente a quien nos casaría y que hablaba algo con Germán. Asintió perdida en mis ojos.

—Ahora mismo solo quiero disfrutar de esto —y acarició mi mejilla, sonriendo enamorada—. Eres mi alma, Yek —declaró. Besé su mano con delicadeza.

—Eres mi alma, Colibrí.

La ceremonia duró poco, entre risas, firmas, anillos que no supe cómo llegaron ahí. Dimos el último "sí". En medio de aplausos y vítores, nos besamos una y otra vez.

Las felicitaciones llegaron al separarnos. Zinnia era mi esposa, yo era su esposo. Nada encajaba mejor que eso, no en mí, no en nosotros.

Los niños fueron los primeros en correr hasta nosotros, tanta fue la euforia que nos hicieron caer. Carcajadas salieron de todos los presentes que nos observaban alegres. Más se aproximaron cuando nos ayudaron a ponernos en pie y fue simplemente perfecto cada instante. Zinnia lucía radiante, y yo... absolutamente satisfecho.

Más tarde, después de celebrar y comer en medio de esa burbujeante alegría, bailaba con Camy cuando vi a Niclas acercarse a ella, que conversaba con Miguel y es que en cuanto se vieron se cayeron bien, tal como imaginé. Aguardé un tanto alerta, pero consciente de que debía permitir que arreglara su error pese a sentir cierta incomodidad. No lo alejó, se sentaron en una de las mesas y hablaron por un rato, al final Zinnia colocó una de sus manos sobre la suya un segundo sonriendo más tranquila, ya no tensa, y caminó hasta donde estaba yo.

—Señorita Camila, ¿dejaría que baile con mi esposo? —pidió con solemne cortesía. La niña sonrió alegre.

—Le diré a Lucio que baile conmigo —y se alejó de prisa.

Tomé a Colibrí en mis brazos, ella me besó despacio, mientras nos contoneábamos en medio de aquel tranquilo lugar. Todos hablaban, se conocían, o bailaban, cada uno estaba en lo suyo, disfrutando el momento.

—¿Si te dije que te ves hermosa? —Negó con coquetería.

—Tú te ves muy bien también en traje, señor esposo —murmuró sonriendo, humedeciéndose los labios.

—Señora esposa, me alegra que le gustara, porque la verdad es incómodo, pero ya sabe, por usted lo que sea.

—Más tarde se lo quitaremos, no se preocupe —dijo provocativa.

—Bueno, saber lo que hay bajo ese vestido me tiene ansioso también, así que ya tenemos planes para hoy.

—Y para siempre, Yerik, quiero mi para siempre.

—Tienes mi para siempre, Colibrí —y la besé despacio.

Un segundo después se recargó en mi pecho, suspirando.

—¿Todo bien? —pregunté con suavidad. Me miró significativamente.

—Todo es perfecto, Yek —musitó bajando mi cuello con sus manos. Sonreí—. Aunque sé que te refieres a Niclas y sí, creo que estaremos bien. Aún no lo perdono, pero creo que le daremos la vuelta a eso.

—Me alegra —admití moviéndome con el ritmo, lento.

—¿No quieres saber lo que me dijo? —preguntó intrigada. Acomodé su cabello tras la oreja, una paz increíble recorría mi cuerpo en ese momento, tanto que la realidad era que nada podría sacarme en ese momento de ese estado, ni lo permitiría, costó muy caro tenerla.

—Es su amistad, Zinnia, confío en ti más que en nadie en el mundo. Tú decides sobre tu vida, sobre él. No me meteré.

—Es un idiota, uno bien grande, pero es bueno y lo quiero como mi amigo, lo quiero en mi vida —admitió mirándome fijamente.

—Entonces sigue siendo su amiga —declaré con simpleza.

—¿No te molesta?

—Si te toca, después de que lo mates, lo mato yo de nuevo —bromeé guiñándole un ojo. Rio abiertamente.

—Bien, te lo entrego en pedazos.

—No lo hará, Zinn, lo sabes. Todo irá bien.

—Sí, todo irá bien, Yek, mientras estemos juntos.

Rodeé su mano, sonriendo, colocando mi frente sobre la suya.

—Entonces así será.

Los días siguientes los pasamos en Puerto Vallarta. Fuimos juntos al lugar donde estaban los restos de nuestro hermano. Hablé con él por algunas horas, luego lo hicimos juntos. Acordamos que cuando estuviéramos listos lo soltaríamos en el mar, ambos creíamos que era el lugar perfecto para él, para su alma libre, indómita. Zinnia me confesó que iba con recurrencia ahí, que encontraba calma al sentir que lo tenía cerca de alguna manera, preferimos que mientras no estuviéramos del todo juntos, no haríamos más cambios, así que Clemente continuaría un poco más en aquel lugar que ella mantenía con flores frescas.

Dejarlo ir era difícil, Clemente fue parte de nosotros de tantas maneras que era complicado aún acomodar el hecho de que jamás lo escucharía decirme "Patán", o le jalaría un mechón de cabellos a ella y luego ambos saldrían corriendo, o pelearían por sus benditas galletas.

Hicimos equipo, fuimos, sin saberlo, parte de un engrane que logró funcionar donde cada uno hacía su parte. Su vida siempre estaría entre nosotros para recordarnos que luchar siempre es la mejor elección.

Cenamos con sus primos una noche, incluso con el idiota de Niclas. Sí, lo sé, no lo era del todo, pero tardé tiempo en quitarle en mi mente ese apelativo.

A Zinnia le restaba un año y medio de carrera, a mí un poco más. Por lo que acordamos que en ese lapso estaríamos viajando, luego, ella viviría allá. Al yo terminar, regresaríamos a México, y nos mudaríamos a Guadalajara el resto de mi especialidad. Ella ahí también tendría oportunidad de estudiar un posgrado.

Metas, sueños, todo lo que nunca imaginamos se extendía frente a nosotros, una vida llena de posibilidades, de anhelos que deseábamos experimentar. Podríamos con eso,

ambos lo sabíamos, por que pudimos con mucho más.

Nunca imaginé que aquel día que llegó a mi vida, en medio de esas roídas paredes, cuando yo ya estaba roto, lo que su presencia en mi mundo podría implicar, lo que su sonrisa me podría regalar. Mi brújula en ese camino infernal y mi luz en la más profunda oscuridad. Mi alma, mi esencia, mi fuerza.

¿Los finales felices existen?

No lo sé, el mío aún no termina, pero sé que es no serlo y no permitiré que eso vuelva a suceder. La vida me enseñó con dolor que aún en las tinieblas las luces parpadean, estuvo en mí verlas, aferrarme a ellas, o dejarlas ir.

Yo amé, eso me salvo, yo pertenezco, eso me marcó, en sus alas vi mi destino, en su alma, mi camino.



¡Dios!, muchísimas gracias por una vez más permitirme adentrarme en su mente, en su vida, en su imaginación. Escribir LET supuso horas de angustia, de dolor, de llanto, de risa,

de rabia, muchos sentimientos revueltos que no sabía cómo dejar ir, y de pronto miré la calle y comprendí que sabía lo que tenía que hacer. Cada segundo a su lado me enseñó tanto, fui feliz escribiéndolos, más de una vez tuve que parar y dejar que mi mente se limpiara para poder continuar. Hoy me siento satisfecha una vez más, orgullosa de no quedarme donde siempre, de avanzar sin importarme nada salvo mis ganas, mi amor a esto, mi instinto y me alegra tanto que hayan ido a mi paso, conmigo, este fue un viaje incomparable, uno de los mejores en mi escritura.

El epílogo no lo he escrito, como saben, pero se subirá aquí mismo. Dejaré aquí el aviso y evidentemente solo lo entenderán ustedes, leyendas, que fueron conmigo, porque la historia ya solo tendrá unas cuantas partes. Estén atentos y no lo saquen de su biblioteca que lo que suceda más adelante con ellos aquí se los diré también. Nuestros héroes, y yo, les damos las gracias por acompañarnos, por vivirnos, por sentirnos.

Ahora sí descansaré un poco, pero seguiré aquí. Mis redes están en mi perfil ;)
¡Gracias !

|Galería Luces|

¡Hola!

Como algunos saben, hay un grupo de lectores donde solemos compartir lo que sea sobre mis historias. Es divertido y obviamente están invitados a entrar. «Ana Coello (grupo)».

Cada viernes se sube capítulo.

Después de mi auto spam, les cuento que ahí también los integrantes comparten imágenes preciosas que crean, o encuentran y me parece justo darles un espacio para ustedes, los que no andan por allá por los motivos que sea.

Además, les presento los que para mí son "Zinnia y Yerik". Iré agregando personajes, pero recuerden que es mi imaginación y que no me baso en nadie, cada quien elige como los desea.

Así que sin más, los dejo con ellos 😍



Odeya Rush - Zinnia

Brenton Thwaites - Yerik

"ERES EL CIELO
de este infierno"

Luces
en la **TINIEBLA**



JULIO 2017

Promo mío.

Lorena May

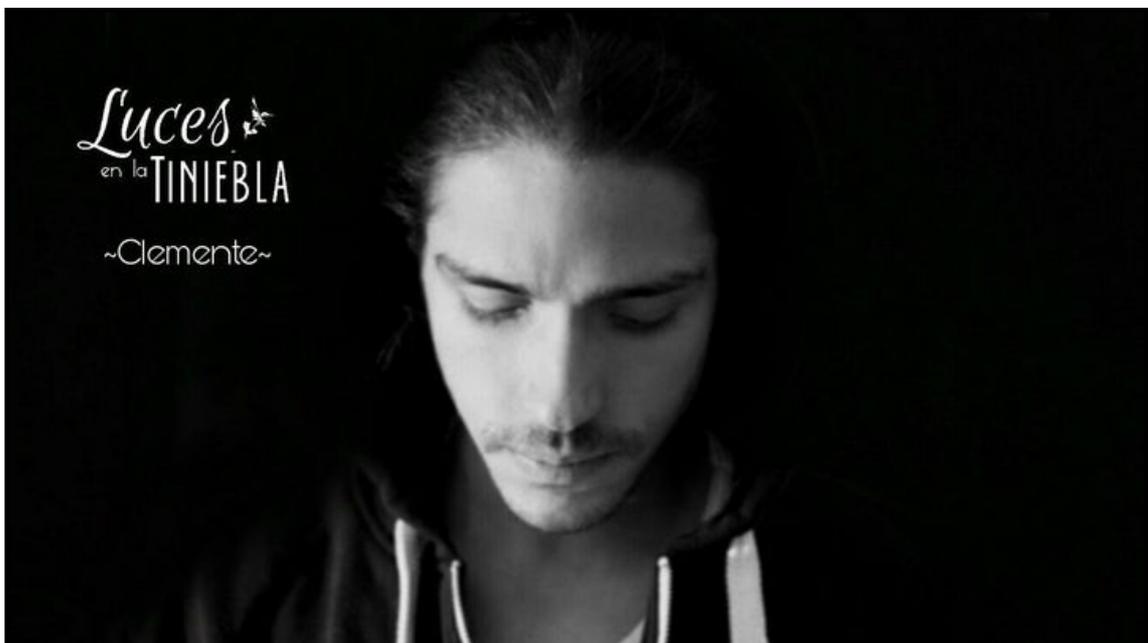


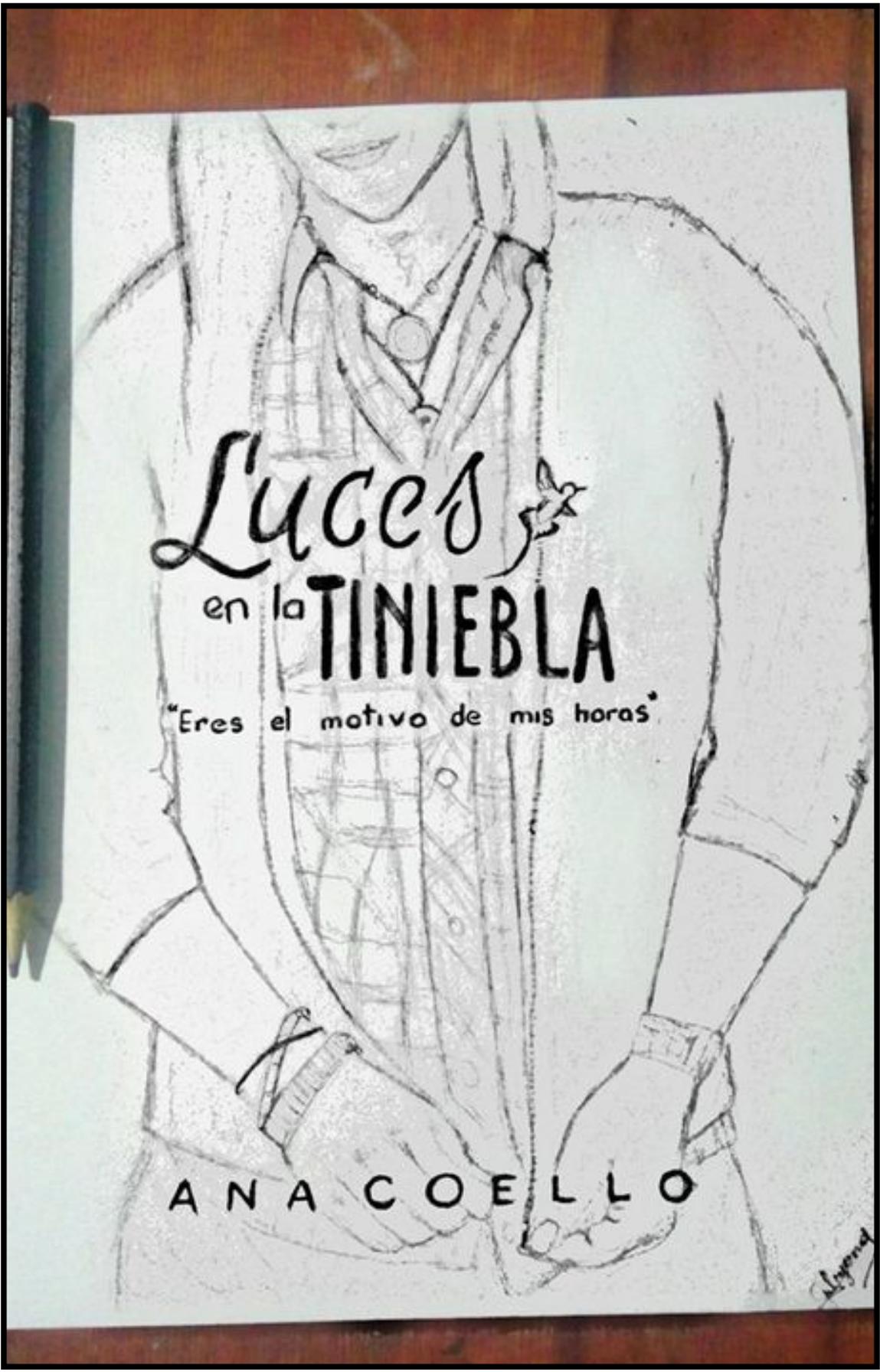
Daniela Abello



Silvia Pmm

Guadalupe Arjona





Luces 

en la **TINIEBLA**

"Eres el motivo de mis horas"

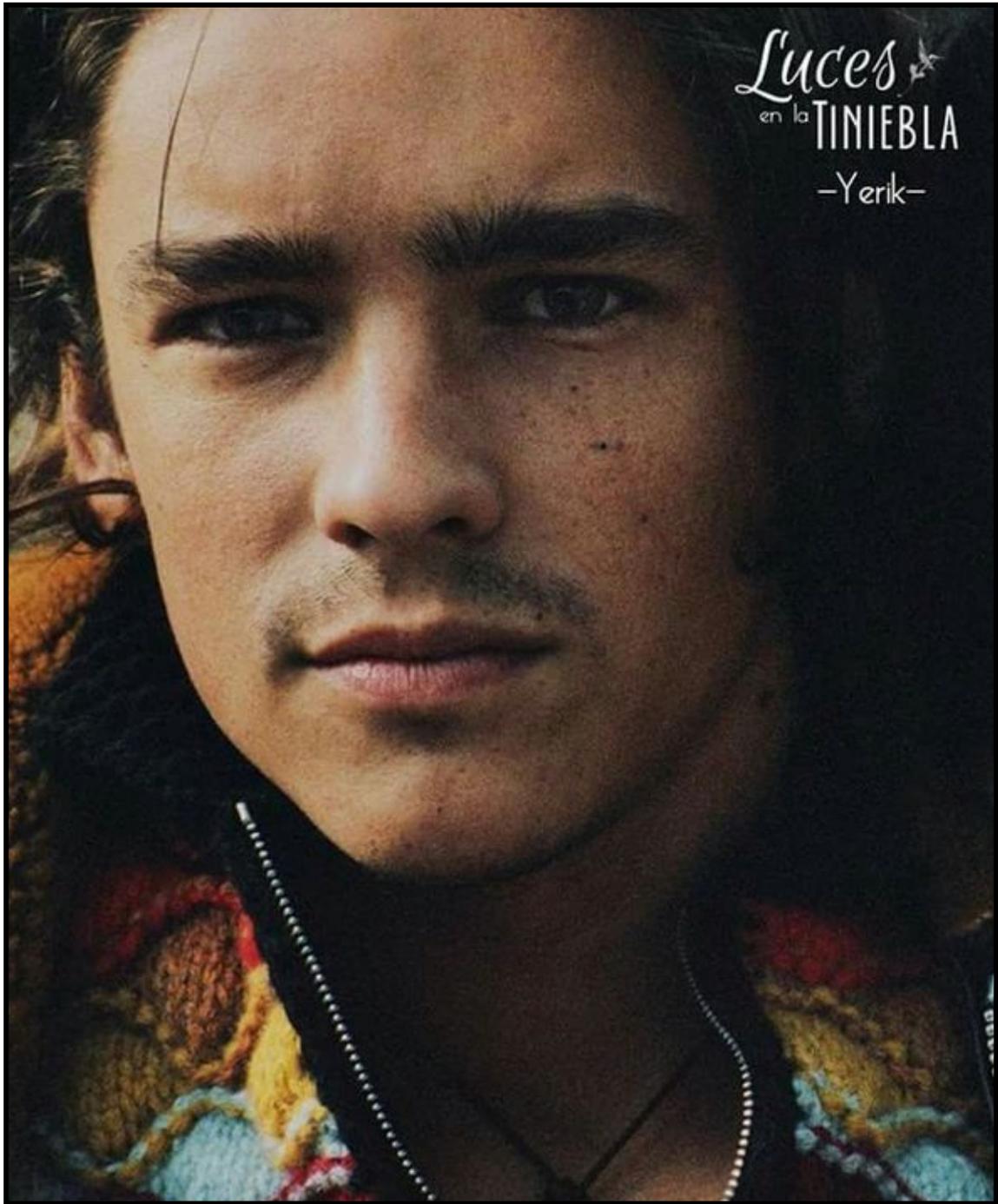
ANA COELLO

Alayna

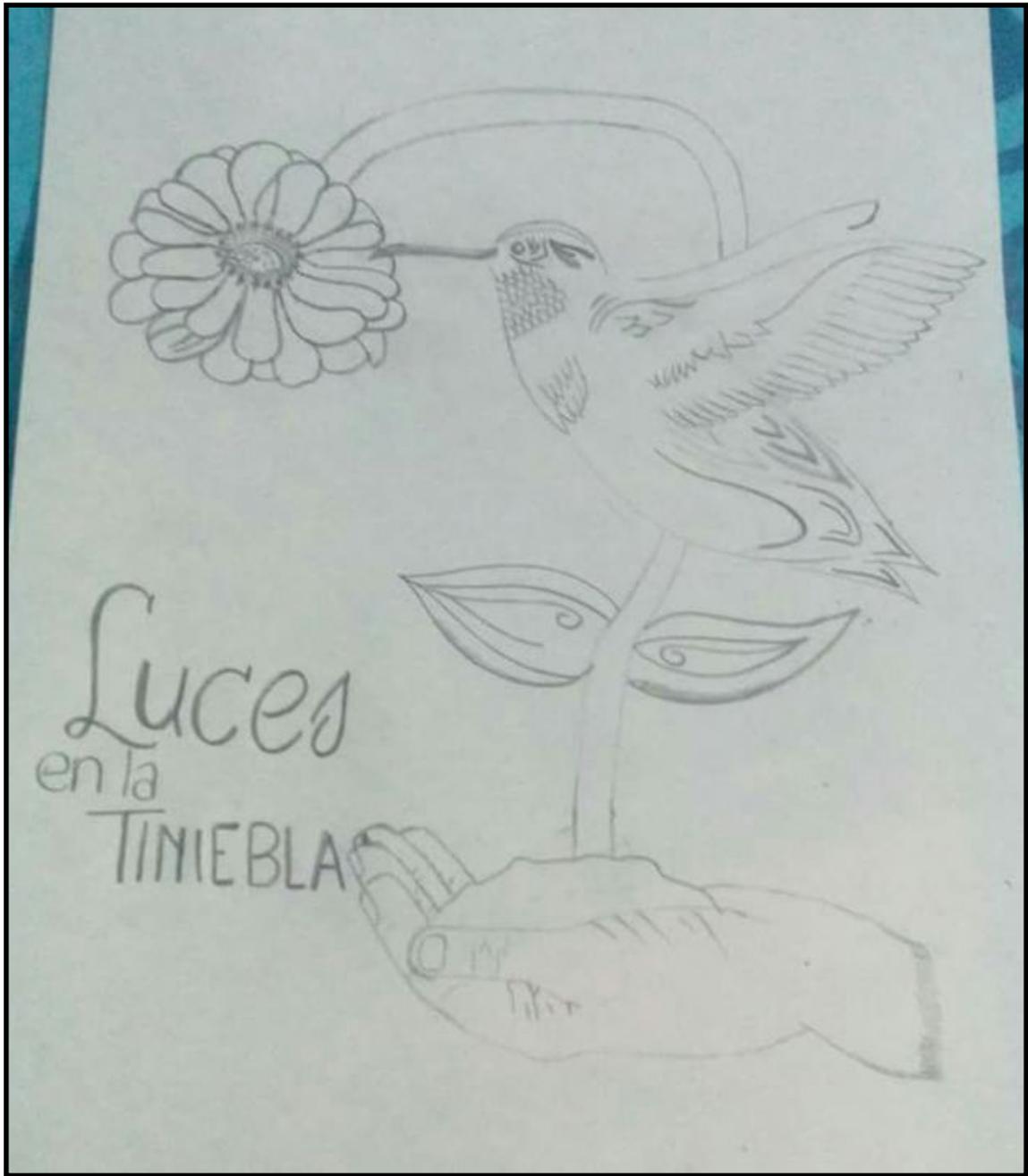
Clemente - Reinaldo Zavarce



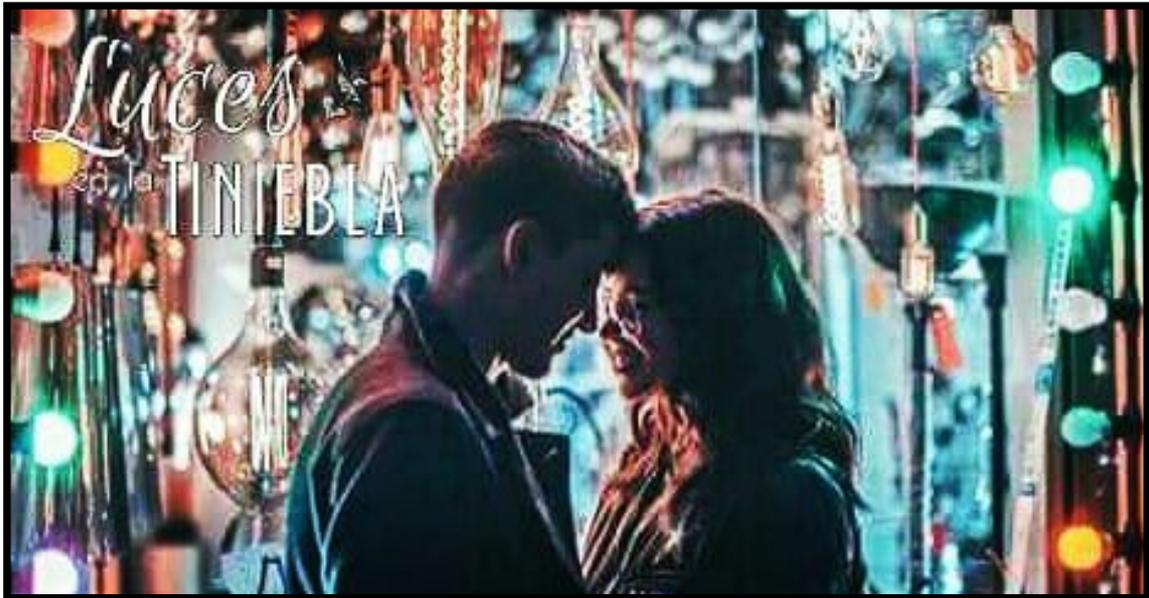
Colgante que Zinn le dio a Yek.



Mío - él



Juliet Ferrebus

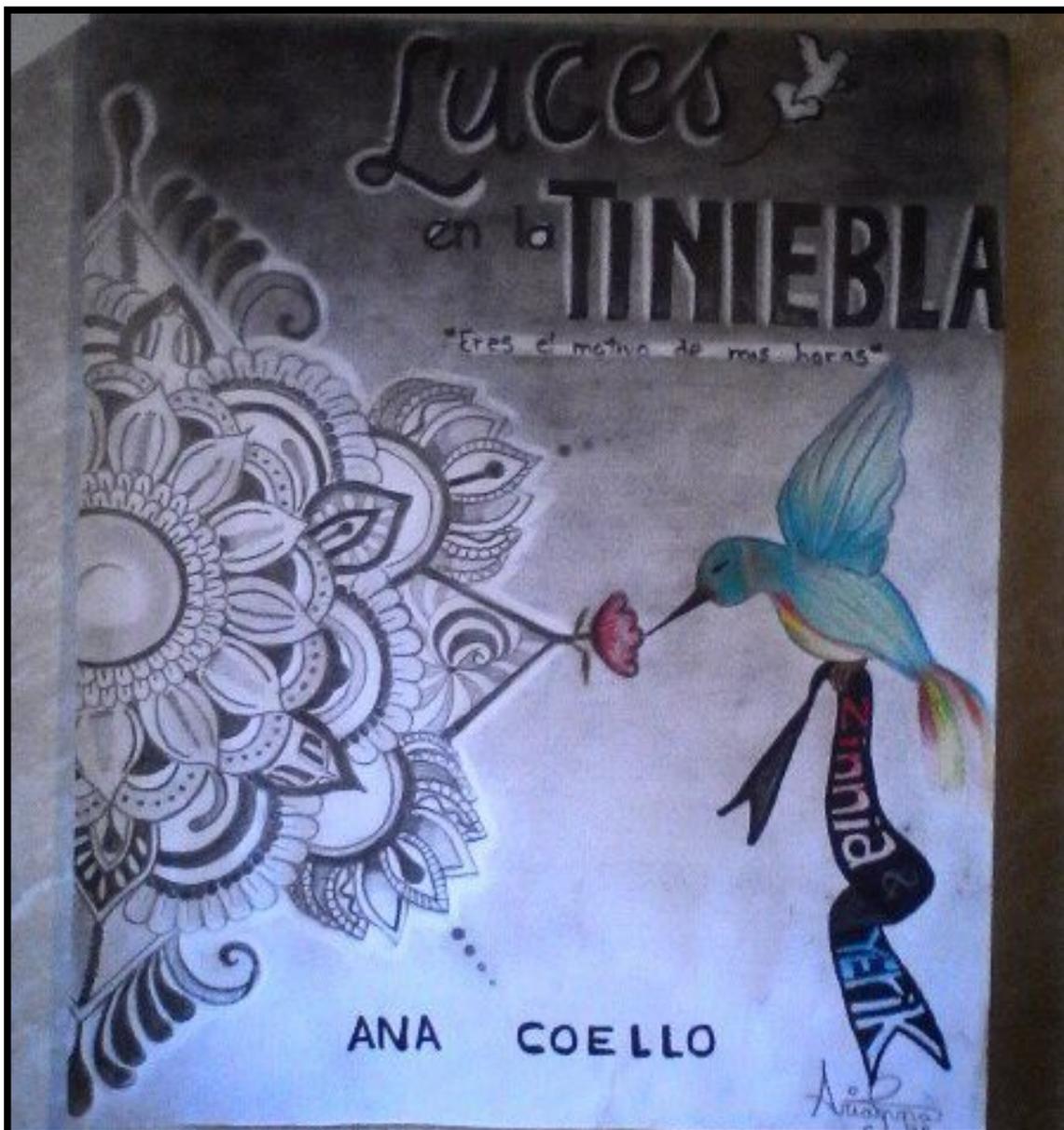


Ale Rivas

Lorena May

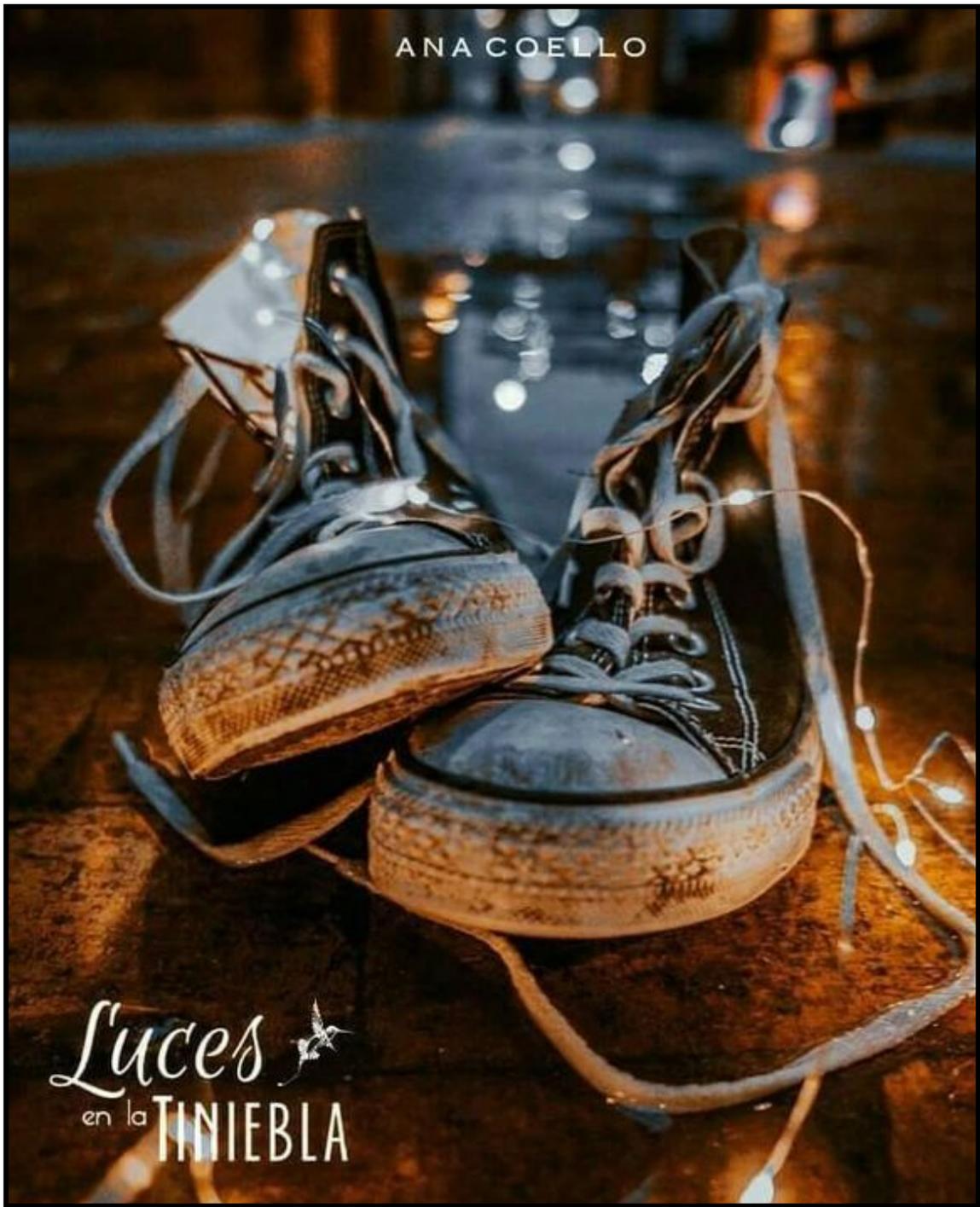


Arianna Herrera



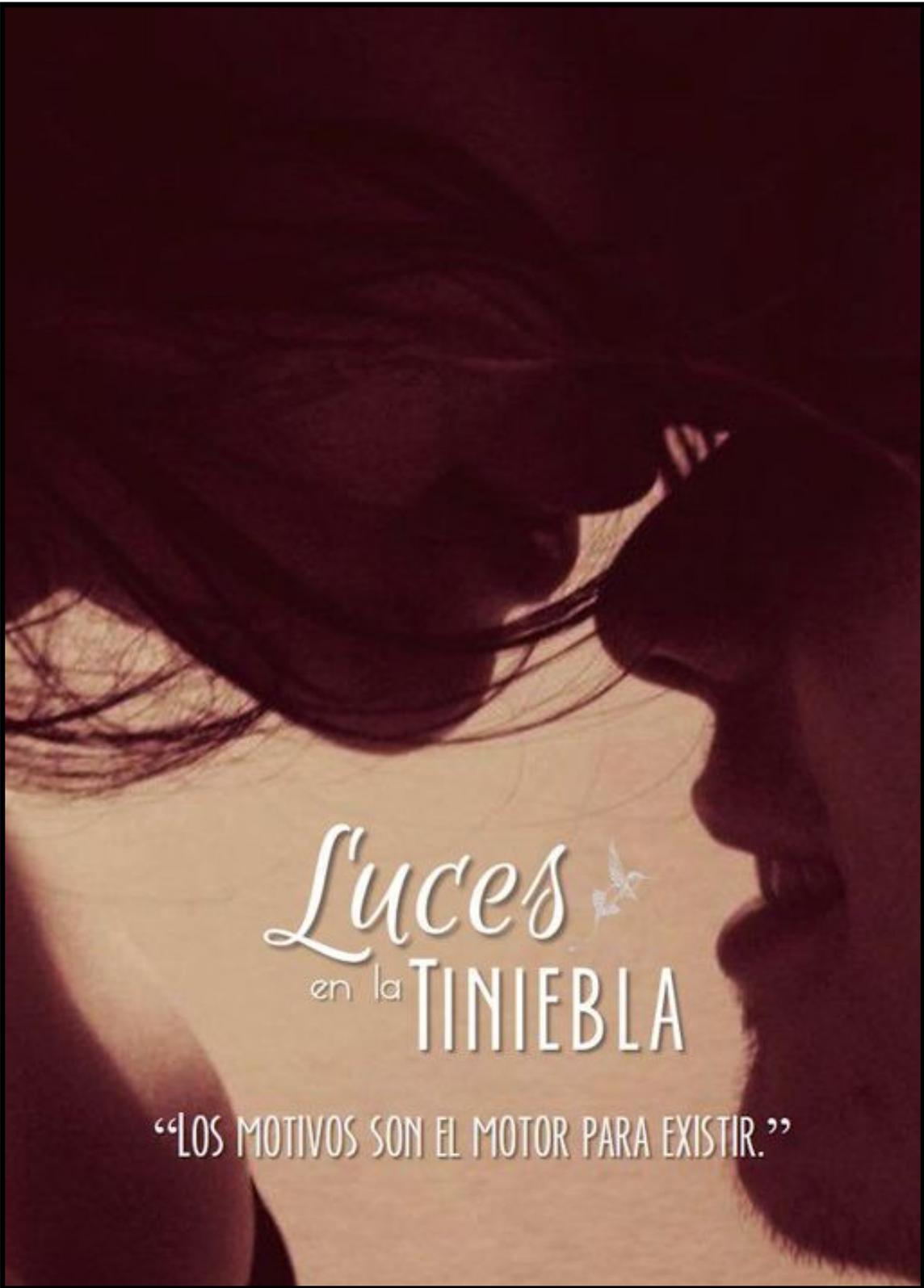
Diana Adeath

ANA COELLO



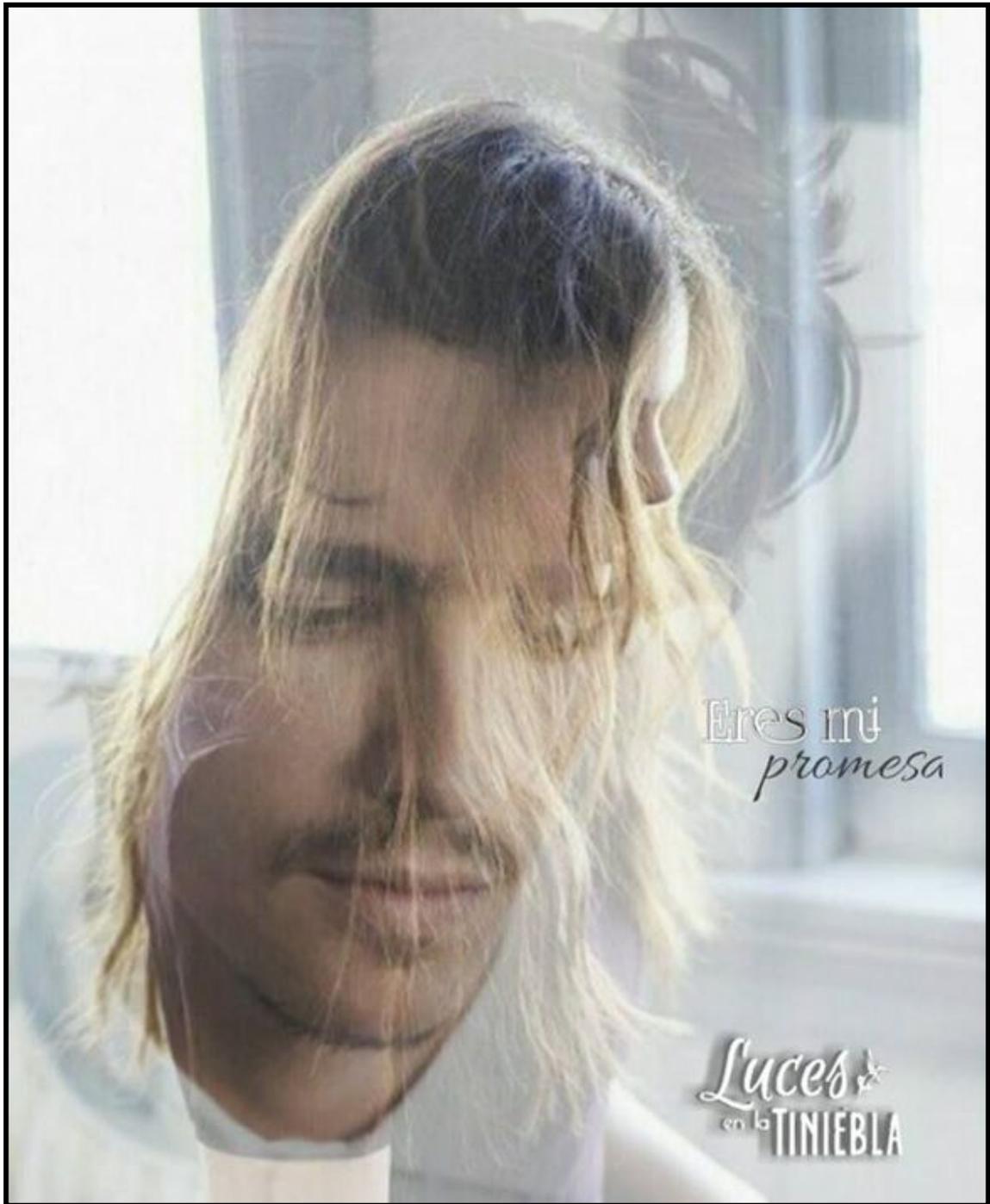
Luces ✨
en la TINIEBLA

Yo

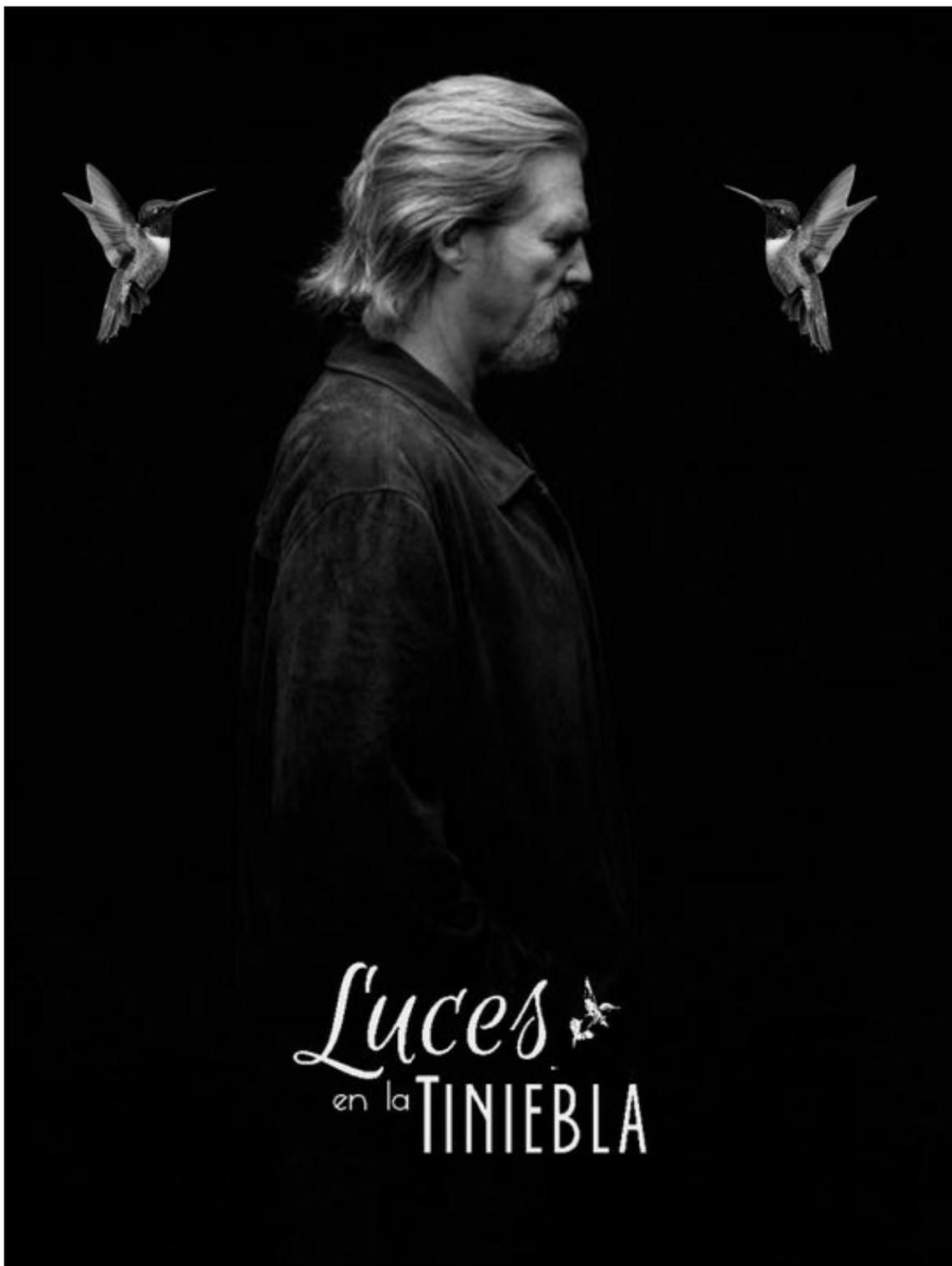


Luces ✨
en la **TINIEBLA**

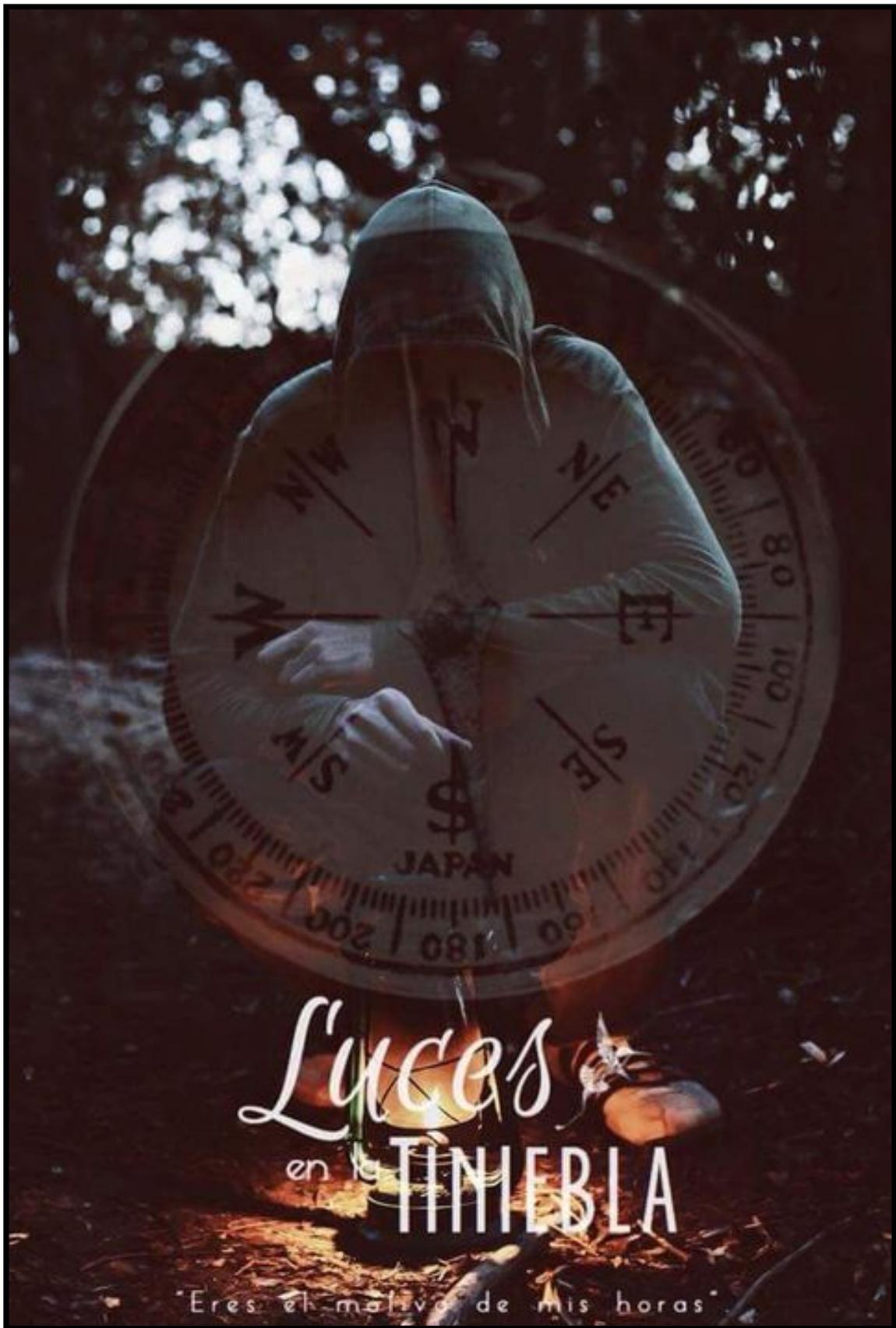
“LOS MOTIVOS SON EL MOTOR PARA EXISTIR.”



Silvia Pmm



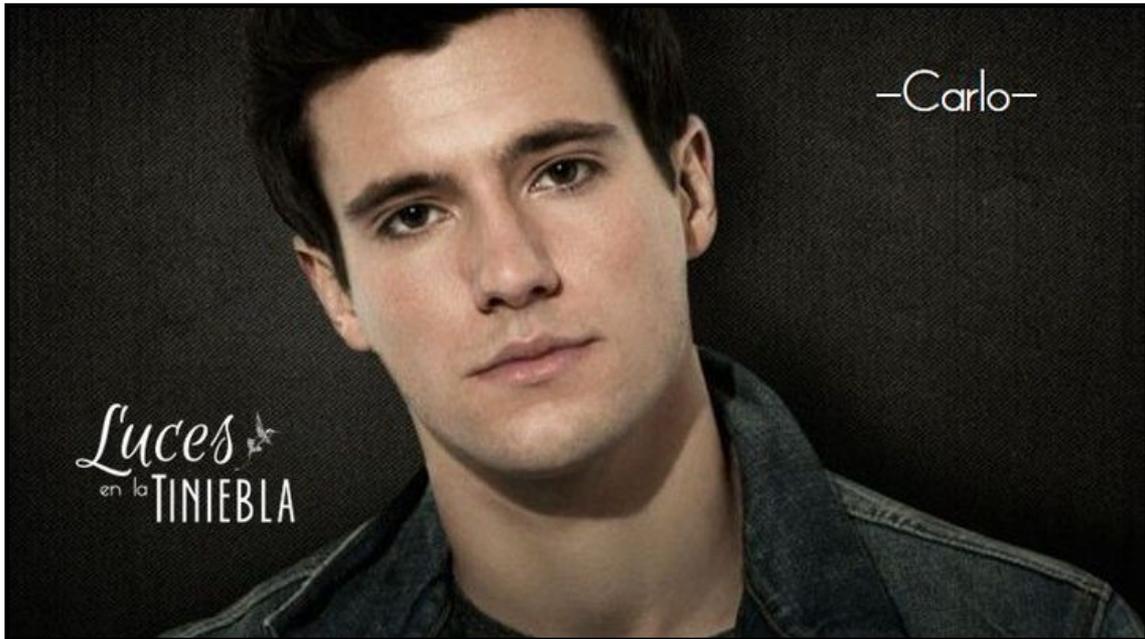
Octavio.



Luces
en la **TINIEBLA**

"Eres el motivo de mis horas"

Aris Dayanne



Carlo - Drew Roy



Niclas - Drew Van Dacker